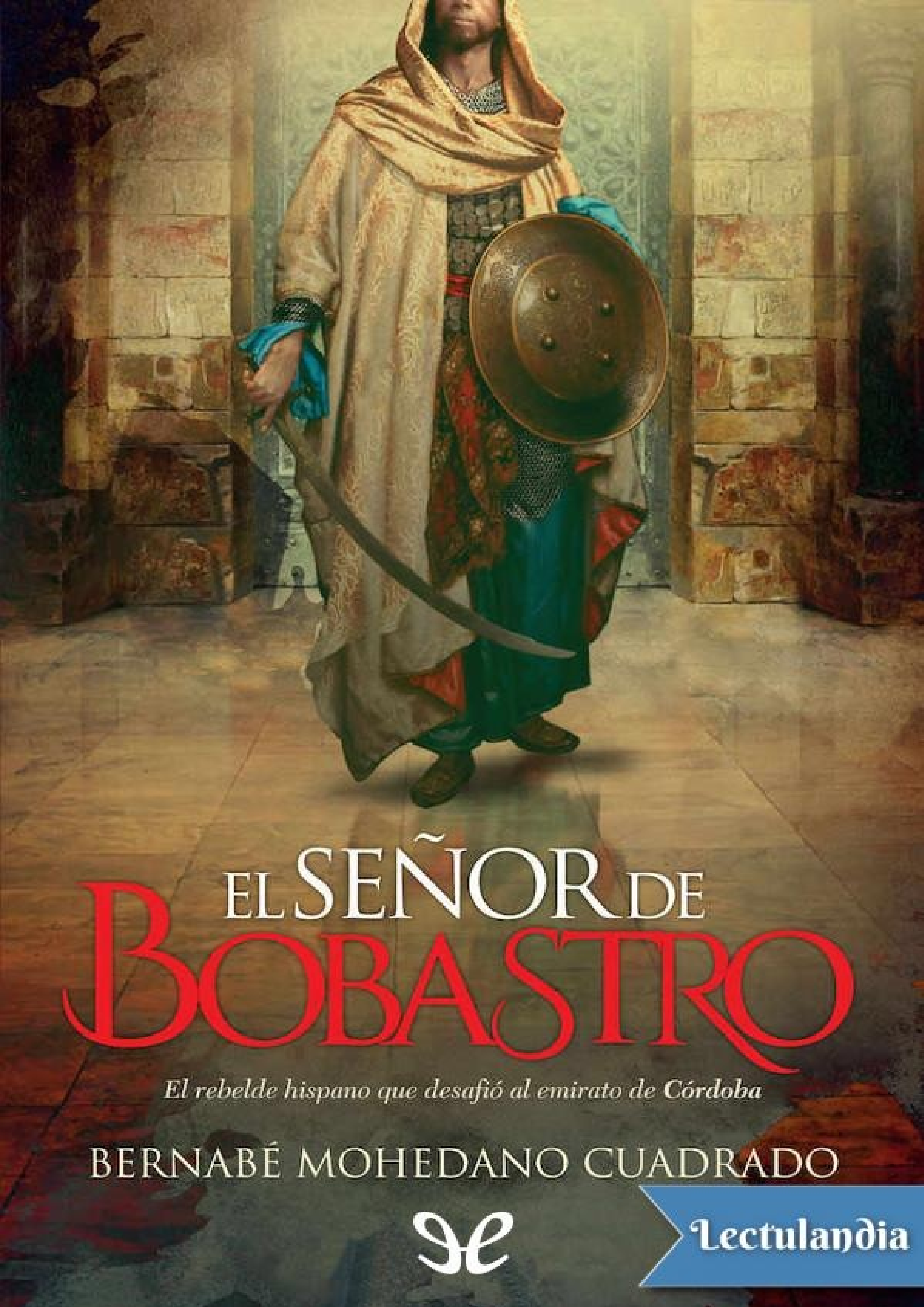

EL SEÑOR DE
BOBASTRO
El rebelde hispano que desafió al emirato de Córdoba
BERNABÉ MOHEDANO CUADRADO
Lectulandia

«Yo Alfonso, hijo del Tuerto Gonzalo y de la bella Isabel, nieto de García de Tuy y Martín de Tucci, Hafs al-Marra o al-Mur según el odio con que se pronuncie, Adelfuns el noble dispuesto, el Moro, el Orán Siyaad, el Qadí de Bobastro, Sansón, el Juglar del sur o el Hispano, comienzo esta obra en el año 918 de nuestro Señor».

Así se presenta el narrador de esta novela, un soldado mozárabe y el principal lugarteniente de Omar ibn Hafsún, el Capitán de la Gran Nariz, el rebelde muladí que se enfrentó a cuatro emires de Córdoba. Durante su azarosa vida llegó a reinar en más de la mitad de al-Ándalus desde su capital, Bobastro, en la agreste serranía de Málaga, y jamás fue doblegado.

La espléndida Córdoba del emirato, el boato de Bizancio, la pujante Oviedo de Alfonso III el Magno, los inicios de la Reconquista o la construcción de la propia Bobastro son los escenarios en los que los personajes de estas vibrantes páginas protagonizan intrigas, batallas memorables e, incluso, alguna historia de amor.

Bernabé Mohedano Cuadrado

El señor de Bobastro

El rebelde hispano que desafió al emirato de Córdoba

ePub r1.0
Titivillus 16.03.2020

Título original: *El señor de Bobastro*
Bernabé Mohedano Cuadrado, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


A ti lector, por ser parte de esto.

A mi abuelo Ángel, por prender la mecha. Por los de Astérix y los tres investigadores. Por nuestras discusiones eternas.

A mis padres, por cultivar una pasión. Por cada libro extraño encontrado. Por las noches que no me apagabais la luz de la mesilla. Por vuestro ejemplo.

A mis cuatro puntos cardinales: Matilde, Catalina, Bernabé y Teresa. En especial a la última: el Norte. Por los momentos robados. Por aguantarme. Por tu aliento, confianza y ayuda.

Prólogo

Yo, Alfonso, hijo del Tuerto Gonzalo y de la bella Isabel, nieto de García de Tuy y Martín de Tucci, Hafs al-Marra o al-Mur, según el odio con que se pronuncie, Adelfuns el noble dispuesto, el Moro, el Orán Siyaad, el Qadí de Bobastro, Sansón, el Juglar del Sur o el Hispano, comienzo esta obra en el año 918 de nuestro Señor.

Hay quien hoy, reconociéndome por alguno de mis muchos nombres, me presume dichoso. Envidian mi barba cana, mi bolsa repleta de oro, la preciosa cruz que protege mi pecho, la inmaculada túnica que me viste e incluso la multitud de cicatrices que me deslucen. Perciben atinados una larga y ajetreada vida a mi espalda. Vislumbran al guerrero superviviente merecedor de descanso. Ingenua codicia. Si averiguaran la verdad…

Si intuyeran que quien se carcajeara del miedo y lo ignore ante su porvenir escribe amedrentado, ansioso y forzado por ordenar un pasado doloroso que altivo menosprecia los achaques presentes. Marchita la esperanza en dioses y hombres en los que se agotó mi fe. Solo, aunque esté acompañado de desconocidos llamados amigos. Encerrado libre. Extraño en mi propia casa. Triste entre la risa. Pobre sin saber qué hacer con tanto oro. Mis sueños de grandeza han muerto y poco más que juegos infantiles me parecen ahora. Mis deseos duermen tan secos como la aceituna perezosa que permaneció en el olivo para conocer al verano.

No siempre fue así.

He vivido intensamente. Coqueteando con la muerte sin tropezármela ya que conmigo se comportó como la mujer que al saberse perseguida prefiere ignorarte. Cazando bestias, animales y hombres, solo y acompañado de otros dispuestos a sacrificar su vida por la mía. Derrotando generales, matando paladines invencibles, conquistando ciudades, defendiendo fortalezas y aniquilando pueblos para amenazar el orden establecido. Divirtiéndome extasiado en el caos mientras otros se escondían.

He viajado, atravesado mar y tierra, aprendiendo lenguas y observando las más extrañas costumbres. He despreciado manjares como embajador en mesas de postín y cruzado la mirada con el hambre, ansiando gorgojos e

insectos como soldado sitiado o esclavo cautivo. He relatado historias, propias y ajenas, y escuchado, aprendido y discutido con sabios y necios; entre ellos, reyes, maestros, nobles, hechiceros, obispos, soldados, emperadores, mendigos y emires. He juzgado, sufrido, castigado y perdonado. Me han adorado y maldecido. Me he emborrachado, demasiado a veces, con vino o sustancias tan desconocidas como los que las acompañaban.

El amor y la diversión con las mujeres no me han sido esquivos. Incluso con diosas he yacido sin llegar a amarlas. Eso solo sucedió con una. Por encima de lo que la razón recomienda. Lo pagué con cicatrices incurables mucho más profundas que las causadas por la daga más afilada. Heridas que me cambiaron para siempre y convirtieron en amarga mi sonrisa. Aún sangran cuando menos me lo espero haciéndome añorar la comodidad del desconocimiento. Con gusto daría cuanto tengo, incluida mi propia vida, por una sonrisa, un beso y qué decir de un atardecer perdido en los ojos de mi niña de Qumarix.

Escribo para reconciliarme con mi memoria, comprometido con la verdad a la que persigo como el lagarto al sol o el marinero al norte, anhelando serle fiel y que alguien la encuentre entre mis palabras como yo lo hago en el ladrido de un buen perro tras un fiero o huidizo trofeo.

Escribo como trampa al tedio y mágica escapada de mi gris presente hacia cuando la vida se pintaba de colores.

Escribo persiguiendo a la justicia. Sabiendo de antemano lo vano de mi afán en alcanzarla al reconocer mi insignificancia como la de la brizna de hierba perdida en la borrasca. Temeroso de que la historia olvide a quien bien pudo cambiar el incierto camino que recorre mi adorada Hispania.

Escribo obligado por mi conciencia a reconocer la fortuna de haber compartido el tiempo, el espacio y el corazón con un personaje diferente. Un embajador del cielo y del infierno, convencido de que las estrellas cantaban su gloria futura. Un soñador indomable, de amplias miras y tenacidad obsesiva, que escribía con su propia tinta las reglas que le regían sin reconocer autoridad divina o humana. Un tahúr egoísta, deplorable en ocasiones, dispuesto a sacrificar a los demás para lograr su objetivo o efímero recreo. Un líder de voluntades que hizo soñar a un pueblo perseguido, mancillado, exhausto, ávido por recuperar la libertad y el honor que apenas recordaba. Un hombre extraordinario, único si es que acaso tal posibilidad existe, pues consciente soy de cómo la vida se repite riéndose de nuestra ingenuidad al creernos singulares.

Escribo para presentaros a mi amigo Omar ibn Hafsún, hijo de Hafs ibn Omar, nieto de Omar ibn Yafar. Samuel el día de su muerte. Rey de Bobastro. El que zarandeó la casa omeya señoreando el mediodía andalusí y el mar que baña sus costas.

EL CAPITÁN DE LA GRAN NARIZ

Capítulo I

854-875

«Adquirir desde jóvenes tales o cuales hábitos no tiene poca importancia: tiene una importancia absoluta».
ARISTÓTELES

I

Supongo que para relatar las andanzas de Omar habré primero de presentarme. No por barata vanidad, sino por la íntima certeza de que para valorar cualquier historia resulta imprescindible conocer la fuente. La realidad rara vez muestra una sola cara y varía, caprichosa, según quién la observe, como lo hace la misma noche para el reo que aguarda la muerte al alba o a la enamorada pareja que se descubre por primera vez.

Es curioso cómo la vejez ilumina recovecos de nuestra vida regodeándose en la sencillamente idealizada infancia. Raro es quien no la recuerda con devoción, e incluso a mí me sucede pese al dramatismo con el que la sufrí.

Debí nacer en el mes de julio del año 854 del Señor en la alquería de mi familia junto a Tucci. Con perspectiva, desde el principio el azar fue caprichoso conmigo.

Mi padre, Gonzalo, el hijo de García de Tuy, fue uno de los valientes que, enviados por el primer Ordoño de Asturias y comandados por su hermano, el conde Gastón del Bierzo, apoyaron a los sublevados en Toletum contra el emir Muhammad. Los mozárabes toledanos, siempre rebeldes y orgullosos, seguían ejerciendo su poder e influencia en la vieja capital hispana. Dos años antes de mi nacimiento, tras deponer y encarcelar al gobernador omeya, se lanzaron con la ayuda asturiana contra la misma Corduba, conquistando y destruyendo cuantas villas se cruzaron hasta las mismas murallas de la perla del Betis. La reacción de Muhammad fue aterradora. Harto de las constantes insurrecciones toledanas, armó una poderosa aceifa reclutando un ejército incontable con el que masacró a los cristianos en las inmediaciones del río Guadalacete.

Gracias al cielo o al azar, mi padre no fue testigo de tan aciago día.

Había destacado en la fulgurante toma de Qal’at Rabah, formando parte del grupo que se internó en la ciudad disfrazado de jornaleros para asegurar las puertas. Imagino su orgullo y alegría en los días posteriores, pues resultar factor decisivo en la victoria de una batalla es, sin parangón, una de las mayores satisfacciones que pueden experimentarse.

Al alcanzar Epagro debió hacerlo henchido de sí mismo, creyéndose invencible. Al galope, junto a otros cincuenta osados, se arrimaron hasta la puerta de Corduba para arrojar sobre la muralla las cabezas de una infausta partida bereber que había escogido erróneo camino. Gonzalo fue herido en el hombro derecho por la andanada de saetas que calurosamente les recibió y, desafortunado, cayó pisoteado por su cabalgadura tras perderla.

Le recogieron aturdido y desangrándose. En la media jornada que distaba de la alquería mozárabe a la que le llevaron guiados por Ibn Hukam, un muladí local vecino de Priego, la herida del hombro se le infectó de gravedad. Peor suerte corrió su cara. El pisotón de su montura le fracturó parte del cráneo desollándole desde el nacimiento capilar hasta la oreja y llevándose por el camino ceja y ojo derechos.

Aquella tarde se perdió la gran victoria de Epagro, pero ganó mucho más.

Martín, mi abuelo materno, era natural de Tucci. Del antiguo linaje local, orgulloso y convencido creyente de Cristo, y con fama de hombre justo y cultivado. Su alquería acogía a los viajeros mozárabes y en su almazara obraba uno de los más reconocidos aceites de la zona, lo que viene a ser lo mismo que decir del mundo. Popular es que el gran Aníbal Barca portaba ánforas de aceite de Tucci en sus campañas, quién sabe si serían de mi familia y cruzarían el Rubicón a lomos de sus elefantes cuando partió de Sagunto a la conquista de Roma. Siendo Martín apenas un niño, sus padres le enviaron a estudiar a Corduba mientras trocaban la villa de Tucci por la alquería en el campo para esquivar la ascendiente presión de las autoridades emirales. Tras formarse, Martín regresó a la tranquilidad de la alquería y allí junto a su mujer María tuvo a sus cuatro hijos: Ceferino, Jacinto, Silvinio y la pequeña Isabel.

Desde el primer día, la hija menor aceptó el reto de restablecer cuanto antes al gallego herido. Imagino a mi padre, con sus ya diecinueve años cumplidos, gozoso de recibir los cuidados de una joven como mi madre. Isabel era especial. Sus catorce primaveras iluminaban cada estancia visitada. Tesoro y favorita de su padre. Peleo conmigo mismo por tratar de recordarla, robando retazos quién sabe si propios o escuchados. A ella, quienes la conocieron, decían que yo guardaba parecido por mi altura, azules ojos y pelo casi albino. Atractiva y lozana, se encontraba en plena madurez, como el melocotón que suplica ser recogido. No eran pocos quienes la pretendían y solo el celo de Martín en conservarla a su lado había dilatado una marcha inminente.

La herida del hombro respondió bien a los cuidados de Isabel y María, siempre presente mientras la pareja se forjaba, logrando recuperar la

movilidad y la fuerza de antaño. El rostro era otra cosa. Recuerdo desde siempre la cicatriz. Con el tiempo le aportó su apodo y un halo de fiereza que infundía temor al más bizarro obligándole a esconder la vista en su presencia. Portar siempre el casco que protegía su cráneo fracturado y el parche del ojo derecho ayudaba a generar ese respeto.

Cambiaron las estaciones mientras Gonzalo conquistaba el respeto de la comunidad, el cariño de la familia y el amor de la joven. Había encontrado un hogar y en poco más de un año se desposó con mi madre, aunque ambos lo intuyeran al primer vistazo. En poco menos de otro, con Gonzalo aún convaleciente, nací yo, y en los siguientes cinco, tres más, de los que solo sobrevivió la pequeña Eugenia.

Nunca una herida sanó tanto.

Mi casa vivía empapada de la enorme convulsión religiosa que sufría Corduba por aquella época. Los martirios se iniciaron cuatro años antes de mi nacimiento, en dos meses se sucedieron los nueve primeros y aún continuaban cuando yo ya corría. Muchos eran los conocidos caídos, familia incluso como el tío Amador, presbítero de la capital. Los muertos se convertían en santos y sus reliquias, en bienes preciados para toda la cristiandad pues por ellas nos visitaban embajadas extranjeras.

Con la presencia de Gonzalo las visitas ascendieron. Entre ellas destacaban las de los ilustres Eulogio y Álvaro, de noble familia, el primero incluso senatorial. Antiguos compañeros de Martín en san Zoilo. Ambos combatían la seducción caldea hacia jóvenes cristianos que abjuraban de sus formas, costumbres, ideas y creencias. El camino más sencillo ante la enorme represión. Enarbolaban la bandera que incitaba a proclamar la fe en Cristo y el desdén por el falso profeta, aun intuyendo un triste final.

Mi padre trabó sincera amistad con Eulogio, pues el cordobés gustaba de norteños desde su visita a los obispados de Pampilona y Saraqusta. Afable y generoso, solía obsequiarme con dulces al verme sin imaginar jamás cómo muchos años después le devolvería un cumplido homenaje.

Si Corduba andaba revuelta, el resto de Hispania no le iba a la zaga. Guardo como uno de mis primeros recuerdos el festín por la victoria de Albelda de los reyes Ordoño y García Íñiguez sobre Abd al-Rahmán. Yo contaba cinco años. Mi padre idolatraba a Ordoño, al que conoció y con el que se alistó cuando aún era gobernador de Galicia. Junto al Mineus, el caudaloso, bajo la órbita de obispado de Tuy y los Sotomayor, había emigrado su abuelo cincuenta años antes. Hablaba con orgullo de aquello.

—Mi abuelo malvendió cuanto tenía y se hizo con una buena propiedad al norte. Tierra fértil, no tanto como esta vuestra, pero que fácil te permite tener ganado y rendirla bien. Existen oportunidades allí. Miles de leguas vacías hasta las ciudades de Viseo, Salamanca, Ávila, Segovia, Sepúlveda u Osma. Ocupamos ya los altos valles por las cabeceras del Iber y el Pisoraca. Debemos aprovechar nuestro número, empujarles al sur hasta devolverles a Ifriqiya.

—Sencillo parece lo que planteas —le respondían—. Pero no lo es renunciar a las costumbres. Quizás nuestros nietos, como a ti te sucede, ni lo sientan, pues bien cierto es que el hombre a todas partes se aclimata pero no sería así para nosotros. ¿Es acaso seguro habitar un desierto expuesto al castigo sarraceno?

—Todo es relativo —replicaba mi padre—. ¿Sobra aquí seguridad? La tierra de frontera es áspera y al norte el clima se endurece. Las llanuras, extensas como el mar, se hielan en invierno y abrasan al estío, pero los condados, señoreados en manos capaces, cada vez son más fuertes y las razias, menos dolorosas. Brotan los fuertes desde Tuy hasta Amaya pasando por Orense, Astorga y León. La tierra de los castillos, le llaman. —Hablaba vehemente, con los ojos iluminados por el fervor—. Los riesgos de emigrar son altos pero cara es la libertad. Seguro que extrañáis estos ricos y cálidos valles, pero no soportaréis sarracenos mirándoos por encima del hombro y llevándose a vuestras hijas a sus harenes. La libertad no se compra con oro sino con acero.

—Hablas de libertad y grandeza, pero nuestra tierra está aquí. —Mi abuelo Martín respondía herido en su orgullo, harto de la manida conversación que sentía que podía acabar alejándole de su hija y nietos. Reprochando a mi padre que considerara la decisión de permanecer en casa y aguantar como síntoma de cobardía—. No es sencillo abandonar tus raíces. Un tiempo vendrá en el que se nos necesite y agradezca haber permanecido en nuestra tierra, defendiendo orgullosos nuestra cultura en nuestra propia casa. No podemos ceder todos. Huir. Nos empujan a las montañas y páramos mientras disfrutan las mejores tierras, sí, pero ¿dónde crees que se quedaron cartagineses, griegos, fenicios, romanos, godos y todas las culturas que pisaron suelo íbero? Ninguno, salvo soldado, se quedó en el norte. Todos eligen estos lares, lo mismo que los caldeos, que tampoco serán los últimos.

»Yo soy como la aceituna de Tucci que solo engorda en nuestros campos y no prende en otra tierra. Repudio a esos sarracenos que nos menosprecian y

aún más a los nuestros que nos venden, pero no lograrán echarme de mi propia casa.

»Respeto tu visión, Gonzalo, pero no otorgues más valentía a la huida que a la perseverancia porque es injusto. Lo sencillo es marcharse. No acepto que la gallardía y nobleza descanse en señorear nuevas tierras, sino en tratar de defender hasta el último aliento lo que por derecho te pertenece.

Lástima que lo tuviera tan claro.

II

Los martirios y la derrota de Albelda recrudecieron aún más el proceder sarraceno. Al enemigo forastero que no doblegaron lo encontraron en casa en el sector más orgulloso de las iglesias cordobesa e hispalense.

Mi padre y tíos recechaban con asiduidad la sierra de Priego, espléndida en cantidad y variedad de especies como pocas, pues incluso linces se avistaban durante el invierno, cuando conservaban hábitos diurnos.

Un pésimo día, en una de aquellas partidas, se cruzaron con un grupo bereber. Los nuestros eran diez: Gonzalo, mis tíos, tres vecinos más de Tucci e Ibn Hukam junto a dos de sus amigos. Con la confianza de ser casi el doble y pese a ir peor pertrechados, los bereberes exigieron sus armas y cabalgaduras. Campaban a sus anchas los hijos del diablo. Animales del desierto y la montaña que apostaban sus tiendas de piel de cabra donde les placía. Duros y crueles, esquilmaban las tierras como la peor plaga de langostas. Ni las cosechas se acopiaban por miedo a sus algaradas. Demasiado valientes aquel día.

El enfrentamiento fue inevitable y el resultado caro. Murió mi tío Jacinto y cayeron de los nuestros tres graves, entre ellos mi tío Ceferino. Por su parte, resultó peor pues cinco perecieron y varios más quedaron heridos. El grupo hispano se refugió en una de las cuevas conocidas de la sierra ante la llegada del resto de la tribu. Al no poder encontrarlos, decidieron saciar su venganza entre sus allegados. No fue difícil localizar a los de un gran hombre tuerto con un casco en la cabeza, el diablo norteño, y a los de los hijos de Martín, el sabio de Tucci.

Ya mencioné que atesoro escasos recuerdos de mi infancia, y ni siquiera sé si los referidos a mi madre y hermana son ciertos, pero por más que lo he intentado jamás olvidaré aquel.

Aquella mañana, quizás la que con mayor hondura esculpió lo que soy, comenzó con la alegría de encontrar una nidada de huevos de codorniz. Era pronto, pues el sol aún perezoso no llegaba a calentar. Yo no contaba todavía los seis años. Como cada mañana ayudaba a mi abuelo recogiendo la leche, repartiendo pienso, vigilando las puestas, comprobando las trampas cercanas

o paseando a burros y caballos. Lo hacíamos detrás de un patio limpio por el celo de mi abuela, encalado y atestado de campanillas azules, buganvillas, azahar y rojas rosas mimadas con esmero. Mi abuelo me esperaba siempre en la puerta, apoyándose en el quicio mientras yo, entusiasmado, examinaba el granero disfrazado de corral que ocupaba la parte trasera de nuestra villa, tras las habitaciones.

La puesta había sido numerosa y risueño le enseñaba la perfección de cada huevo a Martín cuando empezamos a oír espantosos alaridos. Sonaban lejanos, pero mi abuelo, alarmado con razón, entró a la carrera y me escondió bajo un falso suelo que vivía como despensa, almacén, bodega o saladero y que ocupaba casi toda la superficie inferior del granero. Guardo sus palabras indelebles.

—Alfonso, espera aquí, no oses moverte ni hacer ruido o caerás castigado como nunca. Traeré a tu abuela, madre y hermana.

—Déjame ir contigo, abuelo —le supliqué, llorando.

—Iré más rápido solo. —Me miró, sonrió y acarició con cariño sincero para, resignado, continuar—: Además, necesito que me ayudes, pues has de guardar algo muy importante. —Me acarició de nuevo, transmitiéndome tranquilidad y levantándome la cara hasta apresar mi mirada. Con parsimonia se quitó la cruz que siempre llevaba al cuello—. Toma esta cruz, es casi tan vieja como tu sangre. Me la regaló mi padre y a él el suyo. Es mágica y, gracias a ella, él sigue aquí conmigo siempre que lo necesito. Así mismo hará contigo cuando yo no esté. La muerte no existe mientras existe recuerdo, así que inmortal seré mientras la portes, y conmigo mi padre y su padre. Si estás muy asustado, apriétala contra tu pecho y cierra los ojos, te prometo que escucharás mi voz. Es muy importante que la conserves, así que júrame que no te moverás.

—Lo juro —sollocé.

—Reza diez avemarías y me tendrás de vuelta, hijo.

Paralizado, sin entender la situación, me concentré en apretar mi cruz y recitar mi primera avemaría. Mi abuelo saltó saliendo del falso suelo sin mirar atrás mientras yo le suplicaba mudo que no me abandonase. Apostó algo pesado, imagino que el abrevadero de las gallinas, sobre la trampilla y marchó.

No había comenzado la quinta cuando les escuché en mi casa. Debieron encontrar al resto de mi familia, hacinados y escondidos en una falsa pared de la cocina al no contar con tiempo para llegar a la parte trasera o escapar. Gemían y lloraban desconsolados. Poco me costaba distinguir a la pequeña

Eugenia, bulliciosa de por sí y desatada en aquella ocasión. Con sus dos años aún creo recordarla, aceptando que sin duda será de forma idealizada. La he visto toda mi vida y todavía la veo cada vez que me cruzo con una niña rubia de verde mirada.

La agonía se prolongó durante horas que para mí siguen siendo siglos. Escuché cómo los violaban, torturaban y mataban. Oí la voz desgarrada de mi madre Isabel y los gritos de impotencia de Martín, pidiendo para él el castigo. No me moví. No podía hacerlo.

Tras el silencio, las maderas crujieron y el movimiento de las sombras entre las tablillas me alertaron de compañía. Corriendo me oculté en un pequeño compartimento del final del almacén que utilizábamos como bodega y podía cerrarse por dentro y pasar desapercibido. Me siguió el estruendo de vasijas y utensilios estrellándose en el suelo, en mi techo. Buscaban botín o nuevas víctimas. Abrieron las jaulas para hacerse con los animales estallando un demencial estruendo de graznidos y cacareos. Pude respirar su sudor y escuchar sus gritos y risas. Tiraron el abrevadero que había colocado mi abuelo y de una patada reventaron la entrada del almacén. Las maderas volvieron a crujir entre gritos ininteligibles. Esta vez lo hacían más cerca. Les escuché gritar a poco más de dos varas. No habían encontrado nada. Tras un nuevo silencio y un liberador crujido de la madera, el humo lo inundó todo sin llegar a mi compartimento de adobe.

Perdí la noción del tiempo y allí en mi retina quedó para siempre el pánico, aderezado en los sueños por gritos y gemidos. En lo que pudo ser un día, una semana o un mes apareció mi padre acompañado de Ceferino y Silvinio. No pareció alegrarse al verme ni yo fui capaz de reaccionar al verle a él. Me avergonzaba seguir con vida.

Ceferino, pálido, se había arrastrado literalmente hasta allí junto a una tremenda pulmonía que le provocaba toser sangre. Por el camino se había dejado su pierna izquierda y, a su llegada, el alma al descubrir a su familia muerta.

Enterramos cristianamente los restos de nuestra familia en el cementerio familiar. Todos los trabajadores que encontraron junto a mi abuela, tías, primos, madre y hermana habían sido degollados, muchos de ellos con la tortura o violación de propina previa. Mi abuelo, irreconocible por la paliza, crucificado. No quisieron rehenes.

Mi padre, ido, sacó su daga, el Espíritu Santo según la llamaba, para rajarse la mano. Apretando el puño, con fuerza, manando sangre sobre las tumbas de su mujer e hija murmuró una especie de letanía. Mis tíos le

imitaron. Desde ese día a mi padre le costó encontrar la sonrisa. Comenzaba la leyenda del Tuerto.

Yo perdí por completo el habla.

III

La ejecución de mi familia zarandeó a la sociedad cordobesa, especialmente a los que comulgaban. Muchos profesaban un cariñoso y sincero afecto a Martín el Sabio e infinitas fueron las muestras de condolencia. Más allá de las víctimas, la barbarie con que se produjo profundizó la sensación de inseguridad reinante e indujo a los tibios representantes cristianos a exigir responsabilidades a Muhammad. Poco recogimos más allá de grandes promesas y palabras vacuas. Tampoco más esperábamos.

Ibn Hukam nos acogió en Priego. Pese a los cuidados que le prodigaron, Ceferino no aguantó una semana. Pudo ser la pulmonía, la pierna o quién sabe qué fallos internos. Quizás, simplemente, tras enterrar a su mujer e hijos, no soportara el peso de la culpa o de la pena. Se acostó para siempre tras el funeral. Gonzalo y Silvinio no actuarían de la misma forma. Su vida perseguiría vengar la afrenta. No quedaría un bereber vivo.

Durante nuestra estancia en Priego, los cordobeses guiados por Álvaro comenzaron el rastreo. Los bereberes eran un clan de la familia de los Banu Maslama, de la tribu de los Miknasa y tronco de los Butr. El cabecilla, Abd Allah ibn Mahmud, se había asentado con unas cuarenta familias en la sierra de Epagro tras una discusión entre clanes desde la *kora* de Fahs al-Ballut. Tras su asalto, viendo el inmenso revuelo causado y temiendo la respuesta, se dividieron en dos grupos. Uno se desplazó hacia las cercanías de Malaka el otro hacia al-Yazirat Tarif.

La caza comenzaba.

Cuento esto hoy por ser coherente con el relato y gracias a referencias posteriores, pues personalmente nada recuerdo desde aquel maldito humo. Ni la llegada de mi padre, ni los funerales, ni las condolencias, ni mi tío agonizante o cualquier otro detalle. No puedo describir mis sentimientos pues ignoro si existían, los imagino. Sí recuerdo mi cruz, mi cruz de siempre, mi amuleto, la que me traía la voz de mi abuelo y mi madre. Mi forma de agarrarme al pasado, a la tierra, a la felicidad, a la seguridad y a la inocencia.

Tampoco recuerdo la despedida con mi padre en el cenobio de San Salvador. Situado a una legua al norte de Corduba, en una sierra de difícil acceso, vestida de jara y encina con cantidad de panales de abeja que le daban el sobrenombre de Peña Melaria. Fundado por los padres de la Santa Pomposa, se había convertido en el refugio de los expulsados de Tábanos. Una comunidad variopinta de cristianos huidos o desalojados de sus tierras había seguido a los monjes.

La familia que me acogió me tomó por tonto al primer vistazo. Pese a su buena voluntad, la situación hedía, literalmente. No me integraba y sufría continuas pesadillas y accesos de pánico. Mi única compañera era la crueldad con la que la infancia sentencia al diferente o al débil. Las alusiones a mi estupidez eran constantes y llegué a acostumbrarme a que se me utilizara como medida para catalogar la ajena.

Poco debía importarme, pues no compartía la realidad, ni me afectaba la vejación, el insulto o la crítica. Solo temía a mis pesadillas donde revivía una y otra vez la llegada de los bereberes, sus aullidos y sus caballos. El fuego y el humo. Mi abuelo partiendo sin mirar atrás. El perturbado cacareo. El crujido de la madera. La inocente cara de Eugenia desgarrada y los gritos de mi madre. Se presentaban sin aviso previo, provocadas por cualquier situación, a cualquier hora, causándome profundos trances que en su peor versión acababan en heces, orines y convulsiones. Tras la resaca de una muy grave me llevaron junto a los monjes.

Todo se simplificó.

Uno de los monjes más jóvenes fue quien me acogió como desafío. Alto y espigado. Su cara era interminable, dura como todo él, con largos brazos que parecía siempre mover más de la cuenta. Natural de Gadir, poseía una simpatía innata que transmitía a través de una mirada sincera. Me cayó bien desde el primer momento despertándome las ganas de convivir con alguien que no fuera yo mismo. El primer día, acompañándome a mi cuarto, me preguntó:

—Así que tú eres el joven Adelfuns, ¿sabes lo que significa tu nombre? —Como siempre que me preguntaban algo directamente, desvié la mirada simulando que no lo seguía. Yo continuaba sin hablar. No se dio por vencido —: Noble… —alargó la sílaba invitándome a demostrar mi conocimiento y, sobre todo, mi atrevimiento. Consciente de que podía conocer la respuesta— … dispuesto —concluyó él mismo, tras tensos segundos de espera, incómodo, con cierta desilusión que enseguida desterró para continuar, mirándome a los ojos—: Veo que me entiendes, eso es lo importante. Algunos de los hermanos

con los que convivirás guardan silencio penitente y no pocos viven como eremitas en la soledad de la montaña. Yo mismo disfruto con pasión del silencio. Nadie te molestará, no necesitas hablar si no lo deseas, nos entenderemos. —Se me acercó para susurrarme al oído—: Tengo un secreto, no oses confiárselo a nadie, leo el pensamiento. —Su mirada era brillante y sincera. Me puso la mano en el hombro para concluir—: No pienso abandonarte.

Se llamaba Máximo y se convirtió en mi segundo padre, hermano mayor y amigo. Así era de extraordinario.

Poco a poco advertí cómo mi vida se corregía de forma ostensible. Paradójicamente, me liberé encerrado, podía ser yo mismo más tiempo.

Enseguida llamó mi atención el *scriptorium* del cenobio. Me recordaba la sala de trabajo de mi abuelo. Me obsesioné con visitarlo, utilizando como remedio a mis males el olor a tinta y pergamino. Los primeros meses no me lo permitían. Mi edad ni siquiera rozaba la requerida para aprendiz, y no existe mayor enemigo que un niño para aquel templo al silencio donde cualquier sobresalto destrozaba el minucioso trabajo de copia e ilustración. Mi especial situación y tenacidad obsesiva acabó regalándome la oportunidad aquel invierno. Mi tarea era mantener viva la chimenea de piedra situada en medio de la habitación. Acarreaba y colocaba los leños, asegurándome de que el blanco humo subiera siempre vertical evitando que la turba dañara el trabajo de los hermanos. Además, tapaba con masa de levadura y lana cualquier resquicio o agujero en las paredes que el viento, siempre ávido de asaltos, pudiera conquistar. Se trataba de una fortaleza, un baluarte contra el caos exterior, donde imperaba la armonía. Rara era la vez que algún susurro rompía el silencio. Disfrutaba sentado observando a los monjes trabajar, cada uno absorto en su banco, desvirgando con la pluma la pulcritud del pergamino. De allí intuyo que proviene mi ánimo para escribir hoy.

Máximo advirtió que no adolecía de inteligencia y me inició en el *trivium* y el *quadrivium*.

—Un niño que lee es un adulto que piensa, Alfonso. El gran Alejandro, el macedonio, comenzó a los siete años, y mira hasta dónde llegó. No será por falta de tiempo que no empieces antes. Solo Dios sabe si lo aprovecharás de la misma forma.

Me devolvió a la realidad. Iluminó mi oscuridad. Me mantuvo cuerdo a una edad donde se cincela y esculpe la personalidad futura. Si Séneca acertó al apuntar que gran parte de la bondad consiste en querer ser bueno, Máximo merece ser santo.

Como siempre resulta con más o menos fuerza, el tiempo, inalterable en su paso, se ocupaba de espaciar los dolorosos recuerdos del pasado. Fue una carta de mi padre la que me devolvió definitivamente al presente. Fechada el 14 de enero, la recibimos el 17 de abril. Recuerdo el día por celebrar Máximo como gran presagio su coincidencia con san Isidoro. Ya habían volado dos años y medio desde mi llegada. No me acuerdo del mensaje, pero sí de su impacto. Mi padre vivía y me tenía presente.

Mi actitud varió. Los malos recuerdos seguían persiguiéndome, acompañados ahora por la incertidumbre sobre la suerte de mi padre, pero empecé a concienciarme de mi presente y a exprimir las clases de Máximo. Las disfrutaba. Se proclamaba, y aún hoy sigue haciéndolo, furioso admirador de san Isidoro y san Agustín. Chocaba con otros monjes que lo consideraban tibio, demasiado condescendiente, quizás fruto de su juventud y escasa experiencia y sufrimiento. No criticaba gratuitamente, ni siquiera a los caldeos, jamás generalizaba y chocaba con las ideas de Eulogio. Siempre comenzaba la lección con la oración al Padre y la frase de san Agustín: «Conócete, acéptate, supérate», poniendo en manos de Dios su conocimiento y encomendándole su destino.

Mi progreso era obvio y comencé a dominar el latín y maltratar el griego e, incluso, el árabe. Abandoné la incómoda rutina de dormir en cama mojada, acudía a los rezos con puntualidad, incluso tarareaba las antífonas al hacer alguna tarea.

Desgraciadamente, la normalización y el estudio no trajeron de vuelta el habla. Un sentimiento de incapacidad me atenazaba y la frustración, que cada vez sentía más presente, me consumía.

El 11 de junio, día de San Bernabé, cuando se avecinaba mi undécimo cumpleaños, arribó mi tío Silvinio.

IV

Petrificado observé cómo las lágrimas anegaban ojos extraños a ello. Pese a su zurdo muñón y una leve cojera me levantó sin problema por los aires con una vasta sonrisa, estrujándome contra su pecho hasta rozar la tortura. Desconocía cómo reaccionar, me debatía entre la alegría por ver a mi tío y la angustia de no hacerlo con mi padre.

—Alfonso, ¡eres ya casi un hombre! Vaya forma de crecer, hijo, eres igual a tu madre. —La emoción seguía palpable en sus ojos y el temblor de su boca, incluso quebrando la voz al hacer referencia a su hermana. Me miraba extasiado, probablemente recordándole a mis primos. Tres hijos había perdido Silvinio en el ataque bereber, dos varones. Se recompuso—. Verás la alegría de Gonzalo al ver en qué se ha convertido su pequeño. Recoge tus cosas. Partimos. —Observando mi lánguida mirada percibió mi miedo y me tranquilizó—: No te preocupes, tu padre está bien y mi mano, que te tiene hipnotizado no es más que una herida ya bien cicatrizada. —Le imploré sin palabras que fuera menos parco—. Veo que sigues sin habla, hijo, pero, no me mires como vaca pastando y recoge tus trastos, tiempo tendremos para conversar de camino.

Mi alegría por el reencuentro no mitigó el dolor al despedirme de Máximo. Sus lecciones, sonrisas, noches a mi lado y silencios compartidos gritaban en mi cabeza mientras él, acariciándome la mejilla, me decía adiós.

—No llores, Adelfuns. Aprovecha los muchos talentos que te ha regalado el Señor. Ya es hora de abandonar la aburrida vida cenobita. Vuela. Lo que haya de suceder lo hará. —Gustoso hubiera entregado el dedo de una mano por agradecerle cuánto me había regalado. Por fortuna mis ojos vidriosos acreditaban lo que mi lengua callaba. Comprendiéndolo, cómplice, respondió —: Solo Dios conoce nuestro camino y bien puede que su voluntad sea que volvamos a encontrarnos. —Agarrándome de los hombros y fijando sus ojos marrones, me dijo, cargado de ternura—: Recuerda siempre, Alfonso: «Conócete, acéptate, supérate». —Seguidamente dirigiéndose a Silvinio, le espetó—: Este zagal lleva dentro mucho más de lo que muestra, como el jugador que esconde la jugada hasta vislumbrar su segura victoria. Con

paciencia, amor y confianza en Dios estoy convencido de que se convertirá en hombre de provecho y quién sabe de qué alcance. No le falta inteligencia ni capacidad de aprendizaje pero ha vivido en una burbuja. Dadle tiempo para romper el cascarón.

—Padre Máximo, mi familia está en deuda eterna con vos por su trato a mi sobrino. —Sacando de su túnica una cruz y una cadena, se la dejó en la mano pese a su reticencia—. Poco más tenemos que nuestro honor, pues la vida nos ha tratado con dureza, pero aceptad este recuerdo en mi nombre y el de Gonzalo y no consideréis la deuda saldada. Podéis contar con nosotros siempre que necesitéis fuertes brazos para cualquier tarea.

Salimos y aprecié cierto malestar y extrañeza en mi tío cuando en la cuadra observó que no había vuelto a montar desde que jugara sobre los asnos de mi abuelo. Ante mi impericia, me ensillaron un mulo que agradecí por la comodidad en su monta.

El sol apretaba como correspondía a la época del año, pero el campo conservaba aún la belleza de la primavera tardía, rebosante de vida. Los bosques de jara y encinar, impracticables a la vereda del sendero, mostraban la maleza dorada. Las chicharras cantaban en grito desde todos los rincones. Los olores, bajo el reinado del azahar, se peleaban por alcanzar quien los descubriera. Tras algunas leguas, como si hubiera esperado a tropezar con la soledad del bosque, Silvinio comenzó a hablarme:

—Hijo, vamos a reunirnos con tu padre, todo ha terminado. Nunca más nos separaremos de ti, todo está bien. Si te cansas o necesitas algo, solo tienes que hacerme un gesto. —Seguí mirándole para no dar por cerrado el monólogo, instándole a que continuara. Silvinio sujetaba la brida con la derecha, con mando, sin extrañar el uso de la otra. Pese a su fuerte complexión y buena altura, lucía huesudo, con barba y pelo más cano que rubio sin cortar desde su partida—. Es difícil explicarte lo acaecido. Imagino que escucharás muchas cosas que debes ignorar. Juré con tu padre cerrar aquel capítulo. Es una etapa concluida. Sí debes saber que tu padre sufre extraña enfermedad. Una rara fiebre contraída cruzando el mar le postra en la alquería de uno de nuestros compañeros. Mejora, pese a que temimos por su vida. Estúpidos. Es imposible acabar con Gonzalo. Orgulloso has de estar de tu padre, hijo —me dijo, mirándome a los ojos muy seriamente—. Evoluciona bien, aunque ha de guardar reposo y por eso no ha venido a recogerte. Verte es lo que más desea en la vida y el principal motivo de su fortaleza.

Hicimos noche en Astigi, Astapa y Antikaria. En todas nos atendieron con esmero, abriéndonos puertas amigas con respeto e incluso veneración, a pesar

de que un niño mudo y un hombre con más cicatrices que estrellas cuenta el cielo no debían resultar agradable compañía.

La mirada de Gonzalo enloqueció al verme, sola, pues el cuerpo no podía acompañarle. Yacía demacrado como una sombra pálida. La cicatriz del ojo invadía salvajemente su cara pareciendo haber perdido el resto de las facciones en el camino. El ojo izquierdo rozaba su nuca, los pómulos se marcaban como asas de cesta de labor y la boca resultaba más un corte de matarife que un conjunto de labios, dientes y lengua. Conservaba una buena cabellera de pelo zaíno poco invadida por las canas y que le daba aún mayor apariencia de salir del averno. Es curioso cómo todos estos detalles en los que ahora reparo, tantos años después, no me afectaron al verle. Se prendieron nuestras miradas, y los dos, llorando, nos abrazamos como nunca más he abrazado a nadie. Allí estaba, ¡vivía!

Nos hospedábamos en la alquería de Mudáhir ibn Omar, compañero de mi padre en su venganza. Un muladí de antiguo linaje hispano, *sahib* importante de la *kora* de Rayya. Dominaba sus vastas tierras junto a su hermano Hafs ibn Omar, Hafsún, como se le reconocía por su privilegiada posición. Viudo, al perder a su mujer durante el parto de su primogénito, impactado por la historia de mi padre, se le unió tras perseguir a los Banu Maslama por la zona de Antikaria. Un aventurero y un soñador hasta el día de su muerte en la batalla de Epagro.

La casa principal, en el valle de Abdalajís junto al arroyo de las piedras, me recordaba a la de mi familia en Tucci en más fría, adusta y triste. Falta del embrujo femenino. Contaba con una enorme cuadra que se convirtió en mi refugio, mi nuevo *scriptorium*, el lugar donde acudir. Montaba siempre que podía y me permitían. Cada vez ansiaba mayor libertad y más me frustraba el silencio que psicológicamente me coartaba.

Multitud de familias, cristianas en su mayoría, migraban desde ciudades y villas escapando de la insoportable presión caldea. Moraban en las entrañas del monte cercano, Bobastro, en cuevas naturales que el agua, el viento y, sobre todo, el tiempo erigían.

Con motivo de una aceifa para asolar el norte peninsular el siguiente verano, el emir impuso un impuesto extraordinario a la comunidad achamí. Solo los cristianos cordobeses sufragarían cien mil sueldos. La indignación era enorme y se organizó una gran reunión de notables en la alquería. Compartiendo los honores de anfitrión con Mudáhir, arribó hasta allí su

hermano Hafsún. Le acompañaba Omar, su primogénito. El protagonista de esta historia.

Caminaban hacia la casa mientras yo montaba en el patio. La atracción entre nosotros fue inmediata, algo insólito, pues yo evitaba a los chicos de mi edad. Mis recuerdos pesaban. Me había acostumbrado a vivir entre adultos. Inconscientemente algo en aquella ocasión me llamó la atención y, vanidoso, me empeñé en mostrar mi mando sobre Cascabel, una joven yegua, de movimiento alegre, a la que conocía bien. Le hice andar al paso y trotar mostrando los mejores trucos de mi repertorio.

Omar tenía un porte de gran prestancia. Vestía como *sahib*, con camisa de intenso azul cubierta por una aljuba de lana, que alcanzaba hasta las rodillas, teñida en diferentes rojos. La adornaban ricos bordados e incrustaciones, incluso en cierres y cinturón. Sobre las piernas ataviaba calzas pardas. Los hombros los cubría una sobrepelliza verde olivo en lugar del manto que requería la cada vez más baja temperatura del año. Una especie de daga corta prendida de un tahalí de visón completaba la indumentaria. Su altura, casi la mía, y negro pelo largo ayudaban a envejecerle en una primera impresión que la cara desmentía. Sus ojos intensamente negros me sonrieron con cierta burla y astucia. Unos pómulos salientes les escoltaban. La nariz larga y recta, desproporcionada, demasiado grande para ser la de un niño pero pequeña para ser la de un adolescente, le daba grave seriedad.

Se acercó mirándome con fijeza y, con una amplia sonrisa dibujada en su cara, me dijo:

—Tú debes ser Alfonso, el hijo del famoso Tuerto. Yo soy Omar ibn Hafsún. Lo siento, amigo, pero no debe ser la monta tu mayor virtud. Vas poco erguido, muy pegado al lomo y no parece que manden tus pies, aunque se adivinen naturales tus movimientos. —Le quise responder que no necesitaba los pies para mandar, que el caballo me entendía sin apremiarlo salvo con una palmada o caricia. En lugar de eso miré al suelo—. Perdona, no quería molestarte. De verdad, lo siento —se disculpó mientras yo le ojeaba perdonándole—. No te preocupes por tu silencio, ya me avisó mi tío. A mí me pasa lo contrario, así que hemos de hacer buena pareja. Nos llevaremos bien.

Fue la primera vez que me demostró dotes de adivino.

Durante los diez días que convivimos no nos separamos. Como la piedra imán al hierro, me atraía y hacía gozar de su compañía. Era un jinete magnífico y conocía en detalle la sierra y alrededores de la alquería.

La séptima noche desde su llegada tuvo lugar la gran reunión.

Disfrutamos con la aparición de los asistentes durante el día completo. Omar me explicaba con familiaridad y detalle quién era cada cual: linaje, dominios, gente a cargo, credo rezado e, incluso, rencillas entre ellos, anécdotas o relevantes episodios precedentes. Criticaba sus monturas, atuendos, servidumbre y porte. A mí me impresionaban el colorido de sus ropajes y la simpatía que nos mostraban. En total eran unos treinta, la gran mayoría muladíes, pero también mozárabes. Todos hispanos.

Omar me despertó en mitad de la noche para arrimarnos a oír lo que se debatía en la gran sala. Pese a la multitud no se escuchaba el bullicio del día, sino una voz seguida con respeto y atención. Me recordó a la oración en el cenobio. Hablaba Mahd al Bammir, muladí de la Hoya; según Omar me apuntó, los bereberes devastaron sus propiedades quince años atrás. Me sonaba la canción y sentí inmediata simpatía por lo que contaba.

—La situación es insostenible. Las montañas rebosan cristianos hartos de la opresión, los bereberes llegan a manadas ocupando nuestras tierras, atacándonos cuando tienen ocasión, y el emir en lugar de barrer su casa nos sangra para pagar sus caprichos del norte.

—¡Contra nuestros hermanos del norte! —le interrumpió una voz a su lado que no identifiqué.

—Cierto, contra nuestros hermanos. No tenemos representantes que nos defiendan, sino meretrices preocupadas por agasajar al emir para recibir su limosna. Somos solo la ubre a ordeñar —continuó Mahd.

—Vivimos tiempos convulsos, pero ¿cuándo no lo han sido? —respondió Hafsún. Su tono era conciliador, sus gestos expresivos, la atención sobre él absoluta y su ascendencia sobre el grupo obvia—. Mantenemos nuestras tierras, hombres y riquezas. Pagamos impuestos, sin embargo para dejar de hacerlo, o al menos en los que a la religión se refiere, hay una fácil solución en vuestra mano. Hace años que los bereberes no atacan salvo horrorosos incidentes aislados. —Jugando con el silencio, paseó la mirada entre Mahd, mi padre y mi tío, sopesando el daño recibido por tres de sus colegas, pero dejando intencionadamente fuera al resto de los presentes—. Siempre ha habido grandes y frecuentes aceifas y llevamos muchos años desde que acabó la gran sequía con el campo rindiendo y las rentas al alza.

—A muchos nos preocupa que esas ganancias sean contraproducentes, Hafsún —le interrumpió Abd Al Mahras, de la *kora* de Ilbira, un anciano con fama de sabio por su sentido común—. No ya solo por utilizarse contra nuestros hermanos, sino porque la injerencia del emir es cada día mayor en

nuestros asuntos. A más dinero, más recaudación. A más recaudación, más poder. A más poder, más control. Los hispanos somos el instrumento que les asegura una vida placentera entre guerra y guerra, como las abejas a los zánganos sin más porvenir que perder poco a poco sus celdas de trabajo. Lo peor es que los zánganos se multiplican. Aplastan nuestra independencia y nos humillan. ¿Qué sucederá mañana? El mérito hace tiempo que se deprecia y ya ni siquiera gestionamos el escaso poder que nos reservan como si fuera la carne pegada al hueso que se reparte entre la reala, subastándolo al mejor postor que les asegure rendimiento y se pliegue a sus intereses. Nuestra sociedad muere. «*Aetas parentum peior avis tulit nos nequiores, mox deturos progeniem visitorem*».

—¿Y qué sugieres? —le interpeló un mozárabe cordobés.

—Ser valientes y plantarnos. Aducir que no tenemos fondos, no recoger la cosecha, dejar que la aceituna se seque en el árbol, empobrecernos para que no encuentren sustento a su forma de vida.

—¿Y acabar con nuestros hermanos en Fez el-Bali, o en las montañas, o en la tierra de los castillos, o muertos? Debemos ser inteligentes y negociar —intercedió otra voz.

—Cada vez que negociamos, perdemos. Parecemos judíos comprando libertad cuando nos pertenece por derecho —finalizó Abd al-Mahras.

Las palabras se repetían como en casa de mi abuelo en Tucci con un cambio notable. Mi padre. Mientras que años atrás exponía con vehemencia su parecer ahora revelaba una abulia absoluta, sentado en un segundo plano vestido de aburrimiento. Ni siquiera se había inmutado con la directa alusión de Hafsún. Ya estaba repuesto casi por completo y comenzaba con la vida normal, aunque adoleciera de su vigor.

Súbitamente, por ese viejo instinto que intuye la mirada ajena, se volvió hacia la entrada donde Omar y yo observábamos semiescondidos. Me asusté intuyendo su enfado hasta que en su rostro brotó una sonrisa comprensiva. Feliz por verme hacer lo que se esperaba de mi edad. Se levantó tranquilo y con un gesto nos invitó a acompañarle a nuestro cuarto. Obedecimos sin rechistar. Ya allí y tras acostarnos en el camastro, nos dijo:

—Hijos, poco tenéis que aprender ahí. Parlotearán durante horas para volver al mismo punto de partida. Mil veces lo he visto ya. Los siervos son esclavos de sus amos y los señores lo son de ellos mismos. Existen demasiados intereses y miedo a perder ficticios privilegios. Intentad dormir y no tengáis prisa por crecer y por conocer respuestas antes de saber hacer preguntas.

Omar partió al alba del décimo día de su llegada. Junto a su padre parecía un muchacho distinto, obsesionado por agradar. Hafsún destilaba distinción. Observándole entendías la nariz de Omar, aunque la suya era algo más fina y puntiaguda. Le nacía casi entre sus grandes ojos negros. Impecablemente vestido, con capa escarlata y jubón verde esmeralda salpicado de bordados e incrustaciones de llamativas piedras, era alto, de fuerte complexión, con pelo y barba castaño oscuro e inusualmente cortos. Más joven que su hermano Mudáhir, aparentaba diez años más.

Al despedirse, Omar me dio un gran abrazo. Sentí un profundo abatimiento, similar al de dejar a Máximo pese al escaso tiempo disfrutado juntos. Hubiera deseado acompañarle, suplicarle que se quedara o preguntarle por su vuelta. Mientras se alejaba el grupo y él se perdía en la lontananza montado junto a su padre, me oí a mí mismo gritar:

—¡Adiós, Omar, adiós!

El mundo frenó.

Mi padre me lanzó por los aires mientras gritaba, comprendiendo de inmediato lo que había supuesto para mí sentirme aceptado y compartir tiempo con alguien como yo.

En una semana abandoné la casa de Mudáhir. Por segunda vez me separaba de mi padre. Mi tío no cumpliría el juramento que me hizo a la salida de San Salvador.

Me iba a casa de Omar ibn Hafsún.

V

Hafsún regía el campo de Awta desde la alquería en la que vivía junto a su segunda mujer, Mahlid, y sus ocho hijos. El primogénito Omar, a quien ya os he presentado, sus hermanos Hamdum, Yahyad al-Mista, Mudáhir y Ayyub y sus hermanas Allín, Jafir y Halsud. Llamo alquería a lo que desde la lejanía atisbé como villa.

Me costó adaptarme a mi nueva vida, tan distinta de San Salvador, donde escasas eran las tareas y el culto marcaba cada hora. Lo más sencillo, por ya conocidas, eran las lecciones. El maestro era un añejo aspirante a presbítero llamado Jacinto, mayor en años que en conocimiento.

Aventajaba yo palmariamente al resto en todo salvo en los *carmina maiorum*. La historia de nuestros padres. Allí Omar rivalizaba conmigo, pese a la discrepancia de nuestros intereses. Yo gozaba trazando las aventuras de Escipión y Aníbal Barca. Él se enardecía con las revueltas en el arrabal de Corduba o clamaba venganza contra Amrós. Yo divagaba en pasado, él cavilaba en presente.

Omar se recreaba defendiendo un noble linaje del que luego comprobé cómo presumía más su padre que su tío. Provenía de un conde oriundo de la *kora* de Takoronna, viejos cristianos hasta que su bisabuelo, para ejercer como *almoxrif*, cambió de Libro trasladándose a la alquería donde hoy vivíamos. Poco importaba a quién rezaran, pues, salvo en las más señaladas ocasiones cristianas o caldeas, jamás les vi hacerlo. Escuchándole, reflexionaba cuán poco conocía yo de mi pasado y cómo hasta aquellos días mi única preocupación había residido en olvidarlo. Me dolía pensar en ello. Me duele hoy.

Desperté a la vida reventando cada noche el jergón. Montábamos mulos y caballos, nos peleábamos con palos y piedras, cazábamos torturando a nuestras presas con esa crueldad infantil en busca de la constante investigación. Aprendí a nadar el primer verano, algo imposible hasta que Yahya me convenció una tarde de junio en el río Cuevas que serpenteaba junto a casa.

Me redescubrí no ya solo en lo intelectual como comenzara con Máximo, sino en un sentido amplio. Vislumbré mi potencial, mi fuerza y aptitud para casi todo lo que me proponía. Volví a comunicarme, con mesura, pues continué siendo, como hoy, recalcitrantemente reservado, pero quería, podía y sabía decir lo que necesitaba o me placía.

En paralelo a nuestros quehaceres diarios, básicamente el estudio y la monta, tres grandes obsesiones tutelaban nuestras conversaciones y ocupan hoy un lugar entre mis recuerdos de oro. La caza, la Ansara y el Gran Tajo.

El Gran Tajo se trataba de un enorme risco, vecino del tajo del Fraile. Señoreaba altivo toda la comarca. Allá donde fueres te observaba orgulloso retándote a trazar la ruta perfecta de conquista. Nuestro Solorio particular.

Por lo general, gustábamos de explorar los alrededores de la alquería con el reto de ir siempre una legua más lejos, enfermedad física y mental sin cura una vez contraída, pero jamás nos habíamos atrevido a alcanzar aquella peña. Un luminoso día de final de verano decidimos emprender el camino. Contábamos doce años. En poco más de una hora de trote alcanzamos el pie de nuestro objetivo. A corta distancia afloraba inaccesible. No comulgaba con ello Omar, que, con una sonrisa, me dijo:

—Ahora empieza lo bueno, Alfonso.

Comenzó a bordear la base rocosa y trepar como cabra montesa por cada vía que le brindaba la naturaleza. Poco a poco, y tras una zona de piedra suelta donde casi me descalabra, progresamos hasta un pequeño collado en el que recuperamos el aliento para, tras descender mínimamente, encarar la gran pared vertical. Después de mucho canto y algún arriesgado movimiento, al fin alcanzamos la cresta que conducía a la cima. Allí me esperaba pletórico.

Tras respirar reparé en la increíble posición conquistada. El espectáculo era glorioso. El sol pintaba a su muerte el cielo de colores convirtiendo en aún más novelesca la vista que nos proporcionaba la altura de nuestra vertical y estrecha atalaya. El viento se detuvo para disfrutar del espectáculo junto a nosotros. Los suelos, ondulados, estallaban en las cumbres de la Maroma y nuestro vecino tajo del Fraile. El gran río Gordo, coloreado en castaño, regalaba vida a su senda pintando del brillante verde de las hortalizas sus orillas previas al tono más apagado del vasto olivar y viñedos que lo rodeaban. Una partida de jornaleros vareaban en una de las innumerables terrazas, la luz vespertina se colaba entre las ramas de los olivos coloreando de dorado las visitadas y de azul, las desafortunadas. A escasa distancia dos jinetes marcaban un camino que caía en sombra, con facilidad se distinguían las patas de los caballos andando al paso en un ritmo continuo y seductor. ¿De

qué hablarían? Al este, como una pared de granito, destacaban las cumbres de Ilbira moteadas de pequeños senderos blancos, inmortales neveros que pretendían sobrevivir al estío. Al sur, lejanas pero presentes, nos hipnotizaban las costas de Malaka con el mar a su espalda fundiéndose en el infinito con los cada vez más ocres tonos del crepúsculo.

—Todo parece más pequeño desde aquí, ¿verdad, Alfonso? Fíjate, Awta apenas se distingue o el Hisn de Qumarix allá —me dijo extasiado Omar mientras los señalaba con el dedo.

—Pequeños parecemos nosotros, Omar —le respondí.

—Cuánta razón tienes —exclamó pensativo. Observando al grupo de labradores del olivar, continuó—: Así supongo que debe vernos Dios. Como poco más que hormigas, se divierte con nosotros como nosotros con ellas cuando trampeamos su camino o destrozamos su hormiguero para observar cómo salen en arracimadas manadas. ¿Acaso somos mucho más que ellas? Mira aquellos hombres atareados, ¿algo de lo que hagan puede cambiar lo que les rodea? ¿No son sus acciones tan intrascendentes como el aleteo de una mosca?

—No para los hijos que en casa les esperan con hambre y sed —le contesté.

—Vamos, Alfonso, no seas simple. ¿A quién le importan esos hijos? Nosotros mismos aquí arriba desde donde perdemos la vista en el horizonte solo ocupamos un lugar diminuto dentro de la tierra; y el tiempo que viviremos, si somos afortunados en alcanzar la vejez, no es ni un segundo comparado con la eternidad. ¿No te parece absurda nuestra insignificancia? Me abruma y aturde. No quiero ser un grano de arena más en una playa o una simple gota en el mar.

Desde pequeño pensaba en grande.

Tras conocer nuestra aventura, la servidumbre rebautizó el Gran Tajo como el tajo de Omar, y así hoy se le llama.

La Ansara o la celebración del día de San Juan Bautista coloreaba de blanco su día. Cada 24 de junio visitábamos Qumarix disfrutando en el camino de las lumbres que junto a las higueras cantaban al cielo la llegada de la luz. El carisma de Hafsún era incontestable, a la par de su imponente planta. Pocos rivalizaban con él en cuanto a séquito, montura, vestimenta y prestancia.

En la explanada y a los pies de la barbacana competían por pulgadas los puestos de comida. Entre ellos declamaban los *rawi*, juglares versados en prosa o rima, asistidos de bellas *nubas* que rivalizaban por el fervor popular.

Ya entrada la villa, en un generoso palenque de unos ciento treinta pasos, se disputaban torneos variados, pruebas de valor ante los toros y, por supuesto, el *djerid*. Pese a la crítica y expresa condena de los alfaquíes hacia la fiesta cristiana muchos eran los árabes, bereberes y muladíes que participaban en las distintas suertes.

En el *djerid* la rivalidad estallaba. Se medían, arrojando cañas que simulaban jabalinas, dos cuadrillas de doce jinetes en su año de barbatio o dos posteriores, normalmente hispanos frente a moabitas. Escoltaban los laterales espectadores y músicos que amenizaban el ejercicio con melodiosas zambras. Cada contendiente portaba dos, tres o cuatro cañas según su habilidad.

Aquel día de San Juan lucía espléndido. Una ligera brisa, cargada del aroma del mar y de algunas nubes de graciosas formas, refrescaba el habitual calor de aquellas fechas. Con catorce años nos bautizábamos en el *djerid*. Montábamos agraciados pencos árabes de cuatro años, Fuego y Nieve por sus colores castaño rojizo y blanco algo tordo todavía, de pura sangre y mucho nervio, disfrutones en el galope y que se excitaban ante cualquier lance. Pese a la dificultad potenciábamos su baja alzada con sillas bereberes que nos daban gran movilidad. Eran prolongaciones nuestras, íntimamente acostumbrados a nuestras voces, órdenes y toques en las interminables horas de entrenamiento. Vistosamente enjaezados, formábamos línea con otros jóvenes entre los entusiastas saludos, abrazos y aplausos de la multitud. Nuestros enemigos eran un grupo mixto de árabes y bereberes, con mayoría de estos últimos.

Lanzaron ellos su primera carga que defendimos entre sonrisas con el corazón galopando por la emoción. A mí me pasó una bastante alta, pero Omar hubo de estar hábil con el escudo ante un gran lanzamiento. Tras los tres primeros lances solo quedábamos Omar y yo por nuestro lado contra cuatro de ellos. Omar había hecho blanco en cada ocasión, siempre contra el primero que le había lanzado y que había respondido en cada lance de la misma forma.

El público estaba encandilado con el enfrentamiento directo, personificando en ellos la rivalidad entre ambos bandos. En la última carga tres se dirigieron hacia Omar. Dos cañas le cayeron prácticamente a la vez, una quedó corta y otra le hizo perder el escudo; la tercera, sin defensa, fue capaz de cogerla al vuelo. La arriesgada maniobra, pues podía costarte algún dedo o incluso la mano, enloqueció a los espectadores ya que guardaba otra entre sus piernas.

En la cuarta carga, casi les alcanzamos al galope teniendo ostensiblemente que frenar y esperar a que se colocaran. Habíamos entrenado y reservado a Fuego y a Nieve para llegar enteros a ese momento por cómo se valoraba la resistencia de los rocines tras las seis carreras previas.

El bereber, que luego conocería como Mussad al-Hischm, alardeando, arrojó su escudo. Omar apuntó a su cabeza sin darle opción a cogerla al vuelo y obligándole prácticamente a tirarse al suelo, maniobra que aprovechó para aferrar una de las cañas semirrotas que allí se encontraban. En su carga, Mussad vino solo, enfilando directamente a Omar que tuvo tiempo de recoger su escudo del suelo. En vez de pararse a lanzar le atacó a menos de diez pasos, violando las reglas no escritas mientras le insultaba en su lengua. Paró Omar el golpe como pudo, resultando herido en el hombro y golpeado en la cara. Sin medir ni pensárselo, se abalanzó sobre él lanzándole la suya mientras el bereber huía, y al ver que erraba picó talones para vengar la afrenta, algo que de no ser por mi intervención seguro habría sucedido y que de hecho años más tarde no pude evitar.

Sería la única participación de Omar en el *djerid*.

Por fin nos bautizamos en la cacería que, por Navidad, se celebraba en Abdalajís. Pese a su escaso celo religioso, Mudáhir y Hafsún disfrutaban recibiendo a los muchos cristianos, mi padre y mi tío obviamente entre ellos, que bajaban de la montaña para intercambiar regalos y admirar las ciudades de pan de flor, frutos secos y azúcar reproduciéndolas de la Biblia.

Cada visita me acercaba más a mi padre a quien veía solo en un par de ocasiones al año. Retornaban los gestos olvidados, las bromas, las confidencias y la paz y complicidad que la sangre aporta. Finalmente, enterrada la fiebre, abandonó la casa de Mudáhir para, como tantos otros, anidar en la montaña con mi tío Silvinio, tan cortos de comodidades como de necesidades. Mi relación con Omar le había hecho abandonar la idea de regresar al norte. Acostumbraba yo a verle siempre pensando en recechos y batidas, planeando la gran montería, compartiendo los nervios, excitación, impaciencia y ansia que sentíamos Omar y yo la noche previa a nuestro bautismo. Curioso el veneno de la caza que ataca con denuedo atrapando a quien lo prueba. En público reconozco mi aguda enfermedad.

Recuerdo, aún virgen, la conversación a la lumbre previa al gran día.

—La vocación de todo hombre es la búsqueda de la felicidad. Los sabios dicen que se alcanza huyendo de la ansiedad y las preocupaciones. —Quien

reflexionaba sobre la pasión que todos compartían era Mahmad, un primo mayor de Mudáhir y Hafsún con fama de filósofo—. Los caminos para evitarlas son tantos como las estrellas, pero si repasamos qué lleva realizando el hombre desde que lo es y por lo que ha luchado independientemente de su posición, encontraremos casi siempre la pasión por cazar. Obviamente, la recompensa vale la pena pero todos sabemos que va más allá de eso. De lo poco que aún nos une con nuestro pasado más remoto, desconectándonos de obsesiones o frustraciones pasajeras.

»La conexión de un hombre con su entorno al cazar solo es comparable a la que siente al estar amenazado o en guerra, que, al fin y al cabo, es otra cacería donde en función de posición y fuerza te disfrazas de halcón o perdiz. Es nuestro instinto más auténtico junto con el de protección.

»Nacimos siendo cazadores e infinitos son los ilustres cazadores que, como Polibio o Escipión, nos relataron sus proezas en el campo. Vivir fue cazar para nuestros primeros padres. Para nosotros, salvo cuando la despensa tirita o alguna alimaña amenaza, es la competición ante una presa astuta, libre, con la ventaja de su instinto, velocidad o fiereza. No existe mayor placer que el lance en el que el corazón se desboca.

—Lo entiendo, Mahmad —se atrevió a decirle Omar—. Pero dime, ¿cuál es el secreto del buen cazador? ¿Qué he de hacer mañana en el campo?

—Comprendo tu ansia y admiro tu practicidad, hijo —respondió Mahmad tras una sonora carcajada. Mirándole y sonriéndole, continuó—: Cambiaré de poesía a prosa. Resulta sencillo discernir al bueno del extraordinario. No se trata de resistencia, ni valentía para bajar barrancos o subir riscos inaccesibles, tampoco aguantar esperas interminables, ser más sigiloso que un zorro o invisible ante el enemigo más perspicaz. Ni siquiera la puntería o la fuerza. —Hizo un largo silencio rodeado de expectación—. El secreto, hijo, es la vista.

»El auténtico cazador es el que está constantemente alerta. Mirar, mirar, mirar, mirar y volver a mirar sobre lo ya visto cincuenta veces. Saber escuchar y leer lo que te dice el campo. Ser infatigable. Buscar rastros, pistas en cualquier dirección. Cerca y lejos. Mientras hablas, mientras comes, mientras cabalgas al volver tras una jornada decepcionante. Siempre alerta. Nada es tan cierto como aquello de que cuando menos lo esperas salta la liebre.

Llevábamos ya un par de noches sin dormir. El frío había arreciado firme los días previos, acompañado además de un viento desmedido, cambiante y traicionero.

Los perros fueron los primeros en oler la jornada. La blancura de la primera helada cubría el campo empapado, aún perezoso, grisáceo y tratando de ignorar la temerosa luz de la aurora. No había una nube en el cielo ni el menor atisbo de brisa. La tierra mojada y su inconfundible aroma nos llamaba a gritos. Notamos movimiento en la casa y sentimos cómo a los pocos minutos discutían en el patio. Saltamos de la cama vestidos para implorar acción con nuestra presencia. La conclusión fue que nos hallábamos ante un extraordinario día de caza. Una pareja de lobos con varias crías frecuentaban una zona cercana. Sería ese el objetivo. Formábamos el grupo veinte cazadores, dieciséis monteros y treinta y dos perros. Cada uno conocía su cometido y ansiaba realizarlo con perfección.

Temblaban mis manos al llegar a mi lugar asignado, dudando si era real que me encontrara allí, solo, dependiendo de mí mismo y mi destreza. Montaba un alazán negro, Caín por su nerviosismo, con mi silla bereber. A mi derecha Omar, como yo, se agitaba constantemente buscando objetivos en cualquier dirección. A mi izquierda Silvinio aguardaba como la estatua romana de un noble jardín. La vista fija en la espesura y su única mano, la diestra, sobre la silla manteniendo a la vez la jabalina corta agarrada.

El ladrido de los perros me despertó de mi ensimismamiento y comenzó a guiarme en el recorrido imaginario de las fieras. Se partió el sonido en pequeños grupos con uno de ellos enfilando nuestra posición. Los segundos duraban siglos y la espera cada vez pesaba más. Súbitamente los perros volvieron a girar, o eso creímos, hacia nuestra izquierda, zona donde se hallaban Hafsún y Mudáhir. Se acercaban complicando localizar la reala ya que los ladridos sueltos constituían un concierto. Silvinio me miró sonriendo. El monte estaba cuajado.

Mientras seguía al grupo principal orientando a la izquierda, percibí cómo Omar arrancaba al trote con el brazo ya cargado a mi diestra. Allí, a veinte varas, se escabullía algo grande. Partí tras mi amigo advirtiendo cómo lanzaba una jabalina corta con el alma y tanto ímpetu que le hizo perder la silla bereber, que ya no volvió a utilizar aunque la culpa fuera suya. Hizo blanco. El jabalí herido, revolviéndose y viendo bulto en el suelo, reaccionó como un toro bravo y, buscando venganza, se volvió para embestirle. Era un enorme macho con colmillos como dagas. Serio como un entierro. Omar consiguió zafarse escalando a una rama baja de una de las encinas. A los pocos pasos

los monteros alcanzaron a la bestia en dos ocasiones y yo también con mi lanza corta junto a la oreja despeñándole por una pendiente cercana. Omar se lanzó tras él con desmedida y estúpida temeridad que le cobró una pequeña pero aguda dentellada en el brazo derecho, el mismo con el que degolló al puerco con su cuchillo montero.

—Mira, Alfonso, mira qué colmillo —gritaba entre risas—. Me ha dejado buena marca el muy cabrón. ¡A la primera! Mira tu lanzada también le reventó.

—¿Cómo se te ocurre, imbécil? —le gritó Silvinio mientras se acercaba al galope tras ver cómo Omar se había lanzado colina abajo—. Esto no es un juego. Jamás persigas un guarro sin montura como un perro, y mucho menos si está herido. No estés tan contento y considérate afortunado por aprender esta lección, hay quien no lo cuenta.

Omar miró al suelo disfrazando un júbilo que no era aplacable. Al enterarse Hafsún le hizo volver caminando hasta la alquería y le prohibió montar durante una buena temporada. Yo me solidaricé de buen grado con lo primero, pero no con lo segundo.

El ejemplar no era tan grande como presumíamos, pero la sensación fue a la inversa y su resonancia, que alcanzó hasta el lecho de muerte de mi amigo, mucho mayor.

VI

Los quehaceres de Omar nos separaron inexorablemente. Crecíamos y él, como primogénito del *sahib*, acompañaba a su padre con cada vez mayor asiduidad. La cuadra y los pocos pergaminos de Hafsún eran mi refugio, y con disgusto me percaté de que Catalina comenzaba a ser la única razón que allí me conservaba. Decidí despedirme de ella para marcharme con mi padre quien, recobrado por completo, trabajaba para Mudáhir en un *muyahd* que regía como escuela militar. Poco le conocía más que por boca de otros con más fantasía sobre el Tuerto que realidad contrastada. Jamás Silvinio, Mudáhir o él me contaron nada.

Gonzalo, mi padre, era una referencia entre mozárabes y muladíes. Una leyenda viva. La representación del orgullo. Cuantos le acompañaron en su expedición de castigo eran mitos. Me crie escuchando hazañas de las que nada conocía hiperbolizadas por el tiempo, la distancia y las bocas que las narraban.

Visitábamos el *muyahd* de forma esporádica. Lo tutelaba Toribio, un curtido toledano al que Silvinio había conocido en una posada malacitana ahíto de vino, tarea y salario. Copiaban el modelo de escuelas árabes donde muladíes y cristianos estaban proscritos.

El objetivo principal era fortalecer al aspirante. No solo con ejercicio, destreza con armas o técnicas de batalla, sino para conocer el límite, administrar el sufrimiento y superarlo. No imaginaba hasta dónde llegaba.

Amenazaba ya el verano cuando un nuevo grupo comenzaba su formación. Acudíamos para que mi padre ofreciera una charla introductoria, más tarde en las fases intermedias instruiría sobre el uso de las armas. Nada más llegar allí, sin previo aviso espetó:

—Toribio, ¿cómo te vendría un ayudante?

—Yo como vos veáis, don Gonzalo, bien siempre viene si arrima el hombro. Varias tareas se me ocurren —respondió.

—Haré lo que me mandéis y como me lo mandéis —intercedí yo, aburrido los últimos meses de vivir a la sombra de mi padre sin cometido alguno. El cielo se abría.

—Muy bien, hijo. En ese caso, te quedas —dijo mi padre con una sonrisa de satisfacción ante mi rápida reacción—. Toribio, ningún privilegio. A trabajar contigo. Ya tendrá tiempo de entrenar cuando esté preparado. —Tras darme un pequeño pescozón, se puso serio—. Alfonso, obedece en todo. Haz que me sienta orgulloso.

Los minutos se convirtieron en días y los meses en una pesadilla continua.

El buen Toribio. De primeras parecía un campesino cualquiera, de los que se repiten en cada alquería. Inofensivo, más bien achaparrado por su corta estatura y cierto volumen. Afinando, distinguías que no era sebo sino roca. No era fuerte, era duro. Sus ojos resultaban diminutos para el espacio ocupado, lejos de su incipiente calvicie. El resto de las facciones, también suaves, desaparecían avergonzadas en su rala y poblada barba salpicada de cicatrices, una de ellas cruzando por completo el gaznate. Le remataba la falta del pulgar izquierdo y un cojeo crónico también zurdo que pese a afearle el paso curiosamente no le restaba celeridad. Era un hombre cruel que pagaba su falta de luces e incapacidad racional persiguiendo a quienes sí las tenían. Disfrutaba con el fracaso ajeno tomándolo como éxito propio, incapaz de ponerse en el lugar contrario o lamentar su sufrimiento.

Sonrío pensando en lo que llegué a quererle. Tras conocer la primera línea de batalla, hoy bien alabo su capacidad de criba y, sin dudarlo, en él hubiera confiado para el adiestramiento de mis hombres de no haber muerto.

Quizás la fealdad y la cojera fueran las culpables de tan agrio carácter.

De aquella época no guardo ni un solo buen recuerdo. No se debe ya a la dureza sino a la sensación de pérdida de tiempo, inmerso en una vida anodina sin horizonte. Mantenía limpio el *muyahd*, cuidaba el armamento, ayudaba con la comida y construía una habitación contigua a la principal con sillares que nos entregaban en el río a unas dos leguas.

Cuando por Navidad regresé a casa, se lo conté a mi padre y Silvinio.

—Padre, no quiero en esta vida más que obedeceros y causaros orgullo, pero cada mañana siento que desperdicio mi tiempo.

—¿Y por qué piensas eso, Alfonso? —me respondió extrañado, dando sensación de no esperar mi queja—. Te ganas lo que echas al puchero cada jornada y no te veo mala cara en absoluto.

—Limpio hierro, preparo gachas y cargo piedras como si de un asno me tratara, ¿creéis que no puedo hacer nada más? —le dije, contrariado, con cierto tono sarcástico del que enseguida me arrepentí.

—Mírate, Alfonso. —Su estupefacción dio paso a la severidad—. Mira tus hombros, tu cuello, la barba que empieza a merecerse tal nombre, e

incluso esa descastada forma de hablarme y que deberías medir. Te estás haciendo un hombre, ¿qué más quieres, hijo?

—Disculpad, padre, solo quiero demostraros que soy capaz de más —dije avergonzado, humillando y rebajando el tono—. Podría perfectamente participar en el entrenamiento y competir con el resto de los aspirantes. Permitidme incorporarme con el grupo o participar en la próxima promoción.

—Volveré contigo, hablaré con Toribio y veré qué podemos hacer —contestó tras un prolongado silencio.

La puerta abierta colmó mis expectativas.

Tras un año separados me reencontré con Omar. Siempre fue algo más bajo que yo, pero ahora lo notaba especialmente pequeño, o quizás mi padre tenía razón en mi ensanchamiento en esa edad donde calibrar futuros es tan complicado. Lo noté, junto a su alegría al verme, al darle el abrazo de bienvenida.

—Alfonso, ¿cómo estás? Te veo fuerte, dudo si combatiría contigo —admitió, golpeándome el hombro derecho—. Cuéntame, ¿qué haces? ¿Eres ya un guerrero? ¿Qué te han enseñado?

—Nada, Omar —contesté hastiado—. Pierdo el tiempo. Extraño nuestros días en Awta. Montar, avistar alguna liebre encamada… Nada, me paso el día como un esclavo.

—¡Ya será menos! En serio, cuéntame —me repitió, resistiéndose a mi derrotismo.

—Cuido el *muyahd* —le dije tras un suspiro de fastidio, tratando de ser más descriptivo—. Construyo un almacén, aunque por ahora no he hecho más que cargar piedra. Preparo la comida, arregló arcos y jabalinas, recojo… —Me cansé de enumerar—. Tareas de poco encanto al no poder luego disfrutarlas. Además, Toribio, al que tenía el gusto de no conocer bien, es malo de formas y peor de fondo. —Me permití un silencio para cambiar el tono de la charla—. A pesar de ello, reconozco que envidio a los alumnos y espero ingresar en la próxima camada. Ese sí sería un cambio importante, ya que hoy soporto similar dureza sin aprendizaje ni compañía. Pero ¿y tú? ¿Qué me cuentas? ¿Cómo están tus hermanos y tus padres?

—No mucho te pierdes en casa. Yo hace tiempo que no salgo a montar o cazar liebres, ni perdices, ni tórtolas, ni nada. —Su mirada era sombría, sin el brillo que solía adornarla—. Cómo añoro la intempestiva salida de la patirroja que por un instante detiene el tiempo, prrrrrrrrr. Necesito que este año se dé

bien la jornada, ojalá acabe yo con uno de los venados de la vereda alta. Esperaba como culebra al agua volver aquí y verte de nuevo. Mis días corren en visitas absurdas, cuentas y relaciones. Mi padre quiere enviarme a estudiar con los alfaquíes a una madrasa en Corduba para medrar en alguna *kora*. Me conduce como a corcel de corto bocado, yo me muestro dócil sin vislumbrar luz en la cueva. —Mirándome serio y con la tristeza pintada en sus ojos, continuó—: Mataría por tu *muyahd* en medio del monte, cargando piedras o durmiendo al raso, aunque dudo que a mi padre le gustase la idea.

En una notable cacería, me apunté mi primer corzo, un ejemplar muy alabado al que esperé conociendo sus querencias.

Omar trató de persuadir a su padre de su ingreso en el *muyahd* con tan escaso éxito que acabó en Corduba. Hafsún ya había apalabrado con Quit al-Barhm su instrucción. Ni siquiera la intercesión de Mudáhir en su favor ayudó.

Yo, por mi parte, regresaba con Toribio con otra perspectiva.

Llegamos en una mañana ya avanzada. Los cascos de los caballos rompían la escarcha que adornaba el camino. Los grajos caminaban en lugar de volar. El grupo practicaba el tiro con el arco largo que asaetaba a quinientos pasos de distancia. No habían disfrutado como yo de la Navidad. La rutina detenía el tiempo en un presente continuo. Entrenar, entrenar y entrenar.

El buen Toribio, con una túnica corta, impermeable al rigor del invierno, se acercó afectuoso a recibirnos, sujetando nuestras bridas mientras descabalgábamos.

—Don Gonzalo, don Silvinio. Os esperaba hace días. Los chicos arden en deseos de vuestras palabras. —Dirigiéndose a mí y cambiando a un tono más autoritario, me espetó—: Tú, chico, tienes el almacén atrasadísimo, tu padre y yo lo esperábamos para invierno y a este paso no almacenará el trigo. No pierdas tiempo y a la piedra.

—Toribio, eso va a tener que esperar —le respondí ya descabalgado, acariciando la cruz de mi abuelo, tal y como acostumbré luego a hacer siempre antes de un enfrentamiento o batalla, humillado por su interpelación y envalentonado por la presencia de mi padre y mi tío—. Queríamos discutir la posibilidad de incorporarme como alumno —culminé gallardo.

—¡Alfonso! —gritó mi padre, quien en un movimiento fugaz se volvió para encararme, recriminándome severamente mi intervención con su mirada —. ¿Desde cuándo marcas tú lo que yo discuto con nadie? Jamás hables antes

que yo. —Me quedé humillado, rehuyendo su mirada hasta sentir que se dirigía a Toribio en tono conciliador—: Ya ves Toribio, me lo has devuelto inquieto, ni siquiera lo reconozco a veces. Quizás no le venga mal quemar algo de energía e incorporarse, ¿cómo lo ves? No busco favor sino al contrario, pues no creo, viendo cómo se las gasta, que le perjudique la disciplina.

—Yo, por mi parte, encantado, señor, entiendo que hablamos de la temporada entrante. Ya tenemos catorce peticiones a casi medio año.

—Entendido, entonces. ¿Qué te parece, Alfonso? Ahora sí debes hablar.

—Padre, disculpad primero mi brusquedad. Comprended que anhelo demostrar mi valía. Celebro el acuerdo con una sombra de tristeza por los seis meses de espera que me quedan. ¿No podría comenzar de forma inmediata? He compartido con ellos estos meses y lo que perdería es un entrenamiento físico que convencido estoy de superar. Prometo trabajar día y noche hasta alcanzar a mis compañeros.

—Veo que tienes claro lo que quieres, hijo. —Mientras me halagaba con ironía, negaba con la cabeza. Rápidamente comprendí que no había nada que hacer—. Te honra contar con un objetivo a perseguir, pero no es suficiente. Hablas sin conocimiento y comienza a importunarme tu falta de inteligencia y tu ligereza ante lo que no comprendes. ¿Crees que los ejercicios realizados por ese grupo guardan como finalidad solo el desarrollo físico? ¿Eso es todo lo que has percibido en el tiempo que aquí llevas? No necesito seguir escuchando tus argumentos para asegurar que debes cumplir el programa completo. —Se dirigió luego a Toribio—: De cualquier modo y desechando la loca idea de mi hijo, ¿qué necesitaría para entrar en la próxima remesa?

—Pues, don Gonzalo, lo que cualquier otro. Pagar su estancia y el equipo completo. —En ese momento, empecé a intuir el drama que se me avecinaba.

—Muy bien, Alfonso. Entiendo que cuentas con ello —me dijo mi padre.

—En realidad, yo creía que me ayudaríais —balbuceé, mientras le miraba a él y especialmente a Silvinio—. Ni siquiera tengo sueldo. Nunca podría sufragármelo y menos conseguir el equipo necesario.

—Yo te pagaría por el almacén —soltó Toribio—. Digamos, cinco dinares.

—Vamos, con eso solo cubriría la mitad de mi estancia y nada del equipo —respondí a la defensiva, acorralado y suplicando a mi tío ayuda con la mirada.

—Yo me hice el mío, Alfonso. —Era la primera vez que hablaba Silvinio y no lo hizo como aliado, no pensaban ponerlo fácil o quizás era yo el que lo

veía todo negro—. Bueno, al menos las armas, excepto la espada y la loriga que heredé de tu abuelo. Cuenta con la primera de ellas, la loriga, aunque lleva mucho trabajo, bien puede realizarse. Es cuestión de tiempo y paciencia. Te sobra el primero y mal no te vendría aprender el significado de la segunda.

—Pero, yo no sé construir armas, ¿y qué hago para el resto del dinero? —me revolví, ya más como pataleo infantil que con la madurez requerida.

—Alfonso, ¿te quejabas de pasar el día limpiando armas y no puedes imaginarte construirlas? —me contestó mi padre, ya alzando el tono y con gesto de enfado—. Despierta, hijo, yo te proveeré de los materiales necesarios. En cuanto al dinero no puedes lloriquear pidiendo respeto y luego solicitar ayuda a la primera. No esperes nunca nada de nadie, lo que tú no puedas conseguir, no existe. Si quieres entrar aquí, cumple con lo que te piden.

No encontré más palabras. Tampoco oportunidad de réplica pues me abandonaron mientras se dirigían al grupo. El buen Toribio sí se volvió para observarme, gastando media sonrisa, encantado de la lección y preparándose para cumplir a rajatabla la idea de acrecentar mi disciplina.

Tenía cinco meses para conseguir un equipo completo, menos la espada, y diez dinares. Ni siquiera imaginaba por dónde comenzar.

Decidí hacerlo por arcos y flechas. Tres normales y uno largo, acompañados de cuatro haces de veinticuatro saetas, cañas pulidas con punta de sílex. Una vez finalizados los aprendí a manejar pese a su incomodidad por la diferencia de anchura entre las palas. Diseñé yo mismo mis escudos; por un lado un broquel, de cuero con el borde metálico y por otro una adarga a la que me aficioné. Finalizados arcos, escudos y flechas, comencé con las picas, tanto las arrojadizas como las largas y gruesas para repeler la caballería adversaria. Para terminar tallé una maza y reparé un casco usado.

Mi padre volvió mes y medio después. Gracias a Dios, había olvidado el enfado. Me abrazó cariñosamente y, palmeándome la espalda, me dijo:

—Alfonso, ¿qué tal estás, hijo?

—Bien, padre. Ilusionado, trabajando duro. Tal y como estoy haciéndolo, espero poder llegar a tiempo.

—Me alegra —continuó sonriente—. Como acordamos, te traigo las anillas para la loriga, dos mil. Silvinio me encargó también que te entregara la espada de tu abuelo Martín, es obvia su trascendencia y tu obligación de devolvérsela a tu tío Silvinio perfecta. Quería que comenzaras a usarla. Por último, y como presente, quiero regalarte una de mis dagas preferidas. El Espíritu Santo la llamo por la cantidad de atolladeros de los que me ha

sacado. Manejarla bien te alargará la vida como un trago de agua al nómada del desierto. —Ensayando un movimiento coordinado, terminó—: Yo te enseñaré cómo hacerlo.

—Mil gracias, padre, no temáis, cuidaré ambas como a mi propia vida.

Pese a que me quemaba en la lengua, tras su última reprimenda no mencioné nada sobre el dinero requerido, había pensado pedírselo a Omar a modo de préstamo.

La daga era muy sencilla sin ornamentos ni abalorios, relativamente corta de cruz, de doble hoja, muy manejable, equilibrada y perfectamente apta para su lanzamiento.

La espada por su parte era una joya que le había regalado en una embajada a Corduba un monje franco a mi abuelo, tras hospedarse durante varias semanas en su casa y alcanzar una relación muy especial. Lideraba una de las embajadas de Carlos el Calvo en busca de las reliquias de los mártires cordobeses. Distinta a cualquiera que hubiera visto con anterioridad. Completamente recta, en su ancha hoja de doble filo de acero homogéneo diseñada para cortar, tajar y matar podía leerse el nombre de ULFBERHT, artista dueño de tan preciosa obra. Era sorprendentemente ligera pese a su poder y podía incluso doblarse sin dañar la hoja. La sostenía una empuñadura, pesada para darle el equilibrio necesario, formada por dos fragmentos de hueso fijados por tiras de piel negra y coronada por un espectacular pomo trilobulado machus con forma de nuez y rectos arriaces. Nos enamoramos a primera vista y así continuó hasta que se ahogó muchos años después.

Ensamblar la loriga resultó de largo lo más complicado. Recuerdo cómo llegué a aborrecerla aunque hoy, quizás acostumbrarme a su uso, me permita escribir. Muchos la desdeñan por fastidio o achacando el vestirla a falta de gallardía. Estúpidos. Son los que culpan al arco cuando fallan. Pese a no hacer milagros con maza o hacha, sí repele espada, daga o saeta. Los aspirantes la llevaban siempre encima por el peso y esfuerzo físico que conllevaba. Decidí hacerla con el patrón de uno a cuatro. Podía ser más consistente, de una a seis e incluso a ocho, pero el tiempo apremiaba y Toribio me saboteaba con ridículos encargos. Se había tomado muy a pecho la reprimenda sobre mi disciplina y vivía obsesionado con doblegarme. Revisaba el progreso del almacén dos veces al día y no dudaba exigirme repetir tareas. No comprendía mi interés en acabarlo y recibir lo estipulado.

Tras cuatro intensos meses en los que me pareció volver a mi vida cenobita por horario y disciplina, conseguí el equipo completo. La mañana siguiente a colocar la última anilla enfilé directo a Toribio.

—Aquí tenéis. Todo lo necesario para incorporarme el mes entrante. Solo el dinero me preocupa ahora —le dije.

Una primera reacción de sorpresa e incredulidad al no intuir jamás que completaría el trabajo en tan corto espacio de tiempo mudó a una sonrisa grotesca. Miraba mis armas. Algo fallaba. Llamó a todo el mundo, doce quedaban a cinco días de finalizar.

—Grupo, ¡escuchadme! —gritó, dirigiéndose al círculo donde entrenaban la lucha—. Clase práctica. Hoy vamos a comprobar lo que la holgazanería del artesano o la falta de moneda provocan en un guerrero mal pertrechado. Joaquín —llamó a uno de los mejores con el arco—, coge esa madera con forma de arco y acierta en aquella roca. —Señalaba el objetivo a menos de cien pasos—. Dos blancos en tres tiros. —Pese a la teórica facilidad falló los dos primeros.

—Toribio —le espeté—, si os parece, me gustaría probar a mí —dije, seguro de acertar.

—Muy bien, Alfonso, pero tú tendrás que acertar aquel tronco —me dijo, señalándome una vieja encina al doble de distancia.

—Toribio, no es justo, no iréis a comparar…

—¡Joaquín! Ve por tu arco y acierta tú. —Lo hizo en sus dos tiros. Yo no había probado el arco a tanta distancia y fallé los míos.

Acto seguido, Toribio cogió mis arcos y los partió por la mitad arrojándolos al suelo mientras me retaba fijamente con una vena que le ascendía desde el cuello y parecía latirle sobre el ojo izquierdo.

—¡Hayahd! Coge ese martillo que quiere ser maza —gritó a otro de los chicos mientras colocaba mi casco sobre el suelo—. ¡Aplástalo! —El casco se quebró exactamente por el mismo sitio por el que yo lo había reparado—. Mirad estas flechas. Observad las puntas incapaces de matar un gazapo o estas hojas de lanzas y jabalinas más apropiadas para rascar la entrepierna que para destripar a un enemigo. —Volvió a partirlas con extrema violencia sobre su muslo izquierdo, arrojándolas al montón y escupiendo sobre ello—. Más leña para el fuego. Y como colofón tenemos el vestido de la niña —alzó la voz mientras levantaba mi cota de malla por encima de su cabeza—. Observad lo que este sinvergüenza llama loriga. ¿Tú lucharías con esto, Alfonso? ¿Portarías esto para pelear con un enemigo que solo piensa en atravesar tu sucio vientre y rajarte como a un lenguado? ¿Te atreves a vestirlo

y recibir un flechazo o mandoble? —Humillado, dolido y avergonzado clavé la mirada en el suelo, deseando acabar con aquella pesadilla. No recordaba deshonra similar, quería desaparecer, ni tan siquiera osaba mirarle a la cara. Mi falta de gallardía provocó que se ensañara más. Recordé pesados momentos anteriores en los que el pánico me embargaba. Sacó su daga y destrozó la loriga por completo—. Mira esto, parece seda de una arrabalera, ¿es esto lo que llevarás al campo de batalla? ¿Con esto piensas repeler a los enemigos? ¿No será que prefieres ser puta antes que soldado?

Lágrimas de impotencia corrían por mis mejillas.

Lo que recuerdo ahora como precioso aprendizaje allí me devastó por completo. Probablemente deba ser así para no olvidar jamás una lección importante. Mi trabajo de los últimos meses se había reducido a chatarra y leña, y lo peor es que en mi fuero interno comprendía lo acaecido, aunque con gusto hubiera estrangulado al bastardo toledano. Apesadumbrado y desnortado por cómo contarle a mi padre lo sucedido, huyendo de mí mismo, busqué refugio visitando a Omar.

VII

Corduba, la que se baña en el arrullador abrazo del Betis contra el monte de la desposada aprovechando su más bella curva, me cautivó ya al intuirla.

Siguiendo el curso del río sobrepasé extensos olivares señoreados por alquerías cada vez más próximas, huertos y norias que levantaban el agua a terrazas de cultivo. El camino principal cada vez estaba más atestado de hombres, carretas y rebaños de todo tipo que accedían desde diferentes senderos, como los arroyos se vacían en el río. Cuando ya resultaba complicado avanzar, divisé en la lejanía una mancha que se convirtió en una interminable muralla de casi legua y media de perímetro. Nacía en la puerta del Puente y desde allí acompañaba al Betis un buen tramo. A su paso un imponente alcázar, una torre octogonal y otras tres redondas y cuatro cuadradas la defendían. En arcos que las sujetaban se divisaban otras dos puertas y en una de ellas, que luego conocí como la del molino, tres norias descomunales subían constante y ruidosamente agua a la villa. Tamaña seguridad y su capitalidad provocaban que nuevos arrabales desbordaran la vieja muralla romana. Diversa y cautivadora mostraba en la distancia, entre un mar de blancas fachadas y verdes patios, minaretes que rivalizaban en altura y donaire con los viejos campanarios. En mi desatinada ingenuidad, al evocar la capital la imaginaba un Qumarix, Antikara o Arxiduna algo mayor cuando estas no alcanzaban a arrabales de semejante urbe.

Me dirigía a la casa de Quit al-Barhm, el magistrado que representaba al padre de Omar en la capital andalusí y que acogía a este. Sabía que se encontraba en el barrio viejo, en la parte izquierda de la vía principal, cerca de la iglesia de San Juan y no demasiado lejos del alcázar y la mezquita aljama. En él se acomodaban los árabes junto con los destacados de otros credos. Previamente buscaría San Zoilo, que no debía estar tan cerca, pero que idealizaba desde mi infancia por ser donde estudió mi abuelo Martín y por su constante mención en el cenobio al ser tumba de Eulogio y otros mártires.

Según me acercaba a la puerta del Puente comencé a sentirme rodeado y acabé cruzando el milenario viaducto romano con la sensación de no tocarlo.

Tras él tropecé con la imponente mezquita. Aquella multitud, y yo inmerso en ella como la pinocha en el río, la rodeamos para alcanzar la vía que nacía frente a su enorme patio previo y que cruzaba la ciudad hasta la puerta de los judíos. Agobiado, abandoné la corriente para coger uno de los afluentes de la derecha y allí la búsqueda se convirtió en descubrimiento por la explosión de sensaciones.

Crucé los barrios de los perfumistas y curtidores, embriagado o apestado con igual intensidad respectivamente. Donde ellos no reinaban me entretenía imaginando lo que escondían las tapias, sospechando patios ocultos por el perfume a jazmín y azahar.

Tras un buen rato caminando por sinuosos callejones, volví a encontrarme con la multitud de la calle principal y harto de navegar sin rumbo solicité ayuda. Pocos eran los dispuestos y en muchos casos las señas me resultaban ininteligibles. Finalmente encontré un buen samaritano que se apiadó de mí y me explicó que hacía tiempo que habían trasladado al santo Eulogio de San Zoilo a San Ginés, donde seguía siendo venerado, pero que bien lejos estaba de este. Se dirigía a la puerta del Nogal, bastante cercana al barrio de Omar, y se ofreció a acompañarme, por lo que resolví dejar mi visita al santo Eulogio para más adelante. Se llamaba Pedro, era de Priego, en lugar de Samaria, y se veía a la legua que le gustaba la conversación. Él fue quien la inició.

—Vaya, así que primerizo en la capital. Yo sumo ya veinticuatro años aquí, más de media vida. —Hablaba mientras esquivaba con maestría a uno de los muchos negros que vendían el agua fresca que recogían en las enormes norias del Betis—. Atrapado como con la mujer que sabes que te daña pero de la que no puedes escapar. Una suerte admirar sus encantos por primera vez. Impresiona.

—Ya lo creo. La mezquita está en obras —le dije, recordando no haber podido verla bien.

—No la acabarán jamás. Fue la principal obra del primer Abd al-Rahmán tras llegar a al-Ándalus huyendo de los abasíes en Bagdad hace más de cien años, poco después de decidir que Corduba sería la capital de su emirato. En su elección, junto a su embrujo pesaría su estratégica posición entre las dos grandes villas visigodas, Hispalis y Toletum. También en ella dejó su firma el segundo Abd al-Rahmán. Paradójico es recordar que aquel cruel miserable con los cristianos valorara de tal manera la arquitectura, poesía, filosofía, historia, filología, música o gastronomía.

Continuábamos nuestro camino conmigo ensimismado en sus palabras. Rememorando las anheladas lecciones de historia que parecía ahora haber

olvidado por completo. Bebiéndome cada dato. Encantado de encontrar un oyente tan callado y atento, el hombre continuó con su peculiar guía:

—Mira —me dijo, señalando un antiguo y descomunal campanario que se elevaba más de trescientos codos a nuestra derecha—. Desde la iglesia de San Pedro trató de volar Abbás ibn Firnás. —Ante mi cara de sorpresa, me preguntó—: No sabes de quién te hablo, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Este sí que es un auténtico personaje. Se fabricó unas alas de finísima seda. Toda Corduba le observamos en sus intentos imaginando que súbitamente se elevaría como el halcón o caería como el higo. Aún vive, de hecho bastante cerca de donde nos dirigimos. Sus inventos se cuentan por miles. Ha replicado el firmamento en su casa para observar las estrellas y mide el tiempo con un reloj de agua. Desafortunadamente no goza del mismo favor con Muhammad del que lo hacía con su padre. En fin, ya estamos próximos y la puerta del Nogal se encuentra hacia la izquierda. Tú continúa y gira justo antes de encontrarte la iglesia de San Juan a la derecha, a escasos doscientos pasos debe estar la casa que buscas. —Señalándome con el brazo en línea recta, terminó—: No debería tener pérdida.

Me despedí de él con afabilidad y proseguí mi camino.

El sol del atardecer cordobés teñía de los más variados colores el blanco encalado de casas y patios cuando llegué a la puerta de al-Barhm. Moría uno de esos interminables días de principio del estío donde la tierra se bebe el sol con parsimonia. Omar no estaba allí. Hadmir, un compañero suyo al que luego conocí mejor, me indicó como paradero probable la casa de Mariano, taberna que frecuentaba con asiduidad, aunque como pájaro nómada muchas eran las ramas en que se posaba.

Hice blanco a la primera.

Aún no me había acostumbrado a la oscuridad del salón, apenas iluminado por pequeños candelabros y la luz que desde la puerta espiaba el interior, cuando fue él quien se abalanzó sobre mí.

—Alfonso —gritó riendo—. ¡Qué buena tu visita! ¿Qué haces por aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Eres ya un soldado? Madre mía, cada día está más grande. Estás hecho una bestia.

—¿Qué te pasa a ti? ¿No comes? —Por fin enfoqué, no tenía buen aspecto. Parecía haber empequeñecido aún más. Noté que lo rompía en el abrazo. Me separé, y, dispensándole una enérgica palmada en la espalda, proseguí—: Ahí andamos, Omar, lo cierto es que no todo funciona como yo esperaba.

—¡Cuéntame! Pero espera, tomemos algo. —Sus ojos vidriosos por la indudable alegría de verme me recorrieron de nuevo antes de continuar—: Aquí el tabernero no es muy listo, pero tiene el mejor vino de la ciudad vieja. —Girándose hacia la barra, gritó—: ¡Mariano, ponnos una jarra especial de las tuyas! Hay que celebrar que está aquí mi amigo Alfonso.

Era la primera taberna que pisaba en mi vida. Él parecía íntimo de todo el mundo. Nos sentamos en una mesa apartada, lejana al juego y el bullicio. Entre trago y trago le conté mis desventuras. Tras las dos primeras jarras le llegó su turno:

—Menudo puerco el «buen Toribio» —espetó con su personal ironía—. ¿Qué piensas hacer ahora? Por descontado, puedes quedarte aquí cuanto desees, no nos costará encontrar la forma. Yo estoy empezando a conocer Corduba. —Su pícara y completa sonrisa iluminaba su cara—. Esto es el paraíso, Alfonso, solo hay que saber qué puertas lo abren. Infinitos son los quehaceres según tu apetencia, sin hora de cierre. Las tabernas son tantas como la arena del mar y cada una lo suficientemente distinguida como para considerarse única.

»Las hay con bebidas especiales como la de Mulhalhd con su Hocico de León, otras con acaloradas discusiones sobre religión, política, poesía, filosofía o justicia. Te sorprendería lo escuchado en ellas. No son pocas las críticas al emir y existe un terrible miedo ante la situación; Abd al-Rahmán ibn Marwan, el Gallego, ha levantado la *kora* de Mérida anteponiendo hispanos a caldeos, el viejo Mussa, cabeza de los Banu Qasi, sigue incordiando, los bereberes de al-Yazira desoyen toda autoridad y qué decir de los cristianos del norte, que pueblan el terreno deshabitado y edifican defensas y castillos. Hasta en la medina es cada vez más cuestionado el emir por su incapacidad.

Apuró otra jarra antes de proseguir con su relato:

—No pinta halagüeño el futuro, y menos como aliciente para dedicarse a la administración. ¡Mariano, otra! —gritó mientras se acercaba para hablarme en un tono más confidencial—: Yo, de todos modos, soy más asiduo a otro tipo de tabernas. —La pícara sonrisa se convirtió en media luna—. Las de las mujeres irreales que superan incluso a tu soñada Catalina. Mujeres de amplios conocimientos y caderas, capaces de llevarte al cielo para tocar las estrellas. Reinas de la belleza y amigas de un buen rato, que saben cómo disfrutar cuando quien las invita a un trago es un joven apuesto como nosotros.

—Ya son varios los planes que se nos acumulan entonces —le dije, disfrutando con una sonrisa de cómo sonaba la música—. ¿Y qué me dices de

esta en la que estamos? Intuyo que se juega más que se bebe. Menudo escándalo tienen montado. —Levantando la cabeza se giró para observar la otra zona de la taberna, abarrotada y ruidosa como si de un corral repleto se tratara.

—No vas mal encaminado. Este es el paraíso del alquerque, que así conocen aquí al juego del molino. Las mayores timbas de Corduba. Últimamente la suerte me sonríe. De seguir así podré procurarte esos diez dinares en un par de meses. —Se alzó cual resorte lanzándose a la zona de juego—. ¡Qué diablos! Espera. Mejor que relatarlo acerquémonos y veamos alguna partida en marcha.

La mesa me acompañó al levantarme. No acostumbraba a beber y llevábamos tres jarras, cierto que repartidas desigualmente pues yo no toleraba el ritmo impuesto. Me sentía ligero y alegre, aunque algo mareado.

Penetramos en un ambiente completamente distinto, una realidad paralela a lo que sucedía en el exterior. Los parroquianos respiraban absortos en el juego, el resto no existía o carecía de valor, las caras que nos rodeaban y que yo distinguía como sombras grotescas gritaban solicitando descanso. Me cautivó el tablero de piedra caliza, acostumbrado al nuestro dibujado sobre arena en la alquería, y las nueve piezas de marfil natural las de apertura y teñidas en negro las del defensor.

—Alfonso, mira, comienza una buena partida. —Omar me sacó de mi ensimismamiento—. Juega Mahdar ibn August, uno de los más fuertes. No suele encontrar adversarios pese aceptar cantidades que cubren hasta siete veces la apuesta rival y partiendo con negras. A mí me ha hecho ganar las tres últimas veces que aposté por él y aunque no es mucho el beneficio es bastante seguro. El rival viene con referencias de Malaka, de hecho está solo tres a uno sorteando salida. Verás. —Alzó la mano, gritando a un tipo que parecía llevar el control de las apuestas—: Tinsa, cinco por el hijo de Augusto como ganador.

El corredor apuntó su apuesta en la pared. Valía por siete dírhams si Mahdar resultaba ganador una vez descontada su parte.

Los jugadores extrajeron una de las piezas de un saquito de cuero opaco para sortear la salida. Las blancas de nuestro galgo se celebraron con un primer grito de júbilo por su público. Comenzaron por turnos a colocar sus piezas en las intersecciones vacías con movimientos que a mí me parecían extraños, pero que Omar me explicaba meticulosamente. Enseguida aprecié la cantidad de horas que debía pasar allí. Ninguno dibujó la línea de tres de salida y Mahdar acometió aprovechando la ventaja del turno y consiguiendo

su primer molino que salvaba tres de sus fichas y eliminaba una del rival. Respondió el malacitano con uno de vuelta y comenzó a atosigar con las cinco fichas restantes. La partida era vibrante hasta que Mahdar consiguió el molino de la victoria lo que nos hizo saltar de júbilo y abrazarnos con los desconocidos que apostaban al mismo caballo.

—¡Lo ves, Alfonso! Dos dírhams en poco más de una hora. Con cabeza y tino es fácil ganar. También es mucho lo que aprendo para jugar mis propias partidas. Llevo casi cincuenta ya ahorrados en poco más de un mes y medio sin ser poco lo que gasto.

La noche siguió su derrotero y entre la neblina, lagunas y buen sabor de boca que deja una fuerte borrachera poco es lo que evoco de aquella primera madrugada de regodeo. Sí recuerdo con nitidez la mención de Omar a Catalina, capítulo de mi vida en el que deliberadamente aún no he entrado por el intenso dolor que me causa hacerlo. Doy por hecho que no quedará opción más adelante.

Disfruté de tres semanas en Corduba donde descubrí de la mano de Omar desparramada variedad de placeres y sensaciones. Gozaba rayando el límite, si es que lo vislumbraba, confiando demasiado en su buena estrella y con asiduidad desafiando a quien no debía, especialmente si eran bereberes, árabes o por supuesto judíos, a los que despreciaba. Más de una vez salimos escaldados por sus prontos y no recuerdo ninguna ocasión en la cual no fuera él quien golpeara primero.

Llegó un punto en el que necesitaba volver a la realidad, al día y la luz. Me pesaba no haber visitado a mi padre tras el revés con Toribio. La ciudad me atosigaba. Suspiraba por la tranquilidad del campo. Lo hablé con Omar y finalmente me despedí mientras le abrazaba.

—Cuídate Ibn Hafsún, espero que sin mí como excusa bajes el ritmo aunque te bebas alguna a mi salud, y Samuel salude a las flores del jardín de mi parte. —Samuel era el nombre que utilizaba en muchos de sus escarceos, haciéndose pasar por un cristiano de Tucci para no dejar incómodos rastros. No podía yo imaginar entonces cuánto realmente le gustaba aquel nombre.

Aguantó el abrazo y no pude reprimir un malestar, como si le abandonara a un destino incierto. Se repuso, y secándose los ojos, me respondió con una carcajada que me sonó vacía:

—¡No lo dudes! ¡Las regaré a diario! —Poniéndose más serio, continuó —: Te voy a extrañar, Alfonso. No será tan divertido sin ti. Dejas unas

cuantas enamoradas que seguro te esperarán. Aguardo volver a vernos pronto, por si acaso aquí tienes cinco de los dinares que te faltaban, no puedo dártelo todo porque necesito parte como base de apuestas, pero ya has visto que resulta sencillo. Estoy convencido de que te conseguiré el resto. —Omar siempre fue tremendamente generoso. Quizás le debió a ello su fortuna.

—Déjalo, Omar, ya veré si lo necesito. Tampoco vislumbro qué hacer con mi vida. Hablaré con mi padre e intentaré comenzar como escudero.

—¿Qué? —gritó mientras me golpeaba el pecho indignado—. Aspirando a fajarte como soldado. Mírate, ya eres un guerrero, aunque no lo percibas por tu ceguera. Solo con tu altura, pecho, hombros y cuello nos has salvado de más peleas que todas mis bravuconadas juntas. Recuerda como pusiste en fuga a cuatro bereberes retándoles con tu mirada. —Observándome fijamente, me cogió de los hombros con los ojos brillando para continuar en un susurro —: Eres el hijo del Tuerto. Si no ha podido ser ahora, será en la próxima, pero no puedes abandonar.

»Ojalá me encontrara en tu lugar, no niego saber divertirme, pero me aburren soberanamente las clases de esos alfaquíes y ya hay un par de ellos que no me toleran. Desconozco si lograré avanzar, empiezo a verme a remolque. Tú puedes esbozar tu futuro. Coge este maldito dinero. No encontrará mejor destino en mis manos que en las tuyas.

Dándole un nuevo abrazo en el que también a mí se me humedecieron los ojos, acepté este argumento y guardé la plata en mi tahalí.

Partí hacia Abdalajís despidiéndome con el corazón encogido, intuyendo su declive pese a las risas. También me invadía el cansancio de aquellos laberintos, torres, plazuelas y recodos, testigos y confidentes de mis primeras correrías. Sentí salir de Corduba como el marinero que abandona el puerto amigo que no reconoce como hogar.

Según enfilé el camino, el ardiente sol de julio andalusí me recibió para acompañarme hasta la cueva de mi padre.

VIII

Gonzalo valoró mis lamentos como el pastor los de la oveja a esquilar y a inicios de agosto torné al *muyahd* para sufrir con una nueva promoción.

En Corduba me había informado con maestros armeros sobre los pasos necesarios y los materiales idóneos para la fabricación del equipo. No fallaría por segunda vez. Para los arcos utilicé madera de tejo, comprobando que ambas palas flexionaran por igual para asegurar su resistencia. Las flechas las hice de fresno, invirtiendo parte del préstamo de Omar en las puntas de hierro. También adquirí las hojas de las lanzas y picas, el casco y los remaches de la maza y los escudos. Lo mínimo imprescindible para asegurar una presencia y un funcionamiento decentes.

La vida en el *muyahd* mejoraba. La fabricación del almacén ya estaba a punto de culminar y podía bregar con mis armas y probarlas. Localicé varios buenos cazaderos y coloqué trampas que medio aseguraban volver con premio. Toribio agradeció mi nuevo hábito de regresar de mis paseos con pelo o pluma, especialmente si era un buen macho de perdiz.

Una gran sonrisa me invade al recordar uno de aquellos días. Peleaba yo con la cocina cuando un ladrido anunció visita. Era aullido de cachorro, algo extraño pues de escuchar alguno solía ser de reala cercana. Salí buscando respuesta y vi cómo Toribio jugaba lanzándole un palo a un retoño de podenco. Creo no haber presentado hasta ahora a los dos perros de Toribio: Granizo y Trueno. Los únicos seres que sentían su cariño abierto y le correspondían con inquebrantable lealtad. Jamás ladraban, corrían o jugueteaban sin una misión definida. Vivían para obedecerle. Tenía mano para los perros.

Lo mío con el podenco fue un flechazo. Me acerqué para verlo. Era casi por completo blanco marfil salpicado por toques canela en cara, patas y muslos; estos eran fuertes y le daban agradable proporción. La cara terminaba cuadrada con desarrolladas mandíbulas coronadas por un hocico recto en forma de trufa y color miel. Los ojos avellana traslucían una mirada vivaz que junto a sus orejas enérgicamente levantadas le daban una pinta de listo que no podía esconder.

—Es una maravilla —grité tras una carcajada—. Mira cómo corre, ¿de dónde lo has sacado? —le pregunté a Toribio.

—Es guapo, ¿eh? Ahí en Frijalda, a Marcial el Dientes le ha salido una buena camada de podencos y le dije que me podía interesar alguno, pero no estoy convencido.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Es demasiado cachorro, no tiene ningún conocimiento y no lo vende barato.

—Míralo. La edad es perfecta, ni siquiera han podido malearlo. Yo lo adiestraría.

—¿Qué sabes tú de perros? Además, desconocía que anduvieras tan ocioso.

—El almacén está al caer y se le ve un perro de valor. En un par de años podrías sacar el doble de lo que pidan.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no te lo quedas tú?

—Sabes que no tengo ni un dirham, si no, no dudaría.

—No todo es el oro o la plata. Trata con Marcial. He visto tus arcos y flechas y ten por seguro que algo valen. No te digo ya si contaras con una buena loriga. Marcial te daría una reala completa por una malla a medida.

Me costó el arco inglés y dos haces de saetas. Sin duda una locura, pero no creo haber cerrado mejor trato en mi vida. Peri, al que así bauticé en honor directo a Peritas el fiel perro de Alejandro Magno e indirectamente a Máximo por contarme su historia, resultó ser mi compañero más fiel.

Aquellas Navidades por primera vez en su vida Omar no visitó a su tío Mudáhir ni pudimos encontrarnos. Yahya me relató la razón:

—Mi hermano ha perdido completamente la cabeza. Mi padre acudió a Corduba hace varias semanas tras una carta de al-Barhm requiriéndole. Jamás le vi tan enojado como a su vuelta, y como bien sabes con Omar ya tiene experiencia. No comió durante un par de días y desde entonces prácticamente no nos habla. Solo tras los reiterados llantos de mi madre se dignó a explicarnos que hubo de cambiarle de residencia por una más estricta para ver si le enderezaban. Nos ha extrañado que no viniera, pero mi padre no tiene gana alguna de verle.

No me sorprendía lo acaecido recordando nuestras peripecias por la capital.

Volví al *muyahd* y terminé el almacén que, junto a liberarme de la tarea, me permitió trabajar cuando el grupo descansaba. La dureza del final de aquel invierno me regaló horas para la loriga que, pese a contar con la anterior como arranque, tardé una eternidad en fabricar al duplicar su grosor y anudar las anillas de uno a ocho para que luciera tupida.

Junto a mis quehaceres, mi obsesión era salir a cazar y entrenar a Peri. Martín el Sordo, uno de los aspirantes, fue quien me enseñó los pasos más importantes en el amaestramiento de un perro cuando está tierno aún. Siendo muy cachorro capturamos un conejo vivo para encerrarlo junto a él en una jaula de cáñamo y así canalizarle el instinto y acostumbrarle a su olor. Despierta su curiosidad, cercamos una zona de jara espesa y lo soltamos. La clave, según el Sordo, era que Peri lo persiguiera por el hocico, su principal aliado futuro, y no la vista. Se portaba el animal y con poco más de seis meses ya mostraba fina nariz, oído, vista, buen carácter y gran inteligencia.

Como el año anterior, la mañana siguiente a colocar el último anillo de la loriga me dirigí a ver a Toribio con mi equipo completo.

—Traigo lo necesario para comenzar el curso entrante, espero que te plazca en esta ocasión.

—Será una alegría, Alfonso. —Nuestra relación había mejorado ostensiblemente y me recibió con una sonrisa—. Tus armas son más que válidas para hacerlo, de hecho, probablemente no desmerezcan del equipo de ningún otro, y si lo hiciera dudo que lo maneje con tu destreza. Solo una cosa debes considerar, al incorporarte serás uno más, en mí hallarás más exigencia que privilegio dada la ventaja con la que partes. Ten a fe que sufriré más que tú al no dejarte unas horas libres para alegrarnos la cena.

—No pienso defraudarte, Toribio. Gracias por la confianza. Solo tengo un pequeño problema. No tengo más que dos dinares, tres dírhams y lo adeudado por el almacén, aunque creo contar también con la solución, al hacerme con Peri me dijiste que una loriga tiene un gran valor. Puedes comprobar lo bien ensamblada que está la mía. No creo que la destroces ahora como la anterior. ¿Qué te parecería quedarte con ella al acabar el entrenamiento en pago del resto?

—Saldrías perdiendo. No te preocupes, sé que me pagarás. Si logras finalizar el curso, y aún no lo has hecho, veremos cómo resolverlo.

—Eres generoso, Toribio, no sé cómo agradecértelo.

—Qué menos puedo hacer contigo. He acabado cogiéndote hasta cariño, rapaz. Supongo que se deberá a las cenas y sobre todo a lo poco que molestas. Por Dios, ¡hablas aún menos que Granizo y Trueno!

Encantado, partí con la noticia a Gonzalo y Silvinio que tras las felicitaciones me contaron que Omar estaba en casa de Mudáhir desde hacía un par de semanas.

Rozaba ya la hora del almuerzo de un gran día de junio, de esos en los que aún el calor no aprieta y guardan el frescor de las lluvias de mayo. Omar, Mudáhir y otros dos hombres de la alquería regresaban de una partida de caza en busca de algún corzo encelado que acudiese al reclamo o anduviera alimentándose de brotes tiernos, trigo, cebada o flores fuera de la espesura.

Una ola de júbilo me invadió al verle de nuevo. No precisamente por su aspecto. Pese a llevar poco menos de un año sin verle cuatro o cinco eran los avejentados. Lucía barba y cabellera largas y desordenadas, estilo que perduró en el tiempo y que le oscurecía su apariencia de un negro con tintes azulados que combinaban con sus ojos azabache, de tal hondura que no se distinguían de las pupilas. La cara se le había afilado y aparecía enfermamente pálida, salvo por el vivo y encendido color de sus mejillas. En medio de todo, por supuesto, reinaba la portentosa nariz, recta completamente y con más terreno ganado al resto de las facciones. Por lo demás, casi parecía haber perdido su fuerte complexión, con aspecto aún más pequeño y encorvado que en Corduba. Corrí a su encuentro.

—Omar, ¿qué haces por aquí? Te hacía ya licenciado o practicando en alguna alta casa de la administración.

—Ni para contar el grano como esclavo de los eunucos —fue Mudáhir quien me contestó—. Menudo es tu amigo, ni siquiera sabe su padre que anda por aquí. No quiero imaginarle cuando se entere. Ya te contará porque no sé qué vamos a hacer con él. —Sus palabras y especialmente su cara aclararon que la visita de su sobrino no era de cortesía.

Omar con una mueca de restar importancia a su tío me dio un gran abrazo diciéndome:

—Y tú, Alfonso, ¿cómo estás? Bueno no sé qué pregunto si salta a la vista. Por lo que he oído no son pocas tus habilidades, ¿y quién es este golfo que te acompaña?

—Este es Peritas, Peri —le presenté a mi amigo inseparable dándole una palmada en la cabeza—. Tienes que verlo en el monte, levanta y cobra cualquier menor sin parar un momento. Guarda perfectamente la distancia y también es valiente con la mayor, algo temerario incluso. En cuanto a mí estoy contento, sin queja alguna. Deseando comenzar con el entrenamiento.

Con la excusa de mostrarle el comportamiento de Peri nos alejamos unos pasos. El perro bailaba entre las jaras como la abeja en la colmena, sin parar y

con las ideas claras. Fue Omar quien rompió ese amistoso silencio tan difícil de encontrar:

—Te veo bien, Alfonso —me dijo, acompañando la frase con una lacónica sonrisa.

—Yo a ti no tanto, Omar, cuéntame qué ha pasado. Te dejé algo desmandado, pero no verte en la cacería y sí ahora me tiene en ascuas.

—Te ahorraré detalles para hacerlo corto. Tú puedes entender bien mi día a día tomando como muestra los que compartimos. Durante un tiempo me fue bien, no me refiero a los estudios, claro, sino a que ganaba más de lo que perdía. Seguía apostando valiente a favoritos, cada vez entrando a más partidas. Comencé a perder la noción del tiempo, la realidad y la plata. Si la bolsa lo sostiene, Corduba jamás descansa y yo tampoco sufría con el ritmo. En esas andaba hasta que apareció mi padre en liza. Llevaba dos meses sin pisar la casa de al-Barhm ni la madrasa.

»Me encontró y sacó a rastras de casa de Yasmaan, una amiga siria que frecuentaba, de enormes senos y trasero, para llevarme a golpes hasta una especie de cenobio. No tardé en escaparme y volver a las andadas. No pensaba más que en divertirme, vivir sin reloj ni calendario, solo preocupándome por mí. Volví a recuperar mi buen tino e incluso tenía ya tus cinco dinares a buen recaudo cuando me salió la cruz. Aposté más allá de lo recomendable en una partida en la que conocía a ambos contendientes. Por un lado jugaba Yuf ben Igbar, un muladí sin derrotas con once fichas, y, por otro, un tal Damián, un pobre diablo al que yo mismo había limpiado un par de semanas antes. Nada más comenzar la partida, que dominó Yuf desde el primer movimiento, subí la apuesta para conseguir algo más de rédito; sin embargo, dos errores inconcebibles le costaron el juego. Me olió a amaño obvio, un jugador así no cometía errores de ese calibre y alguien anónimo había apostado fuerte a Damián. Con mis gritos solivianté a otro par de apostantes y contestaron nuestras protestas con una paliza en la que se cebaron especialmente conmigo. —Mientras decía esto me mostró su costado izquierdo que estaba aún morado—. Me dejaron hecho un cuadro, casi todo superficial pero no imaginas lo que costó cabalgar hasta aquí.

»Junto al orgullo perdí todas mis ganancias y cierta cantidad a cuenta, que es la que le he venido a pedir a mi tío. De ir con el cuento a mi padre creo que se habría unido al grupo acreedor para calentarme aún más fuerte.

—Te lo prestará. Es un gran hombre, comprensivo con la debilidad y que te bien quiere —le interrumpí.

—Es cierto. Mucho hemos conversado y entiende que la juventud me ha llevado por oscuros derroteros. Además, mi arrepentimiento es sincero y me siento cansado. Poco hay más agotador que el exceso de capricho y libertinaje, si acaso la otra opción: la administración, el negocio y Corduba. No es lo mío. Me asquea lo que hay montado. ¿A qué puedo aspirar? ¿A ser un lacayo de los árabes para vivir de sus sobras? ¿A vivir inclinado de por vida? ¿A contar sus ganancias esperando una limosna? He visto cómo se comporta al-Barhm, el espejo en el que fijarme, el buen amigo de mi padre. Es patético. Riendo bromas sin gracia. Solícito en regalos y aguantando el trato que se le dispensa a un judío. ¿Ese es mi objetivo? Solo imaginarme así me provoca el vómito. Solo hay un sitio donde, pese a competir en inferioridad, podemos ganarnos su respeto. El ejército. —Hablaba con un brillo y determinación en los ojos que me pareció que hasta su aspecto mejoraba—. Tengo decidido incorporarme al entrenamiento contigo.

—No creo que sea sencillo… Hablas dando por hecho lo que yo veo imposible. ¡Se te olvida que no es Mudáhir al que debes convencer! —le contesté.

—¡No creas! Lo tengo todo bien pensado —me interrumpió enseguida—. Para mi padre ahora mismo soy un problema y tenerme un año entretenido se lo resuelve, ¡si ya me daba por perdido hace unos meses, imagínate cuando se entere del resto! Sabe además que soy testarudo.

»Cuando me sacó de casa de Yasmaan y caminábamos hasta el internado, me preguntaba por mis ambiciones personales y yo le respondía que cualquier cosa salvo encontrarme rodeado de números y sentencias. Deseaba acción.

»Por el camino, con ánimo de darme una lección, paramos en casa de un tal Caifás. Un viejo soldado muladí que cobraba dos jarras de vino y la voluntad por narrar su historia. Costaba imaginarle como lugarteniente del general Ibm Muawiya ibn Hisan bajo el emirato del segundo Abd al-Rahmán. Su casa, sucia, desvencijada y vacía, era poco más que una chabola del arrabal y su aspecto, pese a su fuerte constitución y la cantidad de cicatrices que le adornaban, el de un mendigo, hasta que comenzaba la disertación.

»Narraba, con toda crudeza y detalle, sus andanzas cuarenta y cinco años antes. El asedio a Mahmud ben Abbdelchabbar en el castillo de Monte Salud en Mérida y cómo este había escapado a Galicia, o cómo pacificaron la *kora* de Tudmir en la guerra entre yemeníes y muraditas, donde él se había labrado su reputación en el célebre combate de al-Musara. Predicaba con los ojos encendidos, humedecidos, no por el vino al que apestaba, sino por la pasión y el recuerdo, soñando despierto con el pasado.

»El drama siguió a la épica, clamando por el olvido en el que vivía postrado por culpa de la administración. Maldiciendo cada uno de sus días de sacrificio por el emir y culpando del amargor de su presente a Allah, en cualquiera de sus nombres, por no permitirle morir en el campo de batalla junto a sus camaradas. Cuando nos retiramos, mi padre no volvió a hablarme hasta la puerta del internado. Allí, mirándome fijamente, me preguntó:

»—¿Qué te ha parecido? Así le va al que triunfa y sobrevive en la guerra, pero puedes tener mucha peor suerte y morir o quedar lisiado a las primeras de cambio. ¿De verdad sueñas con este destino?

»—Prefiero sentir un día en mi vida lo que sintió Caifás en al-Musara a chupar tinta cien años —le contesté, seguro de mi respuesta al haber imaginado previamente la pregunta—. Padre, no me pidas seguir estudiando.

»El guantazo me dejó un par de días un pitido constante en el oído izquierdo. Fue nuestro último contacto.

Peri, tras un intenso movimiento entre las jaras, regresaba con un gazapillo que escondía la sonrisa que mostraban sus ojos avellana. Tras felicitarle, Omar continuó:

—Trataré de convencerle de que necesito un cambio drástico y que la disciplina me vendrá bien. Le he pedido a Mudáhir que no le confiese la deuda.

Tres semanas después, Marcial, un trabajador de Hafsún, nos anunció que Omar se incorporaría al próximo entrenamiento.

IX

El grupo de veintidós esperaba con Toribio en la explanada frente a la casa. Noté el *muyahd* distinto, más pequeño, como si él o yo hubiéramos cambiado durante el verano. Tras descabalgar, observé a Omar en primera línea y le di un fuerte abrazo. Al instante, Toribio tomó la palabra:

—Bien, buenos días, señoritas, por fin estamos todos. —Al fondo del grupo se escuchaba un murmullo que Toribio cortó de raíz—: ¡Silencio! —La orden fue acatada de inmediato—. Gracias. —Su mirada retadora se paseó entre los recién llegados—. Espero no gritar de nuevo; si sucediera una próxima vez, al causante no le saldrá en balde. Durante los próximos diez meses no parlotearán en mi presencia, salvo al ser preguntados. Don Gonzalo, todo suyos.

—Buenos días, señores, y bienvenidos. —Mi padre me sorprendió cuando tomó la palabra. Percibí en él el aplomo del acostumbrado a tal menester pese a que yo le imaginaba reservado. Su mera presencia ya imponía por su elevada estatura y sus inseparables casco y parche. Hablaba sonriendo, arrancando con un tono bajo y enérgico maridado con una lenta cadencia en la que remarcaba cada palabra. Abriendo los brazos continuó—: Sois vosotros los que habéis elegido venir aquí. Esto no es un retiro ni unas vacaciones. —Señaló las armas que descansaban en un rincón—. Espero que disfrutárais en el viaje de la compañía de esos preciosos arcos, espadas y picas con los que habréis soñado entrenar como si de la Ansara se tratara. Ni a ellas ni a sus sustitutas de madera que guarda Toribio en aquel almacén veréis en la próxima estación. En ese tiempo, en el que una coneja pare treinta veces, solo tenéis una misión: disciplinaros. No me refiero a obedecer normas sino a conocerse. A dominar cuerpo y mente. Toribio perseguirá y, a buen seguro, conseguirá desafiar vuestro límite, inalcanzable para los más débiles, que regresarán a casa vencidos y humillados. Mejor que se marchen. Por mucho que sufran será un chiste comparado con el campo de batalla. Debéis aprender a prevalecer ante cualquier adversidad. —Se detuvo, relajando la tensión, con una sonrisa prosiguió—: ¿Quién es vuestro mejor aliado en un enfrentamiento? —preguntó al aire para posteriormente detener su único ojo

en los más cercanos—. Vamos, estoy haciéndoos una pregunta, ¿nadie lo sabe?

—Mi daga y mi espada —contestó con un rugido de oso un gigante de pelo y barba, rubios y rizados, largos, al más puro estilo mozárabe.

—No es mala respuesta —contestó mi padre con una sonrisa tras permitir la tímida carcajada del grupo. Había conseguido que nos relajáramos sin perder un ápice de atención—. Ni tampoco compañeras de viaje, pero os aseguro que andan lejos del protagonista al que me refiero. —Esta vez paseó su mirada por cada uno de nosotros, saboreando la pausa—. Caballeros, nuestro más fiel camarada es el miedo. Nada ni nadie mata tantos hombres, gana batallas perdidas, derrota ejércitos imbatibles o rinde fortalezas inexpugnables. ¿Cómo controlarlo entonces? —Esta vez nadie se atrevió a romper el expectante y duradero silencio existente—. Desgraciadamente, no es posible, no hay respuesta. Ni siquiera los espartanos, los mejores guerreros que habitaron sobre la tierra, capaces de enfrentarse y frenar entre unos cuantos al Imperio del gran Jerjes, la conocieron.

»El miedo es libre y caprichoso. Siempre puede aparecer, como la perdiz en el paseo o el gusano en la manzana, incluso entre los espíritus más locos y los corazones más osados. Nuestra única arma en su contra es dominarlo limitando las situaciones propensas a su causa.

»Su pábilo, aquel que paraliza y atenaza, el asesino de tantos hombres en cada guerra que en el mundo ha habido, no es otro que la carne. De ahí sale y se nutre como lo hace la llama con la cera del cirio pascual.

»Aunque ni siquiera atisbaréis su auténtico límite, debéis endurecer al máximo vuestra mente haciéndola inquebrantable al dolor, al cansancio y al hastío. El mejor soldado no es el más valiente, sino el inquebrantable ante la fatiga y las privaciones.

Cogió aire y se detuvo de nuevo unos instantes para observar al grupo, luego prosiguió:

—El control debilita al miedo, pero para conseguirlo junto a la disciplina, de la que ya hemos hablado, debemos aunar el conocimiento. Saber lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Con ese fin tras la etapa física comenzará el adiestramiento militar. En los siete meses restantes os iniciaréis en el combate cuerpo a cuerpo, en pequeños grupos, escaramuzas, manejo de armas y nociones tácticas de asedio y defensa. Son tiempos difíciles. Quien ralentice la marcha del grupo será expulsado, aunque Toribio suele encargarse de que los abandonos sean voluntarios. —Ambos cruzaron una sonrisa cómplice. Volvió a ponerse serio para continuar—: No queremos rémoras ni vagos.

Venís de diferentes *koras* y rezáis en distintas iglesias, algunos habéis sido escuderos e incluso participado en hechos de armas. Solo con estar aquí mostráis gallardía y disposición. No equivoquéis el foco ni canalicéis la violencia erróneamente. No toleraremos peleas, y de producirse se castigarán severamente. —En ese momento fijó su mirada en Omar—. Todos gozáis de excelentes referencias, haced que en casa se sientan orgullosos. Creo que ya estáis instalados, os dejo con Toribio. Si Dios así lo quiere, volveremos a vernos en unos meses.

Tras esto avanzó unos pasos, me dio un fuerte abrazo y se marchó junto a Silvinio. Fue la primera vez que comprobé el inmenso respeto que mi padre, el Tuerto, generaba y de cómo lo utilizaba para transmitir su mensaje imbuido de fuerza y liderazgo. A partir de sus palabras y de forma jocosa comenzamos a llamar Esparta a nuestro *muyahd*.

El ruido, la dieta y la suciedad que tan arduas me parecían antes no eran más que gotas en un lago de frustraciones provocadas por la tortura diaria a la que nos sometía Toribio. Vivirlo desde dentro era leer un libro distinto al que intuía cuando allí trabajaba.

Durante las tres primeras semanas no teníamos horario. Nos acostábamos tras treinta horas ininterrumpidas de ejercicio para levantarnos hora y media después y seguir con cualquier tarea. Además de llevar siempre la loriga, el primer día nos fijó con unas cinchas una petaca de plomo de siete libras a cada pierna que no retirábamos ni para dormir. Con ellas marchábamos a cerros cercanos, talábamos árboles, construíamos puentes con piedras de dos sillares de tamaño o desbrozábamos el monte cerrado. Descubrí el significado del hambre y la sed. Perdí el ligero cariño que había cogido a Toribio en los últimos tiempos, pues buscaba rompernos y una vez conseguido se ensañaba con la debilidad. Con Omar lo hizo.

Tras un primer mes en el que le costó adaptarse, fue entrando entre los que destacábamos sobre el resto en fuerza, destreza y resistencia. Dotado de un privilegiado físico, con largos y fuertes huesos y músculos que enseguida se fortalecieron enderezándole y ensanchando de espalda y hombros, comenzó a mostrar su liderazgo innato, convirtiéndose de forma inconsciente en el centro de atención y nexo de unión del grupo.

Las personas, en su individualidad, no suelen ser buenas ni malas. En cada interior encuentras cal y arena en desigual proporción y, muchas veces, más condicionado el balance por las circunstancias vitales que por herencia ancestral. Muy pocos son los personajes puros, individuos que siguen una línea marcada perfectamente determinada. Estos, a mi modo de ver, son los

elegidos para escribir la Historia con intencionada mayúscula, o dejar un poso significativo a su alrededor. Cuatro son los caracteres que la vida y la experiencia me han enseñado a diferenciar como genuinos.

Están los podridos de mente y corazón. Los malos por antonomasia, tales como Hostigensis, capaces de cometer la fechoría más vil con su propio hermano y sin atisbo ni objetivo de beneficiar a otro que no sea él mismo.

Los siguen los que, como Eulogio, su virtuosismo les lleva a un extremo en el que los sentimientos no tienen cabida. Una especie o raza cegada por su razón o creencias. Los pocos ejemplos de este tipo que he encontrado suelen morir con una sonrisa en la cara por causas que consideran justas o solos, con su propia verdad como única compañía.

El ideal lo formaría el tercer grupo, aquellos tan nobles de espíritu como de pensamiento y obra. Líderes rectos que transmiten las órdenes ejerciendo el ejemplo, aptos para entender la debilidad ajena y mucho más indulgentes con ella que con la propia. Quizás por el amor filial no encuentro mejor ejemplo que el de mi padre para tan insigne elenco.

Por último y para acabar, encontraríamos a la tribu de Omar, los más divertidos y extraños. Los que te regalan su alma para, a los cinco minutos, jugarse la tuya en una partida. Gente sin principios o, al menos, no con los convencionales. Imprevisibles, crueles, caritativos, pendencieros, maleantes, viciosos, manirrotos y tunantes que no dudarían en arriesgar su pescuezo apretando hombros ante adversarios que tripliquen tu número en un oscuro callejón. Estos pillastres de corazón de oro suelen ser enormemente queridos y seguidos mientras tengas la suerte de no ser el blanco de una de sus canalladas.

Al finalizar los meses de castigo físico, habíamos formado un gran grupo al que sin rubor me atrevería a llamar familia pues el roce bien pronto tornó en amistad. Solo cinco abandonaron por la dureza a la que nos sometieron y de entre el resto muchos fuimos compañeros inseparables en la historia que está por venir. Diez minutos de sufrimiento compartido unen lo mismo que años de placidez. Yahya, el Gallo, el Halcón, Rubio, Moreno, Panocha, los de Mundaril, el Largo, Trueno, Manitas, Sonrisas, el Lince, Jair, la Bestia y la Anguila. Esparta ejerció en nuestras vidas como el artesano que teje con distintos cabos de cáñamo una cesta a base de embridarlos. Sus avatares serán la tinta en este pergamino. Permítame el lector que aproveche este rayo de luz para facilitarle la guía en la tormenta que se avecina.

Yahya, el hijo de Antelo, no por azar ha sido el primero nombrado pues seguramente tras la sombra de Omar fuera el líder del grupo. De poderosa

familia muladí, vieja conocida en la Rayya, era simpático, inteligente y culto. No especialmente hábil en lo físico, suplía sus carencias como lo hace el zorro para sobrevivir donde el lobo muere. Parecía tener siempre la mirada larga entre sus anchas sienes y despejada frente, perdida en un futuro que en muchas ocasiones intuía. Pudiendo elegir cuándo ser elocuente, no regalaba palabras al viento y analizaba antes de juzgar cualquier situación. Durante nuestra estancia allí se convirtió, conmigo, en inseparable de Omar y así se mantuvo largos años para acabar siendo uno de nuestros mayores quebraderos de cabeza.

Su reverso era nuestro buen amigo Aysún al-Jair, vecino también de la *kora* de Rayya y al que desde bien pequeño, cuando ya era todo un personaje en las Ansaras, bautizamos como el Gallo porque como el rey del corral enseguida fanfarroneaba. Tenía el torso de mármol, la mirada clara y directa, la cabeza pequeña y la frente estrecha. El pelo era áspero como el de un jabalí y sus piernas, algo cortas para el resto de su hercúleo cuerpo, aunque tan recias como olivos centenarios. Su energía era inagotable y su ansia de vida le obligaba a testificar en cada encuentro, pues jamás era de los que se retiraban a descansar. Con él bromeábamos de si se turnaba con un gemelo, pues imposible parecía que aguantara siempre la primera línea de batalla en constante reto al grupo.

Inseparable del Gallo, también natural de nuestra tierra y bien conocido, era Abu Nasr, el Halcón, apellidado así por su extraordinaria vista y enorme destreza con el arco que con el tiempo incluso mejoraría y llegaría a ser legendaria. Su escasa corpulencia resaltaba al lado del gran tamaño de Aysún y le daba un aspecto bastante cómico a la pareja que ellos reforzaban con constantes bromas y excelente humor.

Otro dúo lo formaban Lope y Ricardo o Lupp y Rizq, ambos Ibn Mundaril, aunque su padre no fuera el mismo, originarios de la *kora* de al-Yazira. Ahí terminaban sus semejanzas. Mientras Lope, de aspecto taciturno y delgadez extrema que le valía el sobrenombre del Seco, era reservado y tranquilo, de los que dejan que los hechos hablen por uno mismo, su paisano Rizq era alegre y alborotador. De fácil trato y grata conversación hasta que su testarudez le conducía a constantes discusiones que me hacían evitar su compañía.

Desde Priego llegaban los hermanos Musa, Jair y Mutarrif o Rubio, Moreno y Panocha, al gastar cada uno un color de pelo diferente. Jamás se separaban ni permitían que un extraño se metiera con alguno de ellos pese a que entre sí se apalearan continua y desproporcionadamente. Su padre

Muhammad, un poderoso muladí amigo del Mastana que tan bien conocían Mudáhir y Hafsún, contaba con más de veinticinco hijos varones de cuatro mujeres de singular belleza y tan distinta que difícil era creer que aquellos tres compartieran parentesco.

Asbag, el Largo, con el que acabé bromeando, cuando muchos habían caído, de que debía su apodo a su longevidad y no a la escasa vara y media de altura que gastaba. Wadinas, un mozárabe cordobés de ilustre familia, capaz de hacer sombra al Halcón con el arco y al que llamamos Trueno por sus ventosidades. Pedro —Manitas— también de la Rayya, de Suel concretamente, que debía su mote a contar solo tres dedos en una de ellas. Anselmo —Sonrisas—, por los dos únicos dientes que guardaba y que de alguna forma le acomplejaban haciendo que difícil fuera verle con la boca abierta. Álvaro, el Lince, un tipo peculiar aunque a primera vista no distinguieras nada extraño. De mirada noble y buena, con un corazón desconocedor de la maldad, la codicia o la envidia, pero cuyo razonamiento era anejo al de un niño de ocho años. Rápidamente fue adoptado por el grupo por su insensato arrojo y alegría, aparte de por resultar magnífico aliado en cualquier enfrentamiento. Incapaz de no aceptar un desafío, muchas veces había que frenarle ante su ímpetu desmedido, el de un toro bravo que embiste por el mero placer de hacerlo. Contaba además con la protección de Toribio que, en un gesto que le honraba, mostraba una especial predilección por él, castigando con severidad las burlas y asegurando a gritos que llegaría a general.

Lo que para el lector no deja de ser su siguiente línea de lectura a mí me ha supuesto más de tres meses en retomar la pluma, pues arduo es recordar a quienes, junto a Omar, fueron mis tres grandes amigos y tan mal acabaron. Con ellos cierro el grupo.

La nota de color la ponía Sulayman ibn Malikk, la Anguila, aunque no podías mentárselo ya que detestaba nuestra usanza del apodo por no ser común entre los *bahriyyun*. Como hombre del mar, allí era donde se sentía cómodo, aunque se criara en Pechina. Desde el principio noté especial deferencia en su trato y supe por él mismo que su padre Malikk, al que Mudáhir conocía bien, ayudó al mío a cruzar el estrecho de Tarik en sentido inverso a él. Orgulloso de su sangre yemení que su escasa altura, tostada piel y negros pelo y ojos atestiguaban, estaba acostumbrado al contacto con gentes de cualquier raza o religión y relataba historias que nosotros saboreábamos, no solo por su maestría sino por su novedad. Picado por el don de la curiosidad, semilla de la sabiduría y conocimiento futuros, no existía tema

que despreciase, no afirmaba ni negaba categóricamente nada y con su voz de himno apasionado describía lo mismo la brutalidad de los machus que la fabricación de seda que su familia vendía sin distinguir frontera. Entrañablemente humano, cariñoso y atento, resultaba serio en la alegría y un profundo enemigo de la burla gratuita, la deslealtad y la mentira. Valiente y rápido, sin habilidad para el manejo de armas salvo la daga corta. Más tarde descubriría que guardaba su talento para la navegación.

Habitual también de las historias y nuestra compañía era mi buen amigo Jair ibn Sakir, paisano de Tucci. Nuestras familias se conocían e incluso guardábamos algún tipo de lejano parentesco, que hacía que nos llamáramos «primo» entre nosotros con cierta sorna. Me transmitía una vieja admiración por mi abuelo el Sabio y me explicó cómo le afectó mi historia que se utilizaba en la *kora* para los niños intrépidos. Era alto y delgado, guapo de cara y de sonrisa cautivadora, como luego comprobé por cómo le observaban las mujeres. Su busto era de oficial romano aunque sus piernas fueran algo delgadas, como estiradas. Me regaló su cariño, inteligencia, honestidad y lealtad. Sonrío ahora recordando sus carcajadas redondas y graves, de esas contagiosas que poseen al dueño y que por su poder parecen capaces de acabar con él.

Por último he dejado a Muhammad ibn Galib, Manuel, la Bestia, el hijo de Galindo, su octavo varón en una de las viejas familias de enormes parentescos que dominaban Astigi. El oso rubio que contestara a mi padre en la primera charla. Cuando la fantasía de Sulayman viajaba a una isla habitada por gigantes, inconscientemente le mirábamos a él imaginándole como tal. Sentado medía lo que otro de pie y al levantarse era como si lo hiciera un árbol o un buen tajo coronado de una enorme cabeza. Asbag, el Largo, la Anguila o Abu Nasr eran niños a su lado. Su voz y fuerza, que no llegaba bien a controlar, no le andaban a la zaga al tamaño. Lo necesitaba para guardar lo que su pecho albergaba, pues como Midas convertía en oro cuanto tocaba solo que él lo hacía desde el corazón. Sus graves palabras amenazaban a las paredes más recias y sus ronquidos se escuchaban en media Hispania. Naturalmente descollaba en cualquier ejercicio físico de adversario ya que se hacía con diez de tamaño normal. El gigante nunca dejó de serlo hasta aquella maldita traición.

Bendecimos cambiar las palizas físicas por las clases y el entrenamiento real. Reinaba una sana competencia que Toribio azuzaba premiando a los diestros y castigando la torpeza. Las peleas más encarnizadas eran las del anillo del rey. Los días de competición dibujábamos un redondel en la arena

de seis varas de diámetro y allí en peleas individuales nos enfrentábamos hasta que solo uno quedaba: el rey. El objetivo era expulsar o inmovilizar al rival sin mordiscos, codos ni rodillas. En las cuatro o cinco primeras ocasiones ganó Manuel. Toribio, para darle gracia, equiparó el asunto introduciendo lucha por parejas o tríos que igualaban la contienda.

Una mañana fría, cuando los días acortaban, amanecimos con un círculo ya dibujado tres o cuatro veces mayor del tamaño habitual. En él se encontraban además rocas sueltas y algunos agujeros de medio hombre de tamaño. Toribio se dirigió hacia nosotros desde el centro del mismo.

—Señoras, hoy tenemos ejercicio especial y el rey recibirá un premio acorde. Será una pelea de todos contra todos. Sin reglas, salvo no poder utilizar las rocas como arma. Nuestro anillo hoy es un campo de batalla. El desorden es ley y todo está permitido. Codazos, patadas y mordiscos a la entrepierna. El límite es vuestro. Debéis estar alerta al ataque desde cualquier flanco pues el premio os atraerá. El ganador marchará una semana a disfrutar en la Navidad próxima. Los cinco primeros eliminados nos cocinarán y servirán en las próximas quince fechas. —Dando una sonora palmada y retirándose a uno de los laterales del círculo finalizó—: Señores, dejaos solo el calzón y preparaos.

Mientras obedecíamos a Toribio desvistiéndonos, observándonos y ya tomando las diferentes posiciones, Omar, con una sonrisa dibujada en la cara, bramó:

—Amigos, yo mato por esa semanita en casa comiendo caliente y durmiendo en lecho, pero imagino que todos sabemos quién se irá si no aunamos fuerzas. —Hablaba mirando fijamente a Manuel a los ojos, con una amplia sonrisa y claro reto—. Debemos ir todos a por la Bestia y que los que queden se la jueguen entre ellos.

El hijo de Galindo comprendiendo la aplastante lógica de la propuesta decidió morir matando y embistió a Omar que, esperándolo, se había situado justo delante del hoyo más próximo a la línea que delimitaba el área de lucha. Cuando el choque era inminente, se zafó con un quiebro y aprovechó el tropezón en el socavón de la Bestia para empujarle eliminándole de la contienda. Nuestra estupefacción solo se rompió con la risa de Omar seguida por el grito de Toribio que se había colocado a escasa distancia:

—¡Uno menos! Ya tenemos a la primera guisandera. Bien hecho, Hafsún, en una batalla pesa más la astucia que la fuerza. Continuad, señores, os veo muy parados. ¡Una semana!

Las eliminaciones cayeron como granadas en noviembre. Tras diferentes enfrentamientos y una dura pugna final con el Lince jaleada por todos con entusiasmo, Omar fue el último superviviente. Cuando comenzó a celebrarlo y el resto nos dirigíamos a felicitarle, fue Toribio quien con su ronca voz rompió los vítores:

—¿Qué celebráis? Para conseguir el premio hay que rendir o expulsar a todos, ¿he salido yo del círculo? ¿Alguien me ha visto suplicar clemencia cual plañidera?

A Omar no tardó en mudarle el rictus.

—¿He de pelear contra ti? —le preguntó cargado de asombro.

—¿Acaso tienes miedo? ¿Tú, el valiente Capitán? Agradece que no te haya atacado por sorpresa como tenía pensado hacer con el ganador. Mi generosidad te da una opción, agárrala.

Sin mayor dilación, Toribio, zigzagueando a una velocidad vertiginosa, se lanzó hacia Omar, realizó un pequeño salto y le arreó un derechazo en plena nariz que le arrojó al suelo como si de un saco de harina se tratara. Imitando a una exclusa recién abierta, la sangre se desparramó cual torrente, tiñendo cuanto tocaba. Omar pareció quedar inconsciente, pero en uno de sus grandes arranques de orgullo solo simulaba. Al acercarse Toribio, con la guardia baja, para comprobar el destrozo ocasionado, se levantó agarrándose a su cuello para inmovilizarlo. Infravaloró con quién se jugaba los cuartos. El viejo se zafó con insultante facilidad y enlazó una serie de puñetazos a costillas y cara como martillos sobre yunque, que remató con un tremendo cabezazo al mentón que apagó las luces a mi amigo y se llevó por el camino la mitad del incisivo derecho para recordarle su atrevimiento de por vida. No habían transcurrido ni dos minutos desde que se habían quedado solos. Estaba claro quién reinaba en Esparta.

Nadie descansó en casa.

A partir de ese día los ejercicios y combates de lucha variaron y cobraron una nueva dimensión. Toribio no era un jabalí sino un lobo. Su corta estatura y cierta anchura le hacían parecer pesado, pero resultaba extremadamente ágil y conocía cómo aprovechar su peso en cada contacto. Según nos relató, hasta que Mudáhir no le convenció para dirigir la escuela cinco inviernos antes, la lucha había sido su sustento si no estaba en campaña alguna.

Cuando los días comenzaron a alargarse anunciando la llegada de la primavera, llegaron mi padre y mi tío para darnos las primeras nociones de espada y daga.

Fue Silvinio quien se dirigió en esta ocasión a nosotros:

—En un combate no existe un mejor o peor rival, existen el vivo y el muerto. Jamás caigáis en la soberbia ante un rival inferior. Cuando el acero habla el juego finaliza. El único objetivo es vivir y acabar cuanto antes con el trámite. Un segundo de complacencia, orgullo o respiro ante un rival hundido puede ser nuestro final. Tres armas son las que deben siempre acompañarnos: espada, daga y escudo. Las tres juntas tienen uso de ataque y defensa y cada movimiento con ellas debe perseguir un objetivo y preceder a otro ya pensado. Cada parada, cada corte, conlleva una estocada posterior. —Hablaba mientras dibujaba golpes en el aire, observándonos tranquilo y regalando a cada mensaje el tiempo suficiente para que calara. Sus palabras resonaban en mi cabeza como coro angelical. Aquello me encantaba—. El objetivo es matar al de enfrente. Tratad de ser siempre los primeros en tirar y hasta llegar a ello guardad la distancia que os permita defenderlo. Si somos capaces de adelantarnos al rival leyendo el movimiento, postura, inclinación y distancia en cada envite, aseguraremos media cena. —Silvinio continuaba tranquilo paseando entre nosotros sin descansar la espada—. Ni que decir tiene que el arrojo y la determinación son tan o más importantes que la técnica y la destreza, pero si aunamos los cuatro difícil será batirnos en la corta.

»Conoceréis lo básico grabado a fuego y las nociones de cómo seguir creciendo a base de entrenamiento. Qué movimientos repetir y estocadas ensayar hasta la extenuación. Un segundo puede suponer una vida o muchas.

Sin percibirlo, los machos de perdiz dejaron de medirse con su inconfundible gorjeo y los corderos acabaron con el pasto. Olía a verano y nuestra preparación terminaba.

Me apetecía conocer nuevas tierras antes de regresar con mi padre, así que tras barajar otras opciones acepté acompañar a Manuel a Astigi para formar parte de la cuadrilla de su padre. Poseían extensas tierras y enormes huertos a defender a orillas del Singilis y guardaban, de acuerdo con el emir, la vía Augusta entre Corduba e Hispalis.

Un día de esos que el amanecer pinta el cielo azul sin traba, dejándose notar en la piel los primeros rayos de sol para picar como un condenado en su máximo esplendor, nos despedíamos entre grandes abrazos y mayores promesas de amistad eterna. Cuando recuerdo las caras de mis amigos con el color que solo la juventud es capaz de pintar, caigo en que ni siquiera he mencionado los apodos con los que nos bautizaron a Omar y a mí y que nos acompañaron durante el resto de nuestras vidas.

Yo me convertí en Alfonso el Moro, rebautizado en caldeo como Hafs al-Marra. Mis amigos bromeaban con que llevaba dentro a un sarraceno pese a

mi apariencia norteña. Alto, robusto, de poblada barba del mismo color trigueño claro que el largo pelo y los ojos del azul intenso materno, andaba siempre con Sulayman, prefería la adarga al broquel, montaba al estilo bereber y sobre todo me lavaba con frecuencia. Islamita seguro, decían. Lo que se inició como una broma acabó siendo mi apellido. Una carta de presentación que sorprendía a los que conociéndome de oídas me veían por primera vez. Más tarde mudaría a al-Mur, el Malvado, entre nuestros enemigos.

El de Omar fue fácil. El Capitán de la Gran Nariz.

X

Astigi, la ciudad del sol, a la que ahora llaman Istichcha, me acogió como un hijo más. No es extraño que la capital de la *kora*, sede episcopal fundada por Pablo de Tarso, sea hogar y deseo del hombre desde tiempo inmemorial. Cada oración rezada en sus majestuosas iglesias debe agradecer al Altísimo su generosidad con ella. Situada en un valle infinito, se refresca en el alegre y sinuoso Singilis que riega hasta en el más duro estío su negra tierra.

La primera noche me deparó una sorpresa impagable.

Galindo, el padre de Manuel, con motivo de la vuelta de su hijo y mi llegada, preparó una cena con lo más granado de la siempre hospitalaria comunidad mozárabe. Tras cruzar la puerta de al-Quantara por el puente romano, reparado en alguno de sus arcos por una crecida ya olvidada, seguimos al Singilis por su izquierda hasta acceder a su almunia. La formaban dos casas de única planta, un cobertizo, un pajar y una leñera. En el jardín principal, teñido por rosales que rivalizaban en esplendor con los colores más variados, nos aguardaba gran parte de la familia y comunidad local.

Yo observaba en segundo plano, cómodo en el anonimato y estupefacto por las decenas de gigantes que se abrazaban en torno a mí, cuando oí una voz familiar:

—Adelfuns, el noble dispuesto.

—¡Máximo! —Era imposible dudar sobre el dueño de aquella voz y me volví ya sonriendo. Mis ojos se rompieron empantanándome la cara mientras me fundía en un interminable y sincero abrazo—. ¡Gracias, Máximo! Gracias, gracias, gracias, gracias —era lo único que sollozaba.

—Jajajaja. Tranquilo, hijo, tranquilo, ¡me vas a asfixiar! No las merezco. Ya me aseguraron que hablabas, poco, también es cierto, pero no que tenías esa voz de juglar ni que medías lo que un roble. ¡Qué alegría verte!

Ocho inviernos habían desfilado desde nuestra despedida. Parecía una vida, aunque no aparentara pesarle. Se encontraba tal y como lo recordaba, con su pelo casi albino y ensortijado, esa cara interminable de nariz recta, la

boca grande de labio fino y, sobre todo, sus ojos marrones derrochando bondad y comprensión.

Nos sentamos juntos en la cena y, mientras degustábamos una espectacular mazamorra con huevo duro, aceitunas negras y melón como guarnición regados por un vino blanco vecino, nos pusimos al día. Sus ojos reían al escucharme y me dejó relatar mi historia hasta saldar el segundo, un guiso de cola de toro limpia y troceada acompañada por ajos, zanahorias y cebollas. Máximo apenas comía más que como el pájaro que roba las migas. Poco más que aceitunas y vino aquella noche hasta emplear su turno.

—Ahora estoy contento. Astigi es generosa conmigo, se nos respeta y permite seguir nuestra vocación.

—¿Qué sucedió con Peña Melaria? —le pregunté, ávido de noticias, pues poco era lo que me había llegado más que su desaparición—. ¿Qué fue de la comunidad, los hermanos y las familias?

—Se intuía la tragedia y se fue abandonando. —Una sombra de tristeza cruzó su rostro, bebió un poco de vino y, con la mirada fija en la copa, continuó—: Las familias se distribuyeron por alquerías y villas cercanas. Algunos anduvieron a la montaña con ánimo de eremitas. A los que permanecimos nos llevaron a Corduba. Arrasaron sin dejar piedra sobre piedra. Quemaron los cobertizos, talaron los frutales, levantaron las viñas y araron las huertas mientras esquilmaban monasterio y cosechas.

»No lamentamos otro Tábanos pero ya no existen, salvo honrosas excepciones, cenobios en todo al-Ándalus. Ninguno vecino a Corduba cuando hace diez lustros no se contaban con los dedos de las manos.

»En la capital el abad Samson nos acogió en San Zoilo. Congeniamos al ser hombre afable, inteligente, culto y alegre. Defensor del pueblo y enemigo de la falsa aristocracia vendida al emir. No condena sin conocer las circunstancias, y, de hacerlo, es clemente e indulgente con mujeres, niños y pobres y rígido con ricos y sabios para equilibrar injusticias terrenales.

»Hace tres veranos me ofreció trasladarme aquí. Era y es buen amigo de Beato, nuestro obispo, que necesitaba la ayuda al ser esta diócesis tan fértil en cultivos como en fieles a Cristo.

»Mucha suerte he tenido, pues si bien Beato está lejos de la brillantez de Samson, no le anda a la zaga en virtud. Caridad y generosidad son sus talentos. Su austeridad es legendaria y gracias a su ejemplo a los ricos les cuesta menos dar y a los pobres recibir. Lo primero que hizo al llegar a Astigi fue cambiar su residencia, para dejar un inmenso palacio casi desierto, por el hospital de la villa, pequeño desde hacía tiempo.

Bebió un trago largo de vino y comenzó a juguetear con la jarra de madera.

—Aunque la pobreza sea tan árida que no exista suficiente agua para regarla es indudable la alegría que provoca sacar a alguien de sus fauces. Disfruto de la vuelta al terreno, del contacto con mis feligreses, de los problemas mundanos. Tanto en Corduba como en San Salvador tenía más tiempo para Dios y para mí, con la riqueza espiritual que ello conlleva, pero estaba alejado de la realidad como la luz que penetra por la celosía en lugar de por un postigo abierto. —Con una sonrisa y una tierna mirada concluyó—: Me vuelvo a sentir útil.

Tras la mazamorra, la cola de toro y unos quesos de cabra, vaca y oveja, acabamos con un festival de dulces y un vino muy especial. Lo llamaban el del beso por su suavidad, dulzura en boca y generosidad en pegada. De color madera oscura con profundo aroma a pasa, resultaba pleno, vigoroso y equilibrado. Tras un par de jarras traba la lengua de un buen bebedor y acuesta a uno flojo como yo.

Visitábamos propiedades de la familia y vigilábamos viajeros y caravanas tal y como estaba acordado. La visita a Balma se convirtió rápidamente en mi preferida. No se debía a la singular belleza del pueblo testigo del himeneo entre el Singilis y el Betis, sino a algo más banal pero aún más bello. Se llamaba Adassa.

Comenzábamos el día al alba para evitar al sol castigándote con saña. En una de nuestras salidas iniciales, Manuel la mentó por primera vez:

—Alfonso, no sé cómo has llevado tú el celibato de Esparta, pero yo estoy como un venado sin cierva a final de otoño. En Balma no están solo las mejores naranjas de Hispania. —Me sonrió con picardía y me guiñó su ojo izquierdo—. Tengo una amiga allí a la que estoy deseando presentarte.

Pese a la estación, un intenso olor a naranja, fragancia que asociaría por siempre a lujuria y desenfreno juveniles, nos saludó. Una huerta bien provista abría las puertas de una sencilla casa de una sola planta y pozo vecino. Varias gallinas de buen tamaño picoteaban grano junto a la puerta principal. Cruzamos y con gustó sentí que, pese a la dureza del sol de media mañana, el interior de la casa conservaba un agradable frescor por sus robustas paredes y altos techos.

Adassa era la hermana mayor de Dasil, la más pequeña y querida de Manuel. Vivían junto a su madre Tedauit y la tercera y mediana Nisa

trabajando los campos de Galindo. Su padre, Azzay, falleció con la insatisfacción de no educar varón pese a engendrar dos que tardaron pocos días en morir. La madre aceptaba la relación entre Dasil y Manuel como intercambio natural por la generosidad de su familia. Siempre era mejor que venderla como esclava para asegurarle el futuro.

Sus ojos me atraparon desde que atravesé el zaguán. Protegidos por pestañas de media vara y de corte horizontal, destilaban un intenso gris teñido de desconfianza. Clamaban por un beso. La bereber, de belleza escandalosa, era de cara afilada, altos y angulosos pómulos, graciosa nariz respingona y un pelo castaño al que se intuían rizos que no rompían por un corto tocado verde. No llevaba aljuba y bajo una simple túnica blanca dejaba entrever un pecho generoso, rotundo y bien colocado pese a su estrecho talle. Los tobillos desnudos, adornados por unos brazaletes de cobre, se antojaban manjares divinos y regalaba un intenso olor a jazmín que aturdía.

Manuel, tras discutir la situación de la hacienda y catar unos espléndidos higos y un melón acompañado de queso, desapareció con Dasil, no sin antes encargar a madre y hermanas que me entretuvieran enseñándome las tierras y los cultivos de cada época y qué cuidados conllevaban.

Pese a mi escasa experiencia y nula habilidad para el primer contacto, trabé conversación con ella en cuanto se despistó la madre. Acercándome y casi en un susurro le dije:

—Adassa, precioso nombre, ¿guarda algún significado?

—La que regala sonrisas —me contestó, alzando la mirada, encarándome directamente y clavándome sus perlas de ámbar gris.

—No concibo regalo más precioso entonces que verte hacerle honor —respondí con una rapidez que me sorprendió a mí mismo.

Su boca grande, de labios carnosos y color de higo maduro, se entreabrió en una mueca que me permitió intuir una dentadura marfil sin poder comprobarlo pues rápida volvió a ensombrecerse, como la nube que tapa el sol.

—No te resultará tan sencillo. Hace tiempo que olvidé cómo hacerlo —me contestó.

—El día que lo consiga podrá acabarse el mundo. —En esta ocasión sí mostró hasta los caninos dejando escapar una risilla que cortó simulando indignación. Se dejaba querer.

La visitaba semanalmente, a veces hasta en dos ocasiones, siendo yo quien urgía a Manuel para hacerlo. Con quince años, tras un escarceo amoroso, había tenido un hijo, Tarek, que condicionaba su presente y

capacidad de encontrar marido al no tener dote que aportar. El niño contaba ocho años.

Fuimos intimando, robando caricias y besos a la vigilancia materna y filial hasta que en una visita pactada coincidimos con Tesauit y Nisa haciendo un recado.

Nada más llegar, y tras comprobar que Tarek dormía, noté un fuego que me impulsaba a poseerla. Antes ni siquiera de tocarla llevaba la erección de un caballo entre las piernas, delatando una ansiedad que ella percibió en el primer contacto y que le provocó un gemido de placer. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo provocando que corcovease y se frotase contra mí como gata en celo.

Presa de una agitación similar a la mía, comenzó a abrazarme y cubrirme a besos y algún que otro mordisco en cada pulgada de mi cuello, lóbulos y nacimiento de mi pecho. Urgiéndome me empujó, abrazándome y besándome, con las uñas clavadas en mis hombros y espalda, hasta un cuartillo despensa cerrando la puerta tras de sí.

Por primera vez la besé plenamente y me recibió estremeciéndose, con la boca del todo abierta y una lengua generosa ansiosa por descubrir cada parte de la mía. Sin reprimirme, ardiendo como la lava de un volcán, la tomé por la cintura y la empotré contra la pared teniendo ella misma que ayudarme con su túnica mientras le lamía como un poseso su cuello de garza. Bajé hasta encontrar esos pechos llenos, colmados, que tantas veces había imaginado y que ahora me recibían. Devolví uno de los mordiscos previos en uno de ellos y ella contestó con un grito de placer apresándome con sus piernas alrededor de mi cintura mientras guiaba mis manos a sus prietas nalgas. Allí las clavé apretando como si amasara pan, encontrando un placer infinito en el contacto.

Ya completamente enloquecido y notando la viscosa humedad derramada cual torrente entre sus mulos, la penetré y comencé a hacerle el amor imbuido por el loco frenesí de la pasión y la inexperiencia que ella se encargaba de incendiar con ahogados gritos y hondos jadeos.

Siendo justo con mis recuerdos y ahogando la innata necesidad varonil de alardear tras cada encuentro amoroso, he de reconocer que duró lo que el resplandor de una estrella fugaz. Ese instante se convirtió en eterno y su indeleble recuerdo perdura en mi memoria como estoy convencido de que lo haría en la de Adassa de poder corroborarlo. Nuestro primer cruce se convirtió en la estrella que abre la noche de San Lorenzo, rica y duradera en resplandores. No dejé rincón de su cuerpo sin besar o acariciar. Mi querida

bereber me enseñó los secretos del placer refrenando mi ansia de potro desbocado para amoldarme al ritmo de un purasangre.

XI

Durante mi visita navideña a casa acordé con Omar volver a vernos para celebrar la Ansara y nuestro vigésimo cumpleaños en Antikara.

Hacia allí cabalgábamos tranquilos, sin prisa, disfrutando del umbrío camino regalado por álamos blancos, zarzales, fresnos y tarajes que envolvían el curso de la corriente. El Singilis resbalaba a nuestra izquierda, alegre y colmado, con una gracia impropia del agostamiento que nos asolaba desde hacía ya una década y que parecía no alterar la vida del hijo predilecto de la gran sierra del Solarius.

Manuel y su hermano Ezequiel, del que también me había hecho inseparable, nos acompañaban a Peri y a mí como inmejorables lazarillos.

—Este es el arroyo de Gandul —comentó Ezequiel—. Aunque parezca poco más de un regato carga bien de agua, y siguiendo su curso hay una estupenda alameda junto a las ruinas de unas viejas salinas romanas. Se trata de un refugio natural de toda la caza menor y algún que otro zorro si hay suerte. No anda muy lejos si queréis que echemos un ojo.

—No es mala idea —le cortó Manuel—, aunque mejor será no entretenernos pues muy lejos no estamos de nuestra parada.

A poco más de un par de leguas, en un quiebro artificial del río, a la vera de una alta colina muerta en yema de huevo y coronada por las ruinas de un viejo fuerte, nos esperaba Zacarías que había apresado el río para la pesquería que regentaba. Los dos hermanos le saludaron efusivamente.

—¡Cuánto tiempo, Zacarías! Espero que guardes buen género y mejor vino. Venimos hambrientos y sin urgencia.

—¡Hombre, los hijos de Galindo! Sed más que bienvenidos siempre a mi casa. —Zacarías, como el río, era de carácter alegre y fogoso. Parecía no poder frenarse aunque su vitalidad disfrazara la edad que sus arrugas y falta de pelo y dientes denunciaban—. ¡Carmen, mesa para cuatro y comida para el doble! ¡Saca lo mejor que guardemos! ¡Son los Ibn Galib!

—Así me gusta oírte, Zacarías, aunque de entrante nos gustaría que mostraras a Alfonso la obra de tu ingenio, ya le hemos avanzado que no existen en el río cerraduras parejas.

Con gustó el viejo nos enseñó los corrales y cañaliegas donde pescaba con frecuencia albures y barbos, y con suerte róbalos y anguilas. Para la comida nos obsequió con lo mejor de su género, cocinado a la brasa de sándalos y bien regado de aceite de oliva y ajo.

En la afable conversación en la que nos enzarzamos, se me ocurrió preguntar por la extraña colina vecina que había llamado mi atención a la llegada. A los tres se les iluminaron los ojos siendo el veterano pescador quien tomó la palabra:

—Este tramo del Singilis, que los sarracenos llaman al-Hunur por servir como última frontera entre *koras* de Astigi y Rayya, fue en su día testigo y protagonista principal de la gran batalla de Munda.

—¿Munda? —no pude reprimir interrumpirle ya que recordaba algo sobre ella—. Aquella en la que el gran Julio César acabó con los pompeyanos. Creía que se dio bien lejos de aquí.

—¡Vaya con el zagal! —respondió Zacarías con una carcajada—. Estoy ante un hombre de libros, ¡pues sí, señor! No soy yo muy ducho en estos temas, pero parece que no está demasiado claro su emplazamiento y muchos son los que apuestan por este o así me lo han contado.

—Vamos, arráncate. Estás deseando hacerlo tú también —fue ahora Ezequiel quien le interrumpió.

—Hagámoslo como Dios manda. Seguidme.

Mientras acababa la frase, el viejo se levantó, atravesó el patio interior y salió de su casa para subir la colina de marras. Avanzábamos entre los hierbajos secos, espinos y matojos que poblaban el terreno. Un conejo, al que Peri persiguió sin dar alcance, saltó junto a mi pie derecho. Al pisar la cumbre, un generoso bando de al menos veinte perdices buscó mejor refugio dejándonos embobados con su poderoso vuelo directo y majestuoso. Desde aquella privilegiada posición se divisaba todo el fértil valle, desde Astapa hasta Astigi.

Tras un medido silencio, Zacarías, en tono solemne, comenzó a relatar la historia:

—Casi cincuenta años antes de Cristo, el asesinato de Quinto Casio Longino, gobernador romano tras la victoria de Ilerda, sumió a nuestra querida Hispania en un caótico estado con las cuatro legiones que la dominaban sublevadas.

»Tito Labieno y los hijos de Pompeyo, enemigos acérrimos de César, se refugian aquí y se ganan el favor de un pueblo maltratado. Bien sabe la historia que a un hispano puedes engañarle, robarle y apalearle siempre que

respetes su posición y cuides su orgullo, que si es esto lo que hay en juego no dudamos en cruzar acero sin medir rival.

»Pero bueno, a lo que íbamos, la fuerza y posición que estos alcanzaban en la rica Hispania obligó al gran Julio a visitarnos. Lo hizo acompañado por ocho legiones y ocho mil infantes de caballería. Lo más granado de sus huestes.

»Tras obligar a Cneo Pompeyo, hijo del Grande, a salir de Corduba para buscar refugio en el sur uniéndose a su hermano Sexto y su aliado Labieno, consiguió darles alcance aquí mismo.

»Un 17 de marzo, día de borrachera en la Antigüedad por celebrar la fiesta de Baco, César emprendió una batalla de futuro incierto que de vencer le aseguraba la victoria definitiva sobre el rival perseguido por los confines del mundo conocido.

Hizo una pausa y comenzó a señalar las colinas del otro lado del río dibujando los ejércitos con que iban a enfrentarse.

—Contaba con fuerzas inferiores, tenía que cruzar un Singilis probablemente crecido en aquellas fechas y ascender esta colina —dijo mientras pisaba fuerte el terreno—. Por algo esculpió su nombre en el libro de la eternidad. La contienda no tomó color hasta que él mismo cargó en uno de los flancos con la X legión, la futura Gémina. Sería solo un cebo que los pompeyanos mordieron al concentrar allí sus fuerzas descuidando el otro flanco. Labieno trató de responder, pero su movimiento fue contraproducente ya que sus hombres lo entendieron como retirada y su ejército, tan superior en número como inferior en adiestramiento y disciplina, se rompió en una huida hacia la nada. —Observé el trigal que bajaba en suave pendiente, desde la colina hacia el lado opuesto al río, imaginando a miles de hispanos huyendo despavoridos mientras los romanos los masacraban. El miedo. Zacarías continuó—: Su cabeza, la de Accio Varo y todas las águilas de sus legiones, adornaron esa noche la tienda del gran Julio que sembró estos campos con más de treinta mil muertos de los que apenas un millar le correspondían. No tardó en pacificar el resto de Hispania a sangre y fuego. Una frase, recogida por Apiano, dejó Julio sobre Munda en su victorioso regreso a Roma: «*In Farsalia pugnavi pro victoria, in Munda, pro vita mea*».

Tras disfrutar un buen rato de las vistas con Zacarías, que aseguraba que en días claros llegaba a avistarse hasta las montañas de Ilbira, discutiendo y evocando los pormenores de la batalla como si hubiéramos sido partícipes, aceptamos su generosa hospitalidad de pasar allí la noche para al día siguiente dirigirnos hacia Antikaria.

La villa nos recibió ya engalanada, con la gente echada a la calle, respirando fiesta de esa forma que solo en el sur de Hispania se conoce.

Los dos días que siguieron los guardo bajo llave, indelebles en algún lugar del alma y la memoria, de los que sueles recordar su inicio y no su fin aunque esta vez sea al contrario. Raro fue que nos separáramos más de diez minutos del Gallo, Álvaro el Halcón, Omar y Yahya ibn Antelo.

Las damas eran tema recurrente. Todos teníamos o intentábamos nuestros escarceos, aunque era Aysún quien disfrutaba con cada historia, instigando en busca de datos, exprimiendo cada vivencia o a través de una completa descripción de sus conquistas. Omar golfeaba con asiduidad haciéndose de nuevo pasar por Samuel para no dejar rastro. Andaba prendido de una tal al-Tayubiyya. Desgraciadamente, siempre le tentaba la manzana prohibida.

—Es de otra pasta, amigos —nos relataba—. No puede ser hija de una mortal. Es la perfección esculpida en marfil con dos ojos añiles escondidos entre las pestañas para no herir, pues te nublan si tienes la dicha de que se fijen en ti. El olor a biznaga anuncia su llegada y paraliza el tiempo hasta su marcha. Me tiene loco. La vi hace poco más de tres lunas en el mercado y hasta allí vuelvo cada día a la misma hora.

—Ya te he dicho que esa pieza está vedada, Capitán —trataba de razonarle Aysún—. Moro, a ti te escucha, dile algo, es como un muro. La susodicha, cuya famosa belleza el Capitán no ha exagerado un ápice pues tan solo su cara ha descrito y es algo en lo que yo ni había reparado, es una de las esclavas de al-Tayubi. De una razia en la que el mismo emir Muhammad se la entregó virgen como pago a su apoyo.

—Pero, Gallo, ¿qué me pides? —intervino de nuevo Omar—. ¿Cómo puedo ignorar una obra de arte de ese calibre? Es como si a Peri le prohibieras olfatear un guiso.

—¿Y qué vas a hacer? —medié yo.

—Se la robaré, por supuesto, en cuanto se despiste. O me seguirá, pues bien se iluminan los diamantes que tiene por ojos cuando me reconoce.

—Claro, por tu cara bonita. Venga, Omar, ¿por qué complicarte con la esclava de otro? —volvió a terciar Aysún.

—Peor sería si fuera su mujer, ¿no? Esa belleza merece elegir destino. Yo solo quiero divertirme. De cualquier modo, antes de que puedan opinar, Gallo, tienen que verla, luego que me cuenten lo que quieran.

Fue la misma mañana de San Juan cuando la vimos. Nos dirigíamos a la vega del Silencioso donde en una gran explanada se celebraban las fiestas.

Caminábamos borrachos de euforia. Alegraban el camino las anécdotas, bromas y risas fáciles tan propias de los jóvenes bien avenidos. Disfrutábamos entre los puestos de viandas, probando nuevos sabores y observando y cruzando apuestas entre las distintas competiciones. El repentino movimiento del gentío hacia el río presagiaba el inicio del *djerid* y mientras peleábamos con la turba buscando buen lugar, Omar reclamó mi atención con un tremendo codazo en mi costado izquierdo.

Allí estaba. No era complejo adivinar qué quería que viera. Una amapola señoreando un trigal. Un velo turquesa que trataba de ocultar sin conseguirlo una melena carmesí como la lumbre y aquellos ojos de un azul turquesa que mi amigo describiera y que recordaban al color de la mar, con pequeños guijarros visibles como fondo y bañada por el sol de mediodía. Cada movimiento dejaba intuir un escandaloso cuerpo que ni su amplia túnica era capaz de ocultar. Destacaba entre un grupo escultórico de enorme talla, pues no había entre las esclavas de al-Tayubi, orgulloso de exhibirlas pese a la censura social, mujer por la que no suspirase mortal.

Se colocó en la zona árabe y hacia allá nos encaminamos. Omar para acercarse no vaciló en abrirse paso a empellones contra marea, de forma que empezó a rodearnos un ambiente hostil que nos complicaba el camino. Súbitamente y a escasa distancia de mí, fue él quien recogió un tremendo envite que por poco le lleva al suelo. Una voz grave, orgullosa y rica en desprecio acompañó al ataque:

—¿Dónde vas con tanta prisa? Me has pisado, ¿no ves que molestas, perro? —Los ojos de Omar se encendieron como el trigo en agosto. El otro continuó con descaro—: Vaya, veo que me reconoces, yo tampoco me he olvidado de ti, sucio *ibn alabid*.

Yo también le recordaba.

Omar se abalanzó sobre él e instantáneamente se abrió un círculo en el que rodaban por el suelo aferrándose el uno al otro para no darse espacio. Enseguida llegué para separarlos, sujetando a Omar mientras un adversario hacía lo propio con el rival. No era fácil. Estaban ansiosos por despellejarse.

De repente el contrario se calmó y le dijo algo a uno de los que le sujetaban, que acercándose a Omar y mientras le miraba fijamente le repitió:

—En el torcal. Esta misma tarde. Solos los dos.

—Saldré inmediatamente —respondió el Capitán con los ojos encendidos y clavados en el otro sin ni siquiera mirar al mensajero.

Así lo hicimos.

Nuestros amigos no entendían la coyuntura así que tuve que explicarles quién era Abd al-Hischm y qué había sucedido aquel mismo día de hacía ocho años.

En el torcal, ese misterio donde Dios derrochó su creatividad para esculpir inverosímiles formas, nos esperaba el bereber junto a otros siete hombres.

Omar se acercó con su caballo hasta casi embestirle.

—¿Cómo quieres que sea? —le gritó—. Marca tú las normas.

—Solo la espada y a muerte —le respondió Abd al-Hischm tras templar a su caballo. Tampoco dudaba el bereber, aguantándole la mirada con tono y fiereza similares.

—Así sea —sentenció el Capitán.

Sin preámbulo cogieron su arma. En lo que luego se convirtió en costumbre previa a cada desafío acaricié la cruz de mi abuelo Martín que llevaba al pecho. Leal, suave, fría, pesada. Siempre presente y dispuesta a asegurarme que aquello no era un sueño o una pesadilla dispuesta a alargarse.

Se saludan con un ligero movimiento de cabeza y comienzan a medirse cambiando el ímpetu de su primer encontronazo por la mesura que conlleva saber que un error vale lo que una vida.

El lenguaje corporal de Omar es insultante. Mientras el bereber, rígido, marca la distancia con la espada en el aire y el brazo estirado, él a cortos pasos laterales baila a derechas, buscando colocar un sol que ya anaranja a su espalda, como tantas veces nos repetía Toribio. Simula relajación con los brazos y la espada pegados a la cintura, clavando su mirada en los negros y fríos ojos del sarraceno. Desgarra el silencio expectante:

—¿A qué esperas para acabar con este perro? —grita Omar—. ¿Acaso dudas ahora, valiente hijo del desierto? No mires a mis amigos, no intervendrán. Esto es cosa nuestra.

Según acaba la frase rompe la espera y, como el lobo que segundos antes andaba al acecho, se lanza hacia su presa descargando un terrible golpe. El contrario lo detiene perdiendo un paso, casi no se ha silenciado el eco del cruce de aceros cuando Omar ataca el otro flanco, siempre por arriba, cargando el peso en cada envite. Su rapidez le hace ir ganando terreno en cada acometida, sin pausa entre los movimientos, y cuando el árabe ya casi ha asimilado el mejor método de defensa, Omar cambia el paso y repite por el flanco derecho pero esta vez por lo bajo, como una continuación de la estocada alta, echando la rodilla a tierra, pinchando el muslo y desgarrando de forma transversal para abrir un amplio corte del que la sangre enseguida mana a borbotones. El bereber, en una muestra de gallardía, aguanta el tajo con la

guardia alta, pero Omar es un ciclón y según se levanta, le hiere en el brazo izquierdo para acabar ya con el enemigo completamente desarbolado degollándolo de una certera sajadura en el cuello.

Abd al Hischm queda inmóvil, probablemente preguntándose qué está sucediendo. La espada cae al suelo, se echa patéticamente las manos a la garganta y poco después hinca rodillas para ver cómo su verdugo se acerca y le escupe a la cara antes de darse definitivamente de bruces contra el suelo.

Omar, con la sangre roja de su enemigo tiñendo su espada, cuerpo y cara, se encara con el resto del grupo caldeo con los brazos en alto gritándoles:

—¡Vamos! ¿No deseáis también vosotros acabar con este perro rabioso? Ha sido muy corto, fuerza y ganas me sobran para ajusticiaros uno a uno. Id y contad quién es Omar ibn Hafsún y cómo responde ante el agravio.

No sé muy bien si fue el santiamén que había durado el envite, la seguridad que exhibía Omar o quizás el resto de la cuadrilla que lo acompañábamos lo que los detuvo, pero recogieron raudos el cadáver de su amigo o familiar aún caliente y partieron solo levantando sus gritos y aullidos de venganza a considerable distancia.

Yo no regresaría a Astigi con mi amigo Manuel, ni volvería a ver a Adassa hasta mucho tiempo después.

Omar había empezado a escribir su destino, y junto a él, el mío.

XII

—¡No entiendo tu comportamiento! Has cavado tu propia tumba y quién sabe si la del resto. Como un matarife de medio sueldo. ¿Para eso querías aprender a usar las armas? ¿Así nos defiendes? —Hafsún gritaba furioso.

Habíamos cabalgado hasta su casa, a trote largo desde el torcal, sin descanso. Los caballos brillaban bañados por el sudor del esfuerzo, boqueando, sin fuerza, a punto de caer exánimes. La carrera había resultado estéril pues la voz con la noticia se nos había adelantado, aún no sé muy bien cómo. Hafsún nos recibió a la entrada, sin rastro de su mujer ni del resto de la familia. Solo Calixto, el siervo con el que nos habíamos criado, le acompañaba para recoger nuestras bridas evitando cruzar la mirada.

Me acerqué al Capitán casi por instinto, para sostenerle como la vara a la vid ante una endemoniada granizada.

—Padre, me insultó y retó. Respondí como cualquier hombre hubiera hecho —trató de replicar.

—¿Cualquier hombre? ¿Te escuchas? Cualquier hombre puede pelearse, pero no se acuchilla como si de un soldado borracho sin bolsa, paga, ni mañana se tratase. —Hablaba con una mirada fija en él, que poco a poco se apagaba mudando de la furia a la decepción—. ¿Qué crees que vas a hacer ahora, hijo? Seguramente te andarán ya buscando y no es difícil que averigüen que eres uno de los míos. —Por suerte, desconocía que Omar lo había pregonado a los cuatro vientos, pensé—. No puedes quedarte aquí, te encontrarían.

—Padre, lo último que pretendo es comprometerle. —El Capitán tenía clara la respuesta. Habíamos madurado la conversación durante el camino. Mirando al suelo en señal de humildad continuó hablando con un suave tono que emanaba respeto—: Le pido perdón y entiendo su enfado, pero no puedo arrepentirme de responder a quien me buscó retándome desde el desprecio de una superioridad infundada. No sé si sabe que fue quien me atacó en el *djerid* siendo mozo, desde ese día ambos sabíamos que nuestros caminos volverían a cruzarse. No puedo ni quiero vivir con miedo en base a la sensatez. Estoy

aburrido de cómo les aguantamos y agasajamos, riendo sus gracias y recogiendo las migajas que casi nos escupen.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué migajas recoges tú? ¿Con qué miedo vives? —preguntó Hafsún, indignado.

—Con el nuestro, con el que convivimos cada día obligados a ocultar nuestras preferencias, fingir complacencia, pagar tributos injustificados o tener que amoldarnos como si fuéramos inferiores. —Omar no se amilanaba—. Aguantar su arrogancia y el menosprecio en nuestra propia tierra. Hasta a las más antiguas villas les cambian el nombre en su afán por controlarnos.

—Lo que llamas miedo es juicio —le interrumpió Hafsún, enojado, mientras le levantaba agresivamente la mano para que se callara—. ¿Vives acaso tú mal? ¿No te has parado a pensar que con las tierras y los hombres que un día habrán de obedecerte formas parte del mismo engranaje que tan fácilmente criticas? Muchos por aquí han pasado con sus leyes, dioses y reyes. No son los que en suerte nos han tocado los peores en absoluto. Cada uno es libre además de rezar su propio credo y leer el Libro según su conveniencia, de forma que solo Dios lo sepa. —De la furia bajó de nuevo a un tono paternalista tocándole el hombro en el primer gesto de cariño desde nuestra llegada—. Es fácil acusar al entorno de lo que solo tú eres culpable, no caigas en esa tentación, pues es claro síntoma del mediocre. Si consideras propias las cosas que a otros atañen, jamás superarás un mundo de reproches y obstáculos; sin embargo, si solo te preocupas por lo que por derecho es tuyo, nadie te impedirá nunca cumplir con tu voluntad. Lo que has hecho, lo has hecho tú y no tiene vuelta, no se la demos más nosotros. —Volvió a callar. Por primera vez vi a Hafsún como un hombre mayor, cansado. Quizás fuera Omar el culpable. Con un gesto todavía más cómplice, de cierta comprensión, le preguntó de forma amigable—: Omar, ¿has pensado qué harás?

—Mi idea es ir a Bobastro —le contestó rápidamente. Era aquello de lo que habíamos hablado durante el viaje sabiendo que no habría problema para instalarnos junto a mi padre—. Viviré como tantos otros lo hacen. Puedo ayudar allí al tío Mudáhir con las tierras y rentas.

—Por ahora no debes acercarte a él, también yo había pensado esa opción y como nosotros cualquiera que indague, incluso es probable que allí inicien la búsqueda. Has de encaramarte en la montaña. —En aquel momento Hafsún me miró por primera vez—. Alfonso, tú no tienes por qué acompañarle, es más, mi consejo es que no lo hagas. Regresa a Astigi con Galib.

—No se preocupe —le respondí—. Conozco bien la tierra y para mí no será un problema ya que podré pasar más tiempo junto a mi padre y mi tío. Buscaremos un buen lugar.

Me observó fijamente, asintió con una sonrisa forzada y sin ni siquiera volver a mirar a su hijo se retiró.

Partimos a la mañana siguiente hacia Bobastro y nos instalamos junto a la cueva de mi padre y mi tío.

Hoy, que mi bolsa y posición me permiten cuanto plazca, lo cambiaría todo por encontrarme de nuevo inmerso en las carencias y aventuras de aquellos tiempos. Por primera vez, pese a que jamás me había visto privado directamente de ella, disfrutaba del placer de la libertad sin más preocupación por el porvenir que el del lince que sale de caza cada noche. El inmenso placer de disfrutar de una juventud indómita sin rendir cuentas a autoridad alguna.

Cada vez era más los que se nos unían.

Pese a su insultante juventud, la audacia, simpatía, inteligencia y liderazgo de Omar le fueron erigiendo como el señor de la Mesa, al margen de la ley del emir. En nuestro primer año quedó prendado de la que sería su primera esposa, una joven malacitana, Mencía, que junto a su familia abandonara Malaka algunos años antes. No tardó en desposarse y tener a Samuel Abu Sulayman, Ayyub, el primogénito de sus siete varones legítimos. Ayyub, el recuerdo más amargo el día de su muerte. Aquel por el que su conciencia nunca le dejó descansar. Ya contaré su historia, a mí ahora no me queda más remedio que recordar a Catalina si quiero hacerlo de forma decente con la mía.

Era a Adassa lo que la seda de Pechina a una buena piel de oso, de esas con las que ahora me arropo en las noches frías pero que no cuenta con la finura y elegancia de la primera.

Contando yo once años la primera vez que la vi en Qumarix, al coincidir en casa de su padre, dueño y artesano de la mejor carpintería del zoco, su visión me sacudió como hace un tornado con una pluma. Siempre me embrujó una poderosa mirada femenina, pero ninguna lo hizo jamás como la de esta niña de pelo trigueño e intensos ojos esmeralda, leyéndome por dentro de forma desconocida para mí y absolutamente impropia a su edad. Mi niña de Qumarix.

Desde aquel día, cualquier excusa me servía para merodear su casa y fingir fortuitos encuentros. Omar y sus hermanos se burlaban por mi proceder con chanzas y bromas sin dejar de sorprenderles, como a mí mismo me sucedía, la obsesión que me empujaba en busca de la niña. Normalmente acudía al atardecer cuando ella parecía esperarme y gustaba de sentirse observada. Divertida y henchida de orgullo al observar la influencia que ejercía en un chico tres años mayor. Tras varios meses de visitas esporádicas y encontronazos que jugaban a ser casuales cuando acompañaba a su madre o padre al zoco y que me permitían disfrutar del perfume a jazmín que despedía, aprovechó un despiste de su madre para hablarme:

—¿Qué buscas? Te descubro muchas veces observándome. —Me miraba con intensidad, sin pudor. Pese al millón de veces que había imaginado hablarle no acerté a responderle. Tras un instante eterno prosiguió—: Vaya, será verdad que eres medio mudo. No te preocupes, Alfonso, no me molesta que lo hagas. —Me dio un pequeño y tímido apretón en la mano y se apartó.

No sabía en verdad qué decirle y posteriormente, pese a no faltarme oportunidades, tampoco encontré la situación ideal o el suficiente valor para hacerlo. Pasaron los meses hasta que varias estaciones después, poco antes de partir con mi padre, di el paso.

La niña había crecido y con ella Omar y sus hermanos habían cambiado de la risa a mi costa a la alabanza por mi buen ojo. En uno de nuestros encuentros al atardecer, de vuelta del negocio de su padre le susurré:

—Necesito hablarte. —Con una sonrisa burlona simulando enfadarse apretó el paso dándome la espalda—. Vamos, Catalina, dime cuándo y dónde —volví a decirle.

—Mañana, cuando todos duerman. Espérame a la derecha de la puerta del segundo patio —me respondió finalmente mientras aceleraba su paso y mi corazón.

Era una noche clara, pues la luna llena reinaba en todo su esplendor. Yo ni siquiera había regresado a la alquería, inquieto tras largo tiempo de espera. El ruido de unos lejanos goznes me indicó que alguien se acercaba.

Su figura, vestida de ropa de cama blanca e iluminada por un pequeño portacirios que usaba para alumbrarse, parecía salida del cielo como una ilustración angelical de los códices que antaño ojeara en Peña Melaria. El verde de sus ojos relucía al tímido resplandor de la llama mientras el resto del rostro jugueteaba escondiéndose entre las luces y las sombras. Era condenadamente guapa.

—Ya no tengo dudas de que estás loco —me dijo, sonriente, nada más llegar mientras apagaba la vela de un sensual soplido.

—Necesitaba verte —le respondí sincero.

—Lo sé, eso es lo único que después de tantos años has tenido a bien decirme hasta ahora, pero ¿por qué?

Nos habíamos sentado en la fría piedra de un alféizar de uno de los portones. Su voz era dulce pero enérgica, con un toque irónico que regalaba con una boca bien proporcionada de blancos dientes y labios gruesos. Pese a las sombras entre las que nos encontrábamos se intuía una esbelta efigie, de trasero alto y pechos sugerentes, pequeños, elegantes y divinamente colocados.

—Quería verte, sabes que siempre me ha gustado hacerlo, aunque nunca haya sabido explicártelo. Cada atardecer te intuyo en la despedida del sol y si hasta aquí no acudo te aseguro que me acompañas allá donde esté —le dije sincero mientras descubría con hondo pesar que no era mi cabeza la única que imaginaba lo que su ropa escondía.

—También a mí me gusta descubrirte sin esperarlo.

—En breve será más difícil hacerlo, pues partiré y quería contártelo y no que te enteraras por terceros.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—No lo tengo muy claro, Catalina, iré con mi padre. Omar marcha a estudiar a Corduba, ¡quién sabe si acabará siendo un alfaquí! Yo ya es hora de que vuelva con los míos.

—Tampoco te vas tan lejos, pero si quisieras quedarte bien podrías hablar con mi padre. Siempre protesta sobre la escasez de buenos trabajadores y la falta de interés de los jóvenes por aprender su profesión. No tiene la suerte de contar con varones pues soy su única hija y bien le vendría conocerte, ya que con tu fuerza podrías ayudarle también en otras tareas. —Se me había acercado con la intención de bajar el tono al hablar.

—Te lo agradezco, pero lo cierto es que no es lo que busco —le respondí, arrepintiéndome enseguida de resultar demasiado cortante, incómodo y sin saber cómo controlar aquella maldita erección que no disminuía y me obligaba a cambiar de posición. Callamos durante un rato eterno en el que millones fueron las frases que no me atreví a pronunciar. Afortunadamente, fue ella quien rompió el silencio:

—Entonces, no te veré más —me dijo con tono mohíno.

—¡Qué va! Vendré a visitarte en cuanto tenga oportunidad. Mi corazón te necesita como mis pulmones el aire que respiro. No sé cuándo será posible,

pero ten por seguro que lo haré.

—¡Claro! —Sus ojos de niña brillaban puros, inocentes, irresistibles—. Te buscaré cada atardecer y tan pronto te distinga con la mirada nos emplazaremos para esa misma noche tal y como hoy nos encontramos.

»Debería irme ya pero no has contestado a mi primera pregunta, la que me atenaza desde que comenzamos esta extraña relación que mantenemos, ¿por qué yo, Alfonso? Tienes fama de buen mozo y no pasas desapercibido entre las mujeres, ni siquiera entre las mayores que yo. Tu padre y tu familia, además, son respetados en cualquier casa, ¿por qué guardas tantas ganas de verme y me persigues?

—No sé qué decirte, Catalina. También yo me lo pregunto, siéndote honesto. Solo me ha pasado contigo, ahora puede resultar evidente intuyendo la mujer que apuntas, pero es algo mucho más allá de eso. Como un embrujo que me persiguiera constantemente; cuando cierro los ojos por la noche imagino tu cara, al tirar una piedra al río son tus ojos los que se dibujan en las ondas, las campanas repican jugando con tu nombre y me sorprendo en las lecciones garabateándolo. No le preguntes a una abeja por qué busca la flor, lo hace por instinto, yo no puedo resistirme a tu atracción. Creo que tú eres mi red, la única capaz de atraparme. —Haciendo una pausa la observé mirándome extrañada—. ¿Te asusto? —le pregunté.

—No, me asombras. Siempre te he visto mayor, tan alto y fuerte. Te veía competir de niña durante la Ansara, tan apuesto en el *djerid*. El corazón me galopaba sobre el pecho como tú lo hacías aquel día. No dejes de venir a verme, también disfruto con tu compañía y más ahora que escucho tu voz. Te estaré esperando cada atardecer. Ahora he de irme o me arriesgo a no salir nunca más.

Sin más, se levantó y salió dándome un beso en la mejilla. Solo cuando lo hizo me percaté de que el día comenzaba a amenazar y fue el cacareo de un gallo quien me despidió a la salida.

Mentí sobre la proximidad de mi vuelta, pese a que no pasé ni un solo atardecer sin recordarla, incluso durante mi aventura con Adassa. Al principio no me decidí a visitarla y con el tiempo cada vez me daba más reparo como si en mi fuero interno temiera romper el hechizo que la mantenía idealizada.

Fue Ayyub, el que cuando acudió a Bobastro con motivo de la boda de su hermano Omar con Mencía, me animó a volver a hacerlo.

—Amigo, tienes que ver cómo está tu Catalina. Son varios los buscones que le rondan con razón.

—Vamos, Ayyub, ¡no creo ni que se acuerde de mí!

—¡Vaya si lo hace! Más de una vez me ha preguntado cuando he coincidido con ella, pidiéndome que te diga que red que no se vigila fácilmente deja de pescar. Te aseguro que deberías bajar a Qumarix.

El siguiente sábado, al atardecer, vigilaba el camino entre su casa y la carpintería. El hechizo no se esfumó sino que iluminó su llegada. El sol, cercano ya a acostarse, decidió detenerse para escoltar su paso. Imposible es traducir en palabras el sobresalto de mi corazón. Las facciones seguían siendo las mismas, pero se habían afilado dándoles aún más belleza, gracia y peso en el conjunto. Mi niña de Qumarix ya era una mujer aunque más parecía un monumento que una mortal. Como la fresa que a gritos pide ser recogida brillaba en su estado óptimo de madurez. Al verme se dibujó en su rostro una enorme sonrisa, que yo le devolví embelesado, para sin más proseguir su curso.

Tantos años después custodiaba la derecha de la puerta del segundo patio. Ni yo ni la noche éramos los mismos. Esta no contaba con luna que la alumbrara y las nubes se encargaban de ocultar el resto de los luceros. Quizás esa oscuridad era la que me transmitía un pesimismo que me ahogaba y que solo mitigaba el recuerdo y esperanza en la preciosa sonrisa conquistada aquella tarde. Por suerte, los mismos goznes de la otra ocasión espantaron los malos augurios.

Como siempre, fue ella quien tomó la iniciativa:

—¡Vaya! Más de cinco años me ha costado volver a verte por el zoco.

—Lo sé, perdóname. A Dios gracias, no parecen suficientes para que olvides nuestro acuerdo.

Intuí cómo cierto sonrojo aumentaba su belleza si es que tal cosa era posible. Vestía solo un camisón pues la noche era bochornosa, y al sentarse en nuestro alféizar mostró sus tobillos y la pierna derecha hasta prácticamente la rodilla. Su olor a jazmín me aturdía, haciéndome dudar si aquel era uno de los sueños en los que con ella me cruzaba. Me aseguré de que no fuera así acariciando la cruz de mi abuelo Martín. Mirándome fijamente y con un mohín, me espetó:

—Me cansé de buscarte siempre, ¿por qué has tardado tanto?

—Ya sabes que no soy demasiado bueno dando explicaciones ni valdría para nada decirte que nunca fijamos fecha… pero sí te dije que volvería y créeme cuando te digo que no ha habido noche que no soñara estar como ahora, ni atardecer que no te recordara.

—Podías, al menos, haberme mandado algún mensaje a través de Ayyub.

—Mil veces imaginé cómo regresar hasta que reparaba en que nada tenía que ofrecerte.

—¿Y ahora sí lo tienes? Nada esperaba, salvo noticias tuyas.

—Ahora sé que necesito estar contigo. Mi corazón, aletargado, vuelve a latir desde que esta tarde te ha visto. Siempre lo he sabido en realidad. No puedo ofrecerte mucho salvo todo lo que consigamos juntos.

—Eres tremendo, Alfonso —me dijo mientras se levantaba y comenzaba a gesticular recriminándome mi comportamiento. Exclamó en un susurro—: ¡Cinco años sin verte, apenas hemos cruzado palabra en la vida y necesitas estar conmigo! No parece que te haya costado mucho hasta ahora. —Hizo un silencio y sentándose me cogió de las manos—. Jamás mi padre lo consentiría, tiene ya un buen mozo de Antikara, Hassim, carpintero como él, con el que me martillea a pesar de que no es en absoluto de mi gusto.

—Por eso no te preocupes —le dije, acariciándole la cara. Cada segundo que pasaba se me antojaba más irresistible. Más ahora que la veía enrabietada, sincera, alegre y melancólica al unísono—. Ya haré yo lo necesario por resolverlo. Solo quiero saber si tú accederías. Si tú me quieres de la misma forma que yo lo hago.

—Yo me iría ahora mismo al infierno si de tu mano fuera, Alfonso —me respondió parándose, mirándome seria con esos cautivadores ojos verdes que variaban su tono para enloquecerme—. Desde que te vi por primera vez con ocho años lo hubiera hecho.

Me levanté y apretándole firmemente contra mi pecho, entre mis brazos, le di un fuerte beso que esta vez no fue a parar a su mejilla.

Tres estaciones después estábamos casados.

Omar jamás descansaba. Partía con frecuencia con la excusa de una jornada de caza para reconocer alguna zona o visitar a amigos y conocidos. También los recibíamos, pues su nombre y hospitalidad se extendió entre los territorios vecinos. Un habitual era Aysún al-Jair que se quedaba largas temporadas, como también lo hacían Sulayman desde la lejana Pechina, Yahya ibn Antelo y, por supuesto, Lope ibn Mandaril que se encontraba a apenas tres jornadas, en las montañas de Runda.

Discutíamos sobre la vida, divagando, construyendo castillos en el aire que más tarde cimentaríamos al terreno. No era difícil con la tierra que nos rodeaba. Dios nos regalaba una sierra escarpada de lugares difícilmente

accesibles, fáciles de defender y que entregaban a quien los señoreara el control de las fértiles tierras colindantes.

Ninguno había como Bobastro, la Mesa o la Tábula, como también llamábamos a la montaña, pues su forma a una de inmenso tamaño recordaba. Una mesa solitaria, regada al norte por el arroyo del granado, al oeste por la cañada chica y al este y en su base, a su pie, por el río del Silencio, el Wadi l-Jurs de los caldeos, que nace a poca distancia y no muere hasta Malaka. La orilla se eleva desde allí hasta su cúspide en tremendos tajos y estrechos desfiladeros que alcanzan la media legua velando una meseta tan grande como tres Astigis o la misma Corduba siendo tacaño. Por debajo de esta existen altiplanos intermedios, como el del cenobio junto al que morábamos, también sencillos de defender al dominar los barrancos. A menos del tiro de un arco se asomaban otros picos de similar impronta, guardianes del curso de la corriente.

Omar lo olía.

—Los tajos son una defensa perfecta. —Le gustaba dibujar sus ideas en la tierra con su daga enfundada, hablando despacio, seguro de sí mismo—. Agua y piedra. El binomio que necesitamos. Recios sillares rodearán las cumbres formando una muralla que defienda el barranco noroeste-sureste, con torre cuadrada en el cerro de Tagarrinas y un alcázar señoreando el del Castillón, y el suroeste-nordeste entre la Encantada y la Cabeza del Caballo. Un muro hermoso, recio, de amplia base y dos veces la altura de Ibn Galib.

»Abriremos dos puertas, una al oeste sobre la cañada, sellando el gran desfiladero, y otra al sur, la del sol natural al monte. Desde ambas divisaremos a leguas a cualquier visitante.

»El fuerte no debe convertirse en trampa. En su interior y, como tamaño hay de sobra para ello, sembraremos pasto y cereal y aseguraremos el agua, nada te mata tan rápido como su falta. Construiremos aljibes exagerados, capaces de abastecer cuatro estaciones a todo Corduba, y pasos que desciendan al río al abrigo de miradas indiscretas.

»Dadme hombres, sillares y tiempo y tendremos una fortaleza inexpugnable.

Catalina amigó con Mencía ayudando en la lidia de Samuel, Saley y Yafar, pues Omar había tenido suerte con la descendencia y contaba ya tres hijos sanos, perdiendo solo uno por el camino. Yo no había tenido la misma, ninguna de hecho. Catalina había perdido un niño poco después de quedar

encinta y otro prácticamente a término, un varón. Aún no pesaba en nuestra relación pues no dejaba de ser algo bastante común. Eso sucedería más tarde. Seguía perdiéndome en su mirada y su risa me alegraba cualquier conversación. Éramos felices.

No era así en todas partes.

Abd Allah seguía exprimiendo al pueblo que se le rebelaba donde podía. La migración y el confinamiento hacia los *husūn* de la montaña comenzó a ser constante y cada día eran más los que aparecían con sus mulas cargadas huyendo del emir. Aun sucediendo de forma parecida en muchos como Muntmayor o Dus Amantis, no lo hacía en ninguno como en la Mesa, quién sabe si por nuestra privilegiada situación, el cenobio, la numerosa comunidad mozárabe que allí habitaba o el propio Omar.

Al crecer la comunidad, como siempre que el hombre se organiza de forma libre, surgieron las disputas, y con ellas la necesidad de alguien que impartiera justicia. Mi padre fue el escogido.

Llevaba tiempo ya en la Tábula viviendo en su gran cueva, una de las mejores, cerca del cenobio. Su habitación principal contaba dieciséis varas de largo por once de ancho y tenía dos adyacentes de menor tamaño. Se trataba de un hombre respetado, tan pronto implacable como generoso. No siempre los juicios resultaban sencillos.

Murió Haldún, un hombre conocido y querido por su generosidad, a manos de Estanislao, su socio. No era a este a quien juzgábamos sino a su esposa, Teresa. Por adulterio. Se exponía a ser lapidada.

Teresa era bellísima, de las que caminan sin tocar el suelo al estar más cerca del cielo que de la tierra. El padre de Estanislao, de cierto rango e importancia entre la mozarabía cordobesa, la había comprado huérfana en el zoco capitalino. Isidoro, recién viudo, no soportó ver a aquel ángel lloroso, cabizbajo y desvalido. Intuiría su hipotético mañana de ser otro el comprador. Tenía tres años menos que los otros protagonistas y uno menos que yo.

Solo Columba, la hija mayor de Isidoro, evitaba que creciera como una hermana más. Era la mayor de siete y gobernaba en la casa dirigiendo a la pequeña tareas poco importantes pero significativas. Su maltrato la unió aún más con el hermano pequeño. Estanislao supo esperar hasta que Teresa hizo los diecisiete, pero lo supo siempre.

El muerto, Haldún, era uno de sus mejores amigos desde la infancia. Hijo de una íntima de su madre. Ambos vecinos de Bobastro desde largo tiempo atrás. Herreros de profesión.

En una partida a por materiales hacia Arxiduna, Estanislao descarriló su carro destrozándolo. Hubo de cancelar el viaje y regresar caminando. A su vuelta, otra de sus hermanas, Alisa, le guio hasta una casa de citas del barrio de los hortelanos. No supo lo que iba a encontrarse hasta descubrir a amigo y mujer amándose en el suelo de una sucia habitación. A sus pies. Sudados por el intenso calor del verano andalusí mientras se emborrachaban uno de otro. El adúltero al menos tuvo honor y, quieto, pidiendo perdón a través de su cara desencajada, soportó la ira y muerte posterior con el martillo que tantas veces antes trabajara. Teresa no había hecho lo mismo. Huyendo, corrió despavorida a casa de Sara, una amiga que la llevó hasta la cueva de mi padre.

Cuando llegó ya conocíamos su historia. Todo Bobastro lo hacía. Mi padre la esperaba a la puerta de su caverna. Era un hombre grande, intimidatorio, siempre con la cabeza cubierta por su casco y el parche en el ojo. La barba más canosa que su pelo que se mantenía negro le cubría media cara, sobresaliendo sobre su aljuba. Pocos aguantaban la mirada de su ojo solitario, pero aquella no era una mujer más. Como el junco, su juventud, delgadez y movimiento escondían firmeza y determinación. Inteligencia. Sus ojos miel rehuían el cruce pero de darse no huían. Fui yo quien los retiró aunque quedara para siempre grabada en mi subconsciente como luego comprobé. Tenía mirada de loba con unos pómulos salientes y una perfecta boca. De esa seguridad emanaba su belleza. Te engañaba haciéndote sentir que eras capaz de descubrirla cuando era ella quien escogía qué y cómo mostraba.

Mi padre le relató lo que sabía. Miraba al suelo. Cuando acabamos, levantó sus ojos encarándole. Brillaban. Húmedos, tristes, sinceros.

—¿De qué se me acusa, Gonzalo? ¿De amar? —preguntó altiva.

—No, de adulterio —le contestó la voz grave del Tuerto. Mi padre no perdía la mirada tan fácilmente como su hijo. Le sorprendía e incomodaba la insolencia de Teresa tras sus actos.

—Castígueseme en cualquiera de los casos. Soy plenamente culpable en ambos.

—¿Por qué lo hiciste, Teresa? ¿Por qué con Haldún? —Su tono varió. Conocía bien a los tres.

—Noble Gonzalo. No deseo aburriros relatando los sentimientos de una pobre mujer pero no puedo sentirme culpable. Ni en el mismo infierno me arrepentiría de los momentos de más intensa felicidad que la vida me ha regalado. —Hablaba con aplomo absoluto, sin sombra de duda. De vez en cuando se peinaba su espectacular melena rubia dejando ver unas preciosas

orejas. Su belleza era irrefutable. Mi padre con un gesto la invitó a continuar y así lo hizo—: Amaba a Estanislao. Nadie jamás habrá de mejor condición y si la muerte me desea no le culpo. Siempre le quise y admiré como a un hermano. Él era mi confidente, mi protector, mi ángel desde que cuando niña su familia me comprara. La tristeza me embarga y la culpa me golpea al recordar sus ojos la pasada tarde, pero sé que lo repetiría una y mil veces.

»El problema comenzó cuando se encaprichó conmigo. Confié en que Columba, la que tantas veces fuera mi castigo, se convirtiera en mi salvación oponiéndose, pero la determinación de Estanislao fue inquebrantable y la boda inalterable.

»Por quien mi corazón saltaba era por Haldún. Su inseparable escudero. Desde niños buscábamos el contacto y nuestras miradas se prendían a distancia. Dejé de verle cuando comenzó la persecución de su amigo pero su sonrisa y recuerdo jamás se fueron. Ya casada, en una visita a la herrería en la que mi marido estaba ausente, la tentación se consumó y desde aquel día espaciamos nuestro amor furtivo en las contadas ocasiones en que pudimos esquivar la realidad.

»Esta es mi historia. El resto bien lo conocéis, *qadí*, y a vuestra justicia, triste pero no suplicante ni arrepentida, me resigno. Sabedora de que si bien he roto la más sagrada norma de los hombres, no lo he hecho con la que dictaba mi corazón.

Mi padre no había dejado de observarla. Comiéndose cada palabra y bebiendo cada emoción. Suspiró y levantándose fue a su habitación para regresar portando un gran saco de terciopelo rojo. Estaba repleto de joyas y alhajas, más de lo que jamás pensé que pudiera existir. Botín o herencia de otros tiempos.

—Coge esto, Teresa, no se lo cuentes a nadie y vete. Abandona Bobastro. No puedo castigar la sinceridad y el amor, pero tampoco permitir tu falta. Tu pena será el destierro, pero con esto y tu ingenio no ha de faltarte el sustento.

No imaginó mi padre la gran herencia que me legaba.

XIII

Nuestras expediciones se tornaban más audaces. Los recaudadores del emir no asomaban mientras nosotros cabalgábamos libres en correrías y asaltos desde Runda a Qumarix. El nombre de Omar ibn Hafsún resonaba en cada esquina y Bobastro fue bautizada por los sarracenos como la montaña maldita.

Esta historia estuvo a punto de acabarse por una tontería.

La vida, según se consume, te muestra depender del azar tanto como una moneda no trucada para salir cara o cruz. Ser sabio consiste en evitar lanzamientos inoportunos y de tener que realizarlos elegir el momento y el lugar adecuados.

Corrió fugaz el verano, engullido por la voracidad del tiempo cuando encuentra la felicidad en su eterno camino. Le siguió un otoño suave, de los que se alargan sin intuir su final. Nos encontrábamos en Suel o Suhayl, como ahora le dicen, puerto al que acudíamos los amigos recurrentemente. Lope, el Seco, en Runda dominaba una zona similar a la nuestra y los *bahriyyun* de Sulayman en Pechina comerciaban con los más variados pueblos del Mediterráneo en nuestro nombre.

Bebíamos y comíamos en una fonda asomada al mar que, pese a no correr ni la más ligera brisa, andaba limpio, mostrando su fuerza al atacar la costa con una ola perfecta de alta pared y lento abrirse a derecha e izquierda, esta última muy larga, aguantando el rizo y dibujando un precioso tubo. Las gaviotas garabateaban el cielo azul cargado de la típica bruma marina coloreada por el sol. Hacía un día espectacular.

Al-Zirr, uno de los dos siervos que acompañaba a Sulayman, rompió el hechizo al llegar gritando y visiblemente alterado:

—Está pegando a Bashir un hombre que asegura ser el *exceptor*. ¡Lo va a matar!

Bashir y al-Zirr eran dos siervos de Sulayman que vigilaban nuestros caballos en el establo. Allí llegamos para verle arrodillado y sangrando, tapándose una de sus orejas mientras gemía. Un grupo de cinco hombres reía junto a él. Escuchar la agonía y las carcajadas al unísono me estremeció. Pese

a provocarlo con demasiada asiduidad, pocas veces disfruté del sufrimiento ajeno ni comprendí el embrujo que a otros les genera.

Sulayman, que era el afrentado, tomó la delantera y empezó a desgañitarse:

—¿Qué sucede? ¿Qué le hacen a mi esclavo?

Se giraron esperando nuestro acercamiento. Uno, más bien gordo, bastante alto para ser árabe y completamente calvo, se adelantó al resto. Vestía, y sabía cómo hacerlo, una aljuba de calidad. El soldado más cercano a Bashir llevaba en su mano derecha una daga que goteaba sangre. Los otros tres también iban bien guarnecidos. Nosotros éramos siete.

—Aquí las preguntas las hago yo —bramó—. Este estúpido se ha negado a contestarme y he tenido que enseñarle disciplina. —Volviéndose ligeramente hizo un gesto al de la daga que enseñó una oreja con la otra mano —. Que agradezca que le ha costado eso y no la vida. Ya no volverá a hacerse el sordo. —Las risas de los guardias respondieron la ocurrencia—. Soy Muhammad Ibn Wassad, *exceptor* de Ibn Jalid Dawanakir.

Casi no había acabado de presentarse cuando Omar saltó por encima de Sulayman para asestarle un tremendo puñetazo, que este medio esquivó de forma sorprendentemente ágil para encajarlo sobre el hombro derecho.

No midió. Algunas veces le sucedía, aunque pocas erraba el blanco.

Todo el mundo comenzó a gritar y de la nada aparecieron quince hombres más que no habíamos visto o el vino nos había ocultado. Nos rodearon y Omar se quedó completamente quieto, arrodillado y llorando, fingiendo una ebriedad mayor de la real.

—¡Perdón, perdón —sollozaba—, acusad al vino, tanto o más culpable que yo!

El agredido, furioso, se abalanzó sobre él. Nosotros tratamos de hacer pantalla cubriéndole en el suelo mientras nos llovían golpes como a esteras a secar. No íbamos armados, salvo la daga, y algunos de ellos incluso llevaban el tahalí a modo de cota de malla. El Seco gritó:

—Soy Ibwal ibn Maashid de Runda, temeroso de Allah y amigo de este señor. Mi padre bien conoce a Ibn Jalid Dawanakir. Ha sido un tremendo error. Nuestras familias son bien respetadas por los amigos del emir. El pobre que le ha agredido equivocadamente es Yaafar ibn Masquim, tan fiel a las escrituras como todos los que aquí estamos.

—¡El pobre que me ha agredido, el pobre que me ha agredido! —el *exceptor* gritaba como padre que descubre hija deshonrada—. Te daré yo pobre.

Encaminándose a Omar le propinó un tremendo puñetazo en el mentón que lo derribó y cuatro o cinco patadas dirigidas a la cabeza que acabaron centrándose en el costado. No era la primera vez que pegaba el gordo. Omar se tiró a sus pies, seguía gimoteando. No parecía costarle meterse en el papel y se agarró al cabo que le tiró Lope.

—Soy Yaafar ibn Masquim, Yaafar… —Simuló una crisis nerviosa y comenzó a vomitar. Apestaba a vino.

—¡Temerosos de Allah! Mucho os gusta el vino para deciros tal cosa. Prended a esta rata borracha, nos la llevaremos a Malaka a que le juzgue el gobernador por atentar contra mí y emborracharse siendo ismailí.

Esa noche Omar durmió en el calabozo de Suel, una torre cercana al puerto. Lope partió tan pronto se lo llevaron, diciéndonos al despedirse:

—Trataré de corroborar la historia pero conseguidme el máximo tiempo, pues lo que barrunto no es de sencilla ejecución. Decidle a Omar que guarde silencio. Nos vemos en Malaka.

Hicimos guardia durante toda la noche a la puerta de las mazmorras, suplicando sin suerte que nos permitieran ver a nuestro amigo.

La comitiva formada por unos treinta hombres y tres prisioneros partió al alba. A su salida transmitimos a Omar el mensaje de que ralentizara la comitiva en lo posible. Con la tunda recibida no necesitó demasiado arte para cumplirlo hasta que el *exceptor*, harto de sus constantes caídas, lo subió a un mulo para asegurar llegar en la misma jornada.

Malaka nos recibió con su característico terral de invierno que pintaba de luz celeste el encuentro del mar y la montaña con la imponente alcazaba. Cruzamos el vergel de sus huertas, los alcázares ajardinados y sus extensos viñedos para adentrarnos en su coqueta medina cruzando la muralla por Bab al-Malab. El gentío que subía desde la puerta del Mar o salía de las numerosas mezquitas, baños, hornos o *funduqs* abría el camino a nuestro paso sin disimular la expectación que levantábamos. Alguno incluso aprovechaba para vejar a los prisioneros, insultándoles, escupiéndoles o arrojándoles lo que encontrara, siguiendo el viejo instinto de humillar al desprotegido aun desconociendo su falta.

Tras pasar esa noche en la prisión del puerto le sacaron a la mañana siguiente junto a otros dos cautivos para formar un total de cinco. Los juicios se celebraban dentro de la aljama con musulmanes y en el patio exterior con dimmíes, este era el caso de tres de los acompañantes del Capitán, cuya causa y veredicto no recuerdo. Para Omar, o Yaffar, aquel día, y el quinto preso, un

comerciante bereber sorprendido trucando la báscula con la que pesaba el género, pasamos dentro.

Poco antes había llegado Lope o Ibwal, impecablemente vestido y acicalado, acompañado de varios hombres desconocidos, mas de cierta edad y mayor presencia. Ni siquiera se nos acercó y con señas indicó que permaneciéramos en un segundo plano.

El gobernador de Rayya, Ibn Dawalid, era bajo y grueso, de unos treinta años y piel aceitunada, con un tremendo bigote negro y una calvicie completa. Pese a la racanería de Dios con él en su aspecto, inspiraba respeto y su mirada, inteligencia. Con ella se quedó clavado en Omar que la aguantó con serenidad.

—Larga barba y cabellera traes, curioso entre los nuestros, espero que no se trate de nuevos usos de los que ahora la juventud gustáis. Córtatelos si tienes ocasión. —Con parsimonia giró hacia la derecha para dirigirse a Muhammad que allí se encontraba como testigo y fiscal—: Y bien, Muhammad, ¿fue este quien te agredió?

—Así es, *qadí* —respondió serio y humilde el *exceptor*.

—Cuéntame cómo sucedió.

—En nuestra inspección por la *kora* llegamos para almorzar a Suhayl, en la que llaman la taberna de la Corriente del Golfo. Al dejar nuestras monturas observamos unos estupendos pencos, dignos de distinguidos señores. Me extrañó no ver prácticamente séquito y pregunté al primero que vi por allí. El muy estúpido, pese a que en su mirada reflejaba que me entendía perfectamente, fingió no hacerlo y comenzó a replicarme en una lengua extraña. —Sonreí imaginando la treta de Bashir, que hablaba perfectamente el romance y otros seis o siete idiomas por su ajetreada vida—. Le dije que no se hiciera el tonto y castigué su osadía rebanándole una oreja. En ese momento llegó el acusado junto a sus amigos y sin mediar palabra y mientras explicaba la situación y mi posición, se abalanzó sobre mí golpeándome.

»En mi opinión se trata de un sujeto peligroso, que miente al proclamar su fidelidad al Libro y que debería ser juzgado en el patio con los otros achamíes por su ebriedad en nuestro encuentro. Sus compañeros no tienen mejor aspecto que él y, si no fuera por sus caballos y vestimenta, apostaría oro contra cobre a que se trata de un sucio *moxrique* del monte, quizás afortunado con el pillaje.

—Gracias, Muhammad. —Dirigiéndose a Omar le preguntó—: ¿Y tú guardas una versión diferente? ¿Quién eres?

Omar, que aguardaba su turno levantado a duras penas, cayó en ese momento al suelo, imagino que sin saber muy bien qué decir, buscando ganar tiempo. Demostraba su sexto sentido. Ibn Dawalid volvió a dirigirse de nuevo al *exceptor*:

—Muhammad, ¿qué ha pasado? ¿Ha sido juzgado y culpado antes de tiempo?

—Nada, *sahib*, naturalmente mis hombres le redujeron tras tratar de agredirme pero nada fuera de lo habitual. Quizás recibiera algún mal golpe. Sí es cierto que le ha costado llegar hasta aquí.

—Traedle una silla y volcadle una tina de agua fresca sobre su cabeza. Veamos si regresa en sí.

En ese instante, uno de los acompañantes de Lope de unos cuarenta años largos, alto, gentil, quien más sobresalía en porte de la comitiva, dio un paso al frente para hablar con voz firme:

—*Sahib* Ibn Dawalid, Allah haga perdurable vuestra dicha, noble *qadí*. Soy Masquim ibn Muhammad ibn Hamid ibn Sulayman, natural de Runda, padre abochornado de Yaafar, el acusado, mi cuarto varón. No dudo de la correcta versión del excelentísimo *exceptor*, pues de la misma forma me relató lo acaecido Ibwal ibn Maashid ibn Alhamm, amigo y testigo directo. —En ese momento señaló hacia quienes le acompañaban—. Solo quiero esclarecer el buen nombre de mi familia, de linaje aslamí desde hace seis generaciones y que sin duda ha cometido un gravísimo error, por el que parece que ya ha pagado en parte, mas ¿quién no se confunde joven? Aseguro que mi hijo erró cegado por el vino, sin saber a quién atacaba, preocupado por la salud del siervo de su amigo que gemía desangrándose en el suelo sin oreja. Un siervo de un comerciante de Pechina, que no habla nuestra lengua y de escasas luces, con el que habitualmente negociamos. Os ruego, *sahib*, que escuchéis la letra del Libro sagrado que reza: «El perdón es debido por Allah solamente a los que hacen el mal por ignorancia». Como el mismo *exceptor* acaba de decir, al ser atacado, ni siquiera se había presentado, no puede existir mayor desconocimiento de atacar a la autoridad. —Hizo un silencio reposando el argumento para más tarde rematar—: Además, os ruego que lo miréis con la benevolencia con que Allah reserva el castigo al joven descarriado que peca por primera vez y no con la contundencia que merece el reincidente.

—Has hablado bien, Masquim, y tu nombre y linaje te preceden en esta aljama y esta *kora*. —El gobernador había escuchado con atención, meditando su respuesta mientras se atusaba el mostacho. Tenía una postura

relajada mientras se dirigía al compañero de Lope—. Es cierto que parece que tu vástago ya lleva castigo tomado, que es joven e ignorante, aunque ignorante es todo el que peca contra Allah, pues solo a él mismo se perjudica contrariando al testigo y juez final de toda obra. Por ello no es suficiente con el arrepentimiento y debemos asegurar su vergüenza y que no olvide la afrenta cometida y yo, Ibn Jalid Dawanakir, gobernador de la *kora* de Rayya, condeno al acusado a recibir diez azotes para castigar su desmedida ebriedad en público y otros tantos por no respetar a la autoridad —sentenció mientras le apuntaba con el dedo—. Además, deberá depositar diez denarios en las arcas públicas. La pena física se cumplirá al finalizar el juicio y la libertad será otorgada tan pronto deposite la fianza. ¡Allah haga que aproveches la lección y te guíe en el futuro por la buena senda!

Yo miraba fijamente a Omar, que se mostró imperturbable, aún metido en su papel de moribundo. La sentencia era un regalo para lo que podía haber supuesto y la jugada de Lope, de una maestría sin parangón. Más tarde nos relató que el bueno de Masquim le debía la vida a su padre y que ahora se había cobrado el favor suplantando a Omar por su verdadero hijo que peregrinó a La Meca dos años antes y aún no había retornado.

Los alguaciles condujeron a Omar al patio de la aljama y allí entre la expectación del pueblo le amarraron a una columna baja para que, inclinado hacia delante, mostrara la espalda en su totalidad. El *exceptor*, sin duda contrariado con el veredicto, le acercó un látigo de gruesos nudos al verdugo, un negro como un castillo, y se retiró diciéndole algo al oído. No deseaba que la misericordia guiara su brazo.

Comenzó la tortura golpeando de arriba abajo, ensañándose, buscando dañar, como se realiza en las penas no simbólicas, desgarrándole la piel. El brazo del verdugo temblaba por el esfuerzo mientras su látigo abría la carne del reo como el higo maduro al ser apretado, desbordándose. Omar aguantó estoico los veinte azotes, con la mandíbula tensa y la mirada fija, sin emitir quejido alguno ni levantar la vista. Dos veces cayó al suelo siendo capaz, pese a trastabillarse, de levantarse sin ayuda. La multitud, que había comenzado clamando castigo y vitoreando cada golpe, acabó pidiendo clemencia ante tal muestra de gallardía. Solo una vez terminado se permitió caer derrengado, semiinconsciente por las heridas y el dolor.

Nos acercamos corriendo hacia él, sorprendiéndome el intenso olor a sangre que despedía, le dimos la vuelta y comprobamos aliviados que respiraba.

—Espero que el espectáculo haya superado expectativas porque no pienso repetirlo —nos dijo con su característica sonrisa mellada.

Compartimos una carcajada y alzándolo en volandas huimos prestos, temerosos de que se descubriera la jugada.

XIV

Los días no eran los más propicios para hacerse a la mar, pero ansiábamos alejarnos cuanto antes de Malaka. Preocupados por si se descubría nuestra estratagema y con Omar postrado en cama concluimos que para poner tierra de por medio lo mejor sería evitarla.

Embarcamos en un jabeque de Sulayman, el Gusano, teniendo más clara la necesidad de partida que el destino. Era una pequeña nave de dos palos, veinticinco varas de eslora y ocho de manga, diseñada para navegar en cabotaje y transportar seda, de ahí su nombre, con un aprovechamiento del espacio que solo entienden el marinero y el armador.

A los diez minutos de cabeceo en mar abierto empecé a vomitar por la borda como con una purga de aceite. Por fortuna, la mañana de la segunda singladura ya me había acostumbrado y despertó la mar más calmada. El viento soplaba favorable y constante, hinchando generoso nuestras dos velas latinas y haciéndolas flotar sobre el infinito azul del mar. El ancho y profundo casco, pensado para proteger su carga, se escoraba algo a estribor, convirtiendo las olas que nos atacaban a proa en una interminable estela blanca a popa. Parecíamos una anguila imitando a una gaviota. Impresionado por mi rápida adaptación disfrutaba infinitamente apoyado en la regala del sol, el viento y el mar.

Mohammed Ibn-Abi-Aoun, nuestro patrón, había decidido, junto a Sulayman, el Divino como destino. Se trataba de un puerto seguro en Ifriqiya, a unas tres jornadas, y que debía el nombre a los romanos. Pasaríamos desapercibidos al evitar las habituales rutas comerciales pese a ser un territorio que dominaban los Beni Mesguen pertenecientes a la tribu bereber de los Azdadja, socios de los Banu Rastam, clientes de la casa omeya.

Mohammed, aparte de Sulayman, fue mi primer contacto con un auténtico marino. Alto y delgado parecía tener su sonrisa, algo escasa de dientes, esculpida al no esconderla. Como si constantemente agradeciese a Dios su suerte o su destino. Disfrutaba guiando la caña y dando órdenes sin cesar. Curtida la piel por el viento y el sol, se movía por su barco como los delfines junto a nuestras quillas. Enormemente locuaz, cargado de amuletos y

conocimiento, se jactaba de conocer todos los mares sobre la tierra. Relataba historias sobre monstruos, ciudades submarinas o cómo sus propios ojos, en días de mar clara, habían distinguido el infinito puente empedrado que el gran Alejandro, el griego, construyó entre Tarif, el pueblo del viento, y Tanya la Blanca. El puente por el que los antiguos cruzaban sin problema de Hispania a Ifriqiya hasta que Dios lo engulló para recordarle al hombre su insignificancia.

Omar mejoraba rápido para nuestro asombro. Bashir, convertido en su sombra pese a sufrir a su vez graves heridas por la pérdida de su oreja, le daba infusiones de tomillo y manzanilla para prevenir las infecciones. También le aplicaba emplastos de aloe en la espalda para cicatrizar las heridas que lavaba celosamente con agua de mar en cubierta mientras el resto nos baldeábamos en busca de algo de higiene.

En la tarde del tercer día avistamos el Divino, Mers el-Kebir, la fortaleza destruida en la montaña que protegía la privilegiada bahía. Lo que en otros tiempos había sido un puerto de referencia romano ahora era poco más que un fondeadero, eso sí, atestado de comerciantes de toda lengua, raza y condición por su atmósfera limpia, clima benigno, abundancia de agua dulce y, sobre todo, escaso control de autoridad alguna. El comercio prosperaba.

Nos alojamos en la taberna de Moisés, multitud eran los hijos de David que allí habitaban. En aquel lugar, junto a una copa de vino siciliano, discutimos sobre nuestro porvenir inmediato.

—¿Cómo te encuentras, Capitán? —le pregunté.

—Ahora que piso firme mucho mejor. No soy hombre de mar, no sé cómo podéis aguantarlo. Es la primera vez que siento el estómago como propio desde que partimos. En cuanto a las heridas, noto cómo cicatrizan por el buen trabajo de Bashir. En un par de días ni me acordaré, te aseguro que me siento mejor que tras la paliza que me pegaron en Corduba.

—Capitán, vamos a darle tiempo al tiempo —le corté de raíz. Sus ojos desmentían sus palabras. No brillaban como solían y físicamente parecía haber envejecido veinte años al andar encorvado, fatigándose cada diez pasos. Ni siquiera sentado aparentaba buen estado, al no poder apoyar la espalda y revolverse de continuo buscando comodidad. Proseguí—: No nos viene mal desaparecer unos días y sin duda tu espalda lo agradecerá. Aún tengo grabado cómo te azotaba ese cabrón. ¡Por Dios Santo, no sé cómo pudiste aguantarlo en pie!

—No quería darle a ese perro del *exceptor* el placer de verme humillado. ¿De dónde salió? Pensar que hace cinco días estábamos en Suel en la

Corriente del Golfo disfrutando de unas sardinas al espeto. Parece que ha pasado una vida.

—Hay que templarse un poco, Omar —intervino Sulayman—. Si no llega a ser por la jugada de Lope, probablemente ahora estaríamos colocando flores junto a tu tumba.

—¿Cómo iba a saber yo que le escoltaba un ejército? No puedes pedirle al lobo ser oveja. —Dando un trago y tras reflexionar un instante, continuó—: Sé que tienes razón y estoy en deuda con el Seco, aunque, si os soy sincero, desde que me pedisteis que perdiera tiempo confié en que alguna estratagema me salvaría. ¿Cómo iba a morir yo por una estupidez así?

—Otros han muerto por mucho menos —le contesté yo—. Así que procuremos no tentar más a la suerte.

—¡Vamos, amigos! Parecéis viejas —dijo jovial, levantando su copa—. Acabamos de salvar el pescuezo y andáis lamentándoos como si así no fuera. Emborrachémonos y el día que Allah marque nuestra hora recibámosle de pie. —Dio un buen trago en el que apuró cuanto le quedaba—. Este parece buen lugar para pasar unos días, no creo que falten partidas, vino y putas. Juro que no volveré hasta que lo estiméis oportuno, pero no me canséis con lloros de plañideras, que si mi padre no consiguió templarme, no creo que lo hagan un par de sinvergüenzas como vosotros.

Tres días después, Sulayman, junto al resto de la tripulación, decidió sacar partido al viaje estibando un cargamento completo de trigo que había comprado por un precio irrisorio y llevarían a Pechina. En el viaje de vuelta cargarían uno de algodón de Hispalis que habíamos notado que tenía enorme demanda. Eso sería en lo que tarda la luna en cumplir un ciclo y medio. Allí nos quedamos Bashir, Omar y yo.

Pasábamos las semanas merodeando por el puerto, quemando plata de vaso en lecho hasta que un rumor, ya convertido en noticia, llegó hasta nuestros oídos. Se había avistado una pareja de leones nómadas en el camino a Tahart, a poco más de una jornada. No era habitual verlos tan al norte, lejos de su entorno habitual, con seguridad perdidos o expulsados de la manada. Hakkarinüba, el principal jefe local, montaba una gran partida de voluntarios para darles caza.

La mirada de Omar al conocer la noticia descubrió su determinación por acompañarles. Se encontraba mejor y los dos sabíamos que yo hubiera hecho lo mismo. Nos hallábamos nada menos que ante un león, el mítico rey de las

especies, el guardián sagrado de las puertas. Símbolo de coraje, fiereza y honor. Un ser mitológico se había hecho real poniéndose a tiro, como el de Nemea para el legendario Hércules.

El plan diseñado por varios esclavos negros de Hakkarinüba, que conocían bien al animal por cazarlo en su tierra, era aparentemente sencillo. Divididos en parejas y armados con lanzas cortas y jabalinas de ancha y profunda hoja, rececharíamos un terreno, su área de caza, de unas tres leguas de diámetro. Debíamos permanecer atentos a cualquier movimiento, matorral o arbusto, pues si bien eran famosos por su fiereza no andaban a la zaga en cuanto a astucia, capaces incluso de borrar su propio rastro con el rabo. Las bestias, de descomunal potencia pero escasa resistencia, con toda probabilidad ni atacarían ni se dejarían ver hasta intuir la emboscada y buscar una salida fácil, momento de hacerles la primera sangre.

Tras un par de jornadas de búsqueda llegamos hasta el bosque de Zelamta, a escasa distancia ya de Tahart, lugar donde los vieran por última vez. La partida había ido engordando hasta alcanzar el millar, pues muchos pretendíamos dar caza a las fieras.

Partimos al alba, cuando quizás la pareja de leones descansara ya que dormían la mayor parte del día. Mientras caminaba por aquel paraje semidesértico de bajo matorral teñido de los naranjas rayos del sol recién nacido, en estado de constante alerta, el corazón me latía como aquel primer día de caza en Bobastro. Reflexionaba ensimismado por los avatares de la vida que me regalaba aquel momento en aquel lugar. Con el sudor convertido en compañero habitual, pues el sol en aquellas tierras no descansa ni en invierno, y ya con el círculo de cazadores estrechándose, un gran rugido salido del averno nos alertó. Omar y yo nos miramos, y en un acto reflejo corrimos hacia él para ver como la multitud perseguía una sombra que huía despavorida en dirección contraria a la nuestra. En esto, a escasos pasos a nuestra izquierda otro rugido que dejo en ligero gemido al anterior rasgó el aire.

Allí estaba él, en plenitud, desafiante.

En el segundo que tardó en saltar sobre una de las parejas que había quedado paralizada pude admirar sus ojos achinados, afilada nariz, prieta mandíbula y, sobre todo, espléndida melena, oscura y densa. De un zarpazo descerrajó a uno de los hombres, que comenzó a chillar como cerdo en la matanza, y emprendió su fuga en una diagonal que nos dejaba a su espalda. Menos mal que no atacaban, pensé. Sin buscar enfrentamiento, decían. Instintivamente vacié mi mente de toda distracción sabiendo que no era

momento de reflexiones, pues el animal era muy rápido. Armé el brazo y lancé mi jabalina con el alma, adelantándole mucho el tiro, buscando una trayectoria lo más horizontal posible. Una voltereta de la imponente fiera y su aparatosa cojera posterior me aceleró el corazón. Le había acertado por encima de las patas delanteras.

La soberbia bestia no pensaba dejarse coger y prosiguió su carrera pese a saber seguro que no llegaría muy lejos. Dejó tras de sí varios heridos a los que se quitaba de encima como nosotros a las avispas. Las lanzadas comenzaron a hacer blanco con mayor frecuencia, Omar se acercó para asestarle una junto al cuello y así la lluvia se hizo constante hasta que finalmente varios fueron los negros que se lanzaron sobre él, arriesgando la vida por el camino, para rematarlo y cortarle la cola. Este era el trofeo reservado para quien le asestara el golpe de gracia.

Aún no me había repuesto de la carrera y la emoción del lance cuando uno de ellos, señalándome, comenzó a gritar:

—¡Orán Siyaad! ¡Orán Siyaad!

Me vi rodeado de una multitud que me alzó sobre sus hombros, manteándome entre gritos de júbilo y una algarabía que me ensordeció. Volé hasta donde yacía el león que aun muerto seguía asustando por su tamaño. Pesaría más de treinta arrobas y las mandíbulas, ahora relajadas, se abrían mostrando unos colmillos desafiantes.

Le cortaron la melena y me la colocaron sobre la mía. Su sangre corría por mi cara pintándome de triunfo. Su olor a bestia me embargaba y me confería un poder que nunca había experimentado antes. En hombros conduje una partida junto al cazador del otro león que cerraban los dos negros que habían cortado las colas. La fiesta fue completa hasta Tahart. Omar no dejaba de sonreír a mi lado.

Allí me convertí en el Orán Siyaad. El cazador de leones.

Tahart era la capital de los Banu Rustam, ibadíes que dominaban la parte central del Magreb. Socios de los omeyas al vivir enfrentados con los aglabíes de Qayrawan. Su posición era clave como destino de las caravanas del oro de Ghana, donde solo hay negros. Caminar por sus calles, caminos de tierra entre tiendas seminómadas atestadas de iglesias, mezquitas y sinagogas, era aún más divertido que hacerlo por las del Divino, pues pocos resultaban los animales, frutas, hortalizas o raza de esclavos conocidos.

Pese a mi gloriosa llegada y a la magia de la ciudad donde encontrabas pájaros que hablan, lagartos que devoran venados, serpientes bailarinas de ancho cuello o cornudos animales con loriga, otra cosa fue la que me impactó

para siempre y es que allí, por única vez, vi a un hombre capaz de leer el futuro como los animales barruntan la tormenta.

No fue difícil encontrar una colonia andalusí que, sin ser tan numerosa como la de Fez, era de las más respetadas por sus relaciones comerciales y excelente reputación como maestros, artesanos, músicos y sastres. Fue en casa de uno de estos últimos, al-Zayyani, natural de Rayya y amigo personal de Mudáhir, donde nos acogieron en los días que disfrutamos en Tahart.

Estábamos en la sastrería, donde pasábamos la tarde entretenidos, cuando un hombre entró en la tienda. Se trataba de un anciano, tan viejo como la tierra. Caminaba encorvado. Como si le pesara su copiosa barba grisácea, sucia, que barría el suelo a su paso y que de la cara tan solo mostraba los ojos, uno vacío y el otro tan claro que no distinguía colores en su interior.

Al-Zayyani, enseguida y con gran respeto, se levantó para acercarle una silla donde él se sentó.

—Gracias, amigo, te traigo una buena tela para que me hagas uno de tus trajes. Pero dime, ¿quiénes son tus jóvenes invitados? —le dijo el viejo.

—*Sahib*, honras mi casa con tu presencia y sabiduría. Son solo dos chicos, paisanos míos de la Rayya, que vienen a coser y aprender el oficio a mi casa —mintió al-Zayyani. El trato dispensado al anciano no encajaba con su aspecto. No contaba con dientes entre sus pertenencias y destilaba un olor nauseabundo por cada uno de sus poros, como si de un ser podrido y muerto desde tiempo atrás se tratara. Tranquilamente se nos volvió y clavándonos su blanco ojo sonrió mientras le preguntaba directamente a Omar:

—*¿Cuánto tiempo hace que saliste de Rayya?*

—*Hace cuarenta días, señor*.

—*¿Conoces el monte de Bobastro?*

—*Sí, precisamente a su falda vivía yo —repuso Omar*.

—*¿Hay por allí algún movimiento? —añadió el anciano*.

—*¡Oh, no! —le contestó Omar*.

—*Ya lo habrá —dijo el anciano, para añadir de inmediato—: ¿Conoces a un hombre de sus cercanías llamado Omar, el hijo de Hafsún?* —Al oír esto, la inquietud que comenzaba a invadir a Omar se convirtió en espanto. El reloj se detuvo mientras con movimientos delicados y melódicos el anciano comenzó a oler y palpar la cabeza, nariz, ojos y boca de mi amigo. Tras detenerse un buen rato en su trompa y en su diente mellado soltó una

carcajada y levantándose con la agilidad de un joven, añadió—: Vaya, así que tenemos aquí al mismo Omar.

—¿Quién eres tú, viejo? —quiso saber Omar, incrédulo, mudando del pánico a la sorpresa, levantándose inquieto sin comprender qué sucedía—. ¿Por qué sabes mi nombre y mi procedencia? ¿Eres acaso algún tipo de brujo?

—No soy más que un hombre, un hombre viejo, como bien dices. Un hombre cansado. Un hombre capaz de ver a pesar de la ceguera o quién sabe si gracias a ella. —Con un gesto suave y a la vez firme indicó a Omar que se sentara. Este obedeció como lo hace el perro ante la voz de su amo. Cogiéndole la mano y apoyando su frente en ella continuó—: Veo tus temores joven Omar, pese a tu esfuerzo por ocultarlos tras ese manto de imprudencia y osadía. Intuyes el peso del que sabe que puede cargarlo. Vislumbras tu potencial.

»Te he visto antes, llevo tiempo observándote en realidad. Eres distinto al resto. Un lobo y no una oveja. Capaz de regirte por ti mismo y de sacudir el avispero en el que vives.

»Puedo decirte que te he visto y cómo, pero solo tú con tus hechos y decisiones podrás demostrar si estoy en lo cierto. El destino en la vida es un laberinto infinito de caminos que se cruzan, multiplican y bifurcan constantemente, abriendo puertas que conducen a lugares insondables. Ver uno de ellos no significa que sea el único, pero sí que puede ser tan real como la muerte del sol a diario.

»Hay para quien la meta no es sino cuestión de azar y quien recorre vías prefijadas para llegar donde todos sabían que concluiría u otros ya habían decidido antes. Ninguno es tu caso. Tú, afortunado, puedes elegir y hacer que muchos hombres encuentren nuevas vías. No siempre me es fácil arrojar la luz sobre la tiniebla, pero la tuya es cegadora, ¿quieres escucharla?

—Sin duda —susurró Omar, absorto en el discurso del hombre.

—Puedo decirte que tu sitio no está aquí, desdichado y apartado, trabajando con la aguja. Vuélvete a tu tierra; tú serás el amo de los Banu Umayya, pues los llevarás al camino de la ruina y serás el rey de un gran reino.

Sin mediar palabra y mirando a al-Zayanni que asistía atónito a la escena, nos levantamos estremecidos por el augurio del viejo. Los ojos de Omar refulgían asimilando la predicción como profecía. Tomamos un par de panes que nos metimos en la manga y salimos raudos para el Divino. A los dos días embarcábamos hacia Malaka.

En mi larga vida a muchos más tarde he oído aventurar el futuro utilizando los métodos más inverosímiles, jugando con su conocimiento del pasado y el presente y la estupidez o el deseo de lo que quiere oír el que paga el servicio. Para lo de aquel día de frío en la sastrería de Tahart aún no encuentro explicación, salvo que realmente haya quien logre leer páginas de libros aún no escritos o posea una enorme intuición por atinar con quien pueda escribirlos, siendo capaz de convencer al intérprete de un posible epílogo por muy asombroso o colosal que resulte.

Nunca supe el nombre del viejo, aunque su recuerdo, olor a muerte y osado vaticinio jamás abandonarían mi memoria y mucho menos la de Omar, que desde aquel día tuvo claro el objetivo a perseguir con la seguridad de que estaba escrito en las estrellas.

La gran *fitna* de Omar ibn Hafsún iba a dar comienzo.

Capítulo II

875-885

«La esperanza es el único bien común a todos los hombres; los que todo lo han perdido la poseen aún».
TALES DE MILETO

I

La noticia de nuestra llegada corrió como liebre perseguida por galgo y en casa nos recibieron como si regresáramos cargados de victorias.

Mudáhir escuchó el relato de Omar sin interrumpirle una sola vez. Repasó nuestro encuentro en Suel, el *exceptor*, el castigo del *sahib* Ibn Dawalid salvajemente ejecutado aun siendo atenuado por la brillante estratagema de Lope, nuestra huida al Divino, la caza del gran león y, por supuesto, la predicción del viejo de Tahart. Al escuchar esta última parte se le iluminaron los ojos clavados en los de Omar y, asintiendo, contestó con un simple:

—Sí, es posible.

—¿Me ayudarás? —le preguntó el Capitán una vez escuchado lo que deseaba.

—Dime, Omar, ¿alguna vez no lo he hecho? Pero hemos de actuar con cabeza y asegurar cada movimiento, pues el emirato ha vuelto sus ojos sobre nosotros. El emir ha enviado a su hijo, el débil Abd Allah, a reforzar las posiciones que nos rodean, fortifican murallas y puestos de vigilancia para controlar al paisanaje que sigue encastillándose. El gobernador Hassim combate a al-Yaziri en al-Yazira y a buen seguro que no tardará en acabar con él, ya que junto a la del príncipe al-Mundir, se trata de la mejor espada del emirato. De movernos ahora le resultaría sencillo atacarnos a su vuelta a Corduba.

»Debemos tener paciencia, evitar pasos en falso y afianzar cada posición. Conociendo las montañas como lo hacemos, fácil resultará prepararnos en los próximos meses. Muchos anhelan una luz que les guíe y a ti te ha regalado Dios un faro que ese viejo de Tahart, aun siendo ciego, ha vislumbrado.

Por fin me quedé a solas con Catalina. Pese a tenerla idealizada, la encontré todavía más bella que en mi recuerdo. Irresistible, tentadora, brillando como el sol de mediodía.

—Alfonso, o casi te tengo que llamar morito con ese color de piel con el que vuelves. Al final, van a tener razón tus amigos —me dijo tras una carcajada para continuar con la broma—: Eso sí, con el pelo casi blanco. ¡Mira qué rubio estás! —Cambiando su tono irónico por uno meloso,

prosiguió—: No sabes cuánto te hemos echado de menos Peri y yo. Cada atardecer te buscábamos desde la torre del alcázar o en el mirador de la puerta del sol, mucho más tras conocer el castigo a Omar y vuestra huida.

—He matado un león —le dije tras agarrarle de la cintura, estrecharle contra mi pecho y darle un fuerte y apasionado beso.

—Pero ¿qué me dices? Tienes que contarme todo.

Así lo hice.

Pasamos la noche en vela, gran parte de ella hablando. Me hacía reír su insaciable curiosidad preguntándome hasta el más mínimo pormenor: los caminos, los animales, la comida, los olores, las lenguas, la inmensidad del mar y, por supuesto, junto por otras mujeres, la imagen del viejo adivino. La noche voló fugaz encontrándome perdido en su mirada esmeralda, sus sensuales labios, sus anchas caderas y fino talle, su cuello, sus lóbulos y el balanceo de su cabeza animado por su sonrisa encandiladora.

Unas semanas más tarde nos dirigimos a Runda donde recogimos a Lope para agradecer a Masquim ibn Muhammad, Máximo, la ayuda en el juicio de Malaka. Justo al alcanzar la puerta de su almunia y mientras descabalgábamos, varios esclavos nos rodearon nerviosos urgiéndonos a partir. Enseguida distinguimos cómo, a unos pasos, se encontraba Máximo junto a cuatro soldados y un gran señor de aspecto cordobés por su aljuba rebosante de bordados e incrustaciones.

Crucé mirada con Omar, pero era demasiado tarde para seguir las advertencias de los esclavos, e, imitando al Seco, nos acercamos a ellos y con respeto les saludamos. Lope fue quien nos presentó intuyendo que era mejor fingir que no nos conocieran.

—Noble Masquim ibn Muhammad, venía a presentaros a unos amigos que deseaban tratar un negocio, pero veo que llegamos en mal momento.

—No te preocupes, joven, yo ya partía —contestó el visitante sarraceno en tono amistoso—. Ha sido un placer, como siempre, Ibn Muhammad —dijo mientras lo hacía. Cuando ya salía se quedó mirándome. Era relativamente normal que la gente lo hiciera por mi aspecto norteño, altura y corpulencia—. ¿No te he visto antes, joven? —me preguntó.

—No lo creo, *sahib*, no suelo bajar a la ciudad, ni mi familia goza de relevancia o relaciones.

—Puede ser cierto. ¿Cómo te llamas, por si pudiera recordarlo?

—Alfonso, hijo de Gonzalo, nieto de García. Natural de Tucci.

—Razón tenías, pues no me suena de nada. ¿Y quién te acompaña que con tanta fijeza me examinara? —Omar, situado a mi derecha, no podía reprimir

cierta posición arrogante y una mirada intimidatoria pese a intentarlo. El hombre se volvió hacia él—: Dime hijo, ¿quién eres tú, capaz de aguantar mi mirada?

—Soy Omar ibn Hafsún —contestó, anteponiendo el orgullo a la prudencia, aunque sabiendo que en esta ocasión éramos ocho nosotros por cinco de los cordobeses. Al hombre de inmediato le mudó la expresión. Evidentemente sabía de quién se trataba, pero guardó silencio. Máximo, percatándose de la situación, se adelantó defendiendo su posible futuro:

—Ibn Hafsún… —dijo, simulando dudar—. No creo conocerte salvo por los rumores y las noticias que alguna vez han llegado a mis oídos, no demasiado buenos, de ser sincero. ¿Qué haces en mi casa? —Evidentemente, el cordobés no debía relacionarnos con la liberación de Omar.

Lope recogió el guante:

—*Sahib*, soy yo quien lo ha traído y lamento haber causado inconveniente. Como sabréis, Omar es un señor de la montaña pero tiene deseo de paz. Veníamos justo para conocer las posibilidades de hacerse con una tierra con la que contribuir a las arcas del emir.

—Así es, *sahib* —le interrumpió Omar de forma conciliadora, adoptando posición servil en lugar de altiva—. De esa forma, he venido a besaros el anillo. Nada más lejos de mi intención que importunaros. Pero, decidme, a quién hemos tenido el gusto de saludar y si podría ayudarnos en mi deseo.

—Mi nombre es Amir ibn Amir, siervo del emir Muhammad y amigo de Ibn Muhammad, al que visitaba al enterarme de un problema familiar que tuvo hace un par de meses. —El árabe había estudiado las posibilidades y acompañado de una guardia poco poblada no parecíamos un rival cómodo. Respondía guardando la compostura con la tranquilidad pintada de desdén que denota alta posición—. Sé quién eres y cómo te ganas el pan en la montaña, en Bobastro. Es bueno que pienses en tierras y rentas, pero antes mejor sería que abandonases esa vida de pastor zafio. Baja con tu padre, que es un fiel seguidor de las leyes. *Omar, ten temor de Allah, cuando subyugues a la gente*. El orgullo no es bueno. Hoy, solo contar con una guardia mayor te libra de acompañarme. Adiós, Masquim. Vigila tus compañías.

—Creo que ya ha quedado claro el asunto que hasta aquí les traía, así que entiendo que partirán en breve —le dijo Máximo en tono de disculpa mientras salía y se despedía solícito—. ¡No lo dudéis de todas formas, *sahib*! —Cuando ya partió el caldeo y una vez solos, se dirigió a nosotros—: ¿Cómo se os ocurre visitarme en mi casa? Nadie debe conocer nuestra relación.

—Siento de veras lo acaecido —le contestó el Capitán—. Solo quería agradeceros lo que hicisteis por mí y deciros que estoy en deuda con vos para lo que necesitéis. De hecho, que ese imbécil se haya ido, derramando soberbia siendo la mitad, más se debe al respeto que le debo a vuestra casa que al miedo a las consecuencias. Os reitero en cualquier caso mi disculpa por la situación y mi posición como deudor ante cualquier petición vuestra.

—Espero no tener que necesitarlo jamás —respondió Máximo iracundo. Parecía poseer un carácter que ante el árabe bien había escondido. Luego, suavizó el tono—: Estás jugando con fuego y no deseo que pueda relacionárseme contigo. Saldé una deuda con la familia de Lupp sin relación a que tú fueras el beneficiado a mis ojos.

»¿Piensas que puedes acabar con el primero que se te cruce? El *sahib* Amir me visitaba para, junto con preguntarme por lo sucedido con mi hijo, decirme que el emir le ha anunciado que será el próximo gobernador de la Rayya, sustituyendo a Hassim, que va a dedicarse por completo a tareas militares. Necesitará de gente con influencia como yo que le apoye con mozárabes y muladíes. Si se te hubiera ocurrido atacarle, mañana el ejército de Hassim habría acampado a las puertas de tu cueva. Abre los ojos, hijo, como bien decía Amir, escucha a tu padre. Ya tuviste un aviso muy importante en Malaka y al que de verdad le debes una es a Lupp. Reflexiona, aprende y actúa.

—Entiendo vuestra posición y la respeto, pero no comparto vuestro miedo —le respondió Omar, desdeñando el consejo—. Yo lo que veo en el gesto de ese Amir acercándosele es la preocupación por su debilidad que le obliga a buscar apoyos entre los más respetables de los nuestros. Le encantaría no tener que hacerlo, pues en realidad él a vos, como a mí y a todos los achamíes, nos desprecia como a ovejas. Ganado. —Mirándole a los ojos, marcando el tiempo, cuidando no caer en la ofensa sino en la complicidad de dos iguales que hablan, continuó—: Vos lo sabéis, percibo vuestra inteligencia y conocimiento. Sabéis que os llama amigo como yo se lo llamo a mi asno. —Se detuvo, y, ahogando una rabia contenida, prosiguió—: Yo no puedo aceptarlo ni convivir con eso. Asumir mi inferioridad. Mi padre lo sabe y siento que cada vez me entiende mejor. Si estuviéramos unidos, no tendrían ninguna posibilidad. Nos reparten las migajas de nuestra propia tierra y nosotros las recogemos confundiendo su despotismo con generosidad. Cuando llegue el momento, el ejército de Hassim no será una amenaza. —Tras hacer una reverencia y a modo de despedida finalizó—: Mi deuda no tiene fecha ni vuelta, ya lo sabéis, Máximo, cuando me necesitéis allí estaré.

Partimos al instante.

No tardaríamos demasiado en volver a cruzarnos con Amir ibn Amir, pues la revuelta ya estaba acordada y en marcha.

Dos cambios de luna más tarde, cuando esta decide descansar, acordamos un asalto coordinado a ocho *husūn* reconstruidos por el emir. Al mando se encontraban, según la zona: Omar en la Rayya, Lope en Takoronna y al-Asara, el hijo de Abí, buen amigo de Lope, en al-Yazira. En varias de las fortalezas contábamos con cómplices que nos facilitarían la entrada, pero dos de las más clave, Runda y *sajrat* Hardaris, habíamos de tomarlas al asalto.

Allí, de repente, en lo alto del risco apareció el *husūn* de Hardaris dominando la llanura y montaña que tan bien conocíamos por ser vecina. El murallón rodeado de pinos que ayudaban en su defensa, en la lobreguez de la noche, empapados por la incesante lluvia que nos acompañaba desde nuestra salida, me pareció inexpugnable.

Mientras nos acercábamos, mi padre y Silvinio llevaban la voz cantante de la conversación, tratando temas intrascendentes de los que comentas cualquier noche al fuego del hogar, riendo de anécdotas pasadas o maldiciendo olvidos triviales.

Yo les ignoraba, nervioso, preguntándome cómo serían la guerra y la muerte. Incómodo por si el miedo que me invadía se oliera o contagiara al resto de la partida. Rumiando que los hombres a quienes hasta hace poco me cruzaba en un mercado se convertían ahora en el enemigo, esa enorme mancha negra que nos esperaba. Sintiendo la insignificante distancia que nos separaba como una frontera insondable hacia lo desconocido. ¿Cómo sería el dolor? ¿Dudaría al segar la vida de otro? ¿Estaría a la altura de mi padre o mis amigos? Demasiadas preguntas muchas veces formuladas sin una respuesta que se avecinaba próxima.

Un escalofrío me atravesó provocando que me arrebujara en la capa que cubría mi loriga, aun sabiendo que no era el mal tiempo quien lo causaba. Yo, junto a mi padre, era de los pocos con cota pues muchos la despreciaban por su incomodidad en el camino. Habíamos dejado los caballos un par de leguas atrás y nos acercábamos a la fortaleza en completo silencio, uno tras otro, pisando la huella que dejaba el compañero ya que la vista no alcanzaba mucho más. Acariciaba la cruz de mi abuelo Martín, buscando una respiración cómoda y tratando de evitar oscuros pensamientos al concentrarme en cada movimiento por muy fácil que resultara.

El plan era relativamente sencillo. Tres hombres: al-Jair, por su fuerza y osadía; Abu Nasr por su destreza con el arco, y Benigno, un compañero de Bobastro al que conocíamos como el Gato, por su pericia trepando, escalarían aprovechando una de las paredes naturales que defendían el *husūn*. Nos abrirían la entrada al resto, unos treinta, que esperaríamos en una puerta lateral en teoría oculta. No nos había costado localizarla por su frecuente utilización equivocadamente confiada. La sorpresa junto con la endemoniada noche, sin luz y con agua, debían ser nuestras mejores aliadas. Así resultaron.

Nadie vigilaba las almenas, ni siquiera en la torre o el patio. Estarían probablemente dormidos o a cubierto. Asumían con desatino que nadie en su sano juicio se acercaría con una noche como aquella. Nuestros tres amigos entraron y mientras el Halcón cubría desde arriba, Benigno y al-Jair bajaron tranquilamente a abrirnos. La puerta crujió con el estruendo con el que lo hacen las hojas de otoño al ser pisadas, aunque nadie pareció reparar en ello. Mientras pasábamos, al-Jair me empujó, susurrándome divertido:

—Bienvenidos, señores. Siéntanse como en su propia casa.

Omar, con su mellada sonrisa dibujada en el rostro, tomó la delantera para ascender hasta las dependencias que debía ocupar la autoridad. Utilizamos como llave a dos de los guardas, que despertaron con un cuchillo en la garganta y los ojos llenos de espanto al verse rodeados por una cuadrilla bien pertrechada. El alcaide dormía plácidamente en la cama sin sospechar su final. Tumbado de espaldas a la puerta jamás despertaría, pues un certero tajo le separó la cabeza del tronco. Lo mismo le sucedería al resto de sus hombres. Más que una batalla fue una carnicería.

Nuestras dieciocho cabezas y ciento seis más cercenadas en el resto de los fuertes fueron enviadas junto con un mensaje en un carro que guiaban los únicos dos soldados supervivientes de los *husūn* del emir. Uno ciego y el otro sin orejas ni lengua cabalgaban sobre dos mulos hacia Medina Arxiduna, a la casa del nuevo *sahib* de la Rayya. El mensaje rezaba:

Noble Amir ibn Amir:

Recibid mi humilde presente para felicitaros por vuestro reciente y justo nombramiento. Espero poder encontrarnos pronto y retomar la conversación que apenas pudimos entablar debido a vuestra prisa.

De su amigo, el zafio pastor de Runda.

Omar ibn Hafsún

Siempre le gustó abrir fuerte la partida. Quería provocar la ira sarracena, y no fue difícil.

La mañana siguiente a nuestro envío ya detectamos movimiento en Arxiduna. Amir ansiaba atacarnos y convocó a las fuerzas disponibles planeando reclutar otras en su camino. Ni siquiera reclamó la asistencia de los sirios o el refuerzo emiral. En total partieron unos quinientos infantes y algo más de centenar y medio de jinetes.

Les estábamos esperando desde meses atrás. En realidad, llevábamos haciéndolo toda nuestra vida. Viendo su irrisorio número no les dimos oportunidad ni de llegar a Antikara.

Fijamos un campamento visible a gran distancia con un contingente algo más numeroso que el suyo, en la explanada que dibuja el río de los silenciosos, poco antes de Antikara. Simulábamos un envite torpe y suicida al no aprovechar la ventaja de una posición defensiva y condicionados incluso por una ligera pendiente en contra. Parecía un ardid demasiado evidente para no despertar recelo, pero partíamos con la ventaja de combatir con quien se asume superior. Imagino a los árabes jactándose de un movimiento tan necio, conjeturando como explicación la estupidez y el orgullo desorbitado de su oponente, ese tal Ibn Hafsún, el pastor altanero. Amir acampó frente a nuestro señuelo. Atacaría a la mañana siguiente.

No imaginaban su rival.

A escasa distancia, frente al pico solitario en el que llaman el arroyo de las angosturas, esperábamos más de un millar de almas, casi la mitad a caballo.

Aguardábamos una señal de humo desde el campamento que indicara la primera carga de los jinetes caldeos; en cuanto se produjera, nos lanzaríamos con el fin de alcanzar su retaguardia desprevenida. Los hombres de la explanada debían aguantar el envite hasta que nosotros llegáramos. Toribio les comandaba.

Mi padre tenía un aspecto imponente, era de los únicos que llevaba su casco ya que rara era la ocasión en que se le veía sin él. Su barba ya canosa dignificaba el porte más que avejentarlo, pues conservaba la gallarda pose que le daban sus más de dos varas de estatura. Armado de arriba abajo, con su gran espada al cinto, sin arco ni carcaj, llevaba protecciones de cuero donde no le alcanzaba la cota de malla o distintas placas de hierro que él mismo se había diseñado y le cubrían parte de las piernas. Omar y Silvinio no le andaban demasiado a la zaga. Supongo que yo tampoco.

El cielo se teñía de un azul cada vez más intenso desterrando los brillos rojos y anaranjados de las primeras horas del día. Algunos patos lo cruzaban dirigiéndose con su ronco cantar hacia cualquier laguna cercana, ajenos de su suerte por haber pasado esa mañana y no otra en la que habrían sido seguro

objetivo a batir. Los caballos se impacientaban al verse montados sin movimiento aparente y los sacerdotes confesaban o bendecían a los mismos hombres desde hacía un rato considerable.

Al fin oteamos la columna de humo.

Omar lanzó la orden de ataque:

—Nuestros hermanos nos esperan, señores. No hagáis prisioneros ni penséis en botines. ¡Cabalgad, matad y reunámonos con ellos!

Como luego he podido comprobar en numerosas ocasiones, alcanzar la retaguardia del enemigo es sinónimo de victoria, no solo en días de ventaja tan obvia como aquel, sino casi en cualquier circunstancia. La sed de victoria de los hombres valientes les hace lanzarse los primeros al ataque dejando rezagados a los cobardes o menos válidos, y cuando estos se ven en primera línea reaccionan como conejos asustados en busca de madriguera que les salve.

Nuestro choque fue como el de una manada de lobos ante un rebaño de corderos. Entramos como si de una cuña se tratara, del mismo modo que se hace ante un muro de escudos solo que sin encontrar resistencia alguna. Omar, al frente, abría y separaba sus líneas con una facilidad insultante. Como acero candente partiendo queso fresco. Según llegamos, derribé a dos hombres con dos jabalinas cortas e inmediatamente proseguí echando mano de la maza con la que, usando su borde plano, repartía mandobles sin la necesidad de perder la montura. La sangre, tibia y oscura, de mis enemigos me empapaba las piernas y salpicaba mi cara y pecho cegándome con el ansia de buscar nuevas víctimas. Olía el miedo de los sarracenos, lo veía en sus ojos espantados.

Cuando quienes estaban un poco más retirados advirtieron el ciclón que les llegaba por la espalda, les faltó tiempo para huir, empezando por el bueno de Amir, que olvidó incluso sus estandartes, su *qubba*, su carpa y sus pertenencias en el campamento. Huyeron como las ratas del fuego camino a Antikara mientras masacrábamos a cuantos alcanzábamos.

Escuchamos los vítores de nuestro campamento celebrando la abrumadora victoria. Acabábamos de derrotar al gobernador de Rayya sin bajas significativas entre nuestras filas.

Omar no regresó a su cueva de Bobastro, una espléndida *qubba* roja, paradójica muestra del poderío omeya, se convertiría en su nueva morada.

II

El emir destituyó a Amir tras la incontestable derrota. La noticia la trajo un mensajero en nombre del nuevo gobernador, Abd al-Aziz, que emplazaba a Omar a una entrevista en Antikara. Ni Omar ni Mudáhir acudieron, pero sí una digna representación. Mi padre, Toribio, Yahya ibn Antelo, el Gallo, Gabriel, otro de los antiguos, Yahya ibn Hafsún y yo mismo.

El gobernador nos recibió en su palacio. Desde la entrada de la bella y empinada ciudad, la guarda escoltó nuestro camino en una demostración de fuerza tan larga como innecesaria. Toribio no pudo reprimir un comentario:

—Quien tan claramente muestra jugada no confía del todo en ella.

Tras una interminable cuesta y dentro de un alcázar recio y bien defendido, llegamos hasta un gran salón de distinguido aspecto donde el gobernador nos esperaba.

—*As-salām ’alaykum*, señores. La paz siempre os encuentre en esta humilde morada. Lástima que el noble Omar no os haya acompañado, se habla mucho de él en Qurtuba y anhelaba conocerle.

Nos ofrecieron leche y dátiles con almendras. Formaba parte del protocolo para la recepción de embajadas amistosas, pues la leche simboliza la pureza de sentimientos libres de toda hostilidad y los dátiles y almendras el ofrecimiento de soporte material. Ignorantes en ese tipo de cuestiones tomamos mentalmente buena nota.

—La paz y Dios sean también contigo, *sahib* Abd al-Aziz —dijo mi padre, dando un paso al frente y después de beber un sorbo de leche—. Mi nombre es Gonzalo, hijo de García, juez de Bobastro. Omar, el hijo de Hafsún, me envía con sus disculpas por no poder hacerlo y os reitera, también en nuestro nombre, la invitación de visitarle allí. Los que aquí nos hallamos venimos para transmitiros nuestra felicitación por el nombramiento deseándoos una paz duradera.

—Ojalá pudiera visitaros. —El gobernador paseaba mientras miraba por una de las ventanas que violaba la luz inundándolo todo. Dándonos la espalda, hipnotizado por un punto en el horizonte, comenzó a balancear la cabeza sopesando la situación. Volviéndose, nos invitó a sentarnos mientras

él lo hacía y endureció el tono—: Ya me informó el mensajero de que no resultaría sencillo. Sé que sois fuertes y cuán poblada se halla la montaña como refugio. Erráis si me imagináis como a Amir. El muy imbécil marchó a vuestro encuentro sin ni siquiera reclamar el apoyo de los *yunds*. Si fuera yo quien lo hiciera, convocaría toda la fuerza y ayuda que el emirato pudiera facilitarme. No cejaría hasta convertir vuestro monte en guijarro. Los planes de nuestro noble emir, sin embargo, corren por otros derroteros, y no contempla lo que considera menudencias internas y advenedizos de ida y vuelta, sino atacar a sus verdaderos enemigos, los reinos del norte. Alfonso y los Banu Qasi, Allah los maldiga. La próxima primavera finaliza la tregua firmada tras Valdemora y llevamos demasiado tiempo sin visitar a esos infieles. Mi oferta es clara señores: una tregua. No os atacaré mientras tampoco lo hagáis a guarnición o alquería alguna bajo protección cordobesa.

Tiempo era justo lo que ansiábamos y no dudamos aceptar. Dos prioridades ocuparon las siguientes estaciones que ahora recuerdo como una extensa.

Primera: estrechar lazos con otros *sahibs* locales, sin reparar en el credo, ni en la procedencia, sino en el ansia de libertad y el deseo de esquivar la voracidad recaudadora de Muhammad, nuestra más fiel aliada. Su aceifa requería oro y cada vez eran más los que, ante su debilidad, se abstenían de sufragárselo encastillándose. Incluso sucedía así en Alhama, donde el clan árabe de los Banu Rifaa se rebeló sin poder ser sometidos. Agitábamos al-Ándalus para no aparecer como el único foco de disidencia y evitar así la futura fijación cordobesa.

Segunda: convertir nuestro fuerte en inexpugnable, aquel que tantas veces la rama del olivo bosquejara sobre la arena. Las murallas que antes imaginábamos sencillas de cerrar requerían de un esfuerzo ingente, mucho mayor del imaginado. Exigíamos a las decenas de nuevos vecinos que llegaban cada día un sillar por estación como pago por su acogida. También excavamos majestuosos aljibes, plantamos huertos y cepas, sembramos cultivos básicos y acaparamos recua en cantidad.

Hafsún, con su familia y la población de Awta, se refugió con nosotros tras la victoria sobre Amir ante el riesgo de sufrir una venganza o convertirse en valioso rehén. Tras un primer tiempo de positiva adaptación, comenzó a caminar meditabundo, algo arisco, envejecido. Creíamos que se debía a su pérdida de poder, pese al enorme respeto que inspiraba, pero nos equivocábamos, pues el culpable era un intenso dolor en el bajo vientre. Se le

purgaba recurrentemente, alimentándole a base de hierbas, entre cataplasmas y vendajes.

Uno de los días en el que acudí a visitarle lucía especialmente melancólico. Me recibió sentado en una baja butaca de cuero verde, abrigado por una manta parda pese a no hacer ningún frío en aquella primavera tardía. Se levantó al verme, saludándome con un abrazo de cristal. Estaba cadavérico, el pelo le había abandonado, salvo en los lugares más insospechados donde aparecía ralo y blanco como la nieve. Sonriéndome de forma sincera, se apartó mientras me acariciaba la cara.

—Querido Alfonso, sabes qué feliz me hace siempre verte, ¿cómo están la bella Catalina y tu padre?

—También lo es para mí, noble Hafsún, os veo mejor —mentí, no en lo primero, pues sincera era mi alegría al encontrarle. Con la edad, cada vez valoraba más cómo me había acogido altruistamente en su casa—. Tampoco los míos están mal y como siempre os envían recuerdos.

—No mientas, hijo, no sabes hacerlo. Tus azules ojos no te lo permiten y es por eso que me gustan tanto. Sé que Catalina ha tenido un nuevo aborto y además que tu tío Silvinio está pasándolo mal, ojalá se recupere. Yo estoy igual, no valgo ya ni para alimentar a los pavos, pero no nos lamentemos y siéntate, beberemos un vino. —Calixto, que le atendía de forma constante y particular, nos sirvió un vino de Malaka bien fresco como siempre él disfrutaba. Servido y degustado, prosiguió—: Estoy débil, Alfonso, intuyo que a no mucho tengo una cita ahí arriba y no sé cómo llegaré o ni siquiera si merezco hacerlo. Mi fe es débil y ahora la extraño. Miro a mi alrededor y ando perdido, viviendo un presente que jamás intuí.

—No debe resultar sencillo que la situación se adueñe de tu destino y no al contrario. Puede que vuestra mala racha con la salud se deba a ello, no debéis pensar de esa forma. Hay que adaptarse. En el fondo, no estamos tan mal. En cuanto os recuperéis, podréis volver a montar e iremos a por un gran oso.

—A fe mía que lo haré a tu diestra —dijo, tras una sincera carcajada que casi lo desmonta—. A la del gran Orán Siyaad. Relátame esa historia de nuevo hijo. —Lo hice, extendiéndome en las partes que a él le gustaban, deteniéndome en los pormenores de la jornada de caza y sus protagonistas. La melena del león chorreando sangre sobre mi cabeza y la llegada a Tahart. Me escuchaba ensimismado, paladeando el relato, terminando los cuadros trazados por mis palabras, bromeando y riendo. Al finalizar suspiró y me dijo —: Eres un gran narrador, tienes un don y debería ser tu misión aprovecharlo.

Disfruto aún más al recordar que eras mudo cuando te conocí. Menuda paradoja. Si tienes a bien, quiero que te quedes a una charla con Omar, le llamé cuando llegaste, pues tengo deseo en hablaros desde hace tiempo.

Tardó lo que nosotros en vaciar un par de vasos recordando historias pasadas. Se sentó a nuestra mesa, sonriendo y bromeando.

—Buena debe ser la que me espera con tan peligrosa compañía.

—No temas, no es más que una cosa de viejo, pero quiero que la escuches, hijo. Mucho tiempo tengo ahora para meditar y a alguien tengo que contárselo. —Haciendo una pausa introductoria en la que se reclinó para entrar en materia, continuó—: Sé que ahora mismo estás henchido en tu orgullo, y con razón. Pese a que creas que para mí es una sorpresa tu éxito, siempre vislumbré tu potencial, aunque cierto sea que jamás te imaginara liderando una revuelta. Todo te ha salido hasta ahora bien, pero el emir es mucho más peligroso de lo que intuyes. Has de ser inteligente. Si actúas con cabeza solo hay dos cosas que realmente pueden herirte. No me refiero a una flecha o a una estocada en una batalla, sino a los enemigos con que cada hombre combate hasta que muere: el remordimiento y la enfermedad. —Haciéndome partícipe con la mirada, siguió—: Tratad de evitar que os alcancen como ambas han hecho conmigo. Lograr evitarlas es el mismo sentido de la vida.

—Padre, no tiene por qué ser siempre así —le contestó Omar—. Yo no quiero vivir huyendo de problemas sino persiguiendo sueños. ¿Qué hay de la libertad o del honor? ¿Qué hay de las mujeres? No elijo vivir arrepintiéndome o con el temor de hacerlo en el futuro, observando siempre de dónde vengo en lugar de hacia dónde voy. Me disgusta oíros así hablar, aún os queda mucho por vivir pero tiene que desear hacerlo.

—Muy fácil lo ves, Omar. También te parece sencillo alcanzar la dicha buscando gloria, despertándote junto a bellas mujeres o hablando de honor y apostando la vida por él. Ahora tienes hijos, hombres y deberes. Toca madurar y asumir tu papel de *sahib*. Buscar sueños es para la doncella del balcón. Tú te debes a tus hombres. —Tras un ataque de tos, añadió—: Aún maldigo que asesinaras a aquel primer árabe.

—Bereber —le corrigió con una sonrisa—. Además, acabar con la rabia jamás fue una mala acción.

—Matar a un hombre nunca está bien, sobre todo cuando podías haber sido tú. Matar así es injusto, aleatorio, estúpido.

—¿Por qué injusto? Asumo el riesgo que corrí y es algo que no repetiría, pues ya no soy el mismo de aquel día, pero no sé a qué se debe la injusticia.

—Es injusto, mentecato, y arriesgado causar mal por orgullo. —Estrechándole la mano cambió a un tono suave y entrañable—: Pero, hijo, no discutamos. No era esa mi intención al llamarte. Solo quiero que escuches el consejo del viejo de tu padre. Ten paciencia, pues bien pocos me quedan por dar y libre eres de seguirlo u olvidarlo. —Omar se acercó y le dio un abrazo fuerte y sentido que su padre le devolvió. Ambos se imploraban perdón en silencio. Reprimí una lágrima mientras fingía un picor de ojos. Hafsún continuó con la huella de alguna marcada en la cara—: Se te ha acabado el momento de arriesgar. Es bonito y loable perseguir la libertad, soñar con provocar un cambio, actuar por instinto. En cierto modo te envidio, ¿pero de verdad prefieres vivir construyendo murallas sin saber si mañana seguirá tu cabeza sobre los hombros?

»Lucha, sé enérgico y valiente, pero no confundas tu destino como fin común, sino propio. Debes siempre pensar en ti. Cuando digo en ti, me refiero a los tuyos, a tu grupo, a tu familia, a tus hombres más fieles. No persigas ideas ciegas o pienses que debes algo a esos que ahora te siguen, pues mañana se irían si hasta aquí llegaran las tropas de al-Mundir o Hassim.

»Sabes que no estáis preparados, esos hombres no son más que ganado. Un número con el que negociar. No te oigas demasiado a ti mismo ni confíes en los que dicen leer las estrellas, ni sueñes con tus gestas relatadas a la lumbre en siglos venideros. Piensa siempre con la cabeza, hijo mío. La vida da muchas vueltas y hay que distinguir a cuál es a la que hay que subirse.

—Estamos en paz ahora mismo con el emir, padre, y no tengo intención de romperla. Sé muy bien a qué nos exponemos y con quién nos medimos, pero tampoco debéis subestimar nuestra fuerza, número, valor y sobre todo moral. Estos que te rodean, este ganado, derrotaron sin bajas a la tropa del emir. Obviamente, no se trataba del ejército, pero tampoco estábamos en nuestro terreno ni contábamos con nuestra fuerza actual.

»Es un pueblo orgulloso y pendenciero. Con algo en lo que creer lucharán por su libertad, su religión o su líder. Muchos son los años de sufrimiento. Están recobrando su alma sin rendir cuenta ni agachar la cabeza. Creo haber demostrado que la mansedumbre no era el único camino y que hay distintas formas de hacer las cosas. Con el debido respeto, padre, no necesito escuchar lo que he de hacer, ya he decidido mi destino.

—Equivocas mi mensaje, supongo que no encuentro las palabras adecuadas. No quiero que pienses que te hablo desde la cobardía, Omar. Admiro tu obra e incluso entiendo que valores mi existencia como inútil, pero

piensa que mi único fin fue siempre el dejaros lo máximo posible y eso es lo que debería regirte a ti de la misma forma.

»Yo también he observado hondamente estos riscos a lo largo de años y monterías, soñando ciudadelas y murallas inabordables, pero para defenderse de un ejército emiral nos falta mucho y la producción de sillares cada vez es más compleja pues las canteras se agotan.

»Sé que estás convencido de tus posibilidades y de tu destino y cada vez me cuesta menos comulgar con ello, pero si Muhammad en algún momento se olvida de los fantasmas del norte y vuelve sus ojos hasta aquí, encarecidamente te pido que recuerdes las palabras que ahora te está diciendo tu padre y reflexiones y evalúes la situación. Piensa como un general, no como la semilla de una profecía para viejas y borrachos. No abraces una guerra absurda por orgullo, pues tiempo de sobra tienes para labrar tu futuro. Vales mucho más que eso. Utiliza el poder actual y el que crean que puedes llegar a tener para negociar. Las partidas no siempre se ganan al abrirse y la inteligencia es adaptarse a la situación. Casi nunca el camino más rápido asegura alcanzar el destino.

No tardó mucho en morir tras sus palabras.

Fatalmente poco después le siguió mi tío Silvinio, tras mucho soportar una herida de la batalla de Antikara que comenzó sin importancia y acabó cercenándole la pierna derecha en dos ocasiones y alturas. Acogió su hora de buen grado, entregándome como herencia su joya y bien más preciado, ULFBERHT. Bromeando con que ya debía llegar su muerte completa, pues estaba cansado de perder partes, alegre por encontrarla con la satisfacción de la promesa cumplida el día que mataron a su familia.

Tras un estrepitoso fracaso en la aceifa dirigida contra los asturianos, el general Hassim fue nombrado gobernador de Ilbira y, como predijo Hafsún en su lecho de muerte, inició su mandato limpiando la costa y sierra de al-Ándalus de occidente a oriente.

Combatió y redujo sin gran trabajo a Lope e Ibn Abí, dispersados como los cuervos a la llegada del buitre. En una mañana de calor, como las hormigas que caminan en fila de uno hacia el hormiguero, comenzaron a llegar las avanzadillas de exploradores sirios seguidos por más de diez mil infantes y la caballería sarracena.

Desde nuestro privilegiado puesto observábamos como melodía acompasada la llegada de las tropas. Bajo lo que parecía un profundo caos

existía un orden y compás apreciables. Los oficiales a caballo iban y venían entre los hombres designando con pañuelos y tiza el lugar de cada regimiento, diferenciado del resto por banderas, colores, vestimenta, raza, religión o incluso forma de montar. La parte central se reservaba para las grandes tiendas de los altos mandos. Para el atardecer, mientras nacían las primeras hogueras salpicando el campamento como espejo de las estrellas del cielo, el ejército emiral ocupaba la inmensa llanura del otro lado del silencioso.

La guerra llamaba a las puertas de Bobastro.

III

Hassim ibn al-Aziz nos recibió en la entrada de su gran *qubba* de campaña.

Permíteme, amigo lector, que me demore describiendo al personaje, pienso que valdrá la pena pues ciertos nombres que damos por conocidos por su influencia en nuestro entorno son a veces anónimos al extraño que no lo comparte. A fe que hoy, aquí, en mi casa de Tucci, me pasa tal cosa con muchos de los que oigo nombrar.

Hassim ibn al-Aziz es uno de los hombres más extraordinarios que en mi vida he tenido por fortuna conocer. Gobernador de Ilbira aquellos días, visir durante años, general favorito de Muhammad, ariete del ejército emiral y, sin ambages, la persona que más poder e influencia tenía en aquella Corduba sin ser del linaje Ben Umayya. Famoso por su generosidad con sus aliados y su implacabilidad con los enemigos. Los pueblos que se le rendían se sumaban a su tropa mientras que quienes se resistían acababan arrasados, con sus hombres sodomizados, empalados o crucificados y las mujeres de la misma forma o como esclavas, según su edad o condición. Su extrema crueldad no empañaba su empaque y determinación para actuar con extrema agilidad exigiendo a sus hombres titánicos esfuerzos que recompensaba de igual forma. Pocos generales se aseguraban mayor lealtad de sus soldados, incluso idolatría, repartiendo la victoria y evitando el castigo en los desmanes.

En todo su camino desde la costa tuvo el buen tino de visitar a cada gobernador del territorio por el que pasaba, exhibiendo sus riquezas y fuerzas mientras prodigaba simpatía y buenas palabras de forma que los tibios se le unían con presteza y los señalados huían despavoridos.

Nada más llegar a nuestra casa, quemó el monte que nos rodeaba, comenzó a construir torres y armas de asedio, envenenó el río silencioso con cadáveres de animales y apostó arqueros en cada paso accesible de la montaña.

Tras intensas discusiones acordamos la única decisión posible y, con la idea de rendir la plaza, bajamos en hilera más de trescientos jinetes enjaezados y vestidos para la guerra, pero con muestras y ánimo de paz.

Omar, Ibn Antelo, Lope, mi padre y yo pasamos para sentarnos en la estancia principal de la *qubba*, dispuesta al modo árabe con divanes sobre ricas alfombras. Resultaba curiosamente fresca y amplia en su interior aunque, en su sencillez, no alcanzaba el esplendor de la roja que consiguiéramos en Antikara.

Hassim vestía blanca túnica de fino algodón que, salvo por el desahogado cordón áureo con incrustaciones de verde esmeralda que abrochaba su cintura, flotaba sobre su camisa y calzas del mismo viso. Como hijo del desierto que era, la intensa canícula no le afectaba, mostrándose cómplice de aquel sol abrasador que ni tapaba ni evitaba, derrochando elegancia y soltura en cada ademán. De altura significativa, mostraba una rasurada cara afilada, firme, de mandíbula cuadrada y nariz y boca proporcionadas. Su frente era amplia como un horizonte donde casi todo es cielo, sin cejas que defendieran su frontera inferior, donde los ojos, considerablemente grandes, refulgían de intenso color oscuro. Su pelo, corto y moreno, aparecía salpicado por el blanco que la edad otorga.

Nos ofrecieron los conocidos leche y dátiles, seguidos por té, frutas variadas y dulces. Tras un primer sorbo abrasador, Hassim comenzó a hablarnos en amistoso tono:

—*As-salām ’alaykum*. Disculpad la pobre bienvenida dispensada, pero bien sabéis lo difícil que es la intendencia durante la campaña, y llevo ya casi el camino de una luna. —Afable, sonreía. Moviéndose con la naturalidad del que se sabe poseedor del carisma que encandila a su audiencia. Tuteándonos, alejado del rígido protocolo de la corte cordobesa—. Por fin tengo el honor de encontrar al gran Omar ibn Hafsún, el *sahib* de Bobastro, el Capitán de la Gran Nariz. Allah te guarde y sea generoso contigo y los que te acompañan.

»Tu nombre está en boca de medio al-Ándalus y bien caro has puesto encontrarte al escoger este excelente refugio. Solo las águilas pueden entrar en tu ciudad sin trabajo. Pero no quiero aburrirte ni adularte antes de saber qué es lo que vienes a pedirme bajo bandera amiga.

—*As-salām ’alaykum*, noble *sahib* Hassim ibn al-Aziz. Allah sea magnánimo también contigo —le contestó Omar, devolviéndole la sonrisa, imitando su tuteo y bajando la cabeza en señal de respeto—. Tu nombre y fama te preceden como gobernador de Ilbira, primer general y visir del emirato. Yo soy quien se encuentra atribulado ante tan insigne presencia. Desde hace años sigo con devoción tus avatares y te admiro profundamente por tu resolución y el cariño que despiertas entre quienes te siguen.

»Acudo a tu encuentro desde el respeto y con profundo deseo de amistad sincera, si bien algo extrañado por los quehaceres que vengo observando en tus hombres. Parecen prepararse para una batalla sin ni siquiera antes parlamentar.

—Lamento si han podido resultar hostiles nuestros preparativos, pero quedé hondamente impresionado al recorrer la zona y no quería perder el tiempo antes de conocer tus intenciones. —Hassim le respondía mientras pedía un segundo vuelco del brebaje bereber en su taza de fina porcelana e incrustaciones de oro—. De la misma forma que han estado activos los míos en este par de días, he podido observar vuestro grandioso y reciente trabajo cerrando con muros de firmes sillares los pocos accesos que dejan los picos a la gran mesa. —Recogió la taza que le ofrecía un eunuco, y dirigió a Omar una irónica sonrisa—. Felicidades, pues en poco tiempo esta plaza será inexpugnable.

—Llevo años en la más completa obediencia al emir y jamás osaría romperla de forma deliberada. —Omar había captado a la perfección la carga de las palabras de Hassim y el intencionado futuro verbal de su última frase —. Es cierto que he pasado junto a mis hombres largas jornadas trabajando en la montaña, pues difíciles son los tiempos que vivimos, pero jamás con la intención de resultar una amenaza al emir, sino, bien al contrario, como el refuerzo de un aliado. Si hubiera podido surgir cualquier malentendido, gustaría de solicitar su amán, pues a él debo sumisión y suya es mi casa y cuanto poseo.

—Me gustas, Omar. —Con una sonrisa, Hassim seguía bebiendo, complacido con lo que escuchaba pero con mirada de zorro que, capaz de leer el interior de las personas, a buen seguro disfrutaba con la fingida sumisión del Capitán—. Dudaba si realmente serías tan inteligente y astuto como cuentan, y no me has defraudado. Esa mellada y pícara sonrisa que escondes delata tu astucia. Sabes tan bien como yo que tus esperanzas de enfrentarte a mí son nulas.

»Si decidiera no acabar contigo a base de matarte de hambre y sed, pues supongo que escondes amplia despensa y no es tiempo lo que me sobra, tan solo habría de hacerme con ese camino de cabras por el que bajabas y martillear tus defensas. Adoleces de un buen alcázar al sur, defender las altiplanicies intermedias y al menos dos torres intermedias más.

»Tu trabajo es excelente pero incompleto y mucho me alegra haberte visitado ahora, pues quién sabe qué hubiera pasado de fortificarte algunas estaciones más. Muchas son las tierras que he hollado y jamás había visto

lugar parejo a este, ni siquiera las murallas de la Mérida del Gallego Ibn Marwan, que tanto me costaron conquistar y destruir para siempre, son comparables.

Hassim se acercó a Omar y lo que hasta entonces había sido un tono amable pero lejano se suavizó considerablemente:

—No quiero, hijo, que solo el miedo a mi segura victoria sea el que te haya empujado a bajar al llano, pues mucho es lo que ser amigo del emir te ofrece. De permanecer aquí podrías ser señor de un monte, quizás de varios, si la fortuna te sonríe y el tiempo te respeta, pero no dejarías de ser poco más que un labriego. Cabeza de ratón.

»Lo que Qurtuba te ofrece es la gloria. Vivir en la mayor capital conocida, con un lujo que los reyes del norte no alcanzan siquiera a soñar, bien lo sé, pues dos años preso viví con ellos en sus aldeas. Catar las mujeres más bellas cambiando de raza, olor y sabor, según apetencia, saborear manjares cuya existencia desconoces, cazar animales de todo tipo y, por supuesto, combatir en el primer ejército del mundo, saqueando ciudades de oro y volviendo con botines que disfrutarán los hijos de los hijos de tus hijos. Te ofrezco el infinito. Hasta donde tú quieras llegar. Abandonar la vida de un pastor para poder escribir el de una leyenda.

»Tú y tus hombres me seguiréis a Qurtuba y serás el primero en cruzar la puerta del Puente como mi aliado y amigo. Mañana serás la cola del león, pero quién sabe si no ocuparás la cabeza en unos años. Conozco tu valía, vislumbro la fuerza y determinación en tu mirada y quiero que cabalgues a mi derecha en la próxima aceifa, como uno de mis *qaids*. No quiero que sientas que estás esquivando una muerte segura, sino que el lienzo de tu vida comienza hoy a tomar color.

IV

Dos meses más tarde cuatrocientos hombres de Bobastro marchábamos hacia Saraqusta y Alaba como parte del ejército emiral. La mayor parte había permanecido en la montaña. Entendían la rendición como mal menor, pero se negaban a combatir hombro a hombro con las tropas cordobesas, enemigos infieles para la mayoría mozárabe. El honor es más apreciado cuando poco más se tiene en la alacena.

Mi padre era quien los regía y daba voz. Recuerdo nuestra despedida con cierto amargor pues le dolía mi marcha. Comprendía mi fidelidad con Omar pero me juzgaba en el bando equivocado.

—Hijo, jamás te diré dónde ni cómo combatir, pero sí que no se te ocurra hacerlo contra ti mismo. Obedece a tu conciencia e instinto. Honra merece quien es fiel a lo que le dicta el corazón. Recuerda siempre quién eres y que solo Dios y tú mismo habéis de juzgarte.

Hassim no les dejó solos. Curiosamente, y no sé si al tanto de los vericuetos del pasado, defendería y fortalecería Bobastro al frente de una guarnición el comandante al-Tayubi. De aquello nos enteramos ya en Corduba, y no pude reprimir bromear con Omar diciéndole que por fin su idolatrada al-Tayubiya conocería su lecho. Mujeriego empedernido a punto estuvo de coger un caballo e irse a comprobarlo.

El trato a nuestra llegada fue excepcional, hospedados en el recinto del palacio emiral junto a lo más granado de la corte mientras se preparaba la aceifa.

El alba del día de San Gregorio partíamos hacia el norte un ejército de cuarenta mil almas, sin contar familias, herreros, taberneros, mercaderes, tahúres, buscavidas y por supuesto meretrices que, como modo de vida, andaban a nuestro rebufo. Esta escolta, que cada noche acampaba a tiro nuestro, fue una de las cosas que más llamó mi atención durante la aceifa, tanto por su número como por su organización. Fácilmente eran nuestra cuarta parte y solo rameras se decía que tocaban una cada diez soldados. La autoridad permitía su presencia, pues mejor era que los soldados encontraran alivio cercano a que lo persiguieran en pueblo amigo o enemigo.

La apoteósica despedida duró toda la mañana, bendiciendo cada bandera de los regimientos, en su mayoría teñidas del blanco omeya. Tambores y chirimías precedían el interminable desfile de tropas variopintas en razas y procedencia ya fueran regulares, mercenarios o esclavos. Abandonada la ciudad y el gentío congregado, cubríamos el horizonte con la polvareda propia de la estación como una tormenta del desierto.

Doce batallones de mil jinetes con su *qaid* al frente constituíamos la caballería. Cada uno lo formaban cinco grupos de doscientos hombres comandados por un *naquib*, responsabilidad que en teoría yo ostentaba a las órdenes de Omar, estos a su vez se dividían en otras cinco secciones de cuarenta mandados por un *'arif*, y por último y como escuadras más pequeñas los soldados se agrupaban a ocho encabezados por *nazires*.

La caballería era ligera, sin apenas defensas salvo la adarga de cada cual, nutrida por bereberes montando a la jineta armados de alfanjes y picas y como élite acompañados por los árabes con sus arcos, jabalinas y espadas. Más del doble sumaban los veinticuatro batallones largos de infantes, en su mayoría muladíes bien pertrechados de broqueles y gumías, complementados por nubios negros como la noche sin luna y altos bárbaros rosados y rubios. Otros cuatro batallones más formaban el cuerpo de arqueros donde destacaban magrebíes y yemeníes por su destreza. Estos dos últimos bloques se desplazaban en carros para asegurar el ritmo del mastodonte y guardar cierta capacidad de sorpresa al enemigo. Todos compartíamos similares sueños teñidos de botín, gloria, dolor o muerte según la noche.

Al-Mundir ansiaba devastar las tierras infieles y vengar la afrenta de Alfonso, el tercero de Asturias, en la campaña anterior. Inmersos en frenético ritmo, no descansamos para dejar atrás Toletum en menos de una semana y Complutum con su nueva fortaleza al-Qal'at abd al-Salam, en diez días. Poco después apreciamos cómo nuestro paso comenzaba a ralentizarse al ir uniéndose las levas de las diferentes *koras* para sumar otros veinte batallones aproximadamente.

Cruzamos las tierras amigas de los tachubíes, un área semidesértica de yerma tierra, para alcanzar la de los rebeldes Banu Qasi, donde nuestros regimientos de caballería se adelantaban a la marcha general en búsqueda de víveres.

Por fin, tras una entrevista de Omar con Hassim, nos tocó el turno a nosotros. Para aprender los movimientos y prácticas habituales del ejército en campaña, veinte hombres de Bobastro acompañaríamos a dos secciones de caballería y diez carros con doscientos infantes más. El primer objetivo era

requisar ganado y grano, el segundo que no olvidaran nuestra visita. No siempre era fácil pues los Banu Qasi, en su repliegue, habían abandonado y calcinado las villas más importantes.

Un conjunto de casas se nos cruzó en el horizonte. No era más que un villorrio venido arriba, sin defensas serias que pudieran plantearnos resistencia. Lo habitaban unas doscientas familias, jornaleros abandonados a su suerte por los señores que se refugiaban en la ciudad. Junto a los dos *'arif* que comandaban la expedición nos adelantamos un pequeño grupo buscando las casas principales, interrogando a los suficientemente estúpidos para encontrarse aún allí. Hombres sencillos ajenos a nuestros trajines.

Cuando salimos de la casa, el resto del batallón también había llegado a la villa descubriéndome la miseria de la guerra. La tropa, como turba endemoniada, había dejado de ser ejército para convertirse en depredador, respondiendo solo al ciego instinto de la destrucción. Como bandidos irrumpían en cualquier morada en busca de pillaje, valorando en la misma medida oro y carne.

Oí el llanto de Eugenia y la mañana de la alquería de mis abuelos regresó para golpearme devastadoramente. Ignoro cuándo me había quedado solo. Vagaba por aquella funesta población, observando la muerte como liberación ante la pesadilla de la vida, sin parecerme posible poder intervenir, ajeno a la realidad que me rodeaba. Muchas casas ardían y yo estaba tiznado de humo y cenizas, mareado, ebrio sin haber bebido.

La pequeña protestaba cada vez con más fuerza y en posición más cercana. Corrí.

Alcancé la casa a no demasiados pasos a mi izquierda. La puerta descansaba abierta y por ella entré presto, recibido en bienvenida por los cadáveres de un hombre y un joven que obstaculizaban el paso. Padre e hijo. Los imaginé valientes defendiendo la entrada y su tesoro. Acaricié mi cruz y desenvainé a ULFBERHT.

La niña, mi hermanita, Eugenia, de no más de seis o siete de años, lloraba desconsoladamente en la habitación contigua mientras veía cómo tres de nuestros valientes hombres sodomizaban a su madre. Perros. Yacía tumbada sobre su propia sangre y excrementos. Un nauseabundo olor, el que debe tener el infierno, lo inundaba todo. Su aterrada y angustiosa mirada me atravesó. Percatándose del movimiento de la niña, los hombres se giraron. No pareció importarles mi presencia e incluso disfrutaron con ella. Me sonrieron.

—Toma lo tuyo, hermano. Hay para todos. Es una joya prieta de carnes —me dijeron.

Observé que no era a su madre a la que violaban. Esta se hallaba a su espalda, sin vida en los ojos, aún sangrando por la entrepierna. Su pelo rizado y rubio caía sobre sus hombros como lo hacía el de Catalina dormida a mi derecha. La violada en aquel momento debía ser su hermana, poco mayor que Eugenia por su cuerpo aún de niña.

La ira se apoderó de mí sin cegarme. Sin dilación y con la tranquilidad del que realiza un ejercicio mil veces repetido, tras dos pasos rápidos a mi derecha, le corté el cuello al más cercano, el único que llevaba las calzas puestas. Casi en el mismo movimiento sajé el brazo izquierdo del que estaba sobre la niña provocándole un fuerte corte que lo tumbó de espaldas. Soltando la espada, que había demostrado bailar por instinto más que por práctica y para acercarme más y asegurar el blanco, me hice con el Espíritu Santo insertándoselo con un movimiento ascendente en el cuello al tercero en ristre. Ni siquiera pudo alcanzar la daga que dormía sobre la cama. Sus ojos gritando sorpresa se apagaron mientras me miraban atónitos.

Volví mi atención al del suelo, al ahora manco, chillaba como un cerdo y también me miraba aterrado. Le sonreí. No recuerdo qué gritaba. La ira me ensordecía. Le arranqué la daga del cuello a su amigo y agachándome y mirando a los desorbitados ojos marrones de aquel bastardo le reventé la sien. Sentí cómo la hoja penetraba haciendo añicos sus huesos y cómo su sangre caliente me empapaba.

Otra de sus hermanas, a la que aún no había visto, tirada junto a su madre, se levantó y corrió a abrazarme. Sus gemidos mudaron a hondos sollozos mientras se giraba sobre sí misma. La solté para buscar al pequeño ángel que hasta allí me llamara. Intenté cogerla pero con solo rozarla aulló de dolor. Con el máximo cuidado la abracé empapándome de sangre y vísceras. La pobre criatura estaba abierta en canal. No eran excrementos sino sus intestinos sobre lo que yacía. Rompí a llorar amargamente, no podía soltar a aquella niña. La tristeza me invadía sintiéndola como a la hermana que perdí o la hija que no lograba concebir. Desafortunadamente, seguía sin tener hijos, no había otra cosa que deseara más ni entendía por qué ninguno de los múltiples embarazos llegaba a término. Catalina lo llevaba aún peor, hundida tras cada nueva esperanza y temiendo que la repudiara o buscara otra como cualquiera hubiera hecho. Como si no me conociera como debiera.

Me hice con una pequeña carreta que guardaban en el establo donde cargué a la niña inconsciente mientras sus hermanas me acompañaban caminando. El caos seguía reinando en el exterior aunque los gritos se espaciaban.

Mientras salía del pueblo los hombres me miraban extrañados, pues no era normal cobrar un botín de esclavos solo y menos portar uno herido o muerto. No me paraban ni preguntaban ya que me reconocían como uno de los *naquibs* de Omar.

Toribio y Jair, al verme, corrieron a socorrerme en la zona donde los carros almacenaban el exiguo botín. Les relaté lo acaecido y mi idea de coger uno de ellos para llevar a esa familia a lugar seguro. Me acompañaron sin dudarlo. La guardia opuso cierta resistencia a nuestra partida hasta que comprendieron que no estaba discutiendo ni negociando.

Fue la mediana de las hijas, que se mantenía consciente y cuerda, la que nos dirigió hasta una alquería cercana donde vivían unos familiares. En el trayecto la pequeña Eugenia murió y la mayor, con la parte inferior de la blusa ensangrentada y un ojo amoratado parecía ausente, sumergida en un mundo paralelo. La mediana sollozaba tendida a mi derecha en la parte trasera, Jair llevaba recostada a la mayor y Toribio guiaba el pescante. Nunca supe sus nombres. Con las caras es distinto, no puedo borrar la de Eugenia al verme entrar en la casa ni la de la mediana a nuestra partida, con los ojos brillantes cargados de incertidumbre, dolor, miedo y, sobre todo, gratitud.

Con perspectiva reflexiono que las experiencias trágicas, por la profundidad con la que te marcan, son las más edificantes a la larga. Cuatro cosas aprendí aquel día. Comprendí las palabras de despedida de mi padre en toda su hondura, descubrí cómo la guerra transforma al débil, averigüé que era tan buen cazador de hombres como de fieras y, por último, me enamoré de ULFBERHT.

Llegamos ya entrada la noche al punto de encuentro. La expedición se nos había adelantado varias horas alertando a su llegada de que podría aparecer un último carro extraviado.

Omar, inquieto por nuestra desaparición, se había enterado de nuestro tardío regreso y aguardaba a la entrada de nuestra sección, junto a la puerta de su tienda donde nos recibió tan frío como la corriente de un arroyo serrano en marzo.

—Buenas noches. Me alegro de que estéis bien —dijo con timbre suave, controlado, impropio, alejado del enérgico y contagioso tono que solía utilizar mientras nos daba un abrazo—. Conocía vuestro buen estado por los guardas donde robasteis el carro, pero estaba en vilo sin conocer vuestro paradero ni entender vuestro comportamiento.

—Omar, estamos bien, no te preocupes —le dije. Me había chocado la palabra *robasteis*. No me esperaba ese recibimiento ni me apetecía recordar los sucesos acaecidos. Hedía y deseaba cambiarme—. Es todo bastante más complejo de lo que ahora tengo fuerzas para explicar. Hablaremos mañana.

—No, Moro —me dijo, cortándome el paso hacia mi jergón—. Lo siento, pero necesito una explicación. No estamos solos en la montaña, aquí hay deberes que cumplir y yo primero soy tu *qaid* y luego tu amigo. Solo quiero hablar contigo. Creo que puedes darme cinco de tus minutos. Jair, Toribio, con vosotros hablaré mañana. —Lo dijo mientras me palmeaba la espalda, mostrándose ahora más cercano y cómplice. Decidí seguirle hacia su tienda.

Se tiró en uno de los divanes que ocupaban la parte derecha. No contaba con el lujo de la *qubba* roja de Bobastro pero no estaba mal, tal y como le correspondía a un oficial de alto rango. Yo permanecí en pie. Me miró, cargado de tensión.

—Alfonso, ¿qué hiciste al salir de la casa? —quiso saber—. Todos nos dirigimos hacia los caballos y te perdimos. —Volvió a levantarse, nervioso. Dándome la espalda y mientras se servía un vino del ánfora que guardaba junto a la puerta, continuó—: Han caído cinco hombres. Uno se desnucó estúpidamente al caer del caballo, otro se separó y fue acuchillado por los lugareños y los otros tres, extrañamente, yacían en la misma habitación, semidesnudos, muertos de certero tajo. Aseguran que los que lo hicieron debían dominar espada y daga con habilidad y alguno debía ser fuerte como un toro, pues un tal Sayib apareció reventado como si una coz le hubiera alcanzado en la sien. Junto a ellos había sangre por todas partes y los cadáveres de dos adultos y un chico. Buscan posibles culpables sin descartar un ajuste de cuentas interno. En paralelo me informan de que has sido visto vagando con tres niñas para las que te llevaste un carro. Sé que se equivocan buscando enemigos fuera del campamento y no entiendo por qué pluralizan. —Se volvió para, mirándome directamente, preguntarme—: ¿Qué hiciste, Alfonso?

—Si lo sabes por qué preguntas, Omar —le respondí, aguantándole la mirada. Me sorprendía que lo tuviera tan claro. Podía haber inventado mil excusas, pero no sentía como cierto que primero fuera mi *qaid* y luego mi amigo. Entre nosotros no había secretos y yo no me arrepentía de nada.

—¿Sabes a qué te expones si alguien se enterara, verdad? ¿Algún superior que no fuera yo, me refiero? —me dijo con preocupación al descubrir la determinación en mi cara. Comencé a leer la situación desde otro ángulo.

Hasta ese momento ni me había preocupado por aquellos diablos. Aun así, no pude reprimir cierta ironía.

—Me sorprende que seas tú quien ahora se alarma tanto por las consecuencias. Jamás te vi tan inquieto, ni yo te reprendí de esta forma, ni dudé de las razones que guiaron tus actos pese a las repercusiones que he soportado.

—¡Vamos! —exclamó mientras me ofrecía otra copa que había servido a la vez que su segunda. La volví a rechazar. Decidió quedarse él también de pie—. No dudo de tus razones, Alfonso, y sabes que de estar ahí una de las estocadas probablemente hubiera sido mía si solo a ellos te enfrentaste, pero lo acaecido es muy grave. Has matado a tres soldados del emir, bereberes y musulmanes para mayor escarnio. Ya de por sí los sarracenos miran con recelo hasta a los muladíes como yo, pese a mi rango, ¿qué decir de un cristiano? De prenderte, muy convincentes deberían ser tus argumentos para salvarte el cuello del juicio de Hassim. Yo no podría hacer nada, salvo acompañarte en el castigo. —Enterneciéndose, reprimió con un gesto de cansancio y la manga un brillo excesivo en los ojos. Se le notaba cansado. Debía haber reflexionado sobre la situación el largo tiempo que habíamos estado fuera—. Alfonso, ahora no estamos en nuestro terreno ni gozamos de libre albedrío. Somos soldados. Si nos mandan matar, matamos. Si nos mandan morir, morimos. No tenemos derecho a juzgar ni a cuestionar la autoridad ni sus decisiones, si no seríamos otra cosa: filósofos, burócratas, artistas, jornaleros, músicos… Cualquier otra cosa, salvo soldados. La orden es sagrada. Debemos cumplir nuestro cometido y esa es la mayor garantía de salir triunfantes.

»De recibirlo o ejercerlo, el castigo es necesario, y a buen seguro normalmente merecido si no siempre en su juicio corto, al menos como bien común y ejercicio de autoridad con la tropa. Por supuesto, no seré yo quien te delate ni removeré el asunto, pero necesito saber que no volverá a suceder.

—Envíame a tomar el bastión más inexpugnable con mis manos desnudas, pero no me pidas que viole mujeres o mate niños ni que lo permitan mis ojos —le dije, otorgándole cierta razón en sus palabras, pero negando la situación de partida.

—Alfonso, esto es una aceifa, no una excursión. Somos tiernos aún y no es nada lo que nuestros ojos han visto. —Sonreía con cierta displicencia—. Despierta. ¿No recuerdas la lección de tu padre sobre el miedo y las consecuencias sobre quien no lo controla? El primer objetivo en territorio rebelde es sembrar el pánico para evitar revueltas, enfrentamientos y

emboscadas. El segundo, debilitar al enemigo para que no engorde por si olvidara nuestro paso en el futuro.

—Me da igual, Omar —repliqué, convencido pero amistoso, sin intención de retroceder una vara—. No cuentes conmigo si esta es la guerra que vamos a librar.

—No te preocupes, amigo —me dijo, rompiendo la tensión tras quedarse observándome durante un buen rato—. En el fondo, te envidio. —Me cogió de los hombros cruzando nuestra mirada—. No participarás más en este tipo de incursiones de castigo. Tú serás quien decidas cuándo luchar o si quieres volver a casa. Me gustaría, aun así, que siguieras conmigo. Y ahora, por el amor de Dios, ¡cuéntame qué diantres pasó en ese cuarto y cómo ajusticiaste a esos tres bastardos! Llevo horas dándole vueltas.

Las siguientes semanas no podía evitar sentirme ausente, fuera de lugar, solo entre tanta gente.

Un viento impropio de aquella época, gélido, intenso, revoltoso y tan sagaz como para descubrir cualquier resquicio en el abrigo, me invitó a apoyarme sobre el tronco de un enorme chopo para utilizarlo como parapeto. Los estorninos disfrutaban las fuertes rachas persiguiéndose en bandadas con su errático vuelo. Recordé con una sonrisa cómo llamábamos bodas a ese espectáculo en mi infancia. Yo mordía el tallo de una espiga de trigo ya segada mientras contemplaba el horizonte en uno de mis esporádicos paseos.

Tras unos cuarenta días de sitio, reyertas y enfrentamientos infructuosos habíamos dejado como inconquistable Saraqusta. Madina al-Bayda. La joya del Hiber. Allí los Banu Qasi, vetustos gobernadores de la zona desde el conde Casio, nos habían rechazado tras su inaccesible muralla, coronada por el alminar de la ermita mayor que repartía reflejos con su alabastro.

En el trayecto hacia Cellórigo y Pancorbo, en los recios castillos que dominaban las puertas de entrada del reino asturiano en su zona de Alaba, en los montes Obarenes, habíamos sembrado dolor y pánico hasta que el propio Muhammad Banu Qasi, buscando el favor cordobés, negoció el amán en Tutila para unírsenos con más de siete mil de los suyos. Como acordáramos, yo no participé en misión alguna de castigo aunque me espantaba ser parte de tal máquina de destrucción.

Cellórigo coronaba un tremendo peñasco señoreando una cresta rocosa que vigilaba los pasos en todos sus flancos. Admirar el tajo era como volver a casa. Su situación y defensa, formada por el grueso del ejército del conde de

Alaba, Vela Jiménez, estremecían al más osado y ni siquiera un ejército de nuestro vigor partía con ventaja en el enfrentamiento.

Omar se acercó a mi tienda el cuarto día de asedio. Solo habíamos intercambiado palabras vacías desde el incidente, evitándonos mutuamente sin saber muy bien por qué. Él ocupado en sus quehaceres y yo en mi soledad, peleado con el mundo, ejercitándome en el manejo de ULFBERHT sin saber si volvería a usarla, buscando respuestas y encontrando preguntas. Me molestaban las voces durante la noche, el constante trasiego de borrachos y putas, el polvo del camino, el rancho, y, sobre todo, yo mismo.

Tras entrar, abrazarme y sentarse, me dijo:

—Mañana comienza la fiesta. Deberías salir a admirar las catapultas construidas, lanzan piedras como casas a increíble distancia. Les darán buen castigo, luego no creo que tardemos mucho en tratar de asaltarlo, pues al-Mundir lleva obsesionado con ello desde Corduba. —Hizo un silencio para, después de tragar saliva, preguntarme—: ¿Cabalgarás conmigo cuando llegué el momento?

—Lo siento, pero no puedo hacerlo, Omar. —Aquella era de las pocas respuestas que sí había encontrado—. Mucho he reflexionado sobre tus palabras y reconozco que cuentas con la razón de tu parte, por eso he asumido que no debo ser un soldado, o al menos no uno de fortuna al mejor postor. Necesito algo más.

—Lo lamento enormemente, Moro —dijo con la decepción pintada en su cara—. No todos tenemos tan fácil evadir nuestra responsabilidad. Ojalá recapacites. Ya no son mujeres y niños a los que nos enfrentamos, sino un ejército en toda regla, y me encantaría tenerte a mi vera. Hassim no es demasiado optimista, de hecho él no atacaría de estar al mando. Tienen buena posición y cuentan con veteranas y numerosas tropas. —Metiendo la mano en un bolsillo interior de su túnica, sacó tres cartas distintas—. De todos modos intuía esta opción y mal no me vendrá que, de pasarme algo, seas tú el que se asegure de llevar estas cartas a Mencía, Ayyub y Mudáhir.

Combatieron durante más de una semana en una distante sinfonía metálica acompañada por cercanos gritos de dolor y agonía de los heridos que transportaban al campamento. Innumerables fueron los cadáveres que vi desfilar ante mis ojos, siempre con el miedo de descubrir entre ellos a alguno de mis amigos. Gracias a Dios, no hube de lamentarlo, pues nuestro batallón fue un mero apoyo en una lucha eminentemente de una infantería que caía como avispas en otoño. Aun así, las cartas pesaban en mi regazo con el plomo de la culpa. En mi desamparo rebatía sus insultos en constantes discusiones.

Admiraba a los soldados que regresaban victoriosos del combate, en especial al que se convirtió en el nuevo ídolo cordobés: al-Rahisí, el poeta guerrero. Su afilada cara lampiña y su escasa edad encubrían a un guerrero despiadado. Delgado, fibroso y de altura similar a la mía, regresaba cada tarde bañado en sangre cristiana. Los que combatían a su lado aseguraban que no conocía el miedo y que, entre versos que declamaba a voz en grito, desafiaba a sus enemigos enfilando siempre a quienes más destacaban. Elegante, cruel, diestro, fuerte, rápido y ágil. Un león matando lobos. Victorioso hasta el día en que nos enfrentamos.

Tras pagar un enorme peaje, de más de un quinto de nuestros hombres, variamos el objetivo abandonando un Cellórigo que había demostrado ser inexpugnable. Aún hoy, tantos años después, lo es.

La siguiente parada fue todavía peor. Fontqurb, le llamaban los sarracenos. La Sala. Pancorbo. Señoreando la vía Aquitania romana, sobre el desfiladero creado por el río Oroncillo, había construido el conde de Castilla Diego Rodríguez un alcázar en perfecto lugar estratégico. Defendida la espalda por una imponente cresta, solo era atacable por un flanco que descendía mansamente facilitando la defensa y permitiendo la confrontación.

Más de cuarenta mil almas seguíamos formando el ejército.

Yo andaba inquieto. Esta vez Bobastro sí entraba en liza. Según Toribio, cubriríamos el flanco izquierdo y atacaríamos poco después de que la infantería, tras aguantar las cuatro primeras salvas de los arqueros cristianos, llegara al cuerpo a cuerpo. Se trataba de un ataque casi suicida, con la única esperanza de desgastar al adversario y obligarle a centrar allí sus esfuerzos, pues era complicado abrir una brecha tan pronto en la batalla. De alguna forma había que agitar la partida y la caballería guiada por un muladí, rebelde hasta pocos meses antes y que aún no había combatido seriamente, parecía una fórmula más que aceptable.

Me cansé de discutir con aquellas cartas y con mi cabeza el camino a tomar y, como me aconsejó mi padre, obedecí lo que me gritaba el corazón.

V

Le vi llegar con su figura imponente bailando a Suerte. El caballo, gracioso, levantaba las manos al marcar obediente cada paso.

La tierra todavía era azabache y la maleza trémula. En el cielo, que aspiraba a añil y se quedaba en pálido, se distinguían algunas constelaciones esparcidas en su profundidad. Los montes Obarenes bosquejaban sin claro detalle el horizonte, soñando con alcanzar una luna que, tranquila en lo alto, no pensaba aún en retirarse. En la sombría penumbra del crepúsculo distinguí a mi amigo con la maza cruzada a la espalda, la espada al cinto y el yelmo enhiesto dejando espacio a la enorme nariz y permitiéndole fijar la mirada en sus hombres, nuestros compañeros, ya formados desde que el alba asomara. El día se prometía largo y él, al paso de quien ha domado más de un caballo, no tenía prisa. Se detenía llamando a cada cual por su nombre para insuflar ánimos e intercambiar saludos, chanzas y palabras con gran parte de la formación. Reía relajado sin perder la concentración.

Con las nubes ya tiñéndose de rosa me vio y en sus ojos se reflejó el brillo del esplendor de la aurora. Aceleró el trote hasta prácticamente embestirme, colocándose entre Toribio y yo.

—¡Sabía que vendrías, Alfonso! —exclamó, sonriendo entusiasmado.

—Me aburría ya en la tienda y no me veía ejerciendo de emisario —le respondí, devolviéndole la sonrisa y sus tres cartas—. No me vendrá mal un poco de ejercicio.

—¡Ja! A fe que lo vas a tener. Pero guárdate las cartas, que nunca se sabe —me dijo, rechazándolas. Fijó los ojos al frente y luego volvió a mirarme—. No sabes cuánto me alegro de verte, Moro. Cabalgaremos juntos.

Así lo hicimos.

Era la primera vez que veía un campo de combate. Había observado los enfrentamientos de días anteriores pero no igual. Se advertía distinto. El corazón me latía desacompasado y los más nimios detalles llamaban mi atención. El sol reflejándose en una coraza, la extraña forma de una nube recordándome el talle de mi Catalina, el rocío sobre la hierba que pisábamos,

el vuelo esquivo de una pareja de torcaces. Miraba el mundo como el que entra por primera vez en una taberna ansioso por probar el vino.

Las flechas comenzaron a volar hasta que un trueno, precedido por el aullido de miles de gargantas, anunció el primer choque de escudos. Poco después, muchos de los mismos que gritaban gemían como mujeres a punto de parir, desangrándose sobre la pradera. Comenzaba el baile con estocadas bajas, hachazos y envites con el único fin de eliminar a uno de los de enfrente.

Hassim, en una colina a nuestra izquierda, levantó la espada. Dos banderas verdes de sendos batallones le contestaron. Una la levantaba Ibn Antelo. Yo acariciaba desde hacía rato la cruz de mi abuelo Martín. Arremetíamos.

Omar por fin bajó su casco y, dándose la vuelta mientras gritaba algo ininteligible, cargó al galope hacia las banderas blancas, verdes y escarlatas de los cristianos. No tardé en seguirle, obsesionado en controlar la respiración tal y como nos instruyera Toribio.

Cosiendo mi cuello a las crines de mi rocín y mi pecho a su grupa, comencé a rebasar a nuestra infantería que jaleaba nuestro paso como si el mismo Allah cargara. No recuerdo sentir especialmente miedo, aunque supongo que lo tendría.

Escuché un alarido a mi izquierda y me giré lo suficiente para distinguir cómo caía Jair de su monta; por supuesto, pese a mi preocupación no me paré a comprobar su estado. Seguía a Omar, que comenzó a repartir mandobles a ambas bandas ejerciendo de cuña sobre granito. Penetrábamos en las filas enemigas. Parecía inalcanzable.

Yo también me alcé para detener una jabalina corta cercana a sorprenderme con mi escudo y asestar un mazazo en el cráneo a un hombre al que estaba sobrepasando. Repetí suerte con uno a los pocos pasos y descabalgué mientras mi caballo caía herido de su mano izquierda, quién sabe por culpa de qué mala arte.

Me vi rodeado de enemigos. Respiré tres veces hondo. La calma en la batalla. El silencio en el caos. Desenvainé a ULFBERHT.

Uno se me abalanzó desde el flanco izquierdo. Vociferaba y gritaba descontrolado. Gorrión con ínfulas de águila imperial. Le golpeé directamente en el cráneo entrándole por la izquierda y cayó seco como granada madura. A mi derecha un hombre me atacó arriba buscando el pescuezo en un golpe lateral, su excesiva distancia me dio el tiempo suficiente para detenerlo mientras retumbaban los tachones del escudo. Comencé a sudar. Le ataqué

por abajo, cercenándole la ingle y mandándole al suelo. Pateándole la cabeza, avancé un par de pasos cambiando mi posición. Nunca quieto. Siempre alerta.

La euforia me embargaba. Una especie de alegría, similar a la de la caza pero de mucha más potencia. Quería más. ULFBERHT bailaba en mi muñeca, nerviosa, con vida propia.

Vi a Toribio a mi derecha, también descabalgado. Mantenía a tres hombres lanzando ataques intermitentes. Sangraba profusamente de un tajo en su pierna izquierda. Corrí hacia el más cercano, me vio llegar y detuvo mi sablazo para golpearme de inmediato con el escudo en la nariz, que partió y comenzó a sangrar acto seguido. No me despistó demasiado en cualquier caso. Le ataqué, detuvo el golpe pero no pudo hacerlo con el siguiente que le hería el brazo izquierdo. Al bajar la guardia, le clavé el canto de ULFBERHT en el cuello. Toribio estaba rematando al segundo de los suyos, aunque andaba ya casi inmóvil. Arrodillado sobre la zurda.

Vi llegar a aquel bastardo sin tiempo más que para gritar.

—¡Toribio!

Entrándole por la espalda un hombre le clavó una jabalina corta a tan escasa distancia que atravesó sin problema la loriga del buen Toribio. Le ensartó como si al espeto fuera a cocinarlo. Se volvió, disfrazado de erizo, y acertó a lanzarle un hacha corta al cuello vengando su muerte. Orgulloso, seguía en pie tosiendo y escupiendo sangre cuando llegué a cogerlo. Me miró, sonrió y murió. Liberé la puñalada interna con un grito desgarrado y le solté. Escuché mi nombre y al volverme distinguí a Suerte a unas quince varas de distancia y la mano de Omar que se extendía hacia mí. La carga estaba de vuelta para salir del avispero. Se me abalanzaron dos cristianos tirándome al suelo, solté a ULFBERHT para tirar del Espíritu Santo y clavárselo en el hombro a uno que me abrazaba. Desgarré hacia el cuello hasta sentir el tope de la cruz. Su compañero me tiró varias estocadas que conseguí repeler con el cuerpo de su amigo hasta que Omar le embistió directamente con el caballo. Voló.

Recogí a ULFBERHT, enseguida monté y nos retiramos.

Lo hicimos gritando. Ni el dolor en la nariz, ni la agria pérdida de Toribio, ni la incertidumbre por otros muchos frenaban una extraña sensación de irrealidad, insensatez y euforia por sabernos vivos. Es una reacción que solo he observado en la juventud que cruza sus primeros aceros. La alegría del soldado que no tiene explicación para el que no la ha vivido y que llega a ser tan honda como su pena. El espíritu del guerrero.

No teníamos demasiadas razones para estar alegres, pese a que nuestra acometida había sido de indudable valía y que nuestros nombres corrían entre bocas y orejas cargados de admiración. Devastaron nuestro flanco derecho con una poderosa carga que cuesta abajo había resultado más incisiva aún.

Intervinimos un par de veces más aquella jornada, repitiéndose la misma música con distinta letra. Cada vez, sin embargo, era más difícil. El brazo que cargaba con ligereza al alba pesaba al atardecer incluso sin escudo.

La batalla duró dos días más hasta que al-Mundir y Hassim se percataron de que Pancorbo era aún más duro que Cellórigo. Los asturianos habían sellado el paso a cal y canto. Sus bajas, pese a numerosas, no eran ni la cuarta parte de las nuestras y no parecía que el desgaste les fuera a hacer mella.

El ejército había perdido un tercio de sus efectivos, de nuestro batallón la mitad estaban heridos o muertos y de Esparta, Álvaro el Lince ya no llegaría a general, Pedro no sonreiría más y ya he contado lo que le sucedió al bueno de Toribio. ¿Por qué cayeron ellos y yo no es la pregunta eterna? El *fatum* romano. ¿Y si?

Lo que yo humildemente concluyo es que quienes escriben la historia son los que sobreviven, pintando héroes donde quizás hubo poco más que cobardía y dejando en el olvido a los que regaron con su sangre la tierra. Más vale capacidad de supervivencia que arrojo para contarlo. De valientes está el cementerio lleno.

Mientras sanábamos a los heridos y llorábamos a los muertos, recibimos una visita inesperada.

Aquella tarde, un *naquib* de la *kora* de Toletum había solicitado al Capitán audiencia tras la cena. Tenía un importante asunto que tratar. Omar, recuperada la total confianza de antaño, me pidió que le acompañara. También lo hizo Ibn Antelo.

Entraron cinco hombres con el sol ya acostado. Vestían túnicas bereberes que en dos de ellos, al descubrirse, mostraron la tonsura propia de los presbíteros y una muy blanca tez. Fue el *naquib* toledano quien tomó la palabra:

—Querido Omar, es un placer por fin conocerte. Me honra estrechar tu mano al fin, después de escuchar las buenas referencias que te acompañan. Mi nombre es Manuel, hijo de Anselmo, y vengo acompañado por hermanos y amigos. Me complace presentarte a Dulcidio, Fortún, García e Ildefonso.

—*As-salām ’alaykum*, noble Manuel. Allah os bendiga. Sed bienvenidos tú y tus amigos. —Omar le recibía protocolariamente, alejado de la cercanía del toledano. La extraña visita le mantenía en guardia—. A mí me acompañan Alfonso, el hijo de Gonzalo, y Yahya ibn Antelo, hablar con ellos es como hacerlo conmigo. Tomaremos un té si a ti bien te parece, disculpa no tener mucho más que ofrecerte.

—Preferiría un vino, a decir verdad, pero ¡cualquier cosa es bienvenida!

Omar sonrió pero no recogió el envite. Estaba cansado y no buscaba hacer amigos, sino cumplir con cortesía la entrevista solicitada. Nos sentamos en los divanes con los que allí Omar contaba. La nariz me incomodaba, bloqueada, y me obligaba a respirar por la boca, secándome la garganta y produciendo un incómodo ruido parecido al gruñido de un cerdo. La hinchazón ya me había bajado y ahora la huella me afectaba más a los ojos que lucían completamente amoratados. Tras el tanteo inicial, aderezado por una insulsa conversación aliñada con la alabanza a los mutuos batallones y los lugares de procedencia de cada cual, el tal Dulcidio, cuya voz y gestos hedían a cenobio, fue cogiendo protagonismo hasta descubrir su jugada.

—Omar, tu desempeño ha sobresalido en estas jornadas. No se habla de otra cosa entre las filas cristianas. Por el diablo de la gran nariz se te reconoce.

—Me alegra descubrir que los enemigos me temen, pero ¿cómo sabes tal cosa? —le respondió incómodo el Capitán.

—No me es difícil pues lo conozco de primera mano. —Una sonrisa se dibujó en el rostro del monje como lo hace en la boca del zorro al entrar en un gallinero—. La presentación del noble Manuel no era del todo completa. Siendo cierta mi procedencia toledana y que de allí nos conocemos, no me hallo aquí como compañero vuestro sino como enviado del rey Alfonso el, por la gracia de Nuestro Señor, Magno asturiano. —Un grave silencio acompañó su escrutadora mirada en busca de algún gesto que no recogió. La sonrisa tornó en serio rictus de maestro que reprende a alumno poco avezado —. Has hecho estragos en nuestras filas, de la misma forma que algunos de tus hombres que, por las descripciones que he oído, también se hallan aquí presentes. —Clavó sus verdes ojos en los azules míos y, tras un silencio, prosiguió—: Me acompaña Fortún de Pampilona, enviado a su vez del rey vascón, y…

—Debería matarte. —Omar se había levantado y le replicaba cortándole en seco—. ¿Cómo te atreves a entrar aquí con esos aires? ¿Y tú, Manuel, acaso no sabes con quién peleas?

Dulcidio no se inmutó. Su glauca mirada cambió mis ojos para atravesar los de Omar. Fría, distante, sita en un plano distinto, alejada, más propia del que ora y pontifica que del que conversa y negocia. Revestía además a su dueño de un halo misterioso bien casado con su figura alta y delgada y su rostro enjuto y afilado, sin concesión alguna al interlocutor ni a la alegría.

—Vamos, Omar, bien sabes que tenemos amigos entre vuestras filas como los omeyas los tienen entre las nuestras. —Era otro de sus compañeros, callado hasta ese momento, quien respondía—. Soy García, sobrino de Alfonso y primo de Ordoño. Queríamos parlamentar, pues conocemos cómo te incorporaste al ejército infiel y tu poder, valía y ascendencia. No te mentía Manuel al referirte que hasta aquí llega el eco de los gritos en Bobastro.

»Entendemos que hablamos entre amigos y hermanos de raza. Nos duele verte entre las filas enemigas, obligado seguramente por los acontecimientos. Bien conocemos tu situación y cuán útil resultaría que dejaras el ejército sarraceno. Se asegura que tu plaza es tan inexpugnable como esta. Ve a demostrarlo y no acabes aquí con los que te siguen. Vuélvete al castillo en que residías; ten la seguridad de que, si no te matan, no te harán bajar de allí; podrás dominar una buena parte de al-Ándalus y llevar la guerra hasta las mismas puertas de Corduba. Si los caldeos hubieran de defender un frente interno, podríamos desangrarlos. Cargas cual ciclón y tus hombres no desmerecen en nada a la élite sarracena. Cuenta con amigos como nosotros si eso es lo que te falta.

—He de ser realista —dijo Omar aún en pie, sopesando cada palabra escuchada y recorriendo de nuevo la mirada sobre cada uno de ellos—. No sé por qué todavía no os he matado ni dado la voz de alarma. Hablas de que marche a mi montaña a defenderla con la tranquilidad de cientos de leguas de distancia, sin entender nuestra realidad. ¿Intuís cuánto me darían Hassim o al-Mundir por vuestras cabezas? No soy una ficha más del tablero con el que jugáis desde las montañas del norte. Bien sabréis cómo me incorporé, pero ahora soy un cordobés más. Un soldado del emir. Si algún día dejo de serlo encantado estaré de parlamentar, pero dejemos aquí esta conversación que nada bueno ha de traernos. Solo Allah conoce lo que nos deparará el destino y si nuestros hilos habrán de tejerse juntos.

Nuestros invitados se levantaron y Dulcidio se quedó mirándole fríamente.

—Erras a sabiendas, Omar. Puede que en el futuro te arrepientas del trato que hoy nos dispensas y de no escuchar propuestas. Esquilo no se equivocaba cuando sentenció que: «Ni aun permaneciendo sentado junto al fuego de su

hogar puede el hombre escapar a la sentencia de su destino». El tuyo será pelear contra esa Corduba a la que ahora obedeces como el zángano a la reina. Está escrito en las estrellas y como tal me consta que se te ha revelado. Aprende a elegir a tus amigos, hoy has rechazado a uno de los mejores.

Estaban bien informados sin duda y el argumento hizo mella en el ánimo de mi amigo, pero supo sobreponerse para, de forma tranquila, contestar:

—Eres tú quien se equivoca, Dulcidio. Ve y dile a tu rey que este no es lugar de negociación.

Salieron.

No fue el único contacto que tuvieron dentro del campamento.

La aceifa ya era pesadilla para al-Mundir y Hassim cuyas diferencias cantaban a ojos del ejército. Hasta los sordos conocían los reparos del visir ante ambos ataques y su inclinación por el saqueo de plazas más factibles olvidándose de abrir la barrera cristiana. Los rivales le acusaban de cobardía y criticaban su trato deferente con los batallones achamíes y muladíes, como el nuestro, o los de los Banu Qasi. Para otros, ignorar el sabio consejo de su general cuestionaba el buen hacer del príncipe que cada vez le rehusaba más optando por generales lisonjeros prestos a aplaudir cualquiera de sus decisiones y reír sus gracias. Pese a ello, volvió a servirse de él buscando el punto y final de aquel drama. García resultaba haber sido buen amigo de Hassim durante su cautiverio, y negoció con él y el príncipe la paz. Esta se materializó con un intercambio de prisioneros, donde se encontraba el hijo de Hassim que ya llevaba unos años en las tierras norteñas, y el abandono del sitio de Pancorbo. Además, una embajada cristiana trasladaría desde Corduba las reliquias de san Eulogio y santa Leocricia hasta la recientemente construida catedral de Ovetao.

Nuestra derrota se firmaba por escrito y a mí una idea comenzó a martillearme la cabeza.

VI

Cruzamos el desierto del bajo Duero dejando a nuestro paso Pallantia, Simancas y Segovia para atravesar los imponentes bosques y riscos de la sierra central por el paso de Tablada, que en aquellas fechas era fácilmente practicable.

Tras dejar también Matrice, una plaza que estaba siendo fuertemente fortificada, llegamos por fin a Toletum donde me enteré de que nos esperaba la expedición cristiana que debía recoger las reliquias de los mártires cordobeses.

En nuestra primera tarde toledana hablé con Omar sobre el tema. Descansábamos en las colinas que deja el río a su diestra. Observándola con facilidad te explicabas su fama y riqueza. Dibujada por mano divertida se acostaba en una cerrada curva del Tajo, el Torno, que le otorgaba una estratégica defensa natural a tres frentes. Orgullosa y desafiante, parecía alzar el imponente alcázar que la dominaba, como el gallo que extiende sus alas y muestra sus espolones antes de una pelea. Avisando a navegantes de la calidad del adversario al que enfrentarse. Defendida por agua y piedra, refulgía verde en su interior por la cantidad de patios que la salpicaban. Las campanas, inasequibles a la invasión muslim, repicaron la novena con fuerza dándome la entrada perfecta para la conversación que deseaba mantener.

—Me gustaría acompañar a la expedición cristiana, Omar.

—¿La de las reliquias? ¿Qué me dices? ¿Vas para novicio a estas alturas? Siempre me olí algo, pero ya te daba por imposible.

—Venero al santo Eulogio de una forma extraña —le dije, decidiendo explicarle las razones de mi deseo—. Tengo un vago recuerdo de sus visitas a casa durante mi infancia, y en cierta manera simboliza aquello que me robaron. Sí recuerdo bien cómo me impactó su martirio al enterarme. Visité su tumba en San Ginés mientras tú estudiabas y ahora al escuchar su traslado se ha despertado en mí un profundo deseo por acompañarle. Mayor incluso que el de volver a ver a mi Catalina. Supongo que este homenaje, de alguna forma, se lo hago también a mi abuelo y a mi madre. Me despido de ellos.

—Bueno, si es tu deseo, no creo que haya problema. Lo hablaré con Hassim y podrás incorporarte como parte de la guardia. Seguro que celebran contarte entre ellos.

En esta ocasión no acertó del todo mi buen amigo.

No costó recibir el permiso de Hassim, al fin y al cabo le facilitábamos la escolta que había de otorgar a la embajada asturiana para llegar a Corduba. Jair, ya recuperado de su caída, y yo mismo, también recuperado de mi nariz, pese a tenerla ahora tan plana como el mar en calma, nos presentamos junto a otros cuatro soldados en la residencia monacal aneja a la iglesia de San Sebastián, del barrio de curtidores de Toletum.

No solo la hedionda peste que hasta allí llegaba nos agrió el recibimiento. Dulcidio nos repasó de arriba abajo antes de leer la misiva de presentación que portábamos. No encubría el hondo desdén que le causábamos. Observándolo lo encontraba familiar, de perfil similar a otros monjes de San Salvador. Vestía una simple túnica negra con escapulario ligeramente más claro quizás por uso. La tonsura estaba aún más pronunciada que en el campamento, con la franja de pelo muy rubio, casi como el mío, que desaparecía en su estrecha frente y anchas sienes a las que alcanzaban sus espesas cejas que defendían los hondos ojos verdes. Era transparente e impenetrable a la vez. Pese a que no parecía mayor que yo, lucía pata de gallo y su boca no mostraba diente alguno. Tampoco lo había dejado el agua o el baño en su olor, provocando cierta repulsa ante su presencia.

—Vaya, parece que finalmente sí colaboraremos, Alfonso. Espero que no entorpezcas nuestro empeño y que cumplas las órdenes de tu amo Hassim mejor de lo que lo haces con las de tu Señor —me dijo con desprecio.

—Me causa hondo placer que en esta ocasión coincidan, padre. —Me sobrepuse armándome de humildad, contestándole mientras miraba al suelo, tomándole la mano y tragándome mi orgullo—. Encontraréis en mí toda la ayuda que me sea posible ofreceros y tengáis a bien tomar.

—Con que no molestes será suficiente —contestó seco, evitando el contacto.

Partimos anunciándose el otoño con lluvias vespertinas que embarraban los caminos y dificultaban el paso. Tras tres días de marcha y en medio de un buen aguacero, hicimos noche en Qalt Rabah, bautizada en honor a su creador en el lejano emirato del primer Muhammad. La plaza obedecía a un genio notable. Sobre el río Ana, un foso capaz de anegarse fluvialmente defendía su

espectacular muralla. Desde la atalaya se dibujaba un impresionante atardecer. El río, agrietado en mil colores y reflejos, lo rompían enormes bandadas de patos que lo sobrevolaban. Vi dos caer en una punta e imaginé el júbilo de los agazapados cazadores al acertarlos. Echaba de menos a Peri.

Una eternidad había pasado en poco más de dos meses. El tiempo, como siempre, se mostraba revoltoso en su legado. Capaz de relativizar su paso en contraste al peso que deja luego. Meses de mayor valor que años y segundos, que vidas. Volvía distinto, más hombre, con mucha de mi inocencia muerta. Conociéndome mejor a mí y al mundo. Toribio ya no me acompañaría más y yo cabalgaba junto a un monje al que repugnaba.

El paso aligeró cuando, tras un par de días en los que atravesamos el desfiladero que corta la sierra, nos encontramos con el Betis y el empedrado de la vía Augusta. El cuarto día entrábamos en Corduba por el puente del río.

Tras presentar nuestros respetos a Abul Walid, quien nos recibió en lugar del emir en la huerta del alcázar sin ningún boato, marchamos hacia San Zoilo donde nos esperaba la feligresía cordobesa.

Acisclo, obispo de la ciudad nombrado por el emir, aguardaba a la puerta de la iglesia consciente de nuestro arribo. De forma educada pero sin efusividad alguna, se presentó a Dulcidio, para dirigirse ambos, tras una breve oración de agradecimiento frente al altar, a parlamentar y planificar el traslado. Desde el primer momento sus caras no escondieron la falta de conexión.

A Dulcidio todavía le encontraba un hueso indigerible pese a lo que luego llegué a quererle. De alta formación y vasta cultura resultaba insufrible en el trato al mostrarse autoungido por el conocimiento como si gozara de la infalibilidad papal. Radicalmente radical. De aquellos que hacen la guerra al rey para defender el trono, denuestan al papa por poco papista y se indignan insultando pidiendo respeto. Encolerizado con la hierba por dejar de ser verde, con el cisne por ser grisáceo en lugar de blanco, con el firmamento poco azul y con la luna llena no perfectamente redonda. Agotador en el debate, incapaz de torcer su brazo ante la lógica más contundente. Un testarudo intolerante de principios inamovibles. Pensándolo con frialdad, digno sucesor y atinado encargado del traslado del cuerpo del santo Eulogio.

El siguiente domingo San Zoilo amanecía expectante. Se había concedido una despensa especial a la comunidad mozárabe para celebrar el culto y anunciado el sermón del prelado toledano en la eucaristía de mediodía. Para oírle y celebrar tan insigne ocasión, allí se congregaba gran parte de la sociedad mozárabe de la diócesis al completo. Muchos querían escuchar al

embajador del rey asturiano desde la sierra y alquerías cercanas, aunque pocos afortunados accedían al templo, ocupado por los cargos más representativos de la comunidad y los prelados de iglesias cercanas.

Acisclo presidía la celebración. En su ceremonia lucía cierto nerviosismo achacado por muchos a tan pródiga audiencia o al innegable revés que para la congregación representaba el traslado de dos de sus más venerados santos. Al fin y al cabo, la exhumación de Eulogio y Leocracia constataba su presencia en tierras herejes, pese al titánico esfuerzo de los allí presentes por conservar la fe de sus padres. Yo intuía que, sin dejar de ser ciertas estas razones, el nerviosismo no vislumbraba otra cosa que el temor ante la tormenta que se avecinaba.

No me equivocaba.

Dulcidio avanzó hacia el púlpito como el relámpago que anuncia la descarga. Tras santiguarse y pasear su mirada por las primeras filas que ansiosas aguardaban su alocución, bajó su mirada al suelo y cerró los ojos para orar unos instantes interminables. El silencio se propagó apagando incluso el murmullo que llegaba desde la calle. Cualquier estornudo o crujido de los bancos y reclinatorios parecía descomunal ante la expectación generada. Ya seguro de que la atención comunal se centraba en su persona retumbó el trueno de su voz.

—Querida comunidad cordobesa, estimados hermanos en Cristo, noble iglesia mozárabe, gracias por recibirme y honrarme dándome la oportunidad de hablaros desde el mismo púlpito en el que antes lo hicieran insignes santos de la cristiandad, ejemplo y orgullo de nuestra raza, como el enorme Ildefonso, el sabio Álvaro o nuestro querido Eulogio por el que, junto a Leocracia, hoy tengo la dicha de encontrarme entre vosotros. —Su voz firme y potente contrastaba con la debilidad anterior de la de Acisclo y parecía encontrar honda acogida entre los feligreses que le escuchaban embobados—. Me alegra ver que muchos son los que todavía acuden a la llamada del Señor dejando pequeña su casa. —Lo que hasta ahora venía siendo un discurso en un tono conciliador tornó a la expresión adusta que yo tan bien conocía, y tras unos instantes observando inquisitorialmente a la congregación continuó de forma cortante y enérgica—: Es de lo poco que me alegra hoy. No sería justo ni sincero con Dios ni conmigo mismo si ocultara la desazón que ensombrece la dicha de encontrarme aquí orando con vosotros.

»Desde las tierras del norte, en los reinos cristianos desde los que provengo, os tenemos siempre presentes imaginando vuestra existencia como lucha diaria por la supervivencia. Oramos para insuflaros valor para soportar

hasta el día en que el Señor nos devuelva nuestra tierra y a los sarracenos al infierno. Sin embargo, desde mi llegada, escaso ha sido el ejemplo de Eulogio que he encontrado y ahora entiendo la denuncia de Álvaro en sus escritos. Donde esperaba encontrar orgullo y firmeza descubro sumisión y debilidad. Me aturden vuestras vestimentas, afeitados y fragancias. Os miro y no reconozco a mis hermanos. Por las calles, incapaz soy de distinguir entre cristianos e infieles. ¿Dónde ha quedado el ejemplo de la vida y muerte de vuestros mayores, de nuestros santos?

El silencio se cortaba en San Zoilo. La mayoría de las cabezas buscaban madrigueras en las que esconderse. Con agrado advertí cómo Máximo no era uno de ellos, encendido y sonrojado por la ira encaraba a Dulcidio fijamente, atravesándolo y negando con la cabeza. No era el único. Poco le importaba al toledano que continuó con su perorata si bien retomando un tono menos duro:

—No ignoro que son tiempos difíciles los que nos han tocado vivir. Yo mismo siendo toledano he convivido con la injusticia y sufrido la persecución de los caldeos, pero sabed que la esperanza existe. *Predicho está que nuestro príncipe, el glorioso señor Alfonso, en muy próximo tiempo reinará sobre toda Hispania*.

»Hasta que ese glorioso día de liberación llegue, las reliquias de nuestros santos descansarán en tierra libre y cristiana. En la nueva catedral de Ovetao a la que todos estáis invitados. No sobran manos al norte y cualquier hermano en Cristo es bienvenido. Labor, comercio, rezo o espada, cualquier ocupación es factible.

»Los que aquí permanezcáis no os acomodéis ni perdáis vuestra esencia. Sois el primer bastión contra los sarracenos. Los árabes son nuestros enemigos naturales y el mayor peligro para el reino del Creador. Cristo os observa. Cuanto más dura sea la prueba en este valle de lágrimas, mayor será la recompensa en su presencia. No temáis proclamar vuestra fe y vivir según las Escrituras. Recordad a Marcos: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”.

Era un eminente orador Dulcidio. Tras otra estudiada pausa y mientras alzaba los brazos mirando al cielo, prosiguió:

—Ahora, fieles de San Zoilo, iglesia de Corduba, orad conmigo la oración que Cristo nos enseñó: Padre nuestro que estás en el cielo…

La congregación obediente y confusa continuó con la oración y celebración litúrgica. Muchos al finalizar felicitaron a Dulcidio, especialmente los que habían bajado desde la sierra, aclamando por fin escuchar una voz vehemente tanto tiempo olvidada. La inmensa mayoría, sin

embargo, desfiló turbada ante las humillantes palabras del clérigo, culpándose sin acabar de entender la razón, escondiendo las alhajas, la pedrería, los embroques y joyas que antes exhibían con vanidad.

El emir, enterado del sermón, se aseguró de que Dulcidio no volviera a predicar en ninguna iglesia andalusí. Tampoco la comunidad se resistió, urgiéndonos a acelerar la exhumación de los cuerpos y su traslado.

Volví a ver a Catalina. Desde que había partido había sido uno de mis pensamientos recurrentes, añorando la tranquilidad de dormir a su izquierda y de disfrutar juntos de un atardecer pausado. A ella le pasaba lo mismo, maldiciendo su soledad, pese a la buena compañía de Mencía y Peri. Además, su estancia no estaba siendo tan cómoda como debiera. Las familias de Bobastro habían sido trasladadas varias veces alejándose cada vez más de palacio y la asignación mensual sufría varias semanas de retraso. Quería dejar Corduba, pues no encontraba su sitio y mi ausencia le pesaba en exceso. Le prometí que a mi vuelta de Toletum, de no arreglarse nuestra situación, marcharíamos y lo hablé con Omar que no le dio mayor importancia y dijo que lo resolvería con Hassim así como nuestro cometido una vez finalizada la aceifa.

Solo dos semanas después de nuestra llegada, la diócesis cordobesa nos mostró orgullosa dos preciosos relicarios. El de Eulogio era una caja de cedro completamente lisa y coronada por una recia y chata cruz. El de Leocracia, una urna de oro flanqueada por cuatro esmeraldas dentro de una preciosa caja, también de cedro, con la tapa acristalada que mostraba su interior.

La procesión de las santas reliquias sobrepasó cualquier expectativa. Hasta el tiempo, que aquellos días se había mostrado impropio de la buena fama que en el sur tiene, respetó el duelo cordobés. Todo el trayecto, desde la salida de San Zoilo hasta el puente del río, se alfombró con flores y juncias y estaba atestado por decenas de miles de fieles llegados de todo al-Ándalus que con respeto oraban arrodillados al paso de las reliquias. Miles nos acompañaron la primera jornada completa.

Entre los peregrinos marchaban muchos clérigos turnándose por ser uno de los ocho porteadores de cada relicario. Máximo era uno de ellos. Prácticamente no coincidimos en Corduba, así que aproveché el camino para hacerlo. A la primera de cambio me preguntó por Dulcidio. Se le veía contrariado y hasta cierto punto apesadumbrado.

—De verdad, Alfonso, no concibo esos aires. ¿En calidad de qué nos critica tan cruelmente en la casa del Señor, en nuestra casa?

—Te entiendo, Máximo, pero creo que no debe sorprenderte tanto. No es difícil desde fuera confundir adaptación con colaboracionismo.

—Bien, puede ser cierto, pero eso no se arroja desde un púlpito —me cortó de forma tajante—. No puede confundirse la palabra de Dios con la posición personal. —Decidí darle la razón con mi silencio. Entendía el mensaje—. De cualquier forma, me agradaría discutirlo con él.

—Eso puedo arreglarlo, no mantenemos relación fluida, pero noto cada vez más afinidad, la suficiente como para preguntarle si desearía conocerte, aunque te aviso que no mejora acortando las distancias.

Tras la oración vespertina, ya acampados en una alquería vecina al Betis y casi a Corduba, pues poco era lo recorrido con tanta gente y boato, me acerqué al salón donde Dulcidio se disponía a cenar con el resto de los monjes asturianos.

La noche cada vez madrugaba más y los perros se resguardaban tras cualquier esquina o tejadillo. El viento soplaba con fuerza y combinado con el frío y la humedad del río dejaba en poco cualquier abrigo o manta utilizada. Llamé y entré. En el interior los clérigos se arremolinaban junto a la lumbre del centro del hogar. Dulcidio se levantó para recibirme. Conociéndole fui directo al asunto.

—Buenas noches, padre. No quisiera molestaros, pero me gustaría hacerle una petición.

—Habla, Alfonso —me respondió en tono cordial mientras me separaba privatizando la conversación. Me sorprendió incluso que se acordara de mi nombre.

—Veréis, entre los sacerdotes que nos acompañan lo hace el padre Máximo. Se trata de una persona importante para mí por ser quien me educó en el cenobio de San Salvador con la paciencia y el acierto de regalarme el poco conocimiento que poseo. Un segundo padre en un momento difícil de mi vida. Le afectó hondamente vuestro sermón de San Zoilo y le encantaría poder discutirlo con vos. A tal fin me pidió que os lo solicitara.

—Por supuesto, Alfonso —me contestó con una sonrisa, cogiéndome por sorpresa al no conocerle aquella faceta—. Mañana caminaremos juntos si así lo desea Máximo. Vamos, hijo, no te alarmes o sorprendas, no es siempre agrio mi carácter. —Me guiñó un ojo y me apretó el hombro—. He conocido tu historia por un amigo mutuo, aunque no acabo de entender que marcharas en nuestra contra, siendo tu padre Gonzalo uno de los soldados de los

Sotomayor de Tuy y tu familia de Tucci de una reputación tan insigne como su aceite.

—Quizás no tenga la suerte de discernir la posición adecuada con vuestra misma facilidad —le dije con humildad, abrumado por su conocimiento de mi pasado y sopesando la respuesta de forma pausada, acariciando la cruz de mi pecho, valorando su comentario más como duda que como reproche.

—Apostaría a que en tu fuero interno sí lo haces, aunque quizás sea cierto que lo que para mí es cristalino pueda resultar más complejo para otros. —Sus ojos verdes me traspasaban tratando de leer mi interior como si de un códice me tratara—. Lo dicho, hijo, dile a Máximo que nos vemos a la mañana.

Tras la oración y laudes de las doce observé a Máximo arrimarse a la parte delantera donde abríamos la comitiva. Tras las habituales presentaciones entró en materia:

—Bien, creo que ya os adelantó Alfonso el profundo impacto que sus palabras me causaron el pasado domingo.

—Con ese fin fueron pronunciadas, espero que no os importunaran. —En línea con la noche previa, Dulcidio no lucía altanero sino conciliador.

—Lo cierto es que lamentablemente sí lo hicieron. —Máximo, sin resultar agresivo ni apabullante en sus planteamientos, sí era firme, como su alta y espigada figura, y con esa convicción se dirigía al toledano—. Sin voluntad de hastiaros me gustaría exponeros por qué.

—Por supuesto, hermano. Te escucho con atención. «Los que no quieren ser vencidos por la verdad son vencidos por el error» —le respondió.

—Dos grandes razones me exigen dirigiros este pequeño reproche —comenzó a contestarle Máximo de forma calmada—. La primera es que creo que habéis sido enormemente injusto con la diócesis cordobesa. Veo que mencionáis a san Agustín —le dijo refiriéndose a su cita anterior—. También es grande mi debilidad por el de Hipona. Probablemente también conozca otros de sus proverbios como: «Aprueba a los buenos, tolera a los malos y ámalos a todos», o el aún más descriptivo: «Cuando estés en Roma, compórtate como los romanos». La noble gente que os escuchaba prendida en San Zoilo son nuestro rebaño y como un lobo hambriento los despedazasteis sin piedad.

»Llevamos más de siglo y medio sobreviviendo; aguantando desplantes y desprecios, soportando tributos injustos y el maltrato sarraceno por orar ante la cruz cada domingo, manteniendo la fe en Cristo y la Santa Iglesia. Viendo cómo las voces discordantes finalizan en el exilio, presas o en el martirio.

¿Qué deben hacer? ¿Entregarse? ¿Suicidarse? ¿Abandonar? ¿Renunciar a la casa de sus padres para cedérsela al primer bereber que cruce su patio? Cada amanecer somos menos y clave es que no perdamos más. Las conversiones son cada día más masivas y en casi todas las grandes villas se cuentan más muladíes que mozárabes.

»No niego que las costumbres caldeas se contagien como un bostezo, pero no resulta sencillo enarbolar constantemente la bandera de la diferencia. Menos aún con bocas a las que alimentar. Por desgracia, Corduba no es Ovetao, ni siquiera Toletum. Lo que menos necesitan es que venga alguien del norte, extraño y lejano, a reprender su actitud y reprobar su conducta, pues son auténticos héroes que demuestran su valor jugando a la contra cada jornada, incluso más que el soldado que concentra toda su intensidad en una sola batalla. Resistir cada mañana, aguantar ante el desdén y la adversidad merece, si no el aplauso y la admiración, sí como mínimo un respeto.

Dulcidio escuchaba mirando al frente, cruzando fugaces miradas con Máximo. Asimilando y comprendiendo lo que decía. Fue él quien rompió el silencio:

—Comenzaste enumerando dos cuestiones, comprendo la primera, Máximo, y sobre ella ahondaremos, pero antes de ello, ¿cuál es la otra?

Un conejo se cruzó en nuestro camino saltando de un forraje cercano y Peri saltó presto a su encuentro alcanzándolo a pocos pasos de distancia al no encontrar el animal defensa ni refugio. Sus ojos avellana brillaban de entusiasmo. En esta ocasión había decidido traérmelo y su mancha marfil y canela no se separaba a más de una vara de mi monta. Mientras lo cobraba, continué escuchando cómo Máximo le respondía:

—Se trata de una queja formal y es que no creo que la casa del Señor sea el lugar indicado para este tipo de proclamas. Los fieles acuden a orar y recibir la homilía.

—Ese momento es nuestra oportunidad para transmitirles el mensaje de la Iglesia y el papa. No todo el cristianismo está en las Sagradas Escrituras —le cortó Dulcidio sin esperar a que desarrollase el argumento. Adelantándose a una posible réplica y levantando la mano pidiendo silencio, continuó—: Pero vayamos al meollo. Acepto mi rudeza, pues precisamente lo que buscaba era revolver, impactar, no pasar desapercibido como un presbítero más, que cada uno reflexionara en su fuero interno. Cierto es lo que mencionas y no seré yo quien dude de la valentía del mozárabe en tierras enemigas pese a que me enervara la actitud de Acisclo, medroso hasta el extremo, advirtiéndome y hablándome del emir como si del mismo papa se tratara.

»Entiéndeme, Máximo, cuando denuncio cooperación lo hago desde el profundo convencimiento de que esta solo alargará la subyugación que cada vez más vigorosamente nos postra. ¿Cómo podrían sobrevivir los caldeos a un éxodo cristiano masivo? La marcha de Moisés en Egipto resultaría una broma comparado con esto. Los caldeos no trabajan las tierras, ni son hábiles en casi ninguna tarea o industria. Los bereberes aún menos.

»La repoblación cristiana avanza en el norte a pasos agigantados. A expensas del Magno Alfonso en la costa el conde Vímara Pérez, hijo de Pedro Theón, hace tiempo que alcanzó el río Munda conquistando Conímbriga y fortificando Portucale. En Castilla y con la ventajosa paz firmada, el conde Diego Rodríguez planea alcanzar el Duero por Ubierna y Burchia y, Dios mediante, en pocos años repoblaremos aquel páramo.

»Necesitamos manos. Necesitamos almas. ¿Qué mejores que las de nuestros hermanos del sur de Hispania? El movimiento, aparte de debilitar a los sarracenos, fortalecería enormemente nuestra posición. ¿Qué significa abandonar una casa cuando estamos hablando de reconquistar nuestra tierra?

Un trueno rompió la cadencia de la conversación. Al escucharle de esta forma, fui poco a poco mudando mi primera impresión sobre él. Argumentaba con la frialdad de un cirujano ante una operación. Dulcidio, mirando al cielo, continuó:

—No sé si eso quiere decir que el de arriba está conmigo o no, pero convencido estoy de que vivimos una guerra larga y compleja y no podemos permanecer pasivos. —Volviéndose a mí, me dijo—: Ahora, Alfonso, habríamos de buscar un posible refugio para proteger aún más los relicarios, pues mucho me temo que la amenaza se convertirá en tormenta a poco tardar.

Lo que nos llevó poco más de una semana de ida nos tomó casi tres a la vuelta. No se me hizo largo, ya que junto con Máximo y Dulcidio nos acostumbramos a conversar sobre lo más variados temas. Era un placer oírles, pues, aun difiriendo en multitud de ocasiones, se escuchaban y argumentaban con respeto y hondura su posición. Parecían personajes platónicos, mucho más cuando con el fin de practicar olvidaban el romance para hacerlo en latín o griego.

En el camino, Dulcidio nos relató con orgullo la obra que justo había concluido antes de la aceifa. De la mano del rey Alfonso, al que parecía unirle una estrecha relación, había escrito el *Codex Conciliorum Albeldensis seu Vigilanus*, la ahora copiada en todo *scriptorium* de la península, y especialmente revisada en el de Albelda. Una crónica que desde antiguo narraba la historia de Hispania, Asturias y las batallas con los caldeos desde

Pelayo en el monte Auseva. El inicio de lo que él titulaba como la Reconquista que no acabaría hasta expulsar al último sarraceno de nuestra tierra.

En el día que hoy esto escribo, y, desde hace ya décadas, Dulcidio es noble obispo de Salamanca, cargo merecido sin duda. Sigue persiguiendo la aventura y es habitual escuchar que es uno de los prelados que acompaña al ejército del rey Ordoño en las batallas contra los caldeos. Con la obvia ventaja que me ofrece rememorar el pasado conociendo el presente no dudo en catalogarle como extraordinario, tanto como el sarraceno Hassim, siendo completamente distinto. Negro como la noche en el exterior y deslumbrante en su interior.

Una vez alcanzado Toletum y tras una portentosa acogida, a la altura de la despedida de Corduba, me acerqué para despedirme de él. Dulcidio descansaba sentado en un poyete frente a la iglesia de San Sebastián donde acababa de celebrarse la ceremonia de bienvenida de las reliquias. Al verme, sonriéndome, se levantó presto.

—Padre, vengo a despedirme, pues mañana retornaré junto a la expedición mozárabe a Corduba. Ha sido un placer para mí caminar junto a los santos, serviros en estas jornadas y conoceros más a fondo. No será fácil olvidaros.

—¡Alfonso! Parece mentira que me entristezca al separarnos, si cuando la primera vez que nos encontramos hubiera gustoso acabado yo mismo con tu vida, figuradamente, claro, pues dudo que haya hombre sobre la tierra capaz de ello. Pero dime, hijo, ¿no te gustaría continuar y conocer la tierra y la gente de tu padre? Podrás ver Ovetao y visitar nuestra catedral y la nueva Cámara Santa. Es más humilde que las aljamas y palacios del sur, pero en nada le envidian con lo que para nosotros simbolizan. Además y siendo egoísta, es indudable que no caminaría más seguro al lado del arcángel Rafael que al tuyo. ¡Cada vez que te veo con tu loriga me asusto! Anímate, convencido estoy de que el mismo rey Alfonso te agradecerá el servicio.

La proposición, aun cogiéndome desprevenido, me satisfizo inmediatamente. Añoraba a Catalina y continuar rompía la promesa del rápido retorno que le prometiera, pero me seducía conocer Ovetao y la Hispania cristiana. La tierra de mi padre. Sin pensármelo mucho, le respondí:

—Será para mí un honor continuar a vuestra vera, Dulcidio.

VII

Máximo y Jair enloquecieron ante la oportunidad y dos días más tarde marchábamos al norte, esta vez como invitados y parte de un grupo de dos docenas de soldados leoneses, los clérigos asturianos y un millar de peregrinos que variaban su lugar de procedencia en función de nuestro paso.

Abandonando Toletum, enfilamos Madinat al-Faray y desde allí encaramos la sierra. La vuelta no resultaría tan sencilla como la ida. El invierno mostraba su cara más dura y un blanco manto de hielo y nieve alfombraba nuestro ascenso según lo iniciamos. Cruzábamos el desfiladero de Tariq al mostrarse impracticable el paso de Tablada. Cada avance era un suplicio pues los carros se atollaban en el barro y los mulos resbalaban en las pendientes. Decidimos dejar todo lo prescindible y la mayor parte de los peregrinos retornó a sus placenteras moradas. Cuando intuíamos sobrepasado lo más duro, habiendo ya aprendido remedios para sobrevivir al frío y la montaña como los baños de agua, vinagre y sal de cada noche o el aceite de almendra para las ampollas, la noche nos cazó descendiendo una cresta y con ella unos tímidos copos primero y otros como puños detrás.

Aquella noche ocupamos una angosta cueva, insuficiente para nuestro número, peleando sin éxito por ampliarla con las tiendas que llevábamos. Una ventisca obsesionada por apagar las hogueras nos pegaba de pleno y en sentido horizontal. Hacinados, aprovechando al máximo el calor humano, pasamos las horas más rudas soñando despiertos con la salida del sol. Más de un dedo, varios animales, dos de los presbíteros asturianos de más edad y tres de los fieles que nos acompañaban no pudieron contarlo.

Finalmente llegamos a Sepúlveda, poco más que una alquería que a nosotros nos pareció Bizancio. No importó su falta de baños o posadas bien atendidas ante una lumbre con un grasiento caldo hirviendo y un lecho seco. Continuamos, con un constante viento del oeste como acompañante y la pobreza como paisaje extendido, cruzando el desierto de la marca media por Roa y Pallantia hasta llegar a León. Regado por el Bernesga y el Torío descansaba en una posición algo elevada y a salvo de las aceifas sarracenas desde su repoblación por Ordoño veinte años atrás.

El recibimiento de la ciudad, famosa por su bullicio, mercados y alegría, fue mucho más sobrio que el toledano. Se conocía la pérdida de sacerdotes y peregrinos en las sierras centrales y se actuaba en consecuencia. Tras una solemne eucaristía en la iglesia del monasterio de San Sebastián, Dulcidio y Máximo, inseparables tras la traumática experiencia acaecida, fueron recibidos por el consejo de la ciudad, lo que nos permitió a Jair y a mí buscar y encontrar una estupenda posada abierta. Al menos eso recuerdo con tantos años y nostalgia de por medio. Noches de vino y camaradería que descansan esculpidas en el cerebro y, aunque con una sonrisa, hasta duele recordar. Jair y su estruendosa risa.

Continuamos por el margen izquierdo del Bernesga que lucía salpicado con alegría por encinas y robles de imponente presencia. El buen tiempo no nos permitía acelerar el paso, pues parecía que toda la población de León, como en Corduba y Toletum, nos acompañara en una auténtica procesión de fe. El tercer amanecer nos regaló admirar el macizo de peñas calizas de las Ubiñas, y desde allí, y tras disfrutar de su impagable vista, descendimos atravesando Payares, un valle donde bullía el agua que cruzaban puentes romanos y bosques de robles en los lugares soleados, hayas en los umbríos y helechos por todas partes. Continuamos por aquel paisaje encantado hasta que a poco más de una legua de nuestro destino nos detuvimos por última vez. El Monsacro.

Pese a su cercanía a la capital asturiana y nuestra ansia por alcanzarla, Dulcidio y la comunidad querían visitar, junto a los mártires, las dos ermitas que coronaban su cima. Desde antes del ascenso el gentío escoltaba la procesión, haciendo para muchos imposible incluso acceder al monte. Los hombres se peleaban por portar las reliquias obligándonos a establecer turnos. El nombre hacía justicia al lugar, viejo guardián del Arca Santa, pues el monte, bello hasta causar dolor, se erguía solitario tapizado en verde frente a los escarpados picos del Áramo, Gamoniteiru, Gamonal y Angliru, cuyas cumbres solo las cabras se atreven a hollar. Me alegró comprobar que la eucaristía seguía el mismo rito, aun siendo más breve, que en las tierras del sur, con parejos himnos y lecturas y una inmensa devoción por nuestros santos. No dejaba de impresionarme el recibimiento en cada estación de nuestra empresa, revelándose ante mí esa verdad que Dulcidio defendía y que permitía que aquellas gentes sintieran como propios a los mártires cordobeses. Hilos que cosían aquella tierra llamada Hispania, brillantes en territorio cristiano y clandestinos bajo la sombra caldea.

Tras un frugal refrigerio y con la noche amenazando el día como el halcón a la paloma, pues así es en estas tierras en esas fechas, continuamos con nuestra marcha para a escasos pasos avistar, a las faldas del Naranco, la muralla que amparaba la ciudad de Ovetao.

A la mañana siguiente nos despertó el silbido de un viento gélido y violento. Habíamos dormido en una de las viviendas anejas al palacio del mismo rey, aquel que construyera su abuelo Ramiro a faldas del Naranco, en un espeso bosque de abundante caza. Desde allí partiríamos para, por fin, dar cumplida sepultura a Eulogio y Leocricia.

Ya en el patio y antes de iniciar el recorrido, saboreé el recinto palaciego que me había perdido la noche anterior. La arquitectura era extremadamente singular pues combinaba una elegante austeridad con cierta volatilidad, como si en lugar de piedra gastase paja y flotara sobre el suelo. Las dos plantas del palacio de Ramiro no se parecían a nada que hubiera visto con anterioridad. Habituado a las geométricas decoraciones caldeas, me encantó descubrir a caballeros, aves y caballos como ornamento en los fustes y medallones de sus arcos. Estos, sin embargo, palidecieron al encontrarme a los pocos pasos con la decoración de la puerta de la iglesia de San Miguel. Diseñada por un artista franco llegado desde Bizancio, mostraba en relieve graciosas acrobacias de un saltimbanqui y un domador de leones. Jocoso, Jair me preguntó si por allí habría alguno para darle caza, siendo yo el Orán Siyaad.

Tras un fugaz responso encomendando al Señor nuestra jornada, nos dirigimos hacia la catedral ovetense. Encabezaban la comitiva los santos cordobeses seguidos por el rey Alfonso a pie, en señal de respeto, junto a su esposa Jimena, abrigada por un interminable manto grisáceo de nutria. Tras ellos transitaban siete de sus hijos, el carmesí pendón asturiano, las máximas autoridades religiosas y los notables del reino y la villa. Yo lo hacía en los siguientes lugares, preocupado por el muro gris que ocultaba el sol y amenazaba con descargar su furia sobre nosotros aquella desapacible mañana. Temía ensuciar la preciosa túnica de terciopelo azul y el manto de piel de liebre que me habían dejado en la habitación como regalo para lucir en tan insigne ocasión.

Recorrimos en un suspiro la distancia hasta la muralla para adentrarnos por la puerta del rey en la ciudad. Paseando entre palacios, jardines y fuentes, distinguimos la aplaudida Foncalada, poco más que un abrevadero de piedra de sillería que aprovechaba un manantial potable. Ridícula, comparada con las fuentes andalusíes. Recogidos por un respetuoso silencio que contrastaba con la presencia de millares de personas, arribamos a la *civitas* episcopal,

sede del obispado de Ovetao y diseñada por el segundo Alfonso al restaurar la catedral de San Salvador y acompañarla de las iglesias de Santa María y San Tirso. Junto a un cementerio y adosada a una torre edificada por el Magno, encontramos la Cámara Santa. Nuestra última estación y más aún la de Eulogio y Leocricia. De nuevo, su simplicidad escondía un refinamiento mágico.

Construida en dos plantas sin comunicación entre sí, accedimos a la planta superior a través de la torre para celebrar una recogida y preciosa eucaristía en un oratorio consagrado a san Miguel. En la nave inferior, en una cripta de unos quince pasos de largo por cinco de ancho, descansaba el tesoro. Tuve la suerte de ser uno de los elegidos que cargó y despidió los cuerpos de nuestros santos enterrándolos en una teca situada bajo la mesa del altar junto a una imponente caja de roble. El Arca Santa. El santo cofre de las reliquias, el guardián de los mayores tesoros de la cristiandad.

Permíteme que cuente su historia, pues no tiene desperdicio y largo había sido su periplo hasta allí: los primeros cristianos, al huir de Jerusalén con la invasión de Cosroes, guardaron sus más valiosas reliquias en una caja de cedro. Entre ellas se contaban parte del santo sudario, de la santa cruz, de la sangre del Señor, del pan de la cena, de la piedra del sepulcro, de la Tierra Santa o de su sagrada túnica. También vestidos de la Virgen, su propia leche y huesos de los más insignes apóstoles, santos y mártires. Ni siquiera Roma o Jerusalén podían presumir de algo parecido. Los posteriores avances persas por el sur propiciaron su postrera llegada a Hispania, donde san Fulgencio, el obispo de Astigi, la envió a San Leandro de Hispalis. Años después, san Isidoro, que se convirtió en su más fiel guardián, la portó consigo al ser nombrado obispo de Toletum protegiéndola con una nueva caja de roble, aquella que ahora disfrutaban mis ojos. Empujada por la invasión musulmana, el arca siguió su viaje al norte siendo ocultada ochenta años en el Monsacro, para finalmente llegar a Ovetao de mano de Alfonso el Casto. De este monarca databa también la cruz que presidía el altar. La Cruz de los Ángeles. Digna guinda a tan sabrosa tarta y también ataviada de leyenda, pues el mismo rey aseguró que, tras encargársela a unos peregrinos, descubrió sus hábitos abandonados y una reducida y gruesa cruz de madera de cerezo forrada por un paño de oro y cubierta por piedras preciosas, camafeos y entalles con formas de jóvenes griegas perfectas. Imposible factura para un mortal, símbolo del reino asturiano.

Aquella misma noche en el palacio Alfonso se alzó del trono como si del arcángel Gabriel se tratara. Elegantemente vestido de carmesí, el color

asturiano, brillaba al reflejo de los cirios y chimeneas que caldeaban la sala de banquetes del palacio real en la fría noche asturiana.

A corta distancia resultaba aún más impresionante a como lo había intuido en las celebraciones de la mañana. Corpulento, casi tan ancho como alto, sin ser bajo en absoluto. De imponente tórax y cuello, musculosos y largos brazos y macizas piernas asentadas sobre una piel de oso oscura, al que parecía haber sido capaz de matar con sus bizarras manos. Plata y oro refulgían dichosos en brazaletes, collares, medallones y broches que adornaban pecho, cuello y brazos, allí donde el frondoso pelo negro y espesa barba trenzada lo permitían. A la legua podía apostarse, sin miedo a la pérdida, que nos hallábamos ante un rey.

Nos recibió con una enorme sonrisa, alzando los brazos e invitándonos a sentarnos a su mesa y disfrutar del banquete en nuestro honor. Con enorme deferencia sentó a su izquierda a Dulcidio y a Máximo, a escasa distancia. García, su sobrino, al que conociera en el campamento de Pancorbo, ocupaba un lugar cuatro puestos a su derecha.

Al término del convite, un interminable desfile de vino, cerveza, ciervos, jabalíes, pichones, pescados y marmitas, se retiró a una sala contigua junto a un reducido séquito encabezado por Dulcidio y varios notables más desconocidos por mí.

El movimiento le permitió a Máximo acercarse a Jair y a mí. Yo no había sido austero con el cálido y fuerte vino durante la opípara cena y así, cuando llegó el sacerdote, me dirigí a él susurrándole con confianza.

—Hombre, Máximo, el que departe con emperadores, gran honor nos dispensas al sentarte con el vulgo. Te he visto entretenido en la cena. ¿Cómo es el rey asturiano? A fe que Magno, sin duda.

—Que la envidia no te corroa, Alfonso —me respondió de forma irónica, disimulando una sonrisa mientras se servía una copa de una de las jarras de plata—. En breve conocerás también a tu tocayo, así que muda al agua, pues por el olor creo que has debido vaciar al menos dos o tres de estas… —Mi expresión fue lo que mudó inmediatamente, pues presto y tras una carcajada decidió añadir—: No te preocupes, hombre, que por cada una tuya, él lo habrá hecho con dos o tres. ¡Qué forma de beber y comer! Ahora en serio, el chambelán me ha informado que el emperador nos recibirá en último lugar, muestra de amistad y deferencia.

—¡Vaya! Pues sí que es una sorpresa. Cuéntanos entonces con más razón tus impresiones —le contesté sin haberme aún recuperado.

En esta ocasión, Máximo, como era habitual cuando ordenaba sus pensamientos, quedó un rato en silencio, bebiendo y paladeando con parsimonia, antes de comenzar a escoger cada palabra.

—Pocos hombres han conseguido llamar mi atención de tal forma en un primer contacto, ¡aunque cierto es que se trata del primer rey con el que tengo a bien tratar! Había escuchado alabar su maestría en el mando, pero cortos se quedaban ante su cercanía y afabilidad. Se dirigía a mí directamente por mi nombre, conociendo mi posición y procedencia, derrochando confianza, palabras cálidas y aceptando con deferencia las mías.

»La astucia brilla en sus ojos siendo capaz, al hilo de cualquier conversación, de encontrar rápidamente argumentos a las objeciones e incluso de adelantarlos intuyendo razonamientos contrarios. Regala una capacidad de persuasión y sutileza que otro desdeñaría desde su elevada categoría, pero que él ha sabido desarrollar para afianzarse en tan difícil posición.

—¿Difícil posición? —le interrumpió Jair—. Difícil la del súbdito que paga el portazgo de sus puentes cuando no puede ni alimentar a sus hijos o la del soldado que muere en sus batallas. Ya quisiera cualquiera disfrutar de sus privilegios —añadió, levantando su copa y bebiendo a modo de brindis.

—Vamos, Jair, no seas simple subrayando la evidencia —le recriminó Máximo—. Cómodo resulta considerarle afortunado a la vista de las viandas que acabamos de degustar pero a cada hombre ha de juzgársele según sus circunstancias, y las del gran Alfonso no han sido sencillas y sin embargo su actuación es sobresaliente.

»Al morir su padre Ordoño hubo de refugiarse en las Vardulias, lo que ahora él llama Castilla, junto al conde Rodrigo, hasta que sus seguidores dieron muerte al conde gallego Fruela Bermúdez, usurpador de la corona. Pacificado internamente el reino, cargó contra los sarracenos y, como comprobasteis en persona, con victoria tanto al ataque como en defensa, alejando la frontera considerablemente al sur y consiguiendo la beneficiosa paz actual.

»Según Dulcidio, ahora su objetivo no es solo asegurar la defensa de las plazas sino darles vida, repoblarlas de fieles que aseguren el terreno. Cuenta con los monasterios como cabeza de ariete y un plan diseñado para ello. De ahí las duras palabras del toledano en su sermón en Corduba.

Máximo bebía tranquilo de su copa, el ruido en el resto de la sala crecía, lo que provocó que hubiéramos de arrimarnos. Mientras escuchaba atento sus palabras, observaba el comportamiento de los que nos rodeaban y las embajadas que nos precedían. Jamás había contemplado tan de cerca el

influjo del poder y el encanto que emana del afortunado que lo posee. Los hombres aguardaban y acudían a su llamada rígidos, irradiando dudas y desconfianza con semblante tímido tras ensayar ridículas presentaciones o genuflexiones, y volvían exultantes, erguidos y con cierta altanería. Máximo continuaba hablando:

—Pero además de un hombre de espada, Alfonso es un hombre de letras y arte completando así la figura idónea de todo gobernante. León en la batalla y zorro en la tribuna. Me saludó en un aceptable griego, sin duda avisado de nuestros juegos durante el camino, y prometió solícito mostrarme su enorme biblioteca. Varias son las crónicas históricas que ha financiado e ingente el trabajo en los *scriptorium* y talleres de orfebrería por sus encargos.

»Hace menos de un decenio que fortificó la ciudad de Ovetao engalanándola como hoy hemos visto. También fuera de la capital hay cantidad de iglesias, castillos, monasterios y fortalezas edificadas o en curso de serlo, siendo sin duda su ojito derecho una aún en construcción sobre la tumba del apóstol Santiago, en el lugar santo de Galicia. Enamorado anda de ella y no escatimará para su construcción recursos ni personas, ya finalizada la Cámara Santa, pues según me decía cada vez son más los que peregrinan a la tumba del apóstol desde que construyera la ermita primigenia su predecesor Alfonso el Casto. El camino de las estrellas le llaman.

En esas llegó nuestro turno y un mayordomo nos dirigió a presencia del rey.

Atravesamos una imponente sala iluminada por cientos de velas, aún mayor que en la que celebráramos el banquete. La sala del trono. Este se hallaba algo elevado y parecía completamente de oro, material que vestía toda la estancia bañándola con sus reflejos de un tono cálido y agradable. No pude apreciar mucho más pues enseguida llegamos a una salita mucho menor.

Allí en la puerta nos recibió afable Alfonso, invitándonos a sentarnos al calor de una chimenea presidida por una enorme cornamenta de venado de veinte puntas de imponente grosor. Muchos eran los trofeos de caza adornando las paredes, algunos de un tamaño sobrenatural y que yo, pese a mi buen conocimiento de los bosques, no conocía. Según nos dijo Dulcidio con posterioridad, se trataba de la salita en la que el rey departía con los más allegados. Tras tomar asiento alrededor de una mesa de nogal y pedir al servicio que nos ofrecieran algo mientras él seguía con el vino, se dirigió directamente a nosotros.

—Por fin conozco a todos mis invitados de Corduba. Con Máximo ya he tenido el placer de coincidir, pero ardía en deseos de hacerlo también con mi

tocayo Alfonso y su amigo Jair. Sed bienvenidos a mi reino y, por favor, sentíos como en casa pues desde hoy es vuestra. Como veis, serán cortas las presentaciones pues conmigo tan solo se hallan Dulcidio, a quien bien conocéis, los condes Diego Rodríguez y Hermenegildo Gutiérrez y el obispo Sisnando. —Hermenegildo era su compañero inseparable y más leal consejero, Diego otro de sus principales y Sisnando regía la nueva diócesis de Galicia—, pero, por favor, si os he dejado para el final es porque soy un enamorado de los viajes y sus historias, y no quería andar con prisas en esta entrevista. Dulcidio me lo ha descrito someramente, aunque me encantaría que me relataseis vosotros el camino recorrido desde Corduba. No escatiméis detalles pues en ellos está la riqueza.

Se produjo un momento de silencio, hasta que Máximo decidió romperlo dejándonos a Jair y a mí mismo respirar aliviados.

—Emperador Alfonso, gracias a vuestra merced por la acogida. Jamás soñamos con tamaño honor. Nada nos complacerá más que responder a su petición, y a fe que no os defraudará la historia, pues muchos son los aconteceres que nos han sucedido en este viaje y tenemos la suerte de que nuestro querido Alfonso podrá relatároslo, ya que narra como si de un juglar se tratara.

No esperaba la jugada y admito que me costó el arranque, sin embargo, una vez en marcha, las palabras surgieron con fluidez para narrar, desde Toletum en nuestro viaje de ida, más o menos lo mismo que aquí he escrito. Alfonso escuchaba inquieto, interrumpiéndome constantemente a la caza del detalle en villas, defensas, ideas, números, construcciones, imágenes o hechos para lo que tanto Jair como Máximo y Dulcidio me socorrían. Cuando no lo hacían ellos, se volvía a Hermenegildo, quien asentía o negaba con la mirada. Sus certeras y apropiadas preguntas cotejaban su perspicacia.

Una vez la andanza arribó a puerto y me felicitó por el pilotaje, la curiosidad se centró en el emirato, aunque no tardó mucho en constatar que conocía mucho mejor que nosotros la complejidad de las relaciones y el juego de venganzas, celos, enemistades y conspiraciones que se urdían cada mañana en palacio. Contaba con oídos en sus paredes. Sin entretenerse demasiado y mientras levantaba la mano solicitando una nueva jarra de vino, abrió el tema que debía realmente interesarle.

—¿Y qué es de Bobastro, señores? Llevo tiempo siguiendo con interés las revueltas del sur y hablan de vuestra fortaleza como si de Cellórigo se tratase. ¿Es cierto que las águilas no alcanzan a anidar en sus riscos?

—Sí, es alto —respondí, sabiendo que a mí se dirigía la pregunta. Tras reflexionar para ordenar la respuesta, continué—: Y en cierto modo se parece a Cellórigo, aunque su esencia es distinta. Mientras la vuestra es una fortaleza para salvaguardar la frontera, la Mesa, como nosotros llamamos a Bobastro, descansa solitaria, olvidada por los caminos transitados pese a su cercanía a poblaciones clave. Jamás te acercarías si no es de forma premeditada. Su planicie le permite ser una ciudad completa, mayor en perímetro que vuestra capital. Capaz de albergar una gran población y la intendencia que requiere. Esta maravillosa singularidad provoca también su gran debilidad ya que, pese a la defensa de tajos y barrancos sin parangón, asegurarla completa es sumamente complejo. Grande era el trabajo realizado cuando hubimos de rendir las armas.

—¿Crees que finalizada la tarea aguantaríais el embiste del ejército caldeo? —me interrumpió Hermenegildo en esa ocasión.

—Podrían defenderla damas e infantes. —No dudé un instante en la respuesta. Alternando mi mirada entre las del conde y el rey proseguí—: Resultaría más sencillo matarnos de hambre o sed que tomarla al asalto. Solo existen tres posibles puntos de ataque en toda su superficie, los que sirven de entrada a la ciudad, dos de ellos tan angostos como esta misma sala. Con un castejón de defensa en la parte más alta y la muralla que teníamos casi liquidada, Bobastro sobreviviría al mismo César. Ni que decir tiene si ejecutáramos cuantos planes Omar tiene en mente.

La madera crepitaba en la chimenea mientras los asturianos se observaban, contentos con lo escuchado, como si refrendáramos noticias ya trilladas. Fue el Magno quien tomó la palabra de nuevo:

—Por lo que he oído de Pancorbo, no sois precisamente chiquillos los que peleáis junto a Ibn Hafsún. Cargasteis con todo, con más ímpetu que la propia caballería sarracena. Lástima que no os comportéis de igual forma con los infieles y firméis este tipo de alianzas.

—Como su majestad sabe —intervino Máximo—, cuando la necesidad se impone no se escogen los compañeros de armas. Seguro que muchos de los que defendían aquellas banderas ni siquiera pensaron en los motivos religiosos en liza. Es supervivencia y política.

—Estoy de acuerdo, Máximo, pero eso es justo lo que está a nuestro alcance variar. Creo que has hablado mucho con Dulcidio al respecto, pues estamos convencidos de que nuestro destino consiste en restaurar desde este trono el reino de nuestros padres godos. No hablo de religión, consecuencia

postrera de todo dominio, sino de recuperar nuestra tierra y privilegios usurpados.

»Sabéis de mis lazos con los Banu Qasi, con los que me encuentro y desencuentro como el lobo y la luna, pero no ha sido poca mi ayuda a otros como el Gallego en Mérida u otros rebeldes de Hispania. ¿Qué necesitaríais vosotros? Tenéis la plaza, los hombres y, por lo que he oído, incluso un capitán capaz. Comprendo las dificultades de tan difícil posición, pero deseo que transmitáis a Omar que piense en mí de necesitar aliados o recursos contra el infiel.

Nos miramos extrañados pues no esperábamos tal ofrecimiento. Comencé a entender los intereses ocultos en la invitación para acompañar a Dulcidio. Incluso que probablemente esto fuera lo que buscaran contarle a Omar aquel día en el campamento. Alfonso continuaba hablando:

—Sois inteligentes y sabéis que no escondo generosidad gratuita. Corduba es mi principal y casi único enemigo. Muchos son los frentes abiertos contra ellos y el trabajo pendiente. Un gran aliado al sur sería como agua para el sediento en el desierto. —En ese momento levantó una mano haciendo un gesto a uno de los soldados que custodiaban la puerta—. Pensadlo, habladlo a vuestra vuelta y contadme, no será difícil mantener el contacto. —El soldado llegó hasta donde estábamos portando un precioso cofre de plata repujado con arabescos que dejó sobre la mesa. El rey lo abrió enseguida—. Por lo pronto y sin relación alguna al ofrecimiento recién hecho, me gustaría que aceptarais estos regalos como símbolo de amistad y agradecimiento por haber traído las reliquias de los santos mártires hasta aquí. —Con un nuevo gesto al soldado y sonriéndome, concluyó—: Para el juglar del sur, traed el de la serpiente, bien lo vale su historia y su valía.

Se trataban de preciosos presentes.

Para Máximo escogió un ejemplar de un pequeño códice titulado *La profecía de Gog*, obra también de Dulcidio. En sus tres páginas narraba cierta profecía que cifraba la liberación cristiana guiada por el emperador Alfonso en aquel mismo año. La forma ayudaba al fondo al lucir hermosa caligrafía dorada con preciosas ilustraciones sobre grueso papiro vestido por cuero rojo y una gran cruz cosida en plata sobre la portada. No daba puntada sin hilo el Magno. Sembraba la semilla corriendo una voz tan improbable como soñada.

Para Jair y para mí prefirió sendos brazaletes de oro incrustados por piedras preciosas de grácil detalle, finura y calidad. Un distintivo habitual como homenaje a los soldados que sobresalían en las batallas. El mío era una espectacular serpiente con cada escama cincelada en oro, dos rubíes como

ojos y una larga cola de esmeraldas. Un trabajo prodigioso de orfebrería a la altura de la fama que rodeaba al reino asturiano en tal menester desde hacía decenios.

Pese a nuestra reticencia no pudimos negarnos y con ellos y su propuesta de alianza en el zurrón, nos despedimos para regresar a Corduba.

VIII

Catalina no había disfrutado de la misma forma mi ausencia. Dos bolsas amoratadas sujetaban unos ojos que ahora me parecían más grises que verdes. También el ánimo había ensombrecido. Las cosas no marchaban bien por Corduba. Mencía había fallecido pariendo su cuarto varón. Dejaba a Ayyub, Yafar, Abd al-Rahmán e Isabel huérfanos y a Omar viudo. Él no estaba mejor que Catalina.

No yerra el popular dicho que afirma que penas y olas nunca vienen solas. Su ostracismo en la corte emiral era absoluto, despreciado por la burocracia gubernamental y la alta sociedad. Los árabes formaban una élite impenetrable que generalmente le despreciaba cuando no le atendía con cierta condescendencia más caritativa que respetuosa.

Nos fundimos en un abrazo al encontrarnos en el patio de su nueva almunia. Me sorprendió su aislamiento, descuido y decrepitud. Nuestra vuelta se había alargado más de la cuenta al no poder cruzar la sierra central, y la primavera, siempre con prisa por visitar nuestra tierra, iba ya voceando su llegada. Fui yo el primero en hablar retirándome y mirándole a los ojos donde asomaban unas lágrimas involuntarias.

—Lo siento mucho, Omar, Mencía era una gran mujer.

—Cosas de la vida, Alfonso, aunque no te negaré que es difícil. Los críos preguntan por su madre y yo no sé muy bien qué responderles. Son muy pequeños. Ayyub tiene ocho años e Isabel dos recién cumplidos, antes de la campaña del norte aún mamaba. La echo de menos. Nunca creí que tanto, ni dudé que en caso de faltar uno de los dos sería yo. Debí habérselo dicho más, haberla querido más, estado más en casa.

Su mirada descendía desde mis ojos hasta el suelo donde se detuvo ensimismado. Me dolía verle así y traté de animarle.

—No dudes de que ella lo sabía. Hasta cierto punto fue la única capaz de domarte. —Hice un silencio incómodo, pues ambos sabíamos que aquello era relativo, y traté de variar el tema—: ¿Cómo os organizáis? Sabes que de necesitar ayuda con algo, puedes contar conmigo y por supuesto con Catalina.

—Gracias, Alfonso, pero no has de preocuparte. Está con nosotros mi tío Mudáhir, Calixto y tres siervos más. No da para más el maldito zulo en el que me tiene preso al-Burani. —A tal apodo respondía Muhammad ibn Walid ibn Gánim, fiel servidor de al-Mundir, enemigo acérrimo de Hassim y prefecto de Corduba. El Capitán fue alzando la cabeza mientras escupía las palabras—: Me tienen harto. Hassim no se impone y el ir de su mano es más impedimento que ventaja. Tres veces me han mudado sin más explicaciones que las que recibe Peri para cobrar pieza. —Se relajó y nos sentamos abriendo una garrafa de vino—. Pero bueno, cuéntame tú. Te he echado mucho de menos, Alfonso. Disfrutemos de un buen vino con una mejor historia. Me animará escucharte.

Volví a contarla. Curiosamente, gustaba de ahondar en las mismas cuestiones que los asturianos y adelantábame yo destacando los pasajes que aquellos más disfrutaran. Se revolvió en su asiento al escuchar nuestro encuentro con el Magno y aplaudió con entusiasmo al enterarse de que conocía tan bien Bobastro como su nombre y andanzas. Le encontré tan desnortado que omití el ofrecimiento de Alfonso mientras me mordía la lengua al atender sus alabanzas al brazalete y la promesa de comenzar él mismo esa costumbre con los hombres que lo merecieran. No quería enajenarle con profecías, ideas divinas o complicaciones innecesarias.

El momento surgió un par de meses más tarde.

Las condiciones de Omar no habían mejorado. Aún peor eran las nuestras, pues ocupábamos una casa baja del barrio mozárabe pegada a la de Jair, su esposa Jazmín y sus tres hijos. Eran de lamentable construcción de adobe, húmeda y heladora salvo el rincón más cercano a la lumbre. Comprendía y compartía las quejas de una Catalina que no había recuperado la alegría.

La soledad la había secuestrado durante mi falta y tras la muerte de Mencía, y no osaba liberarla. El hielo me detenía el corazón al observar su melancólica mirada cuando reparaba en los niños con los que nos cruzábamos. Ella no compartía mi resignación. Soñaba con la dicha que se nos negaba sin causa alguna. Cada intento, cada esperanza, cada sueño, cada momento de alegría eran efímeros, sin alcanzar a madurar o llegando a término sin vida. Su sonrisa se apagaba y la risa abandonaba nuestra casa. Nuestros encuentros eran inexistentes, pues el mejor resultado que podían cosechar era el de la esterilidad, ya que de no ser así se revivía la pesadilla de un nuevo deseo truncado.

Nada nos ataba allí y preocupándome por su estado maduré la idea de visitar a su padre en Awta para permanecer allí una temporada. Omar comprendió mis razones.

—Siento mucho lo que me cuentas, Alfonso. Intento hacer valer lo que tratamos, pero no me escuchan. Lamento si os estoy fallando, pues nada lamento más que defraudar a los que hasta aquí me habéis seguido y continuáis a mi vera. Lo primero es Catalina, por supuesto, y bien haces en abandonar este burdel. Mis hijos me atormentan cada minuto con la misma cantinela y mi tío me dejó hace poco más de un mes para volver a Bobastro, pues no soportaba la situación. —Cada vez estaba más nervioso, hablándole a su pecho mientras recorría el patio de su casa—. Si la vía de Hassim no es capaz de solucionar esto acudiremos a palacio para hablar con ese maldito al-Burani. —Se detuvo mirándome—. Vayamos ahora, si te place acompañarme. Esto no puede continuar así. Observa el pan con el que hoy ha llegado Calixto del silero. —Corriendo me llevó hasta la cocina, donde desmigó un mendrugo de un pan que más pareciera fermentado con arena que con trigo—. ¿De qué demonios está hecho esto? Ni los cerdos lo comerían. Estoy seguro de que la orden es suya. Marchemos a mostrárselo a ese miserable.

Cogiendo tres mendrugos más salimos de su casa hacia el palacio del zalmedina. Cedimos el caballo en la puerta solicitando audiencia. Nuestra notable montura, vestimenta de calidad e imperiosa urgencia nos permitió franquear las puertas sin problema hasta la sala de recepción. Allí, un eunuco escoltado por cuatro guardias nos paró en seco.

—No veo que tengáis audiencia y de esa forma es imposible visitar hoy al honorable prefecto Ibn Walid, ya que estará reunido el resto del día. Me sorprende vuestra audacia al presentaros aquí sin previo aviso pues bien conocéis el protocolo.

Se trataba de un hombre redondo, de voz aflautada y aguda. No por ello carecía de determinación y enseguida percibimos la dificultad de franquearle. Omar no se amilanó sin embargo.

—Jamás nos presentaríamos sin el respeto debido. Soy Omar ibn Hafsún, *qaid* del ejército del emir y mucho es el tiempo que llevo intentándolo sin éxito. Supongo que lo sabréis. A los problemas de intendencia que vengo repitiendo recurrentemente se suma ahora el alimento que nos conceden. —Diciendo esto, sacó uno de los mendrugos y repitió la operación que conmigo había realizado—. No me importa esperar el tiempo que sea necesario, pero he de verle.

—Su fama le precede *sahib* Ibn Hafsún, pero ¿realmente ese problema requiere la atención del prefecto de Qurtuba? —Mientras hablaba ahogaba una falsa sonrisa que me hacía desear presentarle a ULFBERHT—. Más sencillo resultaría visitar al panadero —dijo, completando la gracia.

Omar, tragándose el orgullo, optó por jugar otra estrategia, y sacándose de su índice derecho un precioso anillo de oro obtenido en una de nuestras correrías apretó con él la mano del eunuco.

—No creo molestar por esperar a comprobar si el noble Ibn Gánim pudiera recibirme cuando a él le encajara. Si no os incomoda, aguardaremos aquí sin causar perjuicio a nadie.

Recogiendo con naturalidad el soborno en el bolsillo mientras disimulaba otra pícara y avariciosa sonrisa que como un relámpago cruzo su fofa cara, respondió:

—No garantizo nada, pues está reunido con doctores ulemas, pero preguntaré por si acaso.

Corrió la tarde entera hasta que pudimos verle. No estaba solo al-Burani. Varios ulemas de enorme turbante y hosca cara se sentaban junto a él. Ni siquiera se levantó a recibirnos cuando, tras presentarnos el eunuco, se dirigió hacia nosotros.

—¿Y bien, Ibn Hafsún? Horas lleva este estúpido diciéndome que ahí esperas por cierta confusión en una cita. Como verás, reunido estoy, así que trata de ser conciso y no te preocupes por estos hombres, pues su juicio es tan o más valioso que el mío. ¿Qué quieres?

El entorno jugaba claramente en contra y no dudo que ambos hubiéramos pagado por haber escogido otro momento o acompañantes para nuestra visita. Aun así, Omar no podía perdonar la oportunidad y con una gran inclinación de cabeza y hondo respeto en su voz, le contestó:

—Sahib Muhammad ibn Walid ibn Gánim, Allah tenga a bien guardaros. Siento importunaros pero mucho tiempo hace que solicito veros, y al no obtener respuesta opté por tratar de hacerlo de forma directa.

—Aprovéchalo entonces —le cortó de forma seca.

Omar, visiblemente nervioso, cosa poco habitual en él, equivocó el punto de arranque.

—No sé si sabréis que mi mujer falleció hace escasas fechas y desde ese día insisto en un cambio de vivienda que no llega. No me mueve solo el hecho de que la actual sea poco más que una choza, sino por las condiciones que sufren mis hijos. Mis hombres no están mejor que yo y veo que cargos similares al que yo ostento son tratados de forma obviamente desigual.

—Qué aburrido y patético me resultó siempre el lamento de los perros —le cortó Muhammad ald al-Salam al Jusani, quizás el ulema de la mirada más cargada de odio, en voz alta y seca. De poco menos de cincuenta años de edad, era un célebre maestro de Corduba, tradicionalista y viajado por las aljamas orientales. Presumía, con razón, de alta alcurnia. Por parte paterna descendía de Abu Talaba, compañero de Mahoma, por la materna era natural de Qurays. Sus salidas de tono y enfrentamientos eran constantes.

Omar enrojeció tratando de aplacar su ira. Calmándose y evitando siquiera dirigirle la mirada, sacó otro de los mendrugos de su bolsa y, obviando el hiriente comentario, repitió la operación por tercera vez aquella tarde. Abriendo los brazos y en actitud de súplica prosiguió:

—*Pero, hombre, Allah te conceda su misericordia. ¿Tú crees que es posible que se pueda vivir comiendo esto?*

—*¿Quién eres tú, diablo, para venirme con esas embajadas?* —le replicó Ibn Gánim antes de despedirle con el brazo, dándole la espalda y diciéndole—: Recoger lo que has ensuciado deberías antes de tu marcha. —Una risa general de los que le acompañaban adornó la sentencia del prefecto.

Atónito, Omar se quedó observándole hasta que yo, cogiéndole por el antebrazo, le insté a salir de allí cuanto antes. Evidentemente, no teníamos nada que ganar y temía una salida de tono que aliviara el orgullo a costa de la desgracia. El eco de las risas acompañó nuestra salida.

Ya en el patio anterior al palacio nos cruzamos con Hassim. Conocedor de nuestra visita, se acercaba para comprobar lo acaecido, temeroso de una mala reacción ante lo que intuía como un trato vejatorio. Confirmamos sus sospechas.

Omar explotó describiendo profusamente lo sucedido. Cuando escuchó la respuesta de al-Burani, tras observar cómo Omar desmigaba para él su cuarto mendrugo, agravó el semblante zarandeó a Omar por los hombros y le espetó:

—*Esos no saben quién eres tú; dáselo a entender tú mismo*.

En el regreso a casa le confesé la conversación que mantuviéramos con el rey Alfonso.

Ni siquiera sé si hubiera hecho falta.

IX

Peri, siempre a mi vera, ladraba extasiado al encontrarse de nuevo en acción. Aunque ya no tuviera el fuelle de antaño y administrase las carreras, aguantaba con brío el camino.

Omar, nada más llegar a su casa, mandó avisar a Mudáhir de su inminente salida. Este no había perdido el tiempo. Cuando comparecimos, tres jornadas más tarde, contaba con más de doscientos hombres dispuestos a tomar el fuerte y dos decenas aguardándonos allí mismo. También tenían un plan. Mi padre, por supuesto, embarcado en la tarea y alegre de coincidir de nuevo en el mismo bando, fue quien nos lo detalló tras una calurosa bienvenida.

—Desde vuestra partida, al-Tayubi ha estado ofuscado con la edificación e intendencia del alcázar. Busca asentar tanto la posición de defensa como su propia comodidad. No le preocupa crear o defender una posible ciudad, sino construir una fortaleza inexpugnable. Pocos y con menos ganas le auxiliaban de primeras, pero, con el fin de las reservas y la sequía de las dos últimas primaveras, cada vez son más los que se prestan a tal servicio. Lógicamente lo ha erigido sobre la torre del vigía, en el cerro del Castillón. Su lugar natural. Además de imponente es regio, de unos trescientos pasos de este a oeste y la centena de norte a sur, y ya atesora suficiente talla como para ser plácidamente defendido.

—¿Cuántos hombres forman la guardia? —le interrumpió Omar.

—Ciento catorce soldados, contado incluso al-Tayubi y otra treintena de trabajadores, lacayos y esclavos varios. Apenas hay familias.

—¿Creéis que podríamos tomarlo de noche como hicimos con Hardaris?

—Algo han aprendido y no bajan tanto la guardia, además difícil sería tal y como son ahora en las que se ve casi como a plena luz del día. —Fue Mudáhir esta vez quien contestó a Omar—. De todas formas, escucha lo planeado. Tiempo tendrás de realizar cuantas preguntas consideres oportunas. —Omar asintió percatándose de su ansiedad. Mi padre retomó el hilo:

—No te preocupes, hijo, iré al grano. Como en Hardaris la sorpresa sigue siendo nuestra aliada natural, eso no cambia. Aún no se conoce vuestra partida y en Corduba os imaginan confinados en casa, abochornados,

maldiciendo vuestra suerte, llorando por las esquinas. Aquí, una vez construido el fuerte, se han relajado algo, conscientes de la facilidad de su defensa. Confiados, nos subestiman además, pues nuestra colaboración cada vez es mayor. No sospechan un golpe de mano. En el propio tamaño del fuerte está su debilidad y en su fuerza su posible error.

»Como empecé relatándote, muchos son los que trabajan en el interior o visitan el patio con asiduidad por hacerlo en las murallas anejas. El trasiego es constante, pues toda la construcción descansa sobre ciclópeos sillares que cargan ocho hombres para trabarlos de forma regular.

Mi padre bebió un trago de vino. Mantenía la misma fuerza de siempre, ataviado por sus inseparables casco y parche y su largo pelo negro que aguantaba el envite de las canas mejor que la barba. Cruzaba la mirada de su único ojo sano en el discurso desprendiendo enorme seguridad. Prosiguió tras acabar con medio vaso:

—Un destacamento de unos ochenta infantes patrulla de forma casi diaria los alrededores y en numerosas ocasiones les conduce al-Tayubi para inspeccionar las obras y familiarizarse con el entorno. Aprovecharemos esa coyuntura. Desde mañana mismo rondaremos la fortaleza. Resultará sencillo aproximarnos a alguna de las cuevas cercanas hasta recibir aviso de su partida.

»Utilizaremos la misma táctica que empleé en mi juventud para tomar Qal’al Rabah con el ejército de Gastón del Bierzo. Disfrazados como treinta jornaleros o artesanos accederemos al fuerte para sumarnos a los más de cincuenta afines que allí ya trabajan en el segundo anillo de defensa. Ocuparemos posiciones para que unas dos horas después de su partida asestemos un golpe rápido y definitivo. De acceder, contamos con una superioridad de tres a uno, aparte del factor sorpresa. Debería bastar. Fuera, y por si la cosa se torciera, aguardará otro centenar para bien cortar o retrasar la vuelta de al-Tayubi o apoyarnos según la acción lo requiera.

Pocas preguntas surgieron.

El caldeo se demoró cuatro días en salir. Lo hizo tras el almuerzo cuando descontábamos otra jornada perdida. Relajados con menudencias y algo presionados por si desde Corduba llegaba noticia de nuestra partida. Ni siquiera sudamos.

Nuestro atuendo era un sencillo ropaje tocado por sombreros de paja que comenzaban a ser indispensables con el sol y el calor anunciando su reinado. Ocultas acarreábamos las dagas que se complementaban con arcos, carcajes y algunas espadas y hachas que cada día introducíamos, por si acaso, en el

fuerte con el heno destinado a alimentar a las bestias o la leña de las chimeneas.

Entramos charlando animadamente, mientras tres de los nuestros entretenían a los dos guardias de la puerta. Ya en el patio nos distribuimos en busca de un objetivo acechando la señal.

El silbido de Omar rasgó la tarde y en un suspiro el alcázar era nuestro. Los soldados de la muralla cayeron por el buen tino de los arqueros y el resto de la guardia se arrodilló suplicando una clemencia que no otorgamos. Yo sumé dos hombres más en las futuras cuentas que Dios habrá de presentarme. Quién sabe si también viudas y huérfanos. No me preocupaba demasiado, la verdad. Recuperaba mi casa.

Nos pertrechamos aguardando a al-Tayubi. Debíamos evitar que intuyera el peligro para, tras su entrada, confinarle en el patio y acabar con él y sus hombres desde las almenas.

Agonizaba la tarde despidiéndose ya el sol, cuando le vimos aproximarse encabezando la comitiva. Se detuvo a unos cien pasos, levantando la mano en clara señal de parada, cómo buen zorro viejo olía la trampa. En la distancia advertimos cómo debía citar a su lugarteniente para indicarle algo durante un tiempo eterno. Se acercaron otros también a consulta. Finalmente vociferó:

—¡Ibn Hammit! Sal a recibirnos. —Llamaba al responsable del fuerte en su ausencia, muerto ya. Ningún gesto o murmullo le respondió. Probó de nuevo—: ¡Ibn Hammit! ¡Yaffar! —Solo el fuerte graznido de un águila rompió el sepulcral silencio. No era aquella la respuesta aguardada. Aulló más fuerte apuntando con el dedo hacia la puerta—: Guardia de entrada. Dime tu nombre. —Era uno de los nuestros que por supuesto tampoco contestó. Entornando los ojos, ya consciente del gato encerrado, alzó brazos y cabeza para encarar a los que observábamos desde la muralla. Ahí se desgañitó, encabritando su monta—: Alguno de vosotros, decidme vuestro nombre. —Ni la cigarra cantó—. ¡Perros, responded inmediatamente u os lapido vivos!

La respuesta fue una saeta que impactó en su brazo izquierdo. Abu Nasr podía acertar casi desde cualquier distancia. Muchas le siguieron sin tanto tino, junto a las cabezas de los hombres que allí había dejado. Él, aún herido, escapó, pero no fue así con varios de los que le acompañaban. Volviendo grupas descendió el monte rivalizando con el más veloz cabrón montés.

Sin apenas lamentar bajas, Bobastro retornaba a sus legítimos señores y ahora un fuerte defendía nuestra posición. Al Capitán eso en aquel momento no le importaba demasiado. No pensaba esperar.

Unos ciento cincuenta partimos a la caza de al-Tayubi. Buscábamos evitar que alertara de nuestro movimiento al emir antes de organizarnos debidamente. Presumíamos una pieza relativamente sencilla de cobrar. El camino habitual hacia Antikara, lugar natural de refugio, era sencillo de atajar dominando la zona como nosotros lo hacíamos. Su par de horas de ventaja era escaso rédito, y pronto estarían a nuestra espalda con dos o tres buenos lugares de espera y emboscada. Nos equivocábamos. No era tonto el cabrón del sarraceno. Como conejo emboscado buscó la maleza en lugar del raso. Decidió salir lo antes posible de los altos que controlábamos tomando el camino de Runda, a occidente. A poco más de tres leguas encontró madriguera encaramándose en la peña del pino, *sajrat* Hardaris. En esta ocasión no contábamos con una noche lluviosa que ocultara nuestra llegada y allí arribamos para comprobar la sencillez de descalabrarnos a cantazos si osábamos arrimarnos.

Esa noche vestía espléndida. Clara incluso sin luna. Con las estrellas rivalizando en fulgor y el camino que forman entre ellas tan visible como la vía Augusta a su paso por Corduba. Nos acercamos por la falda de la colina que asentaba a la peña desde el oeste, respetando la distancia de una flecha. Omar fue esta vez quien gritó:

—Al-Tayubi. ¡Sal de ahí! Aquí me tienes para lapidarme vivo.

—Sé quién eres, Omar ibn Hafsún, maldito *ibn alabid*, Allah te maldiga a ti y a los de tu sangre. Responderás ante Él y el emir por tu osadía, perro traidor. —La voz de al-Tayubi llegaba fuerte, cargada de rencor, arrastrando las sílabas y el insulto con el desprecio con el que solo los árabes saben hacerlo—. Diez de mis hombres cabalgan hacia Runda donde darán noticia de lo acaecido. Anda a esconderte, rata inmunda, antes de que lleguen tus mayores.

—¿De verdad crees que alcanzarán alguna parte antes de que acabe yo con ellos? —preguntó Omar con una carcajada, para añadir con su mellada sonrisa cargada de un tono amenazante y enérgico—: Son palomas cruzando cielo de halcones. Venga, sal ya. Acabemos con esto. No puedo aguardar para volver al alcázar a disfrutar de ese harem que con tanta gracia has escogido para mí. Si de muchas se trata bueno será compartirlo entre mis hombres. —Omar le provocaba, consciente de su debilidad, pero el árabe no se arredraba.

—Tu arrogancia y voz denotan estupidez e inexperiencia. Cien más como las que en mi lecho me esperan sería capaz de reunir en una semana, tampoco creo que se echen en manos de un cerdo cuando acostumbran a disfrutar de las de un león de noble sangre. Esos a los que subestimas son excelentes

jinetes que no alcanzarás montando vuestros patéticos mulos. Conocen la zona, avisarán y seré yo quien ría al verte huir con el rabo entre las piernas. En cualquier caso, ven y sube si eres tan valiente.

Cada hora transcurrida más hombres se unían a nuestro improvisado campamento en la colina. Aún con el relente de los primeros rayos llegaron el Seco e Ibn Antelo portando un saco que escondía siete morras. Ninguna parecía haberse escapado, pues habían peinado detalladamente todos los caminos a Runda, Antikara e incluso Malaka. Omar lo cogió y volvió a dirigirse hacia la peña.

—¡Al-Tayubi! Buenos días, o no tanto, te traigo frescas noticias. ¡Siete exactamente! ¿Te las cuento? —Esta vez no hubo respuesta pese al largo silencio—. Bueno, imagino que no han de gustarte demasiado. —Abriendo el saco, fue cogiendo y lanzándole cada una de las cabezas cercenadas—. ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Y siete! Parece que no eran diez. —Subió el nivel de lo que ya era un grito potente—. Pronto todos los que ahora os escondéis les acompañaréis. ¿Cuánta agua o comida tienes? Espera a que el sol comience con su trabajo. No me moveré del sitio hasta que te mate.

Pretendieron sorprendernos esa noche. Al poco de cerrarse esta, salieron al galope para romper nuestra posición. Era algo que con antelación habíamos previsto, poblando algunas zonas con inclinadas estacas sujetas al suelo y cavando abruptas trincheras que provocaran sus caídas. Su arrojo y determinación, aun haciendo mucho daño, no equilibró una balanza a todas luces descompensada por los casi quinientos hombres que durante la jornada se nos sumaran a la revuelta.

Allí perecieron con honor los sarracenos y nos hicimos con *sajrat* Hardaris por segunda vez. Aysún al-Jair, que se encontraba entre nosotros, quedó como encargado de convertirlo en baluarte.

La primera conquista tras Bobastro desde nuestra vuelta.

No contemplábamos la ingente cantidad que acompañarían.

Capítulo III

885-894

«Los muertos son los únicos que ven el final de la guerra».
PLATÓN

I

Fortificar Bobastro cuajó como obsesión. Piedras y agua. Gracias a los sarracenos partíamos con un admirable baluarte y buena parte del trabajo hecho, ahora el objetivo era amarrar la Mesa al completo.

Nuestra principal preocupación era el perímetro a abarcar y las fases para acometerlo. En especial qué sería del cenobio y su basílica. Situado en una altiplanicie algo inferior a la principal, protegerlo obligaba a mucho esfuerzo y a perder parte de la ventaja natural. Pero ¿cómo dejarlo fuera? Se trataba del último cenobio superviviente del sur de Hispania y uno de los más antiguos. Un vestigio del pasado, estoico embajador del recuerdo, como la última flor del almendro. Lo moraban unos cincuenta monjes y cercanos hallábanse muchos de los huertos, almacenes y cuevas ocupadas por mozárabes desde largo tiempo atrás. Entre otras la de mi padre. Su basílica, excavada sobre la misma piedra, era el alma de Bobastro.

Discutíamos su futuro en la sala principal del palacio diseñado y amueblado por al-Tayubi. No era exagerado nombrarlo así, pues pese a su índole modesta atesoraba alfombras, sillones, divanes y cojines de Bizancio, Alejandría y Bagdad. La sala se abría a un patio columnado en el que reinaba una alargada fuente junto a un pozo y tres jóvenes palmeras, con no demasiada buena pinta, que allí plantara el caldeo flanqueando la entrada. En una de las paredes, junto al gran portón de madera que daba acceso al exterior, una gran parra ansiosa conquistaba el terreno facilitado por unos gruesos hilos para techar una mesa de hierro rodeada de sillas. Justo era alabar el buen gusto del caldeo.

Omar insistía en centrarse en la defensa de las tres puertas: la del Sol, Portezuelos y la cañada del Lobo. Argumentaba categórico que primero debía defenderse la parte alta y que cualquier otra labor era subestimar el poderío cordobés capaz de presentarse sin aviso previo. Muchos asintieron hasta la aparición de los monjes. Con su sola presencia acallaron las dudas. Ni Sócrates hubiera sido rival. Pedro, el portavoz, nos dijo lo que todos ya intuíamos. No se moverían de allí independientemente de la decisión que fuera a tomarse. Pereciendo bajo la espada sarracena si así era el designio del

Señor. Se acordó, como segundo paso tras defender completamente el alcázar y trazar varias salidas ocultas, incorporar el cenobio al conjunto del terreno.

Entre la Ansara y la Navidad completamos la defensa de la puerta del Sol, Portezuelos y la Mesa del cenobio a la que, dado su menor nivel, rodeamos de muralla en forma de cuña y de un profundo foso.

Consolidábamos la posición.

De forma esporádica soportábamos el acoso de Muhammad que nos forzaba a replegarnos al fuerte. Escaramuzas destinadas al saqueo y el incendio de las tierras bajas que dominábamos. Ni siquiera lograron sacar al bravo al-Jair de Hardaris, emplazamiento que, bien pertrechado, mantuvo pese a vivir un asedio de más de dos meses. Aprovechábamos las visitas cordobesas para edificar torres interiores, cavar enormes aljibes cubiertos de rojo estuco o pozos que, al modo cordobés, rellenábamos de nieve para asegurar durante el verano bebida fría.

No todo era trabajo para Omar. Corroborando su palabra visitó el codiciado harem que al-Tayubi dejara en el fuerte. Entre las flores, como la rosa en marzo, conservaba su belleza la al-Tayubiya que le prendara tantos años antes. Inés, que así se llamaba la esclava cristiana, guardaba el poder de su mirada turquesa y el rojo fuego de sus cabellos. El tiempo, normalmente entretenido en ajar bellezas, generoso había redondeado sus formas aportándoles rotundidad y enorme atractivo. Era una mujer de bandera. Dio por finalizado el luto por Mencía y no tardó en dejarla encinta, casarse con ella y que esta pariera al pequeño Sulayman.

Una noticia al principio de la primavera fue la que atropelló la rutina.

Reposaba tras el almuerzo, observando el repicar de las gotas sobre las losas del patio, sentado en el poyete de la galería que accedía a nuestra casa. Desde meses atrás allí vivían mis suegros junto a nosotros. Los había buscado antes de Navidad como posible remedio a la pena que su hija cargaba. Añoraba más que Omar a su amiga, aunque tuviera buena relación con Inés. Agudizando su ostracismo escondía su sonrisa entre recuerdos pese a mis esfuerzos por avivarla. La convivencia era soportable, aunque ese halo de tristeza y la ausencia de cama compartida me empujaran a la soledad y el silencio con aún mayor asiduidad que mi propia inclinación natural. Mientras me entretenía con los coros de la lluvia, un grito anunció visita. Bajé corriendo. Era habitual recibir a alguno de nuestros amigos y aguardaba con

cierta inquietud a Sulayman o Manuel a quienes hacía bastante tiempo que no veía.

No acerté con ninguno de ellos.

Tocados por una capa parda que chorreaba, en la puerta de entrada junto a las cada vez más enfermas palmeras, descabalgaban Juan, Sebastián y Anselmo junto a un grupo de otros siete hombres. Eran tres de los asturianos que peregrinaran desde Toletum a Ovetao como guardia de Dulcidio. Sinceros, sonrieron pródigamente al verme. Juan, el jefe, fue quien me habló mientras me estrechaba la mano.

—Noble Alfonso, el juglar del sur. Dios os guarde. Me place encontraros bien y aquí. Traemos un mensaje para vosotros.

—Claro, Juan, pasad por favor. —Pese a empaparme por completo le respondí con un abrazo—. Cambiaos de atuendo y tomaremos algo. Aparentáis llevar tiempo en el camino, así que seguro que agradecéis un buen vaso de vino y un cuenco de sopa caliente. Acomodaos. Solo una pregunta, ¿es un mensaje personal?

—Se trata de un mensaje confidencial, pero no privado. Entiendo que puedes compartirlo con quien consideres relevante —me respondió Juan.

—Perfecto. —Señalando a Calixto, continué—: Calixto os acompañará a los aposentos donde cambiaros para conduciros más tarde al salón. Allí nos veremos en una hora.

Escrupulosamente puntual se presentó solo Juan. Esperábamos ya, con copa servida, Ibn Antelo, Omar, Lope, Mudáhir, y yo mismo. Tras las presentaciones en lugar de leche, dátiles y almendras le ofrecimos un buen vino, suculento caldo de gallo y conejo frito que devoró. Yo le pregunté mientras cargaba su copa por tercera vez:

—Bueno, Juan. Pocos son los asturianos que nos visitan, así que la curiosidad nos quema. ¿Cuáles son esas nuevas?

—Primero, disculpad mi ansia con la comida y la bebida, que, por cierto, es excelente, pero llevo desde que partiera de Toletum alimentándome a base de pan y queso. —Sin poder evitarlo, colocando la mano en la boca, soltó un abrupto regüeldo digno de bereber—. Perdón. Sin probar nada caliente, tratando de no parar si quiera en posadas. Don Alfonso, el Magno, requirió que fuéramos expeditivos y no osé distraerme por el riesgo de encontrar problemas gratuitos. —La referencia al rey asturiano no cayó en saco roto, y si ya contaba con honda atención, esta cristalizó palpable. El asturiano siguió con su discurso—: Como bien sabe Alfonso, el hijo de Gonzalo, soy capitán del ejército del rey Alfonso y mi visita revela un doble objetivo. Por un lado,

el rey quería informarse de primera mano de este lugar. En vuestra visita —hablaba dirigiéndose a mí—, quedó hondamente impresionado por tus palabras y me pidió que lo juzgara y te confirmara o desmintiera. Pese a reticencias previas por lo que entendía cierta exageración, ahora creo que fuiste humilde en el halago. Jamás vislumbré algo parejo.

Levantó su copa en señal de reconocimiento y, tras un buen trago y un prolongado silencio en el que paseo la mirada por la estancia y cada uno de nosotros, continuó:

—La segunda razón es anunciaros que se acercan tiempos oscuros para nuestros enemigos. Ibn Marwan planea revolverse desde al-Bayaws, la plaza que fundó hace diez años. Nosotros le apoyaremos ante la probable aceifa con que Muhammad le responda este verano, si es que sigue sin capacidad para atacar a nuestro fiel aliado Muhammad ibn Lubb ibn Qasi. Se le incendia el bosque y no se prevé lluvia sino calor y viento. Alfonso me pidió que os entregara esto.

El cofre estaba repleto de dinares. Sobrepasarían los cinco millares. Miel para un oso hambriento.

Con el recurrente y siempre bien acogido pretexto de una gran cacería convocamos una gran reunión en Bobastro. En esta ocasión el abanico se abría a un público más amplio y variopinto del habitual. Señores de renta y tierra reunidos por el hastío ante los atropellos y la fragilidad del emir. En la cena, tras una jornada en la que la primavera ya se olía en el viento y habíamos abatido dos lobos y yo, un gran venado de catorce puntas al que Peri persiguió seis horas, Omar tomó la palabra:

—Gracias, amigos, por aceptar la invitación y acompañarnos. Tiempo llevamos discutiendo la fuerza y responsabilidad que descansa sobre nuestros hombros. Ha llegado el momento de demostrarla. —El Capitán se levantó para recorrer sosegadamente la sala en la que unos cincuenta hombres le escuchaban atentamente—. Corduba es débil. Los cristianos del norte obligaron a Muhammad a firmar una humillante tregua en la última aceifa, los Banu Qasi se revuelven en el este y, según averiguamos de primera mano, el Gallego se dispone a levantar también el oeste. Solo el sur duerme. —Hizo una larga pausa paseando la mirada—. Lo despertaremos. —Con un gesto pidió a Ibn Antelo que trajera un mapa que cubría desde el gran mar del oeste hasta Pechina. Señalando con una afilada vara de fresno, siguió con su discurso—: Contamos con la mejor posición de todas y no me refiero a este

fuerte —puntualizó, señalando Bobastro, para continuar marcando el mapa al completo—. Cientos de leguas de escabroso terreno que solo nosotros conocemos, demasiado vasto para asegurar su control si somos ágiles y osados en nuestros movimientos. —Hizo una nueva pausa y dio la espalda al mapa—. He combatido junto a ellos, como muchos de vosotros, y no me han dejado dudas de cuál consideran mi posición independientemente del mérito. —No se escuchaba un murmullo. Omar hablaba fluido y con confianza, sincero en su razonamiento—. Durante muchos años hemos jugado a su juego, riñendo por despojos como los perros de la reala que ahí fuera acechan una visita generosa tras nuestra cena. Nunca más será así. Cruzad la mirada al tropezároslos. Peleemos por nuestra dignidad y libertad, mucho más valiosa que el oro o las joyas que nos conceden como a la puta de un lupanar. Recuperemos nuestra alma. No cederán hasta esclavizarnos y definitivamente apagar la llama del orgullo de nuestros padres. Ya no nos vale con evitarles encastillados. Controlemos nuestras tierras y alquerías, los bosques, las minas y los ríos. El mar —dijo, parándose en Ibn Malikk y sus compañeros bahriyyun—, obliguemos al emir a firmar una tregua que nos refuerce. Prendamos lo que es nuestro desoyendo sus amenazas. —Desafiante y seguro, volvió a pasear la mirada entre la audiencia—. Cuanto más osados somos con menos fuerza cuenta Corduba.

El eco de la soflama resonó en la sala y el debate se extendió hasta bien entrada la noche. Muchos juraron lealtad ante el futuro devenir.

Poco tardó en florecer la semilla enterrada, pues previo al verano y de forma conjunta se rebelaron las próximas Awta y Mixas, fortalezas en cerros de arduo acceso que dominaban nuestra retaguardia hacia la costa. Sus propios vecinos pasaron por acero a la guardia para defenderlas bajo nuestro nombre y mando. Les siguió Qumarix, influido sin duda por nuestro pasado en Awta y que limpiaba, a falta de Arxiduna, de presencia cordobesa el histórico territorio de la familia de Hafsún.

La capital de la *kora* de Rayya era nuestro próximo objetivo.

Hadhira Arxiduna resistía bravía nuestros dos meses de asedio. El alcázar y su alcazaba, viejos testigos de la proclamación de Abd al-Rahmán como primer emir de Corduba independiente del poder abasí y su nueva capital en Bagdad, recortaban desafiantes el horizonte sobre un escarpado peñasco. Los poco más de mil árabes, bereberes y población afín que la habitaban ni

siquiera habían considerado la rendición avisados de lo acaecido en Awta, Mixas y Qumarix.

Contábamos nosotros más de cinco mil cabezas dominando la llanura a las faldas de su sierra. El invierno cada vez se tornaba más crudo ayudado por una pesada lluvia, casi nieve, inexistente en las estaciones anteriores. La Navidad nos sorprendió acampados y, junto al agua, el desánimo calaba entre los nuestros. Jamás fue aconsejable excesivo tiempo de recreo para un soldado, peor si la mayoría eran labradores vírgenes en aquella tesitura y desconocedores de la disciplina y el sacrificio.

Discutíamos en la roja *qubba* de campaña de Omar que reinaba espléndida en medio del campamento y la llanura. Las caras eran largas pues la noche se había tornado aciaga. En una sorprendente salida habían asesinado cientos de nuestros hombres, quemando parte del campamento y varias de las catapultas con las que castigábamos su alcazaba recurrentemente. Poco habían perdido ellos aunque sus cabezas adornaran varias picas a la vista de la fortaleza.

Aysún, natural de la plaza, conocedor de algunos sitiados, tomó la palabra:

—No entiendo la obstinación de esos perros. Saben que hasta bien pasada la primavera no les llegarán refuerzos por parte del emir al no poder reclutar tropas con las que enfrentársenos. No perecerán de sed con estas lluvias y varios de los manantiales que riegan la ciudad, pero escasos han de ser sus víveres por muy llenos de grano y rebaños que lucieran los silos a nuestra llegada. Muchas son las bocas a alimentar. Qué fácil resultaría si se aviniesen a negociar. Ni siquiera nos escuchan.

—Quienquiera que los comande ha de ser un hombre valiente. Sabe que entrar para nosotros es prácticamente imposible y cuán difícil resulta matar de hambre a un hombre obstinado —respondió Ibn Antelo tranquilo. Su buen y rápido juicio le había conferido un papel cada vez más predominante en nuestras reuniones—. Imagino que nos verá como poco más que una banda de pastores, que acabaremos aburriéndonos de sufrir a la intemperie sin poder acercarnos a la distancia de la voz.

—¡Claro! —dijo de repente Jair dando un puñetazo en la mesa. Le miré sabiendo que sería una buena idea. Siguió diciéndole a Ibn Antelo—: Tienes toda la razón, amigo, eso es justo lo que pasa. —Omar le observó expectante. Intuía que una nueva idea saltaba a la palestra, aunque no le solía gustar que fuera Jair quien la portara. Seguían sin encajar. Jair no solía intervenir en las discusiones salvo si lo hacía con una nueva perspectiva o matiz en los que el resto no reparaba.

Me sonrió mientras Yahya le preguntaba:

—¿Te refieres a salvar de alguna forma esa distancia mediante algún escudo o treta?

—No, Yahya, claro que no —le dijo Omar—. Mil veces hemos debatido y concluido lo inútil de utilizar los arietes o los onagros. Es inexpugnable. Pero tampoco sé yo a qué se refiere Jair. —Mirándome y sonriéndole, le dijo—: Vamos, cuéntanos.

—Realmente creo que es inexpugnable, Omar, salvo si cambiamos diez de los nuestros por cada uno de los suyos, y ni contamos con tantos ni me placería tal trueque. —Se le notaba calibrando la idea mientras hablaba—. Se trata de un tema de expectativas. Yahya, coincido contigo en que nos toman por poco más que pastores, más pendientes de la próxima siembra que del asedio. Seguro que apuestan sobre cuánto resistiremos y se ríen observándonos embadurnar las tiendas con grasa de caballo mientras disfrutan de la lumbre bien techados. Haremos que hasta los más pesimistas no cobren lo apostado. Minemos su moral y nos abrirán las puertas.

Aquel mismo día comenzamos a construir un poblado en la explanada. En la cara a su fuerte incluso excavamos un foso y levantamos una empalizada. Nadie debía permanecer ocioso. Los que no se ocupaban del campamento partían de caza o acopiaban ganado de cualquier alquería a cientos de leguas a la redonda. Contra las habituales disposiciones estratégicas de campaña, burros, vacas, ovejas, cabras, patos y gallinas pacían o picoteaban próximos a la ciudad y enteramente a su vista. También lo hacían las fogatas donde guisábamos, chamuscando grasa de jabalí, venado o corzo con tomillo y escaramujos de la zona cuando el viento soplaba en su dirección. En las noches más claras, fijando importantes guardias, celebrábamos ruidosas fiestas copiosas en vino y mujeres. Cada cierto tiempo relevábamos a nuestros hombres concediendo permisos de semana por mes. Tras tres, las incursiones nocturnas de rapiña se tornaron constantes. Les cazábamos como al conejo con hurón al contar con una única boca su madriguera. Cientos de cabezas ensartadas sobre picas formaban ya varias hileras en el camino de entrada. Los que caían estaban famélicos.

Por fin, en la víspera de San José, una bandera blanca asomó de la torre más alta del alcázar. Esta vez no era la de los omeyas, sino la que pedía parlamento.

Una hilera de unos quince hombres, ataviados con trajes de gala que lucían ridículos sobre poco más que esqueletos, descendió a pie la empinada pendiente que conducía a la fortaleza. Sus abalorios y telas era de lo poco que

no se habían comido. Se trataba de los funcionarios y notables de la ciudad. Ellos mismos habían reducido a la guardia que se negaba a parlamentar. Canjeamos la ciudad por su vida y destierro. A los guardias, menos de un centenar, los crucificamos junto a las cabezas de sus amigos.

Aysún fue nombrado alcaide de su ciudad. Nadie mejor que él podría desempeñar tal función. Jamás hubiera soñado el Gallo tal distinción.

La Rayya al completo era nuestra.

II

La carta estaba lacrada.

Como el arca de la alianza, echamos el cerrojo a la Mesa convirtiéndola en inaccesible. Habían sido necesarios dos años de vivo trabajo y pese a que muchas eran aún las mejoras pendientes, lo principal lucía concluido. Más de una jarra bebería Alfonso en Asturias a nuestra salud.

Temíamos ser el destino de la siguiente aceifa. Tras Arxiduna varias ciudades importantes de la *kora* se nos habían unido, y el emir no podía permitir tamaña rebelión tan cercana. Bobastro era la capital de lo que empezaba a ser un dominio relevante y asaltarlo no parecía sencillo, ni aun con tantos soldados como estrellas iluminan el firmamento. Además de nuestras poderosas defensas, estábamos estratégicamente dispuestos a un solo paso de la costa o cualquier ciudad destacada del mediodía andalusí y defendidos por el río y la sierra con sus abruptos tajos repletos de fuertes.

Nuestra población superaba con amplitud las dos decenas de millar, alojados ya en cantidad de casas de aljibe que ocupaban la mitad de la superficie de la Mesa. Recogimos suficientes provisiones como para sobrevivir un año entero, almacenándolas de forma segura. El agua, salvo catástrofe, no había de suponer un problema por los enormes y numerosos aljibes. Para evitar su corrupción y siguiendo el método romano, los poblamos de anguilas que aseguraban la potabilidad.

Vivíamos alerta, conscientes de que nuestra ventaja residía en ser flexible y rápido para quebrantar su milicia en las serranías que tan bien conocíamos. Muchas eran las emboscadas preparadas con las que, en caso de incursión, debilitarlos. Seríamos un lobo molestando a un oso. Un lobo en su territorio de caza. Un lobo que aspiraba a león.

Cada una de nuestras ciudades se preparaba ante la inminente amenaza cuando nos enteramos de que la expedición saldría poco después de la celebración de un nuevo de año de la Hégira. El destino sería Alhama, la capital de los Banu Rifaa que señoreaba Hárit ibn Hamdum. La primera y una de las pocas poblaciones de relevancia árabe que había desafiado al poder

omeya adhiriéndose a nuestra causa. Comandaría las tropas reales el príncipe al-Mundir en persona.

Omar, pese nuestra reticencia, decidió ayudarles. Simbolizaba primar la lealtad frente a cualquier otra consideración, el pacto sellado en la gran cacería donde los Banu Rifaa habían estado presentes apoyándole. El rebelde muladí auxiliando a su aliado árabe frente a Corduba. Un mensaje a futuros compañeros de viaje. El único problema era si resultaría apostar a demasiado largo plazo. Los cordobeses, según las mismas fuentes, eran más de diez mil y los Banu Rifaa apenas tres mil. Calculábamos reunir similar cantidad y pese a la inferioridad resistir con la ventaja de la posición. Dejamos al mando de la Mesa a Ibn Magiara, un joven muladí de Arxiduna que había destacado en cada campaña.

Cabalgamos al este la jornada completa para esa misma noche ser recibidos entusiásticamente por los Banu Rifaa. Esta vez nos tocaba vivir la cruz de la moneda, que había sido cara seis meses antes en Arxiduna, y resistir un asedio.

Al-Mundir compareció solo tres días más tarde. Los diez millares semejaban cortos para lo que se divisaba. Al menos lucían cuatro batallones de caballería y más del doble de infantes y arqueros. Miles de tiendas de campaña inundaron la llanura que precedía a la fortaleza de Alhama, muy similar a Arxiduna, con único punto de acceso que provocaba su difícil conquista y fácil asedio. Era cuestión de tiempo y no fue mucho el que transcurrió para percatarnos del grave error que habíamos cometido. Difícil resulta que una decisión tomada impetuosamente se convierta en éxito.

La épica de la batalla se recita sobre grandes héroes, osados ataques, brillantes movimientos estratégicos, certeras estocadas, crueles hachazos o esplendorosos botines. Jamás se hace referencia a la comida, pero este es sin duda el factor más determinante del resultado final de casi cualquier envite. Marca la urgencia de los contendientes al siguiente movimiento.

Alhama no estaba preparada para aguantar un sitio duradero, mucho menos con tres mil soldados no esperados. El verano no había hecho más que comenzar y era asombrosa la velocidad con la que dilapidábamos las reservas.

El Capitán apoyaba sus codos en la empalizada de la torre. Habíamos subido con Harit, el *sahib* de Alhama, su padre Hamdum, dos de sus hermanos, Musa y Muhammad, y su hijo primogénito, Bakr. Fantástico resultaba el parecido que guardaban entre ellos pues competían en nariz con Omar, lucían pelo y ojos negros como el azabache y eran casi tan altos como yo, aunque finos como pajas.

Muhammad, el hermano de menor edad aunque con menos pelo, comentaba en ese momento lo que todos pensábamos:

—Son muchos.

—Más de quince mil —le respondió su hermano Harit—. Casi nos triplican en número y muchos son veteranos. Ese bastardo de al-Mundir además ni siquiera nos ha ofrecido parlamentar.

—No nos será fácil salir de aquí, hijos —replicó Hamdum, el padre y patriarca, atento a la conversación. Ocupaba un pequeño banco adosado a la pared para el descanso de la guardia. Carraspeó sonoramente y escupió sobre un grupo de hormigas que cargaban un grillo muerto cincuenta veces superior en tamaño a su derecha. Aun conservándose joven, le había costado subir la estrecha, empinada y larga escalera—. Conocemos la paciencia y experiencia del heredero al trono. Ya el año pasado asedió a Ibn Marwan hasta que cayó al-Bayaws, y aquí tratándose de nuestra familia, aliados y procedencia querrá castigarnos de forma ejemplar. Que hayamos sido su primer objetivo es todo un mensaje a los hermanos de Oriente. Sabemos cómo nos tratan a los yemeníes. Esos perros envidian nuestras raíces. —Se levantó mirando al ejército enemigo, entornando los ojos buscando contar las cabezas allá congregadas—. ¿De verdad pensáis que son tantos? Me extraña que estuviéramos tan mal informados del tamaño del ejército del emir coincidiendo los informes de Omar y los nuestros. No nos consta que se le haya unido refuerzo alguno desde su partida. Sería una de las primeras veces que la información que obtengo de Qurtuba no resulta precisa; más aún considerando la importancia de esta, ¿tú tienes confianza en tu fuente, Omar?

—Absoluta —respondió Omar. No podía contarle mucho más.

Desde nuestra partida de Corduba tantos años antes guardaba contacto con el general Hassim.

La iniciativa partió de Omar quien, una vez asentados en Bobastro, le escribió agradeciéndole su trato y asegurándole que jamás se habría rebelado con él al mando. Junto a cierta admiración real, el zorro nadaba y guardaba la ropa. Le siguieron correos inocentes, si es que tal palabra aplica, con alguna felicitación o buenas palabras hasta que Hassim confesó su delicada situación tras recuperar Saraqusta. Al-Mundir ensombrecía tal hazaña, y en lugar de felicitarle le acusaba por ceder tierras y veinte mil dinares, cuestionando a qué intereses obedecía el trato. La frialdad de su relación había tornado en un odio que le condenaba al ostracismo. Temía la futura llegada del heredero como al granizo en mayo y en consecuencia deseaba su derrota a cualquier precio. Ni que decir su posible muerte. Naturalmente y como primer general y hombre

de máxima confianza del aún emir Muhammad, estaba al corriente de cada detalle, pese a no participar en la aceifa. No se calló ninguno.

Hamdum leyó en su cara la determinación y continuó:

—Así como el pavo real extiende su plumaje para cortejar a la hembra o impresionar a su rival, no sería novedad que un ejército simule un tamaño superior al que en realidad posee. Confiemos más en nuestras fuentes que en nuestros ojos y apostemos a que son diez mil. —Parecía meditar en voz alta con la mirada pérdida en la lontananza poblada por nuestros enemigos—. Tampoco es tanta su ventaja y no creo que ellos sospechen nuestra capacidad. Además, siendo sincero, no sé si podremos aguantar mucho aquí. Nuestro mayor problema es el heno de los caballos. —Se giró, observando a Omar. No era una mirada recriminatoria pues le trataba con enorme estima y consideración, mayor desde que de forma voluntaria decidiera jugarse el destino en la misma partida de dados. Era recíproco por otro lado, ya que su aparente fragilidad escondía a un hombre sabio, enérgico y capaz—. Prácticamente todos vinisteis de esa forma desde Bobastro y a poco comenzará incluso a escasear cualquier hierba o arbusto de alrededor del fuerte.

»El tiempo juega en contra y nos apremia a decidir. Dos son las opciones que vislumbro. Aprovechando que aún están en peso y se conservan íntegros, podríamos aprovisionar toda la carne de jamelgo disponible. Es duro deshacerse de ellos, pero pronto morirán solos, y ahora supondrían un importantísimo refuerzo para nuestra despensa.

Me estremecí solo de pensarlo si bien coincidía plenamente en el análisis. Su hijo Muhammad también lo hizo interrumpiéndole:

—¿Cuál es la otra, padre? Preferiría comerme a mis esposas antes que a mis caballos. —Una carcajada distendió en cierta forma el cónclave, aunque no se tratara de una broma. Famosos eran los rocines de pura sangre árabe de los Banu Rifaa.

—Podemos atacar, por supuesto —respondió Hamdum, sonriendo. Sacando una especie de yeso que llevaba en su túnica comenzó a garabatear en el suelo sus ideas—. No pactaremos batalla en esta ocasión ni avisaremos de nuestras intenciones. Contaremos con la ventaja de la posición ascendente, su ignorancia de nuestras fuerzas y la sorpresa de llevar la iniciativa. Con la naciente luz del día nuestra caballería, formada en cuña, buscará empujarles pendiente abajo, quién sabe si incluso alcanzando la *qubba* real para finalizar la partida en un movimiento. En caso de no conseguirlo y tan pronto advirtamos que establecen la defensa, recularemos hasta una línea de

infantería que habrá de cubrir nuestra retirada y defender a nuestros arqueros. Necesitaremos trescientos codos para asegurar su salida y tiro. Siendo certeros con el arco y aguantando el muro de escudos y picas desde arriba, podemos debilitarlos lo suficiente para obligarles a pasar a retaguardia su caballería y embestirles de nuevo con la nuestra.

La estrategia en sí no era mala aunque muchas eran las preguntas que me formulaba. La principal relativa a nuestros arqueros. No eran muchos ni expertos, salvo Abu Nasr y una veintena más. No es fácil manejar el arco a distancia. Yo jamás lo hice. Tener buena puntería con el conejo, el venado o la tórtola no implica ser certero en el campo de batalla. En nuestra experiencia en el ejército emiral fue una de las cosas que más me sorprendieron. Eran cuerpos aparte, mimados y tratados con deferencia, en gran medida mercenarios reclutados, capaces de ganarse bien la vida con tal menester. Allí no había nada parecido.

Pese a que todos debíamos dudar de este u otro modo nos decantamos por la segunda opción. Al fin y al cabo, éramos soldados y no carniceros.

El momento elegido para nuestro ataque, tanto por su sentido moral para los mozárabes y muladíes de la tropa como por la sorpresa que podría suponer en el enemigo cordobés, sería dos días después coincidiendo con la Ansara.

Aguardábamos montados tras la puerta del fuerte, acechando la salida del alba. Las bromas y bravuconadas habían muerto en un espeso silencio que nos cubría como manto nocturno de invierno. Las lanzas cortas y largas, espadas, hachas y picas descansaban sobre la empalizada esperando ser tomadas. Sin razón aparente me sorprendí mientras acariciaba la cruz de mi abuelo encomendándome al Bautista, recordando a mi abuelo y su promesa de estar siempre presente a través de mi talismán y apalabrando sacrificios por la gracia de volver a ver una sonrisa, aunque fuera apagada, de Catalina.

Tan pronto como el cielo comenzó a desteñir su oscuridad por el este se abrieron las puertas en señal de salida.

La carga fue colosal, en punta de lanza con Harit a la cabeza. Los árabes no esperaban nuestra salida y escasa era la defensa que nos aguardaba. Tras un primer envite devastador, donde segamos vidas como trigo maduro, su reacción fue enérgica. Con el pabellón emiral a la vista nos envolvieron por ambos flancos convirtiendo nuestra retirada en un infierno. Los chillidos bereberes retumbaban en nuestros oídos, y, mientras yo me emborrachaba con su sangre, distinguí cómo uno de ellos arrancaba de un tajo el broquel de

Omar y junto a él varios de sus dedos por el camino. Le había cogido desde un lateral y convencido estoy de que si hubiera portado adarga, como la que yo usaba, podía haberlo parado. Muchos otros caían a nuestro lado heridos o muertos. Nos estaban destrozando.

Parte de nuestra infantería acudió a nuestro socorro permitiéndonos volver al fuerte bajo la protección de nuestros arqueros. Lo hicimos severamente diezmados para, desde la seguridad de la muralla, asistir a la culminación de la catástrofe. La infantería, al romper filas acudiendo en nuestra ayuda, había desprotegido el flanco izquierdo y por allí insistieron los cordobeses hasta sobrepasar sus escudos y lanzas. Pocos fueron los que escaparon.

Al día siguiente las cabezas insertadas en picas mostraban cómo la batalla que había comenzado como gran victoria había resultado poco más de un empate a muertes. Qué distinto se veía aquel lúgubre bosque en el lugar del sitiado.

Su celebración fue magnífica. La música no cesó en todo el día y pudimos incluso observar desde la distancia cómo el emir premiaba a los más destacados, entre ellos nuestro viejo conocido al-Rahisí, el poeta guerrero, que decían que había ajusticiado a más de dos decenas y un tal Yahya ibn Darris, un simple soldado natural de Bulkúna, responsable de las heridas de Omar al que probablemente daban por muerto.

No tendrían tanta suerte. Omar solo había resultado herido en el brazo derecho, el mismo del bocado del jabalí. Tres eran los dedos que había perdido. Poco parecía importarle tener que cambiar el hábito de comida y limpieza mientras pensaba en una empuñadura que se ciñera al antebrazo permitiéndole el agarre con el pulgar y el índice, los dos que le quedaban.

El contexto nos obligó a acatar la primera alternativa que mencionara Hamdum y convertirnos en carniceros para alargar el máximo nuestra subsistencia. El objetivo era sobrevivir el mayor tiempo posible, soñando y rezando por un milagro que nos sacara de allí. Cuando ya la angustia superaba a la esperanza y cualquier bicho o gorgojo suponía un tremendo hallazgo con el que alegrar el puchero, sucedió. Tuvo que ser un viernes, día de San Rubén el estilita, aquel que sobreviviera en una columna sin descanso ni comida como nosotros habíamos hecho en aquella fortaleza. La algarabía partió de la muralla. La voz volaba por la ciudad como huracán de alegría incontenible:

—¡Se marchan! ¡Levantan el campamento! ¡Los cordobeses se retiran!

Subí los escalones de tres en tres para comprobar yo mismo la veracidad de la noticia. Era cierta. Los caldeos marchaban camino a Corduba dejando tras de sí una densa polvareda, las cabezas de los muertos insertadas en picas

comidas por las moscas y el éxtasis de tres mil hombres. Dios, Allah, el azar, el destino o el propio curso de la naturaleza, según donde cada uno se incline, se encargó de socorrernos en el momento más oportuno.

Al-Mundir tenía prisa por llegar a Corduba. Muhammad había muerto a sus sesenta y tres años.

El trono omeya aguardaba a un nuevo emir.

III

A *l-Mundir llegó antes de su entierro y rezó por él* para, inmediatamente después, ser entronizado como el sexto emir independiente de al-Ándalus.

Una Corduba entregada se desbocó en la proclamación. Al-Mundir destacaba como predilecto del pueblo. Se lo había ganado batallando desde los doce años. Aún se cantaban sus victorias ante Ibn Marwan, los Banu Qasi y por supuesto la que le infligiera al rey Ordoño en Morcuera. Gozaban glorificándole y declamando versos que le hacían admirado por su comportamiento y querido por su esplendidez y arrojo. En honor a su fama repartió generosos regalos al ejército y perdonó penas, el diezmo y algunos impuestos especiales al pueblo de Corduba sin importar raza o distinción.

Tampoco nosotros perdíamos el tiempo. La apuesta de Alhama, más afortunada que segura, había resultado ganadora.

Los fastos cordobeses por al-Mundir hubieron de resultar prodigiosos, pero dudo que alcanzaran las cotas de entrega que nuestro pueblo dedicó a Omar y a los que con él retornamos. Nos obligaron a dejar los pocos caballos con los que regresamos en la puerta del Sol para cargarnos a hombros en la subida al alcázar. Ascendimos entre los vítores del pueblo, asaltados por abrazos, besos de mujeres, niños en nuestras piernas y palmadas y aplausos de los hombres en nuestra espalda.

A la entrada del fuerte aguardaban nuestras familias con la mirada vidriosa. Catalina corrió a mi encuentro y nos fundimos en un interminable abrazo que logró anegar también mis ojos. Dios, cómo la había echado de menos.

—No te vayas más, mi amor. No te vayas, por favor. Me muero sin ti, te necesito —me susurraba al oído, mientras me besaba, con esa voz melosa y la fragilidad que me cautivaba.

En lo que me pareció poco más que un suspiro, observé cómo Omar se encaramaba a lo alto de uno de los puestos de guardia de la barbacana para gritar a todo el pueblo allí congregado:

—¡Bobastro! Hermanos. Escuchadme. Tengo algo que deciros. —La algarabía se apagó convirtiéndose en un lejano rumor y voces que reclamaban

silencio. Cuando hasta estas murieron y no se escuchaba más que algún relincho, graznido o ladrido suelto, Omar paseando la mirada entre su audiencia, continuó a voz en grito—: *Ya va siendo demasiado largo el tiempo que venís soportando el yugo del sultán, que os despoja de vuestros bienes y os impone cargas más grandes de las que podéis sufrir, mientras los árabes os someten a humillaciones y os tratan como esclavos. Por lo único que yo me he levantado es por vengaros, para que se os haga justicia y para liberarnos del juramento y la servidumbre*.

»Nada le debéis al emir de Corduba, su protección y su orden se basa en esquilmaros como el pulgón al trigo, empobreciendo vuestros campos y familias. Ni siquiera ha podido recuperar Alhama en la aceifa por él comandada, y nada podrá hacer si la revuelta se expande como el fuego en maleza seca. Aquel que se levante se contará entre nuestros amigos y quien no lo haga que prepare el botín y la cabeza ante nuestra visita. Id y corred la voz a cada *husūn* y ciudad de al-Ándalus de que vuestra hora, la de Hispania, ha llegado.

El mensaje caló. Tenía claro que debía aprovechar los meses que al-Mundir tardara en organizarse. Las grandes ciudades de la *kora* con fuerte presencia árabe como Malaka, al-Lura o Qartama mantuvieron la fidelidad a Corduba, pero más de treinta fortalezas se declararon en rebeldía. Mixas, Balda, Yutrún y así los más inexpugnables *husūn* de las montañas eran tomados por el pueblo bajo nuestra protección.

Nuestra *kora* no era la única que recechábamos. Con unos mil hombres partimos dirección Corduba antes de que comenzaran las lluvias de otoño para expandir nuestros dominios. Numerosos nuevos soldados se incorporaban atraídos por la generosidad de Omar con sus hombres en paga y premios. Sin duda yo era el más agasajado y portaba con orgullo varios brazaletes. Uno de ellos, regalado a la vuelta de Alhama, ocupaba prácticamente mi antebrazo izquierdo y lucía engarzada una gran esmeralda y varias piedras preciosas de perfecta factura.

Miro al pasado con sorna, recordando el orgullo que me embargaba por el respeto de la tropa. Lo denuesto por otro lado al recordar las tropelías cometidas, pese a no ignorar que la crueldad de la guerra provoca victorias sin mediar riña alguna. Salva vidas. El miedo como eterna llave maestra.

Dejamos guarnición y control fijo en Qabra, Asar y Priego donde, gracias a la ayuda de Musa, Jair y Mutarrif, nuestros viejos amigos de Esparta —

Rubio, Moreno y Panocha—, conseguimos un enorme botín y a su gobernador Abd Allah como prisionero. Asaltamos alquerías y ciudades, pasándolas a sangre y fuego, recreándonos en la judía Lusena y la árabe al-Qabdab, famosas por sus riquezas y el odio que despertaban entre nuestros soldados cristianos.

Tras tres meses de intenso ajetreo y victoria a nuestra espalda, el clima y el cansancio nos obligó volver a casa cargados de un cuantioso botín y la satisfacción del objetivo cumplido.

La maleza había ardido.

No a todo el mundo la fortuna le había sonreído en igual medida. En casa aguardaba una carta de Hassim. El Capitán me ofreció leerla al día siguiente de nuestra llegada.

¡Allah te proteja y te guarde, Omar ibn Hafsún!:

Espero que esta misiva te halle bien a ti y los tuyos. Imagino que quizás no te encuentre en Bobastro, pero difícil resulta conocer tu paradero según las historias que sacuden Qurtuba. Honda preocupación embarga a la corte por tus ataques en Priego. Temerosos susurran tu nombre al ver cómo la revuelta gana adeptos en tan corto tiempo. Incluso cruzan apuestas sobre si alcanzarás las puertas de la capital antes de la Hégira. Yo no las he jugado pese a mi convicción de que así sucederá.

Al-Mundir se muestra tan soberbio en la corte como en la batalla. Mis peores augurios eran optimistas ante su parcial sentido y aplicación de la justicia y muchos son los condenados bajo cualquier vulgar excusa. Soy consciente de que indagan sobre mi patrimonio, y, probablemente, si no ha procedido aún en mi contra, más se debe a su incapacidad para hallar algo punible que al respeto que mi pasado, servicio y posición merecen.

El peligro anega el olor de cualquier otro aroma y temo por mi futuro más próximo. Corren por estas calles ratas a centenares infectando cualquier cobijo. Los mismos que durante años besaran allá donde pisara ahora me rehúyen, ignoran e incluso menosprecian a la vuelta de cualquier esquina. Resulta paradójico que en esta carta que ahora lees tú, enemigo al alza de la casa omeya, deposite más confianza que en los oídos de cualquiera de mis más preciados amigos.

Reconozco albergar la duda en ocasiones de lo que resultaría de aunar esfuerzos, de partir a la Mesa con los míos. Bien conozco este emirato, pese a que no haya quien quiera escucharlo. Su ejército, posición, fortalezas y debilidades. Me despierto inquieto al soñar con la senda más apropiada para alcanzar Bobastro. No son mis siete hijos, cinco hijas y tres esposas quienes me frenan. Es más intenso que eso. Al imaginarme en rebeldía, me aturde una honda sensación de traicionarme a mí mismo. De equivocarme. Seguro que la posición omeya, y consecuentemente árabe, no es la más justa, pero es la que nos hemos ganado y asegura estabilidad. Es la mía. Mi vida entera ha consistido en asegurar que fuera el blanco omeya quien rigiera el destino de al-Ándalus.

Una pequeña y lejana luz con forma de esperanza difumina las sombras que me acechan. Quizás el pueblo entero ame a al-Mundir, pero no sucede lo mismo en palacio.

Las ratas no distinguen a quién mordisquean. Los intereses se tejen allí con finos hilos y deben cuidarse formas y maneras que un soldado, que es lo que no deja de ser el nuevo emir, desconoce. Quien allí reina es su hermano Abd Allah, cortesano experimentado, experto conocedor del gobierno y sus resortes. Notables son las diferencias que guardan entre ambos desde que al-Mundir le incitara a castigar a su primera esposa, la princesa de Pampilona Onneca. El incidente acabó con ella y su padre Fortún, actual rey navarro, de vuelta al norte tras más de veinte años de cautiverio. De allí también nace la animadversión por Muhammad, primogénito de Abd Allah con Onneca, quien le comunicó la muerte de su abuelo y emir mientras te sitiaba en Alhama. Vascón le llama por su ascendencia y aspecto, poca gracia provoca en el sobrino que ha llegado a las manos con su hermano Mutarrif por el apodo.

Solo Allah conoce lo que traerá el sol con él mañana, pero intuyo que su recorrido no será largo para mí, salvo de desatarse la tormenta en palacio. Sin duda tú serías el primer beneficiado, pues Abd Allah es mucho más accesible que su hermano y bien podría interesarle conversar e incluso aliarse con un muladí al sur. Ignoro si en algún momento pudiera necesitarse como aliado un enemigo natural como en el que te has convertido, pero mi deseo es agitar una partida cuyo devenir ahora mismo me perjudica. Con esa esperanza y para prepararte te escribo, sabiendo a ciencia cierta que de caer en manos equivocadas esta carta acelerará mi sentencia.

Acepta un afectuoso abrazo de mi parte.

Tu amigo,

Hassim

IV

Catalina había recobrado cierta armonía, si no alegría, al menos sí equilibrio. Comenzó a aceptar nuestra situación como una prueba más de vida, mostrándose más mística e involucrándose activamente en la vida eclesial que le regalaba sentido a su existencia durante mis largas ausencias. La crispación tornó en paz. Aunque escasa, nuestra complicidad aparecía de nuevo en cualquier momento o lugar, incluido el lecho, aunque casi siempre hubiéramos de buscar atajos que evitaran futuras frustraciones. Especialmente disfrutábamos nuestros atardeceres, el momento en el que nos regalábamos el uno al otro sin necesidad de confesarlo. Lo perseguíamos en el río, un alto risco, el claro de un bosque o incluso el patio del alcázar cuando el mortecino sol jugueteaba con el agua o algún metal. El amor sobrevivía sustituyendo pasión por confianza.

Disfrutaba de su compañía aunque de una forma muy distinta a como lo hacía con la de los hijos de Omar. Cada vez me pesaba menos el sinsabor de acabar con mi linaje. Sin más familia que mi padre y mis suegros, los zagales suponían un soplo de aire fresco. Con gusto acepté la propuesta de Omar para el adiestramiento de los dos mayores, Ayyub y Yafar contaban ya once y ocho años respectivamente. Los niños se ganaban mi cariño ofreciéndome el suyo sincero y tratándome con mayor deferencia que la que mostraban a sus propios tíos. También yo la tenía con ellos.

Dominaban ya monta y doma y llevaban tiempo curtiéndose con espadas de madera, juego que indefectiblemente acababa con el mayor atizando al pequeño y las radicales venganzas de este a su descuido. En una de las brechas que le abrió a Yafar, Omar decidió que era el momento de que Ayyub probara con acero real.

Sus diminutas manos apenas rodeaban la empuñadora de la espada corta de doble hoja que sostenía, y la adarga, casi más alta que él, tiraba hacia abajo con fuerza del brazo que la portaba. Aprendería con ella si era yo el maestro. Cubierto por un peto de cuero tres tallas mayor que él en sustitución de la loriga, me contemplaba intimidado con los ojos peleando con el casco. Titubeando, apenas se atrevía a penetrar el círculo dibujado sobre la fina capa

de nieve que cubría el patio. Pequeños copos, que a veces aterrizaban sobre la barba y las cejas, caían en aquel momento. Su hermano era el único testigo de su primer entrenamiento de verdad.

Pese al frío yo no vestía más que la túnica corta sobre mis botas. Ni casco, escudo, coraza, grebas o defensa alguna. Quería tranquilizar al pequeño. ULFBERHT bailaba en mi mano derecha como si de un palillo se tratara, así de ligera era mi joya. Controlaba perfectamente el cambio de su peso y equilibrio, pues me ejercitaba con ella cada mañana.

—Ayyub. —Trataba de calmarle en tono docente y cercano. Mi voz se convertía en vapor al contacto con el frío aire—. La espada debe ser una extensión nuestra, capaz de responder a su instinto sin fallar jamás a nuestro control. Intenta clavármela. —Ayyub me observaba obnubilado, empequeñecido por mi tamaño y confianza—. Vamos, hijo, no temas. Has de familiarizarte con ella. Imagínate lo que presumirás con tus amigos en caso de herirme. No llevo escudo ni cota.

Sonriendo, aceptó el reto, posiblemente visualizando la dulzura de un posible triunfo. Con decisión levantó la espada tratando de cargar desde arriba, movimiento que resolví apartándome y zancadilleándole. Yaffar respondió con una carcajada que acrecentó al ver que su hermano se había dañado las manos contra el suelo sin soltar la espada. Podía haber sido peor. Aquello pesaba. Con rabia, comenzó a girar a mi alrededor blandiendo con ambas manos la espada. Volvió al ataque repitiendo ambos maniobras similares, aunque ahora él pendiente de mi cuerpo y yo de que no se dañara. A la cuarta aseguró la entrada y para zafarme le asesté un golpecillo con el antebrazo con la mala fortuna de que al alcanzar la nariz, cosa sencilla al salir al padre, sangró algo. Me miraba asustado, cual conejo que aguanta posición rezando no ser visto. Cansado tras apenas cinco minutos, rogaba parar con la mirada. No era ese el plan.

—Vamos, Ayyub, no me mires así. Ni siquiera hemos empezado. Trata de razonar cómo herirme. No es fuerza desmedida. Hasta ahora solo piensas en la espada. Olvídate de ella. Evalúa mi posición, busca probarme sin necesidad de matarme a la primera. Persigue un objetivo en cada golpe y siente el próximo. Olvida el peso y el cansancio e imagina portar la espada de madera.

Pese a seguir resultando lento y habiendo podido insistir con una estrategia similar, decidí jugar un rato parando los envites. El crío tenía ganas y condiciones, fiel hijo de su padre. Ya sudando soltó una capa de pelo de conejo que llevaba sobre el peto y varió los envites barriendo por alto y por

bajo. Saboreaba y disfrutaba de lo que veía hasta que su hermano entró en escena.

—¡Vamos, caracol, no has hecho a Alfonso moverse un paso!

Enrabietado, Ayyub comenzó a cargar con el peso por delante hasta que en uno de los palos, en el que hube de apartarme para evitar golpearle en la defensa, se hirió él mismo sobre el tobillo izquierdo. El tajo no tenía mayor importancia, pero sangraba con alegría, por lo que abandonamos la sesión para suturarlo. No reprimí un buen pescozón sobre la cabeza de Yaffar.

—Ya veremos el día que entres tú en el círculo. Apuesto que las risas se convierten en lágrimas. ¿Tan fácil crees que es herirme? —Ayyub por su parte recibió una palmada en la espalda y un halago—. Muy bien hecho, hijo. Tu padre se hubiera sentido orgulloso de haberlo visto. Vayamos a sanar el rasguño.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su cara en respuesta.

No solo recuerdo aquel día por aquella anécdota, sino porque desde Corduba llegó el mensaje de la ejecución y muerte de Hassim. Tal y como el *hayib* sospechaba consiguieron encausarle por malversación y traición mediante la delación de un antiguo siervo. La justicia, embarrando su nombre, trascendió ciega ante el capricho de su administrador. Sus bienes fueron requisados por el emir, y sus hijos encarcelados. Ya no llegarían más cartas con su firma.

Tras acabar con Hassin, también decidió atacarnos a nosotros sin mucho éxito. Al entender la dificultad de sitiarnos o conquistarnos se dirigió a Arxiduna. No eran pocas las ganas que le tenía a la capital de la *kora* que seguía al mando del gran Aysún. El Gallo se comportó como tal hasta el final. Según nos relataron testigos, mientras el emir sometía a la ciudad a una infernal lluvia de proyectiles y saetas, nuestro amigo, encaramándose a la almena más alta, le gritaba entre risas:

—*Si eres capaz de cogerme, crucifícame entre un cerdo crucificado a mi derecha y un perro crucificado a mi izquierda*. —Lanzándole una gallina asada continuó—: Siéntete como en casa y disfruta de una comida caliente a mi salud, me sobra.

El carácter del Gallo no le permitía pasar desapercibido y, junto a granjearle enormes simpatías, no pocos detestaban su osadía y arrogancia. Entre ellos encontró al-Mundir la debilidad que no descubría en sus murallas. La traición, esa útil y vil aliada que solo depende de encontrar bellacos en frente, se cruzó en el camino de nuestro amigo. Como sucede en cada asedio,

parte de la población se desmoralizó y los notables lo aprovecharon para capturar a al-Jair. Lo entregaron junto a la ciudad al emir pidiendo el amán.

No paró ahí el emir y dejando una reducida guardia en Arxiduna continuó la aceifa arrasando cada *husūn*, alquería y cultivo, ajusticiando a poblaciones enteras y capturando a los cabecillas de nuestra revuelta. A Aysún lo acompañaban ahora, en su cautiverio con destino a Corduba, los hermanos Musa, Jair, Mutarrif y casi una veintena más de nuestros más importantes aliados y mejores amigos.

Pese a la oposición de mi padre y Catalina, una voz interior me forzaba a despedirme de ellos. Jair e Ibn Antelo opinaban lo mismo, y juntos emprendimos el viaje a Corduba donde se celebraría el juicio en el día de San Jerónimo. No existía esperanza más allá de una muerte rápida, pero les debía que en su camino al cadalso, entre insultos y vejaciones, se cruzaran fugazmente con una cara amiga. Una estrella fugaz en la noche más cerrada. La tierra soñada por un náufrago en alta mar.

El gentío aguardaba ansioso la llegada de los reos. Más de cuarenta, entre delincuentes y nuestros veintitrés amigos juzgados por rebeldía. Habíamos tratado de acercarnos al máximo al palacio para acabar junto a su puerta. En el acceso a la ciudad. Yo, subido en un adarve, dominaba la huerta que hacía las veces de enorme plaza, a rebosar por la cantidad de curiosos que buscaban ver al emir y escuchar las sentencias. En mi percepción, la muchedumbre superaba incluso a la que nos despidió en la aceifa. El pueblo siempre entusiasta ante la sangre ajena.

La guardia a caballo abría el paso desde las mazmorras próximas al alcázar. Los cautivos marchaban encadenados a fila de a uno, con grilletes en pies y manos, como un siniestro insecto de muchos pies y alargado cuerpo visto en altura. El aspecto individual era aún más lamentable. Cubiertos por una túnica parda, completamente rapados y sucios. Encorvados hacia adelante y caminando trastabillándose a base de los pequeños pasos que les permitían las argollas. Cada poco caía algún desgraciado por no seguir el ritmo o recibir el impacto de algo arrojado por la siniestra multitud. Según avanzaron percibí, por su aguijón en la cola, que aquel insecto alargado era un escorpión. El Gallo aguantaba firme aprovechando la ventaja de cerrar la amarga comitiva al no tener que preocuparse por caídas ni empujones a su espalda. Erguido, a escasa distancia del Rubio, que era quien le precedía. Llevaba la cadena y el gancho recogidos por sus poderosos antebrazos. Desafiante, orgulloso, con la cabeza alta buscando cruzar su provocadora mirada con la turba que le

insultaba y escupía. Un latigazo de uno de los guardias le cobró la osadía sin arrebatársela.

Les perdimos de vista y escasos minutos después el silencio se extendió en la plaza propagándose al resto de la ciudad. Se escuchaban las cigarras de los patios y el zumbido de las millones de molestas moscas y avispas del final del estío. Comenzaron los juicios de los malhechores. Varias manos pagaron sus hurtos y no pocas reclamaciones acabaron revirtiendo en beneficio omeya. Se escuchaba al *qadi* recitando acusado, cargos, veredicto y pena ya decidida por el emir. Cada castigo se aplaudía. Cada sentencia de muerte se aclamaba.

Por fin le llegó el turno al último, a Aysún. La voz del *qadi* llegó limpia y potente:

—Aysún al-Jair, natural de Arxiduna. —Podía imaginarme a mi amigo en pie. Buscando los ojos del funcionario o los del propio emir de tenerlos a su alcance. Alto el pecho, retrasados los hombros. Esbocé una sonrisa trágica—. Se te acusa de traición y sedición contra el estado omeya. En nombre del emir y de Allah se te condena a morir crucificado. Por tu propia petición, lo harás entre un perro y un cerdo, dignos compañeros de tu mezquindad. Las cruces acompañarán a las del resto de los rebeldes, también expuestos para escarmiento de futuros sediciosos.

La gente se abrazaba felicitándose con un júbilo impropio por el tamaño del castigo y lo poco habitual de producirse. Derramaban un patético odio que me inspiraba más pena que asco. Aquellos diablos nos aborrecían. No era la primera vez, de todos modos, que se veía tal castigo en Corduba, pues se reservaba como el peor posible desde que lo instaurara Balj ibn Bishr tras triunfar sobre Abd al Malik al Fihri al inicio del reinado del primer Abd al-Rahmán. Nada podía haber más humillante bajo perspectiva caldea que marchar al descanso eterno flanqueado por el animal más repugnante de la creación y el caballo de los *jinn* como compañeros. A mí me parecía una desagradable estupidez.

Los guardias a caballo volvieron a abrirse paso encarando nuestra dirección directos al patíbulo. Debían cruzar nuestra puerta y seguir el camino del río hasta justo enfrente del puente romano.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando observé a mis amigos de cerca. No había espacio del cuerpo sin castigo. Habían envejecido años en días. Su boca aparecía escurrida, como una llaga completa, que delataba por sus heridas y boqueras la falta de agua de varios días. Los ojos, apagados, parecían haber muerto ya. Reprimía las lágrimas escondido bajo la capucha de mi túnica, conteniendo el instinto que me pedía degollar a cuantos me

rodeaban. El Rubio me reconoció y sonrió al cruzar la mirada que parecía vacía un segundo antes. Al pasar Aysún no pude evitar llamarlo:

—¡Gallo! —Escuchando una voz amiga, se giró enseguida en nuestra dirección. Llevaba el ojo más cercano hinchado como una granada de gran tamaño, completamente cerrado, lleno de moscas como la legaña del caballo en verano. Hizo un escorzo mayor para descubrir acertadamente dónde estaba aquella voz familiar.

Jair, a mi lado, fue quien repitió el grito entre la vorágine de insultos:

—¡Gallo! ¡Estamos contigo, Gallo!

Por fin nos vio. Deteniéndose un instante eterno, liberó una lágrima por su ojo sano mientras regalaba una forzada sonrisa funesta y subía los hombros en gesto de interrogación. Alegre por vernos pero como si no llegara a explicarse cuándo o cómo cambió su sino alcanzando tan trágico final. Enseguida le empujaron con un puntapié para que continuara el camino aunque dejara aquel momento indeleble para siempre.

Inquieto, traté de formularme yo mismo aquella pregunta. Intranquilo al imaginarme a mí mismo en una situación similar. Dubitativo acerca de qué era realmente el destino y si este había de existir tal y como nos predijera el viejo de Tahart. ¿Quién intuye en verdad qué ha de depararle la vida? ¿Cómo imaginar los finales del Gallo o del mismo Hassim ibn al Aziz, *hayib* y protegido del emir? ¿Cuántas flechas aciertan al excelente y respetan al mediocre?

Imagino a Aysún enzarzado en diatribas similares, pues, al llegar su turno y ya subido en el cadalso, encontró si no la respuesta a su pregunta, sí al menos un último deseo, y antes de arrodillarse para mostrar el cuello gritó con toda su alma:

—¡Venganza, amigos! ¡Venganza!

El mensaje me estremeció.

Mientras veía cómo crucificaban a mis amigos, dos ideas retumbaron en mi cabeza como manos en un tambor: jamás repetiría las huellas del Gallo dejándome atrapar y Arxiduna pagaría su traición.

Solo acerté en la segunda.

V

Con el ejército emiral de nuevo disuelto y el invierno amenazando cerrarse recuperamos el mando en Arxiduna de manos de sus habitantes. Aderezaron la entrega con un regalo similar al que recibiera al-Mundir, si para él fue Aysún, para nosotros fueron los cabecillas que lo entregaran. Venganza.

Encerrados en las mazmorras de la ciudad, encepados y sin más alimento que el indispensable para subsistir, observaron cómo en celdas contiguas confinábamos a una piara de grandes cerdos. Algunos de tamaño descomunal, al ser cruce con jabalíes de la sierra. No pensábamos alimentarlos. Al tercer día, los chillidos y gruñidos de los guarros eran constantes y al quinto, insoportables. Se morían de hambre. Ya comerían.

El séptimo día, con Dios probablemente descansando y mirando hacia otro lado, saldamos la cuenta pendiente.

Había corrido la voz de una feroz reprimenda a los conjurados y Arxiduna lucía atiborrada. Las últimas palabras del Gallo martilleaban mi cabeza como caían las gotas de lluvia embarrando la plaza de la iglesia.

Los seis reos salieron de la mazmorra guiados por Jair y conducidos, látigo en mano, por Ahmar al-Uháimir, al que llamábamos el Rojillo por ser pelirrojo. Detestaba a aquel hombre pecoso, alto y flaco. De tez blanca hasta en verano. Su torva mirada me congelaba y me sorprendía a mí mismo evitándola como el mal alumno hace con la del maestro. Natural de Toletum, iba consolidando su posición y ganándose la confianza de Omar por su crueldad y falta de escrúpulos. Un hurón entre conejos. Hijo de la guerra como el buitre de la muerte. A mi alrededor, el mismo odio que envilecía a los cordobeses contra nuestros compañeros traslucía ahora en la masa gris del pueblo.

Tras condenar a los acusados por traición y sentenciarlos a muerte, les cortamos los pies y las manos para arrojarlos al fango. Bajo el diluvio, aquellos desgraciados se arrastraban sobre el barro rogando por su vida, negando los cargos, cruzándose acusaciones y solicitando piedad. Se arrastraban patéticamente entre gemidos, dejando un rastro de sangre en el

barro como el caracol sobre superficie seca. Infelices. Los gritos de dolor tornaron en horror al salir los cerdos. No fueron muchos los congregados que aguantaron el espectáculo de los hambrientos marranos devorando cuanto tenían a tiro de hocico. Yo sí lo hice acariciando la cruz de mi abuelo. Sordo en esta ocasión a sus palabras. No me enorgullece recordarlo, ni lo justifico pese al marco de confrontación en el que vivíamos y saber que perseguíamos avisar de que en aquella guerra no solo los soldados nos arriesgábamos.

Regresamos a la Tábula con chillidos de puercos y hombres grabados a fuego en nuestro juicio. Agudos despertadores que engrosan el catálogo de imágenes que me persiguen las noches de insomnio y que, gracias a Dios, se espaciaron con el tiempo, pero que aún hoy, en la noche menos esperada, me sorprenden en el lecho bañándome en sudor con el amargo sabor de la culpa en la conciencia.

Ya en casa, volvimos a la rutina de la preparación de una defensa para la próxima y segura aceifa estival. Una sorprendente embajada de Corduba nos sacó de ella cuando ya habíamos celebrado una nueva Navidad.

Los nuestros detectaron una pequeña partida de diez jinetes. Cada vez eran más habituales las embajadas de cualquier punto de al-Ándalus. La singularidad de esta, además de portar extraordinarios caballos y atavíos, radicaba en que, pese al mal tiempo, cabalgaba de noche ocultándose durante el día. Como si tratara de alcanzar nuestras puertas sin aviso previo.

Decidimos emboscarlos en un paso cerrado ya casi a la vista de la puerta del Sol.

Las noches eran aún largas y el frío severo. La nieve nos había visitado con asiduidad los días previos y el angosto camino aparecía embarrado aquella oscura noche en la que las nubes velaban el fulgor de la luna y las estrellas.

Mientras zapateábamos, tratando de calentarnos a golpes, escuchamos su llegada. Seríamos una veintena apostados sobre las rocas a ambos lados de la senda que acababa en nuestra alcazaba.

Ibn Antelo, siempre hábil y dispuesto para la caza animal o humana, escogió el lugar para cortarles cara y cruz del camino con una serie de troncos entrelazados, de forma que a mi señal quedaran atrapados en una caja de no más de veinte varas de largo. Al llegar al punto convenido silbé y los troncos cayeron tapando cualquier salida. Los caballos se encabritaron y los hombres, asustados, desnudaron rápidamente el acero. Uno gritó en romance:

—Mi nombre es Fortún, venimos de la lejana Pompaelo. ¿Así recibe Bobastro a sus amigos? Solo venimos a parlamentar.

—Los amigos no se presentan en plena noche —le corté yo enseguida—, ni se esconden en cuevas como rapaces. Tenéis un suspiro para decir quiénes sois y qué buscáis, si no queréis continuar vuestra visita a un destino mucho más lejano. —Se movieron nerviosos, sorprendidos al escuchar una voz tan cercana, pues apenas una veintena de codos nos distanciaba. El tal Fortún se giró inquiriendo a otro que cabalgaba en medio del grupo. Debía ser el auténtico líder. Le arrojé un guijarro que le rozó el hombro para que diera la cara mientras le decía—: ¡Vamos, tú! Si eres el que comanda el grupo no te escondas. ¿Quién eres o quién te envía? Seguro que con mi jabalina acierto si no eres convincente.

—Me gustaría presentarme directamente a Ibn Hafsún. A él es a quien vengo a hablarle —respondió. La voz resultaba extraña, algo aniñada aún, en perfecto romance, pero con ese toque cortesano que había podido observar a los más altos dignatarios de Corduba. No era habitual que utilizaran nuestra lengua con tamaña soltura. Continuó—: No sé si ahora mismo me acechan unos salteadores o algunos de sus hombres.

—Si quisiéramos tu bolsa ya estaríais muertos, y bien debes conocer la proximidad a Bobastro. —Obviamente, no era norteños lo que teníamos delante. Intuyendo que se trataba de alguien relevante, quizás con alguna relación con Hassim ibn al-Aziz, y sin nada que perder por mi parte, decidí ser yo el primero en presentarme—: Mi nombre es Alfonso, aunque también me conocen por el Moro mis amigos y Hafs al-Marra, los sarracenos. Sin problema podría llevarte ante Omar ibn Hafsún, pero no es algo que hagamos a ciegas, así que preséntate o acabemos ya con esta pantomima. Tengo frío y mujer hermosa aguardándome en lecho caliente.

Mis amigos respondieron a mis palabras con una carcajada que hizo constatar a los forasteros sus escasas posibilidades de escapar a la encerrona. El hombre se irguió en su caballo y respondió trasluciendo orgullo en sus palabras:

—Encantado, Alfonso, bien conocido eres por tu valía en la batalla y por ello no pienso continuar con el suspense ni ahondar en mentiras. Mi nombre es Muhammad, príncipe de Qurtuba, primogénito de Abd Allah, sobrino del emir al-Mundir. Como declaró Fortún de inicio, venimos con la paz por delante y solo a parlamentar.

»Como comprenderás por mi posición, mucho arriesgo en mi visita y no es precisamente de vosotros de quien nos ocultábamos, si bien nos sorprende

haber llegado tan lejos sin control previo. ¿Puedes ahora llevarme con Ibn Hafsún? También yo tengo frío y agradecería cobijo tras cinco días durmiendo a la intemperie.

Muhammad ni habló ni cerró la boca desde que enfilamos la puerta del Sol, abrumado por nuestra posición y las miles de personas que a base de ingenio y sillares la habían tomado. El Capitán nos esperaba en el pequeño salón rojo del alcázar, el predilecto suyo y de al-Tayubi, pese a no atesorar el lujo del principal. Decorado con mimo al estilo árabe, cálido por sus divanes. Caldeaba el salón una gran chimenea, donde chisporroteaban juguetones un par de troncos de encina sobre una cama de sarmientos y cáscaras de almendra que embrujaban la estancia con un seductor aroma. Sin apenas luz exterior, la multitud de velas sujetas por candelabros de oro y plata me permitieron observar con detenimiento al príncipe cordobés.

Con razón su tío el emir bromeaba llamándole vascón por su apariencia. Al marchar de incógnito no llevaba el tinte de alheña y rubio y corpulento parecía un cristiano del norte disfrazado de árabe por su indumentaria y estilo. Sus movimientos eran pausados, estudiados, y sus ojos, azules, separados e intensos, mostraban una mirada franca e inteligente bajo una despejada frente y sobre una puntiaguda nariz. De corta estatura, sentí una inmediata simpatía por él.

Omar se acercó saludándole y, seguro que conscientemente, teatralizando en cierta medida el boato de su recibimiento:

—*As-salām ’alaykum*, noble *sahib* Muhammad ibn Abd Allah. Allah sea contigo. Tu nombre y estirpe te preceden y hacen de tu visita un inmenso honor para nosotros. Espero corresponderte en la medida que, dentro nuestra humildad, nos fuere posible.

—Allah sea también benevolente contigo y los tuyos, *sahib* Omar ibn Hafsún —le respondió Muhammad, aceptando los cumplidos y sin rastro de orgullo o superioridad en sus palabras—. El placer es todo mío. Mi más sincera admiración por vuestro fuerte. Podría ser morada y seguro que envidia de cualquier rey.

—Por favor, toma asiento junto a la lumbre y permíteme que te invite a un vino propio que te sorprenderá por su dulzura y cuerpo —le dijo Omar, señalándole un diván, obviando el protocolo de la leche y los dátiles y tanteando su talante. Aquella no era visita diplomática y mi amigo la tomaba

como la de un amigo—. Nada tiene que envidiar al más reconocido de Corduba —continuó.

—Te lo agradezco, noble Omar —le respondió el cordobés mientras se sentaba—, y aun estando seguro de ello de poco te valdría mi criterio, ya que no bebo. Sí agradecería un té caliente, a ser posible. —Mientras nosotros nos servíamos el vino y esperábamos el té de Muhammad, este continuó. El joven no pensaba marear la perdiz—. Te preguntarás, con razón, qué hace un omeya en casa del peor enemigo de su casa. —Omar cómicamente le fijó la vista abriendo los brazos—. Muchas vueltas le he dado con mi padre a nuestra situación hasta llegar a la conclusión de que este arriesgado paso era necesario para mostrar nuestro compromiso.

—Cierto es que el movimiento es osado. Continúa, por favor —le respondió Omar, y le acercó la tetera y taza de estilo bereber que Calixto había dejado sobre la mesa baja.

—Trataré de hablar con total franqueza, pues si lo que vengo a pedir es colaboración no tiene sentido aburriros con circunloquios —dijo el cordobés tras servirse y dar un pequeño trago al té donde pareció buscar cómo recomponer sus ideas para ordenar un ensayado discurso—. La llegada de mi tío al poder está sacudiendo Qurtuba. No por el fondo, pues todos conocíamos su legítima herencia, pero sí por la forma en la que lo está acometiendo. Si ya de príncipe mostraba altanería y soberbia, desde la atalaya del poder estas se han acrecentado. Su subjetividad y discrecionalidad en las decisiones es insultante, convirtiendo a la ley en un mero instrumento de sus caprichos. Las esperanzas de mi padre de que el trono lo atemperase han resultado vanas y las paredes susurran en palacio los nombres de futuros ajusticiados. —Se detuvo un segundo para mirarnos—. Bien habéis de saberlo por el final de vuestro amigo Hassim, muestra paradigmática de cómo sus instintos guían sus decisiones. Decenas han sido condenados y cientos reemplazados sin mayor explicación que la de ser o no amigo del amigo del amigo.

»La corte maldice el día de su entronización y la situación en el emirato no ayuda. No hay rincón no revuelto en todo al-Ándalus y lo último es que los mozárabes de Toletum, con apoyo de los bereberes de Ben Zennum, se han levantado en rebeldía. A buen seguro que allá habrá de enviar gran parte del ejército este verano, ya que no podemos permitirnos perder plaza tan importante.

Escuchábamos ensimismados el discurso. Sorprendidos por el bello romance y la capacidad oratoria del príncipe. Sabía perfectamente jugar con

silencios, miradas, seriedad y sonrisas. En ese momento regaló una de ellas a Omar.

—En cualquier caso si hay una cosa que le obsesiona eres tú —prosiguió—. Al-Mundir, en el fondo, es un animal de batalla, un soldado que lo que aprecia es aquello que sucede en combate. En la aceifa de Fontcurb llamaste su atención. Aún se pondera en Qurtuba tu singular arrojo aquel día. Al desprecio que siente por tu condición de muladí se contrapone su admiración por la aceifa y la valoración de medirse a un adversario astuto y osado. En el fondo te teme y maldice haberte dejado escapar vivo en Alhama. —Al decir esto se fijó de manera inconsciente en la mano herida de Omar. Sin duda estaba bien informado. Tras un instante que no pasó desapercibido, continuó—: No dudo que en parte Hassim habría de culpar a vuestra relación de su suerte final. No se detendrá hasta acabar contigo, y aquí es donde pensamos que reside nuestra oportunidad.

»Asumiendo que está armando parte del ejército para apaciguar Toletum, intuimos que él viajará al sur con un contingente importante para sitiarte y conquistar tu plaza a cualquier precio. Lo que te pedimos es aguantar el máximo tiempo y provocarle para que él también lo haga y que bajo cualquier artimaña haya de llamar a un médico. En Qurtuba es intocable, pero en campaña pueden surgir oportunidades, el personal varía y un enfermo podría empeorar.

Tras beber un enigmático sorbo prolongó el silencio más de lo habitual, pendiente de si comprendíamos a qué se refería.

—Sigo tu razonamiento —dijo Omar relevándole— e intuyo tus planes, pero me pierdo en mi papel. Permíteme consultarte dos cuestiones que seguro que, por tu mejor conocimiento del emir, podrás resolver mejor que yo. ¿Cómo puedo asegurar que él aguante en campaña? Y sobre todo, ¿de qué forma pretendes que le hiramos? Demasiado trabajo tendré con asegurar continuar con vida.

—Para asegurar su permanencia en el asedio no creo que halles demasiado problema, pues ya está bastante encauzado. Lo único que debes asegurarte es de que lo tome como algo personal. Como el galgo que encelado persigue la carrera de la liebre y es capaz de reventar antes de abandonarla —contestó rápidamente, pareciendo no improvisar la respuesta, para continuar después de un prolongado silencio—: Dañarle es lo más complicado. Planea adelantar la aceifa y partir antes de que finalice el año según la Hégira. Habrás de prepararte. El plan principal es que enferme con alguna mala comida, algo que rezaremos para que suceda y no os involucraría. Si no

ocurriera, la alternativa es algo más arriesgada y os incumbiría por completo. La idea es aprovechar su obsesiva afición cetrera. Casi todos los amaneceres entrena a sus halcones y allí, conociendo sus hábitos, puede resultar vulnerable ante un buen arquero. Bastaría con herirlo con una saeta preparada. Nosotros nos ocupamos del resto.

De nuevo el silencio y la reflexión ocuparon su espacio. Calixto sirvió una nueva ronda de vino y té. Omar recogió su copa levantándose y, dándole la espalda al cordobés, avivó el fuego con uno de los robustos leños secos que descansaban en una cesta de paja algo chamuscada, situada a la derecha de la chimenea. Mientras lo colocaba sobre los rescoldos directamente con su mano buena, tomó la palabra:

—¡Me gusta vuestro atrevimiento y bien creo que puede hacerse! Recuerdo bien su afición a la cetrería, pues era harto comentada en la campaña que compartimos. Nadie como nosotros conoce estos parajes y no existen tantos campos de vuelo próximos, pero viviendo sitiado no podría apostar arqueros capaces de hacer blanco en todos ellos. —El que se silenció esta vez fue él. Volviéndose y encarando directamente a Muhammad, continuó—: Por otro lado, desconozco, y permitidme ser tan directo como lo fuisteis antes, qué gano yo con el cambio en palacio para asumir riesgo tan elevado. Asumo esa inquina que me profesa al-Mundir y no dudo de tu palabra, pero ¿me aseguras diferencias con tu padre? Cualquiera en su situación me detestaría y querría mi cabeza clavada en una pica en la puerta del puente del Betis. Si además es cierto que su mandato debilita al emirato, no obtendría ventaja alguna con el cambio.

—Aun debilitándolo no debe menospreciarse que su fuerza y su determinación en subyugarte es inquebrantable —le contestó Muhammad, aguantando el envite—. Cualquier permuta sería positiva en tu posición, además asegurar que así sea es precisamente la razón de mi arriesgada visita. Nuestro compromiso de alianza es firme como la roca que nos rodea. —Tras otro silencio y señalando con la cabeza a su lugarteniente, prosiguió—: Nosotros te proveeremos de los detalles a través de Fortún, de necesitar tu ayuda. Él se presentará en Hardaris para transmitirte la información. Entendemos lo que te estamos pidiendo y el favor que harías al futuro emir de Qurtuba. Más allá de la posición en la que eso te coloca, ¿qué pides por ello, Omar?

El Capitán, sonriendo, apuró su copa y, con su sonrisa mellada y una determinación apabullante, le arrojó:

—Quiero gobernar la Rayya, Muhammad, y quiero hacerlo sin injerencia alguna. Seremos aliados sin avasallamiento de por medio como lo son ahora los Banu Qasi en la Marca Superior.

VI

Las copiosas lluvias que saludaron la llegada de la primavera no rompieron la predicción de Muhammad y, con el año 274 caldeo a pocas semanas de expirar, al-Mundir dejó Corduba.

Quince mil hombres partieron hacia la Rayya, muchos, mientras el grueso de su ejército reposaba en la capital o las *koras* pensando en Toletum. Desde su ingenuidad trataron de sorprendernos quemando etapas vívidamente, dividiéndose y atacando Bobastro desde cuatro flancos diferenciados.

Tras la visita de Muhammad, adelantando los siguientes movimientos de la partida, esquilmamos nuestros alrededores como langosta el trigo tostado y como la laboriosa hormiga almacenamos en la Mesa todo cuanto pudimos para el particular invierno durante el verano que se avecinaba. No nos sucedería lo que en Alhama. Batimos la caza hacia bosques anejos, desarraigamos cepas, cercenamos frutales, quemamos con astucia los campos y, por supuesto, no dejamos cosecha o animal alguno sin almacenar que no fuera rata o gato en leguas alrededor. Despensas, aljibes, cuadras, cuevas y huertos lucían repletos.

Al-Mundir no contaba con tamaña jugada y su escasa intendencia para tanto soldado le obligó a pertrecharse en otro lugar. Eligió Arxiduna y su experta población en pedir el amán y entregar las llaves. Ante la imposibilidad de conquistar el corazón se hacía con la cabeza de la Rayya.

No puedo reprimir la carcajada al recordar lo acaecido en una de aquellas semanas. Bien podrían haber sido lágrimas.

Con al-Mundir en Arxiduna, varias partidas buscamos aumentar provisiones ampliando nuestro radio de acción. Yo acompañaba a Omar con cincuenta de nuestros más allegados. Descuidando nuestra guerra, más parecía una partida de caza que el movimiento del principal cacique rebelde que desafiaba al emirato cordobés. Qámara era nuestro refugio, un *hisn* bien escondido y dominador de abundante terreno a prudente distancia de los sarracenos.

El grito de Martín, guardia de la segunda noche que allí pernoctábamos, nos despertó:

—¡Los caldeos! ¡Nos tienen rodeados! ¡Capitán, Capitán!

Salté de mi lecho escuchando como no era el único que lo hacía para observar que Omar ya estaba en pie. Ponía una mano en el hombro del chico calmándole. Le miró a los ojos y con voz tranquila le espetó:

—Cuéntame, Martín, ¿qué sucede?

—Señor, son muchos —dijo Martín, tranquilizándose considerablemente. Con cuajo y tras tragar saliva, continuó—: Calculamos más de trescientos. La noche les ha facilitado rodearnos. No nos explicamos cómo un destacamento tan grande ha podido llegar tan rápido.

—Ya buscaremos más tarde qué les ha traído aquí. Vayamos por ahora a los hechos —le cortó Omar seco pero amistoso—. Dices que nos tienen rodeados, explícate —le pidió.

—Doscientos hombres tapan la única salida visible del fuerte. Trabajan el terreno con trincheras y estacas recelando de nuestra huida. El resto patrulla las faldas de los montes temiendo alguna otra vía de escape e inutilizando el pasadizo de la fuente.

Este, angosto y largo, desembocaba en una gruta que moría fuera de la fortaleza. Omar anotaba mentalmente cada hecho.

—Trata de ser preciso —siguió preguntando— y detállame la condición de la tropa, ¿es todo caballería o predominan los infantes?

—Casi todo jinetes. Desconocemos si se trata de una avanzadilla.

Subimos al fuerte para, por desgracia, comprobar que Martín tenía razón. Las horas regalaban hombres que poblaban la base del cerro en el que nos hallábamos. Ya debían ser más de cuatrocientos.

En el pequeño alcázar que gobernaba el fuerte, discutíamos alternativas para aquel escenario no previsto. El desconcierto fue perdiendo terreno según avanzó la conversación. Yahya ibn Antelo defendía vehementemente la posición que se convirtió en dominante.

—Cada segundo roba vidas. Cierto es que nos superan en número, pero más lo harán según el sol salga y avance. Como le sucedió a al-Tayubi en Hardaris, no existe alternativa a huir y debemos hacerlo de inmediato. Podemos optar por la fuerza y cargar con todo o el sigilo del pasadizo de la fuente, confiando en la oscuridad de lo que aún queda de noche. La espera solo acarreará nuestro fin.

El quórum parecía absoluto hasta que un Omar pensativo y emocionado tomó el testigo:

—Amigos, no imagináis cómo agradezco vuestra entrega, pero no puedo pediros marchar a una muerte tan cierta como que el sol saldrá en breve. Si

viera la más remota posibilidad, yo mismo encabezaría la carga, sin embargo sabéis, tan bien como yo, que las oportunidades son mínimas y que si alguno sobreviviera acabaría adornando una cruz en el puente romano de Corduba. Existe otra alternativa que agradezco que no hayáis contemplado o esgrimido pese a su obviedad. —Paró, realizando una ronda visual a los allí reunidos. Se le veía pensativo, taciturno y con los ojos vidriosos del que oculta sus emociones—. Debéis entregarme y salvar el pescuezo. Mi cabeza bien puede valer vuestras vidas y no imagino un epitafio mejor que el de ofrecerla por ese fin. Conociendo la inquina que me tiene el emir puede que hasta obtengáis beneficio. Tiempo habrá de recomponeros y continuar la lucha. Entregadme y acabemos con esto.

Los quejidos e indignación generales estallaron con la propuesta.

—No digas insensateces —intervino Abu Nasr—. Estamos en esto contigo y hasta el final te seguiremos. Desnudemos el acero y hagámonos acompañar al otro valle por muchos de esos perros. No seré yo uno de los que cargue en su conciencia con la felonía de entregarte.

Me dolía ver tan abatido a Omar y con las dos últimas intervenciones, una idea comenzó a forjarse en mi cabeza. Decidido, rompí mi silencio para exponerla:

—Quizás los dos tengáis razón. —Enseguida noté la total atención del grupo. Continué hablando centrado en Omar—: La salida es un suicidio pero peor aún sería abandonarte. ¿Por qué no entregarnos todos? Mejor, ¿por qué no entregar nuestro servicio?

—Alfonso, ¿de verdad ves posibilidades de que el emir nos otorgue el amán? —preguntó mi padre.

—Más que de romper sus líneas seguro y no soy yo de los que rehúyo un buen combate. —La idea estaba madura en mi cabeza y la solté—: Sabemos que al-Mundir es hombre de acción y cómo recuerda nuestro desempeño bajo sus órdenes. Aprovechemos su respeto para entregarnos, rendir Bobastro y marchar a Corduba a su lado. Nuestras cabezas, y en especial la de Omar, son un gran reclamo, pero más debería cautivarle que en un solo envite termine esta aceifa pacificando su espalda, conquiste una ciudad inexpugnable, refuerce su ejército con nuevos hombres y gane un general de la talla del Capitán. Imaginad el refuerzo para la aceifa contra Toletum de este verano.

La idea cuadró y acordamos aguardar al emir para proponérselo en persona.

Una débil lluvia, de esas que cala a la larga sin molestar a la corta y que tanto celebra el labriego su llegada, amenizaba aquel amanecer. Encaramado en las almenas observaba cómo los sarracenos utilizaban la debilidad del terreno para ahondar unas zanjas que atravesaban la pendiente y así dificultar nuestra salida. Los malnacidos se empleaban a fondo, dejando además una amplia guardia tan vigilante como los marineros que divisan una gran presa que se acerca a sus redes.

Escuché un movimiento a mi espalda y observé cómo Omar, acompañado de su hermano Hamdum, ascendía los últimos escalones para llegar donde me encontraba. Dibujó una sonrisa al verme y, sentándose a mi lado, me dijo:

—Menuda nochecita para estar a la intemperie. Tu padre es quien nos ha dado tu paradero al buscarte en vuestro cuarto. Jamás pensé que otro que no fuera de la guardia pudiera estar aquí.

—Bueno, no se está tan mal —le contesté irónico mientras me sacudía el agua de la caballera—. No conciliaba el sueño pensando qué harían nuestros amigos cordobeses y decidí matar la intriga. No se aburren desde luego, y a fe que si no funciona nuestra estrategia podemos comenzar con los rezos, pues no encuentro alternativa para salvar el cuello. Salir ya es imposible salvo con mucha suerte por la salida de la fuente y esta posición no aguantará un envite serio.

El silencio ocupó su espacio durante un buen rato en el que la luz comenzó a mostrar su poder definiendo el paisaje. Omar lo mató:

—¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? No paro de darle vueltas a la frase de Martín. ¿Cómo ha llegado un destacamento tan numeroso en tan poco tiempo? Tan solo llevábamos aquí una noche. Es imposible que algún *qamarí* diera el aviso y llegaran a esta velocidad.

—Obviamente, tenían que estar prevenidos —dijo su hermano, continuando su línea argumental—, y esperar nuestra venida si no a esta plaza al menos sí a esta zona. La traición no parte de Qámara sino de Bobastro. Debemos buscar a la rata en nuestro lecho y no en el resto de la casa.

—Sí, es la misma conclusión a la que he llegado yo. —Omar hablaba mientras se arrebujaba la capa y se colocaba la capucha que goteaba en el extremo de su visera—. Demasiada gente conocía nuestros movimientos. Será difícil encontrar al traidor. Al menos sabemos que existe y Dios se apiade de él y los suyos si vivo lo suficiente para encontrarle. —Volvió a callarse. Los tres buscábamos indicios que nos señalaran posibles culpables sin hallarlos. Omar retomó la conversación—: Esto nos servirá para aprender en el futuro. Estoy seguro de que lo tenemos. Tu idea funcionará, Alfonso, contra natura,

pues el emir sueña con ensartar mi cabeza en una pica que recorra todos los caminos de al-Ándalus, pero funcionará. Mucha es su necesidad y demasiados los triunfos que arriesgaría por saciar una venganza personal. —Pasándome el brazo sobre el hombro y mirándome a los ojos, continuó—: De todos modos, te buscaba porque quiero que seas tú quien proponga el amán. No cuento con mejor embajador para representarme tanto por confianza y amistad, como por presencia, cultura y talante.

Miré al incipiente campamento sarraceno multiplicado por dos durante aquella larga noche. Una gran bandada de patos, siempre madrugadores, lo sobrevolaba a altura segura. Un hombre cayó en una de las zanjas encharcadas por la lluvia y el coro de las risas de sus compañeros llegó nítido hasta nuestra posición. Reparé con cierto estupor en que lo que debía ser un encargo incómodo me apetecía. Acariciando la cruz de mi abuelo Martín y sin dudar contesté a Omar:

—Así sea, amigo, será un placer representarte.

Ya entrada la tarde, el sol calentaba entre las altas nubes que competían en endemoniada carrera facilitada gracias al viento por ser la primera en llegar al horizonte. Dos golondrinas sobrevolando a escasa distancia de mi cabeza me acompañaron al salir por la puerta principal del *hisn* con una gran bandera blanca. Sonreí interpretando tal compañía como buen presagio y levanté las manos en señal clara de paz, avanzando hasta la primera zanja que habían excavado.

Tres hombres recogieron las bridas de mi caballo y tres más se colocaron a mi espalda. Con total parsimonia extraje el pergamino de la alforja derecha de mi monta en el que habíamos preparado la petición del amán. Alzándolo en mi mano derecha, comencé a pedir audiencia con el emir:

—La paz me guía y sea con vosotros. —Recordaba a la perfección el árabe que Máximo me enseñara en el cenobio y que gustaba de practicar con Sulayman ibn Malikk cada vez que nos veíamos—. Busco parlamentar con el emir. Traigo una propuesta de Omar ibn Hafsún.

Un hombre, de aproximadamente mi edad y casi mi altura, que comandaba el destacamento e identifiqué como un *'arif*, me miró sorprendido pero con suficiencia. Con un gesto imperativo ordenó que le siguiera.

Intensos ojos me observaban inquisitivamente formando un pasillo humano que se abría bailando a nuestro son. Con la mirada perdida en el horizonte, sin obsequiarles con la oportunidad de cruzarse con ella,

tratándolos como hormigas, marchaba todo lo erguido que me permitía la monta. Una de las principales razones de mi elección como embajador se debía a cómo impactaba mi presencia en el enemigo. Cabalgaba sobre Crepúsculo, uno de los caballos preferidos de Omar; alto, fibroso, negro como un grillo y ricamente enjaezado con bridas y brocal de plata. Su majestuoso porte contrastaba con la brutalidad de mi estampa. Llevaba como única protección, sobre mi túnica corta y altas botas, mi loriga con remaches plateados. Al cuello asomaba mi larga, poblada y cerrada barba, ya rica en canas y que ascendía hasta mi rubia, rizada y entrecana cabellera. Sobre el pecho y a la vista de todos, por fuera de la loriga, descansaba la gran cruz griega de oro que me regalara Martín y que competía en fulgor con los numerosos brazaletes que adornaban mis poderosos antebrazos. Destacaban en el izquierdo el de la gran esmeralda de Alhama y en el derecho la serpiente de Alfonso el Magno. Cruzada a mi espalda, enfundada en lana para evitar dañarla, dentro de su vaina de madera revestida de cuero, me acompañaba mi fiel ULFBERHT con su trilobulado pomo sobresaliendo sobre mi hombro derecho.

A unos quinientos pasos se distinguía la enorme *qubba* roja del emir, tan alta como el campanario de una iglesia señera. Tras alcanzarla, descabalgar y dar aviso de nuestra presencia el *'arif* me registró y exigió dejar espada y daga antes de pasar a una pequeña estancia. Un gordo chambelán aguardaba sentado tras una especie de escritorio. El grosor de las telas no reducía una amplia y agradable luminosidad. El eunuco simulaba estar muy atareado pues no osó levantar la vista, y sin ni siquiera proponerme asiento, me espetó con una voz desagradable y chillona:

—Solicitáis audiencia con su alteza el emir, algo que es obviamente inviable. Yo transmitiré lo que tengáis a bien comunicarme.

Decidí no enredarme en cuestiones burocráticas aceptando su proposición y, alcanzándole el pergamino, le respondí:

—Mi nombre es Alfonso, el hijo de Gonzalo, aunque entre vosotros me conozcáis como Hafs al-Marra. Me envía Omar ibn Hafsún para entregar esta misiva al emir al-Mundir. Confío en que dárosla a vos es como si con él lo hiciera.

Con un gesto pidió a uno de los guardias que se la acercara acompañando con el gesto una inquisitiva mirada hacia mí. En aquel suspiro me impactó la inteligencia, nostalgia y tristeza que transmitían aquellos enigmáticos ojos grises, y por un momento me apiadé del destino de aquel hombre. La abrió y

comenzó a leerla. Sin mostrar emoción alguna finalizó la tarea e inmediatamente me dijo:

—Esperad aquí, Ibn Gonzalo. Enseguida conoceremos la respuesta del emir.

Desapareció por una puerta a su derecha en la que yo no había reparado. Al poco rato y mientras esperaba de pie sin asiento donde aliviarme, cuatro hombres a los que identifiqué como principales pasaron a las estancias privadas del emir sin siquiera mirarme. Con la noche ya ganando terreno al día volvió a salir el eunuco, esta vez, luciendo una amplia sonrisa.

—El emir valora vuestra propuesta y promete ser más generoso de lo que esperáis a cambio. Ahora es momento para que *qadí*, ulemas y juristas redacten el amán, pero emplaza aquí a Ibn Hafsún para firmarlo y sellarlo apropiadamente en su presencia. La cita tendrá lugar al mediodía de mañana. —Todavía con la sonrisa en la boca me acercó otro pergamino—. Aquí están los detalles. Os esperamos.

Abandonamos el *hisn* con la puntualidad con la que las golondrinas que me acompañaron en mi primera salida regresan al nido cada primavera. En lugar de los seis hombres que me recibieran el día anterior aguardaba nuestra visita un gran cortejo encabezado por un *qaid* y la propia guardia emiral. Guiaban nuestros pasos por un pasillo esta vez compuesto por el ejército en posición de revista. Lanzas, picas y estandartes apuntaban a un cielo limpio de las nubes de días precedentes. Una marcha militar de chirimías y tambores amenizaba el trayecto a nuestra espalda.

A la entrada de la *qubba*, mi amigo el chambelán nos condujo a una nueva estancia donde el *wazir* nos instruyó del protocolo requerido. Cuando dos guardias descorrieron el cortinón que daba paso a la formidable sala del trono, crucé una mirada cómplice con Omar, que realizó una mueca que casi me lleva a la carcajada. El descomunal boato no impresionaba demasiado a mi amigo. Siguiendo al *wazir* nos colocamos en la posición acordada advirtiendo que el emir ya se hallaba presente. Tras la reverencia preceptiva observé cómo al-Mundir, moreno y de pelo ensortijado algo largo, nos miraba con sonrisa de suficiencia, la del lobo con la oveja o el zorro con la gallina. Desde la altura del trono real, los destellos carmesíes y pajizos que proporcionaban los cientos de velas y la luz natural se concentraban estratégicamente en su persona, proveyéndole de un tono místico. La magia se rompía cuando reparabas en la cantidad de marcas que ensuciaban su cara, con toda

probabilidad provocadas por una viruela mal curada, y que humanizaban una figura que emanaba poder.

Tal y como nos ordenaron, Omar se dirigió en primer lugar a él inclinando ostensiblemente la cabeza.

—Majestad al-Mundir ibn Muhammad. Allah tenga a bien guardaros. Es un honor encontrarnos hoy en su presencia.

—Noble Ibn Hafsún, compartimos dicho honor —respondió. Con un ligero gesto de su mano que indicaba cercanía y lo innecesario de formulismos, añadió—: Ten por seguro que me has alegrado este fin de año que se aproxima con tu sabio proceder. Por fin podemos vernos y hablar. Mucho me he arrepentido de no haberlo hecho en el pasado cuando junto a mí cabalgabas protagonizando gestas de las que aún se declama en Qurtuba.

—Convencido estoy, alteza, de que a partir de ahora nos resultará más sencillo tal menester —dijo Omar, variando a un tono más cercano—. El destino me ha señalado el camino correcto. Muchas serán las ocasiones a celebrar.

—Entiendo entonces que tu compromiso es firme —respondió el emir, agrandando aún más su sonrisa—. Aunque prefiero que sea Allah y no el destino quien te guía, pues solo su poder se escapa de nuestras mortales manos y es capaz de colocarnos en el camino correcto.

—Por supuesto, majestad, y ante Él y vos me presento para rubricarlo hoy.

—Me alegra oír eso, aunque no solo a tu firma responde mi invitación. El pergamino y las condiciones propuestas son solo la semilla de nuestra relación, pero mucha es la esperanza en que crezca tan fuerte como un roble. Eso es lo que quería que escucharas de mi propia boca. Conozco las desavenencias, probablemente más fruto de tus amistades que de la justicia, que se produjeron en tu anterior estancia entre nosotros y tu desencuentro con Muhammad ibn Walid ibn Gánim.

Omar, como si se disculpara, mirando con humildad al suelo aunque no obviando su inocencia en tales acontecimientos, defendió con maestría su posición:

—Siento haberme equivocado eligiendo compañeros, alteza. Desconozco si otras alternativas existían. Sí os aseguro que en ningún momento fui consciente de importunaros, y mi único objetivo era servir a vuestro padre y su reinado. Poco conozco del funcionamiento de la corte, menos aún de los vericuetos de palacio. Soy poco más que un hombre sencillo, un soldado

capacitado para enfrentarse al enemigo espada en mano y no un cortesano ducho en intrigas.

Sus palabras acertaron en el blanco, haciendo que el emir se incorporara un tanto en su trono y prosiguiera en un tono aún más conciliador:

—Sigue gustándome lo que escucho, Omar. Pese a haber nacido en palacio tampoco yo soy carne de jardín y almohadón emplumado, sino animal de campo abierto y montura. Sabrás que me crie en campaña. Nada valoro más entre mis hombres que la lealtad, la virtud y el valor. El mérito será la estrella que guíe mi reinado, y quien lo ostente se sentará en mi mesa compartiendo mis viandas. Nuestra relación no es nueva. Mucho podríamos reprocharnos haciendo balance —dijo esto deteniendo tranquilamente la mirada en la mano tullida de Omar, recordándole sin palabras el enfrentamiento de Alhama como hiciera su sobrino antes—. Lo que te ofrezco es olvidar el pasado y empezar un nuevo libro. En él partes como uno de mis *qaids* de máxima confianza, con el inmediato baño en oro que eso conlleva para ti y los hombres que designes.

»Dirigirás aceifas y comandarás miles de hombres que te regalarán fama y riqueza. No sabrás qué hacer con tantos bienes. Ocuparás un lugar preeminente en fiestas que ni sueñas. Sé que tienes familia y nueva esposa, aunque eso será algo que nunca te faltará, si así lo deseas. Te alojarás dentro de mi alcázar, en las dependencias reservadas para mi familia y amigos. No es el amán lo que obtienes, sino las llaves de la puerta del paraíso, las de la misma Qurtuba, la capital del mundo, para que escribas tu futuro, el nuestro, y puedas acabar quién sabe si siendo mi propio *wazir*.

—Así sea —se limitó a contestar Omar, arrodillándose en gesto de sumisión, reconociendo y agradeciendo la generosidad del emir.

Tras una mirada de complacencia del emir y mientras se recostaba con elegancia, hizo un gesto, que descubría falta de interés por los detalles, para que el *qadí* tomara la palabra:

—Procedamos a la firma del tratado —dijo este—. En él se detalla la incorporación de Bobastro y el resto de las ciudades, *husūn* y *hisn* bajo tutela omeya y vuestra inmediata incorporación al ejército emiral en las condiciones que nuestro noble soberano ha tenido a bien detallar.

En una gran mesa de mármol de una sola pieza adornada por arabescos de oro, descansaba el escrito. Omar, antes de rubricarlo y como recordando un tema sin importancia, levantó de nuevo la vista hacia al-Mundir para decirle:

—Alteza, una sola petición me gustaría que me concedierais en vuestra infinita generosidad. Faltos andamos de montura en casa, y necesitaría que

enviarais cincuenta mulos a Bobastro con sus serones vacíos a fin de que nuestras familias trasladen a la nueva morada todos sus objetos y bienes personales.

Con la mirada del padre que concede al hijo un capricho que él no valora y con gesto despreocupado, le contestó:

—Cien serán los mulos que ahora mismo han de partir y cincuenta no lo harán vacíos sino cargados de vestidos de gran riqueza, dinero y regalos. Los otros cincuenta traerán todo cuanto hayáis de necesitar, aunque estoy convencido de que poco echaréis de menos una vez lleguéis a Qurtuba. Mañana seremos nosotros los que lo hagamos a primera hora para entrar juntos, como aliados, por la Gran Puerta.

Tras la firma del tratado, descendió de su estrado y obsequió con un sincero abrazo a Omar. El león estrechaba al zorro sin entender aún cuán poco pesa la fuerza ante la astucia.

Al poco de regresar a Qámara y una vez hecho cada uno sus preparativos para partir a la mañana siguiente, Omar nos citó a cenar y brindar por el buen término de las negociaciones.

Soy incapaz de reproducir mi sorpresa cuando escuché sus palabras.

—Queridos amigos, no brindéis todavía, pues mucho es lo que resta por hacer. —Su mellada sonrisa de bandido delataba un giro inesperado. Mirándome, continuó—: La noche ya se ha echado y partiremos de inmediato. Los cordobeses festejan la firma de nuestro tratado y se han relajado bajando la guardia. Según hemos podido comprobar será relativamente sencillo escapar por el pasadizo de la fuente. Tenemos mala luna para ser vistos pero estupenda para cabalgar toda la noche. Para cuando se percaten de nuestro ardid estaremos a las puertas de casa y con cien mulos, que recogeremos por el camino, en nuestro poder.

VII

Omar acrecentaba su leyenda rivalizando para sus devotos seguidores con el Ulises de Homero. El irreductible Capitán de la Gran Nariz bendecido por Dios y el destino. Nuestras gestas se cantaban en los fuegos como siempre sucede con los héroes de los pueblos, idolatrados más tarde si cuentan con la suerte de escribir su propia historia, olvidados la mayoría si la escriben sus enemigos.

Su discurso de llegada a la Tábula como colofón de la treta de los cien burros en Qámara rasgaba al-Ándalus como el juglar las cuerdas de su laúd. Así se entonaba en plazas, zocos y tabernas las palabras que Omar:

—¡Escúchame, Bobastro! Despierta, pueblo de Hispania. Despertad, vosotros, mozárabes, muladíes, bereberes y árabes oprimidos. Escuchadme los que tanto tiempo lleváis sufriendo el yugo de los omeyas y la *jassa*. Los que teméis su mirada como el galgo viejo la del mal amo. Los que perdisteis las tierras en su favor o las aráis para que ellos recojan la mies. Los que enviáis a vuestros hijos a morir en sus aceifas para que ellos se enriquezcan con tierras y botín. Los que no podéis rezar a vuestro Dios sin tributar o temer el martirio. Escuchadme, porque tengo algo que deciros.

»El ejército emiral cabalga borracho de furia hacia nosotros. Ya saben que no pueden comprarnos como a mujer de lupanar. A su cara les hemos arrojado el sucio oro y los privilegios que nos ofrecían. ¡Se acabó la servidumbre! En breve acamparán a nuestros pies dispuestos a aplastarnos, a saquear la ciudad que tanto nos costó alzar, a demoler nuestras casas, violar a nuestras mujeres y llevarse a nuestros vástagos para convertirlos en esclavos o eunucos.

Jadeaba, pues hablaba a voz en grito, bermejo por el esfuerzo. Estancando la mirada en los ojos que absortos le observaban arrobados. Ensanchando el pecho para asegurarse de que ningún alma dejara de escucharle. El silencio y la atención respondían rotundas. Cogiendo aire y tragando saliva, continuó aún con más fuerza:

—No saben lo que les espera. Ha llegado la hora de gritarles basta. Mucho es el tiempo que llevamos preparándonos. Nuestras murallas son firmes y

nuestra voluntad les supera. No lograrán conquistar nuestra casa. Resistiremos y este será el principio de su fin. Sus látigos no flagelarán más nuestras espaldas ni los cascos de sus caballos mancillarán nuestros caminos. Hoy comenzaremos a escribir nuestra historia. Su tiempo se acaba y la reconquista de al-Ándalus, la de Hispania, por sus legítimos hijos se anuncia ya.

»Hombres, mujeres y niños, preparaos. Aprestad vuestras armas, hervid calderos de aceite y brea, afilad hachas y espadas, tensad las cuerdas de vuestros arcos, revisad vuestras hondas y preparad las bolas de plomo y guijarros. Con el próximo sol no pelearemos por nuestras vidas, lo haremos por el honor de nuestros ancestros, por nuestra independencia y la libertad de nuestros hijos. Lavaremos nuestra vergüenza con su sangre. Escuchadme pueblo porque yo soy Omar ibn Hafsún, yo os libraré de este yugo y os mostraré el camino. *Yo soy vuestro señor supremo*.

Un clamor respondió a sus últimas palabras y el grito de un nombre voló como el águila imperial entre riscos y tajos:

—¡Omar, Omar, Omar!

Tenía razón. Era nuestro señor supremo.

Bobastro crecía con nosotros. Ya contábamos con una mezquita y dos iglesias, aparte de la antigua basílica y cenobio mozárabes. La propia Mesa comenzaba a quedarse pequeña y cualquier resquicio en las terrazas era aprovechado para completar una cueva o ampliar las moradas. En las calles, los niños celebraban la llegada de los primeros calores, olvidando la posición enemiga que coloreaba el horizonte. Treinta mil personas poblábamos Bobastro, pues, pese a la amenaza, nadie quiso trasladarse a posiciones más seguras. Tras la arenga y ante un ataque cierto, preferían aguantar y colaborar en la defensa protegidos por la solidez de nuestras murallas a huir hacia la indefensión de villas menores, en el posible camino de los cordobeses.

Yo subía las escaleras de la torre del alcázar junto a un Omar exultante, bromeábamos. Ya le había comprado sus razones para no hacerme partícipe del plan completo en nuestra huida de Qámara pese a sentirme algo herido en mi orgullo en un principio. Al fin y al cabo, como decía Séneca: «Si quieres que un secreto sea guardado, guárdalo tú mismo», y el suyo era muy bueno.

Llegamos a las almenas para desde allí observar el campamento enemigo. Una salamanquesa ante el peligro de mi pisada huyó por una rendija entre dos sillares. El vuelo de cuervos y aves carniceras rompía la monotonía de un cielo íntegramente añil. Un mar de tiendas se extendía ante nuestros ojos. Al-

Mundir había reforzado sus huestes convocando al *chund* y, con una estrategia similar a nuestro sitio de Arxiduna, alzó su propia fortaleza enviando el mensaje de que estaba allí para quedarse. Se llamaba Talÿaira y en solo el mes transcurrido ya vestía formas definidas. Los cordobeses construían también torres de asalto, escalas de madera, catapultas y arietes con cabezas de bronce o hierro.

Nuestra moral volaba como el halcón mientras la suya se arrastraba como la serpiente.

Entre maduras cerezas, acompañadas por una jarra de vino que nosotros mismos elaborábamos, discutíamos nuestra situación. Omar, como casi siempre, llevaba la voz cantante mientras masticaba a dos carrillos y escupía los huesecillos en busca de distancia.

—Los aljibes rebosan tras las intensas lluvias del inicio de primavera y nos quedan rebaños, caza y pescado en salazón en abundancia. Solo hemos de lamentar un par de silos de trigo echados a perder por la ponzoña que trajo el agua consigo. Bien podremos sustituirlo, pues contamos con cebada, centeno y avena de sobra. Difícil es que acabemos con todas las existencias.

—Todo depende del tiempo que decida aguantar —le contesté—. No veo problema de abastecimiento hasta pasado el otoño, salvo catástrofe inesperada, pero muchas son las bocas que comen aquí dentro y si su voluntad no se quiebra y aguanta, el invierno se enredará.

Dio un nuevo trago al frasco de vino, subiéndolo bien por encima de la cabeza y aguantándolo arriba tal y como le gustaba. Pasándomelo cambió el tercio de la conversación con una sonrisa:

—Solo Dios sabe la humillación que debió sentir al conocer nuestra traición y percatarse de la huida. Hemos cumplido con una de las metas que nos fijó Muhammad y convertido la cuestión en personal. Ese —dijo mientras señalaba con la cabeza la *qubba* real— no se moverá hasta que me cargue de cadenas o engalane una de sus picas con mi cabeza tal y como predije al príncipe.

—He de reconocerte que a veces siento hasta cierta culpabilidad y pena por el pobre diablo, pues creo que su ofrecimiento era sincero. Quién sabe cuántos cuellos o espaldas inocentes habrán pagado su frustración.

—¡Tonterías! Los halcones no conocen aliados, menos aún si considera palomas a los que trata. ¿Crees de verdad que me hubiera nombrado *wazir*? Ni entregándole la cabeza del Magno y el tesoro de Ovetao haría tal cosa. Solo su trato a Hassim valga como muestra de su política. Ya padecí una vez el talante que él y los suyos gastan con los aslamíes como nosotros. —En esta

ocasión lanzó con el brazo un huesecillo que rebotó en varias piedras en su caída hasta perderse en el vacío—. Con lo grande que eres resultas demasiado bueno, Alfonso, yo cada noche me acuesto con una sonrisa imaginando su orgullo herido por un piojoso muladí.

No le faltaba parte de razón y reconocía cierta ingenuidad en mi perspectiva de la vida. Aún hoy me sucede. Me defendí, en todo caso:

—Me inclino a pensar que la experiencia forja el carácter y que cualquier hombre puede aprender de sus errores. Hasta un emir de la estirpe omeya. En sus ojos leía sinceridad cuando enaltecía el mérito como virtud. No me confundas, pues su causa no es la mía y prefiero perder el pellejo a nuestra libertad.

—Coincidimos en eso —me respondió—. La perspectiva de andar aquí encerrado cruzado de brazos medio año no me motiva en absoluto. Necesitamos completar el plan que nos proponía Muhammad. Es extraño que nuestros hombres no le hayan visto salir a cazar ni un solo día. ¿Habrá cambiado de hábitos?

—No lo creo, quizás lo que debamos es echar más sal en la herida y aumentar la presión que le obligue a buscar escaparse de la realidad —le dije con una sonrisa cómplice—. Nada mejor que una jornada de caza para acallar incómodas voces en la cabeza, como nos explicaba el viejo Demetrio cuando aún éramos niños. Jugaremos con su paciencia enviándole un mensaje junto a uno de los prisioneros que hicimos en la segunda escaramuza.

Así lo hicimos y su reacción fue instantánea.

La tercera noche tras nuestra misiva se produjo el primer asalto serio. La trompeta de alarma resonó en Bobastro y raudos acudimos a la defensa para toparnos con miles de hombres atacando simultáneamente la puerta del Sol y la Mesa del cenobio.

Tal y como habíamos aprendido en Corduba, los hombres se organizaban en escuadras de ocho lideradas por un *nazir*. Cada una había entrenado para responder a un objetivo específico: repeler las escalas, tirar con arco, manejar la honda, derramar calderos, y así con cada tarea defensiva. Respondimos aún mejor de lo esperado, dejando el enemigo un río de cadáveres y un mar de heridos en su repliegue.

El asalto dio paso al desgaste por tierra y aire. Esta vez se concentraron íntegramente en la Mesa del cenobio, el punto obvio de ataque según preveíamos. Día y noche seis catapultas del tipo *almanganiq*, solo al alcance

del certero arco de Abu Nasr y algún extraordinario acierto fortuito, comenzaron su trabajo de hierro en yunque alternando enormes bloques de piedra con ingenios explosivos de azufre que prendían en cuanto rozaban la madera. Por el suelo, zapadores con picos se aproximaban a la base de nuestras murallas para horadarlas, protegidos por grandes planchas como escudos. Todas sus visitas recibían regalos, ya no solo calderos y munición, sino enormes peñascos o troncos de árboles. Nuestros arqueros castigaban cualquier despiste y los honderos hacían estragos a la corta. Seguíamos defendiéndonos con bravura aunque las bajas ya se repartían. En dos salidas, como el rayo sobre el árbol solitario, atacamos sus ingenios logrando destruirlos y obligarles a reponerlos.

Tras diez noches de intensa lucha y cuando preparábamos un plan de contingencia por la erosión de la muralla, nos visitó Gonzalo, el hombre que habíamos dejado de guardia en Hardaris esperando la ansiada noticia. Fortún aparecía en oportuno momento. Omar le pidió a Gonzalo que nos repitiera el mensaje tal y como lo había memorizado de boca del hombre de Muhammad. No le costó lo más mínimo.

—La perdiz peona en bando poblado cada amanecer del cuarto día cristiano en la vereda donde nace el *wadí* Nisqániya. —Señalando un pequeño recipiente que había traído y descansaba en una de las mesas, añadió—: Aseguraos de que no le falte alpiste.

Omar, sobre arena fina, ya había recreado la zona que nos revelaban. Le escuchábamos mientras indicaba con una caña los puntos clave.

—La zona más natural de vuelo es a la izquierda del arroyo de las piedras. El punto más alejado no debe superar los quinientos codos desde esta franja pedregosa y arbolada, al sur de la alquería de Talabíra. Dudo que opte por el margen contrario, pues se estrecha contra la roca dejando menos libertad al animal, aunque el lance resultaría espléndido, de ser así facilitaría el tiro aunque no la huida. —Levantó la mirada para clavarla en Abu Nasr. Él, por supuesto, sería el ejecutor—. ¿Cómo lo ves, amigo? —Antes siempre bromista, la crucifixión de su inseparable Gallo había avinagrado y recrudecido su carácter.

—Si ni Allah ni el viento le acompañan esa mañana, resultará sencillo —contestó sonriendo—. Estoy haciendo blancos fáciles al doble de esa distancia.

—¡Convencido estoy de ello! Pasado mañana admiraremos al verdadero Halcón de caza. —La fuerte palmada y la carcajada de Omar que siguieron a sus palabras empujaron al pequeño Abu Nasr hacia delante.

Tan pronto se acostó el sol, preparamos nuestra partida. La brevedad de su respiro en aquella época del año exigía celeridad para asegurar nuestra posición con el suficiente adelanto a la llegada de nuestra presa. Abu Nasr, Esteban y Hakun, los otros dos arqueros más destacados entre los nuestros, Hamdum, Ibn Magiara, Ibn Antelo y yo mismo formábamos la cuadrilla.

Al alcanzar el punto convenido localizamos un buen escondite tras un alto matorral especialmente frondoso. Contaba con amplio arco de tiro libre de obstáculos, larga visibilidad del llano de cepas arrancadas que teníamos en frente y una fácil retirada por la retaguardia. Sobrados de tiempo matamos el resto de la noche evitando comentar lo único que teníamos en la cabeza.

El relente y el aroma a un rocío inexistente nos avisaron de la inmediata llegada de los primeros rayos del sol, y ya completamente alerta y con este asomando la cara al completo escuchamos lejanos ladridos que confirmaban la inminente visita de los convidados.

No se hicieron esperar demasiado.

Medio centenar de hombres avanzaba por el margen contrario del arroyo en nuestra dirección. Una decena a pie, asistidos por perros, conducía la partida batiendo el camino. Aún a excesiva distancia, observamos curiosos cómo detuvieron su marcha, volviéndose hacia uno de ellos que alzaba ambos brazos en señal de haberse topado con algo. El movimiento a su espalda no remoloneó y el halconero real acercó un ejemplar de gran tamaño, probablemente un azor o un águila real, al que sin duda debía tratarse de al-Mundir. Tras descapucharle, alzando el brazo, soltó al animal que encaró la dirección de la presa con un vigoroso batir de alas en un vuelo rasante. Debía tratarse de un conejo o una liebre. En un suspiro aterrizó levantando un grito de júbilo que al llegar a nosotros agonizó en murmullo. La partida encabezada por el emir se acercó a caballo para recoger y premiar el bonito lance. La percha ya no volvería vacía.

Retomaron el camino insistiendo en la senda equivocada para ellos. Advertí cómo Abu Nasr se preparaba untando la punta de una de sus saetas en el mejunje que nos trajera Gonzalo, cogiéndole del brazo le pedí tranquilidad con la mirada. Todavía estaban lejos, cerca de la media milla. No arriesgaríamos el tiro ni la oportunidad pese a su pericia. No tardó en comprenderlo y respondió asintiendo.

Continuaron y, ya a menos de un cuarto de milla, fueron varios los hombres que agitaron los brazos volviéndose de inmediato hacia el grupo perseguidor. Unos segundos de temor por haber sido descubiertos nos

mostraron, con alivio, de nuevo al halconero justificando su sueldo. Esta vez dispuso un pájaro menor. Debía de ser un gavilán en busca de otra liebre o conejo. La operación de descapuche y suelta se repitió.

El ave, sorprendiéndonos, comenzó a ganar altura como si de un halcón se tratara fijando a su presa, y advertimos estupefactos que se trataba de un gerifalte blanco moteado, de larga cola y cortas y preciosas alas. El tamaño era mucho mayor que el de su primo el peregrino común, y de ahí nuestra confusión a primera vista. Su rareza y lejana procedencia provocaba que su posesión estuviera solo al alcance de emires o reyes. Lo avistado previamente había de tratarse de un bando de perdiz. En esta ocasión, a la suelta del halcón se aunó la de un perro, podenco por sus andares, seguido de cerca por el emir a caballo en solitario. Cazaban por altanería. La fortuna nos sonreía pues avanzaba encarándonos, tan ajeno al peligro como el bando al que se dirigía.

Mi presión en el brazo de Abu Nasr se intensificó y mi amigo comenzó a colocarse, el emir estaba ya a menos de quinientas varas y acercándose.

La sintonía de los tres protagonistas resultaba hipnótica. El gerifalte seguía a formidable alzada el camino marcado por el inteligente podenco, que conducía su escolta de hombre y pájaro a paso cómodo en busca del trofeo. Este, ingenuo aunque astuto, no confiaba en levantar el vuelo delatando su posición y se movía a peón, ovillado, confiando en perderse en el paisaje ya consciente de la amenaza.

El emir, centrado en el vuelo de su joya, cabalgaba a doscientas varas de su destino.

De súbito el perro se paró muestreando la presa. Con él lo hizo el tiempo, el emir, el gerifalte ya centrado sobre perro y cetrero, y el latido de nuestros corazones. Unos doscientos cincuenta codos nos separaban del blanco. Era el momento. Solté el brazo de Abu.

—Ahora —le susurré.

La perdiz rompió con el particular ímpetu que le otorga el reinado del campo, el gerifalte obedeció a su instinto en vertiginoso picado y una certera saeta sobrevoló el arroyo de las piedras.

Al-Mundir perdió su montura con el impacto y, sin permitir a la curiosidad arruinar nuestra huida, enfilamos el camino de la cueva del Gordo en la sierra de Abdalajís donde nos refugiaríamos esperando la noche.

Los dos halcones habían acertado.

VIII

Desde nuestra atalaya percibíamos divertidos la tensa calma del campamento enemigo, como el labriego bien pertrechado huele lluvia bienvenida en cielo despejado.

Tras lo sucedido en Qámara, Omar cuidaba celosamente los oídos a informar y muy pocos de entre los nuestros adivinaban la trascendencia de nuestra mano en los males del emir. La opinión general era que su dolencia era la respuesta divina a las plegarias generales. Catalina, paradigma de tal certeza, celebraba la noticia sin recato, jactándose de las consecuencias de su entregada devoción y de los sacrificios con los que, como si de Cuaresma se tratase, llevaba mortificándose desde el inicio del asedio. No quise ser yo quien le robara tal ilusión, felicitándole por su persistencia e instándole a la oración. Al fin y al cabo, ningún mal habría de hacer y pocas sensaciones mejoran a las del convencimiento del deber cumplido y la utilidad de los actos propios.

Dos días después llegó el príncipe Abd Allah al campamento con una fuerte guardia personal y un incontable séquito palaciego. Sabía a lo que venía pese a que la llamada tan solo invitaba a relevar a su hermano enfermo en nuestro sitio. Mientras él llegaba *con la sombrilla* y gran parte de la corte *de camino*, su hijo Muhammad quedaba en Corduba para asegurar el control de palacio y la alcazaba.

Bobastro entero observaba ensimismado al alba siguiente la intensa actividad del campamento cordobés. La noche había testificado la sustitución de las tiendas frente a la *qubba* real por un escenario con un enorme espacio repleto de sillas. A los siervos que lo montaban les sucedieron distinguidos hombres apostados en ordenadas filas, quienes aguardaron horas hasta que una bandera blanca fue izada y recibida por gritos de júbilo que escalaron los riscos hasta nuestros oídos.

Acabábamos de presenciar la muerte del sexto y la entronización del séptimo emir de Corduba. Nuestra montaña y su señor supremo trazaban la historia y el destino de al-Ándalus.

La actividad alrededor del pabellón real se contagió al resto del campamento mudando, según se alejaba del primero, la alegría en caos. Con incredulidad reparábamos en la vertiginosa retirada de muchos de los efectivos que desmantelaban el campamento sin orden advertible. Grupos a caballo o a pie partían desbocados en distintas direcciones.

Un murmullo paulatinamente convertido en grito se extendía por nuestro adarve.

—¡Huyen! Los caldeos se marchan.

Omar, siempre ávido del siguiente paso, a mi lado susurró:

—Corren sin sentido. Vuelven a sus casas hartos de este cerco y la batalla. El emir y su corte encabezan la marcha. Como aprendimos en Esparta, no existe mayor riesgo para un ejército que el miedo y el desorden, y eso es lo que ahora mismo, más que Abd Allah, reina ahí abajo. En nuestro acuerdo nada convenimos en respetar al ejército caldeo. Aprovecharemos la coyuntura. —Convirtiendo el susurro en grito para que todos le escuchasen, prosiguió—: ¡Llamad a reunión y que se escuchen las campanas cristianas, clandestinas bajo el yugo sarraceno, repicar orgullosas!

No dudaron en obedecerle el cuerno de aviso, para congregar a la muchedumbre, las campanas del cenobio y la iglesia tañendo su alegre son de libertad. El intenso rugido de furia, orgullo y honor de nuestro pueblo los coreó, volando envenenado hacia nuestros enemigos. La Mesa se descubría inexpugnable.

Omar, desde el puesto de guardia situado en la barbacana que aprovechaba invariablemente como púlpito, se dirigió a los allí congregados:

—¡Bobastro! Hoy un emir de Corduba ha fallecido a tus pies. Con su cuerpo aún caliente la entronización del siguiente no se ha hecho en palacio sino a la vista de tus murallas. El emirato se desangra. Nuestros enemigos desertan en estampida conscientes de su debilidad e incapacidad para conquistarte. Es hora de rematarles. Acometeremos su espalda. Les emboscaremos. Saquearemos su campamento. Arrebataremos sus monturas y armaduras. Ocuparemos su fortaleza y nos apoderaremos del botín que cargan. Preparaos, hermanos, porque esta noche se hará muy larga para todo el que ha levantado su espada en nuestra contra. —Haciendo una pausa, señaló al firmamento y la luna que en su cuarto creciente ya se distinguía con claridad pese a no ser más que media tarde—. El cielo está limpio de nubes y esa luna brillará lo suficiente para señalarnos las sendas que de sobra conocemos. Armaos, enjaezad los caballos y que cada uno se dirija a su *nazir* o *’arif* para organizar la batida. Esta noche saldremos de caza.

Así se hizo.

Tres mil hombres seguíamos ciegos al líder de la manada. Asaltamos con facilidad Talŷaira, huérfana a su suerte tras tanto esfuerzo en su construcción. Como manada de lobos persiguiendo un rebaño sin perros ni pastores eliminábamos sin piedad alguna desde lo alto de las peñas a los desperdigados, *los más lentos, o los que llevaban cargas pesadas*. Pronto comprendieron la inutilidad de estas y cada vez tropezábamos en nuestro camino con *más muebles, herramientas y armas*.

Con el alba aflorando alcanzamos la retaguardia de su ejército. No eran muchos, pues la mayoría escapaba en pequeños grupos. El hostigamiento se convirtió en reyerta. Mordíamos y nos replegábamos como víboras, aprovechando cada ventaja del terreno a nuestro favor, sembrando el campo de cadáveres sin conceder apenas bajas. Resultaba tan sencillo como apedrear vacas.

Con el sol ya reinando, desde un alto, acechábamos la forzada marcha de Abd Allah en dirección al Singilis. Nuestro daño y su desbandada resultaban atroces y ya más que un ejército lideraba una humilde caravana, distinguiéndose nítidamente a los portadores del antiguo y nuevo emir. Uno bajo sombrilla y el otro en féretro. No más de doscientos jinetes les acompañaban. De repente, del grupo salió una decena para enfilarnos. Querían parlamentar, pues bien sabían que se encontraban a nuestra merced.

Marchamos a su encuentro por no darles más terreno cuando distinguimos que era Fortún quien dirigía la embajada. A tiro de palabra comenzó a dirigirse a nosotros:

—Noble Omar ibn Hafsún, *sahib* de Bobastro. Dios os guarde. Mi nombre es Fortún, pero en nombre de su alteza el emir Abd Allah os habló como su enviado. Me gustaría transmitiros su mensaje en privado si tuvierais a bien.

Fortún, avispado, mostraba sus palabras con prudencia. Omar jugó a lo mismo pero subiendo la apuesta al contestarle:

—Curioso es que el emir de Corduba envíe para parlamentar a un esclavo con traza de vascón. Mal debe quereros o poco valorarnos al no enviar ninguno de sus *wazires* a negociar su vida. Eso es lo que hoy poseo y supongo que tus palabras y probablemente tu vida son solo una forma de ganarle tiempo. De cualquier modo, todo lo que quieras contarme puedes hacerlo en presencia de mis hombres. No existen secretos entre los libres e iguales.

Por su semblante, a Fortún le sorprendió la agresividad en la respuesta. Componiéndose, armó el discurso:

—Lo que vengo a ofrecerte es el amán por tus desmanes y el gobierno al servicio de Allah y el emir en la Rayya. Confía en llegar a un entendimiento, olvidar afrentas y ser aliados futuros. Mucho es el trabajo pendiente en al-Ándalus y valora contar con amigos de tu talla. Podrás mantener tu capital y recaudar tributos en su nombre. Tienes la palabra de que tu posición será tan respetada como la del primero de los *wazires*.

»Abd Allah, a cambio, suplica que respetes el cuerpo y el duelo por su hermano. Ha tenido un gran enfrentamiento con varios de sus lugartenientes que le instaban a abandonarlo, negándose rotundamente aun arriesgando la vida. De forma literal me ha pedido que te repita: "Muchas son las perdices, evitemos el enfrentamiento entre halcones sin que se crucen nuestros vuelos".

—Fortún, es una oferta generosa, aunque estoy seguro de que el emir no solo teme por el cuerpo de su hermano —respondió Omar con su mellada sonrisa reluciendo de nuevo—. Este donde mejor se encuentra es muerto y si acepto la propuesta no es por respeto a su cuerpo, como él no lo tuvo el de ninguno de mis hombres a los que capturó y castigó con crueldad. Tomaré lo ofrecido y os dejaré marchar como muestra de generosidad en la victoria. Espero encontrar vuestra memoria de este día de necesitarla en ocasiones futuras.

—Así se lo comunicaré al emir y seguro estoy de que así se hará —respondió el vascón con una amplia sonrisa y una señal de reconocimiento de cabeza.

Abd Allah acabó entrando en Corduba con cuarenta jinetes, cruzando al-Ándalus como liebre perseguida por Peritas. Enterró a su hermano en la *rawda* junto a su padre Muhammad y celebró la entronización con el juramento general de fidelidad correspondiente. Muhammad se había encargado de prepararlo todo en su ausencia.

Gobernaríamos la Rayya.

Se convino ratificar el pacto con una embajada al palacio emiral. Invitaban al Capitán asegurando una recepción memorable, pero no nos prestamos a tal albur. Partiría en su nombre su tercer retoño, Alfonso, mi tocayo, al que como a los otros había medio apadrinado desde sus primeros correteos. Yo dirigía nuestra representación junto a Hamdum, Yahya, Jair, Abu Nasr y cuatro hombres más de la máxima confianza.

El calor resultaba sofocante de camino. Buscábamos escondernos de la inclemencia de aquel final de julio sin conseguirlo. Aun viajando en la noche los caballos lanzaban bocados en busca de un aire que derretía sus pulmones.

Los guardias que nos acompañaban despejaban el camino atestado de campesinos que se dirigían hacia Corduba. Con gusto observé la cara de asombro del pequeño Alfonso ante la grandiosidad de la capital cordobesa, imaginándola parecida a la mía al descubrir las norias y las cuadradas torres en aquella visita que le hiciera a Omar tantos años antes. Unos ojos descubren más en un suspiro que la más certera de las prosas en un tratado completo. Escoltados por un centenar de jinetes y una estruendosa banda cruzamos el puente romano del Betis encaminándonos al palacio emiral y su vecina aljama. Así debe ser el paraíso.

Dos días pasamos en suntuosas estancias, recorriendo jardines donde el agua con sus estanques, fuentes y canales ocupa tanto espacio como la tierra. Los animales que la habitan, por sus formas y colores, se escapan de los sueños. Disfrutábamos de un *hamman* privado, músicos, juglares y los manjares más deliciosos, durmiendo en jergones de pluma de ganso con compañía a nuestra elección. Lujo. El emir nos recibía mejor que el pueblo.

A la mañana del tercer día un chambelán, distinto pero igual al que encontrara en la *qubba* de al-Mundir, nos informó durante toda una mañana sobre el protocolo esperado. Entramos en un salón relativamente recogido, más sencillo incluso que la propia *qubba* de campaña. Un agradable aroma a especias y aceites acariciaban el olfato sin inundarlo. Se nos indicó dónde esperar frente a un trono al que se accedía mediante cuatro escalones debidamente guardado por la que debía ser su guardia personal.

Desde una puerta trasera y tras cuatro hombres el emir accedió a su lugar. Vestía una túnica turquesa que parecía flotar sobre su cuerpo, la tocaban sencillos adornos dorados en forma de ola marina que le ajustaban los laterales y un brocado plateado superior al pecho. Tras alcanzar su posición y recibir el gesto convenido con el chambelán fue el pequeño Hafs quien se dirigió a él, con una graciosa reverencia y en perfecto árabe, tal y como habíamos ensayado un millar de veces desde nuestra partida:

—Majestad Abd Allah ibn Muhammad. Allah tenga a bien guardaros. Es un honor representar a mi padre y encontrarnos en vuestra presencia.

—¿Habéis visto eso? —preguntó Abd Allah, volviéndose hacia sus consejeros sin poder reprimir una carcajada previa—. Si infantes de seis años gastan este desparpajo, qué no harán con veinte. Muy bien, hijo, has de tratarte de Hafs ibn Omar ibn Hafsún, según he averiguado. Noble y digno

representante ha enviado tu padre. Lástima que él no haya aceptado mi invitación.

El nuevo emir era completamente distinto a su antecesor. De su misma edad, no había furia, ni inquina en su voz. Ni siquiera esa soberbia tan propia de su raza con nosotros.

Seguía con disciplina cuantos requisitos debían cumplirse. No probaba el vino y famosa era su entrega religiosa, sin faltar a las oraciones y rezando cada día su Santo Libro. Veladas eran las críticas a su aspecto norteño, pues lucía ojos azules y pelo rojizo, algo que disimulaba y había heredado de su madre, Asar, una esclava franca de belleza legendaria y la preferida de su padre. La insidia por el aspecto, como ya he contado, se cebaba aún más en su primogénito Muhammad, su claro favorito, el insultado como vascón por su difunto tío.

Tras un incómodo silencio, tal y como habíamos acordado di un paso al frente para responderle:

—Majestad, mi nombre es Alfonso, el hijo de Gonzalo. Por boca de Omar os transmito su hondo pesar y gran interés por consumar la visita tan pronto pueda, y ya una vez asentado como gobernador.

Uno de sus consejeros que hedía a ulema, encorvado, de arrugado rostro cetrino y apariencia de llevar en este mundo tanto tiempo como el sol, se acercó para susurrar algo al oído del emir tras mis palabras. Esperando para proseguir a que su secuaz retornara a su lugar, recorrió cada palmo de mi cuerpo hasta detenerse en mis ojos. Le aguanté la mirada pese a la orden previa de no hacerlo. Sosteniéndola me respondió:

—Así que Alfonso. También a ti te conocemos, Hafs al-Marra. —Intencionadamente su mirada abandonó mis ojos para detenerse en mis brazos atestados de brazaletes. Mucho pareció llamarle la atención el de la serpiente que me regalara el Magno asturiano, pues allí quedó un rato absorto antes de continuar—: No precisamente para bien, he de decir. Anhelo que, *in sha' Allah*, eso cambie ahora que somos amigos. Ojalá, tal y como dices, pueda agasajar pronto a tu amigo Omar pues mucho espero de vosotros. En vuestra vuelta os acompañará Abd al Wahhab ibn Abd al-Rauf, aquí presente. —Con su mano señaló a uno de los hombres que había entrado con él. Sentado a su izquierda nos sonrió un hombre de mediana edad, alto, espigado y con una enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda—. Cuenta con mi máxima confianza y una extensa experiencia como gobernador. Seguro que os ayudará a entender los resortes de la burocracia andalusí.

»Además, me gustaría que le relataras el trato que se os ha dispensado. Partirás cargado de oro y con regalos de fino talle, superiores incluso a las bellas joyas que te adornan. Decidle que así agradece el emir de Qurtuba la nobleza de sus amigos y el respeto al cuerpo de mi hermano.

Dando ya por concluida la entrevista y mientras hacíamos ademán de abandonar la estancia tras el gesto del chambelán, fue el propio emir quien nos detuvo diciéndonos:

—Esperad, amigos. Solo una cosa más, junto a, por supuesto, vuestra fidelidad, he de pediros algo a cambio: en Bobastro, mientras al-Mundir os sitiaba, enviasteis como mensaje un joyero de plata que contenía dos pescados. Uno era la cría de un pez sapo y el otro una gran pescadilla. Muchas han sido las elucubraciones de los más sagaces ulemas y *wazires* buscando la respuesta sin concluir si se trataba de una trampa, un regalo, un mensaje cifrado o una mera burla. Ninguna se tomó por definitiva, pero lo cierto es que mi hermano lo interpretó como un insulto y, además de flagelar al mensajero, fue el motivo para adelantar un ataque ya planeado. —Abriendo los brazos y con una gran sonrisa continuó—: Me gustaría que nos resolvieses el enigma ya que mucho me divierten los acertijos y desconozco la solución de este.

—Todo tiene su explicación, majestad. Jugamos a ser profetas y a enredar con una metáfora —le contesté, bajando la mirada en síntoma, esta vez sincero, de respeto antes de continuar—: La cría del pez sapo, habitual oriunda de agua putrefacta y estancada, nos representaba a nosotros, pues ambos somos desagradables e incomestibles. La pescadilla por su tamaño y belleza simbolizaba a vuestro hermano y su ejército. El mensaje que enviábamos es que si lográbamos aguantar el tiempo suficiente, al no tener opción de comerse la cría, la pescadilla acabaría por engullirse a sí misma. —Hice una pausa en la que le miré, de nuevo contra el protocolo, directamente a los ojos. Compartiendo en silencio el secreto que ambos conocíamos. El del asesinato de su hermano. Dejándole sopesar lo acertada de aquella burla, de la que pocos intuían su auténtico alcance como profecía ya escrita. La pescadilla era Corduba y no al-Mundir y su ejército. Con cierto temor observé cómo enrojecía haciéndome dudar de mi osadía. Concluí, tratando de rebajar la tensión—: Una enfermedad nos privó de saber si estábamos en lo cierto.

IX

Empecinados andábamos ahora en mudar cada risco vecino a Bobastro en castillo, fuerte o torre de vigilancia. Perseguíamos un nuevo objetivo doble: primero, obligar al enemigo a defender un espacio mucho mayor en caso de incursión, y segundo, asegurar la población circundante, su cosecha, ganado y bienes, para evitar que en cada aceifa sufrida el rival los confiscara o devastara.

Una guarnición encastillada es un peligro inmenso a la espalda de cualquiera y arrogarse una posición bien defendida la pesadilla del ejército mejor preparado, pues, descartados el engaño o la traición, las únicas opciones son el asedio o el asalto contando bajas a centenares.

Más de una veintena se edificaron. Una corona de espinas alrededor de la gran joya.

Además, y ya hablando de la propia ciudad, seguíamos esculpiendo escaleras, pasarelas, túneles, puentes, trincheras y aljibes tornando cada ventaja natural en posible embeleco futuro o ruta de evasión.

Éramos arañas tejiendo con esmero nuestra tela en cualquier rincón de la montaña.

Mientras, en el alcázar, la actividad diplomática no iba a la zaga. Como el zumbido en el avispero sacudido, en al-Ándalus resonaba nuestra oda a la libertad. El discurso que Omar proclamara a nuestro regreso a Bobastro tras la jugada de Qámara iba tiñéndose de realidad, y no existía *sahib* local al que le disgustara la música, menos aún a los campesinos, labriegos y desheredados en general con poco a perder y mucho que ganar con el cambio de régimen. Mandaba el Capitán de la Gran Nariz. Decenas de embajadas muladíes, cristianas, bereberes e, incluso, árabes nos visitaban interesadas por pactar contra la autoridad cordobesa. Pese a la teórica tregua firmada con el emir instigábamos a la rebeldía, asistiéndoles además con nuestros propios fondos, induciendo a que paradójicamente los regalos cordobeses sirvieran para menoscabar su autoridad.

Yo, sin embargo, vivía otra guerra. Mi padre había caído enfermo de gravedad poco después de nuestra partida hacia Corduba. Un fuerte dolor en

el costado le postraba en cama padeciendo un color amarillento, pupilas desorbitadas, náuseas, vómitos y una constante tos mojada que hacían presagiar lo peor a los médicos.

Me aturdió.

Mi padre, mi referencia, mi escudo y cobijo, era un ser sobrenatural no expuesto a las coyunturas del resto de los mortales. Una roca más que un hombre. Siempre fuerte, dispuesto, valiente, justo. Verle en aquel estado me consumía y nada me consolaba más que guardar su vieja recia mano, cada vez más fría, arrugada y delgada, entre las mías. Había abandonado su cueva y vivía en mi casa, en la alcazaba, desde que enfermara. La lluvia repicaba en el enlosado del patio mientras yo avivaba el fuego de la habitación con maderos bien secos de olivo a falta de encina. Omar y Mudáhir, como sucedía de forma habitual, me acompañaban aquella noche. Ambos compartían una honda admiración por Gonzalo que me enorgullecía y agradecía su presencia, pues hacían volar al tiempo entre consejos, anécdotas y un negro humor capaz de arrancar sonrisas hasta en el momento más lúgubre. Pese a su posición dominante en la Mesa, siempre habían respetado el liderazgo de mi padre entre los cristianos, asumiendo sus decisiones como juez sin inmiscuirse y escuchando atentamente su opinión. Él, como con su vida, llevaba la enfermedad con una dignidad ejemplar. Jamás se quejaba, aunque con los días y la certeza de su destino comenzara a regular sus palabras condensando en cada frase experiencia y sabiduría.

—Hoy hemos recibido dos embajadas. —Hablaba Omar, sentado en un diván junto a la puerta. Paladeaba una copa de vino y picaba de una fuente pan de centeno empapado en aceite de oliva antes de atacar diferentes quesos de cabra y oveja que nos había dejado Catalina—. Una, la encabezaba Said ibn Janyar, *sahib* de la fortaleza de Yarisa y la otra el hijo de Bakr, el de Uksunuba. Los dos desobedecerán a Abd Allah y se muestran dispuestos a aliarse con nosotros.

—La fortaleza atrae amigos como la miel a los osos. Poco es de fiar en todo caso la lealtad de los que juegan a caballo favorito —le contestó su tío Mudáhir con la boca llena.

—No me fío de ellos, tío, pero bien reflejan lo que sucede. Si todos los que nos escriben o visitan se rebelaran abiertamente, no habría emir capaz de frenarnos, ni con todos los mercenarios de Hispania se acercaría a nuestras huestes. Podríamos variar incluso la estrategia, pasando al ataque de sus principales ciudades y arrebatándoles sus bastiones.

—Mi querido Omar, siempre tan impetuoso. —Mi padre, incorporándose en la cama se unió a la conversación—. Yo mataría por marchar a una gran batalla para morir cabalgando y no en un lecho, como me temo que haré en breve, pero no creo que sea lo más razonable. El ataque frontal con los cordobeses sería nuestro mayor error, una moneda al aire con un enemigo mucho más experto y que lucha por sobrevivir. —Aquella maldita e interminable tos le atacó durante cerca de un minuto. Una vez controlada, debilitado y exhausto, continuó con su discurso—: Hay que ser frío y ahora toca otra cosa. Hemos de ser la ola en la roca, atacar a diario perseverando en el desgaste y ganar en cada envite la batalla que ha de producirse en el futuro. Debemos defender lo nuestro y diezmar lo suyo.

»Nuestra posición es envidiable. Como la del águila en una sierra escarpada nuestro nido es inexpugnable y el territorio de caza inmenso. Tenemos que debilitarles. Incendiar sus casas, graneros y cosechas, hundir sus barcos, asaltar sus rutas, talar sus frutales, robar su ganado y su caza, dañar a su gente para que vacíen sus campos en busca del refugio de la ciudad. Cada asalto les llenará de impotencia, desesperanza y temor.

»Aprovechemos nuestro tamaño y conocimiento del terreno, que nuestros amigos en cada comarca señalen los objetivos más dolorosos para el emir. Castiguemos a sus aliados más firmes y ganémonos a los débiles. Hagámoslo de forma sigilosa, evitando caer en sus garras al forzarles a grandes batallas.

Días después y tras una noche extremadamente convulsa, la mañana le encontró tranquilo. Transmitía esa calma su relajada mandíbula habitualmente en plena tensión, como si ya hubiera dejado, exhausta, de luchar. Su respiración acompasada me tranquilizaba aunque no pude evitar derramar una lágrima presagiando lo cercano del final, observándole débil sin su acostumbrado casco, con aquellos hombros caídos que antes fueran de buey y ahora de mosca.

En ese momento mi padre abrió su ojo izquierdo, el sano. Brillaba emocionado, como cada vez que me descubría a su lado. Agradeciendo muy bien no sé todavía qué. Noté también cómo su mano buscaba estrechar las mías, una ternura extraña que jamás había mostrado en su áspera existencia y que ahora se le derramaba en cada gesto.

—No me mires así, hijo mío. Ya iba siendo hora de que pudiera acompañar a tu madre y hermana. Me merezco el descanso —me dijo de forma risueña.

—Ni en broma digáis eso, padre. Madre y Eugenia pueden esperaros el tiempo que haga falta, a mí no podéis abandonarme. Crescencio —así se llamaba el médico que le atendía— dice que estáis cada vez mejor. En breve abre la temporada y podremos salir a tirar a algún venado de veinte puntas como el del Magno Alfonso.

Una sonrisa trágica que quebró una punzada de dolor fue su respuesta. Le encantaba que le relatara aquella historia, la descripción de los paisajes norteños, su comida y forma de beber. Acariciaba su juventud como yo en aquel momento hacía con su cabeza, parándome en las hendiduras de su cráneo fracturado. Con dificultad logré reprimir la lágrima que peleaba por escapar.

—Los dos sabemos que será difícil que vuelva a manejar un arco o empuñar una espada, pero no es pena lo que siento por marcharme, ni miedo por este paso tan próximo. La vida al final siempre suma cero y son nuestras acciones y memoria las que nos colocan en el bando ganador o perdedor. Por eso es tan importante concentrarse y aprovechar al máximo cada momento. Estar seguros y orgullosos de cada paso que damos honrando nuestra conciencia. —Con una fuerza que yo ya creía perdida me apretó la mano, incorporándose en el lecho mientras tosía. Me acerqué sujetándole la cabeza para que bebiese el brebaje a base de manzanilla y romero que Crescencio le preparaba. Una vez finalizado y ya tranquilo, prosiguió—: Estoy muy orgulloso de ti, Alfonso, de ver el hombre en que te has convertido. Recuerda siempre quién eres, de dónde vienes. Reflexiona antes de actuar, y de equivocarte, asume tus decisiones con hombría y valor, de cara, sean las que sean. No te ocultes, ni huyas de tus faltas. El pecado no es errar sino saber que lo has hecho y no tratar de solventarlo, o esconderlo, pues nunca podrás hacerlo de ti mismo.

»Trata de acostarte siempre tranquilo, pues no existe peor reproche que el de la propia conciencia. Recuerda que, a Dios gracias, nada dura para siempre. No lo hace la risa, ni el llanto, ni por supuesto la vida. Ni siquiera las dos cosas que perduran sobre el resto: el amor y el miedo. No quiero que sobre mi tumba rece un epitafio apelando al cariño o al respeto, mediocres sentimientos. Pan de azúcar para zagales. El amor y el miedo es lo que mueve a los hombres, derroca imperios y alinea corazones. El amor que Cristo, nuestro Señor, nos trasmitió para nuestros hermanos o el que yo sentí por tu madre Isabel como jamás volví a vivir. El que siento por ti y por Catalina ahora mismo.

»Ama a tus amigos y haz que te teman tus enemigos. Cuando alguien teme que lo destruyas, que lo fulmines, que lo aplastes, que lo masacres, cuando te teme de verdad, indirectamente te valora, te envidia y, sobre todo, te respeta. El amor y el miedo son los sentimientos más intensos. Saber provocarlos es el secreto de los grandes hombres.

Cada frase la grabé a fuego y sus palabras han sido para mí lo que las estrellas para el capitán de un bajel. No pretendió revivir su pasado, ni revelarme una historia intuida por miles de conversaciones y retazos. De repente su mano fue aflojando las mías y al tiempo que me sonreía noté cómo la vida de mi padre, de mi guía, se escapaba mientras clareaba el día.

Una devastadora soledad golpeó con violencia mi alma para no irse jamás.

El día 15 de septiembre, día de San Cipriano, llorando el cielo, enterramos a mi padre en el cementerio cercano a la basílica. Un velo de tristeza oculta para mí aquel día en el que un pueblo entregado y sobrecogido despidió a una de sus más admiradas referencias. Agradecí la visita de amigos venidos de todos los rincones, y especialmente la de Máximo que cofició el funeral con el abad.

Hasta muchos años más tarde no se vivió algo similar en la Mesa. Con el pueblo pugnando por tocar su ataúd y las mujeres, como plañideras, llorando el paso fúnebre de Gonzalo el Tuerto, el juez mozárabe de Bobastro.

X

—Así que tú eres al-Mur, el célebre Hafs al-Marra, el insigne lacayo del sedicioso de la Gran Nariz. —Gritaba con desprecio. Escupiendo las palabras en un romance extraño en sus labios. Continuó—: Por fin tropezamos, cansado andaba de rastrear sombras de ratas ávidas de emboscarse en cualquier sucio agujero. Te imaginaba aún más alto, mejor que no se sepa y así no restar épica al poema declamado sobre tu segura muerte. No será el primero que inspire mi espada. Para tus amigos y tu puta de Balma no habrá ni eso.

El que así hablaba era Abd al-Malik ibn Maslama al-Bayi, el principal *qaid* del ejército emiral de Abd Allah.

Muchas cosas en poco tiempo habían sucedido desde la muerte de mi padre.

Finalizadas las exequias, había acordado con Omar volver al terreno anhelando ocupar mi mente con cualquier menester. Las palabras que mi padre le dedicara no habían caído en balde y preparamos una leva de más de mil hombres para asolar la campiña cordobesa. El objetivo eran los alrededores de Astigi, ciudad donde no nos faltaban amigos y que nos permitía tanto asaltar las caravanas entre Hispalis y Corduba como saquear una de las zonas más ricas bajo control omeya.

Yo comandaba la expedición.

La vida completa de una luna llevábamos asolando los caminos, incendiando labranzas, saqueando alquerías, haciendas y posiciones afines al emir. Mi buen amigo Manuel, sin prestarme ayuda directa que enredara su posición, indicaba los blancos que yo asaetaba. Lo hice con orden pese a la dificultad que entrañaba. Sin permitir excesos con esclavos, siervos ni mujeres. Solo nos ensañábamos con los que se resistían o se nos enfrentaban y no por gusto, sino por el aviso que transmitía. El poder del miedo. El botín recaudado ya era suculento… y no era lo único.

Adassa.

Prácticamente no había pensado en ella en todos aquellos años hasta que divisé la bella Astigi, y el recuerdo de su sabroso cuerpo y encantadora

sonrisa me golpearon como un trueno. En el primer almuerzo con Manuel, en su casa junto a muchos de mis viejos amigos astigitanos, le pregunté por ella.

—Sigue viviendo con Dasil —me respondió—. Su madre y hermana mayor murieron hace tiempo. Tarek, su hijo, se casó y tiene ya un par de niños. Es un buen trabajador y quien regenta el campo. —Con una sonrisa pícara y en un susurro, me explicó—: Yo aún visito a mi pequeña de vez en cuando y tu perla se conserva lozana.

Nada más respirar el aroma a naranja de la plantación cercana a la alquería un agudo deseo sacudió mi cuerpo. Cuando la vi en el patio, el escalofrío me zarandeó de pies a cabeza. Un mozo conducía nuestros pencos a la cuadra mientras yo, casi petrificado, volvía a rendirme ante aquellos ojos grises. Los años, al menos a mi parecer, no le habían restado un ápice de hermosura y el brillo de su mirada confesó una impresión similar al reconocerme. Quizás el talle no fuera tan fino, pero seguía cimbreándose con encanto y su cara más dulce y formas algo más redondeadas invitaban a pecar contra el sexto mandamiento.

Tras una calurosa bienvenida de ambas hermanas, preguntas de rigor y cumplidos mutuos, encontramos algo de espacio mientras marchábamos en busca de Tarek que dragaba uno de los pozos. Caminábamos, a considerable distancia, tras Manuel y Dasil entre los naranjos. No teníamos prisa e intencionadamente cada vez dejábamos más espacio con respecto a ellos. Mi corazón cabalgaba desbocado y mi cabeza bullía recordando pasadas experiencias, aturdida por su bien recordada fragancia a jazmín.

—Eres más apuesto de lo que recordaba, Alfonso, y hasta me gusta cómo te queda la nariz. Te hace parecer aún más fiero. Me encantaría saber qué más cicatrices escondes. —Haciendo honor a su nombre me regaló una sonrisa juguetona acompañando sus primeras palabras desde que iniciáramos el camino a solas. La señal primaria que mi cuerpo aguardaba.

Instintivamente, sin premeditación, me sorprendí enganchándola por la cintura para besarla apasionadamente. Ella, buena conocedora de cómo y dónde tirar la caña, lo esperaba y zalamera lo permitió. Nuestras lenguas se reencontraron ansiosas, recuperando tantos años transcurridos, anhelantes por tropezar de nuevo con una pasión que quizás ambos casi habíamos olvidado.

—Te amo desde el primer día… no ha habido noche sin tu recuerdo —me susurró al oído con la respiración entrecortada mientras me ofrecía su cuello como sustento.

Tomó la iniciativa y nos cambiamos de hilera de naranjos, ocultándonos cuanto podíamos de miradas indiscretas tras uno frondoso. Sin dejar de

besarnos fogosamente me apretaba con las manos con desmedida fuerza mi henchido miembro. Yo clavaba las mías en sus nalgas y descendía besando la curva de su cuello, agachándome hasta encontrar sus generosos pechos que habían aguantado frescos el paso de las estaciones. Sus pezones aguardaban alerta mi llegada, tan duros como mi entrepierna.

Regodeándome en ellos como un mastín sediento, le metí la mano bajo la túnica mientras ronroneaba de placer y, ayudándome con su posición en cada gesto, le desgarré unas enaguas que chorreaban. Sin poder frenarme, ansioso alcé mi túnica corta y la penetré con violencia mientras mordía su lóbulo izquierdo y ella enredaba sus manos en mi pelo de detrás de la nuca. Tras varias embestidas me sentó en el suelo para cabalgarme primero abrazada a mi pecho y más tarde cogiendo distancia. Recreándose. Mostrando al inclinarse hacia atrás lo generosa que la naturaleza había sido con ella. Continuó sin importarle las consecuencias hasta que metiéndole mis dedos en su boca me derramé por completo en su interior, atrayéndola con fuerza contra mi pecho, mordiéndole cada pulgada con la que me cruzaba y provocándole un estremecimiento de placer y a mí cicatrices en los hombros.

Las marismas y alquerías de Balma, allá donde parece que el Betis es quien muere en el Singilis y no a la inversa, se convirtieron en nuestro campamento aquellos días.

Los hacendados afines a Corduba de las *koras* de Astigi y Usuna no tardaron en lamentarse al emir por nuestros desmanes requiriendo su intervención. Este dispuso dos batallones de caballería liderados por Abd al-Malik para ajusticiarnos. No podía consentir un hostigamiento tan cercano a la capital con cabalgadas atravesando impunemente sus campos para arruinarlos y despoblarlos.

Jugamos con ellos al ratón y al gato durante un par de semanas. Los hombres de Manuel que nos acompañaban conocían bien cada paso, senda, vereda, bosque y vado. Evitábamos pisar dos veces la misma huella y caíamos en nuestras algaradas como el relámpago sobre árbol seco. Cada noche y en cada campamento ocultábamos nuestra llegada y dejábamos fuerte vigilancia. Vivíamos con la obsesión de no ser sorprendidos.

Ya estábamos a punto de regresar a Bobastro. El ingente tamaño de nuestro botín comenzaba a dificultar los movimientos, incluso cuando buena parte de él pacía o yacía oculto en posiciones estratégicas para posteriormente ser recuperado.

Cabalgaba junto a Jair para despedirme de Adassa. Mi intención no era hacerlo por mucho tiempo. Me pesaba cierta culpabilidad por el engaño a mi adorada Catalina, pero primaba el deseo y, sobre todo, mi corazón empujándome a amar y conservar a las dos. Ya me apañaría para visitarla con asiduidad. No había profundizado con la bereber sobre nuestra situación, obsesionados ambos por recrearnos en nuestro presente juntos. Ni tan siquiera le había confesado mis sentimientos. Lo haría ahora, regalándole además unos zarcillos de oro blanco y piedras preciosas obtenidos en una de nuestras escaramuzas.

El sol andalusí peleaba por penetrar el nublado cielo. Los vencejos se arremolinaban persiguiéndose en las copas de los naranjos mientras algún zorzal se cruzaba entre ellos. Una liebre arrancó a distancia evitando un posible encuentro poco propicio a sus intereses. Imaginaba su elegante carrera cuando de repente el completo silencio que nos escoltaba comenzó a resultarme inquietante. Algo no iba bien. Aún estábamos a media legua larga de la casa, pero lo habitual en aquellas fechas, ya casi con la naranja a punto de cobranza y más con un día como aquel, era ver los campos con vida. No se veía un alma.

Detuve el trote de mi caballo oteando el horizonte, Jair me imitó, observándome, comprendiendo enseguida que algo me escamaba y pasando como yo a posición de alerta. Pese a su lejanía no se intuía movimiento en la alquería, ni se escuchaba el ladrido de advertencia o bienvenida de los dos sabuesos lebreros que guardaban la finca. No me lo pensé dos veces.

—Salgamos de aquí. Esto es una trampa.

Volvimos grupas a nuestra izquierda abandonando el camino a todo galope. Atravesamos primero la plantación de naranjos y más tarde una zona de huertas y almendros. No volvimos la vista atrás, ni intuimos perseguidores. En el olivar del cerrillo, a escasas tres leguas de distancia, cogimos el sendero del pozo y desde allí con el máximo tiento retrocedimos para reencontrarnos con nuestros compañeros, ocultos en una cercana alquería despoblada.

Aquella noche envié un par de hombres a comprobar si mi celo había sido desmedido. Encontraron la alquería calcinada y a Dasil, Tarek, mujer e hijos crucificados. Adassa también lo estaba, aunque ella sin cabeza.

La trampa se había convertido en cebo y no dudé en morderlo. Ese bastardo pagaría el agravio.

Acechamos sus pasos en busca de un momento favorable para el enfrentamiento y lo encontramos al aprovechar la división en tres del ejército cordobés. Patrullaban en la frontera de las *koras* de Astigi y Usuna, a escasas

leguas de la pesquería de Zacarías y el cerro donde se celebrara la batalla de Munda. Siguiendo el arroyo de Gandul aguardábamos agazapados al grupo mayor, formado por cerca de un batallón, en unas herrizas que decían ricas en cobre y que dominaban un pequeño y precioso valle señoreado por una alquería que los lugareños llamaban de la Vieja o de San Francisco.

A menos de doscientos codos y conservando la posición de altura les salimos al paso enarbolando banderas de tregua. Fácilmente les doblábamos en número, pues muchos se nos habían unido en busca de fortuna, botín y, quizás, cierto revanchismo con el caldeo. Paramos a unos cincuenta codos y avancé mientras acariciaba mi vieja cruz al pecho. En aquella ocasión el odio y ansia de venganza silenciaban las palabras que mi abuelo me había prometido que escucharía siempre. Jair y Abu Nasr me acompañaban. Cuatro jinetes salieron de su parte, el *qaid* no estaba entre ellos.

—No permitiremos condiciones en la rendición —se atrevieron a gritar.

—No es a rendirnos a lo que venimos —dije yo. Me culpaba despiadadamente por la muerte de Adassa y necesitaba que otro pagara mis pecados. Vivía obsesionado por cruzarme con aquel bastardo. Grité para que me oyera él, situado junto a su vanguardia—: Hoy la sangre regará esta tierra. Lo que te ofrezco, Abd al-Malik ibn Maslama al-Bayi, es ahorrar la de nuestros hombres y que sea la nuestra. Así te reto.

—Más valen diez lobos que un rebaño de ovejas o una piara de cerdos —me respondió también gritando—, pero alegre te concederé el gusto, *ibn alabid*. Desenvaina tu espada.

El árabe justificaba el valor y la osadía que se le atribuían en su primera respuesta. En breve comprobaría si no le andaba a la zaga su también ilustre destreza en el manejo de las armas y recurrentes victorias en los duelos.

Era testigo del enfrentamiento un cielo gris y plomizo, sin atisbo de permitir al sol visitarnos. El fuerte viento no desatracaba las nubes pese a soplar desde que cayera una noche también cargada de agua. Un barro arcilloso, típico del suelo fértil, se pegaba en grandes bloques a las botas en cada paso ralentizando nuestros movimientos.

Abd al-Malik, tras reconocerme tal y como mencioné al inicio del presente capítulo, no callaba mientras se movía en el círculo que ambos ejércitos formaban en la zona más llana cercana al arroyo. Gritaba buscando provocarme, avergonzarme ante mis hombres y que reaccionara guiado por la rabia o los nervios.

—Tu puta era la más morena, ¿verdad? Toda una mujer, he de alabarte el gusto. Y dura pese a ser vieja. Hasta el quinto o el sexto que la empaló no

comenzó a gritar, solo gemía y sollozaba la ramera. Apostaría a que al principio disfrutaba y todo.

Se movía con inteligencia y agilidad, a cortos pasos laterales. Era significativamente más bajo que yo, aunque casi tan ancho y quizás de edad pareja. Nuestras miradas se sostenían fijas, tratando de descifrar la mente rival. Yo sonreía sarcásticamente a cada insulto, dejando que me resbalara como la lluvia sobre la capa bien engrasada. Tenía que matarle. Él comenzaba a comprender que enfrente no tenía solo a un hombre grande. Concentrado en mi respiración bailaba el arriaz de ULFBERHT en mi muñeca derecha, en un gesto ya completamente mecánico. Con las rodillas algo flexionadas esperaba cubriendo solo el espacio que él perdía, encarando su posición en todo momento. En sus ojos leía determinación cuando la mayoría traslucían miedo. Obviando las bravuconadas, sin duda, se trataba de un enemigo temible, además de zurdo.

Comencé a recortarle pasos que él con gusto me regalaba hasta que en un arranque estoqueó por el flanco izquierdo. Paré sin problema el golpe, pero me sorprendió la violencia de la embestida, enseguida enlazó un ataque por la derecha que también tapé y en la continuación del giro me golpeó con el escudo en la cara haciendo sangrar. Un aullido de jubiló de sus hombres lo festejó. Saboreé mi propia sangre. Tibia y salada. El corte era en el pómulo izquierdo y por suerte no me dificultaba la visión. Un aviso importante pero con más apariencia que fondo. Respiré y me obligué a no dejar de hacerlo. Era rápido y hábil.

—Comienzo a sentir lástima por ti. Lamento afearte aún más esa nariz de cerdo que tienes. Ya no podrás volver a pastorear tu rebaño, achamí. Allí deberías estar y no en esta tesitura. Esto te queda grande. —Seguía gritando y acabó el discurso imitando sonoramente el ronquido del cerdo.

Nada más callarse volvió a la carga repitiendo la misma serie, y cuando fue a golpearme con el escudo, le recibí rechazándole un par de pasos. Los intercambios se hicieron constantes, llevando él cierta iniciativa sin perder la distancia que yo trataba de acortar. En cierto modo se movía como Toribio, cargando bien los pesos en cada lance pero en mucho más fino. Comenzamos a cansarnos y a medir cada envite. Ya no gritaba.

La explanada se había convertido en barrizal y varios cortes señalaban los antebrazos. Las piernas parecían cargadas de cadenas y al aire le costaba encontrar los pulmones. Atacó de nuevo abajo y en el siguiente movimiento me acertó bajo el hombro derecho. Aquel sí dolió, aunque, gracias a Dios, no me hizo perder a ULFBERHT ni demasiada fuerza y movilidad. La sangre le

enardeció y comenzó repartir estocadas fuertes y certeras. Era un torbellino al que había que frenar. En uno de sus ataques le así del brazo derecho, el de la adarga, y atrayéndole mientras le alzaba, le propiné un colosal testarazo con el alma, acertándole de pleno en frente y nariz. Voló su yelmo y sin darle tiempo le ataqué al cuello por su flanco izquierdo donde no llegó a defender con su adarga. El golpe no fue del todo limpio al tropezar con el remate de la loriga que evitó el corte, pero no su visita al suelo. Yacía semiinconsciente, sucio, embarrado e indefenso. No me permití dudar. Rugí recordando el aroma a naranja aderezado con jazmín y alzando a ULFBERHT atravesé el cuello del caldeo entrando de punta por la nuez.

XI

Disculpad ahora, amigo mío, el torrente de datos que se avecina pues la historia continúa caótica. Más vale permanecer atento si no queréis perder el hilo.

Nuestra sedición prendió como relámpago en seco trigal y se precipitaron asonadas, tumultos y algaradas como cascada primaveral sobre ladera escarpada. Zumbaba al-Ándalus desnortado, como enjambre sin abeja reina que lo guiase. Se olvidó el significado de la paz en cada señorío, ciudad o alquería bajo dominio omeya. El caos era absoluto y las trifulcas entre vecinos constantes, ya fuese por procedencia, religión, raza o, simplemente, la envidia y la codicia inherentes al ser humano que la falta de autoridad siempre destapa.

La Rayya abrazó a Omar sin disimulo. Hartos del disfraz, devolvimos a Abd al-Wahhab a su amo vestido con una túnica raída sobre un mulo. La revuelta unió a los hispanos independientemente del credo rezado, y cada pueblo asperjó su tierra de sangre sarracena y bereber.

Por otros lares las sediciones se amontonaron como las ovejas que huyen de la esquila en la esquina más lejana del establo. Los pescadores, aprovechando el río revuelto, pescaron en Labla, Yayyán, al-Yazira o Tudmir. Los cristianos de Santa María en Uksunuba y los muladíes del Gallego en Batalyaws se llevaron las presas más grandes al ser reconocida su independencia por Corduba.

Explicar cada caso sería tan arduo como contar las estrellas, así que de entre las mil y una posibles contiendas me detendré en las dos que eclipsaron al resto tanto por su impacto general en al-Ándalus como en el particular en la historia que aquí humildemente ando narrando.

Corduba era la cabeza del emirato y la perla del Betis, pero el corazón, el diamante, la joya más preciosa de Hispania, seguía siendo la vieja Hispalis. Ni siquiera su prima Toletum soñaba en compararse con su dimensión y fortuna.

Allí vivían los más granados linajes árabes llegados en su desembarco; los Banu Hayyay y Banu Jaldún. Emparentados al asaltar Hispania con la más alta nobleza goda, señoreaban la ciudad y sus fértiles vegas como sultanes. Al fin y al cabo, ¿para qué seguir subiendo hacia el norte pudiendo yacer con la novia de Hispania? Fortuna sobraba además para la mayoría muladí encabezada por los hijos de Angelino y Sabarico, los Banu Anyalin y Banu Sabariquh, e incluso para los muchos cristianos que permanecían orgullosamente fieles al legado de san Isidoro.

Kurayb, caudillo de los Banu Jaldún, advirtiendo la debilidad del emirato, quería Hispalis como trofeo y buscaba debilitar al gobernador Omeya. Se encastilló en la campiña y desde allí abrió la *kora* a cuanto intrigante quisiera asaltarla. No faltaron buitres ante tan suculento cadáver. Triunfaron como los más infames los baraníes de al-Tamasaka, los señores de Qurmona, nuestra Carmo, que desvalijaban y aterrorizaban a cualquier viajero en el camino de Corduba con infinita crueldad. Aquí apareció mi amigo Manuel, la Bestia, que no concebía cruzarse de brazos. El tránsito de aquel camino era la acequia de su huerta y el caos reinante, lodazal y hojarasca empeñados en atascarla. Al llegar la primavera fue nombrado alcaide de San Tirso por Abd Allah, que no estaba para rechazar manos tendidas, y castigó a los bereberes de al-Tamasaka restableciendo el orden.

Kurayb no se amilanó y aliado con los Banu Hayyay le atacó en San Tirso, siendo rechazados. Halium, un joven príncipe de los Banu Hayyay, murió en el envite. Aquella cabeza no era la de cualquiera, y los árabes reclamaron la intervención del emir. ¿Acaso puede un advenedizo muladí cobrarse la vida de un noble yemení de Hispalis? ¿No era Ibn Galib conocido aliado de Ibn Hafsún con quien tramaba conquistar toda la *kora*? Tal resultó el apuro y tan enconado el enfrentamiento que Abd Allah envió a Hispalis a un nuevo gobernador y a su primogénito Muhammad para mediar entre las partes.

En los mismos días partimos de Bobastro para conquistar Usuna e Istabba. Conscientes de las dificultades que atravesaban los árabes, aprovechamos la salida para visitar Astigi donde nos recibieron con los brazos abiertos. Sería la última vez que vería a mi amigo Manuel.

Cenábamos en el vergel de la casa de la Bestia, bajo la colosal parra que techaba una mesa de seis. Degustaba la clásica mazamorra junto a Manuel, su hermano Ezequiel, un primo suyo también llamado Manuel, Omar y el ya no tan pequeño Ayyub. Aquella era la primera expedición del primogénito de Omar y no poco me costaba frenar su ímpetu y ansia por mostrar su valía.

Vivía obsesionado por impresionar a su padre, con poco éxito, pues este le ignoraba entendiéndolo como parte de su educación. Me partía el alma su frialdad, sorprendiéndome al calcar las formas que tanto criticaba de su padre. No era asunto mío en cualquier caso.

—Estás ya hecho todo un hombre, Ayyub. Bien te ha sentado el añito y pico que llevo sin verte. Te dejé como crío y ya podrías retarme y ganarme en duelo. —El zagal estaba cómodo entre nosotros. Conocía, apreciaba y admiraba a Manuel desde la infancia pues le hablaba siempre con respeto y cariño. La última vez que le había visto había sido cuando nos visitó con motivo del entierro de mi padre—. A poco que salgas a tu padre no habrá quien te acepte un duelo.

—¡Todavía no he podido estrenarme, pero a poco lo haré! Creí que sería en Istabba, pero el *amil* nos acabó cediendo el fuerte —le contestó Ayyub.

—No tengas prisa, hijo —intercedió Ezequiel—. No faltarán oportunidades, y si las prisas no son buenas nunca, mucho menos deben serlo cuando arriesgas el gaznate.

—Ojalá, como dice mi hermano, se dilate tu bautismo y que no sea en esta tierra —dijo Manuel mientras servía una copa de vino y el Singilis exhalaba una brisita que agradecimos. Reclinándose continuó—: De eso precisamente quería hablar a tu padre. —Omar, sorprendido, le miró y abriendo las manos le invitó a hacerlo—. Esta misma tarde me informaban de que un ejército se está preparando para dejar Corduba y pasar por aquí con dirección a Sus. El mismo que con tan escaso éxito os asedió en Bobastro, aunque ahora está liderado por Mundir ibn Abd al-Rahmán, el tío del emir, con diez mil hombres. Puede que incluso ya hayan partido. —Manuel hablaba fijando su mirada en Omar, conocedor de sus intempestivas reacciones, evitando perderse indicios de sus sentimientos.

—¿Y qué sugieres hacer si aquí se presentan? —respondió tranquilamente el Capitán—. ¿Supongo que cualquier senda escogida la recorremos juntos, no es cierto? De partir ahora podría tenerlos a mi espalda, cosa que nada me apetece. Debemos permanecer unidos.

—Pelear juntos no tiene por qué ser la mejor forma de estarlo y tengo la certeza de que ninguno queremos pasar un asedio en Astigi —intervino el primo Manuel, rompiendo cierta tensión—. Nosotros no habitamos entre riscos, y aún con barbacanas bien defendidas cualquier catapulta puede herirnos de gravedad.

—Tienes razón —respondió el Capitán—. No es eso lo que queremos ninguno, pero ¿qué propones? Quizás no hemos sido precavidos al visitaros,

pero una salida ahora podría ser fatal, y no quiero sufrir a mi retaguardia tropa de ese calibre.

—No temas pues creo que podemos incluso sacar partido a nuestra posición —dijo la Bestia en tono más moderado—. Me consta que el príncipe va a reafirmar mi alcaidía en San Tirso. Sabe que los caldeos ansían independizar Hispalis y sin su recaudación el estrangulamiento a Corduba resultaría total. Muchas voces sarracenas denuncian nuestra amistad como mi principal debilidad y tu presencia aquí parece darles la razón, pero los cordobeses desconfían de ellas por venir de quienes ya han consumado un levantamiento. Jamás he mostrado rebeldía alguna y las dudas que genero obedecen únicamente a mi procedencia. No creo que sea el momento de mostrar la jugada. Corduba aún es fuerte. Kurayb no se rendirá y los Banu Hayyay sueñan su venganza. Vendrán por mí, y mejor ha de irnos como aliados del emir que como rivales. Deben ser ellos quienes se desangren. En cuanto lo hagan, tomaremos Hispalis. Millares son los hispanos que esperan seguir mi espada o la tuya. Aguardemos la oportunidad.

»Lo que te propongo es que te muestres como el más humilde de los siervos y solicites su amán para volver como gobernador a tu *kora*. La razón de tu presencia aquí debe ser mi intercesión por sumarte al partido emiral. Ya habrá tiempo de luchar. Probablemente dude de nuestra sinceridad, pero innumerables son sus problemas y encantado estará de solucionar este aunque sea formalmente, enviarte de vuelta a casa y evitar el conflicto con Astigi.

Una lágrima resbala emborronando mi pergamino al recordar estas palabras y el transcurrir posterior de aquella noche, ignoro si será visible mientras lo lees. Su brote se debe sin duda a lo avanzado de mi edad, pues los sentimientos se descontrolan según se suman los años, pero también a la nostalgia que me invade al recordar a mis amigos de Astigi, la carcajada de gran oso de Manuel y especialmente la alegre e ingenua sonrisa de mi pequeño Ayyub, que acabó casi al alba sometido por el vino del beso como a mí me sucediera tantos años antes.

Sigamos, en cualquier caso.

No erró en sus elucubraciones Manuel, su fuente era fiable y ante nuestras puertas se plantó el ejército cordobés. Solicitamos el amán y se nos concedió ratificándolo con un nuevo tratado de paz que otorgaba a Omar el gobierno de la Rayya. También Muhammad confirmó la alcaidía de Manuel en San Tirso. Los hispalenses, indignados por lo que entendieron como una nueva muestra de debilidad, esta vez del tío del emir, se alzaron y en un solo día ganaron

Qawra, Carmo y hasta una alquería de al-Mundir en la que pacían más de cien yeguas y doscientas vacas. Así castigaban el proceder omeya con nosotros.

Con lo que no contábamos fue que ese desafío, en lugar de reforzar nuestro lazo con Corduba, funcionó a la contra en la corte.

El emir armó un nuevo ejército con la misión de recuperar las posiciones perdidas y castigar a los rebeldes árabes. Se unieron Manuel y su guarnición con ellos en San Tirso, marchando ambas fuerzas a la toma de Carmo que defendía Abd Allah ibn Hayyay. Allí a sus puertas, a traición y por la espalda, un cordobés decapitó de certero tajo a mi amigo y, tras él, su ejército ajustició al resto de las tropas astigitanas.

La paz entre yemeníes estaba firmada y la guerra de sangre dispuesta. Voló la noticia y la cólera se desató entre los muladíes y cristianos estallando la revuelta en Hispalis. Veían cómo se ajusticiaba a su principal valedor sin delito alguno de por medio. Las tropas cordobesas tomaron la ciudad al día siguiente aplicando un castigo descomunal. Millares de muladíes perdieron la vida y a aquel día de San Nemesio los caldeos lo bautizaron como «la jornada del rebaño de camellos». No terminarían ahí las desgracias. Los hermanos y primos de Manuel, los gigantes de Astigi, prefirieron el Antiguo al Nuevo Testamento cazando a Yaad, el general que acabara con la Bestia, y dos más de sus hermanos para descuartizarlos. La respuesta de nuevo en Hispalis fue una completa masacre hasta no dejar prácticamente supervivientes muladíes o cristianos. Cinco decenas de millar de cabezas contaron algunos.

La otra gran revuelta a reseñar sucede en nuestra vecina *kora* de Ilbira, la que sueña tocar con sus manos, en forma de riscos, el lejano cielo. También, como en Hispalis, fueron los árabes los que se alzaron en rebeldía, aunque aquí eran muchos menos. Persistía una amplia mayoría cristiana en muchas de sus poblaciones, *husūn* y alquerías. Tampoco faltaban muladíes y judíos.

Sawwar ibn Hamdun al-Muharibí se convirtió en el caudillo de los clanes árabes de la *kora* tras suceder a Yahya ibn Saqala. Este había sido traicionado y asesinado junto al primogénito de Sawwar por los cristianos de Iliberri *arrojando sus cadáveres a un pozo*. Juró venganza y se puso a ello saqueando cuanto *husūn* o alquería se cruzaron en su camino. Jamás he vuelto a toparme con otro como Sawwar. Un auténtico león. Duro. Duro y cruel. Despiadado como si en cada pueblo castigado encontrara al asesino de su hijo. Tras derrotar al ejército emiral cuando este se enfrentó a él, firmó la paz con el

cargo de gobernador de la *kora* como contrapartida. No colmaría sus expectativas.

Aprovechando nuestra salida y estancia en Astigi antes relatadas, Sawwar asaltó hasta el oriente de la Rayya. Los de Ilbira y los nuestros se organizaron bajo las órdenes del cristiano Nabil y partieron en busca de venganza. Su derrota fue brutal, pues cayeron más de diez mil contra apenas quinientos. Las noticias nos alcanzaron volviendo de Astigi y directamente desde Arxiduna nos dirigimos a vengar la afrenta acampando en Castalia, la que ahora llaman Madinat Ilbira, la antigua ciudad de los judíos. Allí nos esperaban las menguadas huestes de Nabil, que se echó en nuestros brazos aceptando nuestro liderazgo. Controlábamos toda la parte occidental de la *kora* de Ilbira y sus *husūn* más importantes. Tampoco para Omar había de ser suficiente.

Hacía ya frío en aquella época del año. El viento que soplaba desde el Solaris acariciaba los huesos con su gélida mano. Yo no acababa de recuperarme bien de la herida del hombro que sufriera meses antes y que me dolía cuando el frío arreciaba. Omar deseaba enfrentarse a Sawwar para cobrarse su incursión en nuestro territorio antes de volver a casa, sin embargo no todos poseíamos su ambición y afán de venganza y conquista. Ya llevábamos largo tiempo en campaña y se palpaba entre los hombres el ánimo de regreso. Jair, tan rebelde como yo a la hora de cuestionar las decisiones del Capitán, y con una especial intuición y trato con la tropa, le insistió en dejar aquella campaña, desgraciadamente sin éxito alguno.

Desde Castalia marchamos a Iliberri donde los caldeos se habían fortificado. Nos acuartelamos a la vista de su muralla, en la orilla diestra del Alcozón, el río del oro. El cielo chorreaba disfrazado de noche en pleno día, así llevaba desde nuestra partida de Castalia, cobrando cada paso y cada giro de las ruedas de los carros. El campo, embarrado, se resistía a que fijáramos las tiendas socorrido por un viento violento y traicionero que guindaba las picas que trataban de amarrarlas. Los hombres improvisaban techos bajo cualquier resquicio, qué decir de intentar prender lumbre aunque se quedara en amago. Todo estaba empapado. Comida, lecho, atuendo. ¿Qué decir del ánimo?

Comenzamos los preparativos para el asalto. Transportábamos madera, desde un cercano bosque hasta una colina vecina, para fabricar torres, escalas y arietes. El trabajo era sacrificado y poco agradecido por lo enfangado, inestable y estrecho del terreno. Tras tres días infernales, el estruendo de unos caballos a galope encendió la soñolienta luz del amanecer. Sawwar cargaba. Debían de ser poco más de un millar.

La mañana, seca por fin, era cerrada y claustrofóbica. Lacrada por aviesas nubes bajas y negras. Apenas tuvimos tiempo para colocarnos y directamente formamos en línea sin nuestros pocos arqueros preparados. Nosotros, los de Bobastro, ocupábamos con un número similar al del enemigo el centro de la mesnada, nuestros vecinos de Ilbira, unos cuatro millares y medio, ambos flancos. Omar, a mi lado, empezó a revolotear inquieto sobre su caballo.

—Hay que reconocerle agallas al sarraceno —murmuraba—. Tantas como estupidez.

—Demasiada, no me gusta. Ni en la yihad se es tan inconsciente, y además nos coge desprevenidos y cansados. Espero que esa sea su única baza —le replicó Jair a mi otro lado.

Pese a callarme, a mí tampoco me gustaba. Como siempre, me llevé la mano a mi cruz aunque esta vez no solo de forma instintiva sino encomendando nuestra suerte a mi abuelo Martín y ahora ya también a mi padre.

Omar reprochó a Jair con una furiosa y despectiva mirada sus dudas. La relación entre ellos, fría desde la juventud, se asemejaba con cada vez mayor frecuencia a los perpetuos neveros del Solaris. Ignorándole, desenvainando su espada, alzándola sobre su cabeza y cabalgando por delante de la primera línea, gritó:

—Aguantemos su embestida. Mucho confían en su fuerza para abandonar el cobijo de la fortaleza. Si resistimos el primer ataque, poco podrán hacer. Mostremos a esos caldeos a quién se enfrentan. ¡Ni una duda, ni un paso atrás! El negro cielo augura su muerte segura.

Con un rugido nos lanzamos adelante produciéndose inmediatamente el encuentro de aceros y escudos. Como hicieran en su primera batalla con Nabil, valientes, percutieron directamente sobre los más preparados, al centro, donde les esperábamos los de la Rayya. Peleamos durante un par de interminables horas. Esta vez no se enfrentaban a un enemigo cualquiera, y poco a poco nuestro número fue imponiéndose a su fiero empuje y a la cierta ventaja que el terreno les concedía. Nuestro avance teñía el grisáceo terreno del rojo y negro que pintan los campos en cada guerra. Observé a Sawwar, que destacaba por su tamaño y destreza, abatir a varios hombres a escasos cien codos de mi posición e intenté acercarme a él para descabezarlos. Demasiadas espadas y vidas se nos interponían, aunque alguna ULFBERHT cobró por el camino. Había dejado un caballo blanco y vestía pleno de negro, coronado por un gran turbante del mismo color. Les envolvíamos casi por

completo mientras retrocedían cuesta arriba hacia su fortaleza, ya rota su línea de ataque. Eran nuestros.

De repente el estruendo de un gemido golpeó nuestro flanco izquierdo. Otro contingente de caldeos de al menos el mismo número que el primero cargaba fresco desde Iliberri. Los más cercanos a ellos, las tropas de Ilbira de Nabil, vacilaron y poco tardaron en quebrarse como madera podrida por termitas y huir desordenadamente. El vuelco fue tal que los árabes comenzaron a paladear la victoria y Omar a olisquear la derrota.

Nos miramos comprendiéndolo ambos y le asentí. Al instante gritó:

—¡Hombres de Rayya, retirada! Orden en la salida.

Empeorando aún más la situación, chispeaban flechas de un grupo de arqueros que saliendo del fuerte nos despedía de aquella manera. En nuestra huida llevábamos un grupo de cautivos que no pensábamos entregar. Mudáhir, el hermano menor de Omar, que nos acompañaba, gimió:

—¡No! ¡Me han alcanzado! —Cayendo del caballo, trató en el suelo de sacarse el asta que le atravesaba el costado izquierdo. Había entrado justo por la abertura que la loriga descubre junto a la axila. Los borbotones de sangre negra y la bruma que cubrió su mirada vaticinaban su pronto final. Su hermano Hamdum se le tiró encima para cerrar aquel fatal manantial de muerte sin conseguirlo.

—¡Tú no, Mudáhir! —gritó Omar, acompañando presto a sus hermanos. El tiempo decidió parar la batalla por un momento en el que ambos, acompañados ahora también por el pequeño Ayyub, lloraban la muerte de Mudáhir.

—No es el momento, amigos —les dije, saltando yo también de mi caballo y recogiéndolo del suelo para subirlo en mi grupa. Ya colocado con su ayuda acucié a los otros tres—: Tiempo habrá de llorarle como es debido. No es nuestro destino morir aquí.

—Razón tienes, Alfonso, pero te aseguro que estos hijos de puta pagarán la muerte de mi hermano. —La ira refulgía en los ojos de Omar mientras hablaba—. No solo de los hombres de Sawwar estoy hablando.

Escapamos dejando a más de doscientos de los nuestros muertos y no pocos tocados. Yo llevaba un flechazo bajo el gemelo izquierdo. Poco más que un roce, más aparatoso que profundo. Peor había sido pelear con el dolor del hombro derecho, que casi no podía ni mover al final de la jornada. Omar de lo que sangraba a espuertas era del corazón. Descargó su furia con los supervivientes de Ilbira a quienes obligó a pagar tributo por las pérdidas, y así

al menos aseguró el botín de sus tropas. Ellos, encabezados por Nabil, eran los primeros arrepentidos por su cobarde comportamiento.

Un par de días después, Omar regresaba a Bobastro con el grueso de nuestros hombres y un buen número de cautivos en fúnebre procesión.

Yo no lo haría.

Mis consignas, junto a mi amigo Jair, un escuadrón de cien jinetes y un arcón con más de mil dinares de oro, eran claras. Vengaría a Mudáhir, restablecería la preeminencia hispana en Ilbira y, sobre todo, cazaría a Sawwar.

XII

Dejé el *hamman* ya con el sol en su apogeo. Agradecía su presencia sonriéndole en aquel lluvioso y duro inicio de invierno. Disfrutaba aquellos días frescos, limpios de cielo, sublimes tras ser aderezados con un buen baño y masaje. En una coqueta plaza crucé delante de un gran caballo de bronce. Solía sorprenderme observando la estatua, pero no había preguntado por su procedencia ni historia. Me insté a recordarlo al llegar al fuerte. Unos niños lo cabalgaban ajenos a la languidez reinante. El sol jugaba con las sombras del penco y rebotaba allí donde pudiera deslumbrarme.

Cada martes repetía el mismo rito en el *hamman* para después atravesar a caballo Castalia, tan agraciada en posibilidades como pobre en risas. Ocupaba un llano de difícil defensa, herido en múltiples ataques desde su conversión como la capital de la *kora*. Arduo era cruzarse con sus habitantes, diestros en el escondite. Las casas, judías en gran medida, escondían tras la cochambre espectaculares interiores derivados de la fortuna producida por las vecinas canteras de mármol o la fértil tierra que los sarracenos comparan a la de Damasco. Me dirigía a San Esteban, la fortaleza que dominaba la villa y que utilizábamos como base. Sería nuestra hasta que muchos años después el actual emir Abd al-Rahmán, al-Nasir, el Victorioso, nos largara. Espero que tiempo propio y paciencia vuestra para continuar con mi humilde historia queden para contarlo.

Los inicios en Ilbira no fueron sencillos. No sumábamos mil los que habíamos permanecido y ni siquiera un tercio a caballo. La desbandada de la tropa de Nabil tras partir Omar había sido general, pues muchos priorizaron cosechas y familia frente a devolver la afrenta caldea. Lógico, al fin y al cabo, tratándose de jornaleros.

Escogí a varias decenas que decían conocer el terreno y les envié a reclutar más tropas. Partieron, entre otros, Jair al norte hacia Tucci y el Rojillo, que había permanecido conmigo pese a mi disgusto, en busca de Sulayman ibn Malikk hacia el noreste, a Pechina.

A los que se quedaron de Ilbira desde el primer día me propuse enseñarles lo que implicaba su presencia bajo mi mando.

—No volveremos a sufrir una derrota como las que hasta ahora habéis soportado. No quiero hortelanos ni granjeros en busca de un botín sencillo o una buena historia que contar a sus nietos. Cobardes dispuestos a huir ante el primer contratiempo. Olvidadlo. Los que aquí quedáis sois soldados y el que permanezca deberá estar presto para la lucha. No hay tiempo suficiente para entrenaros como es debido, ni aspiro a convertiros en guerreros legendarios, pero os aseguro que aprenderéis a mantener la línea, protegeros, acampar, marchar y atacar. —Les hablaba subido en la barbacana de la fortaleza, como había observado en Omar, buscando y deteniéndome en cada contacto visual —. Especialmente escuchadme los que ejercéis y cobráis como oficiales. Me da igual *naquib, ’arif* o *nazir*. Vosotros cumpliréis como el mejor de vuestros hombres. Se acabó la indolencia y el desorden. Al que no le guste que abandone ya y no me haga perder ni tiempo ni paciencia.

En paralelo y para ganarme el favor de los locales, nombré como intendente a uno de ellos. Un cristiano llamado Daisam, el hijo de Ishaq. Le había visto combatir valientemente en Iliberri, sufrir con estoico silencio la ira de Omar y departir de forma afable con muchos de sus vecinos. Era muy joven, quizás demasiado, mediano de estatura, cuadrado y fornido; tenía grandes manos y una cabeza enorme. Le llamaban el Romano pues parecía que portara un yelmo romano puesto por el tamaño de su crisma. Mis instrucciones fueron claras:

—Daisam, tú serás a partir de ahora mi intendente. Cobrarás como un *naquib* y serás una *rara avis* en tal puesto, ya que no robarás ni obtendrás provecho personal alguno. Muchos te envidiarán y tratarán de pudrirte asegurando en cualquier fraudulenta transacción tu beneficio y por supuesto el suyo. Si lo consiguen yo mismo te arrancaré el corazón. ¿Entendido?

Asintió sin mediar palabra.

Para la llegada del nuevo año habíamos triplicado los hombres, cuadriplicado los rocines y prácticamente agotado el arcón de Omar. Tras poco más de tres meses comenzábamos a estar en forma y hasta los más despistados conocían los conceptos básicos de cualquier milicia. Ya podían correr, combatir y acampar en la misma jornada. No pocos eran los días que me acordaba y añoraba al maestro Toribio. Recordé los tiempos de Esparta, disfrutando del exigente ejercicio físico al que les sometía.

Sawwar no había permanecido inactivo. Con poco menos de un millar de hombres azotó el área de Pechina, llegando incluso a quemar sus arrabales al conocer que un gran contingente se nos había unido. Peor parada salía cada alquería con la que se cruzaba.

Sulayman, la Anguila, viendo el castigo a su tierra me instó a comenzar la caza y así lo hicimos tan pronto estuvimos preparados. La presa no era fácil. Sawwar, siempre a tiro de piedra pero inalcanzable, nos dificultaba cada movimiento con maestría. Pasó las escarpadas y desérticas costas de los alrededores de Pechina asegurando con hombres cada *husūn*, dificultándonos el avance y tendiéndonos pequeñas emboscadas en nuestra retaguardia. Pese a las dificultades puede que la dispersión de fuerzas fuera su error. Tras más de dos meses de rastreo y persecución acabó como empezamos, refugiándose en Iliberri.

Jamás me gustó asediar fortalezas. Me sentía mucho más cómodo al abrigo de mis tajos y murallas que expuesto pese a contar con más fuerzas. Como ya antes dejé escrito, para tomar una posición la negociación o el engaño salen siempre más a cuenta que la batalla. Aquí solo nos servía el engaño. Nos dividimos.

Jair junto al Rojillo marcharon con el grueso de los nuestros a devastar cada fortaleza controlada por los árabes, en muchas ayudados por los locales que les abrían las puertas o se les unían por el camino en busca de venganza y botín.

Yo, mientras, me quedé con doscientos jinetes oculto en las cercanías de Iliberri. Patrullábamos la zona. Jamás más de treinta. Atacábamos cada vez más cerca de Iliberri, solo si veíamos caldeos en escaso número, dándoles muerte de forma que pareciera obra de jornaleros más que de soldados. Les apedreábamos ya muertos y saqueábamos cuanto podíamos llevándonos todas sus pertenencias. Fingiendo revueltas locales para que no dudaran que todo nuestro grupo era el de Jair. En cuanto detectábamos salidas de la fortaleza huíamos y solo hubimos de lamentar ocho bajas. En la fiesta caldea del inicio de la Hégira, su año 277, aprovechando la distancia del arco sajón y la oscuridad de la noche disparamos diez o quince flechas incendiarias, acertando dos casas vecinas de la barriada próxima a la muralla oeste. Dos días más tarde colocamos el anzuelo bueno. Aprovechando una noche cerrada cabalgamos hasta el Alcozón, escondiéndonos en un ancho vado a escasas cuatro millas de Iliberri. Allí esperarían la señal el grueso de los hombres.

El sol jugaba con las nubes a salir y esconderse aquella mañana. Unos veinte jinetes nos dejamos ver desde sus torres. Asaltábamos una de las alquerías al sur de su vega, a más de una milla. Matamos a dos de los hombres que la habitaban permitiendo al resto huir por la parte posterior. Cargábamos incluso un carro con el grano hurtado. Justo cuando le prendíamos fuego a la casa para hacer más visible el asalto, oímos los gritos

desde la ciudad y vimos cómo cruzaba la puerta una partida de no más de cincuenta hombres. El primero cabalgaba un caballo blanco y vestía completamente de negro. Me acaricié mi cruz que descansaba sobre el ensortijado vello de mi pecho, allí estaba mi león.

—¡Ya! A la vaguada —grité.

Tres graznidos que se apagaron en la lejanía transmitieron la señal convenida.

Cabalgamos a uña de caballo. Me giré. Estaban muy lejos, debía darnos tiempo de sobra para alcanzar el lugar convenido. El carro yacía lejano, abandonado en medio del sendero a tanta distancia suya como nuestra. Relajé mínimamente el paso. Algunos hombres me adelantaron.

—¡Tranquilos! —volví a gritar—. Mucha es la distancia. No deben pensar en desistir.

Me coloqué al final del grupo. Nos recortaban pero los manteníamos a unos doscientos codos. Mi caballo, Viento, iba sobrado de resuello y apenas había roto a sudar. Le acaricié el cuello. Ya llegábamos. Descendimos una dócil pendiente con oteros a ambos lados. La equis del mapa que dibujara con palo sobre arena. Sus alaridos se oían cada vez más cercanos. Cien codos. Sin titubear se lanzaron tras nuestro rastro. Ni siquiera intuyeron la jugada, como la mosca que ingenua se enreda en la tela de araña. Sawwar los encabezaba fundido en el galope de su caballo blanco.

Caímos desde todos lados. *Como cuando la langosta se extiende los jinetes le rodearon*. Sawwar enfiló una dirección soñando con una salida que no existía. Embestía de frente evitando el tiro directo de las jabalinas más cercanas. Matando cuanto podía en alocados arranques. Su caballo se rindió al ser alcanzado por una azagaya en la parte superior de las manos provocando la caída y voltereta del jinete.

Desde el suelo, perdido el turbante y sangrando por un corte en la frente, continuaba arrogante regalando tajos. Las picas llovían sin alcanzarle de lleno dada su extremada agilidad, pericia y sangre fría hasta que un golpe consiguió derribarle. Seguidamente un tiro certero con otra jabalina corta le atravesó la pierna izquierda inmovilizando a aquel diablo. Cada vez menos de sus hombres le acompañaban. De rodillas, Sawwar seguía blandiendo su espada. Estoqueaba al aire mientras gritaba en árabe:

—¡Perros! ¡Cobardes! No tenéis honor hijos de esclavos. ¡Hombre a hombre, de uno en uno!

Los hombres al galope se dedicaron a golpearlo como en un ejercicio de la Ansara con un muñeco de trapo. Daisam le atropelló en su carrera,

reventándole. Finalmente un muladí local, Ibn Yusuf, bajando a tierra le decapitó y clavó su cabeza en una pica que levantó al cielo. Un aullido ensordeció la quebrada.

Conducimos su cuerpo en procesión hasta Castalia. Su cabeza abría un camino que concluía las de sus hombres. Entre vítores nos arrojaban flores desde altos y ventanas del estrecho y sinuoso callejón que rompía el camino a la aljama. A su puerta arrojamos el cadáver y el pueblo se tiró a descuartizarlo. Las mujeres lo mordían como perros enrabietados, arrancando su carne a jirones, presas de ataques de histeria. En sus ojos vivían cada padre, marido, hijo o nieto que aquel hombre asesinara.

Jamás me ha abandonado aquella imagen, atrapándome en la noche o reviviéndola al ver a los buitres con la carroña o un pordiosero con unas sobras. En aquel momento además, contradictoriamente y tras tanto esfuerzo en su rececho, yo no compartía el regocijo general. Le recordaba de pie, orgulloso, herido y peleando. Lamentaba la muerte de un hombre capaz de batirse como un regimiento entero.

Ahora, hoy, mientras mi arrugada mano garabatea con la pluma este pergamino, resuenan en mis oídos sus gritos solicitando un adversario justo y me arrepiento de no habérselo dado. Cuánta desgracia me habría ahorrado. Hasta le envidio por aquel horrible funeral, ignorando cómo será el mío y comprendiendo que tamaña crueldad solo refrenda la grandeza del enemigo, la del superior entre iguales, la de un auténtico león.

XIII

Tras afianzar nuestro dominio en Ilbira, marchamos a Tucci para levantar la *kora* y expulsar de Yayyán a su gobernador, Abbás ibn Laquit. En paralelo, Daisam, el Romano, cayó sobre Lurqa y Murcia haciéndose con ambas plazas y extendiendo nuestro mando por la vecina *kora* de Tudmir.

Corduba, aletargada, yacía en la sima de su debilidad. Tan incapaz de atacar como de defenderse, igual que un gazapo lejos de la maleza avistado por un águila imperial. Jair lo sabía. En una cabalgada junto a la capital observamos a la guardia abandonando el puente para refugiarse tras la puerta de Yalis. Exultante, mi amigo me retó:

—Moro, ¿una apuesta a ver quién supera la puerta? —Con un gesto de cabeza rechacé la invitación consciente de mi segura derrota. La herida del hombro me había restado movilidad y no era capaz de lanzar la jabalina como antes. Gracias a Dios no me afectaba al uso de la espada. Otra idea se le ocurrió al constatar mi negativa—. Bueno, ¿y qué me das si le acierto a la ciega de la balanza? —Guardaba aquella puerta una añeja y monumental estatua que representaba la justicia romana.

Sin pensarlo y sonriendo le lancé uno de mis brazaletes como incentivo. La chanza requería arrojo, pues para ganar el espacio de tiro había de exponerse a la réplica de los temerosos guardianes que seguro nos escudriñaban desde las murallas. Siempre disfruté de la gallardía aunque tuviera tan poco sentido aparente. Me engañaba pensando que esos actos, por el riesgo y la incoherencia que entrañan, minan la moral del agraviado y ensalzan la propia.

Con gusto perdí mi alhaja.

Unos días más tarde recibimos un mensaje de Omar instándonos a regresar a Bobastro para planificar la campaña del verano que ya amenazaba. Al terminar de leer la carta, Jair me dijo:

—Ya está la mecha aquí prendida, Alfonso, pero partirás solo pues tengo claro que este es mi lugar. Cuantos más frentes defiendan los sarracenos mejor para nuestra causa, y aquí es donde pertenezco junto a Jazmín y mis hijos. Dile a Omar que cuenta con mi lealtad como yo lo hago con la suya. —

Cuando ya me alejaba, oí su grito—: Amigo, vuelve con Catalina tan pronto quieras y recuerda que esta fue la casa de tu familia. Aquí te esperamos.

Salí de inmediato, aunque no logré coincidir con el Capitán por poco más de un día. Extrañamente había partido sin demasiada preparación previa hacia Epagro desde donde castigaría a los cordobeses durante el verano.

Mi fiel Peritas había muerto durante el invierno y Catalina se mostraba esquiva. Tras una semana en casa solo compartíamos lecho como hermanos. Apagaba el fuego del deseo que me consumía y le susurraba con besos y caricias dándome la espalda o mal fingiendo un sueño profundo. Inocente, yo suponía que era su castigo por mis nueve meses de ausencia, e indirectamente asumía merecerlo por mi relación con Adassa. Temía que su intuición le susurrara lo que de otro modo jamás podría comprobar.

Dudaba cómo acercarme a ella hasta que siguiendo el consejo de su padre la ablandé. Le gustaban las cosas bonitas. Troqué el brazalete de la gran esmeralda que recibiera tras Alhama por un espectacular collar de plata engarzado con rubíes y esmeraldas. Hice blanco y me abrazó entre sollozos. Separándome, con suavidad, le cogí la mano para decirle:

—Catalina, perdóname, trataré de no abandonarte tanto tiempo. Bien sabes cuánto te amo y que es el deber y no el gusto quien me condena a tu lejanía.

—Poco he de reprocharte, Alfonso —me dijo con una sonrisa de trágico sabor cruzando su cara—. No podría soñar un mejor marido. Demasiado bueno —continuó seria y cabizbaja.

—Entonces ¿por qué te escondes pequeña?, sabes que sueño con recuperar las caricias de mi niña de Qumarix. Por disfrutar de nuevo contigo de mil y un atardeceres juntos. —Le hablaba sincero. Entregado. No había soltado su mano y estrechándomela se acurrucó junto a mi pecho evitando mirarme.

—Quizás mi tristeza se deba a mis pecados y no a los tuyos. No mereces cargar con ella. —Liberado al no ver sospecha alguna por su parte, asumí como propio el peso de no poder abrazar a un hijo y agarrándola por los hombros la encaré firme y cariñosamente.

—Escúchame, solo a ti te amo, nada más tiene importancia mientras permanezcamos juntos. Tu sonrisa vale el cielo. No cargues con culpas impostadas y disfrutemos nuestro amor. Quizás no sea justo pedirle más a la

vida si encontrándonos hemos sobrepasado la cuota de felicidad que cada uno merece.

Transcurrida la Ansara conocimos que el ejército emiral comandado por Ahmad ibn Muhammad había aniquilado a las huestes de Jair y reconquistado Yayyán. Mi amigo milagrosamente había escapado, pero no así la inmensa mayoría de sus hombres, de los míos al fin y al cabo, pues muchos se habían alistado y combatido a mi vera en Ilbira. Grandes guerreros y mejores amigos. Mi corazón se debatía entre la aflicción por su pérdida sin mi apoyo y el gozo de seguir vivo.

A Omar le iba bastante mejor.

Para empezar, había recobrado la seguridad personal al atrapar a la rata de Qámara. Nuestro viejo amigo Rizq ibn Mandaril, que incluso planeaba su asesinato en Bobastro. Fuera, una tempestad en pleno estío asolaba la campiña cordobesa y difícil le resultaba ya almacenar el botín. Su tío Mudáhir gozaba contándome las noticias que le llegaban sobre las andanzas de su sobrino. Pese a la gota, holgaba de envidiable salud que él atribuía a su joven viudedad y a no haberse dejado nunca mangonear por hembra alguna. Solíamos vernos en el patio del pozo del alcázar. Allí me había informado de los movimientos en mi ausencia, noticias que conocía por mensajero pero que no dudó en detallarme: la decapitación de Servando y la crucifixión de su padre, nuestra embajada para contactar con el califa abasí, la masacre de Bayyana, la jugada junto a Ibn Mastana a los Banu Asn e Ibn Jamir, los versos que compuso en Bobastro el poeta Ibn Yudi, un compañero de Sawwar apresado en Ilbira en nuestra derrota. Parecía un siglo el que llevaba fuera, y ni siquiera un año había transcurrido.

El verano ayudó al reencuentro con Catalina. Eso y recuperar la calma y estabilidad hacía tiempo olvidada. En ausencia de Omar y como digno hijo de mi padre atendía algunos conflictos complicados para el juez. Pocos solicitaban mi presencia de todos modos, por mi severidad en el castigo, y hubo más de una ocasión en que ambos litigantes acabaron trasquilados. En ocasiones incluso el veredicto era inmediato.

Un hombre violó a su propia hija, Zarit. La madre, Hilba, acudió a un vecino al creer que su hija se desangraba y este fue quien le denunció.

El sucio animal había desgarrado de arriba abajo a una niña de apenas siete años. Antes de traerlo y al conocer la llamada de su mujer al vecino, le había dado una soberana paliza a esta. Cuando se presentó ante Álvaro, el viejo mozárabe que solía asistir a mi padre en los juicios y ahora le sustituía, y ante mí también, él había recibido lo suyo pues tales afrentas se castigaban

de forma popular. Se llamaba Marcos, y era un mozárabe natural de Malaka desde donde había llegado cerca de un año antes.

Álvaro, como mi padre, era un hombre grande e intimidatorio. Famoso por su fina intuición y la profundidad de su mirada que aquel día reflejaba ira por lo acontecido. Se dirigió a él:

—Marcos, hijo de Aurelio, natural de Malaka, ¿es cierto de lo que se te acusa? —Marcos estaba paralizado, con la mirada perdida. Llevaba rotos un labio y una ceja y en la sien izquierda un tremendo golpe que le amorataba todo el perfil. Alto y delgado parecía costarle mantenerse erguido y se cubría con ambas manos el costado derecho—. Marcos, hijo de Aurelio, natural de Malaka, ¿es cierto de lo que se te acusa? —repitió Álvaro en un tono más enérgico.

—¿De qué se me acusa? —respondió el malacitano cogiendo aire y encendiendo su mirada con altanería—. ¿Quién sois para opinar sobre lo que dentro de mi casa sucede? No creo que nadie tenga derecho a inmiscuirse en casa ajena. Sabiendo que aquí se procede de tal forma no deseo permanecer más entre vosotros, no os preocupéis. —Mirándonos con desprecio se atrevió a escupir al suelo antes de continuar. El esputo, denso y rosado por la sangre del labio partido, me enervó. Percibiendo mi desprecio y estudiándome chulesco, añadió—: Me iré a cualquier otra parte.

No podía imaginar lo rápido que se iría el imbécil. Sin mediar palabra cogí un mazo que tenía junto a la puerta y lo descargué con toda mi fuerza sobre su cráneo derribándole como un árbol tras el último hachazo. Mirando fijamente a Hilba, le dije:

—En la Tábula los niños son sagrados y solo Dios su dueño. Ni tú ni tu hija tenéis por qué temer más.

A partir de ese día madre e hija quedaron bajo la protección de Álvaro. Yo personalmente me ocupé de que nada pudiera faltarles.

La llegada de Omar a Bobastro no debió distar mucho de la de César a Roma tras conquistar la Galia, al menos no para su pueblo que le recibía exultante volcado en la calle, atestando balcones, terrazas y ventanas, con palmas y ramas de olivo como si el llegado fuera Jesús sobre su borrico a Jerusalén. El Capitán abría la comitiva seguido por cientos de jinetes y de carros atestados de cosechas saqueadas, miles de infantes y cabezas de ganado y una docena de grandes cofres repletos de botín.

Al pisar la alcazaba y tras abrazar a su familia, hizo lo mismo conmigo agradeciendo mi mando en su ausencia. Advertí algo extraño sin darle importancia alguna hasta que cierto tiempo después encontré la explicación.

El desconcierto anegó Bobastro cuando semanas después, en la mañana del día de San Calixto, se anunció la llegada de una embajada cordobesa encabezada por el príncipe Muhammad.

Bajé a recibirle a la puerta del Sol mientras Omar aguardaba en la del alcázar. Había afilado su rostro aniñado y en sus ojos azules se leía la determinación de quien ya ejerce el mando. Escudriñaba a cada paso las defensas, aljibes, calles, casas y hombres, variando en su mirada ante nuestra obra el brillo de la sorpresa de su anterior visita por una completa admiración y cierto cálculo actual.

Tras subir al paso el callejón empedrado llegamos al patio donde Mudáhir acompañaba al Capitán. Saludaron a Muhammad con un fuerte apretón de manos y fue Omar quien disparó primero ahorrándose el protocolo habitual.

—¡Querido Muhammad! —exclamó—. Reconozco que tu visita supone una completa sorpresa. Una vez más, eres como el lince que jamás aparece salvo en el lugar y momento más inesperado. Sentémonos y cuéntame qué diablos haces aquí.

El príncipe no esperaba una acogida tan cercana e inmediatamente se relajó. Seguía viva la admiración en su mirada, aunque esta vez se debía al Capitán y no a la ciudad que regía. Era entendible. Aquel hombre, un plebeyo muladí construido a sí mismo, desafiaba seriamente su trono. Sentándose nos sonrió antes de empezar hablar:

—Ni siquiera muy bien lo sé yo, Omar. Supongo que, paradójicamente, fue el lugar más seguro que se me ocurrió, bueno más bien que se le ocurrió a Badr. No te extrañe de todas formas, ya que ignoro qué es más peligroso si cruzar frente a Epagro contigo acechando desde la barbacana o recorrer los pasillos del palacio de mi padre. —Contestamos la ocurrencia con una sonrisa. Nos sorprendió la referencia a Badr. Ya Hassim lo había mencionado en una de sus cartas como una figura ascendente en la corte, cercano a Abd Allah y sobre todo a Muhammad, pero no intuíamos tamaña influencia sobre el príncipe. Bajó el tono, jugueteando con la copa de plata engarzada por piedras preciosas en su fuste y rellena de zumo de limón que le ofreciera Omar—. Sucedió hace tres noches —susurró tras un suspiro antes de continuar, cogiendo aire—: Maté a un oficial del ejército, un guarda personal de mi hermano.

»Caminaba tranquilo de vuelta de la aljama cuando a la entrada de la huerta, en la puerta exterior de palacio, me alcanzó mi hermano Mutarrif. Como bien conocerás, nuestra relación es pésima y sus desplantes asiduos. Llevábamos tiempo tranquilos, ignorándonos mutuamente pero aquel día venía achispado. Ebrio. Al cruzar la mirada supe que no se callaría. El desprecio que en general trata pobremente de disimular encharcaba las cuencas de sus enrojecidos ojos como el mal olor un cuerpo podrido. Bramó: “Mirad al ulema. Se cree que rezando conseguirá dejar de ser vascón”.

»La furia y un intenso rubor me invadieron al escuchar el insulto y la carcajada del grupo que le acompañaba, e instintivamente me llevé la mano al pomo de la espada. La risa se convirtió en tensa expectación. Respiré. Eran cinco por su parte y solo tres por la mía. Dudaba además del bando que escogerían los dos cercanos guardias de la puerta de la huerta. Volviendo a respirar, decidí dejar la situación y con una sonrisa cargada de desprecio le rodeé. No iba a darle lo que buscaba. Miré a mi alrededor, aun siendo tarde todavía no había cerrado la puerta del Puente y ríos de gente caminaban por la calle y comenzaron, curiosos, a observarnos. Si ya en solitario levantamos expectación, qué decir en pareja. No defraudaríamos a la audiencia.

»Al pasar junto a uno de sus hombres para entrar en palacio, el muy canalla escupió a mis pies. Aquello era demasiado. Desenvainé y le entré por el hombro rompiéndole la clavícula izquierda hasta llegar al corazón. Le partí el cuerpo a ese desgraciado al que conocía y odiaba desde milicias. Un imbécil que merecía ser enterrado mucho antes. Mi hermano comenzó a gritar y la gente a correr. Retándole con la mirada tranquilamente di la vuelta y continué junto a mis hombres.

Muhammad hizo un receso para dar un trago. Estábamos los tres ensimismados en su historia, en fondo y forma. Dibujaba con elocuancia el relato en nuestra propia lengua, la que le enseñara su madre Onneca y practicara con su mujer Muzna. Un romance aderezado con la melodía del árabe de alto linaje y los gestos de un experimentado juglar.

—Badr me esperaba al llegar a mis aposentos —prosiguió—, siempre me ha sido fiel y tiene tantos oídos como puertas y ventanas hay en palacio. Ya tenía preparada mi partida hacia una alquería donde me refugié hasta que decidimos visitarte.

—¿Por qué aquí? —le interrumpió Mudáhir en aquel momento.

—Perdón, sí, esa era la pregunta. Entendí relevante explicar el porqué antes del dónde según mi perspectiva, pero vayamos al fondo de la cuestión. Mi hermano es inepto pero no estúpido. Mucho es el partido que podría sacar

a una reacción como esta, pues no soy bien visto por parte de la corte y un buen número de ulemas. Badr, conocedor como ninguno de intrigas y corrillos, me pidió cierto tiempo para aclarar la situación con mi padre y nada hay más remoto que la montaña maldita. Desde que permitiste a mi padre partir con el cuerpo de mi tío te intuyo generoso. Asumo que cuento con tu protección.

—Por supuesto —le contestó Omar con propiedad. Podía imaginar el interior de su cabeza elucubrando las mil posibles derivadas de aquella inesperada situación. Bullendo como el agua dentro de un puchero tapado al fuego—. Esta es ahora tu casa, aunque sumamente extraño resulta lo sucedido. Entiendo que no planeas estar aquí demasiado tiempo ya que además Muzna, tu esposa, espera criatura, ¿verdad? —El omeya asintió. Omar le sonrió y continuó preguntando—: ¿Varón?

—Veo que estás bien informado. —Esta vez el asentimiento se acompañaba de una generosa sonrisa—. Eso vaticinan estrellas y matronas, aunque como tú debes saber bien, jamás se sabe a ciencia cierta hasta que no lo tienes en brazos. De confirmarse será el pequeño Abd al-Rahmán.

—El tercer Abd al-Rahmán —reflexioné en voz alta recordando a los dos anteriores. El primero, emir independiente de Damasco, había sido el fundador de la dinastía andalusí en Corduba, y el segundo, el más admirado por los caldeos y temido por los cristianos, el de la corte más culta, esplendoroso en obras e imbatible en el campo de batalla—. Si el nombre imprime carácter, malos augurios no tiene, desde luego.

—Si es que algún día llegara a gobernar algo —terminó mi frase Omar. Levantándose, cogió a Muhammad del brazo—. Sígueme. —Lo hicimos todos subiendo una escalera exterior del patio que ascendía hasta una de las terrazas que defendían la muralla.

El horizonte nos saludaba. A pesar de la época del año el día era claro y, cuando el sol nos alcanzaba, caluroso. La vista, salpicada por altas nubes como dispersos rebaños de ovejas, se perdía en la inmensidad cuando no chocaba con los riscos vecinos, muchos coronados por puestos y torres de vigilancia. La ciudad a nuestros pies aparecía atestada como cada día de mercado y, ya no solo en el interior amurallado, sino en las terrazas y partes inferiores, se distinguía a los hombres atareados en sus labores. El río abajo, silencioso, firmaba el cuadro con un trazo juguetón y curvo. La vida fluía.

—Observa a tus pies —le pidió Omar—. ¿Por qué crees que se afanan en ganar terreno a la base de una montaña cuando podrían estar arando fértiles vegas? ¿Por qué a diario mejoran unas defensas ya infranqueables cuando

podríamos destinar nuestros esfuerzos al ganado, el comercio o nuestras familias? Vosotros nos habéis obligado a esto. Nadie deja su casa por gusto y aquí podrás contar decenas de miles que lo han hecho en los últimos años.

—Sé que hemos colaborado en el pasado y que soy tu huésped, y por ello déjame que te conteste con la honradez que mereces —le interrumpió el príncipe—. No es justo descargar toda la responsabilidad en el adversario. Tú eres quien guía a estos hombres e inició las hostilidades y no hace falta que te recuerde cada vez que nos la has jugado.

—Todos hacemos cosas de las que podemos arrepentirnos —le cortó Omar, esta vez en un tono seco y con la mirada cargada de acero—, aunque no todos los pecados o errores pesan lo mismo. Jamás le he fallado a un aliado fiel, ni he matado a traición como vosotros hicisteis con Ibn Galib. Su único pecado fue su fidelidad, defenderos, en especial a ti que te encontrabas en Hispalis. Incluso mandó llamarme para convencerme de luchar a vuestro lado. Traicionar así a un aliado os define. O a vuestro padre al menos. —Respiró hondo, asumiendo el control del discurso. Tratando de recuperar de nuevo el tono afable con el que iniciara el encuentro, prosiguió—: Disculpa, Muhammad, no quiero enriscarme en el reproche ni remover el pasado. Entiendo que a cada cual le mueven sus razones, pero erras al atribuirme tanto poder. Yo solo he canalizado algo imparable. El maestro de obras que abre la ventana donde solo había una pared o derriba la presa que frena el caudal. Mi fuerza no se debe a la herencia de un título o a la providencia divina, ni siquiera a cierta superioridad moral o física sobre mis hombres, pues muchos me aventajan en cualquiera de los dos ámbitos. —Se quedó oteando el infinito durante breves segundos para dándose la vuelta mirar de nuevo fijamente al príncipe cordobés. En un respingo, animando el tono, le dijo—: Dime, Muhammad, ¿te gusta el juego?

—No demasiado, he de confesar —respondió.

—A mí, en la juventud, sí, mucho, el alquerque de nueve especialmente. Aunque supe ponerle freno o me frenaron en su momento. Algo me enseñó de todos modos. —Omar hablaba con la espalda apoyada en el murete y todavía observándole—. Las partidas, como la vida, cada hombre elige cómo jugarlas, pero rara es la vez que el desarrollo responde a lo planificado. El mejor jugador no es quien cuenta con el mejor plan establecido sino el que se adapta a las circunstancias existentes. De poco más que de eso me precio.

»No soy yo quien produce la debilidad de Corduba sino al contrario. Si no fuera yo, sería otro. Aquí en la Rayya, Astigi, Toletum, Saraqusta o Uksubuna. Esto es como cuando un anciano de más de sesenta años muere

por un resfriado. La gente cree que este es el causante de la muerte pero se equivoca, pues el resfriado hubiera sido inofensivo de encontrarse en la juventud. La edad es la auténtica asesina. No podéis maltratar a la mayor parte de la población eternamente sin animar a provocar la revuelta, más si os sobrepasan en número y resultan los legítimos dueños de mucho de lo que os apropiáis.

»Soy consciente del riesgo que corremos. Nuestra sedición es presa de miles de incógnitas y nos enfrentamos a la disciplina y la fuerza de la autoridad vigente, pero sé que la razón y la justicia nos asisten y que estas acabarán imponiéndose. Por eso ataco. Por eso este verano cabalgaba cada día incendiando vuestras cosechas y alquerías. Dentelladas de lobo a un enorme oso. La determinación, la moral y la sorpresa son mis mayores aliadas, más mientras Corduba duerme.

»La historia se escribe con nombres propios, con multitud de resfriados aludiendo a la metáfora que antes empleara, pero es la suma de voluntades que los secundan lo que realmente marca la diferencia y mueve la rueda, como la corriente del agua mueve el molino y no lo hace una sola gota.

»En los días que te quedes podrás moverte sin tapujos. Verás que los aquí presentes no somos forajidos ni delincuentes sino familias que solo quieren vivir en paz y ser tratados con respeto. Ojalá rija al-Ándalus algún día un emir que quiera gobernarlos, pero que lo haga de verdad. Hombre a hombre, con justicia y en base a mérito. Sin menospreciar ni beneficiar a nadie por su procedencia, raza o religión. Estoy convencido que ese escribirá su nombre en indelebles letras de oro para la posteridad.

Me divertía observar la humildad y deferencia con la que le trataba, su falsa modestia. Yo bien sabía que en realidad Omar no se consideraba uno más. Desde Tahart perseguía su destino escrito en las estrellas. Destacaba además en una enorme cualidad para un líder, entender las motivaciones de los hombres y ganarse su confianza. Aquello era lo que hacía ahora con el príncipe Muhammad.

Esa fue en la única conversación reseñable en la que en aquellos días yo participé, pero, como probarían acontecimientos postreros, no fue la única que se produjo. Omar engatusaba al príncipe y durante su estancia raro fue encontrarlos por separado. Sorprendía descubrir al legítimo heredero al trono y a su más encarnizado rival paseando por la vereda del río silencioso cada atardecer que lo permitía.

Al despedirle con honores de gran aliado, tras una misiva tranquilizadora desde palacio invitándole a regresar, mientras observábamos su descenso por

la inclinada pendiente, me dijo Omar:

—Alfonso, ahí parte la gran esperanza de esta tierra. Esa princesa vascona hizo bien su trabajo. Es el primer árabe que conozco que mira a un muladí como yo, de frente, como a un igual. Así le trataré si logra afianzarse. Tiene madera y condiciones de líder si resulta lo suficientemente hombre como para asumirlo y le dejan. Le ayudaremos a ello, aunque el precio a pagar no resulte barato.

La desconfianza, habitual compañera de la experiencia y las arrugas, aún no había penetrado en mi ya no tan joven corazón, y por ello jamás hubiera imaginado que era de la cabeza de mi amigo Jair de lo que me hablaba el Capitán.

XIV

La tarde que me enteré, mi ingenuidad, rotunda, me mostró su cara. No sería la única vez, ni la más dolorosa, que la realidad mordería mi orgullo y mi corazón revelando mi candidez.

Tras el almuerzo departíamos en el salón rojo. Yo era, con Ibn Magiara, el único ajeno al clan pues con nosotros se sentaban Hamdum, Ayyub y Mudáhir, además de Omar.

Preguntaba yo sobre noticias acerca del medio batallón que con el Rojillo como *naquib* partiera solo una semana antes para apoyar a Jair ante un nuevo ataque del general Abbás. Corduba necesitaba repeler las constantes acometidas de mi amigo, que no perdonaba ni el invierno, enviando su ejército. Yo, al enterarme de la partida en su ayuda, débil, rehusé acudir. Cada día estaba más atareado ayudando a Álvaro y feliz por mi relación con Catalina. Acomodado, elegí no enturbiar mi placidez con nuevas algaradas y ni siquiera me involucré en los preparativos.

Además, justo es reconocerlo, en aquellos días me obsesionaba dar caza a un ciclópeo venado del que se hablaba en todos los corrillos y que, finalmente, logré abatir junto al Silencioso. Un monstruo con una alquería entre las cuernas, con luchaderas y rosetas como brazos y más de veinte puntas, de la altura de un niño de diez años. Un animal mitológico, listo, huidizo, desconfiado, al cual no alcancé pese a mi infinita paciencia y conocer sus querencias hasta rececharlo cinco días seguidos. Su cornamenta señoreó mi chimenea hasta el día en que abandoné Bobastro.

Pese a mi candor algo me escamaba. Parecía que yo era el único interesado en conocer noticias y, ante mis demandas, el resto esquivaba el tema. No podía ser casual. Finalmente y ante mi insistencia fue Omar quien me contestó:

—Alfonso, he de contarte algo. —Su mirada era fría y seca, rápidamente supe que aquello no iba a gustarme. Noté ascender el rubor y cómo mi corazón rompía al galope vislumbrando lo que no quería escuchar—. Solo te pido un instante…

—Omar, suéltalo. Te conozco. No me embauques con monsergas —le interrumpí, ya encarnado por una ira sin razón aparente. Intuición por lo que venía o certeza de saberme el único ignorante.

—De acuerdo, como quieras, Alfonso, sin preámbulos —me dijo sentándose a mi lado y cogiéndome del hombro—. Jair ha muerto, o si no lo ha hecho, muy pronto lo hará.

—Pero ¿qué dices? ¿Cuándo? ¿Cómo? —respondí consternado, saltando como si el diván ardiese.

—Yo lo he ordenado y el Rojillo se ha encargado de ello. Él solo es culpable de cumplir mis órdenes.

Así que eso era.

La cólera se disipó para dejar paso a un dolor que me agarrotaba el pecho. Le acompañaba el vértigo de la incredulidad. Me alejé. Aquello no era lo mismo que con Manuel. A Jair lo habíamos matado nosotros, Omar mejor dicho. Nuestro mejor aliado, mi amigo.

Nuestra vida juntos cruzó ante mis ojos. Su abrazo en Esparta al enterarse de que yo era nieto de Martín, el sabio de Tucci. El pan con aceite y sal que su mujer Jazmín nos preparaba para el desayuno tan pocas semanas antes, las risas de sus hijos al verle llegar de una algarada. Su guiño cómplice cruzando cualquier camino perdido en nuestro batallar por las *koras*. Nuestra cabalgada intuyendo la trampa en Balma. Su reciente y sonora carcajada al quedarse con mi brazalete tras alcanzar a la ciega estatua de la justicia que señoreaba la muralla cordobesa.

Levanté la mirada para ahora sí encontrarme los ojos brillantes de Omar. No le dolía la orden dada sino verme así. No temía mi ira sino mi desprecio.

—Siento haberlo hecho así, Alfonso —prosiguió—, y sobre todo habértelo ocultado, pero no lo habrías permitido pese a su necesidad. Es una decisión meditada.

Farfullaba buscando cómo justificarse, interrumpiéndose. Yo seguía mirándole con aprensión, me costaba reconocer a mi amigo. En segundos se había transformado. El lobo no era más que una rata. Una rata de pequeños ojos y enorme hocico. Apreté los puños con fuerza. Fue él esta vez quien bajó la vista.

—Escucha antes de juzgar, hijo —intercedió Mudáhir en favor de su sobrino. En efecto yo debía ser el único imbécil ajeno al movimiento.

Sonreí sarcásticamente imaginando a ambos ensayando la conversación y decidí no darles tal placer. Al salir, como lo haría un buey de una alacena,

desencajé la puerta y tiré un tapiz. Ninguno osó tratar de pararme sabiendo que eso hubiera sido como intentar detener el curso del Betis con una pluma.

Aquella noche no dormí. Enganchando recuerdos con nitidez, arropado por los brazos y lágrimas de Catalina. Omar, como presumía, se presentó antes del alba. Tampoco él parecía haber descansado, pero seguía sin transmitir el peso de la culpa en su mirada.

—Demos una vuelta, Moro.

Catalina seguía llorando cuando, vistiéndome, dejé la habitación.

La ciudad aún dormía perezosa y solo el ladrido del perro a nuestro paso y el cacareo despertador del gallo, que anunciaba una tenue luz en el horizonte oriental, rasgaban el abrumador silencio. Nosotros no lo hicimos trotando cañada del Lobo abajo. Absortos en nuestros pensamientos seguimos al Silencioso hasta unas profundas pozas habitualmente generosas en trucha y caza. Muchas horas juntos habíamos pasado en aquella vereda. Descabalgamos. Varias ranas saltaron a la charca buscando esconderse. Omar trató de sacudirse el frío de encima golpeándose las piernas y zapateando sobre la hierba mojada por el rocío. De la alforja de su caballo sacó algo de pan que yo rechacé sentándome en una gran piedra redonda al sol mientras recogía unas piedrecillas para lanzarlas buscando como blanco los nenúfares que decoraban el estanque natural. Él, sentándose a mi lado, empezó a hablar:

—Me alegro de que me hayas acompañado, Alfonso, sinceramente no estaba seguro de que lo hicieras. Te conozco e imagino cómo debes sentirte.

—Lo dudo, Omar. —No pensaba ponérselo fácil—. Siéndote sincero, no es nuestra amistad lo que me trae aquí, y si pensabas ablandarme con este escenario no has de conocerme tanto. Solo la curiosidad me guía. —Me levanté. Según hablaba me encendía con el discurso que martilleaba mi cabeza—. Llevo toda la noche reformulándome la misma pregunta. ¿Por qué? Entiendo que alguna relación guardará con la visita del príncipe de hace dos meses, pero ¿tanto te ha subyugado ese caldeo como para asesinar a uno de tus más fieles lugartenientes y mejores soldados? ¿A un compañero de los inicios de la revuelta? ¿A un amigo de la juventud? ¿Qué vale más que eso?

—Sabes, Alfonso, como te dije en nuestra primera aceifa al volver bañado en sangre de aquellos tres bereberes, te aseguro que te envidio. —Omar continuaba sentado, mirándome tranquilo. No había probado aún bocado—. Envidio tu facilidad de juicio, de discernimiento del grano y la paja. El blanco y el negro. Lo bueno y lo malo. No es de extrañar que destaques como juez.

Desgraciadamente, no todos lo tenemos tan fácil, no siempre el camino más seguro es el más derecho y con asiduidad tomamos rodeos que aseguran vados factibles o evitan precipicios abruptos. ¿Qué vale más que la vida de un amigo me preguntas? La de muchos, la de nuestra causa y futuro. Bobastro, al-Ándalus e Hispania.

»Gobernar implica tomar decisiones. No todas son fáciles ni obvias y, ocasionalmente, hemos de ceder en algunas cosas con miras a más ambiciosas metas. Necesito que Muhammad se gane a su padre y a la corte, que se siente donde le corresponde y para ello ¿qué mejor trofeo que nuestra obediencia? ¿Cómo mejor probar su capacidad de persuasión que convirtiendo a su peor enemigo en aliado? No existe testimonio más rotundo para ello que enviarle la cabeza de uno de mis principales lugartenientes y la actual pesadilla cordobesa.

»Este verano les hemos asfixiado y el daño continuado de Jair los devasta. La apuesta es que, con su cabeza y nuestro soporte, Muhammad asegure los apoyos necesarios para afianzar su posición. Entonces todo puede ser distinto. Muchos temen que la debilidad de Abd Allah y nuestra hambre acaben absorbiendo el emirato. Cuando llegue el momento asestará el golpe.

—Me sorprendes, Omar. —Ni siquiera le había mirado en su soliloquio y ahora sí lo hice, de frente y con cierta actitud retadora, para responderle—: Pasas dos semanas con el príncipe y sacrificas a un amigo para su causa, ¿tras dos meses me sacrificarías a mí, a tu hermano o a tu hijo? Te recuerdo imprecando contra el honor de Abd Allah cuando acabó con Manuel, ¿no es mucho peor lo tuyo con Jair? Para el emir, la Bestia era un perro achamí astigitano, pero Jair era nuestro hermano de Esparta. —El reproche guiaba mis palabras. Decidí rebajar el tono y que la ira no enturbiase mis argumentos. Hacerle comprender su error. Respiré hondo antes de continuar —: Obviando las emociones y yendo al meollo del asunto, admito la racionalidad del discurso, aunque se base en asunciones poco sólidas como la ciega esperanza en un desconocido y en que la corte considere con buenos ojos nuestra alianza, pero y ¿el mensaje a nuestros aliados? Defendemos la revuelta desde aquella descabellada ayuda a los Banu Rifaa en Alhama frente a al-Mundir. —Hice un silencio en el que reparé cómo se acariciaba su mano derecha en recuerdo de aquellos días—. ¿Cómo interpretar esto ahora? Traicionar a un fiel aliado no solo degrada tu condición, también te etiqueta derramando suspicacia en el futuro. Los grandes hombres que dejan su poso en la historia no lo alcanzan intrigando en palacios y asesinando aliados sino guiando grandes masas. Aunando voluntades. Siguiendo un camino

alumbrado por la coherencia. Romper la alianza con los caldeos se asume como natural, pero hacerlo con Jair, aparte de indigno, rompe tu discurso. Muestra debilidad y felonía.

—Coincidimos, Alfonso. No será ese el mensaje que se transmita, tampoco es tan obvio que sea como lo cuentas. Eso era lo que quería explicarte ayer y para lo que no me diste la oportunidad.

»Jair era un guerrero excepcional, compañero de revuelta y gran amigo tuyo, pero no sé si tanto mío y menos aún aliado. Necesito, en los territorios que domino directamente, hombres que me sigan sin ambages, y público fue nuestro desencuentro en Ilbira o como no acudió a mi llamada el pasado verano cuando tú sí lo hiciste. Cada vez era mayor su independencia y no pocas críticas de los nuestros llegaban a mis oídos sobre su proceder, en especial sobre cómo escapó en la celada de Ahmad ibn Muhammad el pasado verano cuando cayeron todos sus hombres. Todos menos él. Mucho más se rumoreará ahora, de eso puedes estar seguro.

»La elección de su cabeza no es casual. Jamás encajamos. Te ríes de las dos semanas que pasé en Bobastro con el príncipe, pero tuve más conexión con él en cinco minutos que con Jair en toda mi vida, seguro estoy de que se trata de un hombre de palabra, y más confío en la suya que en la de muchos otros. Imagina que sale la jugada y contamos con un emir afín, alguien que reconozca nuestros derechos y sea sensible a nuestras demandas. Insignificante saldría la pérdida de Jair por algunos recuerdos compartidos y la mucha pena que me causen su mujer Jazmín y sus hijos. Rijo el destino de miles de hombres y no puedo permitirme ser tan débil. Un león no se preocupa por las hormigas que pisa en su carrera.

Ahora sí le pegó un buen bocado al pan que había traído, ofreciéndome de nuevo con un gesto que volví a rechazar. En el fondo, así era Omar e incapaz me sentía de seguir rebatiéndole una discusión que sabía perdida. Cuando finalizó de masticar, prosiguió:

—No todo el mundo posee tanta información. Desde privilegiada atalaya contemplas la plenitud del bosque mientras la mayoría no distingue la segunda línea de la arboleda. El relato no es único y variará según quién escuche en el zoco. Para los nuestros, castigo a un disidente no a un aliado y aprovecho el viaje para engatusar al emir. En Corduba es Muhammad quien debe anotarse el tanto. —Reflexioné sobre cómo puede la verdad disfrazarse según la fiesta a la que acuda y lo difícil que resulta para el que no conoce de primera mano los hechos encontrarla. ¿Cuántas mentiras escritas por encargo asumiríamos como verdades irrefutables? ¿Qué sería de la historia de contarla

los vencidos o los muertos? El Capitán finalizó su discurso—: No te diré yo, Moro, cómo juzgar mis actos, pero sí que contemples todos los factores sin que te ciegue el despecho y que me juzgues como mi posición y responsabilidad reclaman, y no como a un niño malcriado. También yo en su momento pude juzgarte por asesinar por la espalda a tres soldados compañeros tuyos en la aceifa sin atender a más profundas razones y no lo hice. Tengo muchos pecados de los que arrepentirme, pero te aseguro que este ni lo contemplo entre ellos.

Fortún entregó la cabeza de Jair a Abd Allah.

Recuerdo tristes aquellas Navidades. Herido, me encerré persiguiendo en la soledad la esquiva paz exterior. Catalina permanecía horas en la iglesia ayudando a los monjes. De nuevo la notaba fría, incluso más afectada que yo por la muerte de Jair y la traición de Omar. Poco me importaba esta vez.

Sí guardo con cariño y aún conservo de esa época una carta de Máximo. Está escrita con el delicado trazo de quien acostumbra a hacerlo, con letra clara y ordenada. Aprovechando cada gota de tinta y espacio. Intuyendo mis sentimientos y demostrando lo bien que me conocía pese a la distancia. Suelo releerla añorando el ayer. Así dice:

Querido Adelfuns, el noble dispuesto:

Tiempo llevamos sin vernos. Espero encontrarte bien, como a Catalina y sus padres.

Me atrevo a escribirte, además de como amigo, como el viejo tutor que un día fui y aún me siento. Preferiría abrazarte y hablarlo junto a una copa de vino, pero ante la dificultad de hacerlo aprovecho esta carta para así también felicitarte por el nuevo nacimiento de nuestro Cristo.

Sé de ti en la lejanía pues las historias vuelan sobre Hafs al-Marra. El libertador de Ilbira, el vencedor en el duelo de La Vieja y ahora qadí *de Bobastro. Tan implacable en el campo de batalla como administrando justicia.*

Pese a que a diario te recuerdo en mis oraciones y especialmente lo hice con la muerte de nuestro buen amigo Manuel, no pensaba escribirte hasta que conocí lo acaecido con el joven Jair. No he de ocultarte mi más absoluta repulsa y sorpresa.

¿Qué sucede, Alfonso? Me confunde Omar pasando ahora el cepillo por Yayyán en nombre de Abd Allah a los que hasta ayer eran sus aliados. Me turba y preocupa que tomara una decisión como aquella. Siento que lo que se inició siendo una revuelta legítima por el maltrato caldeo torna en juego interesado. Un baile de lealtades traveseado con vidas ajenas. No ignoro las diferencias entre ambos pero la decisión es cruel y extrema. Vuelan justificándola injuriosas calumnias que no me encajan con el Jair que yo traté.

Celebré enormemente al conocer que no participaste y que, según cuentan, incluso acarreó una disputa entre vosotros al enterarte. Ese muchacho era uno de los nuestros.

Su muerte dice más del verdugo que de la víctima. Con dolor imagino tu abatimiento tras la pérdida de estos dos buenos amigos, sumado a la angustia y nostalgia que habitualmente nos ataca en estas fechas. No desconsueles por ellos. A buen seguro descansan ya con el Padre. Recuerda las palabras de nuestro amigo Agustín de Hipona: «Dios lo que más odia después del pecado es la tristeza, porque nos predispone al pecado».

No pierdas el tiempo afligido, no suma. Cada día hemos de escribir el libro de nuestra vida y no podemos permitirnos dejar páginas en blanco o escribirlas con tinta amarga, cargada de recelo, ira y guerra.

Recuerda la gratitud del perdón. El amor más sublime. El mayor don que Jesús nos regaló con su ejemplo en la cruz. Esa cruz de tu abuelo Martín, que aún seguro acaricias sobre tu pecho como yo hago con la mía que me regalara tu tío Silvinio, y que pregona la magnanimidad del Señor sabiendo que todos somos pecadores hechos del mismo barro. Hermanos.

Es la virtud y la decencia lo que otorga paz de conciencia, pues quien obra mal sabiéndolo será penitente de por vida.

Sé justo pero sé bueno. Ama y sé amado.

Un fuerte abrazo de tu fiel amigo,

Máximo

Pocos días después de recibir la misiva, observaba cómo Fortún ascendía el callejón del alcázar entre la nieve que caía tocada de viento norteño. Caminaba, pues se hacía imposible cabalgar sobre el barrizal formado, liderando a un buen número de hombres que le seguían arrebujados en sus capas. Más de cuarenta me pareció contar. Tras ellos, los rocines de noble talle conducidos por los escuderos cerraban la comitiva con un rastro de vaho bien visible tras sus grupas al condensarse. Me sorprendió una embajada de aquel tamaño, y con cierta curiosidad bajé a recibirlos.

El Capitán esperaba en la puerta del patio, justo delante de la alargada fuente rectangular. Mirándome sonrió con amabilidad. Llevábamos tiempo sin vernos, tampoco lo hubo para saludarnos, pues a los segundos entró Fortún por la puerta dirigiéndose directamente al Capitán. Le cogió del brazo y le susurró algo al oído. Omar se quedó lívido y dando un respingo se separó buscando la confirmación en los ojos del vascón. Mirándole dijo:

—Entremos al salón rojo. —Con un nuevo cruce de miradas me invitó a acompañarles. Sus ojos no escondieron que no eran buenas nuevas. Al pasar a mi lado me espetó—: El príncipe Muhammad ha muerto.

Los renglones que Omar trazara torciéronse como ramas cargadas de higuera joven a final de julio. El golpe de calor de una chimenea que cantaba

alegre nos recibió al entrar. Sin casi quitarnos la aljuba, Omar, nervioso e irritado, le inquirió secamente:

—Cuéntanos, Fortún, hasta tu llegada creíamos que las aguas andaban tranquilas y el príncipe ganando terreno y adeptos. ¿Qué ha sucedido?

El vascón se acercó al fuego para calentar sus amoratadas manos. Tras no poder reprimir una tos iniciada en sus entrañas, le contestó:

—Complejo es conocer cómo funciona aquella corte. Los sarracenos se matan entre ellos y raro es quien no participa de las intrigas. Tras el nacimiento del niño, un zagal hermoso y fuerte, fastuosamente recibido por padre y abuelo, Mutarrif comenzó a conjurarse con varios ulemas. No soportó las celebraciones. Los rumores que corrían por la corte se concretaron en una acusación directa de traición por andar en connivencia contigo para derrocar a Abd Allah. Creo que la cabeza de Jair incluso pudo acrecentarlos. —No conseguí reprimir una mirada de ira cargada de reproche hacia Omar que él ni siquiera intuyó, aturdido como si hubiera recibido la coz de un mulo—. ¡Hasta presentaron pruebas ante el *qadí* de vuestra correspondencia secreta!

—¡Pero eso no es cierto! Jamás nos escribimos —le interrumpió Omar, alterado. Su tez había mudado del blanco susto al rojo cólera.

—Eso clamaba mi señor, pero, ante la gravedad de la acusación, el emir decidió encarcelarle en una zona especial de la prisión mientras se estudiaba el caso. Los más reputados juristas se reunieron y denegaron los cargos por falta de pruebas concluyentes. Teóricamente, aquella misma noche, hoy hará cuatro, Abd Allah ordenó su liberación. —Sentándose, mientras doblaba y estiraba las piernas y reprimía un nuevo ataque de tos, Fortún prosiguió—: A Mutarrif no le valió. Según escuchó el veredicto, enfiló la prisión sin esperar el de su padre y en la misma celda acabó con su hermano acuchillándolo en repetidas ocasiones.

—Maldito bastardo. No puedo creer que se atreviera, ¿qué ha hecho el viejo?

—Cuando salíamos de Corduba, se afirmaba que había entrado en cólera y encarcelado a su hijo, pero todo es muy extraño. Me pasa como a ti, y no puedo evitar dudar que Mutarrif sea tan osado. Muchos pensamos que si no ha sido ya ejecutado por algo será. Por si acaso, algunos de los más allegados al príncipe, los cristianos y nuestras familias, hemos huido y aquí venimos a solicitarte unirnos a tu causa. Nada ha de pasarle a Muzna y el pequeño Abd al-Rahmán, pues desde que nació el viejo Abd Allah no se separa de él, pero el resto no estábamos a salvo.

El silencio se apoderó de la estancia. Una nueva partida comenzaba.

—Ese viejo emir es mucho más duro de lo que parece —pensó en alto Omar, susurrándose a sí mismo—. Paloma en campo abierto y halcón en palacio. No duda ni ante la sangre propia, aunque sea su hermano o su hijo. Demasiado le había subestimado, pues sin duda no es determinación ni olfato lo que le falta. Claramente distingo ahora cómo me equivoqué al dejarle escapar con vida cuando tuve oportunidad de acabar con él. No volveré a equivocarme. Acabaré con ese cabrón.

XV

Desde el adarve, tras las almenas de la muralla astigitana, contemplaba el incesante goteo de tiendas de campaña que atestaban el margen derecho del Singilis. Las partidas arribaban desde todo el territorio dominado para sumar ya más de dos decenas de millar de soldados.

El grueso del ejército, los siete mil de Bobastro, llevábamos acampados algo más de una semana. Por el camino reconquistamos y aseguramos Arxiduna como quien pesca en una fuente. Lo mismo hicimos con los pocos *husūn* que se mantenían fieles al emir.

Astigi era nuestra última parada antes de Epagro, la testa del ariete que aporrearía las puertas de Corduba. Las huestes eran tan diversas como la propia población andalusí; bereberes comandados por Tamacheca o los Beni Dinum, muladíes de Mastana y Lope, díscolos árabes hispalenses o de Alhama y, por supuesto, cristianos de cada último rincón de al-Ándalus, los más perseguidos y que entendían la batalla por librar como la oportunidad de resarcirse de siglos de escarnio. Universal era, más allá de las razones de cada cual, la codicia por el botín, y no pocos de entre los nuestros eran aventureros o soldados de fortuna que soñaban con saquear la ciudad más rica de Hispania tal y como los godos hicieran con Roma.

Abrazar a Máximo fue mi primer alto el día de nuestra llegada. Acababa de terminar de oficiar la eucaristía en la iglesia de San Pablo, el patrón de la villa.

—Máximo, qué alegría. Veo que por ti los años no pasan —le dije mientras le rodeaba con mis brazos.

—Hijo, no digas tonterías, ya tengo achaques de viejo. Siento no poder responderte con el mismo cumplido, pues veo que las canas le van ganando la batalla al rubio. Eso es que aguantarán como lo hicieron con tu padre aunque él fuera moreno. Denotan muchas preocupaciones de todos modos. Dime, ¿cómo estás, Alfonso? ¿Qué tal Catalina?

—Todo aceptablemente bien, padre —mentí—. Catalina, tranquila en casa, cuidando de sus padres, que aún viven con nosotros. Cuentan que su abuela y bisabuela vivieron más de ochenta años y no me extrañaría que con

ellos sucediera de la misma forma. Yo encantado porque así queda con alguien en mis ausencias. En cuanto a mí, en orden, olfateando la tormenta. Permíteme de todos modos primero agradecerte la misiva que me enviaste la pasada Navidad. —Asintiendo y con un gesto, me instó a cambiar rápidamente de tema—. Me ayudó en momentos duros pues no han sido fáciles los últimos meses. A Omar le ha costado, pero finalmente al menos reconoce la impopularidad de sus actos y aún peor sus consecuencias. El silencio a su alrededor le acompaña con cada vez mayor asiduidad, especialmente si trata de justificar este tema siempre latente. Es un silencio de desaprobación y cierto abatimiento. Jair se fue sin funeral sin embargo no se recuerda velatorio más extenso. —Dejamos uno de nuestros habituales y cómodos silencios. Continué—: Últimamente, desde que comenzamos a preparar la campaña, estoy mucho mejor. Siempre me ayuda ocupar la cabeza aunque sea con incertidumbres por la perspectiva de que este año se alargará. Llevamos muchas noches fuera de casa y más aún quedan pendientes.

—Dices que la campaña será larga —me interrumpió Máximo, cosa que no solía hacer—. No la intuía así. ¿No partís para la gran batalla?

—Bueno, eso queremos provocar —respondí, sonriendo, al observar cómo había calado el mensaje—. Transmitimos descontar un enfrentamiento total casi inmediato, pero no creo que cuaje tan sencillamente. Complicado tendrían en Corduba reclamar hombres de las *koras* o reclutar al *chund* sin nada que ofrecerles y ahora mismo no suman mucho más de un tercio de los nuestros. Combatir en campo abierto les resultaría cuando menos arriesgado y la derrota significaría su final. Aguantarán agazapados.

»Tampoco a nosotros nos interesa demasiado la gresca. Sabemos que pese a ser menos no dejan de ser peligrosos, pues muchos en nuestras filas son poco más que jornaleros o aventureros ocasionales. Les incomodaremos en su madriguera yendo cada día más lejos. Las algaradas no han cesado en los últimos meses y ahora las intensificaremos. Volveremos a quemar cada alquería señalada. Desde Astigi cortaremos la vía Augusta y desde Epagro sembraremos el pánico. Tajaremos el Betis al norte y al sur de la capital. Les asfixiaremos parsimoniosamente para visitarles llegado el invierno.

—¿Y creéis de verdad que podréis tomar Corduba llegado el momento?

Sonreí de nuevo, esta vez no se debía a su ingenuidad sino a su inteligencia.

—No quemaremos esas puertas, las sitiaremos hasta que elijan pelear o morir. Nunca antes de un año. Mucho tiempo en estas lides. Para entonces debemos haberles diezmado ampliamente. Fuera y dentro. En el interior

muchos no miran a los omeyas con devoción. Doscientas mil almas son muchas que alimentar. Su debilidad será nuestra fortaleza. Nuestro número ha de multiplicarse como el de los lobos que olfatean un venado herido o los buitres que sobrevuelan el cadáver de un ternero. La vocación militar se incrementa en proporción a la cercanía y tamaño del botín.

»Además, están los agentes externos. Poco más que ricos y curiosos presentes dejaron las embajadas a Qayrwán, Saraqusta, Toletum u Ovetao, pero quién sabe qué pasará si en un año desde nuestras tiendas se olfatea la sangre caldea. Nuestra mano está tendida al enemigo de nuestro enemigo.

Los dos quedamos en silencio durante bastante tiempo de nuevo, pintando el futuro color esperanza al imaginar a nuestro lado las hordas abasíes o cristianas del norte, temerosos de romper el hechizo con nuestras palabras. Fui yo quien, por fin, tomó de nuevo la palabra:

—Pero bueno, esto son castillos en el aire, tan fiables como el futuro cantado por el hechicero en heces de cordero o vuelo de golondrina. Desconfío de cualquier plan, pues por muy hilado que se halle puede variar como lo hace una veleta. Prefiero preocuparme por el hoy. ¿Quién hace cinco meses nos hubiera imaginado aquí? ¿Cuántos le predecirían al príncipe Muhammad una gloriosa vejez, rodeado de nietos a los que legar su emirato?

Hasta las lluvias temieron visitar Corduba aquella primavera dejando una estación impropiamente seca, puede, quizás, que mi recuerdo del fuego como protagonista constante de aquellas noches pese al evocarla. La razia, tal y como predijera en mi conversación con Máximo, era terrible y Omar premiaba a los protagonistas de las historias más cruentas.

Recuerdo una especialmente sanguinaria. Cómo no, la protagonizó el Rojillo. Aquel bastardo encontró en una alquería el doble fondo de un pajar repleto de grano, fruta deshidratada, carne y pescado en salazón. Sin pensarlo, excepto al padre de familia para que sufriera aún más que con el propio castigo, cegó y cortó orejas y lengua de todos sus moradores. De todos. Más tarde les envió en un carro camino de la capital. Aquel pobre hombre pagaba sobre sus seres queridos la mentira de su boca, la burla a nuestros ojos y su sordera ante las amenazas. Afeé a Omar la decisión de premiarle con uno de sus característicos brazaletes.

—La contundencia hoy puede salvar vidas y tiempo futuros —me dijo él —. ¿Crees que me gusta recompensar la cobardía y la tortura? Seguro la historia de esa familia circule ya por cada arrabal de Corduba, quizás incluso

conmigo como protagonista y no sé cuántas exageraciones más. Recuerda nuestras lecciones sobre el miedo y su efecto. César cortó las manos de pueblos enteros y conquistaba tierras extrañas, yo solo ataco a nuestros enemigos y trato de recuperar la que nos pertenece por derecho.

Cada vez más alquerías quedaban desiertas. Nuestros escuadrones las aprovechaban como puntos de refresco para postas o para construir pequeñas fortificaciones, donde atrincherarse de sentirse amenazados o emboscar viajeros despistados. El cerco se estrechó hasta convertir en habitual avistar el alcázar al frescor del Betis.

Dividíamos nuestro tiempo entre Epagro, donde se encontraba el grueso del ejército, y Astigi como centro de aprovisionamiento. Mantener tantos hombres en liza exigía un enorme esfuerzo logístico y mayor atención que comandar las algaradas. El humo del carbón inundaba las calles en las que las forjas trabajaban a destajo en flechas, espadas, picas, hachas y lanzas que partían en continuo trasiego junto a hombres y comida.

Nuestro cuartel general era la vieja casa de Manuel y hasta ella llegó un emisario con la nueva de que el emir se movía. Aquella mañana, su ejército acampó en la llanura de Saqunda, justo al otro lado del puente romano. Por fin decidía desafiarnos en campo abierto.

No lo esperábamos y reunidos en el patio de las rosas discutíamos el siguiente paso. Entre los muchos que allí nos encontrábamos, Mudáhir tomó la palabra:

—Es el movimiento soñado. Si es cierto que no son más de quince mil, al menos les doblamos en número. Acudamos a su encuentro. La hora de los omeyas toca a su fin.

—No debemos precipitarnos —le contestó Ibn Antelo—. Su salida es desesperada pero más lo será su situación cuando finalice el verano. Apenas llevamos un mes acosándoles seriamente. Cierto es que no esperábamos esta gallardía de Abd Allah, pero, bien pensado, muestra más debilidad que fortaleza. Muy hambriento debe estar el zorro para ponerse tan a tiro.

—Quizás pese más la astucia que el hambre en el zorro —intervine—. Ahora mismo es él quien controla el terreno, y de darse un enfrentamiento tiene la espalda bien cubierta y la posición de ventaja.

—Cierto es lo que dices, Alfonso, pero ¿qué sugieres entonces? —me preguntó Ibn Magiara.

—No variar un ápice nuestra táctica. Continuar hostigándoles y si en verdad persiguen la batalla que sean ellos los que nos busquen.

—Te entiendo, tío, pero, como casi siempre, coincido con el Moro y Yahya —comentó Omar mientras le propinaba un amistoso codazo a Mudáhir, que se encontraba a su derecha—. Cada hora que pasa menor es el control omeya fuera de la capital y más los hombres que alcanzan Epagro desde cualquier pueblo recóndito. —Desviando la atención hacia donde me sentaba con Yahya, Ibn Magiara y Mastana, continuó—: De tus palabras, Alfonso, solo dudo de que sea tan osado como para buscarnos. Solo es una provocación. *¿Qué puede hacer esa buyata? Capaz soy de ofrecer quinientos denarios al que me traiga la noticia de que el emir se ha puesto en camino hacia mí*. En cualquier caso, nunca está de más ser precavidos. No nos sorprenderán de dar el paso y mientras, en Saqunda, seremos la abeja que desquicia al rocín. —Levantándose como a él le gustaba cogió un palo y limpió una zona de albero que había junto a nosotros. Ya tenía un plan en la cabeza—. Y ahora escuchadme porque devolveremos al emir el regalo de su hermano en Qámara.

Las nubes, ocultando la luna creciente y las estrellas, nos ayudaban en nuestro objetivo de acercarnos lo más posible al campamento sin ser detectados. Concurríamos quinientos hombres divididos en dos partidas.

Formaban el dañino señuelo doscientos de ellos, liderados por Ibn Magiara, con otros tantos mulos que atados a sus colas portaban una especie de arado compuesto por madera seca, hojarasca y rastrojos embadurnados con resina de abeto. Atacarían por el norte, en paralelo al río. Los gritos de aviso, pavor y desconcierto prologaron al reinado del fuego. Aquellos asnos debidamente encabritados y puestos en fuga entre las tiendas incendiaban cuanto salía a su paso.

Los otros trescientos hombres esperábamos agazapados al sur la señal estipulada, una segunda tanda de saetas incendiarias antes de que el grupo de Ibn Magiara buscara refugio. Nuestro objetivo era alcanzar la *qubba* del emir. Entrar como el cuchillo en la sandía, rápido, sin entretenernos, aprovechando el caos que allí reinaba. Acariciaba mi cruz soñando con cobrarme la pieza mayor cuando llegó la señal. Seguía a Omar sin detenerme siquiera a repartir estocadas hasta que advertimos cómo, temiendo una trampa de este tipo, una guardia de arqueros nos esperaba. Sin siquiera dudarlo, el Capitán cambió de dirección y con él lo hicimos todos, ahora sí segando cuantas vidas se cruzaron en nuestro paso. No fueron pocas ni pequeño el destrozo que la

estratagema causó en su intendencia y moral pese a no alcanzar nuestro principal objetivo.

Así continuamos durante otro mes, atacando y agazapándonos, con suerte dispar, pero siempre dañando, hasta que un mediodía apareció en Epagro un mensajero para cobrar los quinientos dinares que ofreciera Omar.

XVI

Epagro, por hechuras, evocaba a un Bobastro reducido.

Me hallaba en la almena superior de la cuadrada torre de su fastuoso castillo. Como en la Mesa, un alto y escarpado cerro protegía una colina amesetada que señoreaba desde la altura la campiña a sus pies. El risco, abandonado a su suerte, guardaba orgulloso la joya en solitario. Donde no alcanzaba, en la ladera que bajaba hacia el río Fuscos, el Oscuro, la mano del hombre llevaba cerrando las defensas desde hacía milenios. La muralla ascendía más de doscientos pies y su grosor superaba al de un hombre estirado en algunos puntos y se comunicaba con otro muro interior. Sus entrañas, como el monte infestado de conejos, lucían huecas por la cantidad de cuevas y pasadizos que escondían.

Aún era noche cerrada aunque se intuía lindero el salto del negro tupido al gris sombrío. Estaba cansado y el bochorno apretaba. Revisaba mis armas en busca del aire que no encontraba en mi habitación. No había dormido un minuto, caminando desde el ocaso entre nuestros hombres, parándome en los fuegos para, mediante palabras sencillas, insuflar ánimo, recordar el deber de cada uno, recortar el vino y aconsejar descanso.

Enfrente, entre otras lumbres, reposaban los caldeos.

Una jornada a ritmo infernal desde Corduba les había llevado llegar y acampar en el margen interno del Oscuro. Yo mismo había recibido a su vanguardia la tarde anterior. La lideraba Abí Abda Utmán, un joven serio y decidido, de mirada soberbia, inquisitiva, fiera e inteligente. Su impoluto atuendo blanco contrastaba con su espléndido alazán negro, algo bajo pero proporcionalmente perfecto, con cara de listo, de andar elegante y admirable doma. Acordamos combatir al día siguiente. Domingo 16 de mayo. El segundo de Safar para ellos.

Nos sorprendió su velocidad pero no su posición, les teníamos donde queríamos.

La voz de Omar interrumpió mis diatribas:

—No me gusta este calor. —Ni una risa, ni el guiño o broma habitual de momentos similares. Le intuí preocupado.

—El ejército está listo y los caldeos han acampado donde preveíamos —le contesté. Me sonrió. Seguía viéndole raro, se lo pregunté—: ¿Por qué tienes miedo?

—Mi optimismo bajo esta torre es desorbitado —me contestó estirándose, tras bostezar y meditar la respuesta—. Necesitamos que cada uno de los nuestros crea, mire a su alrededor y nos consideré invencibles. Así lo dicen las estrellas. Así me lo pronosticó aquel viejo de Tahart hace ya tantos años. Leerán en nosotros confianza y determinación, pero ¿cómo no dudar en soledad? Valoro nuestras ventajas. Hemos jugado bien las opciones. Les doblamos en número y cortaremos su posición, incluso combatimos en el día santo cristiano. Pero el juego es el suyo. En esto llevan muchos años venciéndonos, aún recuerdo cómo lo hizo Sawwar en Ilbira siendo menos de la mitad. —Apoyándose en el sillar escrutaba el aún oscuro horizonte—. Además, creo que te equivocas en dos cosas, Moro; ni somos un ejército, ni estamos listos.

»Confío en los de Bobastro, los nuestros aguantarán lo necesario, pero ya vimos en Iliberri que en campo abierto sufren. Entre riscos y emboscadas no tienen rival pero entre escudos se asfixian. Del resto qué decirte. Todo irá bien mientras la batalla acompañe pero la mayoría son campesinos que ignoran lo que les espera, o bereberes y árabes de anárquico sentir. Las batallas se deciden en momentos puntuales, instantes que marcan el devenir posterior y que están determinados por la moral y la experiencia.

»Entre los sarracenos más de un tercio son regulares formados por los yundíes sirios y mercenarios de variada procedencia. Veteranos de guerra contra los cristianos del norte. Soldados probados, fuertes ante la fatiga y las privaciones. Acostumbrados a encarar la dureza y necesidad con el deber de cumplir con lo requerido. Ya pudimos comprobar cómo se las gasta su caballería y cuánto se aprende en una sola aceifa. Hoy ha de ser el día de nuestra victoria y me debato si nos equivocamos por no tener algo más de paciencia y retrasarlo hasta que la jugada sea infalible.

—Dicen que la guerra y el matrimonio son como un baño de agua fría. Si te lo piensas mucho, nunca vas a meterte —le dije, tratando de aliviar algo la tensión.

—Cierto —dijo, sonriendo con la ocurrencia. Un gallo le contestó con su cacareo en la distancia—. Supongo que ahora no dudaríamos ninguno en darnos ese baño. —El calor era sofocante. Se pasó la mano por la frente secándose el sudor—. Aunque estoy de acuerdo contigo en que por muy bien que pinte la partida es natural albergar dudas, imagínanos con tres o cuatro

mil hombres más como tu padre en uno de nuestros flancos. Esto sería un trámite. Probablemente ni siquiera se hubieran atrevido a abandonar su madriguera. Creo en la victoria, confío en ella, pero a falta de experiencia la moral debe ser nuestra ventaja diferencial. Hemos de provocar que nuestros hombres antepongan la victoria a su propia vida.

Bajamos y en el patio del alcázar nos encontramos a Mudáhir con Ayyub y Hamdum. El viejo no dudaba en acompañarnos ante las protestas de sus sobrinos.

—No pienso morirme en la cama pudiendo hacerlo espada en mano y llevándome conmigo a algún malnacido —gritaba irritado.

Por el camino se nos unieron Ibn Antelo, Ibn Magiara, Abu Nasr, Mastana, el Rojillo y muchos otros. En la plaza que se formaba justo a la entrada del fuerte y que llamaban de los lirios, entre los vítores de sus oficiales, Omar rasgó el aire nocturno con sus gritos:

—El blanco omeya profana nuestra tierra desde hace ya demasiados años, hoy lo teñiremos de rojo para vengar el insulto de su presencia. No olvidéis portar agua y comer algo, pues largo será el día y si ya ahora aprieta el calor imaginaos cómo lo hará el sol en algunas horas. Nada puede lastrarnos. La libertad es el premio. Abrid los diques y que el Oscuro les desvele el error de su osadía.

Un aullido respondió a sus palabras en la penumbra previa al alba. El gris se apagaba para permitir al sol colorear la tierra. Yo cabalgaba junto a Ayyub. Me sorprendió y agradó verle sonriendo. No imaginaba lo que se avecinaba pero era loable que encarara lo desconocido con valor.

—Hijo, mantente siempre a mi lado —le avisé—. Si te pierdes, busca a ULFBERHT. No andará muy lejos de ti repartiendo estocadas.

Sonrió de nuevo. Quería a aquel chico.

Recorrimos la línea de nuestro ejército completa, casi una milla, acompañados por el bramido de los cuernos, el grito de los hombres y el estruendo de las espadas y jabalinas percutiendo los escudos. Las primeras luces refulgían sobre cascos, corazas y armas. Mudáhir sonreía a mi lado, con los ojos entrecerrados, hinchando los pulmones de la vida que se desbordaba a nuestro alrededor, sintiendo la brisa y el incipiente brillo del sol en la cara. Cualquiera hubiera dicho, acertando, que era inmensamente feliz.

Resultaba sobrecogedor advertir nuestro número, algo más de tres decenas de millar, organizados en batallones tal y como aprendiéremos en el ejercito

emiral. El centro, de mayoría cristiana, lo comandaban Ezequiel, el hermano de Manuel, Lope y Nabil con sus hombres de Astigi, Takoronna e Ilbira. Formaba en dos líneas diferenciadas; una primera equipada con largas lanzas para frenar las cargas de la ligera caballería caldea y una segunda bien pertrechada de venablos. El ala derecha era para los de Priego con Ibn Mastana y las caballerías bereberes de Tamacheca y los Beni Dinum. El flanco izquierdo de infantería y caballería lo ocupábamos nosotros con el extremo del ala para las caballerías árabes de Alhama e Hispalis.

El alba nos consintió observar que también ellos aguardaban la batalla. Resultaba sencillo vaticinar su número por la claridad con que se distinguían las líneas de formación. Incluso mientras fingíamos bromas y conversaciones intrascendentes, contábamos las banderas y estandartes teñidos de verde que marcaban los regimientos que formaban el centro. En las alas se distinguían al menos a dos batallones más de caballería por cada flanco. En la retaguardia, como en la nuestra, esperaban los arqueros y tras ellos los médicos, maestros armeros, zapadores, poetas, predicadores y músicos que los árabes siempre llevan en sus contiendas. Al fondo, en una colina a su derecha, les vigilaba la imponente *qubba* del emir. Rondarían los quince mil.

Dos noticias en forma de buen presagio recorrían nuestras filas. La primera, achacable a la casualidad, respondía a que la noche anterior el mástil principal de la *qubba* del emir había quebrado en su monta. A pesar de su veloz reparación, aquello era un pésimo augurio entre los caldeos y como tal se celebraba en nuestro frente. La segunda señalaba al ingenio humano. El nuestro. Semanas antes, prediciendo el enfrentamiento, habíamos construido a varias millas presas artificiales que frenaban el cauce del río. Hacía solo algunas horas que las habíamos liberado permitiendo al terreno mostrar su verdadera estampa. El cauce del río se había ensanchado de diez a treinta pasos a su espalda. Habíamos cortado su capacidad de repliegue inundándolo todo.

Ambos ejércitos, al paso, avanzamos. Acaricié de manera instintiva mi cruz rogando al Señor permitirme volver a ver a Catalina. Se escuchaban la música y los gritos del enemigo. Calculaba en pasos la distancia. Tan lejos y tan cerca. Quinientos pasos engañosos. ¿Qué contemplaba realmente? Miraba a la muerte de frente preguntándome qué habría detrás de una pica lanzada con acierto o de una estocada fatal. Más allá de la pradera, la colina, las caras enemigas y el río. Pedí por el chico observándole a mi derecha respirar atropelladamente, nervioso sin duda.

Para quien no haya jamás entrado en batalla le diré que lo que se desea es acabar pronto con aquella espera, conocer el secreto por el cual llevamos preguntando toda nuestra vida. Evitar la angustia sonriendo a la parca en la cara, asumiendo con hombría lo que te ha de deparar el destino. Si no es hoy, será mañana. Nadie escapa. Las fuerzas y un sentimiento de euforia te invaden y, como epidemia, infecta a cuantos te rodean. Brillo en los ojos y temblor en los labios.

Súbitamente, el ala izquierda completa de su caballería retrocedió hacia un alto. Respondían a nuestra jugada del río. Desconfiaba de las sorpresas, pero, aunque amenazaba nuestro costado derecho, el movimiento era defensivo buscando asegurar una retirada al emir en caso de problemas. Recompusieron la línea y eso descubrió justo el flanco que a nosotros nos tocaba en suerte. Omar olió el miedo. Avanzó unas varas y volviéndose gritó:

—¡Hermanos! Los cordobeses cubren su retirada intuyendo su destino. Abandonan la línea sin cruzar acero. Hoy es el día para expulsar a los omeyas de Hispania, para borrarlos para siempre del mapa y la historia. Hoy es el día que cantarán nuestros heraldos y recordarán nuestros nietos. El día que soñaban nuestros padres y abuelos. El día de los hispanos. Hoy es nuestro día.

El tiempo que habitualmente es liebre mutó a tortuga. Travieso, se ríe en nuestra cara jugando a ser medido, cuando él es quien escoge el ritmo de nuestra vida, volando en el sosiego y deteniéndose en la intensidad. Los segundos en una batalla son años fuera de ella. La calma en el caos. La paz en la guerra.

La infantería empujaba como demonios haciendo retroceder a la línea caldea cuando realizamos la primera embestida. Cargábamos al galope contra un escuadrón completo, desmochado del resto al sostener, gallardo, su posición en la refriega. Yo protegía la espalda de un Omar ofuscado siempre con ser el primero en cruzar su línea. Me centraba en mi respiración y en la de Niebla, el gris rocín que montaba. Atento al frente, tuve tiempo de sobra de parar con mi escudo una pica bien lanzada por un soldado que gritaba alertando de nuestra llegada. Al retirarlo vi cómo Omar, a lomos de Crepúsculo, le callaba acertándole entre el cuello y el hombro y provocando su desplome. Busqué rápido un blanco que atiné en un sarraceno alto y delgado que cargaba el brazo apuntando a Omar. Prendiendo otra pica repetí la maniobra, esta vez sin suerte, encontrando el escudo de un eslavo rubio, bajo y fornido como resistencia. Maldije para mi interior la vieja herida del hombro que me había restado cierta fuerza y habilidad en el lanzamiento. Diez años antes ese habría caído.

Alcanzábamos su línea abierta y desordenada, pues venteaban como integrarse al resto de la milicia a su espalda. Comenzó a bregar el mazo, tachonado de hierro en los extremos, y cuyo movimiento no me incomodaba. Pesaba el condenado pero con la inercia de su caída al galope reventaba lo que me cruzaba. Les masacramos sin apenas bajas antes de volver grupas. Cargamos de nuevo. Cada vez eran más los grupos emboscados, mayor el castigo y más evidente la paulatina conquista de terreno. Dios parecía estar de nuestra parte.

Un movimiento captó nuestra atención mientras reposábamos tras una tercera carga. Un jinete en vertiginoso galope dejaba la *qubba* emiral hacia la colina señoreada por la caballería que habían movido antes de iniciarse la contienda. Dudé si pensaban retirarse tan pronto, pero desgraciadamente la realidad fue otra e instantes después arremetían todos sobre nuestro flanco derecho, el contrario al nuestro, guiados por aquella figura. Se habían percatado a tiempo de que retirarse no era una opción con agua a sus espaldas y que de no actuar pronto la batalla estaba perdida. Me extrañó que no auxiliaran nuestra zona que era la que más sufría. Ayyub, señalando al hombre que los guiaba, me preguntó:

—¿Será el mismo Muhammad?

—No. Es Abí Abda Utmán. —Tenía clarísimo de quién se trataba desde que distinguí el caballo negro en la distancia—. En el mundo solo puede existir un caballo como ese.

Ahí, aunque aún no lo supiéramos, perdimos la batalla y yo aprendí la imprevisibilidad de la guerra, ensombreciendo mi admiración por los héroes clásicos. Entendiendo que quizás su mayor mérito fuera contar lo sucedido sin réplica posible. Poco importa lo que prepares un enfrentamiento pues nimios detalles marcan la diferencia. Una gota de agua propicia la inundación. Un hombre que en lugar de huir ondea una bandera adentrándose en las líneas enemigas. El grito de ánimo de unas mujeres desde el otro lado de un adarve. La infame resaca de un mal soldado. Abí Abda Utmán revelándose ante la derrota, alterando los renglones de su destino, embistiendo y vendiendo cara la piel mientras otros dudan. El soplido de un infante levanta huracanes.

Un rugido general acompañó su acometida. Los vacilantes comenzaron a creer y los creyentes, a dudar. Los mismos que retrocedían ganaron pasos. Omar también lo vio y aulló:

—¡Es hora de ensuciarnos, señores!

Echando pie a tierra ingresamos entre nuestra infantería para formar una línea de escudos que frenara al enemigo. Los hombres vitorearon nuestra

llegada y el muro se apretó. Debíamos aguantar la línea y así lo hicimos. Escudo contra escudo no hay tiempo para pensar, el instinto ha de guiarte y a mí me sobraba. Era el esperado momento de ULFBERHT.

Un hacha corta golpeó sin clavarse en mi adarga preludiando la acometida caldea que no se hizo esperar. Tras aguantar el envite, empujé con todo mi peso al que me encimaba y aproveché la vara ganada para, por lo bajo, acertar con la espada en su gemelo, al descubrirse tajé su cara deteniéndome solo al encontrar hueso. Su sangre, caliente, me salpicó y pude saborearla salada. Me limpié los ojos y sin parar sajé el brazo del que estaba a su izquierda, quien girándose me miró horrorizado. No era más que un zagal, poco me importó y sin dudar le mandé al paraíso, con sus vírgenes y su compañero, abriéndole el cuello. Tras él, un tipo con la cara rubricada por la viruela me atacó con un hacha de mano, era lento y el golpe previsible, pude pararlo sin dificultad encogiéndome y levantando la adarga. Barriendo por debajo, ULFBERHT rebanó su pierna izquierda un palmo por encima del tobillo, se oyó nítido el crujido del hueso al quebrarse y cayó escorándose como el pino talado en un bosque. Según tocó suelo, le rematé buscándole la nuez. No me gustaba dejar heridos cercanos. Una espada, empuñada con escasa fuerza, rebotó sobre mi cota de malla dañándome pero no hiriéndome, Ayyub acabó con su dueño con la doble estocada, atacando ingle y axila, que mil veces habíamos ensayado. Me sonrió y yo, orgulloso, no pude reprimir una carcajada. El chico me guardaba la espalda. Me agradó ver que no se había rajado. La turbación en su mirada me advirtió que aquello estaba lejos de concluir y volviéndome pude milagrosamente atajar una lanza con mi escudo. Allí quedó clavada. El lancero que me atacaba se abalanzó sobre mí. Entendí el miedo en los ojos de Ayyub, pues era un negro enorme, fácil una cabeza más alto que yo y con brazos como piernas. Atacaba con saña mi adarga con un mazo, sus golpes eran como las coces de un caballo encabritado, el primero fue tan fuerte que provocó que me golpeara con el propio dorso de mi escudo en la barbilla abriendo herida. Suerte tenía de mi plana nariz ya que seguro que allí también habría llegado. Mudáhir, a mi izquierda, embistiendo con todo su peso, le golpeó con el borde de su escudo en el rostro recibiendo en respuesta un mazazo que le quebró el cuello y envió su casco a varios pasos. Valiente hasta el final, murió como quiso. El negro sangraba sobre su ojo izquierdo, pero seguía entero como un roble entre almendros. Me dio tiempo a recobrarme y encolerizado arremetí con todo haciéndole retroceder pero sin conseguir tirarlo. Era tan grande como lento. Le ataqué por arriba, sin embargo logró frenarme, no pudo hacer lo mismo con el inferior que acompañó la serie y

menos aún con los que le siguieron hasta rematarlo. Encelado le acuchillé una veintena de veces recordando cómo se desplomaba el cuerpo sin vida de Mudáhir.

Dios debía haberme hecho muy enfermo porque disfrutaba con aquello. Mientras los otros andaban yo corría, ya no estaba cansado ni hacía calor, solo pensaba en el siguiente objetivo y en esta ocasión gritó mi nombre:

—¡Hafs al-Marra! El achamí moro.

»Tu sangre regara esta tierra.

»Sin los omeyas yerma.

»Y bajo su mando, de oro.

Me giré intuyendo quién era a pesar de los años transcurridos. Allí estaba el poeta al-Rahisí que avanzaba hacia mí *adentrándose en el corazón de la batalla, pegando a diestro y siniestro y bramando como un león*.

—Épico día para la muerte de un poeta —grité—. Lástima que no puedas cantarlo.

Corrió a mi encuentro resuelto, elástico, elegante. Los hombres se retiraban abriendo paso a su paladín. No era su primer enfrentamiento, pues lucía ensangrentados loriga y alfanje. Recogió una pica por el camino y me la lanzó, no me fue difícil esquivarla. Escuché un gemido trasero de algún desafortunado. Yo también le arrojé un hacha corta que paró con su escudo. Le oí reír. Los dos sabíamos con qué nos enfrentábamos y nos gustaba. Lunáticos. Gallos de pelea sin derrotas en sus espolones, venados en berrea con cierva avistada.

Acometió con su alfanje haciendo un molinete en el aire y pude cubrirme, aunque mi adarga, tras los mazazos del negro y con la cabeza de la pica aún clavada, comenzó a resquebrajarse. Repitió el ataque dos veces sin dejar en ningún momento de declamar sus versos a voz en grito, a la cuarta di un paso lateral y le tiré un derrote sobre su pierna que consiguió retirar justo a tiempo. Era muy rápido.

—También tu amigo Abd al-Malik hablaba mucho antes de probar mi acero —le dije sonriendo—. Sigue, bufón, me diviertes.

—Perro *banu alabid*, de nariz de cerdo o comadreja. Yo te agrandaré esa sonrisa hasta tocar las orejas —seguía gritando con desprecio.

Volvió a atacarme encadenando una serie que contuve firme, pero que descuartizó por completo mi adarga dejando la brida desnuda en mi antebrazo. Rodé por el suelo mientras me perseguía asaetando al aire. La calma no me abandonaba, no pensaba morir allí. En mi huida busqué a mi alrededor alguna defensa y encontré un broquel junto a un cadáver, pese a

preferir la adarga no estaba como para rechazarlo. Corrí hacia él, pero al-Rahisí leyó mi jugada y se adelantó proyectando atizarme según lo recogiera, así que cambié mi trayectoria y, en vez de agacharme donde él esperaba, me arrodillé antes cogiendo la daga que llevaba al cinto con mi mano libre y tirándole una estocada al muslo izquierdo. El Espíritu Santo aparecía. Funcionó. Clavé la daga hasta la cruz y sin dilación rasgué hacia arriba con el alma deteniéndome solo el hueso de la cadera. Sus ojos incrédulos querían seguir luchando pero las fuerzas le abandonaban. Gritando, poseído, me levanté girando sobre mí mismo y le busqué el cuello. Él, sobrado de pundonor, consiguió a duras penas parar el golpe. Insistí sobre su brazo izquierdo con mejor suerte, haciéndole perder el alfanje, entonces en sus ojos vi la rendición y la espera de una muerte que sin dilación le regalé.

El baile continuó, aguantando los nuestros con bravura la línea e incluso ganando varas. En medio de la refriega, crecido, cegado por la sangre y la furia, el veneno de la venganza se cruzó en mi camino. A escasas varas mías distinguí la espigada figura del Rojillo. Se fajaba con criterio en primera línea. A mí eso me daba igual. ¿Qué valía una vida? La poderosa risa de Jair retumbaba en mi cabeza exigiendo cobrar la afrenta. El horror del combate la potenciaba nítida en mis oídos, ensordeciéndome, gritándome. Incapaz de silenciarla, obediente a su mandato, aproveché el caos para acercarme por su espalda y sin darle opción alguna a la defensa le clavé mi daga en el cuello entrando por el lateral. El pobre diablo ni siquiera advirtió cómo la muerte le llamaba. Su cuerpo se desplomó como un saco arrojado a un carro. Ya en el suelo, girándole con el pie, observé sus ojos abiertos y apagados, incrédulos. La herida del cuello sangraba de tal manera que un charco empapaba ya mis botas. La sangre ajena que de habitual me enardecía ahora me cubría de vergüenza. Repentinamente, consciente de mi felonía hui del crimen coincidiendo con la voz de Omar.

—¡Con orden hacia la cima, rehagámonos en el alto!

Aún turbado me acerqué a su posición. Ayyub le acompañaba cojeando ostensiblemente. Recé porque no hubiera sido testigo de mi cobardía. Nos hicimos con tres caballos incorporándonos a un grupo que señoreaba una pequeña colina a nuestra espalda. Isaías, uno de los lugartenientes de Ezequiel al que conocía bien de Astigi, fue quien me informó de lo que sucedía.

—El ímpetu sarraceno desarboló nuestro flanco derecho. Los bereberes de Tamacheca huyeron al poco de atacarnos y los Beni Dinum pelean desordenadamente. Imposible era para Ibn Mastana sujetarlos. Muchos de los nuestros han caído también en el centro donde no contábamos con caballería

para defendernos, Ezequiel entre ellos. Cada vez son más los que abandonan nuestras filas. Vine en busca de ayuda, pero Omar cree que solo la retirada es posible.

A cierta altura entendí a qué se refería. Nos habían partido en tres, envolviendo la zona central. Nuestra caballería del flanco derecho no existía y apenas se veían ya hombres en posición. El ejército cordobés se concentraba ahora en el flanco izquierdo, donde estábamos nosotros, y que hasta aquel momento había aguantado. En efecto, no existía escapatoria posible.

Entonces comenzó la lluvia de flechas que resquebrajó el escaso orden pendiente. No hubo necesidad de dar la orden de romper las filas ni capacidad para organizar una retirada decente. De las que salvan vidas a millares. La línea estaba tan rota como la que dibuja el mar en la playa y despedaza la ola que tira de la marea. Brechas se extendían por doquier en nuestras filas con los sarracenos entrando como avispas a la comida. Cuando un ejército se rompe, todo tiembla. El pánico, siempre contagioso, se extiende como el pasto en primavera y salvarse se convierte en el único anhelo común. De observar la lucha de dos lobos se pasa a observar la caza del zorro a la gallina. De poco sirve nadar contracorriente y pocos son los valientes que luchan por su vida sin acabar perdiéndola.

Al llegar a galope a Epagro junto a Omar, Ayyub, Ibn Antelo e Ibn Magiara el caos era absoluto. Cientos de hombres colapsaban el portón haciendo imposible siquiera acercarse. Gritamos, maldecimos y azotamos requiriendo el paso, pues los árabes se acercaban, pero el esfuerzo resultaba tan baldío como el de tratar de barrer un desierto. Allí ya no había disciplina ni grados y nuestra vida, incluida la de Omar, valía tanto o tan poco como la de cualquiera.

Cuando valorábamos emprender la huida como hiciera la mayoría de los nuestros, con los alaridos caldeos encima, Omar recibió una pedrada del fuerte y al levantar la vista vimos a Mastana, Abu Nasr y el Seco en las almenas llamando nuestra atención con un trapo. Por gestos nos indicaron que les siguiéramos y justo en el otro extremo, al abrigo de la inmensa mayoría de las miradas, nos arrojaron varias escalas con las que logramos ascender. Repetimos con cuantos pudimos, pero muchos, miles, permanecían fuera al llegar los sarracenos y hubimos de cerrar las puertas. Aquello fue una carnicería. Desde la barbacana tratábamos de defender a los nuestros, sin embargo las huestes andaban mezcladas aunque solo parecieran de un bando los caídos.

Vi cómo se hacían con la *qubba* de Omar, aquella que ganáramos a Amir ibn Amir en las afueras de Antikara hacía ya media vida, y a muchos caldeos trabajando en el campo de batalla y que corrían cargados a su retaguardia. Pregunté por ello a Ibn Malikk, quien se encontraba a mi izquierda.

—¿Apenas ha acabado la batalla y ya están con el pillaje? Raro es que porten las armas en sacos y no en carros.

—Llevan incluso desde antes de que acabara, y no son armas sino cabezas. El emir paga su peso en oro ya que quiere crear una pirámide con ellas tan alta como la aljama de Corduba.

Caro debió ser el precio de la victoria pagada por el tesoro, pues las bajas eran incontables. No pude reprimir una lágrima recordando mi cobardía e imaginando que en uno de aquellos sacos, sucia y deshonrada, se pudría junto a la de Mudáhir, la cabeza del Rojillo.

Horas después de llegar discutíamos sobre nuestro futuro.

—La noche puede revelarse más espléndida que este aciago día. Las nubes vigilan la luz de la luna y las estrellas, consintiendo ocultarnos bajo su bata. Tratemos de huir. Mañana el emir arremeterá con todo para acabar con nosotros, y no tenemos ni hombres ni moral para resistirlo. Huyamos y vivamos. Alarguemos una partida que aún está lejos de quedar resuelta.

Así hablaba Isaías, visiblemente abatido, en el salón principal del alcázar de Epagro, en nombre de los bravos hombres de Astigi que formaban el grueso de los poco más del millar de combatientes encastillados. De ellos, un tercio estaba herido de cierta gravedad y la mitad de estos, sin esperanza alguna, yacían en un improvisado hospital de campaña. Ejercía de portavoz astigitano, pues muchas de las cabezas de la pirámide emiral eran las de sus jefes. Todos habíamos perdido a amigos y, por supuesto, la esperanza de acabar con los omeya. La digestión de la incontestable derrota cuajaba amarga y dolorosa.

—Harto estoy de los cobardes —contestó Omar sin ni siquiera mirarle, con desprecio. Irascible hasta la bofetada, se encontraba aún lejos de asimilar el tamaño de su derrota—. Sobramos hombres para aguantar las acometidas de esa mula. No huiré regalándoles Epagro. Observa tu entorno, labriego —le dijo, ahora sí encarándole, abriendo los brazos—. Aquí guardamos el botín de un año de algaradas: oro, cosechas, caballos e incontables armas y artilugios de guerra, ¿sin más vas a entregárselo?

Provocó el silencio. Hablaba con violencia, pagando su frustración con el modesto Isaías de forma injusta. Tras tensos instantes donde pocos fueron los ojos esquivos al suelo, Ibn Mastana apuró su copa de vino y tomó el relevo:

—Capitán, podríamos aguantar la posición, o al menos intentarlo, pues la plaza es segura, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Crees acaso que el emir reposará hasta que caigamos? Persigue Epagro desde que Servando la sublevara hace ya más de dos años y ahora encierra su objetivo más codiciado. Tu cabeza. —El prieguense, que había comenzado confiado, titubeó viendo cómo Omar enrojecía. Aun así finalizó su argumentación—: Dices que se la entregaríamos sin más, pero no creo que el día de hoy signifique eso. Cada minuto que pase más sencillo le resultará cerrar un cerco que aborte cualquier opción de huida. Coincido con Isaías, en nuestra mano tenemos elegir la categoría de la derrota, si de batalla o de guerra. Peleemos cuando podamos ganar y ahora corramos.

—¡Huid si queréis! —gritó Omar, saltando de su asiento desafiante y enrojecido—. No es razón lo que les falta a esos perros al llamarnos esclavos. Extraño voces en este consejo como la de Mudáhir y no solo la de plañideras asustadas. ¿Cómo puedo ganar batallas rodeado de cobardes? —Luchaba por contener las lágrimas en sus ojos encendidos por la ira—. Puedo valerme con los heridos y los realmente fieles.

Me miró, esperando apoyo, pero yo estaba pensando en otra cosa. Si él no había digerido la derrota, a mí me costaba hacerlo conmigo mismo. Me observaba atacando al Rojillo por la espalda como si se tratara de otra persona, otra vida o un sueño. Tragué saliva acallando mi debate interior, sumergiéndolo lejano, allá donde nadie pudiera descubrirlo como hasta el momento parecía haber sucedido. Impávido aguanté la mirada de Omar. No tenía fuerzas para apoyarle ni entendía su obstinación pese a compartir su frustración, cansancio y dolor. Así se lo dije sin palabras, en situaciones como aquella y entre nosotros sobraban. Estalló su copa de madera contra el suelo enrabietado. Se volvió y apoyó los brazos en la pared.

—Idos todos al mismo infierno si ese es vuestro deseo —exclamó.

La aversión que se estaba generando Omar se convirtió en comprensión y cariño al mostrar de forma tan patente su debilidad, su humanidad, la caída del gigante, el descalabro del líder. Reprimí las ganas de abrazarle.

—Capitán, sabes que mi espada siempre peleará junto a la tuya —le ofreció Ibn Antelo, hablando por todos; también él se había levantado utilizando un tono conciliador—. Y que, como la mía, muchas otras no han de faltarte. Ni siquiera si es un suicidio seguro de lo que hablamos, pero ¿de

verdad quieres morir aquí? ¿Deseas que todos perezcamos por un orgullo mal entendido? ¿Por un botín que podemos conseguir una y mil veces? No confundas valentía con inconsciencia e, incluso, estupidez. La fiesta que hoy por seguro celebran en la *qubba* del emir tornará en frustración e ira mañana al descubrir Epagro huero. Al averiguar que el maldito zorro de Ibn Hafsún, el mismo de los mulos de Qámara, el de la inconquistable Bobastro, el que salió solo con algunos azotes del castigo de Ibn Dawalid en Malaka, ha vuelto a humillarlos escapándose entre sus dedos como el polvo del desierto o el agua del reguero. Poco valorará el oro y los caballos mañana cuando hoy sueña con tu cabeza en una pica o en verte crucificado adornando el puente romano de Corduba.

»Asumamos la derrota en la batalla como un avatar de la guerra, pero no nos entreguemos, porque eso desea nuestro enemigo. Solo la muerte es definitiva, eso es lo mejor de la derrota y lo peor de la victoria, ambas son tan efímeras como los días que pasan hasta cruzar el acero de nuevo. Confiemos en las estrellas que predijeron tu destino y vivamos para luchar otro día. No todo resbalón implica una caída.

Una hora de discusión fue necesaria para que el Capitán doblegase su parecer y aceptase abandonar y ceder Epagro. Salir no resultó complicado, pues la noche acompañaba y varios pasadizos conducían a la espalda del tajo donde escaleras artificiales, invisibles salvo para quien las transitaba, morían a su pie. Incluso logramos desalojar a los heridos menos graves ya que nadie vigilaba nuestra espalda, y, montados en unas acémilas capaces de descender junto a nosotros, emprendimos nuestra huida.

Trocamos mula por jamelgo en una alquería cercana y matamos la noche al galope. Concentrado en no perder la referencia del camino ni la grupa de mi predecesor, las imágenes del día se repetían en infinito bucle ocupando su espacio en mi memoria para siempre. Pequeños detalles esculpían su futuro rastro indeleble con diversas formas: la sonrisa de complacencia de Mudáhir, consciente de marchar a su propia muerte mientras revisábamos a las tropas; el aullido de dolor de un sarraceno al que corté un brazo que amenazaba a Ayyub; la extraña y asustada presencia de una pareja de perdices escoltando a peón a sus perdigones en medio del camino de nuestra segunda carga y, por supuesto, el cuerpo del Rojillo desplomándose sin vida. Imágenes fugaces, algunas baladís, que se conservan nítidas entre mis recuerdos mientras para

escribir estas líneas lucho horas o días por rememorar nombres o lugares con los que conviví durante años. Los insondables misterios de la memoria.

Al amanecer habíamos recorrido más de veinticinco leguas dejando caballos exánimes y la mayor parte de la escolta y el grupo por el camino. Omar se nos había adelantado en pertinaz carrera consigo mismo, quizás esperando que la paliza física ofreciera descanso a la tortura mental de la derrota. Cuando ya de día, superado Arxiduna, lo encontramos sentado junto a su caballo que tendido boqueaba sangre, se limitó a decirnos con su mellada sonrisa burlona.

—Los caballos ya no son los de antes.

Era la primera vez que hablaba desde nuestra salida del alcázar. Allí llegaba yo con Hamdum, al-Nista, Ibn Antelo, Ibn Magiara y Mastana. A este último se le ocurrió bromear viendo que Omar parecía haberse relajado:

—Vamos, Capitán, pensándolo bien no hay mal que por bien no venga. *Dios te ha ahorrado los quinientos denarios que pensabas regalar al que te llevara la noticia de la salida del emir al campo de batalla. ¿Qué te han parecido esos omeyas? ¡Qué equivocado estabas con respecto a ellos!*

Desgraciadamente, midió mal, pues Omar retomó el tono iracundo:

—*Mi desgracia se debe a tu cobardía y a la de los que son como tú. Vosotros no sois mis hombres*. Jamás volverá a sucederme lo mismo.

XVII

La lumbre de un cirio pugnaba por atrapar el pie de la sencilla y robusta cruz de roble que presidía la basílica de Bobastro. Horadada en roca e integrada en la misma tierra, denunciaba desde sus paredes la fugacidad y banalidad de los problemas mundanos. Sin osar rivalizar con las magníficas iglesias de Astigi, Corduba o Toletum albergaba la magia con la que ellas soñaban. El misterio ayudaba, pues no existía otra similar y se ignoraba su antigüedad, aunque precediera a la llegada sarracena a Hispania.

Yo me sentaba en la parte más baja, la reservada al pueblo, en el tercero de los seis bancos de la nave central. En sus laterales cuatro arcos de grandes sillares asentados sin argamasa la separaban de dos naves más, la de la derecha robada a la montaña, sin terminar ni visos de hacerlo pues se había topado con veta cruda en su olvidada forja. En total la iglesia contaba diez por cuatro pasos. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas de velas y cirios que dibujaban con sus sombras curiosas figuras en el relieve de la piedra.

A mi derecha estaba Máximo. Desde su llegada, hacía ya casi dos años, solíamos vernos tras la cena, cuando los fieles ya no acudían salvo pecado mayúsculo y los monjes lo hacían a alguno de los tres ábsides anexos a la cabecera. Partió de Astigi tras la conquista de un Muhammad que había saboreado la victoria en Epagro y quería más. Su siguiente paso, tras derrotarnos, fue asolar a los astigitanos sitiando su ciudad hasta que, arrodillados y mostrándole a los críos sobre la muralla, le imploraron y consiguieron su perdón. En este acordó sustituir la cúpula eclesial por una de su agrado. Los mil cristianos apresados en la batalla de Epagro no tuvieron esa fortuna y pagaron con la vida su credo y la frustración de nuestra fuga.

En el tiempo transcurrido desde entonces no había existido el reposo y las capitales, según el ejército que las asolara, cambiaban su fidelidad como la falsa moneda de mano. Ahora el príncipe al-Mutarrif marchaba de nuevo contra Bobastro, escocido por una nueva jugarreta de Omar que había burlado una tregua enviando a Muhammad un cortesano como si fuera su hijo.

No hablábamos demasiado de eso pese a su influjo en el deje triste de ambos. Máximo vestía una túnica parda, austera como su espigada figura. La

buena mata de pelo rubio canoso mentía sobre su edad, pero ciertos achaques al sentarse o levantarse ya eran evidentes. Parecía cansado.

—¿Demasiada cuesta para un hombre mayor acostumbrado a la llana Astigi? —bromeé—. Ya deberías haberte familiarizado, aunque mal no te haría comer algo más que aceitunas y nueces pues la vida aquí requiere de energía.

—Parece que me asaeten las piernas con agujas en cada ocasión que subo pero, a Dios gracias, ¡no imaginaba tamaña comunidad ni la longitud de la Mesa! —me dijo mientras se palmeaba bajo las piernas buscando soltar los músculos—. Cuando os visité en el funeral de tu padre no sobrepasé el cenobio ni el alcázar. Por cierto, muchos son los que me preguntan, además de por la situación, por ti ahora que ya todo el mundo conoce nuestra relación.

—La gente anda extremadamente ociosa —le corté yo.

—Te quieren bien, Alfonso, jamás escuché palabra hiriente. Les extraña tu ausencia en los juicios, aunque a alguno le alivie por su condición de pecador. —Máximo dio una fuerte palmada para matar un mosquito que llevaba tiempo acechándole sin lograr su objetivo—. También a mí me sorprende. De hecho, lo hace un poco todo. —Yo, en nuestras charlas, evitaba conscientemente hablar de ella, atacando cualquier otro tema, ya fuera guerra, política, filosofía, religión o justicia, pero intuía certero su intención. Catalina. Nuestra relación asemejaba la del halcón y la tortuga. Pura indiferencia. Yo había regresado más huraño de la guerra y ya no soportaba sus lamentos. Ella me evitaba como al sol en un mediodía de estío. Sabía que Máximo se había convertido en su confesor; al fin y al cabo, mi mujer pasaba más tiempo en el cenobio que él mismo. Yo eludía la conversación, incómodo, conociendo sus cartas marcadas. Fue él quien la atacó—: ¿Qué te pasa? ¿Se debe a Catalina?

La incomodidad se difuminó como la niebla del valle a mitad de mañana. Sus ojos no ocultaban más que sincera voluntad de ayuda. Yo mismo me sorprendí de que una simple mirada fuera capaz de abrir una caja tan celosamente guardada. Un largo suspiro precedió mi respuesta:

—Sí y no. No lo sé. No atravesamos nuestro mejor momento. Continúa obsesionada con marchar al norte como tantos otros, incluso acompañados de sus padres. Habla de esa nueva ciudad, Zamora, que están construyendo los toledanos, como si del paraíso se tratara o como si Bobastro fuera el averno. Quizás pase en la iglesia demasiado tiempo, avinagrada en gran medida por su esterilidad. Por mi parte, no ayudo como antaño y raro es el mes que paso completo en casa. Me cansa. La vida cada vez brilla menos o ya no soy capaz de exprimirla como solía.

»A los juicios no acudo porque me irrita la mezquindad general y me abomina la maldad particular. Sueles acusarme de inclemente, pero nada evita tanto los futuros conflictos como severos escarmientos cuando son justos. En la mayoría de las ocasiones los pleitos no son más que discusiones ridículas resueltas con un mínimo de voluntad de hacerlo, esos son los buenos. Lo peor es cuando asoma el lobo humano. Antes solo pensaba en cazarlo sin embargo ahora prefiero no ser yo el que lo receche.

Callé. No había confesado mi crimen en Epagro, ni pensaba hacerlo. No me pesaba tanto haber acabado con ese imbécil, sino la cobardía con la que lo había ejecutado. Después de aquello no me sentía con la fuerza moral de juzgar a otro. En cualquier caso, sentí liberar cierto peso en mi ánimo o mi conciencia al desnudar parte de mis sentimientos.

Disfrutaba hablando con Máximo. Las pérdidas de mi padre y Jair se habían llevado a mis habituales confesores, y con Omar no había recobrado nuestra vieja relación tras nuestro enfrentamiento personal, la derrota en Epagro y especialmente las muertes de su tío Mudáhir y de su hija Allín, su favorita, en el parto de su primer niño, nieto que tampoco vivió. No era que nos evitáramos pero lo cierto es que coincidíamos poco, supliéndonos uno a otro al mando de la tropa o la ciudad, según quién se desplazara.

—Entiendo lo que dices. Complicado debe ser el puesto de juez sabiendo que el supremo lo hará contigo en el futuro. —Máximo se mesaba su barba dorada mientras hablaba—. Yo veo otra perspectiva del error. La que me regala escuchar la historia del ajusticiado. Su pasado, sus miedos y pecados. Las circunstancias que explican la tropelía y que en tantas ocasiones revelan más que la propia condición del reo. Pocos son los que no se arrepienten de corazón. Nuestra obligación cristiana además es regalar el perdón hasta siete veces siete si es necesario. Esa fue la revolución que predicó Cristo incluso siendo crucificado, lo que lo cambió todo y que con demasiada frecuencia olvidamos.

Sonreí, jamás dejaría de ser un idealista. Era imposible no quererlo.

—Agradezcamos entonces a Dios que estemos cada uno donde nos corresponde, porque de otra forma esto sería un nido de bandidos. Gracias a nuestra severidad no existe lugar tan seguro como este. *Incluso las mujeres caminan en soledad por nuestros caminos sin nada que temer*. No hay mejor forma de construir seguridad que dejando claros los límites y defenderlos castigando sin piedad al que los transgreda.

Me levanté para retirar la cera de una de las velas que amenazaba el suelo. No corría una gota de aire en medio de aquella noche de verano. Me asomé a

la cara abierta de la basílica que saludaba a un gran patio central con el vecino monasterio. Este, aún más viejo que el templo, también aprovechaba la montaña en muchas de su treintena de celdas. A la derecha un gran aljibe, un silo y un enorme huerto cuidado con mimo cerraban el complejo que a su espalda escondía el cementerio de los hermanos enterrados desde tiempo inmemorial, mi padre entre ellos. Volví a sentarme.

—¿Quién sabe, Alfonso? ¿Quién sabe? Puede que tengas razón. No deseo reprenderte por tus actos ni cuestionar tu proceder. Sinceramente, me enorgullece sopesar mi posible influencia en tu noble conducta. Buscaba explicarte que a veces atender una historia al completo puede variar el juicio y subrayarte nuestro deber cristiano de perdonar y la necesidad humana de escuchar, no solo para emitir un veredicto sino también para entender al contrario. —Respiró. Me extrañó el halago y que cediera la razón tan fácilmente. Quería decirme algo más—. Pero no era ese el tema al que buscaba aludir. La indiferencia que describes con Catalina me duele. Si no puedo persuadirte en temas de justicia, mucho menos lo lograré en matrimoniales, pero no está de más que reflexiones sobre ello y trates de arreglarlo.

—¿Qué quieres decir, Máximo? —Había algo detrás de aquel consejo, el tono exhortaba a hacerlo y no a considerarlo.

—Que la persona que tienes al lado es la más importante en tu vida. No es sencillo entender a las mujeres. Quizás cuando te habla de Zamora lo que está insinuándote es otra cosa. Hablan en verso y no en prosa. Requieren una atención brutal para saber interpretarlas. Cuando nosotros vamos ellas han vuelto una decena de veces, y Catalina es de las que encabeza la procesión. Habla con ella, dale su tiempo. Cumple con el juramento que proferiste en el altar. Escúchala.

Encendí un candil en la sala contigua a mi cuarto. La luz acompañó mi entrada al retirar la pesada cortina que separaba ambas estancias. Estaba despierta pese a simular lo contrario. Su respiración bajo el camisón se agitó al sentir cómo me sentaba al otro lado de la cama. Me estremecí ante su fragilidad e indirectamente la mía. La amaba. Me pesaba mi dejadez ante el declive de nuestra relación. Casi no recordaba esa risa fresca que me encandilaba, sus abrazos furtivos, sus besos y caricias o contemplar un atardecer con su mano en mi regazo. Veía el lado derecho de su cuello descubierto muriendo en una melena rubia revuelta sobre la almohada. Dos

preciosos lunares, simétricos y cercanos, lo adornaban. Suavemente los acaricié reprimiendo besarlos como solía y percibiendo cómo aguantaba la respiración.

—¿Duermes? —le susurré. Simuló despertarse con maestría y volviéndose me miró con aquellos ojos en los que el gris cada vez teñía más la esmeralda pintándolos de un verde exquisito con olor a melancolía. La curva de sus caderas levantaba la manta y allí instintivamente voló mi mano sin ser bien recibida. No estaba para juegos—. ¿Qué sucede? —le pregunté.

Se sentó en el borde de la cama, encogiéndose cargada de timidez, anhelando desaparecer. Me levanté sentándome a su lado y le rodeé con el brazo donde empezó a gimotear. Mi niña de Qumarix. El llanto se espació con hipidos hasta que recomponiéndose apoyó su cabeza en mi hombro un tiempo indeterminado que para mí fue un instante.

—Lo siento, Alfonso —me dijo, enjugándose las lágrimas mientras se erguía. Ante mi ademán de protesta colocó su dedo índice sobre mis labios implorándome silencio con el mar que custodiaban sus ojos. Se había calmado y me hablaba con una dulzura cargada de firmeza—: Espera, déjame, ya no puedo seguir callada ni soportar tan pesada carga, no es justo para ninguno. Por favor, prométeme que no cometerás ninguna tontería tras mis palabras. Hondo es el pesar por mis pecados, pero mucho mayor el temor por sus consecuencias. —Aturdido trataba de atar cabos sin encontrarlos. Asentí sin determinación, solo con el ánimo de matar la intriga y que continuara—. Sé que vienes de hablar con Máximo, pues hace tiempo que no me dirigías tus caricias. Solo a él se lo he contado, engañada bajo el secreto de confesión, sabiendo implícitamente que ese paso no sería suficiente pese a que jamás trató de persuadirme de dar el que ahora afronto.

»Podría seguir manteniendo mi secreto, noches enteras he luchado conmigo misma convenciéndome de ello, soñando con acallar esa maldita voz que tanto tiempo lleva impidiéndome ser dichosa. Dios, la conciencia, ¿qué se yo? Mi infinito amor por ti y el anhelo por mantenerte a mi lado me obligaban a no despegar los labios hasta que por fin he entendido que no era más que ciego egoísmo y miedo.

»Reconociéndome manchada sufro al tocarte, cuando me hablas, cuando te miro en la noche mientras duermes, cada vez que partes de viaje dejándome con mi confesión en los labios. A tu lado soy como la nube que tapa al sol, la lluvia en una apacible tarde en un prado, la avispa que estropea el almuerzo. Me equivoqué, es cierto, pero peor es el crimen que llevo cometiendo cada

día desde mi falta. El embuste, la mentira y la falsedad se acuestan entre nosotros cada noche en nuestro lecho.

Suspiró y entrelazó sus manos entre las mías.

—No es un capricho cuando te hablo de nuestra partida —continuó—, necesito salir de aquí pero no puedo hacerlo huyendo cargada con el peso de la culpa. Tiempo me ha costado convencerme y entender que, aunque Dios conoce de sobra mis pecados y no dudo que me perdone en su infinita misericordia, confesarme contigo es mi única salvación posible. Es a mí a quien busco liberarme del pecado que me corroe. Tu estima era mi culpa y tu desprecio será mi penitencia y liberación. Degradándome a tus ojos, ante los únicos que me importan y a los que amo más que a mi propia vida, por fin podré ensalzarme, levantar la cabeza y recuperar parte de la honradez y el orgullo que ya casi ni recuerdo. —Una lágrima solitaria traspasó la brillante barrera de sus ojos rodando hasta su nariz y abriendo un camino que enseguida siguieron otras compañeras. Bajó la cabeza y se las limpió con el dorso de su mano derecha. ¿Qué me estaba diciendo? Volviendo a mirarme, atravesándome, e intuyendo la pregunta en mis ojos me respondió—: Te amo, Alfonso, siempre lo he hecho aunque durante un tiempo lo olvidara fruto del abandono. Cometí un error. Me sentía sola, hace tiempo que así me siento al no encontrar mucha más compañía que la de los monjes y mis padres. Tú, como casi siempre, estabas fuera. En Ilbira en aquella ocasión persiguiendo a Sawwar. Donde llegó el demonio fue aquí. Fui débil ante sus halagos… Estaba sola, confiaba en él…

Comenzó de nuevo a llorar sobre mi hombro, aunque esta vez las lágrimas respondían más al nerviosismo que a la pena. Aturdido, comprendí todo. Poco y mucho tenía que ver conmigo. Le quité el pelo de la cara para, sujetándosela, preguntarle directamente:

—¿Con quién ha sido, Catalina? ¿Con quién me has sido infiel?

Su mirada hundida por la culpa humilló rompiendo en un nuevo llanto y entonces la verdad, devastadora, me golpeó como el martillo al cerdo en San Martín.

Conseguí salir de algún modo de casa, tambaleándome con la cabeza a punto de estallar por los mazazos de un herrero imaginario en plena sien. Comencé a subir desde la cueva de mi padre, donde nos habíamos instalado tras su muerte, hacia el alcázar. Frases deslavazadas y pensamientos inconexos reñían entre sí para solo dejar un rastro de furia en cada paso. Me había robado el honor. Poco más tenía.

En la calle no había nadie pues la noche ya estaba madura, en sus horas muertas, cuando el madrugador sigue en la cama, el ebrio yace inconsciente y los amantes rendidos. Calixto me abrió la puerta y le pedí que buscara a Omar para encontrarnos en el salón de abajo. Entró con aire jocoso pero al verme mudó de actitud.

—¿Qué pasa, Alfonso? Pareces haber visto un cadáver.

Agudizó su mirada penetrando en la mía, buscando descubrir si conocía su secreto y allí lo encontró. Cerró los ojos, respiró y volvió a abrirlos con una expresión que jamás había visto antes.

La culpa.

—¿Lo hiciste? —Aunque no me hacía falta, quería oírle reconocerlo.

—Sí.

La bofetada de la verdad pese a ser esperada me hizo perder un par de pasos que la cólera recuperó inmediatamente. Cargué todo mi peso en un puñetazo con la mano derecha que le hizo perder el equilibrio y besar el suelo. Calixto, con arrojo y pese a su vejez, trató de sujetarme volando diez pasos como respuesta. Abalanzándome sobre Omar, le agarré la cabellera, descubriéndole la garganta que amenacé con el Espíritu Santo de mi padre.

—Convénceme para no matarte —le dije mientras apretaba y sacudía su cabeza golpeándola contra el suelo—. Dame una razón al menos, perro —le grité. Callado, de rodillas, ni siquiera se había movido para defenderse ni lamentarse por los golpes. Levanté su cabeza para mirarle a los ojos. Sangraba por algún corte y el ojo derecho comenzaba ya a cerrársele e hincharse. Apretaba con fuerza la mandíbula intuyendo su posible final. Seguí gritándole—: ¡Tú! ¡Con Catalina, pudiendo tener a quien te plazca!

—Haz conmigo cuanto gustes, Alfonso. Dególlame si es tu deseo, pues lo merezco. Jamás me he arrepentido de algo como de esto en mi vida. —No había sorna ni engaño en sus palabras—. Sé que no merezco vivir ni volver a…

—Cállate, silencio, hijo de puta.

Guardé la daga mientras le lanzaba la cabeza hacia el suelo y trataba de levantarme. Un pelotón de recuerdos y pensamientos me golpeaba como olas de un mar embravecido a la roca desgajada de la costa. El perdón que predicaba Máximo, el miedo en los ojos de Catalina, el nacimiento de Ayyub, las horas en la vereda del río, su primer jabalí, el león, los latigazos, Jair y el Rojillo, la primera juerga en Corduba, nuestra carga en Pancorbo, Toribio, la vista desde su tajo, nuestras risas de niños. Relámpagos en la tormenta. La humillación y el vacío eran los truenos. El dolor una lluvia torrencial,

constante, que me calaba los huesos. Me consumía abandonado en el vértigo de mi caída en un pozo infinito. Lo miré. Arrastraba la cabeza, arrodillado, esperando mi veredicto. Era asco y no odio lo que me inspiraba.

—No mereces que me ensucie contigo —sentencié—. No privaré a mi pueblo de su líder ni te mataré, porque para mí ya estás muerto. En tu conciencia, más que en la muerte que mereces, estará tu penitencia, si es que esa fruta podrida que tienes por corazón no se ríe del imbécil de tu amigo según salga por la puerta.

XVIII

Al-Mutarrif no ahorraba recursos en el castigo. Desde la visita de su tío al-Mundir, no recordábamos un sitio tan intenso. Muhammad enviaba a su hijo a por la joya de la corona, Bobastro. Por fin habían comprendido que era la raíz y la clave de la sedición. La abeja reina de la colmena. Conquistaron Talŷaira, abandonada al fuego, y desde allí concentraron sus esfuerzos en la Mesa del cenobio, nuestro talón de Aquiles. Las piedras arrojadas por los *almanganiq* trabajaban la muralla día y noche sin alcanzar sortearla, cosa que sí lograban con frecuencia los ingenios de azufre aunque poca madera acertasen. Como hormigas de inextinguible hormiguero sus valientes zapadores trocaban vida propia por sillar ajeno. Empezábamos a ceder.

Yo no pensaba abandonar el cenobio bajo ningún concepto y el Capitán, tampoco aparecer. Solo la ocupación y el vino lograban calmarme y derrumbarme en el jergón. El segundo cumplía durante un tiempo para luego hundirme más en la carroña como comprobé de forma recurrente desde que descubriera el engaño. El primero era más satisfactorio y útil. No descansaba un segundo: comprobaba las defensas, arengaba a los hombres o atendía las reservas. Dirigí varias buenas salidas, sin coste apreciable en nuestras filas y largo menoscabo en las enemigas, pero sin menguar significativamente el bosque de más de treinta mil tiendas a nuestros pies.

El gran asalto me halló en las almenas.

—¡Nos atacan! ¡Alarma! ¡Son muchos! —gritó Gregorio, el vigía de la cara sureste.

Una escala se posó a menos de cuatro pasos.

—¡Toca! ¡Alarma! —aullé a Juan el centinela.

Logré soltar la escala y empujarla al exterior mientras observaba la terrible carga. Corduba entera corría al asalto del cenobio. No tardamos en tomar nuestras posiciones.

Según se había determinado y ensayado hasta la extenuación, cuatro hombres de cada escuadra de ocho cargaban los calderos hirviendo mientras los otros cuatro formaban dos líneas utilizando el arco y la honda para

cubrirlos. Orgulloso, miraba a los *nazires* gritar sus órdenes arengando a los nuestros y auxiliaba allí donde detectaba algún renglón torcido. El humo, el ruido del acero, los gritos, los gemidos y el olor a sangre y carne quemada inundaron la Mesa.

Ibn Magiara no tardó en acompañarme. Ambos dirigíamos la defensa. Los calderos se agotaban antes que los sarracenos. El empuje de arietes y onagros comenzaron a abrir una vía en el dique, específicamente en la cara de la muralla cercana al silo, una herida que podía provocar nuestro desangre.

—No podremos defenderlo, Alfonso. Atacan desde la cañada y el monte. Parecen animales huyendo de un bosque en llamas. Hemos de asegurar la parte alta —me dijo con criterio Ibn Magiara. La discusión era antigua. En caso de ver perdida la explanada del cenobio, debíamos salvar el mayor número posible de hombres y retirarnos a la terraza superior para asegurar la Mesa. Era nuestra salida de emergencia, su salida de emergencia mejor dicho. Yo, como varios renglones antes ha quedado escrito, no pensaba moverme.

—Mucha más sangre han de derramar si quieren pisar la tumba del Tuerto —le respondí.

Mi amigo me sonrió, intuía mi celo en la defensa por su significado y no por lo acontecido con Omar. Nadie lo sabía, como lo del Rojillo, o al menos eso quería yo creer. Apretándome el casco y acariciando mi vieja cruz bajé a defender la grieta pues los caldeos entraban al patio del cenobio.

Corrí sin siquiera reparar en seguidores. Mi rugido de bienvenida fue jalonado por los que aún aguantaban la línea. No pasarían. Poseída, ULFBERHT mataba, tan certera como aguja de cirujano, entrando y saliendo, flexible a la vez que mortal, picando como el enjambre desnortado que venga a su reina muerta. La sangre encharcaba mi pomo machus y la hierba a mis pies provocando resbalones que costaban vidas. El angosto paso no les permitía acceder masivamente, y enseguida retrocedieron ante nuestro empuje. Llegamos a los sillares y allí sin verla venir me la encontré. Era una piedra del tamaño de un melocotón y del peso de medio melón. Escuché cómo quebraba mi casco y mi cráneo estrellándose sobre mi ceja derecha. Me acordé al instante de mi padre, quién sabe si incluso le vi, pues nítida tengo su imagen grabada. Las piernas cimbrearon mientras reflexionaba en lo acaecido. Dejé de sostenerme para caer sin notar el barquinazo.

Abrí los ojos en el suelo. Algunas nubes ligeras velaban la luz de las estrellas que refulgían en la inmensidad, más lejanas que nunca, profundas como la

gruta inexplorada. Callaron los gritos, golpes y gemidos dejando un silencio absoluto. La luna decreciente sonreía con medio gajo de la naranja en posición vertical. Una paz cargada de felicidad me invadía perdido en el infinito. Aquello debía ser Dios, y como tal todavía lo creo.

Cerré los ojos, feliz por el nuevo viaje que comenzaba, hasta que el dolor me provocó volver a abrirlos. Escuché mis propios gemidos. Patéticos. Me atraganté y tosí sin lograrlo. Pese a no poder mover los brazos, intuí completamente vendada la parte derecha del cráneo, sellada con sangre seca. El dolor punzante y desgarrador era tan incisivo como si me martillearan un clavo sobre la izquierda de la sien, llegando al nacimiento del pelo. Miré perdido a mi alrededor. Reposaba en una cama, en la gran casa que habilitábamos como hospital entre el alcázar y la iglesia, en el cuarto principal. Supuse con tino que habríamos perdido la basílica, pero no la ciudad. Olía muy bien, a jazmín y limón, y numerosas flores me acompañaban. Catalina, dormida, también. Sentada en una incómoda silla a mi derecha. Parecía tranquila. No podía evitar amarla. Me sorprendió no sentir hacia ella el asco que me asaltara con Omar. Desde la fatídica noche no había vuelto a verla. Mi niña de Qumarix.

La rabia me invadió y cerré los ojos. El dolor que había sentido en la sien al abrirlos me pareció una caricia comparado con el que me desgarraba el corazón. No podía perdonarla.

Recordé el cielo estrellado, un cielo repleto de justicia, silencio, reposo y paz. Un cielo más merecido que el de cualquier otro. Maldije la generosidad de la vida conmigo y la estupidez de la muerte al dejarme marchar. No quería volver a aquel mezquino lugar ni entendía la razón de mi presencia cuando ya había aceptado, deseado e incluso sentido mi suerte. Renegué de Cristo por su crueldad y lloré en silencio. Mordiéndome los carrillos.

—¿Por qué? —acerté a balbucear.

Catalina dio un respingo y encontró mi mirada. Creyó que la pregunta lanzada a Dios era para ella, y aunque con distinto sentido también era válida. Pena y alegría, gris y verde, dirimían en el jardín de sus ojos ganar la partida. Venció el alivio de verme con vida. Sus lágrimas acompañaron a las mías mientras miraba al cielo agradeciendo sus seguras plegarias. Se levantó y mientras se acercaba gruñí y volví a cerrar los ojos. El orgullo me impelió a ser más duro de lo que mi corazón, ansioso por abrazarla y ser abrazado, dictaba. Arrepintiéndome inmediatamente, pero sin la generosidad ni hombría de rectificarlo. Se levantó acercándose y me besó la frente, bajando hacia mi nariz y la venda que me cubría la herida. Noté cómo sus lágrimas y sus manos

temblorosas recorrían mi cara, y cómo su mano buscaba la mía sin encontrar respuesta. A continuación escuché sus pasos dirigiéndose a la puerta y volví a abrir los ojos para, mudo, observar cómo se marchaba.

Sería la última vez que la viera.

Primera interrupción

Permíteme, ya amigo, una breve digresión al finalizar esta tercera parte como consecuencia de lo que en mí ha provocado el relato que nació para narrar la vida de Omar y que cada vez más me apropio. Peaje del autor supongo. Páguelo a quien le interese.

Tras la muerte del Capitán, hace ya más de cuatro años, comencé esta historia con la que mis conocidos bromean que moriré sin rematar por lo irrisorio que progreso en ella. Quizás sea cierto, pues ya ni eso me sorprendería aunque la salud no me sea esquiva.

Durante décadas he peleado con dudoso éxito por olvidar a Catalina, por convertir la herida que desangraba mi corazón en invisible cicatriz. Abrir esa ventana de par en par, cerrada durante tanto tiempo, ha desatado en mí sentimientos arrinconados como el rehén más valioso. Valgan como muestra las lágrimas que ayer hube de secar con tiento sobre el pergamino que hoy tú, quién sabe dónde y cuándo, estás leyendo.

Desde hace meses sueño con un hipotético reencuentro. Lo último que supe de ella fue su partida en una gran caravana mozárabe con dirección a Toletum el año siguiente a mi convalecencia. Hace un mundo de ello. Me sorprendo imaginando el camino que seguiría en esa bruma en que se sumergen los destinos solitarios, las mil vidas que puede haber disfrutado, los nombres y caras de un posible nuevo marido, quién sabe si incluso hijos.

Tiempo llevo por lo tanto barruntando lo que se ha presentado sin aviso previo, como el relámpago que rompe la calma avisando de la cercanía de la tormenta. El bajel de mi existencia vuelve a perseguir puerto en lugar de navegar sin rumbo porque hoy, justo hoy día de San Marcos del año 922, me comprometo contigo, amigo sin nombre ni rostro, a descubrir el paradero de mi niña de Qumarix mientras continúo narrándote mi humilde historia.

Capítulo IV

894-hoy

«El hombre más poderoso es el dueño de sí mismo».
SÉNECA

I

Observaba la estela que formaba el rastro del jabeque en el que navegaba. Era el segundo y mayor de los cuatro que integraban la partida. Portábamos principalmente seda de Pechina de la familia de Sulayman, mejor que la siciliana y a la altura de la persa. La intercambiábamos en cada puerto a tres, cinco, diez y hasta más de quince dinares el codo, según lo que te alejaras. Ganábamos en cada trueque con vistas a la mercancía más demandada en el siguiente: aceite, hierro, coral, alabastro, mercurio, almohadas, colchas, mantillas, cuero o incluso queso de cabra y oveja. Suahyl, que así bautizaron la nave en honor de la segunda de las hijas de la Anguila, contaba tres palos para más de treinta y cinco varas de eslora y trece de manga. Con su vela latina bien empopada, bogaba sin calar el casco y rara vez requería la ayuda del remo. Gracias a Dios, yo no sufría físicamente como en el Gusano de Mohammed ibn Abi-Aoun.

La cabeza era la que me mortificaba ahora.

Por las noches, con las palmas sujetas a la borda, fantaseaba con saludar a las sirenas para saciar la agonía que solo el vino ahogaba al atracar en puerto. Resultaría tan sencillo aniquilarla para siempre. Un pequeño salto y todo acabaría. Me asomaba confuso a aquella oscuridad que, salvo por el constante ruido de la espuma, se me representaba más abismo que agua. El trágico susurro de las olas repetía mi nombre y mis penas desde las más insondables tinieblas. De repente, alguna extraña luz, de esas que adquiere el agua de la nada, con forma de serpiente sin principio ni fin, como un poderoso relámpago en la noche, iluminaba mi alma y pensamiento. Qué mala compañía resultan siempre la oscuridad y el silencio para el corazón inquieto. Cuánta valentía en un acto tan cobarde.

Me pellizcaba las manos, los antebrazos y los muslos para tratar, con superficiales heridas, de enterrar funestas ideas y borrar las caras de Catalina y Omar de mi juicio. Obligábame a repetir en mi cabeza, como profunda letanía, las palabras de san Agustín que a fuego grabara Máximo en mi conciencia: «Acéptate, conócete, supérate». Rehuía la conversación y la sonrisa. Taciturno, lánguido, abatido, ensimismado en mi tristeza. Asomado

con vértigo al interior de mi alma percibiendo su infinita profundidad. Ríete de la del océano o de la del umbral entre tierra y firmamento. Misterio es el que nos acompaña y llamamos alma.

Acechaba las olas provocadas por nuestro timón y así imaginaba las ideas que con saña me golpeaban y no llegaba a comprender. El mundo me agobiaba descubriéndome incapaz de explicar la lucha de sentimientos que me dominaba. Necesitaba escapar como aquel rastro que moría a nuestro paso para no regresar jamás. Eso, al fin y al cabo, era viajar: la melancolía derramada a su paso por el nómada desde su carreta.

Asumida la traición y mi incapacidad para percibirla, las preguntas se amontonaban como las pacas de trigo al inicio de verano.

¿Por qué no le maté? No era cobardía ni falta de ganas. Podía haberlo hecho sin resistencia alguna, como quien roba a un zagal. Si había sido capaz de hacerlo con el Rojillo, ¿qué me había frenado? Desde mi casa hasta el alcázar imaginé despacharle sin permitirle réplica alguna, pero, aunque la cabeza aullaba hacerlo, el corazón, aún herido y humillado, me detuvo. El peso del odio y la venganza no lograban eclipsar tan larga camaradería. ¿Por qué le quería? ¿Por qué seguía pensando que sería el primero al que confiaría mi vida? En el fondo, en los verdes ojos de Catalina, lo había intuido sin necesidad de escucharlo. No me sorprendió descubrirlo, ni por un momento dudé de su veracidad. Sabía que Omar era capaz de aquello. Incluso a mí. ¿Seguía sintiendo por él la amistad, más que eso, el amor solo comparable al que tuviera por mi familia y Máximo? ¿Podía él sentir algo parecido actuando de aquella manera? ¿Tan vacío estaba el pobre diablo? ¿Tan débil era el que parecía tan fuerte?

¿Y Catalina, mi niña de Qumarix? A la que ni había pensado repudiar o abandonar pese a su infertilidad. A la que ahora alcanzaba a discernir cuánto amaba. El regusto amargo en el paladar que me acompaña hoy en mi casa de Tucci y me golpea en cada atardecer. ¿No era acaso peor que él? ¿Lo habría provocado o era solo una frágil víctima de la desmedida lujuria, ambición y egoísmo del Capitán? Sus llantos, su tristeza, su entrega absoluta a la oración e iglesia, ¿tanto se arrepentía o solo tejía una coartada para no ver el reflejo de una ramera en el espejo? En el fondo, ¿qué le había llevado a delatarse? ¿No implicaba la confesión, el peso de su conciencia y la necesidad de obedecerla, la existencia de un alma grande, un sentimiento puro?

No podía evitar una profunda ansiedad, reprocharme mi dureza en la despedida, recordar la verdad en sus ojos y reconocer cuán sencillo podría haberle resultado esconder la afrenta para continuar con su vida como si nada

hubiera pasado. Como yo, al fin y al cabo, había hecho con Adassa o el Rojillo. ¿No implicaban sus actos una naturaleza pecadora y débil en las formas, pero justa y buena en el fondo? ¿Ese remordimiento era por su mala acción o porque realmente me quería? ¿No era acaso yo capaz de perdonar el pecado? Dudaba de si la pasión que aún sentía por ella guiaba la voz que en mi interior argumentaba a su favor, o si esta venía de un pensamiento objetivo y racional. ¿Era más grave lo suyo por engañarme con mi mejor amigo o acaso eso era solo circunstancial, pasional, alejado de la naturaleza del pecado?

Pensar en ella me enfermaba, pues la puñalada sufrida desnudaba mi debilidad y acrecentaba mi necesidad de su cercanía. El orgullo y el amor peleaban entre sí recriminándose hechos pasados.

La verdad, esquiva, me mostraba distintas caras según mi ánimo.

Las ondas aporreaban mis sienes mientras buscaba aire que respirar y me pellizcaba de nuevo la muñeca. Sulayman me acompañaba asomado a la estofa, escudriñando cual sabueso los delfines que me había prometido avistar. Suerte tenía de contar con amigos como él. Me había visitado en la Mesa tras enterarse de mi percance y me convenció para escoltarle en uno de sus viajes. Uno de los largos, de media temporada. Ansiando solo perderme, bosquejé el azul del mar durante mi convalecencia como el del cielo para el reo a través de las rejas. Las lesiones no resultaron graves ni me limitaron salvo alguna repentina jaqueca, varios dientes malogrados, el recuerdo sobre mi ojo derecho y que hube de guardar cama más de cuatro meses. Ya se sabe que en las largas recuperaciones, y más en casos como el mío de complicadas curas por la supuración de la herida de la cabeza, siempre hay una última llaga que se resiste a liberarte.

Ya contábamos unos veinte días de periplo en la mañana de nuestra cuarta singladura a bordo tras dejar atrás el puerto de Dertosa. La amenaza de borrasca al sureste había variado nuestra ruta, cambiando como destino la fortaleza mozárabe de Salaró en la isla grande, por Farajchanit, un puerto ganado a los francos convertido en parada habitual de sarracenos y hombres de dudosa reputación.

—¡Jabal al-Quilal! —gritó Hassam, sobrino de Ibn Malikk, a la proa del barco.

Cambiamos de borda y allí se dibujaba la costa. Tras una punta, que llamaban del Ganso, y una larga y ancha playa a poniente, se abría un golfo a

levante como una cerradura al girar la llave. La rocosa ribera, borrosa por la ligera y lateral lluvia que nos acompañaba, emergía poderosa y verde con el agua variando el color del mar según las nubes permitieran pintar al sol su fondo de algas. Un alegre río y varios arroyos morían en salado rodeados por un frondoso alcornocal salpicado de fresnos, pinos y castaños. Una veintena de bajeles y numerosas barcazas bailaban la música marina a menos de una braza de una playa menor, bien resguardada, en la que descansaban otros seis bajíos bocabajo, imagino que siendo calafateados al comenzar la temporada. Los hombres que en ellos trabajaban nos observaban curiosos, pues allí mismo arrumbábamos nosotros.

—Este no es un puerto normal, Moro, y no me refiero a su innegable belleza. Pocos encontrarás por estos lares que no hayan cruzado acero. Tengo amigos, pero no tentemos a la fortuna.

Era un aviso y no un comentario brindado al sol que se escondía tras las nubes. Me temía. Tanto en Dertosa como en Valentia, nuestra primera parada, me había recogido completamente ebrio. El puerto del Turia resultó en especial ajetreado al enfrentarme con un grupo de marineros que pagaron caro no rehuir el envite. Me avergüenzo de ello.

—No me separaré de ti, Sulayman, puedes estar tranquilo —respondí con voz tenue y me arrebujé en la capa que llevaba. Hacía un frío impropio del inicio de la primavera. Me recordaba al aire de la montaña que, hasta aquel día, yo aún no me había topado en el mar. Temblaba. Me miró a los ojos, contagiado de la tristeza que, sin duda, emanaba y que perseguí velar entre palabras y tono enérgico—. Dime, amigo, ¿dónde estamos exactamente? Esta tierra es tan hermosa como fría. Jamás había navegado tan al norte y mucho menos esperaba encontrar a los nuestros.

Me miró con cierto aire receloso o quizás preocupado que, en cualquier caso, reprimió con una sonrisa para responderme:

—Desde Dertosa hacia el norte el litoral no varía en demasía, aunque es cierto que este golfo tiene una gracia singular. El famoso Farajchanit, Jabal al-Quilal, la montaña entre las cumbres. El Fraxinetum de los romanos. La pesadilla de los francos y esperanza árabe de saqueo del *dar al-harb*. Toda esta costa, tan rica como bella, pintada por Allah de intensos verdes y azules, lleva las últimas décadas recurrentemente asaltada por los nuestros. Larga es esa historia. —Le miré invitándole a contarla. Adoraba su arte haciéndolo y me alejaba de mi triste realidad. Paladeaba su voz recordando el fuego de Esparta. Hablaba con la frescura del que por primera vez cuenta un secreto y el temple del que de memoria conoce el tema. Seguro en las fechas y sombras

del pasado. Su impresionante memoria le daba solidez a cada contexto y relato. Continuó—: Nuestra historia, la de los *bahriyyun*, los hombres del mar, comienza con nuestra salida de al-Ándalus durante el despótico gobierno de al-Hakam. Decenas de miles: a Fez, Túnez, o con Abu Ḥafs al-Balluṭi para conquistar Alejandría hasta que el califa de Bagdad los expulsó. Muchos han sido los puertos y tierras atacados u ocupados por los *bahriyyun* desde entonces, curiosamente y aun siendo Hispania nuestra cuna no ocupamos esta zona hasta hace relativamente poco. La culpa de ello era de la gran flota franca, los carolingios. Su caída lo cambió todo. Un duque, Boso de León, reinó esta tierra las últimas dos décadas castigado por los nuestros y los machus.

»Hace algo más de un lustro, cuando el duque murió sin heredero bien posicionado, veinte hombres de Dertosa, resguardándose de una tormenta, conquistaron aquella alquería.

Me señaló al alto del macizo de nuestra derecha, una especie de cerro fortificado.

—Eran *ghazis* —prosiguió—. Hombres de castigo de frontera. El reducto era inmejorable y buscaron reforzarlo. Cien hombres armados con más de dos decenas de caballos llegaron a las tres semanas. La posición estaba tomada. Verás lo que han hecho en estos siete años.

Embarqué en uno de los tres esquifes en los que partimos. Me costó, pues me notaba bastante torpe y me senté en el suelo mientras bogábamos. Era más jaqueca que mareo. Me atacaban con cierta asiduidad desde la pedrada pero nunca con aquella fuerza. Un grupo de unos veinte hombres nos esperaba en la orilla.

—¡Bienvenidos, hermanos de Pechina! —gritaron. Conocían los barcos de Ibn Malikk.

—¡Qué alegría escucharte, Ahmed ibn Nasr! —respondió la Anguila.

Ya éramos hermanos y así nos recibieron.

Ascendíamos por un angosto camino directamente desde la playa. La fina arena se convirtió en guijarros y más tarde en tierra. Sentía las voces cada vez más lejanas, obcecado en los pasos y huellas que me precedían. Continuaba lloviendo de forma monótona e ininterrumpida, lateralmente, sin darte opción a esconder la cara. No lograba librarme del frío que me atería y atrapaba cada vez más. A menos de dos varas, en ambas veredas, crecía un zarzal cuyo

espesor te cobraba cualquier despiste como daga bien afilada. Varios fueron los que yo pagué.

No recuerdo mucho más.

Me desperté en una cama mullida, parecía haberle cogido afición a aquel asunto. No reconocía la habitación. El sol tamizaba una liviana tela azulada que escondía una chata ventana abierta. Ya no hacía frío. Me destapé y levanté, mareándome. Volví a sentarme.

Estaba en Farajchanit, el Fraxinetum de los romanos. Con Sulayman ibn Malikk. O eso al menos creía.

La habitación no era muy grande y estaba bastante limpia. Una mesa de madera sujetaba un candil de dos velas de sebo a medio consumir a la derecha de la cabecera. En el suelo de piedra, vestido con una alfombra parda, descansaba una palangana de estaño limpia. Yo llevaba prestada una túnica corta de suave seda color pajizo. Un hombre entró por la puerta.

—¡Moro! —No le recordaba y me sorprendió la familiaridad del saludo. Salió gritando del cuarto—: ¡Ibn Malikk, Ibn Malikk, se ha despertado!

La Anguila llegó corriendo.

—¡Alfonso! Ya era hora, amigo. En vilo nos has tenido durante cuatro días. Tú has siempre de enredar de una forma o de otra. —Me incorporé sin mareo alguno para recibir su violento abrazo acompañado de una monumental sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Razonablemente bien, supongo, pero ¿qué me ha pasado?

—Una mala fiebre sin importancia. Te desmayaste al llegar a la cima. Cierto es que no te vi del todo bien en el Suahyl mientras llegábamos, pero pensé que sería algo leve, una mala resaca. Poco importa ya, en cualquier cosa.

Farajchanit era mucho más que un puerto concurrido. El sol pintaba de verde y turquesa el mar según su fondo. Parecía estar viendo los ojos de mi niña. Los majestuosos Alpes, con sus blancas cumbres, vigilaban mi desvarío en la lejanía. Sulayman había partido un par de días antes. Yo necesitaba medio mes de reposo y él lo aprovechó para su apalabrada visita a Salaró antes de recogerme ya recuperado.

Quedé en buenas manos y excelente guía, Ahmed había llegado con la primera centena de hombres formando el *ribat*. Caminábamos por la playa, observando las tareas ajenas. Tendría unos cuarenta años y cuatro hijos entre los que destacaba Nasr, un enano de poco más de siete años con una impronta especial. Su padre, pese a ser mucho más alto que Sulayman, tenía una constitución muy similar. Cabezón con facciones pequeñas, delgado pero

fibroso y estrecho de hombros y caderas. También era moreno y curtido por la sal. Con ese ceño fruncido del que acostumbra a mirar desde proa un horizonte difuso. Su mirada, nerviosa, andaba siempre alerta al plano posterior al que los actos requerían. Sus enormes y curtidas manos le pesaban y aportaban un ritmo peculiar.

—Somos más de dos millares y muchos más nos faltan. —Me caía bien Ahmed. Se pasaba el día saludando por su nombre a cada una de las personas con las que nos cruzábamos. Todos convencidos de ser su mejor amigo sin equivocarse. Tanto amor desprendía el sujeto. Entre sus conversaciones y encuentros manteníamos la nuestra. Él era quien hablaba—: No hay oficio que no necesitemos, pero las actividades estrella son el pillaje y el comercio. Extendemos nuestros dominios y poca ciudad cercana virgen queda. Vigilamos el mar hasta las islas y en breve lo mismo acaecerá con los Alpes hasta cortar el camino a Roma. Conquistamos paulatinamente. Asegurando la retirada mediante caminos seguros plagados de fuertes. Podemos ascender y penetrar cuanto queramos en *dar al-harb*. Como la piedra en el agua o la saeta en el cielo. No nos esperan ni están preparados. Las incursiones, además del botín, nos otorgan nuestra principal riqueza, los esclavos. —Señaló una pequeña pradera vallada contigua a la playa, atestada por unos doscientos desgraciados. En su mayoría hombres, de toda condición, edad y pelaje—. Fácil y lucrativo. Muchos proceden de las guerras norteñas, algunos castrados por los talleres de Flandes. Somos la salida natural, pues es en *dar al-islam* donde tienen buen mercado, mucho más que entre cristianos. Nos erigimos como el puerto de referencia para trueques con francos y bárbaros del interior, pues más sencillo resulta llegar aquí que a las lagunas de Rialto. —Crucé una mueca de disgusto. No lograba ocultar mi aversión por los esclavos en general y eunucos en particular, o mejor dicho, por los que con ellos comerciaban. Ahmed percibió mi incomodidad y cambió de tema—: Muchas son las posibilidades, de todos modos. Suspiramos por canteros que nos ayuden con las nuevas fortificaciones, médicos, maestros, labriegos, hortelanos, pastores, herreros o artesanos. Hemos traído nuestras armas, nuestro trigo, cabras y ovejas. No escasea el trabajo en el puerto ya que hasta nuestra llegada ni siquiera calafateaban. —Efectivamente, en ese mismo instante, nos atacó el olor a brea de cuatro barcos tratados—. En fin, no es mal sitio este y faltan brazos. Además, como regalo tenemos un monte cuajado de bestias: venados, lobos, jabalís y cantidad de osos y cabras salvajes de enormes cuernas hacia las montañas. Ya me ha contado Sulayman que te apasiona una buena cacería, te hartarás si así lo deseas.

A eso me dediqué ya recuperado.

El puerto y la playa, pese a su belleza natural, adolecían para mi gusto del embrujo de los hispanos o del otro lado del mar. Me afligía además el constante trasiego de los esclavos y las patéticas escenas que protagonizaban sus separaciones, peleas, castigos o muertes. Me llevaba la mano a mi cruz acordándome de Máximo, de su repulsa absoluta por esta práctica y recordando sus enseñanzas sobre la revolución de Jesús, el primero que se atrevió a llamar hermanos a los que eran menos que perros antes de su palabra.

El bosque y la caza, tal y como escuchara a Demetrio tantos años antes en casa de Mudáhir, eran el mejor atajo hacia la felicidad. La mejor forma de escapar de mí mismo, del entorno y de las tabernas. No lo logré del todo, aunque sí evité enfrentamientos.

Ibn Malikk fue puntual en su retorno, y acordamos zarpar al segundo día de su regreso. La Sicilia aglabí sería nuestro nuevo destino. Mientras caminábamos por la playa camino del bote, el insistente llanto de una niña llamó mi atención. Ahmed y Sulayman conversaban a mi derecha, ignorándolo por completo. La niña contaría la edad de Nasr que, alegre, nos acompañaba junto a su hermano Muhammad. Jugaban a saltar pequeños guijarros que lanzaba el oponente con malicia. Ella berreaba a unos cien pasos, en la pradera maldita, esperando un comprador o ser exhibida en el pequeño mercado de la medina.

Me paré. Dos hombres arrastraban a una mujer, su madre a fuerza del sentido común, semidesmayada. Era una mujer grande y pesada, por el esfuerzo que mostraban sus acompañantes. Joven por la esbeltez de su figura. Sus piernas, larguísimas, superaban la altura de las de sus captores, probablemente hispanos. Su rubia y larguísima melena casi tocaba el suelo. Era fácil imaginarla peleando como contaban que era habitual entre los bárbaros. A su espalda, uno de los guardias silenció a su ruidosa hija de un puntapié tirándola al suelo. Varios esclavos la sujetaron, escondiéndola de nuevas represalias.

—Moro, ¿qué haces? —Sulayman y Ahmed se habían parado a varios pasos, observándome. Ni siquiera intuían la situación. El hombre, una vez habituado, ignora hasta el drama más atroz, ¿cómo si no existirían el verdugo y el sepulturero? Sulayman era quien me hablaba—: ¿Ahora quieres quedarte o qué?

—Ahmed, ¿me harías un favor? —pregunté. Sin entender la razón sabía bien lo que quería. ¿Acaso se debería a la intuición de lo que me depararía el futuro más próximo?

—Claro, Alfonso —me respondió, realizándome una reverencia acompañada de un sincero gesto afirmativo.

—Acompáñame, quiero comprar dos esclavas. —Los dos me miraron estupefactos.

Sulayman me cogió del brazo e interpeló:

—¿Qué dices, Alfonso? ¿Acaso esa fiebre te ha vuelto loco? Hermano, cuida tus actos. ¿Te has enamorado de repente? No pienso meter dos mujeres en el barco. Ni siquiera estamos comerciando con esclavos pese al beneficio que reportan, pues sé cuánto te incomoda. ¿A qué viene esto? Aún resta larga travesía y podría suponernos un problema si la idea es no soltarlas en el próximo puerto.

—Alíviate con una furcia como todos —recalcó Ahmed, rebajando la tensión con una carcajada.

—Te entiendo, Sulayman, y mi idea no es llevármelas. Este es el favor, Ahmed —le dije mientras le miraba de forma franca a los ojos, recordándole su predisposición anterior—. No es dinero lo que necesito. Quiero a aquella mujer y a la niña que llora. —Señalé a ambas en la distancia y retomé la mirada con Ahmed siendo yo ahora quien sujetaba su brazo—. Convencido estoy de que han de ser madre e hija. —Asentía comenzando a entender lo que buscaba—. Las montarás en el primer barco de fiar que marche a Pechina y allí me esperarán en casa de Ibn Malikk. —Me saqué el brazalete de la serpiente con escamas de oro que me regalara el rey Alfonso en su palacio de Ovetao y que durante tantos años me había acompañado. Poco me importaba —. Con esto ha de sobrar para todo.

—No hagas tonterías, Alfonso, no tiene sentido. —La Anguila, pese a conocer mi habitual determinación, peleaba contra lo que él entendía, y probablemente fuera, locura—. ¿Qué quieres hacer? ¿Limpiar tu conciencia de alguna forma? ¿Por qué? Antes de que el sol camine dos pasos habrá otra niña llorando, quizás incluso se trate de unas harapientas gemelas, ¿te quedarás para salvarlas? ¿Venderás la cruz de tu abuelo o la espada de tu padre para ello? Admiro tu generosidad pese a resultar tan estúpida, pero tu anhelo es como buscar vaciar la arena de esta playa a puñados o beberte el mar a tragos. Nada puedes hacer contra la naturaleza. Esas esclavas son dos gotas de agua en un océano. Nada va a cambiar con tu demencia.

—Para ti y para la naturaleza no. Para ellas seguro que sí.

Sulayman realizó la operación y se quedó con mi deuda de treinta dinares, veinticinco por Tara y Hallbera, que así se llamaban madre e hija, y el resto por pasaje y manutención. El brazalete valía diez veces más y decidimos que me lo quedara y ajustar cuentas al final del viaje.

Zarpamos rumbo a Sicilia.

Por primera vez en casi un año me acompañaba una sonrisa.

II

Perfilábamos al sur atajando el Tirreno. Superada la lengua de Córcega admirábamos a babor un monumental islote teñido de negro caliza y salpicado de verde esmeralda. Mientras se perdía, dijo Sulayman:

—Detesto a los compañeros de viaje. —Recortándose en el horizonte a amplia distancia, sobre la escarpada y cada vez más lejana costa, distinguí una verdosa vela latina acechando nuestro rumbo. Relativamente cerca, otra vela cuadrada blanca y roja enfilaba el noreste en la ruta más habitual—. Aquella no es nave de comerciante. ¡Hassam! —gritó a su sobrino—. No los pierdas de vista.

—¿De quién puede tratarse? —le pregunté.

—Difícil es acertar, Moro. Esta es zona transitada y comprometida. Desde hace décadas Córcega, la gran isla a estribor, es escenario de lucha con los toscanos. Mantenemos puertos seguros al norte y oeste, pero a partir de aquel islote —dijo, señalando uno de forma circular y del tamaño de una casa modesta—, no nos quedan bases propias hasta Sicilia.

—¿Y las otras islas que hemos ido sobrepasando a babor? En ningún momento era la costa, ¿no? —Recordé su agreste litoral antes de continuar—: En nada se asemejan a las nuestras, parecen no guardar playas y que Dios las cincelara desde un gran bloque de granito negro.

—Aciertas en que son islas, pero no en su creador. Al menos según la leyenda. —Seguía observando a nuestro enigmático perseguidor mientras hablaba. Un par de gaviotas algo despistadas sobrevolaron el Suahyl—. Narran los pescadores locales que este archipiélago lo formó Venus emergiendo de las aguas y destrozando su diadema de perlas, despechada por el amor de un mortal. Siete de ellas formaron las siete islas. Habremos de esperar otra ocasión para visitarlas, ahora hay que apresurarse.

Nuestro misterioso amigo fue el tema de conversación durante la jornada. La vela de un verde claro bien empopada se aproximó hasta una distancia prudencial, cómoda, como el perro que cansa al jabalí sin ánimo de ataque ni de caer a su alcance. Entre los *bahriyyun* se dudaba sobre su procedencia, aunque la apuesta menos pagada era la de toscanos o pisanos. Los más

optimistas advertían algún comerciante ayudándose de nuestra presencia en su tránsito, los menos, piratas al acecho aguardando compañía o una oportunidad propicia. Sulayman, con buen criterio e imaginando el peor escenario, activó el protocolo de emergencia. Agrupamos al máximo las cuatro naves, aseguramos la mercancía, preparamos las bancadas de remo y, por supuesto, dispusimos las defensas y las armas por si se daba un posible abordaje.

Con la luna ya reina nació una fuerte brisa, casi viento, de poniente. No era el rumbo previsto pues nos acercaba a Cerdeña, pero Sulayman decidió aprovecharla en nuestra huida. Con disgusto observamos cómo nos plagiaba y con alivio que poco duró. Vacilábamos si no avistarlos obedecía a la oscuridad de la noche, un cambio de planes o nuestra nueva velocidad. Hassam, por si acaso, veló la noche completa encaramado en el mayor.

—Ya no los distingo —gritó al alba—. Creo que los hemos perdido.

—Perfecto —le respondió su tío—. Viremos sur. Entraremos por Favignana para llegar a Drépano en lugar de por Ústica para alcanzar Mesana. Ahmed, relévale tú y sigue vigilando.

Así perseveramos día y noche completos sin el viento colaborar en absoluto. Parecíamos navegar un lago. Yo encontraba excesiva tanta precaución hasta que al amanecer la voz de Hassam rasgó el aire de nuevo:

—¡Ahí están de nuevo y esta vez son más! Cuento al menos otros dos.

La expectación se convirtió en drama. Asomados a la estofa, al poco tiempo observamos lo atinado de Hassam. Al menos tres diminutas velas verdes, como agujas de la pinocha en la corriente de un río, agujereaban la espesa y madrugadora bruma en el horizonte. Alígeros, a media tarde los olíamos.

—Esos bastardos saben navegar y van bien aparejados. —Sulayman estaba preocupado—. Debió buscar compañía, lo más seguro que en Ponza.

—¿Crees que pueden abordarnos? —le pregunté.

—Seguramente eso busquen. Pese al velamen que desarrollan son pequeños así que no debe tratarse de flota de vigilancia, sino más bien puro corso.

—Pero ¿no es muy arriesgado? No dudo de su pericia, pero les superamos en número y tamaño y exponerse de esa forma resulta suicida.

—Muchas veces la osadía esconde jugadas sibilinas. No me fío de esta gente. —Calló pensativo. Al rato golpeó la borda y, animándose a sí mismo en un tono que pudiera escuchar el resto de la tripulación, continuó—: De cualquier modo, aún no nos han alcanzado, hemos de aguantar hasta el anochecer de mañana cuando avistaremos Drépano. Allí no osarán acercarse

independientemente de su procedencia. De no alcanzarlo no resultaremos perdiz a peón sino al vuelo, nos mantendremos unidos y les mostraremos con quién se la juegan.

Con la noche ya cerrada, aprovechando que vestía de oscuro, Sulayman nos despertó para jugar su mano.

—¡Recoged la gavia, asegurad la botavara y todos al remo! —gritó entre susurros—. Fuera antorchas. No quiero oír nada salvo la pala quebrando el piélago. Viremos completamente oeste. Veamos si ahora nos cogen.

La orden voló entre las naves y se ejecutó presta.

Yo era virgen en aquella tesitura y, dispuesto, imité cuanto me rodeaba. Resbalé mi remo por la bocana, me senté en el banco y comencé a halar. Apesadumbrado, poco tardé en percatarme de la dificultad que conllevaba y del dolor que me causaba en el hombro herido por Abd al-Malik tantos años antes. Mis brazos no se hacían al pesado remo y desacompasados solo azotaban el agua, acariciándola en ocasiones y hundiendo demasiado la madera en otras. Mis rabiosos movimientos desafinaban el ritmo que con un pequeño mazo marcaba Sulayman y todos seguían. Pon, pon, pon, pon, pon.

Sudaba sin encontrar solución.

—Alfonso, cámbiame el sitio —me dijo a mi espalda Pedro, un marinero de Malaka animado y parlanchín, con el que había intimado. Así lo hice y una vez delante de mí, prosiguió—: Obsérvame. El error es pensar que solo es un ejercicio de hombros y brazos, tienes que ayudarte de todo el cuerpo empezando por las piernas. Procura también conservar la espalda recta para no acabar reventado.

Me concentré en el movimiento. Pedro echaba el remo hacia delante para, tras hundirlo siempre a la misma altura y acompasado con el golpe de Sulayman, tirar de él con el peso de su cuerpo dejando que deslizara la madera en el agua. Efectivamente, no era tan complejo ni molesto y enseguida dejé de sufrir.

—Gracias, amigo —le contesté.

Cerca de romper el alba y con las manos ya ensangrentadas, principiamos a advertir el viento de cara. Lo intuí como una buena nueva, especulando que mientras no soplara a favor colaboraría en la fuga, pero Pedro me sacó de mi ignorancia:

—El viento, independientemente de cómo sople, nunca favorece al remo. Solo estriba en las manos que gobiernen la caña el disfrutarlo.

Con el sol ya de paseo comprobamos que las que nos perseguían sabían. Las tres naves describían rectos ángulos dibujando un enorme zigzagueo que, pese al exceso de distancia recorrida, les permitía aprovechar toda la fuerza del poniente. Este subía y nuestras fuerzas bajaban. A media mañana parecía obvio que nos cazarían antes del atardecer.

—¡Soltad las drizas, cazad las escotas! —Sulayman, en lo que suponía un alivio para nuestros derrengados hombros y laceradas manos, variaba su estrategia.

Ganamos velocidad y alargamos la agonía. Continuaban aproximándose.

Primero pintamos el mástil en la vela, más tarde el casco sobre el mar y, por último, contamos los tripulantes de cada embarcación. Estaban cerca y no eran muchos menos.

—Señores, acicalémonos, ya están aquí nuestros invitados. ¡Vestid los cascos con los escudos! —Navegábamos tan juntos que la orden aullada por Sulayman se escuchó en las cuatro naves. Enseguida, colgados por la borda colocamos cada uno de nuestros escudos para evitar sus garfios y cubrirnos.

Seguían acercándose. La distancia ya hacía tiempo que se medía en codos o varas y no en leguas o millas. Súbitamente retumbó un extraño trueno y de uno de los barcos atacantes salió una gran nube de humo blanco, como si a una cuba de agua arrojaras un metal de herrero ardiendo. Al instante unos gritos emergieron de la Perla, la nave que cerraba nuestro grupo. Llamas azuladas quemaban el casco extendiéndose en cubierta como la ola que subiendo la marea ansiosa muere en la playa.

—¡Eso es fuego griego! —gritó Sulayman.

—Fuego griego. Fuego griego —susurraron atónitos muchos de mis compañeros.

Desorientado, ignoraba a qué se referían. Acariciaba mi cruz buscando respuestas que no encontraba. Otra de las naves atacantes escupió un nuevo trueno y otra gran nube blanca. Esta vez sin acierto. Aquel extraño fuego calcinaba el mismo mar. Aquello era imposible. No lograba explicarme tamaña brujería.

El fuego se extendía en la Perla. La nave crujía pidiendo auxilio. El Estrecho, nuestro barco más cercano a ella, ignorando el riesgo, le tiró unos cabos y se acercó para recibir a sus amigos en peligro.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso del fuego griego? —le pregunté a Pedro.

—El arma más poderosa de los bizantinos. Hasta hoy creía que no era más que una leyenda, pero los ojos no pueden engañarme. Se trata de un fuego

líquido inmune al sofoco. Luchar con él o echarle agua solo logra excitarlo —me respondió nervioso, balbuceando, atónito.

—¡Agachaos, volved a los bancos y remad! Debemos separarnos. Juntos somos un blanco más sencillo. —Sulayman gritaba las órdenes desconcertado, obligado a tomar decisiones ante una situación inesperada—. Ahmed, varía el rumbo con cortos virajes imitando el reptar de la serpiente, debemos dificultarles el acierto.

Obedecimos.

Pese a no ver más que la espalda de Pedro, del todo inclinada por el esfuerzo en lugar de recta, otros dos truenos provocaron nuevos gritos de socorro y desesperación y esbozaron un panorama desolador. Ahora no necesitábamos la maza para imprimir un ritmo frenético. Nos jugábamos la vida en cada remada. Otro maldito estruendo produjo esta vez un intenso olor a azufre y un baño de agua salada. Aquel había caído cerca.

Mientras remaba con el alma, contemplaba a mi amigo que, pétreo con los ojos brillantes, admiraba el cuadro. Por ese extraño instinto del que se siente observado, cruzamos la mirada y percibí en sus negros ojos el mismo peso de la culpa que tantos meses antes descubriera en los de Omar y Catalina. Adiviné su lucha interior y traté de con la mía apoyarle, pues, conociéndole, sabía que no era su vida la que buscaba salvar huyendo. Tú no tienes la culpa, le grité en silencio robándole una pequeña sonrisa de comprensión.

Daba igual.

El siguiente ingenio nos acertó de pleno para cambiarlo todo y voltear nuestras vidas.

Una extraña vasija derramando su mortífero néctar en el vuelo se estrelló en nuestra vela empapándola. Los primeros bancos recibieron una ducha de dolor y muerte, entre ellos estaba Sulayman que justo debajo del puño de amura se llevó la peor parte.

Un ciego reflejo nos poseyó y arrancándonos la ropa tratamos de apagar el fuego que achicharraba a nuestros amigos. Aullábamos desesperados comprobando que nuestra ayuda lo avivaba en lugar de aplacarlo. Peor lo llevaban los aprehendidos. Sulayman, zafándose de cuantos le rodeábamos y entre llamas y gritos, se arrojó al mar buscando una solución. Sin pensarlo fui tras él, agradeciendo mi aprendizaje a nadar siendo niño en el río de Awta. Por fin había dejado de arder cuando lo alcancé y logré cogerle mientras descendía ahogándose. Comprobé que respiraba aunque yacía inconsciente. Hedía como el cerdo que tras desangrarse en la matanza arde entre sarmientos para quedar limpio de pelo. La cara aparecía completamente desfigurada y la

parte derecha del cuerpo no pintaba mejor. Decidí dejar de mirarle y comencé a nadar hacia nuestro barco con su cabeza sobre mi regazo.

—¡Ayuda! —grité desesperado—. ¡Ayuda!

La vela del Suahyl ardía ya con las habituales lenguas rojas superando a las iniciales azules. Un estruendo acompañó al mástil y la botavara en su caída y los hombres imitaron nuestro salto anterior tras, con inteligencia, arrojar varios bancos y cabos al mar a los que asirse. Tardé un buen rato en alcanzar el improvisado balandro compuesto por varios bancos atados entre sí con los obenques. Con alivio reconocí a la mayoría de las caras, Pedro entre ellas.

—¿Ha muerto? —me preguntó Hassan.

Negué con la cabeza tras comprobarlo y así, a la deriva, observamos cómo uno de aquellos malnacidos se nos acercaba.

III

Doce hombres aguardábamos nuestra suerte encadenados por parejas en la cubierta de proa de aquel bajel.

Un tímido farol suspendido de una de las jarcias despedía la única y lúgubre luz de la noche. La naturaleza, vigilante y agraviada ante los desmanes del hombre, había decidido esconder la luna y los luceros bajo un oscuro y pesado manto de nubes. Solo Venus, consciente de nuestro destino, se atrevía a testificar agujereando con timidez aquel firmamento disfrazado de mortaja. En la tierra y sobre el mar, el Estrecho, aún humeaba por el castigo recibido mientras era remolcado. Suahyl, la Perla y sus respectivas cargas naufragaron y con ellas mi querida ULFBERHT, la joya de mi abuelo, abandonada junto al banco de remo. El Espuma, nuestro cuarto bajel, había conseguido escapar. Desgajar la partida no había resultado completamente baldío.

Entre traviesas sombras distinguía a nuestros captores. Dieciséis conté. Eran de talla y pinta similar a la nuestra. Vestían todos de forma pareja, con túnica de calzón corto que llegaba hasta unas altas botas de cuero. Un par de ellos, los más cercanos, vigilaban nuestro devenir látigo en ristre. Costaba incluso levantar la cabeza con aquella pesada argolla que desollaba el cuello en cualquier maniobra. Mi par en suerte era Muhammad, un alto y escuchimizado marinero de Pechina que se movía sin dificultad a mi son. Nos unía una gruesa cadena de hierro de unos seis palmos. Junto a Hassan velábamos por Ibn Malikk, cuya respiración era poco más que un ronco gemido.

Anclados al pairo sin intuir a qué atenernos, aturdidos y desesperanzados entre un coro de lamentos, sollozos y maldiciones, vislumbrábamos nuestro futuro tan negro como la noche.

La llegada de un esquife, recibido con gritos corales en un idioma que no entendía pero intuía, pareció que acabaría con la incertidumbre. Un hombre que disimulaba su corta altura con una crin de caballo sobre su bruñido yelmo subió con otros cuatro a bordo entre gritos y enérgicas órdenes. Vestía como el resto, aunque iba tocado por una capa verde de amplio vuelo que velaba sus

amplias espaldas. Al cuello, un grueso collar dorado hacía de argolla, en los antebrazos lucía brazaletes plateados y en la cintura, un ancho cinturón de cuero. El líder de la manada. De un primer vistazo me pareció que Toribio había resucitado para dedicarse al corso.

Plantado frente a nosotros detuvo su mirada en cada cual como si sopesara la riqueza atesorada en un cofre. En corto se comprobaba cuán egoísta había sido la naturaleza con él. Toribio, a su lado, Adonis. Contrahecho y repugnante, respondía al perfil de aquellos que desconfías de un primer vistazo. Su mirada era profunda, sombría, avara y aviesa, lo suficientemente inteligente para esconder un trasfondo malvado en cada movimiento. Su boca torcida, limpia de dientes, babeaba y la barba despeluchada era más propia de crío que de adulto. Sin duda pertenecía a esa clase peleada con el mundo que solo encuentra satisfacción arruinándolo. Enemigos de la alegría y envidiosos del triunfo y placer ajeno. Al detenerse en mí, y en mis brazaletes, una trágica sonrisa cruzó su cara como quien encuentra oro en el río o furcia guapa y barata en taberna. No le oculté el intenso desagrado que me causaba y amenazador aguanté el tipo.

Dios, cuánto hubiera pagado por verme libre y reventar esa pequeña cabeza de comadreja.

Aquel sentimiento se intensificó infinitamente cuando tras una orden varios de sus hombres, introduciéndose entre nosotros y nuestras protestas, separaron a los dos heridos graves del grupo. Uno era Acrahf, primo de Ahmed, que no contaba veinte años. Había sobrevivido pese a perder una pierna al engancharsele en un cabo suelto y lívido parecía desangrarse. El otro, Sulayman. Hassam, encadenado a su tío, trató de resistirse sin conseguirlo. Yo agarrando a la Anguila recibí un latigazo que me marcó el brazo y otro que me abrió la cara hasta que lo solté. El salado sabor a sangre visitó mi boca tras resbalar por mi pómulo izquierdo.

Una vez separados nuestros amigos, aquel enano cogió una daga que llevaba al cinto, apresó el pelo de la Anguila, tiró para atrás de su cabeza y evitando la argolla le degolló desatando risas y aplausos entre su tropa. Con los ojos siempre cerrados y sin un quejido Sulayman ibn Malikk cayó inerte sobre la cubierta ensangrentándola de inmediato.

De nuevo el vértigo del horror se abrió a mis pies. ¿Hasta dónde llegaba la maldad humana? ¿Por qué se reían esos hijos de puta? ¿En manos de quién habíamos caído? Aturdido, en lo que tardé en levantarme, Hassan aún unido al cadáver de su tío, ciego de ira, se abalanzó sobre el asesino que, prevenido y probablemente avezado en lides similares, dio dos pasos atrás evitando

quedar a su alcance como quien aguanta justo donde concluye el tiro de un perro atado. Una nueva orden del enano precedió una mano de palos en respuesta a la osadía. Cuando se cansaron y le dejaron exánime, dudando si aún seguía con vida, repitió su macabro rito con Acrahf, orinado al ver lo que le esperaba. Tras licenciarlo, perverso, aquel diablo comenzó a gritarnos mientras nos apuntaba con la daga ensangrentada. No precisamos traducción para intuir que ese era el fin de quien enredara.

Nos desnudaron despojándonos de cuanto poseíamos para vestirnos con sacos pardos y ásperos con forma de túnica. Inexpresivo observé cómo celebraban con júbilo mis brazaletes y cómo la Comadreja se colgaba al cuello la vieja cruz de los Martín. Mi tesoro.

La aciaga noche disfrazada de pesadilla acabó, como todas, pasando. Una paz sepulcral emergía del cielo conquistando la tierra. El sol de la mañana siguiente resplandecía sobre la neblina, el viento dormía aún dibujando un paisaje con cierto toque espectral y estático. Junto a la argolla, recios cabos nos ataban manos y cintura a la borda.

—¡Amalfi! —gritó un asaltante.

Una costa agreste y vertical emergió entre la blanca sombra. En la serenidad antes descrita, la villa parecía encerrada en el hueco de una mano. Un pequeño golfo moría en un puerto que ascendía por una pintoresca trama de callejuelas y escaleras hasta una gran plaza. El conjunto parecía suspendido como una marioneta por los altos cerros moteados de casas. En las cumbres se apreciaban poblaciones a modo de fuertes y vigías.

Todavía no asimilaba la falta de mi amigo. Escuchaba su templada voz resonando serena con cada buena historia. Recordaba a Amalfi como protagonista de alguna, pues raro era el tema no abordado. Poco la conocía de todos modos, pues según me dijo había aflorado en el mapa sin previo aviso. Vecina de la vieja Nápoles no destacaba como gran plaza sino como un conjunto de fuertes próximos y de remoto acceso. Había sucedido lo mismo, aunque en la costa contraria y al norte de la península, con un puerto llamado Venecia. Allí, los fuertes se erigían entre las islas formadas por el Rialto, aquí les separaban abruptos acantilados. Evitaban los ataques por su dispersión al no poseer un gran objetivo a destruir ni saquear y ambas esgrimían esta ventaja para acopiar más negocio y rutas. Ciudades florecientes, sin pasado ni abolengo, que eclipsaban a los puertos clásicos. Quién sabe cuánto durarían.

Con sabor amargo, incapaz de fijarme en nada relevante, observaba la ida y vuelta de algunas falúas a nuestra llegada. Muhammad a mi derecha no levantaba su vacía mirada de la borda. Sí lo hacía Pedro a escasa distancia.

Poco después de anclar comenzó el desembarco. Desde ambos flancos se arrimaban los bateles recogiendo la cosecha. Arracimados, aplastados, esperábamos nuestro turno. Patadas y puñetazos pagaban cruzarse en algún camino lo que nos comprimía hasta la asfixia.

Pisamos la playa donde recibían a la triunfadora expedición. Por primera vez descubría la perspectiva del derrotado. Me sorprendió ver tanta miseria, especialmente en los niños que nos hacían el blanco de escupitajos y pedradas. Un par de herreros trocaron la argolla del cuello por una para los tobillos. Era la primera buena noticia que recibía en aquel par de nefastos días, advirtiendo con trágica ironía lo relativa que puede resultar la felicidad.

Me cargaron con un par de fardos a la espalda y comencé a ascender por la gran, serpenteante e inclinada escalinata de la villa. Encorvado, poco más contemplaba que las piernas de mi antecesor del que ni siquiera conocía el nombre. Entre acurrucadas casas y tras cruzar una plaza señoreada por una imponente iglesia deslumbrante por sus esmaltes y mosaicos, alcanzamos un castillo donde nos encerraron en sus mazmorras. Éramos diecinueve tras unirnos con nuestros colegas de la Perla y el Estrecho. Si los once del Espuma habían escapado, salvo desconocidos milagros, veintidós de los nuestros no abandonarían jamás el Tirreno.

Vagaba como alma en pena, como el asno en la noria. Abstraído desde el asesinato de Sulayman había reprimido mi primer impulso tragándome el orgullo, mordiéndome los carrillos, mirando al suelo y apretando los puños. Dominado por el vaivén del destino, ensimismado en mí mismo y mi alma, recapacité con la claridad que solo nos visita en situaciones extremas. Con la cabeza baja pensé en Gonzalo, mi padre, el Tuerto, el juez de Bobastro, mi mayor ejemplo en vida por la fidelidad a sus principios. Aquel héroe capaz de cruzar el mundo entero por vengar la muerte de su mujer y su hija derramando la misma sangre que yo saboreaba ahora en mi mejilla marcada por el latigazo. Me acordé de la espada, de mi espada, la de mi tío. ULFBERHT. La que un monje franco regalara a mi abuelo Martín tantos años antes y él me cediera para lanzar mis primeras estocadas. La felicité, alegrándome infinitamente, por sumirse en el mar. Reconociendo su sacrificio al no ver empuñada tamaña pureza por aquellas patibularias manos.

Sintiéndome culpable e indigno, lamenté mi fragilidad y fatídicos deseos para acabar con mi vida solo unas semanas antes, advirtiendo que solo a Dios pertenece tal decisión. Relativicé mi pasado, mis fantasmas, mi dolor y mi pena, percibiendo nuestra fugacidad y menudencia y desentrañando la vida

como la sucesión de infinitos albures en los que arrojar al mundo la luz de la bondad y la justicia.

No podía morir allí. Había de controlar mi instinto y canalizar el odio. No debía morir en aquel balandro ni en el puerto, la plaza, el castillo o la celda a manos de asesinos sin escrúpulos. Degollado por la misma daga que ultimara a Sulayman.

Alcé la cabeza observando a mis captores. No me afligían los insultos, los escupitajos, los resbalones, las patadas o las joyas. Ni siquiera la pérdida de mi querida ULFBERHT y su ya añorado giro suave sobre mi muñeca derecha, ni de la vieja cruz de Martín, el talismán que me acompañara desde niño, el inmortal lazo con mi abuelo y mi madre. Esa Comadreja, de torva mirada y triste figura, robando la vida de mi amigo Sulayman ibn Malikk, me había regalado la razón para prolongar la mía.

IV

Huía atravesando la espesura del bosque.

Rodeándome, sordos gruñidos acechaban agazapados entre la niebla. Una luna lejana, amarilla, baja y completa, reflejaba en la bruma nocturna su mortecina claridad. Gruesas y punzantes ramas de espino desgarraban mis brazos y piernas desnudas. En la lejanía se escuchaba a los cerdos de Arxiduna devorando a los pobres condenados que entregaran a Aysún el Gallo. Olía a carne quemada, como mi amigo Sulayman tras ser alcanzado por aquel maldito fuego griego o los cordobeses alcanzados por los pucheros de aceite hirviendo que derramáramos en la defensa de la Mesa del cenobio. Un fantasmagórico búho rompió en vuelo rozándome la cabeza desde una de las ramas bajas de una afligida higuera desnuda por el invierno. Mi entrecortada y jadeante respiración se condensaba según escapaba de mi boca. Hacía frío. Esporádicamente, al buscar a mis perseguidores, cruzaba la mirada con bestias de ojos bermejos cargados de ira. La manada estaba tan cerca ahora que su olor a peligro lo inundaba todo.

Seguía corriendo.

Caí por una pronunciada pendiente en la que ásperas raíces y afiladas piedras bordaron mi curso hasta yacer en una especie de prado que condujo al día y al calor. El ruido del agua reemplazó al de los cerdos y alimañas. Una hermosa mujer de anchas caderas, rubia melena y fino talle se acercó cimbreándose con elegancia y me acurrucó en su busto dándome a beberlo para descubrir entusiasmado que se trataba de un vino fresco y potente. Sacié ansioso mi sed. Era un ángel, una diosa. Me escondía el rostro detrás de sus ojos miel evitando que la reconociera aun resultándome tremendamente familiar. A nuestra espalda, las gotas brotaban de una enmohecida piedra para convertirse en una poza de agua clara y fondo añil. Peces naranjas, verdes y rojos se perseguían traviesos. El susurro de los besos de la diosa en mis lóbulos se convirtieron en gritos y sus caricias se tornaron cada vez más bruscas hasta acabar en un zarandeo.

—¡Bebe, despierta! —me dicen. No reconozco la voz. Mi cuerpo flojo y adormecido se niega a someterse a su dictado aplastado por el peso del sueño. Trato de enderezarlo y entreabro los ojos ante una nueva sacudida en mis hombros que consigue por su brusquedad traspasar la maraña del letargo—. ¡Bebe, perro! —vuelve a gritar el soldado de difusa cara.

En un gesto inconsciente busqué mi cruz en el pecho sin encontrarla. La cruda realidad. La Comadreja. Traté de recordar mi inmediato pasado, borroso como la bruma del sueño.

Habíamos pasado prácticamente medio mes desamparados en la mazmorra del fuerte de Amalfi, desatendidos salvo para asegurar nuestra vida con agua y un insípido y grisáceo engrudo aspirante a gachas. Una mañana volvimos a verlo. Era aún menor sin su yelmo y seguía vistiendo sus altas botas y su capa verde, acompañada esta vez por una clara túnica corta ricamente embrocada. Al cuello y a la vista lucía mi cruz en lugar de su anterior collar y, en su antebrazo diestro, resplandecían los ojos de rubí y la cola de esmeraldas de mi serpiente astur. Le escoltaban seis hombres pertrechados, otro par de ilustres y el que luego descubrimos como médico por el examen físico que nos realizó. Tras este esperamos a que nos citaran de uno en uno.

Era el primero en ser entrevistado. Crucé con Pedro, el de Malaka, una mirada que intenté cargar de seguridad. Cuatro hombres me condujeron hasta el cuarto contiguo utilizado por la guardia. El enano aguardaba sentado, flanqueado por los otros dos notables. Dos candelabros de tres velas con aproximadamente un tercio consumido alumbraban la estancia y marcaban el territorio entre ellos. El de la izquierda era la versión mejorada de la Comadreja, con bastante más pelo y palmo y medio extra. Pese a su fealdad el porte le daba prestancia. El de la derecha, un hombre casi tan alto como yo, enjuto y moreno de barba y manos cuidadas, en nuestro romance me preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Alfonso —le respondí—. Vengo de Tucci en al-Ándalus. —Descarté mentir en lo básico valorando la posibilidad de solicitar un rescate a Omar.

—¿Cuál es tu oficio? —volvió a preguntarme, sin regalarme tiempo a alargar mi respuesta anterior.

—Tengo tierras y ganado en la Rayya. Las cosas no han marchado bien en los últimos años por una larga sequía y decidí probar suerte comerciando. Con ese fin emprendí este viaje que tan mal ha concluido.

El moreno le tradujo a la Comadreja mi respuesta. Su mirada amenazadora esbozó cierta sonrisa de incredulidad y en una carcajada que hizo eco en sus compañeros dijo algo en su lengua mostrando mi, ahora suyo, brazalete. Cuando cesaron las risas, el intérprete me dijo:

—Muchas cicatrices y preciosos abalorios tienes para ser granjero. —Percibí una extraña y cómplice mirada entre ellos y, ya alerta, como el guardia de mi flanco derecho resoplaba y se movía. Algo no encajaba.

—*Attacò!* —gritó el enano.

Inmediatamente controlé la respiración e intuyendo de dónde vendría el golpe esperé una eternidad hasta que el guardia, lento y torpe, se me abalanzó. Di un paso lateral esquivándole para patearle la corva de la rodilla y golpearle en la nuca con ambas manos esposadas. Al suelo. Su compañero más cercano trató de propinarme un rodillazo en el estómago, pero yo lo esperaba y me protegí con los antebrazos. Con el golpe gané distancia y pasé a posición de defensa tratando de alinear a los tres rivales para evitar que me rodearan. El cercano desenvainó y, cuando creía que me iba a ensartar, el hombre de la izquierda de la Comadreja gritó.

—*Quest'uòm è nu' soldatò… e spaventòs.*

Me condujeron al patio del alcázar donde sacié sed y hambre con agua y aceitosas rebanadas de pan de sabor agrio. Más de un día llevaba sin comer ni beber. Confundo mis recuerdos desde aquel momento mezclando una larga caravana, una manada de lobos, una diosa y el ruido metálico del cerrojo al caer.

—¡Bebe, perro! —me gritaba uno de los dos guardias subido al carro donde nos recluían a ocho rehenes.

Nos despertaban a patadas aunque sin ensañarse. En la puerta otros dos servían nuestra ración bañada en aquel horrible sabor agrio. Calculaba que debía ser nuestra tercera jornada en tránsito, pero difícil era asegurarlo, pues, pese al constante traqueteo que me molía cada hueso, dormitaba en un intolerable sopor que me impedía descoser los párpados. El calor y el hedor me aturdían, insoportables, antes de convertirse en rutina. Desde que me apresaran, no me habían cambiado el asqueroso saco que me pusieran por túnica en la cubierta del barco. Dos grillos unidos por una estrecha cadena ensamblaban mis tobillos. En las muñecas unas argollas hacían lo propio. Mientras bebía mi ración advertí como mi compañero de enfrente disimuladamente la escupía en su mano asperjándola de inmediato. Instintivamente decidí imitarle. Había captado mi atención desde el inicio al no ir esposado, cosa que achacaba a su avanzada edad en comparación al

resto, y por sorprenderle despierto en mis momentos de lucidez, observándome. De enclenque apariencia emanaba el brillo especial de la sabiduría con su completa calva disimulada por largos mechones blancos sobre las orejas y tupidos barba y bigote. Almorzamos y al perderse los guardias reparé en cómo de nuevo mi compañero la escupía. Le pregunté con la vista y en un latín de extraño acento me dijo mostrándome los restos:

—*Venenum*.

Volví a imitarle forzando el vómito y asentí con la cabeza en gesto de agradecimiento que él devolvió antes de cerrar sus ojos negros. Por un hueco entre las burdas tablas horizontales a mi espalda observé que reposábamos junto a una senda pedregosa en la sombra de una arboleda. La luz de un sol en su apogeo se colaba entre las ramas conquistando cada orificio del carromato.

¿Dónde estábamos? Me sentía indefenso y extraviado, angustiado buscaba el aire y el cielo en cada recoveco. Lo intuía azul y limpio por su simple reflejo en la madera. Mis compañeros yacían semiinconscientes y yo por primera vez me mantenía despierto. *Venenum*. Esperé hasta que aproximadamente una hora después retomamos la infernal marcha para hacerlo en conversación con mi misterioso vecino. Suavemente le pisé su pie izquierdo y, con dificultad, me dirigí a él en latín:

—Amigo. —Los ojos respondieron rápidos. Tendiéndole ambas manos continué—: Soy Alfonso de Tucci, en Hispania, el hijo de Gonzalo. —Amistoso, las recibió apretándolas con firmeza y mirada directa—. Poco más conozco de mi situación, ¿podrías ayudarme a salir de mi ignorancia?

—En algo supongo que sí. —Una sonrisa tan sincera como pobre en dientes acompañaba sus palabras cuidadosamente seleccionadas. Se tomó su tiempo antes de responder—: Soy Nikolás el macedonio o el griego según gustos, el hijo de Alexandro. Dime por dónde quieres empezar.

—¿Quién nos retiene? —La incertidumbre me asfixiaba aún más que el inmundo ambiente, así que decidí ir directo al meollo—. ¿Qué pretenden hacer con nosotros?

—Somos propiedad de Bernardo Pantaleoni —me contestó con su latín digno de un presbítero—. Tú fuiste botín de Agiulfo, primo suyo, en una de las correrías que tanto recelo despiertan. Ambos son ilustres *protospatarius* de Amalfi. Su familia descuella entre la alta nobleza y prosperan largamente por el comercio con Bizancio, donde cuentan con muelles y tinglados propios. —Se calló cogiendo aire. Tenía un discurso fluido, como quien acostumbra a ejercitarlo. Su edad y aspecto desecado y endeble encubrían firmeza, conocimiento e inteligencia—. La segunda pregunta es algo más compleja,

aunque intuyo que van a vendernos. —Un escalofrío recorrió completo mi cuerpo descubriéndome como esclavo en lugar de rehén. Él lo captó, me dejó asimilarlo y continuó—: Lo que no sé muy bien es cómo ni dónde.

»Hasta hace bien poco hubiera apostado por Roma como destino, y quizás todavía acierte, pero hemos abandonado la vía Apia hace tiempo para coger esta senda, maniobra que me ha despistado. Juraría que ahora nos dirigimos a Montecassino y su vieja abadía, ya que son socios comerciales habituales de los Pantaleoni. Ayer dejamos Capua y por tiempos y distancia cuadra.

—Montecassino… —Traté de recordar dónde había escuchado yo hablar de aquel lugar. Se trataba de un recuerdo lejano que no encontraba. Como un relámpago me golpeó y salió—: El hogar de la santa regla de san Benito. El primer monasterio. La cuna de los benedictinos. El espejo del monacato. —Nikolás dio un respingo, extrañado porque lo conociera—. ¿Allí nos venderán? ¿En eso se ha convertido tan venerable lugar?

—En absoluto —me respondió—. Aquello será solo parada hacia nuevo destino, pues los monjes no comercian con esclavos. Por eso pensaba que podía ser Roma y aún no lo descarto. De cualquier forma, me sorprende que lo conozcas desde la lejana Hispania.

—Viví mi infancia en un cenobio y alguna huella dejó. Poco más conozco en cualquier caso y no imagino cómo respetables cenobitas pueden asociarse con calaña como los Pantaleoni.

—Pese a nuestra compartida desdicha, subjetivo y contrario parecer, los Pantaleoni gozan de admirada reputación general. Su asociación con los monjes es natural. Osados mercaderes bien relacionados y poderosos potentados, sobrados de excedentes y necesidades. Abejas y flores. —Hablaba con suficiencia pero sin orgullo—. Nada tiene que ver la abadía actual con la que fundara san Benito de Nursia a principios del sexto siglo. Los benedictinos continúan siendo respetables y hasta modélicos, pero se han convertido en un estado *de facto* entre el Benevento y las ciudades de la costa.

»En su orden cuentan y han contado hombres de las más prestigiosas y educadas familias. Historiadores y filósofos. Hombres de letra y número. Muchas son las mercancías con las que comercian y su prosperidad ha atraído numerosos saqueos. El último, sarraceno, hace poco más de una década.

Al atardecer llegamos a una gran cuadra donde me abalancé sobre una tinaja de agua situada junto a la puerta. La noté, deleitado, naturalmente pura, alejada de la amargura recurrente, inodora e insípida. Para cenar también se

notó la mano caritativa de los monjes y disfrutamos de un agradable guiso de una alubia blanca. La noche estuvo más animada y nuestros compañeros no cayeron inmediatamente inermes. Preguntándonos por nuestro destino descubrimos oficios y procedencia de los ocho. Yo era el único hispano entre cinco soldados, dos de ellos machus, aún mayores que yo, y otros dos arqueros de Kairowan. Completaban el grupo un músico de Antioquía, un eunuco franco y Nikolás. Además de griego, era maestro aunque poco más habló de su pasado.

Tres días más tarde proseguimos nuestro ignoto camino. Volvimos a la vía Apia y cruzamos la península itálica siguiendo los pasos romanos. Tras Sinuessa vinieron Capua y Benevento, para seguir más tarde por el ramal Trajano. Durante nuestra estancia en Montecassino había repuesto el vigor suficiente como para permitirme desdeñar el rancho. Fingía somnolencia con éxito cuando venían. No volví a soñar con lobos acechándome pero sí con aquella extraña mujer.

Nikolás era un hombre locuaz, culto y entretenido. Magnífica combinación. Ejerciendo de guía me relataba en latín y griego los pormenores de las tierras que hollábamos. Incluso se inició en nuestro romance, una de las pocas lenguas de los pueblos del gran mar que no conocía. Disfrutaba practicando y yo lo agradecía al evadirme de mi realidad triste e incierto destino.

Llegamos a Barium y al detenernos en otra especie de almacén cercano al puerto, alejándonos de la vía por primera vez, observé cómo Nikolás sollozaba.

—¿Qué te sucede? —le pregunté.

—Cosas de la edad, Alfonso. —Hablaba entrecortado, con pequeños gemidos, sin pudor alguno—. Intuyo nuestro destino y me duele la paradoja. —Peleando con sus emociones aspiró, retomando la serenidad y su frecuente deje—. Durante los últimos años soñaba con transitar el itinerario que protagonizamos, pero en ninguna de las mil alternativas evocadas era así. —Hizo una pausa cargada de melancolía para, tras un prolongado suspiro, continuar, alterando radicalmente el tema y el ritmo—: Embarcaremos hacia Dirraquio, ciudad que controlan amalfitanos y venecianos bajo la batuta bizantina, y desde allí enfilaremos la vía Egnatia hasta la capital del mundo que rige León, el hijo de Basilio. Constantinopla, Bizancio, Alfonso, ese es nuestro destino.

No se equivocaba el griego.

Volví a remar esta vez a ritmo de látigo y no de mazo hasta que iniciamos la vía Egnatia.

Nikolás se mostraba callado y taciturno, consumiendo incluso la ración algunas jornadas ante mi asombro. Un día en el que estaba lúcido, mirando al suelo, tranquilo, reflexionando en voz alta, me contó su desdichada historia:

—Yo fui un afortunado, Alfonso, todo lo tenía y por eso mi presente es aún más sombrío. Noble de linaje y rico de familia. Rápido y fuerte. Hábil con la espada y con la pluma. La suerte era tan generosa conmigo que hasta el amor me regaló desde que conocí la juventud. Victoria se llamaba. Ni tan noble ni tan rica como yo pero tampoco descalza y muy respetable. Mis padres entendían mi capricho y no me ponían pero alguno. Todo marchaba bien hasta que comenzó a ignorarme. No entendía qué le sucedía. Las sonrisas se convirtieron en desaires y la primavera, en invierno. No me permitía hablarle, ni atendía mis cartas. Un día en el mercado logré abordarla, estaba sola y yo ciego. De orgullo, de deseo, de rencor, de incertidumbre. —A Nikolás le temblaban las manos y la voz mientras hablaba, fija la mirada en el suelo de una cabeza que pareciera que se le iba a caer al no poder sostenerla los hombros. Hablaba de forma ronca y seca, intentando esconder el dolor—. Ciego. Me dijo que la dejara y que estaba prometida. La empujé hacia uno de los laterales. Pasábamos desapercibidos entre la muchedumbre. Empezó a llorar con lágrimas que llevan mortificándome cada minuto desde aquel día. El único que no las vi. La ceguera del deseo comenzaba a ganar al resto. La empujé hacia un callejón tan sucio como mi alma y consumé mi desvarío. Salí de allí con la cabeza a punto de estallar. Vagando como el diablo que era. Sin entender mi proceder. Maldiciendo mi orgullo. Trescientas veces desestimé volver para ayudarla. Unas horas después en una de las posadas en las que acallaba mi conciencia llegó la noticia: una joven había aparecido muerta en la plaza de la iglesia de San Jorge. Se había tirado desde el campanario. Volé hacia allí convencido de lo que encontraría.

»La gente, como los buitres, se arremolinaban a su alrededor. Toda Selanik se hallaba allí. Distinguí a sus padres arrodillados junto a su cuerpo. Debía estar a unos diez codos cuando aprecié sus ojos sin vida. Culpándome. Inocentes. Victoriosos.

»El pecado y la maldición descargaron en mí su legítima furia. La cobardía les acompañó. Corrí a casa, recogí cuanto pude y volé en el primer barco. La suerte y la justicia, con buen criterio, comenzaron a cobrarse todo lo que les debía hasta acabar como un esclavo. Borracho además buena parte de

mi vida hasta descubrir que no sería capaz de acabar con ella de esa forma. No hay día que los ojos de Victoria no me hagan pagar mi pena.

Le observé atentamente. Creyéndole e identificándome con su merecido castigo. Seguía temblando. Recapacité en el sincero cariño que le guardaba siendo su falta la que más detestaba y que bien merecía castigarse con la muerte. Un violador. Recordé a Máximo y su teoría sobre la relevancia de conocer al reo que camina al patíbulo.

Qué difícil me resultaba juzgar.

Mi robustez me permitía casi prescindir de alimento y bebida, y en este castigo descubría más regocijo que condena, alcanzando un equilibrio con el que ni soñaba previamente. Llegó un momento en el que todo se convirtió en el ahora. Mucho me había torturado con mi pasado hasta que dejó de importarme. Tras dos meses cautivo, y recordando mi último año, constantemente me descubría superando el límite mental y físico de las penurias que puede soportar un hombre.

El asalto naval, el asesinato de Sulayman, las privaciones cotidianas, la obsesión por mantenerme vivo, conseguir la libertad y consumar mi venganza parecían haber eliminado la angustia que me atenazara. Qué lejos quedaban Catalina y Omar o Alfonso el Magno y los omeyas y qué cerca las enseñanzas de Máximo y las palabras de san Agustín: «Conócete, acéptate, supérate». Ridícula resultaba mi vida anterior, la frustración por nimiedades, el vino como único consuelo a mis pesadillas, el sentido extremo de una malentendida justicia, la falsa felicidad basada en distracciones fútiles.

La verdad de la vida se me mostraba ahora resplandeciente.

Comer con hambre, beber con sed, orinar o defecar con limpieza, un baño de agua fría, perseguir el rastro de un esquivo animal, dormir con sueño o contemplar las estrellas sin él. Besar a la mujer amada, hablar, callar o escuchar a elección propia, ¿qué podía superar a la libertad de elegir camino y ocupación y la satisfacción de las necesidades más primarias? Aquella era la auténtica felicidad. Todo de lo que había gozado previamente sin otorgarle valor alguno obcecado por falsas exigencias.

La fatalidad, generosa, liberaba mi alma enseñándome preciosos atajos futuros hacia la dicha. Extraño resulta que hoy recuerde con gozo tan funestos días y cómo el sufrimiento y la superación que conllevaban me redimió regalándome una paz que jamás volví a encontrar.

Tras ya más de tres semanas en Grecia al llegar a una nueva ciudad, importante por su imponente muralla y la calidad de sus edificios y calles, rompió de nuevo Nikolás a hablar recordando su pasado, esta vez lo hacía de forma desconsolada. Oteaba a través del hueco que, con el paso de las jornadas, había agrandado y perfeccionado a su espalda. También yo lo había hecho con el propio en busca de visión y una ansiada corriente de aire. Traté de reprimir nuevas preguntas sin poder evitarlo.

—Amigo, ¿qué te sucede? —Me preocupaba por él, sintiéndome unido a su intensa pena—. Indícame cómo ayudarte.

—El que acabamos de pasar es el arco de Galerio, Kamara. Más de cuarenta años llevaba sin verlo. —Susurró para él mismo mientras me llamaba con la mano sin volverse, invitándome a incorporarme para que oteara a través de su rudimentaria ventana. Así lo hice, aunque me costaba ver por la distancia. A él le daba igual—. Cruzamos Thessaloníki, Selanik. La perla del Egeo y el golfo Termaico. Mi patria. Mi casa. Mi ciudad. Mi vida. La capital de Macedonia. En los últimos días, intuyendo nuestro devenir, tentado me hallé de evitar verla. Incluso tomé la envenenada ración un par de veces buscando la inconsciencia y acallar no el hambre, sino el infinito debate que me oprime desde que embarcáramos e intuyera nuestro destino. El impulso de sortear el dolor era grande, pero la atracción y la curiosidad por volver a admirar mi patria vencieron. ¿Acaso no gozaría el ciego, aunque solo fuera una vez, por contemplar un limpio atardecer frente al mar? Subiendo por esa calle —dijo, señalando a su izquierda—, hacia la ladera del oeste, dejas a un lado la Rotonda, la iglesia de San Jorge, para llegar a la plaza del palacio de Galerio. Por esa otra —señaló hacia atrás—, caminando entre estrechas callejas repletas de vida y olores, desembocas en la Hagia Sofía, la hermana pequeña de la de Constantinopla. —Volviéndose, se sentó cansado y cerró los ojos, siguiendo el camino mentalmente—. Bajando por su paseo, bañado por el olor del jazmín de sus jardines en verano, alcanzas primero los sastres, después los herreros y por último los pescadores que flanquean el camino hasta llegar a mi barrio que preside un poco más al sur, la Torre Blanca.

»Allí donde la vista se pierde contando tan numerosos esquifes y bajeles como pelos en una nutria. Este debe ser mi destino y que Dios me vuelva a juzgar si aún algo le debo.

V

La ciudad se asomaba en cada alto del camino y, aunque intuía su esplendor por las torres y campanarios, en absoluto descubría su término. Poco, de todas formas, veía desde mi modesto ventanuco. Aquella inmensa muralla lo ocupaba todo. Pese a ser leyenda desde que la fundara Constantino y la reforzara Teodosio jamás habría imaginado obra tan colosal. Un formidable bloque macizo, un cerro infinito pintado por trazos blancos y rojos, se disipaba en la lejanía. En su cima laboriosas hormigas trajinaban atareadas.

Según nos aproximamos, advertí que aquellas líneas no formaban un elemento compacto. Como bienvenida un foso tan ancho como un río de buen tamaño anticipaba un primer muro que me superaba en altura. A su espalda se abría un espacio capaz de esconder a las unidades de vanguardia.

—¡Constantinopla!

—Si esta es la entrada, imagínate el salón principal —dijo en árabe Agfar, uno de los arqueros sarracenos, al sobrepasar el segundo anillo. Me giré para observarle en pie, como el resto, mirando hipnotizado la muerte de la vía Egnatia.

Cruzando un camino algo más ancho que el anterior nos esperaba la puerta de Oro. En una triple y gigantesca arcada de pilastras de mármol coronada por parejas de elefantes, reinaba la enorme puerta dorada, siempre cerrada salvo cuando el emperador regresaba victorioso de alguna batalla. A los laterales, dos grandes puertas sí permitían y cobraban el tránsito. Era la única entrada a la vista de la formidable y majestuosa muralla interior que desde su edificación no había sido violada por ejército alguno. Más del doble de alta que la exterior, alternaba con estas torres cuadrangulares o de media luna donde se distinguían catapultas y otros ingenios defensivos.

Franqueamos la entrada y al penetrar hube de pellizcarme por si soñaba. Si Ovetao resultaba ridículo al compararlo con Corduba, esta quedaba en alquería contra la vieja Bizancio. Avanzábamos por una amplia e infinita vía, la Mese, de trazado tan recto como una vela y que atravesaba la ciudad como una estrella fugaz lo hace con el firmamento limpio. Habitualmente moría en

soportales comerciales y cuando no lo hacía revelaba imponentes edificios, palacios y mansiones. Se respiraba opulencia.

Los tenderos vociferaban las bondades de su género porfiando entre ellos en el vigor de su canto e incluso, como los jilgueros, melódicamente en su reclamo. Por lo general y entre muy diversas razas y lenguas, observaba al personal más cetrino que nosotros de piel y pelo, con una complexión inferior en altura y anchura y considerable menor gracia. Rayando lo grotesco, la mayoría portaba estrafalarios sombreros y tiaras que en el caso de las mujeres a veces descubrían largas cabelleras trenzadas y en el de los hombres casi siempre recortadas y aceitosas barbas. Pese al calor del estío portaban túnicas de seda o sayales de largas mangas abrochados primorosamente, de claros colores y conjuntados con sencillas calzas o sandalias cuando no iban descalzos.

Un coro de innumerables campanas surgido de cada rincón de la ciudad tañó en alegre son a nuestro paso. Las doce. Palomas y gaviotas bailaban sobre un nítido cielo con sus vuelos acrobáticos. Por fin y tras pasar unas enormes cisternas, abandonamos la caravana para girar a la izquierda y detenernos ante una fachada simple y sin ventanas, custodiada por cuatro guardias y un gran portón de hierro enmarcado en madera con multitud de candados y cerrojos.

—*Alea iacta est*, Alfonso —dijo el griego, abandonando su lucerna para sentarse en su banco—. Poco, recapacito ahora, te he advertido sobre cómo subsistir como esclavo pese a mi indudable experiencia. —Le observaba aún de pie hasta que entendiendo la relevancia del asunto decidí sentarme frente a él—. Supongo que entrarás en la guardia de la casa, posiblemente como los machus. —Indicó con la cabeza a nuestros compañeros del norte—. Puede habernos adquirido a los ocho el mismo hombre; en caso de que así fuera se tratará de un notable bien posicionado. Poco importa en cualquier caso, pues nuestra principal arma como esclavos sirve en cualquier escenario. —Tenía los ojos clavados en los míos—. Ser invisible. Aparecer solo al ser necesitado.

»Olvídate de tu dignidad, esa la perdiste cuando apresaron tu bajel. Ahora vales lo que considere el amo que le sirves como mercancía. Como títere en sus manos, él decidirá por ti, y en función de tu comportamiento y utilidad, tu vida resultará más o menos sencilla. Nada poseerás y, salvo milagro, ni siquiera amar te será concedido, así que rechaza cualquier tentación si algún día sueñas con volver a visitar a tu amigo Pantaleoni. En mi caso ha resultado sencillo, pues jamás volví a conocer mujer tras Victoria. Ese y el eterno remordimiento son los peajes que yo mismo me impuse.

—Gracias, Nikolás —le respondí, apreciando su consejo pero sordo a él —. No concibo permanecer aquí para largo. Hasta ahora me ha parecido imposible la fuga, ¿crees que será factible una vez asentados?

—Más sencillo resultará, seguro, pues no ha existido opción alguna hasta ahora, pero no confíes demasiado en ello. —Una sonrisa bañada en tristeza acompañaba sus palabras. Gritos de actividad en extraña lengua llegaban desde fuera del carro—. Para salvar cualquiera de las puertas que hemos ido sorteando precisarás de un visado, y, no te quepa duda de que estaremos controlados hasta ganarnos la confianza suficiente, si es que llegara a suceder. Si lo consiguieras, el amo hará cuanto pueda por darte caza pues así se comportan todos, con independencia de su condición, para impedir que cunda el ejemplo. De aprehenderte, el castigo será extremo, probablemente la muerte. Si tuvieras éxito y desaparecieras, otro u otros, tus más allegados durante el cautiverio, saldarán tu deuda. Ese, sin duda, es el mejor de los grilletes y el que me ha provocado no haberlo intentado jamás. Bien vale arriesgar la vida propia por la libertad, pero no si lo que provocas es confinar de por vida tu conciencia a costa del cadáver de un amigo. Al menos en mi caso suficiente culpa cargo ya. —Exhaló un largo suspiro cargado de melancolía y, con reluciente mirada, despidiéndose, continuó—: De estar convencido en tu objetivo aléjate de a quien quieras bien.

La puerta se abrió y penetramos en un enorme *atrium* aún en el carromato. Bajamos para continuar haciéndolo hasta unos sótanos desde donde accedimos por ceñidos pasadizos a un suntuoso *hamman*. La simpleza de la fachada escondía una descomunal mansión. Allí, entre risas y comentarios, divertidos por nuestra extrema delgadez y peor aspecto, nos desnudaron íntegramente varios hombres para refregar nuestros cuerpos con ásperas esponjas y paños. A la paliza le siguió un baño en una fría y maravillosa terma que disfruté como puerco el barro. Tras vestirnos con una túnica blanca corta y un par de sandalias nos despiojaron rasurándonos a todos pelo, barba y bigote sin miramiento alguno.

Regresamos al *atrium* y ascendimos por una desahogada escalera de piedra a un gran salón abierto en terrazas y balcones, con jardines colgantes que acogían a la agradable brisa cargada del aroma del mar. El cruel estío exterior se convertía en agradable primavera interior. El piso florecía bosquejado por mosaicos de mármoles de colores. De las enyesadas paredes brotaba también el mármol en un espacioso zócalo inferior y del techo plano colgaban suficientes lámparas de aceite para convertir la noche en día. Donde mirara descubría mesas, tapices, estatuas, sillas, alfombras o cortinas y, sobre

todo, pasión por el detalle. Allí residía su clase. Convertían en distinguido al objeto más vulgar. Una jarra de cobre, un viejo mapa, un conjunto de caparazones de erizos de mar de variados colores. A aquella casa se le derramaba la elegancia.

Aguardamos firmes hasta que, de uno en uno y en lo que me recordó mi entrevista en Amalfi, desfilamos a un cuarto contiguo. Sonreí sarcásticamente para mis adentros, incrédulo ante la rueda de la vida, reflexionando en qué pensarían mis allegados de conocer mi situación. De nuevo fui el primero y tres guardias me escoltaron permaneciendo a mi espalda mientras yo accedía al cuarto.

—Alfonso, el Hispano. Toma asiento, por favor. —La voz timbrada pero firme de un eunuco me daba la bienvenida en un perfecto latín, al instante agradecí interiormente haberlo ejercitado durante el trayecto.

No acertaba distinguir a mi interlocutor bien, pues me encaraba a contraluz en una pequeña y coqueta cámara, probablemente sala de trabajo o lectura. Una fina alfombra cubría casi su totalidad y a derecha e izquierda cantidad de legajos atestaban un armario y una estantería recubierta en marfil. Aquel hombre, tocado por un extraño sombrero muerto en dos puntas simétricas, se sentaba tras una gran mesa de plomo en forma de D con dos grandes ventanales vigilados por cortinas recogidas a su espalda. Tomé asiento.

—De Hispania, ¿de dónde? —quiso saber.

—De Tucci —respondí.

—Andalusí entonces, ¿cerca de Qurtuba?

—Relativamente, sí, supongo.

—¡Qurtuba! —Suspiró. Su boca transmitía una sonrisa que quería ser amable. Unos ojillos expresivos e inteligentes buscaban leer mis reacciones de modo que escondí la repulsa que sentía ante su condición de castrado. Pese a mis prejuicios me cayó bien—. Maravillas hablan de ella y de al-Ándalus.

—Ciertas son esas palabras, pero, por lo poco que he podido entrever, mucho debe envidiar a Constantinopla.

—Seguro. Tiempo tendrás de conocerla pues harto lo merece. —Se puso a leer un pergamino que descansaba sobre su mesa.

Yo comenzaba a imaginar sus facciones una vez acostumbrado a la claridad reinante. Difícil era distinguirlas entre tanta carne. Su tez era clara y de aspecto suave pese a aparentar ya una edad avanzada. Adornaba la barbilla cierta pelusa rubia de escaso poder.

Volvió a mirarme y dirigirse a mí:

—Curioso es tu caso. Es extraño contar con hispanos. Marchabas con los *bahriyyun* en una ruta comercial, aunque se apunta a que pudieras ser soldado o pertenecer a la nobleza local por las alhajas con las que fuiste apresado y tu presencia. Extraño es que no buscasen rescate los Pantaleoni. Ellos sabrán, porque eso ya no importa. Te compramos como soldado, aunque parezcas ya algo viejo y tu estado sea lamentable. —Era la primera vez que me llamaban viejo. Lo había hecho sin miramiento como el que llama peludo al perro. Atormentándome y arrastrándome a posición defensiva—. Pareces instruido y nada te ha costado seguirme hasta aquí en latín. —Sonriéndome condescendiente a la vez que frío, concluyó—: Cuéntame quién eres y encontremos la mejor forma de aprovechar tus servicios.

Me tomé un instante en meditar la respuesta ya que no esperaba participar en aquella decisión. Me miraba fijamente, buscando en mis ojos leer la verdad antes de escucharla. Yo, devolviéndole la mirada, decidí regalársela y hablé:

—Aprendí el latín, algo de griego y a leer en un cenobio durante mi infancia. Desde allí arrastro también fe en nuestro Señor y el gusto por el silencio, aunque supongo que, como bien dices, guerrero ha de ser la profesión que mejor me calce pues a poco más me he dedicado que a pelear, viajar y cazar. La guerra recorre Hispania y al-Ándalus desde hace años y raro es el verano sin aceifa propia o enemiga. —Hice un silencio intentando que leyera la sinceridad de mis palabras, pero también mi falta de ánimo para recordar nada más. Proseguí—: Decidí acompañar la expedición de un amigo comerciante con tan amargo final como el que me trae aquí.

—Bueno, peor podía haber resultado —me interrumpió—. Tienes mirada franca e inteligente aunque actitud desafiante. No es habitual mostrar entereza en tu situación tal y como estás haciendo. Suerte tienes de que yo lo interprete como falta de costumbre y no como insulto y que, tras mis años en estas lides, confíe más en mi mano izquierda que en el látigo para enseñarte modales. —Me revolví molesto en mi silla, aquel hombre pese a su débil apariencia mostraba enorme confianza y una fina sagacidad a la hora de leer mis pensamientos. Aquello me incomodaba—. Tranquilo, en todo caso, no has de preocuparte.

»Yo soy Teófilo, mayordomo jefe en casa de los Martiniakoi. Desde hoy estás bajo mi responsabilidad. Nada sucede en esta casa sin mi conocimiento desde hace décadas, y así continuará siendo. Nuestro amo Artemio Martiniakoi valora tanto la espada como la pluma y la palabra, y juzga a los hombres por su mérito y no su cuna pese a que la suya fue de oro. Afortunado

eres, Alfonso, de haber tropezado aquí, pues no te resultará arduo aclimatarte si tu proceder es sagaz.

Mi orgullo me traicionó dibujando una sonrisa de escepticismo y suficiencia como respuesta. Teófilo no la pasó en balde y continuó cortante:

—Piensas en pasado y te equivocas. Tu corazón es humilde pero no lo son tus ojos ni tus gestos. —Luego suavizó el tono como si hablara a un zagal—: Cuanto antes entiendas que eres un esclavo antes podrás liberar, si no tu cuerpo, sí al menos tu mente buscando alcanzar el máximo partido a tu existencia. La inmensa mayoría aquí somos cautivos. Soldados, cocineros, sastres, siervos, limpiadores, palafreneros… no es tan mala la vida que llevamos y en muchos casos supera de la que pudiéramos venir.

—Lo siento, me cuesta resignarme a mi situación —le contesté.

—Evita la resignación optando por la adaptación, Hispano. —Me dijo en tono conciliador. Su voz, pausada, femenina y firme, cada vez se me hacía más agradable al oído aunque la enturbiara la vista—. Estoy seguro de que mucho podrás aportar en esta casa pues no es común encontrar servicio de tu trazo. Si convulsos son los tiempos por tu tierra no menos lo son aquí, y necesitamos gente leal y de mano firme a nuestra vera.

»Ya continuaremos nuestra conversación y te encontraremos tarea, ahora dejémonos de charla y baja a la cocina por un buen almuerzo. Debes recuperarte pues poco más pareces que un esqueleto andante. Antes de ayer celebramos el decimoquinto cumpleaños de Bohemundo, el primogénito del amo, y aún quedan viandas de entonces.

Salí de aquel cuarto reparando con amargura que aquel agosto, mientras Bohemundo celebraba su decimoquinto cumpleaños como un príncipe, yo comenzaba mis cuarenta como un esclavo.

VI

Caminaba a pasos laterales sobre el círculo bosquejado en la arena del patio. Liutprando hacía lo propio retrocediendo, en busca del espacio que yo le robaba, arrastrando los pies asegurándose evitar tropiezos.

Consternado por la melancolía no podía evitar recordar a Ayyub con su edad. En nuestro patio de la alcazaba, escuchando el rumor de la fuente, con el chico atento en la mirada, ya con la guardia alta, ávido de conocimiento y mucho más hábil que el bizantino. Ayyub. Bobastro.

La fortuna, tan esquiva previamente, me había sonreído regalándome aquella ocupación algo más llevadera y que me liberaba de mi ostracismo. Aquello había comenzado aconsejando al pequeño Liutprando, primero de los hijos del segundo matrimonio de Artemio y tercero tras Bohemundo y Sara, cómo realizar una estocada un año antes mientras entrenaba.

—Mantén siempre el izquierdo alzado —le dije tras pararme mientras cruzaba el atrio. Se quedó observándome, extrañado de que aquel enorme hispano, mudo hasta aquel día, se atreviera a dirigirse a él y lo hiciera en griego. No pude contenerme observando su escasa pericia en cada movimiento—. Flexiona, concéntrate y acompaña el máximo peso al moverte —rematé.

Me siguió observando hasta que, acercándome, le mostré físicamente cómo hacerlo.

Desde ese día comenzó a buscarme, y al preguntar a su padre si podía entrenar conmigo no encontró oposición. Algo más de dos años llevaba ya en su casa. Los dos peores de mi vida. Vivía ensimismado en mi soledad. Evitando cualquier contacto y esperando una señal, una oportunidad. Observaba la vida pasar a las puertas de la casa en guardias eternas mientras soñaba con regresar a mi casa, mis amigos, y, sobre todo con la libertad. El problema no eran los quehaceres, la comida o el lecho sino la absoluta e íntima ausencia de dignidad. A perder la esencia humana que solo la libertad concede para reconocerse de menor valor que un jarrón, un perro o un pájaro enjaulado. A vivir atento a la vida y necesidades de otros en lugar de la propia.

Artemio Martiniakoi era mi amo. La estricta élite de la ciudad de Constantino, la capital del mundo. Por sus venas corría la sangre de emperadores de distintas dinastías, alguna casi tan vieja como la ciudad. Existía una profecía que incluso decía que aquel apellido gobernaría de nuevo. Actualmente estaba en la diana de intencionados rumores, calumniado junto a su familia por la muerte de Zoé Tzautzina, la emperatriz. Todos recordaban que, siendo aún la amante de siempre del emperador León, hasta allí había llegado tras la muerte de su marido Teodoro y de la anterior emperatriz, Teófano, sobrina de Artemio. Hija de su hermano menor Constantino y su cuñada Ana. Hacía de aquello unos tres años y desde allí arrancaba el ruido con los Martiniakoi y su necesidad de una guardia extensa.

Empujado por mi propia naturaleza me encerré en mí mismo y seguí el consejo de Nikolás para convertirme en invisible ante mi incapacidad de adaptación a la condición de esclavo. Hasta las conversaciones del resto de la casa me entristecían. Como en cualquier centro de poder, la corte era la comidilla del vulgo y lo que no levantaba comentario alguno en morada vecina provocaba la mayor intriga al ocurrir en palacio. El ruido se hizo ensordecedor al morir las dos jóvenes emperatrices. Yo me bañaba en escepticismo. Nada me importaba la vida de aquellas personas aun sorprendiéndome la obsesión del resto del servicio por ellas. Me aburría comprobar cómo la conversación del siervo giraba en torno a la vida de otros y no a cualquier otro tema de interés y profundidad. Limitando nuestra ya de por sí triste existencia a vivir la vida ajena sin sumergirnos en la propia. Solo encontraba cierto consuelo en alguna conversación con Nikolás, aunque tratara de no acostumbrarme a ello.

Artemio apenas salía de casa desde lo acaecido en palacio y buscaba distracción observándonos entrenar. Pese a la ya avanzada edad de Liutprando todavía usábamos espadas de madera. ¡Qué diferencia con Ayyub! Me defendía de sus impetuosos golpes esquivándolos, haciendo algunas paradas, dándole consejos y algún coscorrón.

—Hispano —me dijo Artemio apoyado en la balaustrada de la escalera.

—Señor —le contesté tras dejar de bailar la empuñadura de la espada, girándome e inclinando ligeramente la cabeza tal y como me había acostumbrado, comportándome sin darme cuenta como el perro que cede la pata a la orden.

—Aprecio cómo le adiestras, pero debes forzarle más para que aprenda a sujetar la guardia, no temas que reciba un poco. —Su tono era agradable

aunque con un punto de exigencia. Prosiguió, dándome una orden—: El domingo me acompañarás a la iglesia. Apáñalo con Teófilo.

El sol brillaba con fuerza tras una semana de intensa lluvia bajando por la calle Mese. Seis hombres escoltábamos a Artemio y a sus tres hijos a la Hagia Sophia, la de la santa Sabiduría. Era domingo 26 de septiembre y se conmemoraba a los santos Cosme y Damián, dos de los mártires más queridos por el pueblo, patrones de los galenos, ilustres por su servicio al prójimo.

Anhelaba conocer la iglesia, leyenda para mí tras tantas historias escuchadas. Poco había salido de casa y jamás más allá de la calle Mese. Mis planes de fuga se marchitaban como la rosa en otoño y cada vez me acomodaba más a mi aciago destino. Observaba a las palomas que trataban de hacerse con los restos de comida de la cantidad de tabernas que poblaban la calle. Alguna pagaba su osadía con la certera pedrada de los infantes que las acosaban. Me distraía identificando olores y vaticinando la lengua con la que los hosteleros, en la puerta de sus locales, me invitarían a conocerles y degustar manjares como no encontraría en ningún otro lugar. Ninguno lo hacía en mi querido romance.

De repente me golpeó.

Tras una explanada, una enorme y roja cúpula semicircular se alzaba como una montaña solitaria sobre una iglesia sin fachada con forma basilical. Los árboles de su alrededor parecían poco más que hierbajos o tierno trigo admirando a la amapola. Un enorme conjunto de contrafuertes y muretes la sustentaban. Difícil, por su contundencia, es describir su belleza pese a recordarla como el primer beso de mi niña de Qumarix.

Santa Sofía.

—Ahora atentos —dijo Luis, el franco que dirigía la guardia.

Pasé a centrarme en lo que allí me traía observando a la multitud que cuchicheaba a nuestro paso. Artemio, orgulloso, con paso firme y mirada altiva, era bien conocido por los muchos que curioseaban en la plaza aguardando el paso de los principales que aquel señalado domingo acudían a la catedral.

Tras salvar una enorme puerta de bronce, llegamos a un largo y atestado atrio que recorrimos observando una preciosa columnata que lo cercaba. Costaba avanzar un paso ante tan ingente multitud. Atravesamos dos vestíbulos en los que conté nueve bóvedas de arista, y al pasar la última el día se hizo más día. Una invasión de luz natural y de miles de cirios y velas

estallaba en millones de metales cegándote como cuando con la mirada desafías al sol. La iglesia era una inmensa nave rectangular flanqueada por otra auxiliar con una tribuna y el santuario en el ábside. Como un huevo dentro de un nido, en medio del rectángulo. La majestuosa cúpula se suspendía libre e independiente. Tan arriba que se perdía a la vista dejando en ridícula la más alta torre de un castillo. ¿Cómo era aquello posible?

Una vez ocupada nuestra posición en la parte trasera y buscando explicación al milagro comencé a beber cada detalle como el beodo el ánfora de vino tras obligada abstinencia. La cúpula descansaba sobre cuatro pilares que formaban un gran cuadrado dentro del rectángulo. La sensación de irreal liviandad, de estar suspendida como la luna en el firmamento, la proveía la claridad de las decenas de vidrieras que rodeaban su base y otros cientos repartidas por la iglesia. Luz seductora, amalgama de sol y fuego, trufada de colores y áureo barniz por su constante reflejo en oro y plata. Parecía capaz de tocarse o de abrazarse para con ella ascender a la altura. Allí, en aquel firmamento particular, se adivinaban cientos de cruces doradas rodeadas por estrellas, pájaros de vivos colores, animales fantásticos, variada vegetación y por supuesto los evangelistas, los apóstoles y los santos más venerados por los bizantinos. A ambos lados, como crías alrededor de su madre, brotaban otras dos semicúpulas seguidas de tres más, cada vez más pequeñas.

—Santo Padre, ¿quién pudo acometer semejante obra? —se me escapó tras un suspiro. Admirado y convencido de que jamás el hombre podrá acercarse tanto a Dios en su ingenio. Buscando a mi alrededor por si pudiera descubrir a Simón Pedro con las llaves.

Mucho era el tiempo que llevaba alejado de Dios cuando me estremecí sintiendo de nuevo su cercanía. Al escucharle, caí de rodillas.

Levanté los ojos para observar su cruz y percibí mi camino. Allí reinaba un mensaje de amor. Un amor que partía de la bondad con el prójimo produciendo la generosidad de olvidarse de uno mismo, de la propia felicidad, de los insultos y de las ofensas recibidas. Un amor castigado por la subversión que suponía. Un mensaje que derribaba murallas, idiomas, siglos, razas y clases. Capaz de elevar hasta cotas inimaginables el genio humano.

Cristo, con la voz de Máximo, parecía gritarme tras tanto tiempo enmudecido.

En aquel momento perdoné a Omar, a Catalina e, incluso, a mí mismo. Concebí la fragilidad humana, nuestra menudencia, y aprecié el amor que sabía que ambos sentían por mí pese a su traición. No cambiaba la esclavitud

física por la de la conciencia y me apiadaba del tormento del remordimiento equiparándolos a ellos con Nikolás.

Con lágrimas en los ojos, sonreía en mi interior por el lastre liberado mientras observaba ensimismado cada detalle. Si el cielo techaba aquel prodigio, lo mejor de la tierra lo contenía, y cada columna merecía un tratado de orfebrería con capiteles y fustes de los que apetecía palpar, acariciar e incluso arrancar hojas, frutas o animales.

En el ábside, felices y vigilantes por la obra que solo ellos con su aliento habían podido inspirar, sobresalían dominantes la Virgen sentada en un trono majestuoso sosteniendo al Santo Niño, con los arcángeles san Miguel y san Gabriel a sus costados.

Luis, el franco, situado a mi derecha me observaba divertido. Traté de recomponerme. Nos acompañaba Ulf, Cabeza de Toro, uno de los machus capturados conmigo y que pronto accediera a la guardia personal de Artemio por su tamaño y fuerza, y Balian, un armenio, con años a su servicio y que se tenía por maestro con la daga y la corta distancia. Fuera habían quedado Thorgrim y Olof, otros dos machus. Tolar, el otro que acompañara nuestra llegada, había muerto el anterior año en una fuerte epidemia de malaria que asoló la ciudad y acabó con algunos siervos de la casa y la misma Anteia, la segunda esposa de Artemio.

Aquel día a la vuelta, aproveché cruzarme con Nikolás en el atrio de la casa para preguntarle por la historia de Santa Sofía.

—Comprendo tu curiosidad e incredulidad, Hispano, pues nada debe existir comparable. Yo mataría por gozar de tu oportunidad pues complejo es su acceso. Supongo que habrán hecho una excepción considerando el escenario actual. —Cada vez eran mayores los rumores de familias y posiciones encontradas que obligaban a acompañarse de poderosa escolta a los personajes principales. Por otro lado, él no podía lamentar su situación, ya que había trascendido su posición como maestro en la casa. Teófilo valoraba su consejo y Artemio le trataba con obvia deferencia. Prosiguió—: Justiniano es el emperador responsable del milagro de Santa Sofía apoyándose en una obra anterior de Teodosio. Quería crear un monumento alabado por el mundo entero, un edificio nunca visto, digno de Dios. En un alarde de creatividad, en lugar de maestros de obra buscó científicos. Encontró dos: Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. Matemática pura. Su desconocimiento de la construcción y su profunda comprensión de la geometría les arrojó soluciones desconocidas y permitió construir el templo más grande, original y sobrecogedor que jamás haya edificado el hombre.

Los paseos, aunque esporádicos, se fueron sucediendo para hacerse cada vez más habituales y en el siguiente año conocí el foro, el mercado y el hipódromo, claramente perjudicados por la comparación con Santa Sofía.

Artemio gozaba de una peculiaridad entrañable. Discreto, compasivo y amable, su trato era natural y franco. Propio del seguro en sí mismo y que nace amo y no del que se encuentra los privilegios por el camino. Pese a su posición, juicio, cultura e ingenio escuchaba más que hablaba y en ocasiones lo hacía para sí mismo. Atendía a todo el mundo procurando que nadie se fuera insatisfecho de su presencia. Desconfiaba de la adulación considerándola un insulto a su inteligencia y si algún siervo se excedía en su trato se lo tomaba a chanza. Su ya castigado cuerpo, alto y algo orondo, era más joven que su rostro y su voz, y un niño comparado con sus marrones y profundos ojos. Gustaba de alternar alguna noche en casas de amigos o la Mansión Verde, el lugar de las fiestas más selectas de la ciudad que dirigía la Dama de Constantinopla y con la que Artemio vivía obsesionado. En algunas ocasiones en las cuales salía aguijoneado por el vino gustaba de filosofar de camino a casa.

Aquella noche de inicios de verano estaba especialmente locuaz. Un encontronazo al principio de la velada con Basilio Tzautzes, sobrino de Estilianos y primo de Zoé, le revolvía. Desconocíamos lo sucedido, pero había sido suficiente como para que ambos se evitaran durante al convite y Artemio se animara más de lo habitual con la bebida.

—¿Qué hay más débil que presumir de lo que se carece? —declamaba exaltado, parándose en cualquier lugar y teatralizando sus movimientos—. El miedo al miedo es lo que mueve al hombre. —Zigzagueando como el zorro que se acerca a su presa caminaba trastabillando, siempre a punto de besar el suelo. A voz en grito continuaba con su soliloquio—: Al que busca conocimiento le aterra la ignorancia, al obsesionado por el dinero le espanta la pobreza, el vicioso tiene pesadillas con las privaciones, al que persigue la gloria le aterroriza desaparecer en el olvido. Cada objetivo que perseguimos es para evitar su anverso. Eso es lo que nos define y condiciona. Bendito aquel que no teme, pues solo así se es realmente libre.

Yo, absorto en su monólogo, peleaba por seguir el razonamiento entre sus gritos. Meditaba en la diferencia de lectura que sobre el miedo hacía el bizantino del que a mí me enseñaran en Esparta y con el que había quemado medio al-Ándalus. También sobre la ternura que aquel hombre me producía y

que, en ocasiones, me pesaba al recapacitar que él era quien me retenía contra mi voluntad, esclavo, amenazado de muerte si trataba de escapar.

Torcimos una esquina y a escasa distancia reparé en que nos seguían. Cuatro hombres, de mal andar por el peso que portaban, bajaban en nuestra misma dirección. Vestían aquellas túnicas de manga larga tan habituales y que bien podían esconder cualquier cosa. Crucé la mirada con Luis y le observé también alerta.

Un movimiento delante captó mi atención. El escalofrío de la alerta me sacudió y ralentizó el paso del tiempo. Una cabeza se había escondido claramente en una de las esquinas, varas más adelanté. Volví a cruzar la mirada con Luis pero esta vez en clara señal de alarma, indicándole con un gesto que delante también teníamos compañía. Hedía a emboscada pues el lugar era idóneo, el mejor en nuestra habitual ruta de vuelta a casa. Instintivamente, como siempre que olisqueaba tormenta, me eché la mano al pecho en busca de mi cruz sin encontrarla. La cara de la Comadreja y el cuerpo inerte de Sulayman cruzaron fugaces entre mis pensamientos. Rápido los eché de allí. Ya llegaría el momento de devolver afrentas, ahora debía tomar el control.

—Ulf y Luis, a nuestra espalda —dije imperativo, dirigiéndome a mis compañeros. Hasta aquel día no había dado una orden, pero veloces entendieron la necesidad de obedecerme aceptándolo sin rechistar—. Balian, protege a Artemio.

Nos acercábamos a los de delante y no quería permitir su cerco. En seis zancadas me adelanté al grupo, desenvainé y encaré la esquina. Pese al tintineo que produjo mi loriga en la carrera, la sorpresa se pintó en la cara de los dos hombres que allí nos esperaban. No di tiempo a que la borraran. Tajé el cuello del más cercano estoqueando con ambas manos y me planté ante el segundo. Este ya se había rehecho y me tanteaba. Yo no concebía perder tiempo sin conocer lo que se fraguaba a mi espalda así que ataqué sin dilación percibiendo intensamente la alegría de volver a combatir, saboreando de nuevo la viscosa y caliente sangre del enemigo.

Dios, cómo lo había extrañado. Fuerte. Arriba y abajo, repitiendo. En una estocada baja hice suerte en su muslo derecho y al bajar el escudo le incrusté con la izquierda la daga en la mandíbula, justo bajo la oreja, hasta la cruz. No había olvidado aquella vieja combinación que tan habitual llegara a resultarme.

Me volví, concentrado en la respiración. Exultante al comprobar que recordaba batirme. Recuperé el aliento y la calma mientras analizaba la

situación. Dos hombres que habían salido a mi espalda, de la esquina contraria a la mía, peleaban con Balian y Artemio. Él era el objetivo, obviamente. Luis y Ulf aguantaban como podían a los cuatro que nos acecharan por la espalda. Yo había despachado a los dos primeros. Corrí hacia el más cercano de los que acorralaban a Artemio y Balian, con este herido, y por la espalda le lancé un mandoble. El muy cabrón portaba loriga así que cayó pero no muerto. Su compañero se lanzó en su ayuda embistiéndome, sin embargo yo lo esperaba, así que aguanté con mi peso su llegada. Nos encaramos mientras observaba de reojo cómo Balian remataba al anterior. Me congratulé al ver que el armenio se había movido rápido.

Parecía estar mirándome a un espejo al enfrentarme a un hombre, cercano a mi altura, espada en la derecha y daga en la izquierda. Esta vez dejé que fuera él quien atacara mientras yo trataba de recuperar el aliento tras la carrera. Lo hizo torpemente aunque con fuerza, lo intentó también en la vuelta donde yo le paré. Probó de nuevo con la embestida viéndose inferior con la espada, y esta vez con más suerte, pues al no esperarlo me cogió por sorpresa. Rodamos calle abajo y me costó un fuerte golpe con la empuñadura de la daga entre la nariz y la boca. Abriéndome el labio y poco más, pues no quedaba hueso sano en la nariz. Retrocedí y esta vez amagué por arriba para atacar directamente abajo, cercenándole una pierna en sentido oblicuo. Le corté el hueso como un palillo y le rematé mientras chillaba y convulsionaba.

Arriba la cosa había empeorado, Cabeza de Toro y Balian yacían encharcando el suelo. Luis peleaba con uno de ellos y Artemio mal aguantaba de rodillas, herido, al otro. Me lancé a por este último por la espalda cayendo ambos al suelo y perdiendo ambas espadas. Fue rápido y allí me asestó un codazo que me cazó en pleno ojo derecho, el débil que recibiera la pedrada años antes. Comencé a sangrar y perder visión. Sin saber de dónde noté cómo me abrían el muslo izquierdo en canal y advertí cómo aquel perro sacaba la daga con aviesa intención. Logré cubrirme y esquivar una nueva estocada bajo mi axila con ayuda de la loriga. Busqué yo mi daga mientras recibía la ayuda de Artemio que me lo quitó de encima y, con el alma y con acierto, me lancé directo a su garganta.

Luis, sentado en el suelo, sangrando también, había acabado con el otro.

Acercándonos a rastras, Artemio nos abrazó entre lágrimas.

VII

—¿Cómo te encuentras, Hispano? —me preguntó Artemio.

Se sentó junto a mi cama. Pasaban varios días desde nuestro lance y yo, la verdad, no andaba en plenitud. No me inquietaba en demasía la cara aun siendo un poema, pues no sentía afectada la visión del ojo derecho, pese a estar casi sellado por el golpe, como almeja resistiéndose a ser devorada, extendiendo la cicatriz de la pedrada que ocupaba la sien y llegaba hasta el nacimiento del pelo. La pierna era la que no descansaba en su tormento. Un aguijonazo continuo martilleaba la cara externa de mi muslo izquierdo.

—Perfecto, señor —mentí amagando incorporarme, algo que él evitó sujetándome y con un ademán de que ni se me ocurriera. Agradeciéndolo con la cabeza, continué—: ¿Y vos?

—Vivo, gracias a Dios y a ti —me dijo apretándome el brazo—. Muchas gracias Alfonso, de corazón. Aún no advierto bien lo acaecido y te aseguro que no ha de quedar en vano, pero sí te recuerdo a ti. —Estrujaba con cada vez más fuerza mi brazo y sus ojos, sinceros, hincados en los míos, se humedecían—. Te recuerdo cortando mi embriaguez, asumiendo el mando y escupiendo órdenes antes de salir corriendo sin motivo. Creí que huías, no lo entendí hasta vislumbrar su ataque. Allí regresaste en el momento preciso para quitarme a esa mala bestia de encima cuando ya me encomendaba al Altísimo. —Suspiró—. Me salvaste la vida.

—También vos salvasteis la mía —le respondí tras dejar un silencio.

—¡No me irás a comparar! —gritó—. Te debo esta y mil más. Ni siquiera Luis sabe cómo pudiste hacerte con cuatro, maravillas habla de tu comportamiento jurando no haber visto cosa semejante. Sansón han comenzado a llamarte, pues solo en la leyenda imaginan tamaña destreza.

—Provengo de una tierra dura —dije, arqueando los hombros, algo azorado por el halago.

—No lo dudo, aunque de existir muchos en Hispania como tú poco os costaría conquistar el mundo entero de intentarlo —dijo tras una carcajada.

El esfuerzo le costó dolerse del costado donde recibiera la herida. Parecía superficial pues no aparentaba coartar movimiento natural alguno. Se quedó

mirando al suelo, absorto en sus pensamientos hasta levantar de nuevo la cabeza para tropezarse con mi mirada.

—¿Qué deseas, Alfonso? —Le observé atónito, digiriendo la pregunta formulada—. Me gusta recompensar los servicios y tú me has hecho el más grande posible. Indícame cómo premiarte.

—Solo hay una cosa que ansío, señor —le respondí con la mirada fija en la suya, obviando el protocolo habitual de sumisión. No albergaba duda sobre lo que solicitarle—. La libertad de regresar a mi patria. —Con la mirada aún clavada, se lo argumenté—: Cuando uno vive en su casa el entorno le es indiferente. No repara en el placer de contemplar un atardecer con su esposa, el empedrado ascenso de una calle, el paseo a un lugar recurrente, una copa de vino con un amigo, el familiar saludo de un vecino, el rececho en la vereda del arroyo o el lecho en que uno se acuesta. No valora a los que allí se quedan ni su monótona cotidianidad. En la distancia se recuerda nítido, añorando incluso lo que allí te molestaba, y en mi situación ignorando si recuperaré el trozo de corazón que allí dejé. Artemio, si me ofrecéis lo que quiera, no dudo, yo escojo la libertad. La libertad de elegir mi destino.

—La tendrás, Alfonso —dijo tras un silencio excesivamente largo e incómodo. Sus ojos, enterrados en el suelo, se arrepentían de su pregunta al escuchar semejante respuesta. Dudaba de sus palabras—. Te lo juro. —Miró al suelo. Mentía. Volvió a mirarme—. No puedo entregártela hoy, ni mañana dada tu valía, pero tan pronto solucionemos la situación tienes mi firme compromiso de concedértela. —Se levantó incómodo de su silla junto a mi cama y me apretó con aprecio la clavícula despidiéndose—. De cualquier forma, y aunque cuentas con mi palabra de liberarte tan pronto sea posible, ve pensando en algo más terrenal. No pocas tentaciones existen en Constantinopla capaces de complacer a cualquier hombre saciando sus más remotos deseos.

—La libertad, Artemio —le repetí, sujetándole ahora yo a él su brazo de forma firme evitando su partida. No abandonaría ahí la conversación una vez abierta la puerta—. Cuando a bien tengáis, pero ese es mi único sueño. —Le liberé el brazo y la mirada para perderla en el infinito—. Ninguna otra cosa puede satisfacerme, pues imposible es que sea feliz un hombre consciente de no sentirse como tal.

Tardé en recuperarme algo más de un mes y desde allí, acompañado de una ligera y crónica cojera, me convertí en la sombra perenne de Artemio. Poco era el trabajo que me daba, ya que apenas salía de casa, aunque muchas

eran las visitas que recibía, inmiscuido en un juego cortesano de intereses y fidelidades que a mí no me interesaba en absoluto.

Una mañana, Teófilo, acompañado por Judith, una de las siervas, se presentó en mi cuarto con una túnica nueva ricamente bordada, un hermoso cinturón con incrustaciones de piedras que simulaban un cisne, una capa de amplio vuelo púrpura y unas babuchas a juego acabadas en punta. Dejándolo sobre la cama, me dijo:

—Hoy habrás de acicalarte, Sansón. —Ya me había quedado con aquel apodo entre el servicio de la casa—. No todos los días se conoce al emperador.

El gran palacio se situaba en el extremo oriental de la ciudad, junto al estrecho. Ocho hombres escoltábamos a Artemio y su hermano Constantino en aquel frío día de inicio de invierno. Rebasada Santa Sofía, para mi asombro, los grandes palacios se empobrecían de camino a las murallas hasta no encontrar más que chamizos poblados por hordas de pobres entre los que nos abrimos paso de forma poco cortés.

Avisados de nuestra visita, apenas nos hicieron esperar los guardias de capas azules y largas lanzas que custodiaban la Casa de Bronce y las enormes puertas de dicho material que servían como principal entrada al corazón del imperio bizantino.

—A aquellos hay que encomendarse de querer salir airoso de la visita —me dijo Artemio, señalando dos formidables pencos, también de bronce, que coronaban las puertas—. Harto poderosos son, tanto como vanidosos, y castigan el desdén del visitante —remató mientras les saludaba con la cabeza, cosa que yo imité, acostumbrado a la enorme superstición bizantina, sin acabar de entender la razón.

Ya en el interior comenzamos a recorrer edificios separados por hermosos jardines y viñedos. Variados animales pacían, corrían o dormían libres, ignorantes de su presidio. Nos acompañaba Bernardo, el primero de los mayordomos, y que mientras franqueábamos recurrentes puestos de guardia departía por delante de nosotros confiadamente con Constantino. Cruzamos salas de recepción, de audiencia, de fiesta, de justicia, cuarteles, capillas, talleres, cocinas, telares y un sinfín de dependencias de aquel interminable alcázar que bien pudiera llamarse villa. Con un toque decorativo similar a la casa Martiniakoi, las paredes vestían de mármol blanco con vetas azules y

arenisca roja. Un ejército de operarios, albañiles y jardineros se afanaba en el cuidado de cualquier detalle.

Ascendíamos hacia la Gran Aura, un edificio cuadrado y amarillo que albergaba el salón del trono, entre los reales aposentos conectados al mar mediante sinuosas escaleras y terrazas. Allí, señoreando la colina y entre dos palmeras, donde moría el sendero de mármol recorrido desde nuestra entrada, encontramos una enorme puerta de madera custodiada por cuatro *farghanese*, la guardia real del emperador. Hombres de altura superior a la mía, rasurados, vestidos de túnica roja corta y armados con una poderosa hacha de doble filo capaz de segar un cedro de un mandoble. Impasibles, ni nos miraron cuando Bernardo franqueó la puerta tirando de una de las enormes anillas de bronce.

Accedimos a una antesala donde nos recibió un hombre menudo y endeble con una larga túnica blanca, una mitra y una vara dorada. Era el *patrikios*, el eunuco de mayor rango encargado de velar por el protocolo en presencia del emperador.

—Cuatro accederéis al salón como deferencia de trato por vuestro antiguo parentesco. —Su mirada severa chocaba con su voz timbrada y su gesto amable—. Constantino, tú conoces bien las reglas, y a ti Artemio tampoco te son ajenas. ¿Quiénes os acompañarán?

—Demetrio —dijo Constantino, señalando a uno de su guardia.

—Alfonso —comentó Artemio, apuntándome con la cabeza.

—Bien. Alfonso, Demetrio, según crucéis la puerta situaros a un lado de los *farghanese* que la custodian, un paso por delante de ellos. Con independencia de lo que acontezca, mantened siempre la vista gacha o, al menos, no la alcéis hacia el trono y asegurad un escrupuloso silencio. —Una mirada rígida buscó y halló confirmación de la orden—. Ahora pasemos.

Aquel salón representaba dignamente la estancia del hombre más poderoso del mundo. Con una sonrisa lo comparé con la simplicidad del salón del trono de Ovetao, repleto de velas y con su trono de oro, que tanto me impresionara tantos años antes.

Nada más acceder nos saludó una misteriosa y delicada música traída por un viento que jamás volví a escuchar. Torpe para detectar su procedencia fabulaba con que fueran los mismos ángeles quienes susurraran, tañeran o silbaran los melódicos salmos. Acompañaba a la sinfonía, inundando cada rincón, aquella luz mezcla de sol y fuego empeñada en atraparte tan propia de Santa Sofía. Mi sed era más fuerte que mi razón y olvidé las palabras del *patrikios*, incapaz de reprimir la curiosidad ante aquel trueno de sensaciones. En medio de la estancia, avecillas mecánicas poblaban y cantaban entre las

hojas de oro de un frondoso árbol. Tras él, iluminado por una cúpula que parecía alzarlo en el aire, emergía el trono. Tres escalones de cristal, pórfido según me enteré más tarde, conducían al asiento del emperador. A sus flancos lo custodiaban, además de guardia y cortesanos, un león de oro capaz, mediante algún insólito conjuro, de rugir y agitar la cola. Cohibido, aspiraba a disfrazar el asombro que me embargaba y crecía al descubrir brujería por doquier.

—Es una alegría veros de nuevo, Constantino. —Resonó una voz firme, con eco en toda la sala—. También a vos, Artemio. Dios os bendiga a ambos y a vuestras respectivas familias, también nuestras.

—El placer es enteramente nuestro, *basileus*. Dios bendiga por muchos años al señor supremo, su reinado y su imperio —contestó Constantino, realizando una profunda reverencia que Artemio imitó—. Honrados nos sentimos por vuestra llamada.

—Hace tiempo que debía haberse producido pues no nos es extraña vuestra inquietud, pero los asuntos de Estado son excesivamente demandantes. Provocan perder la perspectiva. Ya son veinticinco las provincias que requieren nuestra constante atención, y de forma recurrente lo urgente antecede a lo importante como sois vosotros para nos. —Más allá del eco de su voz, León trasmitía un temple absoluto, monocorde, alejado de giros y sentimiento. Tras un silencio, continuó—: Artemio, relátanos qué sucedió el otro día.

—Tuve un encontronazo desagradable, señor supremo —replicó mi amo sorprendido, enrojeciendo por una alocución tan directa como inesperada.

Parecía claro que el emperador no concebía perder el tiempo con charla lisonjera. Hacía honor a su fama de dirigente ejecutivo y directo. Según me relatara Nikolás no solo le apodaban el Sabio por su vasta cultura, sino también por su capacidad de mando e innata facilidad para detectar y enjuiciar los elementos clave de las situaciones que se le planteaban.

—Algo más que eso, según hemos oído. Explayaos, nos interesa.

—Me asaltaron unos hombres cuando me encaminaba hacia mi casa tras una velada en la Mansión Verde. La emboscada estaba bien dispuesta y solo el azar y el buen hacer de mi escolta evitaron males mayores.

—¿Es ese el hispano que salvó vuestra vida? —Por primera vez osé alzar la mirada de forma evidente. León me señalaba con un imperceptible pero claro movimiento de cabeza. Cruzamos nuestra mirada y, como si admirara una efigie romana, incapaz fui de vislumbrar emociones en ella. Rápidamente la devolví al suelo lamentando mi torpeza.

—Sí, de él se trata —respondió Artemio.

—Hemos escuchado que despachaste a cinco de ellos, ¿es cierto, Hispano?

—Cuatro creo que fueron, majestad —respondí tras un largo silencio, pues dudaba si era yo quien debía contestar, con la mirada fija en el mármol continué—: Con la ayuda de mi amo y mis compañeros, *basileus*.

—Silencio. No me tomes por estúpido. Valoramos la humildad, pero respuestas es lo que buscamos. No te adornes ni peques de manso, por favor —respondió tajante, aunque sin variar un mínimo el temple y tono de su voz —. ¿Cómo pudiste con cinco? ¿Acaso era escasa su pericia o tan grande es la tuya?

—Difícil es responder a tal pregunta —aduje, preocupado por anteponer la sinceridad a cualquier otro principio—. Supongo que esperaban sorprendernos y no nuestra reacción. Aproveché la oportunidad. Iban bien pertrechados y no desconocían el acero, pero, excepto uno de ellos, más tratábase de maleantes que de soldados probados. También la suerte nos sonrió, pues jamás hay que menoscabar su influencia en cualquier lance.

—Celebramos que así fuera, por ambos y, sobre todo, porque los asaltantes lleven su penitencia al infierno, aunque dudamos que la suerte sea tan determinante. Extendédselo también a vuestro compañero el franco. —Disfrutaba mostrando su conocimiento de cada detalle. Logré robar otro vistazo al mandato del *patrikios*, de refilón. El emperador vestía de un penetrante esmeralda que reflejaba la luz que sobre él se cernía, pero pese al boato que le envolvía no parecía gran cosa. El ingente asiento se asemejaba a una cama que le empequeñecía. Los brazos no alcanzaban la totalidad de los apoyos y los pies apenas besaban el suelo al descansar la espalda. Aparentaba mi edad pese a ser diez años más joven y adolecía del porte y aplomo del astur Alfonso o del cordobés Muhammad. Continuó—: Fue Basilio Tzautzes quien os tendió la trampa, Artemio, y, en su estulticia, más por impotencia y ansia de sangre que por cualquier otra razón. Por eso requerimos vuestra presencia. Bien informados estamos de sus sibilinos movimientos y los de su clan, apesadumbrados por la pérdida de posición en nuestro gobierno tras las muertes de sus, tan queridos por todos, tío y prima. Culpándoos de ello y aventurándose a impartir su propia justicia, confía en predisponernos a su favor y en vuestra contra, pero tan lejos estoy de ello como lo estuve al contrario cuando falleció mi también querida Teófano. —Constantino asintió recordando la muerte de su hija, en completa señal de sumisión y dejando continuar al emperador—: Esta es la vida y a ella debemos adaptarnos. No es

malo buscar culpables siempre que estemos seguros de poder y querer castigarlos de encontrarlos.

»En cualquier caso, Basilio no es de nuestro agrado como lo era su tío Estilianos, el padre de Zoé, pues no solo a esto se reducen sus artimañas. Conozco su ambición de primera mano y en breve sufrirá el castigo que merece. Partid, pues, tranquilos y no temáis las sombras ni las esquinas, los Martiniakoi cuentan con nuestra más alta estima.

VIII

—¡Gonzalo! —me gritó.

Era ella.

Habíamos cenado en la Mansión Verde. Artemio insistió en que Luis y yo le acompañáramos para celebrar el buen resultado de la entrevista imperial junto a sus hermanos, familiares y amigos. El palacete era caprichoso, distribuido con gusto, formado por un laberinto de coquetas estancias que invitaban a despistarse.

La cena, regla general por aquellos lares, venía aparejada de la más refinada ceremonia que yo había observado pero jamás practicado. En una generosa chimenea chisporroteaban alegres y gruesos troncos de olivo templando el comedor. La mesa vestía un mantel de lino verde con bosquejos frutales, similares al de las servilletas que designaban cada lugar. A la diestra de cada cual, junto al blanco y crujiente pan, descansaba una horquilla plana de plata de un palmo de longitud que denominan *tenere*. Un utensilio extraño similar a un arma corta, habitual entre la alta sociedad bizantina para alcanzar la comida de la fuente y llevársela a la boca. Divertido, observé cómo Luis lo escudriñaba desconfiado, dudando si arrimar aquel afilado artefacto a su lengua. A la izquierda, una jofaina de agua tibia y cristalina aguardaba su uso. Tras una oración de agradecimiento y el individual estreno de la escudilla asomaron las viandas.

Primero arribaron lechuga, espárragos silvestres, alcachofas, guisantes, setas, garbanzos y habas, cada cual en su propio plato. Variaba el aliño: desde un simple aceite de oliva, perdedor en la comparación con el hispano, a complejas salsas de ajo, alcaparras, mostaza y una, algo más densa y bastante agradable, que llamaban yogur. Como segundos aparecieron las carnes y pescados. Atunes, jureles, anguilas y esturiones hervidos u horneados rivalizaban en excelencia con corderos, faisanes, cabritos, gazapos y lechones, animales tiernos y jóvenes servidos junto a sus despojos y que allí bien se valoraban, pues difícil era tantear hígado, corazón o riñón. De postre sirvieron Barbas de Monje, un bizcocho redondo borracho, coronado por dorados hilos

dulces que me juraron ser huevo. Digno de orfebre. Regando el huerto, jarras y jarras de vino de Samos, el más célebre de cuantos se hallaran en la capital.

Tras la opípara cena, acudimos a un gran salón iluminado por innumerables velas y candelabros donde ocupamos unos anchos divanes. El vino, o quizás su combinación con mi reciente cojera, me afectaba más de lo que solía. Había perdido la costumbre. Dos preciosidades morenas de prietas carnes y sonrisa angelical nos acercaron unas pipas.

—Esto es hachís, Alfonso —me dijo Luis.

Asentí con la cabeza pues sabía de qué hablaba. En Corduba se comía y fumaba en algunas tabernas aunque yo nunca lo había catado previamente, ya que a Omar le repugnaba al haberlo fulminado en cierta ocasión. Me ofrecieron la pipa, la cogí y aspiré con fuerza. Fue un reflejo instintivo, como el de Peri ante la salida de un conejo. Me apetecía probar aquello. Una potente tos, coreada por risas grupales, indicó mi impericia. Era como respirar hondo el aire viciado de una cueva profunda aunque dejaba un sabor agradable al paladar. Repetí en tres ocasiones, mejorando la jugada, tragándome el humo, y le pasé a Luis la boquilla.

Una brisa se colaba por las ventanas entreabiertas de los balcones, bailaba juguetona con las cortinas echadas y el humo del fuego de las velas que las alumbraban. El verde de estas comenzó a parecerme de legendaria intensidad, curioso me preguntaba cómo alcanzarían semejante tinte. Parecía compuesto por infinitas rayas con cierta separación simétrica entre sí que en su movimiento brillaban de forma compacta. Me recordaba al trigo atacado por el sol tras una intensa lluvia primaveral, o al mar en la parte somera de las calas cercanas a Pechina. O a los ojos de Catalina. Catalina. Mi niña de Qumarix. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? La imaginé caminando a mi derecha sonriéndome, con mi mano entre las suyas por el campo de trigo antes vislumbrado. No era habitual recordarla, pero, cuando sucedía, la nostalgia se convertía en estilete para desgarrarme el corazón. Las estrellas, que curiosas se asomaban al baile de las cortinas, la brisa y el fuego, parecían dibujar su preciosa nariz. La constelación Catalina. Podía escuchar su voz, oler su fragancia, perseguir su sombra, saborear sus labios. Catalina.

—¡Despierta! —me dijo Luis sonriéndome, pasándome de nuevo la pipa, con los ojos irritados y entornados. Le di otras dos profundas caladas—. Llevas ensimismado en la ventana media hora. Mira lo que entra por allí, insensato.

Dos portentosas mujeres subían a un pequeño estrado con un laúd. Caminaban singularmente lento, recreándose en cada movimiento. Parecían

estar bromeando simulando ser estatuas que se movían al ritmo del caracol. Me atacó una risa tonta y duradera que Luis acompañó. Sin conseguir frenarla ni entender su procedencia me rebelaba en mi interior en su contra aún disfrutándola. Me divertía.

Bebíamos un aguardiente naranja de fuerte pegada que traían en copas con nieve. ¿De dónde la sacarían si allí no había montañas? Me agradaba su frescor inicial convertido en posterior ardor en la garganta. Una de las chicas comenzó a tañer una suave melodía mientras la otra bailaba sensualmente. La música parecía penetrarme como si buceara en una gran alberca repleta de ella. Las mujeres vestían una corta túnica roja de seda que resbalaba graciosa a sus movimientos y dejaba ver sus tersas y largas piernas de final escultural. Por fortuna, tampoco mucho escondían por lo alto. Eran una belleza nubia y otra eslava, de no más de veinte primaveras.

Luis llamó de nuevo mi atención para, jovial, señalarme a Artemio y Constantino despistados. Ensimismados con una descomunal hembra que saludaba a un grupo cercano.

Al fijarme en ella un escalofrío me atravesó como hace el relámpago a una noche sin luna.

La mujer de mis sueños. Literalmente.

—La Dama —susurró Luis.

Mi corazón latía acelerado al, por fin, distinguir el rostro de aquella mujer tantas noches sorprendida en su pradera, junto a su cristalina poza, mientras yo huía de una manada de lobos, salvaba emboscadas enemigas o caía del más escarpado precipicio. Mi remanso de paz entre los demonios del inconsciente. La tantas veces soñada allí estaba. Real, viva, cercana, alejada de mi particular mundo onírico. ¿O es que acaso soñaba ahora?

Intuyó mi asombrada mirada y me la devolvió sonriente. Un fulgor de sorpresa en sus ojos indicó que también ella me reconocía. ¿Cómo podía ser posible? ¿Acaso serían recíprocos nuestros sueños? ¿Sería el hachís el que me provocaba alucinaciones? Enfilándome, se acercó decidida. En su caminar, completamente consciente de su particular hermosura, se exhibía elegante y sensual, cimbreándose con el arte hipnótico de las diosas, derrochando garbo natural y una belleza capaz de romper el corazón más seguro. Me era extrañamente familiar y no solo por mis sueños, ¿dónde la había visto antes? Inseguro, aparté la mirada.

—¡Gonzalo! ¿Eres tú el Hispano de Artemio? ¿Sansón? ¿No eres acaso Gonzalo? —me gritó excitada al acercarse en un perfecto romance.

—Soy Alfonso, el hijo de Gonzalo —balbuceé, atónito. Aquella deidad era hispana.

—¡El hijo de Gonzalo! —gritó—. ¡Alfonso! —El salón entero nos contemplaba. Se sentó a mi lado cogiéndome del brazo. Los Martiniakoi observaban expectantes.

Artemio se acercó enseguida.

—¿Os conocéis? —preguntó.

—Soy Teresa —me dijo con lágrimas en los ojos, abrazándome, ignorándole a él y al resto del mundo—. ¡Teresa de la Rayya!

Un fogonazo me deslumbró en la cara al reconocerla. Aquellos ojos miel ya los había rehuido antes.

—¡Teresa!

Por experiencias de este tipo, o como la del viejo de Tahart, convencido estoy de que existe algo entre nosotros que desconocemos y nos es imposible explicar pese a su indudable realidad. No es de Dios de lo que hablo, ni de su infinita Providencia, aunque muchas veces recurramos a Él como fácil recurso. Es algo mundano, presente e ignorado. Quizás la hilandera de los machus a la que nosotros en nuestra infinita ignorancia bautizamos azar y que, traviesa, se entretiene tejiendo nuestros intrincados destinos. Quién sabe si la claridad de la muerte nos desvelará el misterio.

Nos fundimos en un abrazo eterno en el que creí romperla. Los dos llorábamos asidos, oliendo en el otro el perfume de nuestra tierra, temerosos de separarnos como lo estás del despertar de un sueño placentero, aislados rodeados por la multitud.

—Que nadie pague lo que está bebiendo —dijo mientras me miraba, llorando, abrazándome—. Dos amigos se han encontrado hoy —gritó entre sollozos.

Volvió a abrazarme y cogiéndome del brazo me apartó hacia una zona sin testigos. Una coqueta sala contigua frambuesa con una pequeña chimenea y amplios divanes que casi eran camas.

—¡Alfonso! Eres la viva estampa de tu padre. Creí que le veía a él. No sabes cuánto le recuerdo. A él le debo todo. —Llorando me volvió a abrazar—. Pero ¿qué haces aquí? No entiendo nada. Escuché hablar de un hispano, un formidable soldado de los Martiniakoi, tan alto y fornido como Sansón. De orgullo me llenaba esbozar a mi paisano batiendo en solitario a una docena de adversarios en la emboscada que os tendieron. —Sonreí, complacido en mi orgullo y a la vez imaginando cómo, según viajara la historia, acabaría derrotando yo solo a un ejército entero. La preciosidad nubia nos sirvió dos

nuevas copas del anaranjado aguardiente helado y le dijo algo al oído que ella de igual forma contestó para, tras sonreírme y ponerse seria, continuar—: Te juro que imaginé a tu padre al pensar en aquel hombre. Pero cuéntame, ¿qué haces aquí?

—¡Teresa! —murmuré torpemente.

Me costaba atinar con las palabras pese a recordarla perfectamente, ¿cómo olvidarla? Aquellos ojos, aquella boca, aquellos dientes de marfil, aquella elegancia del junco bailando la brisa del arroyo, emanando su innata y natural atracción como la de la luna llena para una manada de lobos. Había asalvajado su rostro, alcanzando una rotunda y singular belleza que solo escogidas jóvenes consiguen por su inocencia y frescura y excepcionales maduras por su embrujo y experiencia. Conservaba el pelo rubio, pero lo llevaba recogido en un presumido moño que dejaba algún revoltoso mechón rizado suelto y descubría un largo cuello realzado por un exagerado collar de oro y esmeraldas y unos hombros aún jóvenes y sugerentes. Una larga túnica blanca de seda, ajustada con mimo a cada curva, moría sobre un delgado tobillo sugiriendo una figura deslumbrante que invitaba a ser domada. ¿Cómo no iba a volver loco a Artemio como hiciera antes con Estanislao y Haldún? A él y a quien se propusiera. Su don era a la vez su maldición.

—¿Hace cuántos años, Teresa? —le pregunté.

—Más de veinte, Alfonso.

—¿Qué fue de ti? —seguí preguntándole mientras me cogía de las manos y nos perdíamos el uno en la mirada del otro.

—Desde Malaka me embarqué hacia Fez donde viví los primeros años. Allí conservaba familia la que fuera mi mejor amiga, Sara, una de las siervas de la casa de Isidoro. Financié con suerte un par de partidas de un conocido con quien acabé viajando a Tahart y El Cairo. Gonzalo, tu padre, fue tremendamente generoso conmigo. Ni siquiera había necesitado cambiar la cuarta parte de sus joyas sin haber precisamente reparado en gastos. Con mis ganancias, abrí un modesto lugar de este tipo y una década más tarde lo hice aquí, en Constantinopla, al conocer a otro hombre que me lo propuso.

Volvió a abrazarme. Sentí el roce de sus turgentes pechos sobre el mío, eran grandes y duros, plenos y esbeltos. Olía a azahar roto, a campo, a Hispania. Observé su precioso lóbulo izquierdo rematado por una perla con engarce de plata y su terso cuello de cisne y, azorado, me percibí incapaz de reprimir mi creciente excitación. Ya había olvidado el tiempo que llevaba sin sentir mujer cercana y aquella era digna de sacrificar un imperio. Percibiéndolo y fingiendo ignorarlo, volvió a separarse para continuar:

—No puedo quejarme de mi suerte, ni creer que estés aquí, Alfonso. Si imaginaras cuántas veces habré pensado en tu padre, en la Tábula, en nuestros amigos, en nuestra casa. —Una fugaz sombra de tristeza cruzó su divina sonrisa—. Pero, por favor cuéntame, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo acabaste con Artemio?

Se lo conté mientras seguíamos bebiendo. De principio a fin, silenciando lo referente a Catalina, como si ella no hubiera existido. Teresa, siempre irresistible, rio, chilló, inquirió, suspiró, se rebeló, combatió a nuestro lado, se sorprendió de los variados derroteros de nuestros conocidos comunes y sobre todo lloró. Lloró por la muerte de mi padre, por la de otros conocidos y por mi realidad, mi destino al detallar mi captura y suerte y la de Sulayman.

Con lágrimas en los ojos me abrazó al concluir y suavemente, con mimo y extremada delicadeza, comenzó a besarme primero en las mejillas y luego sobre la gran cicatriz de mi ojo derecho. Se acercó luego, con paciencia, a mis labios para terminar mordiendo mi boca. Tras mi quietud producida por el asombro, los nervios y la excitación, reaccioné devolviéndole los besos, nervioso, como potro desbocado ante el trasero de una yegua, buscando su lengua como el náufrago un trozo de madera. Perdiendo ambas manos entre mi melena y tras darme otro pequeño y juguetón bocado en el labio inferior, me empujó hacia atrás con elegante sutileza hasta recostarme en el diván. Mientras lo hacía se frotaba con la suavidad con la que lo hace la seda sobre la piel desnuda, provocando que mi entrepierna se endureciese como caparazón de tortuga adulta. Risueña, mandando, recorrió rostro, orejas, cuello, pecho y cintura con besos suaves como gotas de rocío, acompañándolos de picantes mordiscos donde era capaz de activar mayor placer y disfrutando especialmente en el mimo de cada una de mis numerosas cicatrices. Transitaba por mi cuerpo como avezado guía por terreno conocido, descubriendo veredas y recodos que ni siquiera yo, su legítimo dueño, sabía que existían.

—Háblame, Alfonso, háblame —gemía mientras me besaba, me lamía, me acariciaba, me cabalgaba y por último simulaba permitirme conquistarla —. Ahora, ahora, Alfonso —gritaba, dominando autoritaria el medio, el tiempo y el placer. Guiándome como el lazarillo al ciego. Marcándome el ritmo de embestida. Haciéndome olvidar mis heridas. Devolviéndome mi juventud. Pidiéndome que apretara sus pechos, mordiera su lóbulo, azotara sus nalgas o acariciara su sexo según le viniera en gana. Exprimiéndome como a la gallina en morada humilde. Controlándome como el agricultor cuida a su única yunta de bueyes de la que sabe que depende su cosecha.

¡Bendito yugo! ¡Qué mujer! Si hay instantes que valen una vida yo en aquella noche coleccioné generaciones.

Cuando concluyó, varias veces, húmeda, divina, fastuosa, con la luz del día espiándonos y avisándonos de la mañana, me dijo:

—Alfonso, te juro que saldrás de aquí. Nada podría satisfacerme más que devolverle a tu padre en tu persona una pequeña proporción de lo que le adeudo. Todo lo que poseo, al fin y al cabo. Esta noche de todos modos no ha sido por él, sino por ti y sobre todo por mí. Tiempo llevaba sin desear hombre alguno hasta verte en aquel salón, observándome embargado. Me atrajiste como la flor a la abeja. Antes de reconocerte ya sabía que eras tú. Ni siquiera sé muy bien cómo explicarlo. Esta noche hechicera será por siempre majestuosa y eterna en nuestro recuerdo pues es tan efímera como el arcoíris en día nublado. No habrá otra que la empañé. Hace más de veinte años juré renunciar al amor y no volver a prenderme de hombre alguno y temo que contigo pudiera sucederme. —Un último beso húmedo, largo y exquisito selló aquella mágica noche—. No te preocupes, amor, sé bien cómo convencer al bribón de Artemio.

Poco me preocupaba el resultado tras conocer sus artes de primera mano y solo tres semanas se demoró Artemio en devolverme la libertad. También la de Nikolás, pues de él le había hablado a Teresa.

Aquella misma noche, al contárselo en la Mansión Verde, le pregunté si ella había intervenido. Tras soltar una carcajada se limitó a decirme:

—¿De verdad lo dudas, Alfonso? Verás, el gran secreto del hechizo reside en convencer al contrario de haber tomado su propia decisión. De la generosidad de Artemio al liberarte se hablará para largo en la corte, seguramente incluso en el salón del trono. No mucho puedo desvelarte de mi proceder pues variadas son las armas que Dios nos regaló a las mujeres, aunque mucho ingenuo piense que poco más que belleza nos adorna. Del mismo modo que el cazador diestro encauza a su presa convencida de escoger camino, al hombre solo hay que persuadirle regalándole, para su intrínseca y pueril vanidad, el convencimiento de seguir la idea propia.

IX

Aún no apreciaba que aquella brisa que atizaba mi cara fuera la de la libertad. Abandonaba Constantinopla en la cubierta del Sirena Varada, un bajel griego de tres palos habituado al comercio entre Constantinopla, Atenas, Venecia, Amalfi y la Sicilia bizantina.

Una estación había volado hasta que las condiciones me habían permitido navegar sin riesgo. Mientras organizaba mi partida, y la primavera embrujaba al invierno, la sed de venganza voceaba desde mis entrañas avasallando al resto sensaciones. La cabeza se rebelaba contra mis intestinos, empujándome hacia casa, ansioso de seguridad, paz y regresar con los míos. Soñaba con hablar con Máximo, bromear con Ayyub y Yaffar, admirar los floridos campos a los pies de la Tábula, dormir de perfil en mi lecho observando la ventanuca de mi cuarto o salir a cazar perdices con un lebrel en uno de los recodos del silencioso. Soñaba, por supuesto y pese a tratar de evitarlo, con Catalina. Con sus ojos, sus labios, sus besos, su voz y su perfume. Resucitado el deseo carnal por Teresa, me costaba silenciar mi pasión por Catalina. Haber yacido con una diosa había provocado recordar a mi reina.

Pero hasta el anhelo más dulce lo agriaba la Comadreja, su recuerdo degollando a Sulayman, su rostro bermejo de ira mientras nos señalaba con su ensangrentada daga. Le imaginaba corrompiendo la cruz de mi abuelo Martín con el roce de su pecho. No hallaría descanso hasta darle su merecido, hasta acallar la voz que me exhortaba a castigar a aquel bastardo. La necesidad de ejecutar la condena dictada por mi corazón era una cadena aún más pesada que mi cautiverio donde poco más había que resignarse a la suerte.

En el puerto nos despedían Artemio, Luis y Teresa. A mi derecha me acompañaba Nikolás. La Dama, excelsa en generosidad, compró su libertad, sufragó nuestros pasajes y me regaló una bolsa tan pródiga como la que ella recibiera del Tuerto. No hubo forma de negarse ni tampoco demasiada gana, a qué engañarse. Aún sueño con nuestra noche juntos y todo el bien que me hizo y que quizás el destino, la pícara hilandera, me regale devolvérselo en su hija o quién sabe de qué forma.

Bramó la cadena del ancla al recogerse anunciando nuestra partida, y avanzamos primero al paso que nos exigía el remo y luego al trote que nos regalaba el viento. Una brisa firme empujaba la verga hacia babor tensando los aparejos de la botavara para navegar en ceñida. Con facilidad comenzamos a sortear los cientos de bateles que trajinaban en el puerto. Algunos se acercaban curioseando potenciales olvidos en caso de partida o descargas en caso de llegada. Al añejo negocio del tránsito en el golfo. Cuando ya se convirtieron en esporádicos cruzamos una descomunal cadena con argollas tan grandes como bueyes que cerraba el paso más estrecho entre las dos lenguas de tierra. Observé cómo aquel ingenio, que hacía tan inexpugnable la llegada marítima como la terrestre, se anclaba a la muralla y una de las torres que defendían el paso.

—Difícil es que nuestros ojos vuelvan a admirar algo tan magnífico —comentó, posiblemente con razón, Nikolás apoyado junto a mí en la estofa. Bizancio se alejaba y la infinita muralla de trazos blancos y rojos revelaba, como joyas que se ofrecen a mujer a conquistar, los palacios y casas de las colinas. Un mar de estas se extendía como el océano a proa. La luz de la mañana brillaba con personalidad al reflejarse sobre el blanco generalizado, recordándome su misterio en Santa Sofía y la Gran Aura, fácilmente distinguibles en la distancia al impregnar al resto de la magnífica ciudad con su hechizo. La presencia de una luna casi llena y muy cercana verificaba la juventud del día. Las torres y los campanarios brotaban como margaritas en el prado. El griego continuó derramando melancolía—: Jamás olvidaré la Ciudad de Oro ni, por supuesto, a mi libertador hispano. Alfonso, sé que nunca podré devolverte tus favores y confío en que Dios te recompense tan vasta generosidad, pero déjame al menos que traté de hacerlo. —Me cogió del brazo derecho y girándome me encaró—. Aún no alcanzó a comprender tu generosidad con alguien como yo y no pienso permitirte acudir solo. No puedes obligarme a cargar con la eterna intriga de desconocer tu suerte y la íntima desazón de no cumplir lo que la conciencia me dicta.

—Nikolás, de verdad te lo agradezco pero cientos son las veces que lo hemos discutido —le contesté, aguantándole la mirada. Había peleado por su liberación como pago por todos los culpables que había castigado con severidad en el pasado. No podía creer que riñéramos de nuevo y se lo mostré con cierta mueca de hastío. Junto a Teresa era el único conocedor de la razón de mi destino a Amalfi y por qué me había embarcado en el Sirena Varada. Se empeñaba recalcitrantemente en acompañarme pese a no atañerle mis problemas personales. Continué—: Bien sé arreglármelas solo y tú a tu casa

debes regresar ahora. Nada me debes, pues la fortuna nos ha sonreído a ambos regalándonos a Teresa. Disfruta de tu libertad, pues suficientemente has pagado por tus pecados.

—Alfonso, hijo, la generosidad que no admite réplica se convierte en el más infame egoísmo. Más allá de discusiones filosóficas, es indiscutible el valor que represento, pues nada conoces de Amalfi más que las mazmorras de su castillo y difícil es con tu aspecto pasar desapercibido. Te serviré como compañero, traductor, guía, espía y cómplice.

»Si soy libre, permíteme ejercer mi voluntad y no sigas indicando mi camino como el pastor a la oveja. Años llevo soñando disponer de mi albedrío para que ahora desde una atalaya de superioridad moral me lo niegues. Si de cualquier modo desdeñas mis argumentos, acaba conmigo o tírame por la borda, pues no pienso abandonarte por mi propio pie.

El griego consiguió su propósito y nos ahorramos la parada en Atenas para atracar directamente en Amalfi. Dionisios, nuestro patrón, un afable ateniense de amena conversación y mediana edad, aceptó gustoso el cambio de planes tras cubrir su posible ganancia con un anillo de al menos cuarenta dinares. Acordamos que permanecería allí seis noches antes de embarcar hacia Palermo. No esperaba necesitar mucho más.

Recorrimos el puerto y ascendimos por la empinada escalera hasta la gran plaza de la iglesia. Después de Constantinopla, aquello me parecía poco más que un arrabal, vistoso ciertamente por cómo pintaban sus casas de variados colores y esmaltes pero poco deslumbrante. En el trayecto nos asaltaban mercaderes y posaderos ofreciendo sus servicios pues bizantino era nuestro atuendo. Arrebujados en nuestra capa de anchas mangas pese al buen día primaveral, seguimos ascendiendo evitando cruzar mirada con extraños hasta que encontramos un retirado figón, La Chalina, que cumplía perfectamente con nuestros intereses.

—Vive en el palacio de la familia a las afueras de Amalfi. Allí ocupa un ala completa junto a su mujer y seis hijos —me dijo Nikolás.

Solo una noche había transcurrido desde nuestra llegada y siguiendo su indudable lógica habíamos convenido que él haría el rastreo previo, pues mucho más fácil pasaría inadvertido un griego de su corte que un hispano del mío. Sencillo también le resultó informarse sobre Agiulfo Pantaleoni pues muchos, agradecidos por una jarra de vino, describían al personaje y sus aficiones criticando sus desmanes, vanidad y falta de escrúpulos.

—De cualquier forma, poco frecuenta la casa —explicó—, pues adora la noche nuestro amigo. Habitual es encontrarle en las tabernas alguna vez por semana y más aún en La Ostra Azul, un renombrado lupanar en Ravello. La mala noticia es que rara vez camina solo, muchas son las cuentas que debe y suele acompañarse de al menos dos o tres hombres como guardia.

Ese mismo día y ya vestidos al modo local con larga capa, corta túnica y altas botas, reconocimos el terreno para concluir que el burdel era el lugar más propicio para una emboscada. En una pequeña depresión junto a la vía entre Ravello y Scala aparecía aislado y oculto a miradas indiscretas. En una larga inspección de la que Nikolás volvió sonriente descubrió que las visitas de Pantaleoni eran nocturnas, frecuentes y salvajes. Como fiel cliente, era bien querido por la casa, pero no tanto por las chicas que temían su extrema violencia. Conscientes de sus desmanes y el ruido que provocaba le reservaban un cuarto algo apartado. Aquella sería su tumba.

Hicimos guardia desde aquella misma noche y apareció a la quinta, cuando ya nuestro Sirena Varada debía haber partido para Sicilia. Ocultos, tras unos almendros en la entrada del camino, embarrados y húmedos por la lluvia caída hasta bien entrada la tarde, distinguimos su torva figura pasar al trote junto a tres de sus hombres. La media luna me permitió reconocerle a él y el brazalete de su brazo derecho, aquel que me regalara el rey Alfonso. Curioso, me pregunté si también portaría la cruz de Martín en su pecho añorando su tacto bajo mi túnica y la voz de mi abuelo al estrujarla.

Ya conocíamos perfectamente el lugar pues Nikolás, encantado, se había convertido en frecuente y diurno feligrés. Al cuarto de la Comadreja, y otros dos más que reservaban para clientes especiales, se accedía tras cruzar el salón principal por un patio trasero junto a las cuadras y la cocina. Existía también un estrecho pasillo, construido para permitir el acceso evitando miradas indiscretas, entre la cocina y una de las habitaciones que comunicaba el patio con el cauce de un arroyuelo y el bosque. Una pequeña valla, más encaminada a evitar el trasiego de animales que el de hombres, defendía la entrada que yo tomé.

Cuando las nubes permitían su paso, la intensa luz de la luna vestía de día a la noche y se reflejaba en los charcos que salpicaban el patio. Un gato rayado y anaranjado bebía ahí el agua que no debía encontrar dentro. Lo observaba amparado en la sombra de la esquina del estrecho pasillo. Un fuerte olor a guiso de liebre o conejo escapaba de la cocina provocando la respuesta de mis tripas. Frente a mí, el oído atento percibía el movimiento de los jamelgos en las cuadras y a mi derecha, solo en uno de los cuartos, se

distinguía cierta luz pese a sus cortinas echadas. Dos hombres guardaban la puerta conversando. Allí pacía la presa. Escuché un ruido a mi espalda.

—El tercero vigila la entrada del salón… y a las bellezas de dentro, claro —me susurró Nikolás mientras observaba a los dos guardias.

—Perfecto —le respondí—. Movamos ficha.

Ya habíamos contemplado aquella hipótesis y acordado cómo desenvolvernos. Requeríamos de una maniobra de distracción para burlar a la escolta, pues, aun confiando eliminarlos al asalto y por sorpresa, bien podían advertir del peligro al amalfitano, retrasándome y provocando su huida. Los rocines serían nuestra solución. Nikolás los encabronaría con un truco de su infancia, cuando junto a sus amigos apostaba a ver quién aguantaba más tiempo en un establo tras meterles yesca encendida en la oreja. Hoy debía repetirlo escapando cuanto antes. Asintió.

—Suerte —le deseé.

—Suerte a ti, Sansón —me respondió, abrazándome.

Observé cómo volvía por el estrecho pasillo hacia la valla, pues más sencillo resultaba entrar en el establo por una ventana trasera que cruzar el patio sin ser visto.

Agazapado, desenfundé espada y daga y, como siempre antes de la tormenta, me concentré en la respiración tratando de ralentizar el tiempo y el galope de mi corazón. Sonreí al pensar lo cerca que podía estar de recuperar mi cruz, al extrañarla. El plan era que el macedonio se demorara lo mínimo posible y un ligero alboroto en el establo me indicó su probable llegada. De súbito un salvaje relincho rasgó la serenidad de la noche. Un caballo se había vuelto completamente loco. Coceaba desbocado pareciendo tirar la cuadra abajo. Los dos hombres, sobresaltados, corrieron inmediatamente hacia las caballerizas y yo presto hacia la habitación. Aun cojeando podía hacerlo casi tan rápido como sano.

La puerta gimió al ser violada pero se abrió sin problema al girar el pomo. Mi alargada sombra con daga y espada desnudas precedía mi entrada. La espada giraba sobre el arriaz entrando en calor. Un olor acre a sudor y vicio me saludó. La Comadreja, desnudo, de espaldas, oteaba por la ventana buscando la razón del alboroto. Al escuchar la puerta se volvió gritando:

—¿Qué diantres sucede? —Una aleación de indignación, sorpresa y pánico, por ese orden lento y exacto, se dibujó en su cara al reconocerme—. ¿Qué haces tú aquí? —balbuceó.

Su mirada voló de una silla situada a mi izquierda, donde descansaba su espada junto a sus ropas, a la almohada donde debía ocultar la daga. No

tendría tiempo de alcanzar ninguna de ellas. Un gran bulto que sin duda oficiaba de meretriz se escondía bajo las mantas sin mostrar su cara. Tampoco recordaría la mía.

—Volver a por ti para enviarte al infierno —le respondí con la mirada teñida en sangre y ya embistiéndole.

Siguiendo las enseñanzas que tan a fuego me grabaran en Esparta y pese al atractivo de recrearme en el momento, no le regalé segundo alguno de tregua y ataqué al estómago ensartándole, como acostumbran al espeto en Malaka. Trató de fintarme sin éxito y patéticamente, más tarde, de frenar el acero con sus manos alcanzando el mismo resultado que el de una mosca frenando a un toro. Por si acaso, le rematé con mi zurda arriba, al cuello, hasta el hueso, buscando y encontrando la nuez. Mirando cómo la muerte apagaba sus ojos. Más abajo advertí el brillo de la cruz de mi abuelo que mágica regresaba a su legítimo dueño. Su asqueroso cuerpo sangrando, desnudo e inerte, se desplomó como el higo pocho en septiembre. Junto a él también lo hizo la losa que yo acarreaba a mis espaldas. Escupí sobre su cadáver mientras recuperaba también mi brazalete, entonces salí corriendo sin volver la cabeza ni encontrar más oposición que los gritos de pánico de la puta que calentaba su cama.

Una enorme sonrisa y el dulzor del sabor de la venganza, que algunos tildan de agrio pero que para mí fue excelso, me embargaban.

Tenía prisa. Bobastro me llamaba.

Segunda interrupción

Tal y como acordamos tú y yo, el día de San Marcos de hace ya casi dos años, comencé el rececho a mi niña de Qumarix.

Vuelvo a apuntar al presente y no al ayer. Desde Zamora, la joven y cada vez más importante villa que aspira a rivalizar con León, la capital del reino, el heredero astur que asciende en categoría a cada renglón que remato.

Trémulo se halla desde la reciente muerte de su soberano, el segundo Ordoño e hijo de Alfonso, hace un par de meses. Su hermano menor Fruela se ha adelantado a sus hijos Alfonso, Ramiro y Sancho y actúa de forma resuelta contra sus adversarios como manifiestan la expulsión del obispo Fruminio y el prendimiento de los nobles Aresindo y Gebuldo. Poco más parece que una huida ciega, pues notoria es su putrefacción por la lepra. Las apuestas más optimistas no le auguran ni dos primaveras de mando.

Ningún resultado alcanzaron las decenas de cartas enviadas a cuantos contactos buscara o me sugirieran para encontrar a Catalina, y hastiado de aguardar noticias decidí perseguirlas pese a mi edad y achaques.

Comencé a indagar en Toletum donde la dificultad de mi empresa reveló pronta su amargo rostro. Absurdo resultaba rastrear pasadas caravanas mozárabes llegadas a la ciudad, qué decir registros personales sobre los viajeros. El trasiego hacia el norte había sido constante durante siglos, con el albur de los destinos variando según pintaran los reinos sus fronteras. Arruinada mi pista más fiable, cansado de vagar sin rumbo y de tropezar con puertas cerradas, llegó hasta mí una noticia sin aparente relación con mi búsqueda pero cargada de esperanza. Dulcidio, mi viejo amigo, actual obispo de Salamanca, se encontraba en aquellos días en Zamora de vuelta del funeral de Ordoño y la entronización de Fruela.

La poza de mi destino mudó de lóbrega a cristalina. Zamora debía ser mi próxima parada. Incluso antes de conocer la presencia de Dulcidio, lo intuía recordando la obsesión de Catalina por ella. Interpreté la mera coincidencia como un juego del destino y, sin mejores trazos que el recordado anhelo de mi niña y la esperable ayuda de mi amigo, me encaminé hacia la vieja Semure goda.

Aquí, antes de ayer, me reuní con Dulcidio.

La pierna punzaba como cada día que barruntaba cambio de clima, más aún en los fríos como aquel en que diluviaba y se sentía la húmeda proximidad del Duero. Mi cojera se había acentuado desde que retomara el polvo ya olvidado de los caminos. A ella se unían a coro las jaquecas y el dolor de huesos, en especial la espalda que se me estancaba en posiciones que luego sufría al romper. El peso de los años.

—¡Alfonso, qué alegría verte! —espetó Dulcidio, levantándose para recibirme.

Desdeñoso de su categoría vestía su entrañable y sencilla túnica negra sin tocado o abalorio alguno. El cautiverio no le había hecho mella. Parecía diez años menor que yo pese a su refulgente y plena calvicie. Sus ojos conservaban su fulgor como también lo hacía su figura en altura, delgadez y porte. Me esperaba en una sala adusta, sin concesiones salvo una chimenea a pleno rendimiento, dentro de la iglesia de Santa María, en el extremo oriental de la ciudad.

Nos sentamos frente a una robusta mesa rectangular cubierta por pilas de pergaminos metódicamente dispuestos.

—Hallarte es rejuvenecer décadas, amigo mío —me dijo—. Al anunciarme tu presencia no daba crédito. Alza la copa, por favor, y brindemos, pues mucho me agrada encontrarte. —El regocijo de Dulcidio era sincero y compartido. A determinada edad no es asiduo tropezar con viejos compañeros y conseguirlo es tan agradable como recibir el azote del viento en la cara. Despertar—. ¿Cuántos años hace de aquello? —me preguntó.

—No soy capaz de recordarlo, Dulcidio, más de treinta —le respondí.

—¡Y de cuarenta! —respondió jovial—. Por la Navidad del 883 arribábamos a Ovetao. ¡Haz cuentas! —Se estableció un silencio mutuo para hacer el cálculo y contrastar que efectivamente aquella Navidad se habían cumplido cuarenta y uno—. ¡Qué buenos tiempos los del Magno! —suspiró Dulcidio, ensimismándose en el silencio. Quizás con el pellizco de recordar el triste final del que con tanta deferencia le tratase. El último rey de la gran Asturias. Traicionado por su hijo García y muerto en aquella misma Zamora sin corona.

—«No digas que el tiempo pasado fue mejor que el presente; las virtudes son las que hacen los buenos tiempos, y los vicios los que los vuelven malos» —dije, evocando a san Agustín y recibiendo una sonrisa de complacencia por su parte—. Ya somos ancianos, Dulcidio —continué, asintiendo, reconociendo su razón y su extraordinaria memoria—. Difícil es que no nos

parezca mejor nuestra época de esplendor que en la que ya estamos de ocaso. Por cierto, conocí tu cautiverio y liberación, no esperaba encontrarte tan bien. —Dulcidio había sido rescatado apenas un año antes tras caer preso acompañando a Ordoño en su guerra con el tercer Abd al-Rahmán.

—Sí, hijo, sí, innumerables avatares han acontecido desde nuestro último encuentro, aunque bastante bien me hallo gracias al Altísimo. La derrota de Valdejunquera fue atroz. Nadie intuía un descalabro similar tras Castromoros. El poder de ese maldito Abd al-Rahmán es aterrador y en su presencia más que infantes parecen combatir diablos. Ojalá pierda el hábito de acompañar las aceifas o que cercano esté su fin. Caí prendido junto a Hermogio de Tuy. Solo sobrevivimos los que teníamos algún valor. En nuestro camino a Corduba nos escoltaron millares de cabezas como es costumbre caldea. Hermogio fue liberado al intercambiarse por su sobrino Pelayo, pero yo más de tres años hube de vivir entre infieles. Temo ahora por el joven Pelayo pues el emir parece obsesionado con doblegarle y corromperle. —Dulcidio hizo una pausa, y tras resoplar como quien trata de desechar una idea recurrente, continuó—: Gracias a Dios, regresé a Salamanca, aunque aquí en Zamora descanse unas semanas aprovechando la vuelta de León y la presencia de gran parte de prelados y corte por la próxima santificación de la capilla de San Pedro. Convulso, desgraciadamente, camina el reino, como sabrás, y clave resulta vislumbrar cómo cada cual teje su madeja, pues Fruela parece en exceso proclive a la Iglesia de Santiago. —Se quedó observándome de nuevo intensamente, quién sabe evocando qué, traspasándome con su glauca mirada que yo recordaba más cercana—. Alfonso, hacía años que no te recordaba. Desde la noticia de la muerte de Omar y antes, por supuesto, con vuestra derrota de Epagro. Recé porque conservaras la vida y gracias doy al Padre por concedérmelo. —Cruzó la mano, para apretar la mía firme y sinceramente—. Pero dime, ¿qué te trae a ti a Zamora? ¿Cómo puedo ayudarte, hijo?

Comencé a hablar y no paré. Dulcidio me escuchaba alerta, atento a cada palabra, sin una sola interrupción. Revolviéndose en la crudeza de mi existencia mientras se bebía mis andanzas y vericuetos. No entré en detalle con Catalina, aludiendo su marcha a mi segura muerte en el viaje, pero sí le transmití mi necesidad de encontrarla como el pez al agua. Soñaba con perdonar sus pecados y remendar nuestro destino y si no, al menos acallar la voz que me impelía a hacerlo atormentando mi merecido descanso.

Dos jóvenes presbíteros, Martín y Lucas, nos ayudaron durante los cuatro días siguientes escrutando cada registro existente en Zamora sin premio. Descartando boda o alumbramiento, comenzamos a examinar en los cenobios,

pero pocos eran los que guardaban relación de toda la comunidad albergada. Revisando sus nombres uno en Tábara llamó poderosamente mi atención.

San Salvador.

X

Eterna apreciaba la espera mientras el bajel se alineaba con el embarcadero. Vivaces marineros jalaban cabos y escotas vigilando no causar estrago alguno. Estruendosos charranes y gaviotas atacaban frenéticamente un gran banco de peces justo a la entrada del puerto.

—No existe mejor aliado del pescador que la gaviota, como Peri en el campo. —Reprimiendo una lágrima con sabor a nostalgia revivía las enseñanzas de Sulayman a bordo del Gusano, en nuestro viaje a Tahart que aún fresco recordaba. Mi amigo me señalaba un gran grupo de gaviotas como el que ahora observaba, en aquella ocasión posado en medio del mar sin realizar ejercicio aparente—. ¿Crees que están ahí sin hacer nada? —me preguntaba de forma retórica con su natural habilidad docente—. En absoluto, Moro. Divisan un buen almuerzo, pero tan profundo que no pueden alcanzarlo. Aguardan alerta a que algún gran pez o un buen banco lo alce.

»Si buscas pescar, mejor es esperar con ellas que perseguir aventura incierta aunque distingas peces saltando solitarios en otra zona. Si las divisas en movimiento conjunto, bien volando vertiginosas a ras del agua o pausado muy arriba, sigue su guía, y de estar en acción busca las picadas alrededor, sin cruzarte en su camino conducido por la avaricia pues fácilmente podrías espantar la pesca. Jamás pierdas un buen bando de gaviotas.

Montaron la rampa y pisé tierra firme. Me arrodillé y besé el suelo agradeciendo a Dios y a Teresa continuar con vida y estar de regreso. Por fin en casa. Pechina. Con ese destino me había embarcado en Palermo tras despedirme de Nikolás. En Amalfi, tras nuestra huida, nos aguardaba el Sirena Varada pese a haberse cumplido el plazo acordado. Intuyo que bien valía la pena esperarnos un par de días, pues arduo sería reemplazar a pasajeros de nuestra generosidad. Con él regresaría el macedonio a Atenas antes de volver a casa a enfrentarse con sus fantasmas.

Palermo bullía como la capital musulmana de una isla que ya dominaban completamente los sarracenos a excepción de Taormina, el bastión bizantino. Numerosos eran los posibles barcos a elegir y similares los destinos. No me

hubiera costado demasiado embarcar a Malaka o Suel, pero precisaba revelar a la esposa de Sulayman lo acontecido y saldar mi deuda con él.

Lo hice ensalzando su figura, alabando su valor y pericia, regalándole un ficticio pero probable último pensamiento hacia ella y sus hijas y, sobre todo, ahorrándole la cruda realidad para pintarle una muerte noble y rápida. Ella ya intuía el final al haber escuchado el relato previo de los supervivientes del Espuma, pero entre lágrimas por la muerte de la esperanza me agradeció el descanso de acallar la incertidumbre. Tras mucho negociar que aceptara el brazalete del Magno, apalabrado con su marido y recuperado de la Comadreja, me indicó que Tara y Hallbera apenas habían permanecido unas semanas con ellos antes de tratar de regresar a su país por tierra. Sonreí al pensar en el coraje de aquella mujer de interminables piernas.

Continué mi camino saboreando cada paso del caballo. Regresar a Hispania había aplacado la urgencia que me poseyera desde que conociera mi libertad en Bizancio. Los días ya eran cortos y el frío intenso cuando el sol dormía o lo ocultaba la tormenta, sin embargo yo disfrutaba hasta del barro del camino. Nuestro melodioso romance, la alegría del sol y su dibujo del cielo, el vino, las jarchas improvisadas en cualquier taberna, la caza, la inconfundible alegría de sus gentes, la luz, el aceite, el embrujo de sus mujeres, los olores, la comida, el pan, la riqueza de sus paisajes. Mi patria me embargaba recordándome a cada paso la suerte de haber nacido donde sueñan los poetas. Recorrí Ilbira arrebujado en mi capa, admirando las cumbres nevadas del Solaris y sintiendo su glacial caricia en mi cara, más tarde Awta donde visité la vieja alquería e, incluso, me atreví a ascender de nuevo el tajo de Omar rememorando andanzas de juventud. Gozaba del camino y del íntimo deleite inherente a la libertad de escogerlo cada mañana. Evité visitar casa conocida alguna en Qumarix o Antikara hasta que, por fin, comencé el ascenso de la cañada del Lobo para encaminarme directamente hacia la vieja cueva de mi padre.

Llegaba a casa.

—¡Alfonso, Alfonso! —Enseguida reconocí el cantarín acento propio de los gaditanos. Máximo no había tardado en averiguar mi regreso y voceaba mi nombre mientras yo me afanaba en encender un fuego para calentar mi frígida morada. Varios eran los antiguos conocidos con los que me había cruzado en el camino sin detenerme en demasía y la voz sobre mi vuelta debía haber prendido en la Tábula como el relámpago en maleza seca—. Alfonso, ¿estás realmente ahí?

—¡Máximo! —La eternidad y vigor del abrazo reflejaba la alegría del reencuentro—. No sabes cuánto te he recordado —acerté a decirle mientras le estrujaba.

—Hijo, también yo a ti. Déjame que te vea. Pese a las funestas noticias llegadas de Pechina siempre confíe en tu bienestar. —Máximo lloraba mientras me abrazaba y hablaba. El tiempo había sido clemente con él y parecía seguir encontrándose en plena forma. Largo y duro como la roca de su basílica, sin un ápice de grasa y con su poderosa melena canosa intacta. Curioso resultaba cómo ganaba prestancia con los años, pues sin haber sido nunca agraciado se asemejaba a la rosa que sin florecer jamás se marchita—. Cada noche de estos cinco años he orado por ti convencido de que seguías con vida. A Dios le agradezco tu regreso.

—No sé si tanto a Dios como al azar y la fortuna, Máximo. Bueno, y a Teresa, pero larga es la historia —le dije, ya separados, mientras me ayudaba a encender la chimenea.

—¿Acaso crees que tengo algo mejor que hacer? Infinitas son las cábalas dibujadas sobre tu devenir en mis noches de insomnio —me dijo con una gran sonrisa de complicidad mientras se sentaba—. Aquí poco ha sucedido ya que estos años han sido más bien tranquilos, al menos en lo que a la Mesa se refiere. Omar vuelve a ganar territorio ya que el emir continúa con innumerables frentes abiertos, pero ya habrá tiempo de ponerte al día. Cuéntame qué has vivido, hijo, ¡y no omitas detalle!

Lo hice desde mi partida, con el fuego ya por fin calentando la gélida cueva de mi padre. Deteniéndome en los pasajes que sabía que le interesarían. Le expliqué mi extraña sensación de paz, pese a mi sensación de soledad y abandono por Dios durante mi cautividad en la carreta, y cómo en nuestro reencuentro en Santa Sofía me había golpeado su mensaje del perdón. Por primera vez confesé cómo asesiné al Rojillo y al Pantaleoni, la frustración de sentirme esclavo, mi ansia de venganza ante la cruel muerte de mi amigo y la razón de la cojera que arrastraba. Máximo asentía, terminando a veces los retazos del cuadro que yo pintaba.

—Siento que soy otro al pisar de nuevo la cueva de mi padre —le dije una vez finalizado mi relato—, y que lo que antes no admitía réplica ahora ni tiene tanto valor ni ha de darse por sentado.

—Mucho es lo que has vivido, Alfonso, y lógico que varíe tu perspectiva. Ojalá sirva para fortalecerte. —Hablaba mirándome con cierto recelo, temiendo cómo aquella experiencia pudiera haber alterado la obra que tan bien conociera—. Mucho me alegré de que no ajusticiaras a Omar en su

momento. Igual que ahora me apeno por Ibn Malikk, el Rojillo, ese pobre diablo de Amalfi, y, especialmente, por tu separación de Catalina.

—Aquello terminó para siempre, Máximo —le contesté meditabundo.

—Siempre es relativo, si es que existe, Adelfuns —me dijo sonriendo.

—Lo que digas —le contesté cortante. No me apetecía en absoluto hablar de Catalina—. Lo que sí puedo asegurarte, sin temer al error, es que nada me arrepiento por haber ajusticiado a la Comadreja amalfitana —continué, convencido, derivando la charla intencionadamente.

—Matar a un hombre nunca está bien, y hacerlo por tu mano sin juicio alguno resulta además profundamente injusto.

—¿Injusto? —le dije en tono sarcástico.

—Injusticia es causar mal al prójimo de manera intencionada —replicó serio—, y si dudo sobre el alcance de la injusticia acudo a las leyes y la Palabra del Señor, allí donde la verdad descansa.

—Cada vez significa menos esa Palabra para mí —le respondí melancólico. Con tacto y absoluta sinceridad—. Muy poco me importa el prójimo, ni siquiera me inquieta tal y como lo mencionas. —Sentía cierta tristeza mientras hablaba, consciente de pagar con Máximo mi frustración. No deseaba herirle y agradecía volver a conversar con él, abriéndole mi corazón como no me atrevía a hacer con ningún otro. Bajé el tono y le miré con cariño —. Como te decía, Máximo, me siento muy diferente a como marché. Tu voz amiga me ayudaba en mi soledad. Me conozco mejor de lo que jamás soñé. He ahondado en mi interior, vislumbrado mis límites y destripado mis sentimientos.

»Ya no me inquietan las voces de otros, ni siquiera la de Dios. Muchos he conocido de diferentes religiones y a todas las considero igual de verdaderas, pues así ellos las sentían. ¿No hay acaso mayor verdad que la del creyente convencido?

»A mí ya no me sucede eso, la única voz que me mueve es la mía interna. Mi luz y mi guía. Esa es la que me incitó a perdonar a Omar y Catalina, a arrepentirme por mi cobardía al terminar con el Rojillo y a castigar con la muerte a Agiulfo Pantaleoni. Sin remordimiento. Disfrutando al ver cómo sus ojos se apagaban.

—Alfonso, esa voz no es otra que la de Dios, da igual cómo lo llames, aunque a veces la confundas con el odio que es solo humano. Nómbrala como plazcas. —Máximo me apretaba la mano, anhelando reconducirme hacia caminos lejanamente distinguidos y que había olvidado transitar—. «La conciencia vale por mil testigos», dejó escrito Quintiliano.

—No tal y como antes lo mencionabas, Máximo. Esa voz, esa conciencia de Quintiliano, varía en cada uno y si saliera de una única fuente, de un Dios todopoderoso, todos entenderíamos el bien y el mal desde la misma perspectiva cuando no es así —le dije—. El bien y el mal son tan relativos como la justicia o la verdad. Mejor me ha ido con putas y violadores que con nobles y reyes. No me guiará lo escrito en un libro o unas leyes sobre unas tablas. A mí ya no me preocupa eso. Tampoco lo hacen la riqueza, la gloria, las alabanzas o el destino de mi pueblo. He mirado a los ojos a la amargura, pensado en la muerte como liberación, visto y compartido el dolor, experimentado la pobreza y el maltrato. La angustia ha sido mi más fiel compañera estos años. Poco más anhelo que a vivir tranquilo, a seguir a esa voz que me habla y me guía, a evitar el remordimiento que me corroe de saber cuando la ignoro. ¿Qué me importa a mí el prójimo? Aspiro a preocuparme por mí.

—¡No puedes decir eso, Alfonso! —me contestó enérgico—. Tú no puedes permitirte esa pobreza de espíritu, ese recalcitrante egoísmo. Hablas de la verdad en tu interior, de una voz que te guía. ¿Intuyes la suerte de poder oírla? El Señor, te guste o no, es magnánimo contigo. Muy pocos escuchan algo así y la inmensa mayoría necesitamos de guía para alcanzar la virtud. Soñamos con escuchar el susurro de la voz que a ti te grita. Yo mismo te envidio, pues también mis dudas tengo, sin a veces encontrar más alivio que el de consolar a otros con respuestas que para mí son insuficientes. Profundamente avaro sería velar tus talentos y convencido estoy de que esa voz no te permitirá tamaña ruindad. Dudas de su procedencia y universalidad, pero apostaría a que poco se separa de lo que nos enseñó Jesús. En el albedrío de seguirla está precisamente su bendición. —Bajando el tono, conciliador, continuó—: Encerrarte en ti mismo solo puede agriarte como le pasa a un buen vino que por mantenerlo excesivo tiempo se echa a perder. Has de desterrar esas convicciones. Nuestra misión en la vida es buscar la virtud y por eso seremos juzgados para alcanzar la vida eterna.

—¿La vida eterna? —contesté preguntando—. Ojalá tengas razón y una justicia futura ordene el caos que premia al taimado y castiga al noble. —Me levanté para remover las brasas y avivar la lumbre y le dije, volviéndome—: La virtud es ilusoria y a un santo como tú le cedo el ánimo de perseguirla, Máximo. Permíteme a mí tratar simplemente de encontrar la paz.

Sonriendo se incorporó y besándome en la frente me persignó justo en el momento en que otra voz familiar resonaba a la entrada de la cueva:

—¡Alfonso, Moro, dime que es cierto! —Se trataba de Omar. El Capitán encabezaba la cuadrilla que formaba un gran y ruidoso grupo del que solo llegué a distinguir a Ayyub y Yafar antes de que me abrazaran entre lágrimas —. Perdóname, Alfonso, perdóname —me susurraba Omar al oído mientras me abrazaba con fuerza, sincero—. ¡Gracias a Dios, gracias, gracias! Eres inmortal, Moro, inmortal. Sabía que regresarías. Perdóname, Alfonso. —Decía esto de corrido, sin dejar de abrazarme.

Incontables veces había vislumbrado aquel reencuentro sabiendo siempre cómo acabaría. Yo también me alegraba de verle.

La gran sorpresa llegó al poco de mi regreso. El Capitán y yo departíamos sobre lo acontecido en mi ausencia recechando corzos junto al Silencioso.

—Nuestro enredo del pez sapo y la pescadilla tiene hoy más vigencia que nunca, Moro. Corto incluso se queda, pues nos hemos multiplicado mientras la pescadilla hace tiempo que devoró su cola —susurraba mientras nos ocultábamos, con el viento en contra, tras unos matorrales que permitían entrever un largo claro de dehesa. Omar tenía controlada la querencia de un corzo viejo desde los meses de celo y calor, cojo de la mano izquierda y con el grosor de un brazo en el primer tercio de cuerna. A nuestra llegada varios rascaderos y heces me confirmaron la fiabilidad del rastro y el buen tamaño del ejemplar. Omar continuó—: Cada vez son menos los que aguantan la insaciable presión de Muhammad. El emir agoniza como el atrapado en aguas movedizas y cada movimiento le condena más que socorrerle. Recuperamos lo que fue nuestro y no existe *kora* sin revuelta. —Poco había cambiado Omar salvo que lucía más pelo en la barba que sobre la cabeza. Pese a su ya avanzada edad conservaba intacto su poderoso físico y especialmente su frescura, encanto y chispa innatas que atraían como el vino al marinero—. Verte de nuevo, Alfonso, fue la señal que me convenció de lo que tanto tiempo llevaba rumiando. No debemos confiar en ayuda alguna. Nuestra fuerza, nuestra legitimidad, nuestra diferencia estriban en nuestro pueblo, en la base. Demasiado tiempo, esfuerzo y fortuna he malgastado buscando ayuda. —Levanté la mano pidiéndole silencio, pues claro se escuchó movimiento a escasos pasos en la parte derecha de nuestro frente. A escasos minutos un despistado conejo cruzó delante de nosotros sin percibirnos. Salvó la vida por nuestro recelo a descubrir posición. Omar volvió a su discurso tras su desaparición en la maleza—: Lo supe desde nuestra amarga derrota en

Epagro. Su recuerdo mucho tiempo me ha torturado hasta comprender su posible beneficio como enseñanza a futuro.

»Cometimos errores de bulto como desperdiciar la posición o forzarles, con la jugada del río, a la muerte o la victoria, pero el más grave fue organizarnos y dividirnos según la procedencia. Confiar el mando en jefes de clanes perdiendo cualquier posible coordinación en el terreno de nuestras unidades. La dispersión de autoridad y falta de unidad de mando hicieron tan sencillo disolvernos como lo hace un soplido sobre un puñado de harina seca. Debemos ser como esta roca que nos rodea, sin grietas ni debilidades. No importa tanto nuestro número como el propósito. Mucho más pesa la moral que la superioridad material. Necesitamos agruparnos, convergir, fomentar el sentido de identidad de nuestros batallones, que sientan que sus vidas trascienden a una misión mayor, a un propósito. Bien conocen los hombres mi compromiso con ellos pues a nadie trato como a mis soldados, pero aún algo nos separa. Algo capital, consustancial a nuestra revuelta. La inmensa mayoría de los que por nosotros combaten son o fueron cristianos y la mayor afrenta de nuestro enemigo es su persecución, desprecio y castigo.

»Su líder ha de compartir su destino. Será la cruz quien nos guíe en la batalla y Bobastro, la sede de mi obispo. Construiré una basílica sin parangón en al-Ándalus, que rivalice con la que cuentan que Alfonso el asturiano edifica donde hallaron la tumba del apóstol Santiago. Allí he de bautizarme como Samuel esta misma Pascua.

Lucía un vistoso sábado de Pascua aquel séptimo día del mes de abril en el que inaugurábamos la nueva iglesia donde Omar, su familia y buena parte de la élite muladí de la Tábula cristianaban. Curiosamente, y según conocí más tarde, coincidió tan señalada fecha con la consagración de la nueva gran basílica de Santiago construida por Alfonso y la reina Jimena. Tan cerca y tan lejos, de la mano, tejidos con invisibles hilos, el norte y el sur de Hispania honraban con sus obras el milagro de su Señor.

La naturaleza nos sonreía con una mañana clara después de una semana de intensas lluvias, representando a la perfección el papel del Sábado de Gloria tras la Santa Semana de pasión. El campo refulgía pintado de lirios y claveles con el esplendor que derrama la primavera a su llegada. Los pétalos de estas y otras flores, sobre una cama de juncias, alfombraban el corto camino que separaba el alcázar de la basílica en la medina. Eran poco más de las once de la mañana cuando comenzamos a recorrerlo mecidos por el olor a

incienso, romero y el inconfundible azahar, propio de la época. La Mesa entera y vecinos de otras *koras* flanqueaban las calles expectantes, entregados y orgullosos de saludar el paso de su sonriente y mellado caudillo, descalzo y vestido con una humilde túnica parda.

Los blancos atuendos del gentío mejoraban según nos acercábamos a la iglesia. Allí aguardaba gran parte de la nobleza hispana y, por supuesto, toda la cristiana de la al-Ándalus rebelde. No era difícil señalar a embajadores y *sahibs* muladíes e, incluso, árabes aportando una pincelada de diversidad al curioso lienzo. Caminando tras la familia de Omar, observando su porte orgulloso y decidido, escuchaba algún indiscreto murmullo entre el gentío.

—Mira es Alfonso, el Moro, ¿qué será de…?

—Nadie puede negar que sea hijo del Tuerto, incluso más temible que él cuentan, aunque dicen que su partida se debió a…

Intuía, enfermo, los nombres de Omar y Catalina atados al mío con susurros, y herido en mi orgullo trataba de alejar de mi corazón los oscuros pensamientos que me conducían a los más lóbregos callejones de mi alma. ¿Qué me importaba, al fin y al cabo?

Omar y el resto de futuros bautizados se detuvieron en el atrio a las puertas de la basílica. El agradable y penetrante olor a incienso reinaba ya, inconfundible sobre el resto de fragancias. Sonriendo, cruzaban cómplices miradas con los invitados y escrutaban el interior, ansiosos por ingresar a la iglesia física y espiritualmente a través de las pilas bautismales en cruz latina excavadas en el suelo. Construido en un suspiro, el templo, pese a su sencillez, era de bellísima factura y significativamente mayor que la vieja basílica rupestre. Seguía su ejemplo luciendo una planta basilical, aunque esta contaba nueve por quince pasos. También se dividía en tres naves por recias columnas asentadas a plomo. Cada nave moría en una cabecera diferenciada y el ábside principal en un arco de herradura.

Repleta de gente conocida, dejé en su lugar a los bautizados, crucé una primera parte de las naves y ascendiendo dos escalones me senté en los bancos del crucero junto a Abu Nasr y Said ibn Mastana. Los techos eran planos y altos, cruzados por recias vigas de madera y cubiertos de teja, con la parte central a dos aguas. El suelo y el interior de los anchos muros, compuestos de sillares y gruesos guijarros, estaban cubiertos de lechadas de mortero y completamente pintados en almagra roja, lo que iluminaba el interior y constituía el toque personal de Omar en muchas de las obras de la Mesa.

Máximo, el nuevo obispo de Bobastro, aguardaba tranquilo tras el altar situado en el presbiterio, otros dos escalones por encima del crucero. Le rodeaban los principales obispos de al-Ándalus que escapaban al dominio omeya. Sin prisa, cuando la expectación trajo el silencio para imponerse al bullicio de la llegada, se levantó solemne hacia el púlpito.

—Oremos al Señor.

Escuché la misa profundamente recogido. Máximo no oficiaba como discutía. En el púlpito no gesticulaba ni enfatizaba, optaba por un discurso claro, tan cristalino que por su pureza y sencillez acariciaba el corazón y el alma. Al leer el Antiguo Testamento optó por una de las profecías de Ezequiel:

—«Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar. Y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios». Es palabra de Dios.

—Te rogamos, óyenos —contestamos a una sola voz.

—Hermanos —continuó tras un silencio de reflexión—. Variadas son las posibles lecturas que encontramos en la Biblia para un día como este, el más grande para un cristiano como nuestros amigos que pasan hoy a ser hermanos. Habitual en días así es recurrir al paisaje de Moisés en el mar Rojo, pues bien muestra la grandeza de Dios, su fuerza y el poder de nuestra fe capaz de derrotar a un ejército completo y sepultarlo bajo las aguas. —El silencio era absoluto y la atención suprema, en las homilías de Máximo no cabía la indiferencia. Su elección como obispo había sido una sorpresa relativa, pues siendo un buen candidato por su experiencia y conocimiento adquiridos en Astigi y el reconocimiento y cariño que se había labrado en Bobastro, bien conocidas eran su independencia y diferencias con el alcázar. Continuó—: Yo he escogido esta de Ezequiel pues esa agua purificadora no debe ser solo alabada por su capacidad para vencer al enemigo, sino por la habilidad para transformar al que de verdad la acepta. «Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo», dice el profeta. Un corazón de carne en lugar de piedra. Hijos a los que hoy acogemos en nuestra casa —buscó con la mirada a los que esperaban en el atrio desde la altura que le ofrecía su posición—, en vuestra mano está que este día no sea uno más y que sirva para convertiros en mejores personas, en seguidores de las enseñanzas de Cristo. Nuestra autoridad no se forja con la espada sino con la piedad, la indulgencia y la misericordia. Con el ejemplo.

»Convulsos son los días que vivimos y necesario defender lo nuestro con vigor, pero el mensaje de nuestro Señor no fue contestar al acero con acero, ni perseguir con saña a nuestros enemigos, sino, como hoy mismo honramos, entregar su propia vida en la cruz. Perdonar y ganar. Ojalá el mensaje de Cristo enmudezca todo este ruido y logremos en un futuro cercano vivir en paz. Dios de nuestros padres, del que hoy mismo celebramos tu resurrección y cuya generosidad y gracia son eternas, bendice a tu pueblo y a tus nuevos fieles con un corazón puro, de carne, e inspíranos en el amor al prójimo sin mirar su procedencia. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

—Amén —volvió a responder la misma voz grupal.

Una vez finalizada la liturgia de la palabra, se encaminó seguido por el resto de los prelados hacia las pilas donde esperaban los que iban a ser consagrados. Allí inició la liturgia bautismal.

Yo ocupaba un lugar de privilegio justo frente a Máximo y tras Omar. Al Capitán le observaba a mi derecha escuchando en silencio y sujetando una antorcha con su mano zurda, la sana, en actitud de tremenda humildad. Parecía ausente, profundamente concentrado en cada palabra. Tras expulsar al demonio y bendecir el agua con el óleo, levantándose y rodeando la pila para acercarse a nosotros, se dividió a los bautizados para que de manera individual los distintos sacerdotes comenzaran a realizar con ellos las renuncias y la procesión de fe.

—¿Renuncias tú, Omar ibn Hafsún, al diablo, sus ángeles, sus obras y sus dominios? —le preguntó Máximo, sonriendo con mirada cómplice, alejado de la seriedad precedente.

—Sí, renuncio a ti, diablo, y a tus ángeles, tus obras y tus mandatos —contestó Omar con los ojos cerrados y la cabeza humillada.

—¿Cómo quieres ser llamado?

—Samuel —respondió.

Siempre le había gustado aquel nombre. El que utilizara en Corduba, en la Ansara con veinte años y en tantas otras ocasiones en que quería ocultar su identidad. El cristiano de Tucci. Era añeja la admiración de Omar por el Samuel del Antiguo Testamento. En nuestras clases de historia siempre le defendía como el auténtico padre de Israel en la sombra y quien encauzó el reino, primero para Saúl y más tarde David. Admiraba su recuperación tras la cruenta derrota contra los filisteos en Ebenezer, su constancia, su paciencia y su fe en su Dios y su pueblo. Imagino que se imaginaba capaz de imitar su gesta con Bobastro, más aún después de Epagro.

—¿Crees, Samuel, en Dios Padre Omnipotente? —continuó preguntándole.

—Sí, creo.

—¿Crees en Jesucristo, su único Hijo, Dios y Señor nuestro?

—Sí, creo.

—¿Crees en el Espíritu Santo?

—Sí, creo.

Una vez todo finalizado y de nuevo en fila, los bautizados se despojaron de la túnica parda para quedar simplemente con un calzón. Cada uno recorría los siete escalones de la pila correspondientes a los siete grados del misterio del Espíritu Santo. Cuando Omar descendió los tres occidentales para alcanzar el escalón central, Máximo a su lado le sumergió bautizándole.

—*Y yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo para que tengas vida eterna*. —Tras ascender por los escalones orientales, ya seco a las puertas de la basílica, Máximo le crismó sobre la cabeza descubierta y le impuso sus manos rogando por su sabiduría, fortaleza, amor y piedad. Por fin, limpio de espíritu, ayudé a Omar a vestirse con su nueva túnica blanca de la mejor seda de Pechina. Máximo seguía oficiando mientras todos se vestían—: *Recibe la túnica blanca, la túnica nupcial, que has de presentar con pureza de corazón ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna*.

—Amén —respondimos a una voz pasando ya por fin todos a la iglesia para continuar con la eucaristía.

Era la primera vez que Omar entraba a la basílica una vez finalizada y extasiado admiraba la magnificencia de su obra. Sorprendido observé cómo de su encendida mirada brotaba una lágrima que resbalaba por su mejilla. Conociéndolo, sabía que era el orgullo por encima de cualquier tipo de devoción el que la causaba.

La guerra cambiaría desde aquel día.

XI

Desbrozaba mi huerto vigilando que la ponzoña no amenazase a judías, berenjenas, pepinos y ajos. El declive que invariablemente acompaña a la edad, cada vez me saludaba con más asiduidad recordándome mis mil cicatrices y dificultándome movimientos en los que antes ni reparaba. Sufría de jaquecas y con aquella maldita pierna que parecía arder en el loco final de primavera. De repente un gritó me paralizó.

—¡Se lo está comiendo, se lo está comiendo! ¡El sol! ¡Se están comiendo al sol! —El vocero era Miguel, que trabajaba en su propio huerto a escasos pasos del mío. Le descubrí arrodillado, con las manos dibujando el cielo, angustiado en busca de explicación.

Atónito, comprobé cuánta razón llevaba. Una luz crepuscular testificaba cómo se comían, bebían u ocultaban al sol tras un negro manto redondo. Era como si lo cubriera algo que podía ser verdugo, tapa, cruz, castigo o tumba. Despacio pero insaciablemente hasta agotarlo, como el odre compartido en el desierto o la brasa huérfana de lumbre. El día se disfrazó de noche cerrada cuando murió por completo. Solo una especie de enigmático halo, como el que dibujaban a los santos bizantinos de Santa Sofía pero en movimiento, traslucía alrededor de aquella oscura esfera. Algunas tímidas e irreconocibles estrellas aparecieron en el cielo acompañadas de una fresca brisa.

Atemorizado, imaginé un mundo en constante oscuridad y en las consecuencias de la muerte del rey del firmamento. En la vida, calor, luz y alegría que nos regala cada mañana. Aquello no podía estar sucediendo. Ansioso comencé a buscar a Teresa, su charca y su prado, convencido de que mi diosa desvanecería aquella pesadilla. Solo encontraba el pánico de cuantos me rodeaban. Los que no estaban petrificados como yo huían despavoridos en busca de refugio o se abrazaban lamentándose y gritando. Los animales coceaban, gruñían, se enzarzaban entre ellos, se arrastraban y elevaban al cielo un desgarrado coro de ladridos, cacareos, mugidos y graznidos que contribuían al desconcierto. Por fortuna, la congoja fue relativamente breve aunque se hiciera eterna y aquella funesta sombra comenzó a abandonar la luz por el lado opuesto.

¿Qué había sucedido? De nuevo la vida me gritaba a la cara mi supina ignorancia y que jugaba con dimensiones que ni soñaba intuir. Misterios tan alejados de mi conocimiento como el del origen de la vida, qué sucede tras la muerte o de dónde viene el amor. Solo Dios, la respuesta más común a las preguntas irresolubles, podía ser capaz de esconder el sol en pleno día. No se había tratado de una nube densa, ni de un extraño animal, ni nada similar. Todos lo habíamos visto con detenimiento y claridad. Tenía que ser una señal, un mensaje divino. Así lo interpretó el pueblo que comenzó a buscar razones y culpables para semejante acontecimiento.

En Bobastro se empezaron a cuestionar los aliados del Capitán. Había pasado más de una década desde el bautismo recién relatado. El cristianismo le había fortalecido con el pueblo tal y como predijera, pero le había restado aliados árabes, bereberes y muladíes. La deserción más dura fue la de nuestro amigo Yahya ibn Antelo, aunque esta, más que al credo rezado, se debiera a la incontenible debilidad del Capitán por la mujer del prójimo. Aquel era un severo golpe pues junto a la pérdida de un gran amigo y un brillante general, el emir ganaba al mejor espía posible, completo conocedor de aliados, estructura, fortalezas y debilidades. Nuestros secretos. No se calló ni uno encabezando las huestes emirales. A estas se habían sumado además sarracenos del norte de Ifriqiya, pues la guerra contra el achamí Ibn Hafsún pasó a denominarse yihad. La santa lucha por el islam.

Fueron años duros, de constante batalla, recuperando posiciones para perderlas luego. Con la guerra estancada pero ávida de cobrar su salvaje arancel en oro y vidas, Omar aguantaba la posición en inferioridad de recursos, principalmente gracias al ingenio que le regalaba batallas perdidas y a su absoluto e indiscutible liderazgo. Había conseguido aquella unidad de mando con la que soñaba. Difícil era encontrar fisuras en sus filas. Se comportaba como un gran general, o, aún más que eso, un gran rey. El más querido y admirado por los suyos. De aquellos que sirve al resto y no al contrario. Siempre en primera línea, sin comer si es que las viandas escaseaban, sin dormir si es que había que hacer guardias, sin catre si había que descansar al raso. Generoso, justo y alegre. Constantes eran los voluntarios que se alistaban y numerosos los pueblos que se sumaban a su causa en cuanto tenían ocasión. Los hombres mataban y morían por recibir su mellada sonrisa.

Hacía dos años había tratado de variar aquella dinámica. Tres llevábamos de pésimas cosechas con el pueblo sufriendo lo indecible. Una embajada de Qayrawan había llegado a Bobastro en el inicio de aquel verano. Su suntuoso desfile precedido por flautas, mandoras y tambores atrajo enseguida la atención del pueblo. No eran menos de cincuenta los integrantes de la comitiva.

—*As-salām 'alaykum*, noble *sahib* Omar ibn Hafsún. Allah se os muestre magnánimo —se presentó el principal embajador sentándose con nosotros, sus dos acompañantes y su escolta en el salón principal de palacio. A Omar le acompañábamos su hermano Yhaya, sus hijos Ayyub, Yhaya, Hafs y Sulayman, Wadinas el Trueno, Asbag el Largo, Abu Nasr y yo.

Aquel enjuto hombre me parecía insultantemente joven, situación que cada vez me sucedía con más asiduidad. Hablaba un árabe recio, de los que no era difícil escuchar en Bizancio.

—Mi nombre es Ibrahím ibn Haytam —prosiguió—, y en nombre vengo de *amir al-muminin*, el Príncipe de los Creyentes Ubayd Allah al-Mahdi, *sahib* de Ifriqiya por el que los *dais* rezaban los últimos decenios. Con hondo aprecio y respeto os saluda y admira.

Ubayd Allah al-Mahdi había erigido recientemente en Qayrawan un nuevo califato. El desafío para Bagdad y la honda crisis para el mundo islámico eran absolutos. Habituales eran las fricciones entre los distintos clanes, pero hasta ese día nadie había llegado tan lejos. Probada era su directa descendencia del profeta a través de su hija Fátima, esposa de Alí. A ella le debían su apodo como fatimíes. Había acabado con los aglabíes, amenazaba al sur a los idrisíes que se parapetaban en Fez y su poder se extendía como la luz en el amanecer. Mucho hacía que se escuchaban también las alabanzas a su nombre en al-Ándalus y habitual era encontrarlas en nuestros campamentos por su odio a los sunníes omeyas.

—*As-salām 'alaykum*, Ibrahím ibn Haytam y que Allah sea también generoso con vosotros —le respondió Omar también en árabe—. Enormemente nos honra vuestra visita y felices buscaremos que sea lo más placentera posible. —Les ofrecimos los habituales leche y dátiles con almendras, que gustosos recibieron. Mientras les servían y tras un breve silencio que no se hizo incómodo, continuó el Capitán—: De lejos venís, ¿habéis tenido buen viaje?

—Sin duda, muchas gracias. Seguros son vuestros dominios, como nos habían avanzado y no hemos encontrado contratiempo alguno. —La juventud

del embajador no era tal una vez analizado en detalle. Su barba, rala y lampiña, moría en unos salientes pómulos y unos ojos cargados de madurez.

—Nunca se sabe —dijo Omar, tras asentir agradeciéndole el cumplido—, aunque muchos deberían ser los que os importunaran considerando vuestro número.

—Así es, pero si grande es nuestra comitiva mayor es el mensaje que porta. El de la llegada del nuevo Mahdi. Como tal nos gustaría que por él se orara en cada mezquita bajo vuestro caudillaje.

—No entiendo muy bien qué me quiere decir —nos susurró Omar tras un largo silencio, cambiando del árabe al romance—. Supongo que el árabe lo tengo olvidado, ¿me está pidiendo que recemos?

—No os preocupéis —intervino otro de los árabes en decente romance. Tras mirar a Ibn Haytam y obtener su consentimiento, continuó—: Bien podemos expresarnos en vuestra lengua si así resulta más sencillo entendernos. —Su tono era conciliador y la sonrisa no abandonaba su cara—. Venimos a ayudar a nuestros amigos, pues eso somos al compartir enemigo.

»Como decía el noble Ibn Haytam, poco más buscamos que el justo reconocimiento en vuestras aljamas al enviado de Allah. Nada agradaría más al Mahdi que, en un futuro cercano, poder escucharlo en la gran aljama de Qurtuba. Quien eso persiga contará con su total colaboración. Sabemos la dificultad que entraña y hasta que ese seguro día llegue, asegurarlo bajo vuestros dominios arrastrará su inmensa gratitud.

Tras decir eso, el tercero entregó un precioso cofre de oro a Omar repleto de dinares.

En la despedida de los embajadores recuerdo una curiosa anécdota. Omar acompañaba a Ibn Haytam y el resto les seguíamos bajando hacia la puerta del Sol. Emparejado por el azar con el que hablaba nuestra lengua decidí preguntarle por dónde la había aprendido.

—En Orán, al norte de Ifriqiya —me respondió—. Allí estuve más de tres años y multitud son los hispanos que en su puerto viven o paran. De hecho, sus fundadores eran *bahriyyun* provenientes de Pechina.

—Orán… —contesté yo dubitativo. No lo conocía y me sorprendía aquel nombre cargado de recuerdos.

—Normal es que dudes conocerlo, pues así solo se le llama recientemente y aún muchos lo conocen por su nombre romano, el Divino.

—¡El Divino! Claro, bien lo conozco. —Sorprendido, no pude reprimir indagar la razón de su nuevo bautismo—. ¿A qué se debe el cambio de nombre?

—Parece ser que en cierta ocasión se presentó una pareja de leones en sus cercanías y que allí mismo les dieron alcance. Probablemente será una leyenda de las que se cantan en cada puerto, aunque mucho juren haber participado, pues difícil es que esas fieras migren tan al norte.

Sonreí y me despedí de él recordándome a hombros de la multitud, con la sangrante melena del león sobre la mía.

Omar firmó la alianza y la llamada a la oración chií comenzó a escucharse en cada alminar de las aljamas. Les acompañaban carromatos que hundían sus ruedas en los caminos por el peso del oro.

Ahora el pueblo de Bobastro achacaba a ese tipo de enjuagues el mensaje del sol.

En Corduba, también testigos del fenómeno, la interpretación difería. Se especulaba con intrigas palaciegas, batallas inminentes, desastres naturales y un tan largo etcétera como lo es la imaginación del ser humano cuando la sacudimos y dejamos volar en libertad. Ulemas y alfaquíes trataban de encauzar los desbocados rumores que solían concluir de forma similar: la estrella del viejo Abd Allah se apagaba. El alcance de las profecías variaban, pues los había que aseguraba el fin de los omeyas y el triunfo de Ibn Hafsún o de los cristianos del norte, mientras otros muchos encontraban en su nieto Abd al-Rahmán el relevo natural y la esperanza de su raza.

Máximo, en el cenobio, se alejaba de los rumores. A él había corrido yo cargado de preguntas, como muchos otros, exponiéndole mis temores, compartiendo lo escuchado y, sobre todo, buscando respuestas. La vieja basílica rebosaba de viejos y nuevos feligreses entregados a la oración, la confesión y la penitencia.

—El hombre se atribuye la capacidad de provocar situaciones cuya razón ignora —me decía Máximo mientras hablábamos a solas, caminando por el patio central entre el monasterio y la basílica, en la parte cercana al aljibe y contraria al cementerio. El huerto lucía en esplendor, ya que había llovido la víspera con esos chaparrones de junio incapaces de calar la tierra por la sed del sol, que comienza a mostrar su poder y seca cuanto toca tan rápido como el viento huracanado. Nada es igualable a aquellos días que combinan la humedad que lava y el calor que seca. El perfume de las flores de raíces empapadas se abría paso entre las palabras del viejo Máximo que continuaba con su disertación—: O en su defecto culpa a Dios e indirectamente a él mismo por su intervención. ¿De verdad crees que Dios iba a oscurecer el sol

por los pecados de un hombre? ¿Tanta importancia le otorgas al Capitán y tan enrevesado en su mensaje juzgas al Altísimo? —Sonriendo me observaba, disfrutando de mi ignorancia y de recuperar su posición de maestro—. Alfonso, lo que vivimos ayer no fue más que un eclipse que cada ciertos años se repite, la interposición de la luna en la línea que nos une al sol. La sombra de la luna proyectada sobre nosotros.

»Muchos son los que sobre ello escribieron en la Antigüedad: Aristóteles, en su *De caelo*, o Plinio el Viejo, enalteciendo a Tales de Mileto, o Hiparco por hallar una explicación racional a tales sucesos y descubrir su mecánica liberando de la ignorancia a sus coetáneos. Todos buscaban liberar del inmenso temor a los hombres ante su presencia y de las superficiales creencias que los acompañaban con infamias de toda índole. Dios no emplea tales artimañas para hablarnos.

El eclipse derivó en terremoto.

Dormía cuando pocos días más tarde Sulayman me despertó.

—Alfonso, Alfonso, tienes que venir conmigo. —Me levanté asustado, no era habitual que nadie se presentara en mi cueva en noche cerrada, aunque cada vez dormía menos y había advertido los pasos desde la entrada—. Mi padre te llama, es importante.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunté. Sulayman, nervioso, sollozaba, algo nada habitual en un hombre de su cuajo. Podía percibirse su mandíbula tensa pese a la barba cerrada.

—Ayyub se está muriendo, Alfonso —me dijo, abrazándome y rompiendo a llorar—. Se está muriendo —repitió.

El bocado en el corazón del hambriento lobo al que llamamos vida me acompañó hasta encontrarme con Omar. Recorría delirante el patio del alcázar. Cabeceando y a una velocidad desmedida. Al verme se arrojó a mis brazos.

—Cayó, Alfonso, cayó. Como un saco —gritó, separándose y señalando con ambos brazos, temblando, la esquina izquierda de la alargada fuente que ocupaba su centro, junto a la salida principal del salón del alcázar. En el quicio y especialmente el suelo la huella de la sangre cubría el empedrado. Estaba fresca, conservando su olor y relieve al no haberse aún limpiado. Era la sangre de Ayyub.

Le imagine allí tirado, inerte, vacío. Una punzada me hizo recordarle mientras entrenábamos allí. Aún podía verle fanfarroneando en la arcada

derecha con cómo me vencería, peleándose con su hermano Yahya o dibujando estocadas subido a aquel mismo murete arriesgándose a un chapuzón. Débil e inocente. Niño. Pensé en su hijo Omar, el orgullo de su padre y abuelo, con el que enloquecía. El Capitán seguía hablando aunque yo no podía escucharle.

—¿Qué ha pasado? —acerté a preguntar.

—Ha sido la fatalidad, Alfonso. Ahora el sol sí se oculta para siempre. —Sus ojos transmitían una desesperación como nunca había percibido. Ni en Malaka tras ser azotado, ni en Epagro en la peor de sus derrotas, ni al descubrir su traición con Catalina o al fallecer sus amados Mencía o Mudáhir. Perdido, balbuceaba nervioso, ausente, desencajado—: Discutíamos, mientras cenaba con los niños y mi hermano. ¿Por qué? —gritó. Le sujeté más fuerte, abrazándole. Pasamos así un interminable suspiro, hasta que se separó de nuevo para continuar—: No le sirvió nuestra victoria junto a Ibn Hudayl en Munt Liyún sobre el general Ibn Abd al-Aziz. La última aceifa fue muy dura y la tensión, como sabes, cada vez era mayor. —Hizo una pausa dolorosa e hinchó entrecortadamente los pulmones conteniendo las lágrimas—. Maldito niño, mi niño. Cada día se mostraba más insolente y atrevido en sus amistades. Sé que muchos son los que critican mis decisiones, más aún desde lo del sol, el eclipse como tú le llamas, pero intrigaba a mis espaldas desafiándome. Hoy sobrepasó la raya. Una conversación tranquila tras la cena se fue calentando. Algo cargado de vino me afeó mi alianza con los fatimíes y exigió acercarnos a los hijos de Ibn Hayyay que ahora dominan Hispalis y Carmo. Osada juventud. ¿Qué sabrá él? ¿Qué sabría…? Si era un niño —bramó, arrancándose nervioso su larga barba humedecida por la saliva y las lágrimas. Sentí la necesidad de abrazarlo, y así lo hice, mientras seguía llorando desconsoladamente. Quería consolarle pero no era capaz de articular palabra. Fue Omar quien continuó sobre mi hombro—: ¡Como si no lo hubiera hecho yo ya durante años con su padre, al que incluso le traía las putas y los poetas de Oriente! —Tratando de relajarse se separó para sentarse en uno de los bancos del patio con las manos en la cabeza y su húmeda mirada perdida en la sangre seca de su hijo—. Mi pequeño Ayyub —sollozó, enterrando la cabeza entre sus piernas y cubriéndola con los brazos.

Me senté a su lado rodeándole de nuevo con un brazo a la vez que con el otro me agarraba el corazón en busca de la puñalada que lo hería de aquella forma. Muerto. Ayyub. Con aquella desbordante juventud. Tras tantas batallas en la fuente de su casa. ¿Por qué él? Omar, recobrándose, prosiguió su triste relato:

—Fue subiendo el tono, olvidando el obligado respeto a un padre hasta enervarme y empujándole le eché del salón. Lo hizo de espaldas por su propio pie, encolerizado, amenazándome y culpándome hasta de la oscuridad de la noche. No reparó en aquella maldita cesta. —Señaló una gran canasta utilizada para acarrear leña destrozada contra el muro. Había pagado su protagonismo en la historia—. Tropezó con ella y se cayó de espaldas abriéndose la cabeza. Así, sin más. Mi hijo mayor. Mi heredero. Mi esperanza. Respira, pero no despierta desde hace horas. —Se volvió hacia mí para clavarme su aterradora y abatida mirada cargada de culpa y dolor—. Lo he matado, Alfonso. Yo lo he matado.

Ayyub no volvió a despertar pese a aferrarse a la vida durante tres infernales días, donde si el sol salió yo ni me enteré.

A pesar de no ser más que un acontecimiento natural no fue la única muerte que pareció precipitar la embrujada sombra de la luna.

XII

Abd Allah expiró el día de San Severo de ese otoño. Antes de sucumbir resolvió con sabiduría su herencia cediendo el anillo, con el sello de mando omeya que portara durante veinticuatro años, a su favorito y nieto Abd al-Rahmán. Probablemente fuera la mejor decisión que tomara en su vida. Tenían sesenta y ocho y veintiún años. Invierno y primavera. Noche y día.

Badr ibn Ahmad, el preceptor del heredero, el viejo *wazir* que ya era fiel en su juventud a sus padres, Muhammad y Muzna, y que perfectamente manejaba las intrigas de palacio, precipitó los acontecimientos de forma que no cupiese réplica alguna. El mismo jueves que moría el emir le juraban fidelidad, en el Maylis Kamil, el salón perfecto del alcázar de Corduba, sus tíos Abán, al-Así, Abd al-Rhamán, Muhammad y Ahmad delante del resto de su ingente familia y los notables de la capital. El propio Badr, con interés aclamado por la audiencia, era nombrado *hayib*, cargo que, además de otros, aún ejerce con maestría. A partir del día siguiente y durante una semana, rindieron pleitesía el pueblo de Corduba y los que permanecían fieles en la gran aljama.

El joven emir no perdió el tiempo y desde el primer día comenzó una carrera sin meta aparente, pues abrumador es su talento y firme su determinación. Tiempo parecía llevar preparando su llegada ya que, como la tormenta veraniega, raudo recompuso su gobierno nombrando nuevos visires y generales entre los que fácil resultaba encontrar linaje hispano. Incluso el nuevo *qadí*, Aslam ibn al-Aziz, lo era. Parecía que el mérito y la lealtad regirían como principales factores de ascenso social en la era que se avecinaba. No era extraño considerando que, pese a su incuestionable linaje paterno, en tres de sus cuatro abuelos corría sangre hispana.

Concentró su energía inicial en reforzar el ejército. Reclutó a los *yunds* sirios a los que prometió tierras y autonomía siempre que permanecieran bajo su obediencia, y en lugar de dirigirse hacia nosotros apuntó a nuestros aliados. Sus enemigos más cercanos y vulnerables. Señores que defendían su feudo sin entregar tributo alguno. Tierras pobres y difíciles de conquistar, habitualmente ignoradas. Aquel cachorro mostraba una astucia impropia de su

edad. No apuntaba al corazón de la rebeldía, sino que nos asfixiaría de forma gradual.

Ibn Al-Aziz atacó a los bereberes de Karakay y Munt Baranis del norte de Corduba; Ibn Abí Abda la *kora* de Egabro y Ubay Allah ibn Fihr a los rebeldes Fath ibn Musá y Ardabulis al-Rihayi. Variaron la táctica empleada, pues ya no arrasaban a su paso sino que asaltaban la fortaleza, sumaban los rebeldes a sus filas y dejaban un regimiento que controlaba la posición. Más adelante recaudarían el impuesto correspondiente. Las cabezas de los rebeldes adornaban la puerta de al-Sudda dos meses más tarde. La tropa y las arcas engrosaban en lugar de menguar durante la campaña.

Corduba reverdecía imbuida por un entusiasmo inexplicable con el cambio de una sola persona. Así sucede con los extraordinarios. Antes de Navidad marchaban hacia Astigi. El ejército lo dirigía ahora Badr, quien ya no solo se conformaba con mandar en palacio. La vieja y mítica muralla de doble mamparo rojo y blanco era arrasada para siempre el primer día del nuevo año sin sacrificio alguno. Nuestros aliados se rendían ante el poderío cordobés y la ventajosa posición que recibían los amigos del emir, tan generoso en la paz como despiadado en la guerra. Sin ánimo de interferir en las decisiones locales siempre que aseguraran el impuesto y la obediencia debida. Conquistada Astigi y asegurada su futura lealtad al derrumbar sus defensas, entregó su mando a Hamdum, el hijo de Basilio, antiguo amigo de Manuel y a quien yo bien conocía. Un hombre práctico que, al fin y al cabo como todos, buscaba lo mejor para los suyos. Oponerse era el suicidio. Los mismos hombres que cabalgaban antes a nuestro lado ahora lo hacían en contra.

Lo que parecía un huracán no era sino ligera brisa comparado con lo que se avecinaba. La rueda de la historia giraba en nuestra contra pendiente abajo.

En febrero envió cartas a cada *kora* reclutando soldados y pertrechos para en abril marchar el ejército hacia Tucci. Abd al-Rahmán ibn Muhammad ibn Abd Allah, Abd al-Rahmán el tercero, el que luego sería apellidado al Nasir, el Victorioso, entró por primera vez en combate.

Omar se había mostrado ausente desde la muerte de Ayyub. Muchos le pedían reaccionar ante el empuje de Abd al-Rahmán, poco más que un niño. Socorrer a quien mostraba rebeldía. Desganado, apenas alternaba y escuchaba las funestas noticias del resurgir cordobés con aterradora parsimonia.

Por fin reaccionó, el mismo día en que salía de la capital el ejército emiral hacia Tucci. Siguiendo la línea marcada por Abd al-Rahmán de atacar posiciones cercanas, él mismo encabezó una algarada a Malaka sin éxito y con retirada, al enviar el emir a Ibn al-Warit con un batallón completo de caballería que mantuvo la posición y ya no saldría del puerto.

Los nuestros pasaron a la acción y, bien junto a Omar o en pequeños grupos, hostigaban al inmenso ejército emiral emboscando a partidas reducidas o soliviantando a las poblaciones contra Corduba. Abu Nasr era el protagonista de muchas de las historias y rumores que llegaban de Ilbira y Yayyán cruzándose apuestas por el número de árabes abatidos por su grupo. Nueve arqueros, entrenados por él, quebrantaban al enemigo. Curiosamente, parecía que su vista y puntería ganaran con la edad al contrario de lo que sucedía con el resto de los mortales.

Difícil es hacer frente a Abd al-Rahmán y labra su camino conquistando y pacificando Yayyán. Rinde y controla a su paso cuantas alquerías, atalayas, torres, castillos o villas se cruza. Las nuevas huestes reclutadas se integran en la tropa, y las mujeres y los hijos de los señores marchan a Corduba como garantía de lealtad. La inmensa mayoría, como ya hiciera Astigi, cae sin combatir, deslumbrados ante el poderío, la fama y el empuje del joven emir cordobés. No todos actúan de igual manera, aunque la mayor parte de los que resisten son aniquilados. Pocos fueron los héroes que resistiendo salieron victoriosos. Los de aquella aceifa fueron los defensores de San Esteban, la vecina y siempre hostil a Iliberri. Aguantaron sitiados hasta que el emir regresó a Corduba con el sol del verano ya irrespirable.

Sin cumplir el primer año de su gobierno, el joven emir dominaba casi un centenar de nuevos castillos y medio millar de fortificaciones menores, desde alcazabas hasta torres. No se planteó parar ahí. Durante el invierno y mientras preparaba la siguiente aceifa reclutando aún más tropa, aprovechó las disputas entre los hijos de Ibn Hayyay para dominar Hispalis. Sin perder un solo hombre incorporaba a la corona el diamante de Hispania.

En la siguiente aceifa no conseguiría más que arañarnos en Bobastro segando nuestras vides y arrasando las cosechas de cereal. Llegó a admirarnos desde el valle antes de huir por la cantidad de hombres que perdía en cualquier despiste. Abandonando su idea de la conquista directa, continuó con la pinza esta vez hostigándonos al sur. Se hizo con toda la costa interceptando varios envíos de al-Mahdi desde Qayrawan y dañando certeramente nuestros puertos y navíos y se embarcó en la construcción de una enorme atarazana donde se unen los mares, en la inmejorable bahía de al-Yazira al-Jadra.

Estrechaba el cerco y se expandía como la flor que se abre en primavera. En Corduba era un semidiós al que se cantaba en palacios, casas y tabernas con versos como los de Ibn Abd Rabbihí:

Allah abrió al islam un claro camino
y las gentes entraron a la religión a bandadas.
Murió la herejía, la infidelidad se dio por entero,
y los caballos salvajes se humillaron a tomar brida y silla.

Dos inviernos despachamos de lucha constante desde la campaña de la costa. Dos años de guerra, escasez, sequía y hambruna. En la Mesa se añoraba el agua para regar las huertas y en Corduba se pagaban fortunas por un *qafiz* de trigo. Dos años de muerte.

Nuestra extrema debilidad propició la disensión, y las luchas internas resultaron encarnizadas. Máximo lideraba la facción disidente de la línea hafsuní y los intentos de Omar por debilitarlo solo consiguieron afianzarle como alternativa de poder interno. Incluso le depuso como obispo teniendo que revocar su decisión por la presión del pueblo, el abad, los monjes, algunos de los principales capitanes como Wadinas, Ibn Nabil e Ibn Hamid o incluso yo mismo.

El de Gadir, comprometido con su feligresía, abogaba por una tregua inmediata con la clemencia de Abd al-Rahmán con sus enemigos como argumento incuestionable. Todo era cuestión de negociar. La línea dura del alcázar y la facción cristiana más beligerante liderada por Rudmir no compartían su opinión. Los hijos de Omar eran los más radicales y combativos, especialmente Hafs y Sulayman. Menudo era este último. Tan querido como obstinado, vehemente, osado, divertido, agresivo, altivo, pendenciero, mujeriego y con una seguridad desmedida. Duro hasta rayar la crueldad y bizarro hasta caer en la inconsciencia. El más parecido a Omar. Su orgullo y esperanza tras la muerte de Ayyub. Su verdugo, como se verá en lo poco que me queda por contar. Tenía maneras que el tiempo se ha encargado de confirmar, pues actualmente gobierna Bobastro defendiendo el legado cristiano a sangre y fuego. Enemistado y en constante batalla con Corduba. Manteniendo viva la llama de la libertad que con tanto celo ya entonces defendía.

Le recuerdo despotricando en una de aquellas cenas más generosas en vino que en pan que compartíamos.

—¿De verdad os planteáis conceder de forma gratuita lo que ha supuesto décadas conseguir y mantener? —bramaba enervado. La naturaleza había sido

generosa con él por heredar la fuerte complexión de su padre y la altura, belleza y encanto de su madre, la legendaria al-Tayubiyya. Su pelo mostraba el azabache paterno y sus grandes ojos el profundo turquesa materno. La indisimulable nariz familiar aparecía suavizada al estar muy bien acompañada por una frondosa barba, su generosa boca y la robusta y completa dentadura. El león prosiguió con su rugido—: Rendir nuestra casa, la Mesa, que sobradamente defenderían nuestras mujeres sin necesitar ayuda alguna. Jamás he conocido la esclavitud y ahora me pedís que la abrace. Por nosotros nos regimos y por eso luchamos. ¿Es que ahora en Bobastro la libertad se compra con oro o miedo y no con acero? ¿Acaso hay algo que merezca más la pena?

—Vivir, Sulayman —le contesté. En aquella casa se me respetaba y un silencio acompañó mi respuesta. No solía intervenir demasiado, pero aquel chiquillo de ya treinta años llevaba tiempo provocándome con su mezquindad —. No juzgues solo desde tu perspectiva. La libertad es un privilegio que la necesidad no puede permitirse. ¿Qué aprecia la libertad quien agoniza? Desconocemos las posibles condiciones de una negociación y nos cerramos a escucharlas. ¿Quizás seríamos más libres sin entregar vidas a puñados cada mes? Nadie concibe ceder la posición gratuitamente, ni olvidarnos de décadas en lucha y de los cuatro últimos años de constante batalla, pero fácil es hablar de sacrificio cuando se cena pan tierno y puchero caliente. —Consciente de mi dureza decidí rebajar el tono ante su desconcertada y triste mirada—. Tranquilo, que de necesitarlo podrás adaptarte. No temas tanto la futura incertidumbre. Tiempos hubo de paz con el emir que incluso nos llevaron a tu padre y a mí a combatir en aceifas al norte bajo el blanco omeya.

Miré al Capitán que descansaba en su asiento. Pese al tiempo transcurrido no había logrado recuperarse del todo de la muerte de Ayyub. A ello se había unido la captura en Ilbira y decapitación en Corduba de Omar ibn Ayyub ibn Omar, el primogénito de Ayyub, su nieto mayor. Hastiado de las constantes discusiones y problemas, ocupaba un segundo plano alejado de su habitual energía, osadía y determinación. Dormitaba ensoñado con su pasado, fantaseando con un futuro paralelo que bien hubiera podido haberse dado de caer cara en las jugadas decisivas. Continué, dirigiéndome de nuevo a Sulayman:

—Ahora el emir necesita cerrar su flanco sur. Los cristianos del norte, Ordoño y Sancho Garcés, atacan por este y oeste. Hay que pactar cuando el adversario, al menos, lo necesita tanto como tú. Ahora podemos arrancar un arreglo generoso. Naveguemos hacia el mar en calma huyendo de la tormenta. Se desangrarán al norte mientras nosotros nos reforzaremos. Ya toca que

varíen su objetivo y se olviden de nosotros. Tu juventud te resta perspectiva. Tu juventud y tu aventajada posición, Sulayman. Pasea por la vega del Silencioso, las terrazas del cenobio o la cañada del Lobo; el pueblo se muere.

—Fácil es para ti rendirse, Alfonso. —Recompuesto, me hablaba seguro pero con respeto—. Todos alaban tu destreza en combate y en tus pasos resuena el eco de la épica. No dudo de ella pues bien te conozco, y por ello te ruego que no seas egoísta y permitas a quienes lo deseemos poder emularte. No nos niegues lo que tú viviste, lo que tú eres, lo que fue tu padre, el Tuerto. Si les atacan desde el norte, más próximo estará su final si aquí tampoco encuentran tregua. Tú mismo me lo enseñaste; si el enemigo se tambalea abátelo, la duda puede significar que pases tú a ser la presa.

»Citas la libertad a la que aspiro como si fuera el capricho de un malcriado, pero para mí no es el derecho de hacer lo que quiero, sino la capacidad de hacer lo que debo. ¿Acaso buscarla resulta ahora más complicado que en tu juventud? ¿Qué erais y qué somos ahora? ¿Qué te hace pensar además que el emir, que ha jurado devastarnos, se planteará negociar?

—Bueno, para eso existe un contacto fácil y una deuda pendiente —intervino su padre, zanjando la conversación con una sonrisa.

XIII

Badr y Yahya ibn Isháq, el *hayib* y el médico personal del emir, los hombres de su plena confianza, ascendían desde la puerta del Sol el callejón empedrado del alcázar de Bobastro seguidos por un nutrido séquito. La multitud se agolpaba a su paso observándoles, vestida del atronador silencio que conjuga la curiosidad y el odio. Solo rompían el mudo hechizo el repique de los cascos de los jamelgos, sus esporádicos relinchos, el ladrido de despistados perros y el graznido de las lejanas rapaces que señoreaban los riscos. Las voces de los niños y los borrachos callaban. Las primaverales flores silvestres que engalanaban balcones y ventanas y un estratégico olor a pan cociéndose en las tahonas cercanas peleaban con escaso éxito por disfrazar la decrepitud que revelaban los famélicos rostros. Los hurones reconocían la madriguera sin cascabeles al cuello ni sangre en el hocico. Escudriñaban cuanto les rodeaba sin reparo ni disimular sorpresa, bebiendo cada palmo de terreno, contando las caras, casas, aljibes, picas, lanzas, torres y almenas de la barbacana. La montaña maldita por fin les abría sus puertas.

El *hayib* y el médico de Corduba se sentaron en los cómodos divanes del viejo salón principal. Diez hombres más les acompañaban. Por nuestra parte, extrañados por tan exagerada guardia también éramos diez. Ibn Nabil, Máximo, Asbag, Rudmir, Wadinas, Yahya, Sulayman, Hafs, yo mismo y, por supuesto, Omar.

—*As-salām ’alaykum*, noble *sahib* Omar ibn Hafsún. Samuel. Allah sea magnánimo contigo —saludó Badr al tomar asiento.

—*As-salām ’alaykum*, noble *sahib* Badr. Allah os sea también generoso —respondió con una velada reverencia Omar—. Hondamente nos place vuestra visita.

—También yo me alegro por fin de conoceros personalmente tras tantos años. ¡Si supierais cuánto de mi tiempo os he dedicado! —Hablaba en romance y en un tono afable. Vestía una simple túnica blanca que abrochaba con un espectacular cinturón dorado del que colgaba una daga corta y recta cuya empuñadura relucía engarzada por enormes rubíes. De los hombros caía una fina capa verde de noble vuelo—. Por fin conozco además la afamada

Mesa. Ahora comprendo la complejidad de encontrar flaquezas. Ni siquiera Ibn Antelo las conocía. —Un relámpago de dolor cruzó los ojos de mi amigo con la referencia a nuestro dañino y viejo camarada—. A fe que la posición es inexpugnable y habéis conseguido cerrarla como cofre bajo llave. Os felicito por vuestro genio. Mucho nos costará doblegaros de tener que hacerlo.

—Espero que no hayamos de alcanzar ese extremo y que la primavera que saludamos no solo traiga buen tiempo —le respondió Omar con una sonrisa —. De ahí mis misivas y la solicitud de encontrarnos.

—A eso hemos acudido, Omar, pues compartimos deseo. Pero dime, ¿qué ha cambiado? Y sobre todo, ¿qué ofreces? —preguntó Badr.

—La paz, Badr. No es otra cosa lo que ansío y ofrezco. Mi pueblo se desangra y me consta que en Corduba sopla el mismo viento. Bien sabes que no rehúyo la pelea ni me escondo, y así podría seguir hasta que uno de los dos sucumba. No es otra cosa que la justicia lo que perseguimos. El convencimiento de luchar por lo que merecemos y contra la tiranía. ¿Cómo si no podríamos llevar décadas resistiendo en inferioridad? La certeza de luchar por algo que nos trasciende, por lo que realmente vale la pena sacrificarlo todo, nos alienta y seguirá empujando mientras perdure el agravio. La moral de la tropa, su convicción, poco más determinante que eso existe para balancear a favor una batalla. A fe que de eso tampoco adolecéis vosotros ahora. —Levantó una mano buscando un poco de vino en lugar de la leche ofrecida para continuar después con su reflexión—: Nada como la guerra es capaz de mostrar la virtud, de sacar lo mejor de uno mismo permitiéndote realmente conocerte a ti y a quienes te rodean. También descubre la crueldad más atroz, pero mientras la paz acarrea el vicio y la debilidad, la guerra y su preparación inspiran la máxima nobleza en el hombre. Nos une en lazos indelebles, nos muestra detalles de generosidad inimaginables, premia al valiente y al diestro y no al zafio aprovechado.

»No me escucharás palabras de cobardía ni contra lo que hasta ahora hemos hecho. Pero ya estoy cansado. He visto demasiados de mis hombres morir. Junto a mí han caído amigos, tíos, hermanos, hijos y nietos. Demasiados. Mi pueblo, fiel y aguerrido, merece un descanso.

—Aunque no comparta tu discurso, no me detendré en él, pues sí nos une el objetivo final del que no quiero desviarme —respondió Badr—. En cualquier caso, yo lo que quiero es saber el precio. ¿Qué estás dispuesto a ofrecer? Ambos somos ya viejos y bien nos conocemos. Muchas veces te he visto jugar con la amistad y la paz del emir como con fichas del alquerque. Abd al-Rahmán, el Victorioso, como toda Qurtuba, también conoce tus

ardides pasados, ¿quién nos dice que esto no es más que otra estratagema para ganar tiempo y fuerza? Conocemos vuestras discrepancias internas ya que como vosotros contamos con oídos tras cada pared. —Paseó la mirada entre la segunda línea y, deteniéndose especialmente en Sulayman, continuó—: ¿Cómo asegurar que los contrarios a esta paz la respetarán?

—Comprendo lo que dices y no te falta razón, ya que cierto es que no en pocas ocasiones he recurrido a la astucia, pero ¿acaso podía fiarme de quien me despreciaba? ¿Puede el galgo culpar a la liebre por quebrar la carrera cuando vuela por su vida? No olvides mi pasado, noble *hayib*, pues bien conozco tu edad, sabiduría e influencia. Yo peleé en Cellórigo y Pancorbo por los omeyas y pese a mi lealtad y destreza partí de Corduba con la humillación y el maltrato como compañeros. Al visir Hassim, mi amigo, te diría que preguntaras si no se le hubiera injustamente ajusticiado, como muy bien sabes. —Omar, tras un prolongado silencio en el que parecía hechizado con los ojos de Badr, decidió jugar su mejor baza iniciándola como si hablara consigo mismo—. También conoces, probablemente como nadie, que hubo un tiempo en que yo no buscaba esta guerra y en el que próxima intuía la paz, aliado al poder cordobés. Un poder distinto: justo y abierto, basado en el mérito y no en el credo o la raza. Testigo activo, mejor que eso, culpable directo eras de los días que evoco. Días de tormenta en Corduba en los que aquí en la Mesa lucía soleado. —Omar había recuperado el tono. En aquellas ocasiones bordaba su papel y condición de líder encendiendo sus ojos con la pasión del que argumenta de corazón—. Breve pero bien me precio de haber conocido al que fuera el padre del emir. Intensos fueron los días que compartimos e inmediata nuestra sintonía y amistad. No conozco al hijo pero por sus obras intuyo en él el fuego que advertí en los ojos de su padre Muhammad.

—¿Cómo era? —preguntó uno de los guardias que acompañaban a Badr. Uno de los al-Jurs, los silenciosos. Uno que resultaba algo más bajo que el resto por sus cortas piernas, pero que lucía un robusto tronco. La expedición cordobesa le observó consternada. No podía ser un guardia más—. ¿Cómo era mi padre? —preguntó de nuevo.

El silencio se apoderó de la sala. Abd al-Rahmán se quitó el turbante que le ocultaba su pelo rubio rojizo. Habitualmente teñido de alheña aquel era el mejor posible incógnito para su pelo y barba. Sus ojos, del azul oscuro del mar lejano a la costa, clavados en Omar, suplicaban una respuesta. Este, tras una graciosa reverencia, la concedió:

—Excepcional —le dijo de forma ambigua, refiriéndose a su padre y veladamente a él por su presencia. Aguantando su mirada, honrado de que el emir se atreviera a sentarse a su mesa. Transmitiéndole seguridad pese a su loca jugada. Omar no castigaría aquel atrevimiento pese a enfrentarse a su peor enemigo. Capaz de saltarse cualquier regla, jamás se aprovecharía de ese tipo de osadía. Palpábase la tensión hasta que continuó—: Orgulloso de su linaje de reyes hispanos y emires árabes. Seguro de sí mismo y convencido de su porvenir. Observaba el futuro con ambición, optimismo, generosidad y grandeza. Alejado de prejuicios. Soy sincero al reconocer que le recuerdo con una capacidad y un potencial que al oír vuestras conquistas reconozco en vos. Así lo he comentado en multitud de ocasiones con mis hombres. —Asentimos verificando sus palabras, pues cierto era—. Ahora me lo explico aún más, pues mirándoos innegable es su huella en lo físico, y qué decir de vuestra determinación y valentía pues también él aquí nos visitó dos veces por sorpresa. —Cierto era el enorme parecido físico, especialmente en sus espaciados ojos azules y despejada frente, y la sorpresa causada por ambos en sus visitas—. Ojalá no lo sea tan solo en la apariencia, pues Muhammad, vuestro padre, era inteligente y noble. Sobre su memoria y nuestro recuerdo quería basar mi ofrecimiento de amistad y con gozo os lo traslado en primera persona.

—Yo la recojo, alegre por haber seguido mi intuición y visitaros. —Los ojos del emir relucían—. En el sagrado recuerdo de mi padre, generoso me mostraré con los términos de nuestro acuerdo. No hagáis que me arrepienta de ello, pues, de faltar a vuestra palabra, también por su memoria os juro que no descansaré hasta dejar esta montaña desnuda de vuestro paso, borrando de la historia vuestro nombre para siempre.

Su presencia no trascendió más allá de aquel salón. Su generosidad sí: completa libertad religiosa, exiguos compromisos y ciento sesenta y dos fortalezas. Por supuesto, Bobastro y su principal cinturón de defensa. Allí acabaría, si no su legado, sí la insurrección de mi amigo Omar, pues con honor y anteponiéndolo a su propia sangre cumplió con su compromiso con el emir hasta el día de su muerte.

No tardaría mucho en llegar.

XIV

—No podrán decir que nos hemos aburrido, Moro —me dijo Omar con el delgado y ronco hilo de voz que todavía le asistía al percibir cómo le cogía la mano. Difícil resultaba notar su pulso. Desde la pasada Navidad, hacía ya más de un mes, no había abandonado su dormitorio y, en la última semana, ni siquiera la cama. Su respiración era corta y su debilidad extrema. La vida se le agotaba haciéndole parpadear como el candil falto de aceite. Cada paso, cada movimiento, cada esfuerzo, cada palabra, le extenuaba.

Tenía sesenta y tres años y los últimos treinta se los había sumado de una tacada la muerte de Ayyub hacía solo cinco. La vejez le había alcanzado como al que cala una tormenta que nace llovizna y muere chaparrón.

Su cara más parecía máscara que rostro, coloreada por el macilento color del pergamino antiguo, con los pómulos, mejillas, boca y omnipresente nariz cincelados en rectas líneas y agudos ángulos. Las muecas producidas por el dolor ya formaban parte de su gesto, pues recorría esa última y agónica posta donde el sufrimiento es lo único que perdura.

—Y lo que nos queda, Capitán —le mentí, arrancándole una sorda sonrisa que compartimos. Allí seguía su viejo guiño mellado provocado por el cabezazo de Toribio en el círculo del poder hacía una eternidad. Recordé su ingenio para eliminar a la Bestia aquel día. Sonreí. Manuel. Junto a aquel recuerdo me golpearon Adassa y su perfume a jazmín. Y por supuesto el de Catalina y su traición. Le quería sin rencor, pero mi sincero perdón no podía velar cierto resentimiento. Pocos amigos me quedaban ya, ninguno como Omar. Quizás nunca los hubiera tenido.

Recostándose volvió a cerrar los ojos. Cada vez pasaba menos tiempo consciente y en mis últimas dos visitas no había podido siquiera entablar conversación.

—Espero que no sea demasiado pues poco sentido tiene continuar así —dijo, quejándose del hombro al moverse. Parecía estar algo mejor pues continuó hablando—: La muerte, siendo tan vieja como el hombre, no deja de ser nueva en cada caso. Solo me queda esperarla con decencia. Se me ha pasado el miedo y espero con ansia no volver a sentir dolor. —Todavía con

los ojos cerrados buscó a tientas la copa de vino que siempre tenía en su mesilla. Me levanté y le di de beber, despacio y cuidadosamente, procurando que no se le derramara pese a su incapacidad para incorporarse. Ya solo bebía ya que llevaba varios días sin probar bocado alguno. Una vez finalizado y tras una ronca y aguda tos, añadió como si fuera capaz de vislumbrar mi pensamiento, mirándome, tranquilo, sincero—: Admiro tu generosidad, Alfonso, y mucho me alegra que regresaras. Entre las muchas tropelías cometidas de las que ahora me arrepiento y hondamente lastran mi corazón, pocas son tan pesadas como la que contigo cometí. Has de saber que no existe más culpable que yo y que jamás vi más dignidad y vergüenza posterior que en Catalina.

—Déjalo, Omar, olvidado está —le respondí, mirando hacia otro lado, incómodo y tratando de variar el tema.

—No lo creo, al menos no para mí —me dijo, buscándome la mano—. Lo siento de verdad, Alfonso. —Tras una nueva pausa, soltándome, se reclinó a descansar y prosiguió—: En mis sueños me persiguen mis afrentas disfrazadas de jabalíes en llamas; el más rápido es el gran macho que abatimos en nuestra primera cacería. El viejo. Bien recuerdo su cara y sus colmillos. ¡Qué día! —Sonrió e hizo una pausa para acariciarse el antebrazo donde recibiera la dentellada antes de proseguir—: Desgraciadamente, no es eso en lo que pienso. Perfectamente escucho los ladridos de la reala en la distancia y las voces de mi padre, de Mudáhir e incluso la tuya gritándome que corra. Cada pesadilla se acercan más e intuyo que pronto acabarán alcanzándome. —Tras un largo y cómodo silencio abrió los ojos, me miró y tomó mi mano de nuevo—. Quiero que ayudes a Yahya pues no es sencillo su cometido. —Su petición se acercaba más a la súplica que a la orden. El deseo en ausencia de quien prevé un viaje sin retorno—. Bien hubiera elegido otro final ya que este se presenta demasiado cercano e inesperado, sin embargo poco puedo reprocharle al destino. Me entristece pensar en Sulayman y en cómo sucedió todo. No tiene sentido su rebeldía y temo que al morir yo se maten entre ellos.

Sulayman apenas había aguantado bajo la obediencia del emir al acordar la tregua. El Capitán, retirado *de facto*, había delegado el mando en Yahya, su heredero natural tras Ayyub y un completo desastre. La Mesa caminaba desgobernada, indolente, abandonada a su suerte. Desnortada por el hambre, la fatiga y la pérdida de la estrella de la libertad que la guiaba frente a Corduba.

Al hambriento pueblo le soliviantó el intercambio de regalos con el emir al firmar la paz. Perros, mulos, caballos y carros con vestidos, sedas, armas, alfombras, joyas y oro circularon en ambas direcciones. Lo que alcanzó Bobastro no abandonó el alcázar.

Se añoraba la generosidad de Omar que discernía con maestría cuando compartir un botín generoso. Yahya no era así y se reveló egoísta hasta rayar la ruindad. A mí me daba pena, pues bien le conocía y achacaba a la inseguridad, más que a la codicia, sus desmanes. Dudaba de su liderazgo y buscaba asegurarlo con las arcas llenas. Poco variaba el resultado en cualquier caso. Máximo, bramando desde su púlpito en cada homilía, seguía liderando la voz disidente y contaba con Sulayman como coro en el alcázar, enfrentado con medio Bobastro tras el armisticio hasta que su padre lo envió a la cristiana San Esteban en Ilbira, la que había resistido dos aceifas sitiada y era uno de los fuertes negociados con el emir en nuestro beneficio. Hombres acostumbrados a la lucha a las órdenes de un incendiario no tardaron en atacar Ubbada, una de las villas que Sulayman reclamaba como propias. Tras conquistarla, encarceló, mató y robó la espada a su alcaide Bastán. Aún la porta con orgullo y extraordinario tino dando lugar a uno de sus sobrenombres, la Espada de Bastán.

Badr pidió a Omar que controlase a su hijo, y padre e hijo se enfrentaron a las puertas de la barbacana de Ubbada. Era el día de la Ansara y Omar amenazaba la fortaleza. Tras intensas peticiones, por fin Sulayman se prestó a salir para parlamentar con su padre.

Un gran círculo dibujado por ambos ejércitos observaba la escena, expectante.

—¡Sulayman ibn Omar ibn Hafsún! No te pido que me acompañes, te lo ordeno —le gritó Omar justo cuando se acercaba. Ni siquiera se habían saludado.

—¿Para qué, padre? —replicó Sulayman, deteniéndose a prudente distancia—. ¿Qué pensáis que puedo hacer en casa con ese inepto que tengo por hermano y al que le entregas las llaves del alcázar? ¿Dónde quieres que me vaya?

—Lo que quiero es que te tranquilices —le respondió su padre, enérgico, acercándosele intimidatoriamente para suavizar poco después el tono—. Con tu actitud me obligas a estar siempre en combate reprendiéndote. La guerra se acabó y no puedo permitir que amenaces lo alcanzado ni ensucies mi palabra dada al emir. Ahora tienes que seguirme para evitar una carnicería. ¿Acaso

preferirías que te atacara Badr o el mismo emir? ¿Qué crees que puedes hacer solo? Sígueme y en unos meses pensaremos cuál es tu destino más apropiado.

—Ubbada es mi destino más apropiado —respondió orgulloso—. Me pertenece legítimamente, no entiendo cómo no es nuestra de hecho y se negoció en su momento. Nada hago que no sea justo. Y si tuviera que resistir lo haría por defender en lo que creo.

—No entiendes ni eso ni nada, hijo —le gritó Omar—. Cuando pienso la honda esperanza que tenía en ti… Me llena de tristeza observar tu escasa inteligencia.

—Más triste es observar a Bobastro arrodillado como lacayo de al-Nasir —le respondió altivo Sulayman, cargado de ironía y desprecio.

Omar, herido en su orgullo, le atacó obligándole a retroceder dos pasos y defenderse. El viejo aún era peligroso y cargaba fuerte, y ante una nueva embestida no tuvo otra opción Sulayman que defenderse respondiéndole. Sin ir a herir de gravedad la estocada tajó el hombro derecho que Omar llevaba descubierto, pecando de un exceso de confianza impropio al no portar loriga.

Esa herida, sobre la que se jactaba el propio Omar señalando la destreza de su hijo, acabó complicándose y siendo la semilla que germinaría en muerte. O quién sabe si, como le dijera el mismo Capitán a Muhammad en su visita a Bobastro, el auténtico culpable sería la edad y no el resfriado. En otoño le acompañaron fiebres y malestar que le obligaron a regresar a Bobastro y un mes después de Navidad allí estaba en su cama, agonizando, suplicándome que ayudara a su hijo Yahya, al que recientemente y ante sus propios hermanos había reconocido como heredero. Omar continuaba hablándome:

—Pese a todo, le perdono, y no solo eso, me atrevo a alabarle. En demasiadas ocasiones juzgamos con excesiva dureza la ingratitud de los hijos, del mismo modo que ellos juzgan cruelmente nuestra decrepitud. La naturaleza es la culpable, la que cruza nuestros caminos en la vida sin evitar que unos entren mientras otros salen. Una rama que se desgaja debe su esplendor a la distancia a la que se separe del tronco. No podemos compartir las mismas aspiraciones al ir y al volver. Unos buscan la alegría y la luz mientras los otros escogen la sombra y el descanso. ¿No repite Sulayman los disgustos que yo le di a mi padre?

—Menos, sin duda —le dije yo, dándole una palmada amistosa. Sonrió.

—¿Puedo de verdad, Moro, castigar su osadía y bravura sin arrepentirme de mis actos pasados? No puedo culparle por desconocer lo que yo he aprendido a base de golpes y años. Él solo debe errar y aprender. Culparle

sería condenarme a mí mismo y no puedo reprimir cierto orgullo al evocarle. Espero que me comprenda con la edad como a mí me sucede con mi padre.

—Seguro que así es, Omar. Ley de vida. La rueda gira para todos. —Volvimos a nuestro silencio hasta que, extraño en mí, decidí romperlo con una duda que largamente me perseguía. Ya apenas me inmiscuía en la política ni me interesaba como sí hacía a Máximo y Omar, pero tiempo llevaba barruntándolo y él me había dado pie—. Hay algo que me confunde, Omar. Cuando hablas de Sulayman lo haces henchido como el pavo real que busca aparearse y, sin duda, distingues en él tu reflejo, ¿por qué nombras entonces a Yahya heredero? Quiero bien al chico pero le falta grandeza, le mejoraría alguien a quien obedecer.

—No te falta razón, Alfonso, pero diferimos en cuanto a criterio. Yahya puede adolecer de liderazgo, pero es una apuesta más segura. Tiene claras las ventajas de una paz duradera y le veo el más indicado por su relación con Corduba. Ahora debemos afianzarnos como aliados. Necesitamos más diplomacia que osadía. Comparto con Máximo nuestra debilidad, cada día llegan más y más a Bobastro huyendo de la escasez. No estamos en disposición de luchar, sino de sobrevivir, y Sulayman no está preparado para ello. Por eso es demasiado pronto mi final. Ojalá hubiera podido ser Ayyub.

Una lágrima recorrió su ojo mientras le mencionaba, tímida no se atrevió a abandonarlo y acabó regresando a la órbita. Allí percibí cierto brillo extraño. El de un mundo paralelo preparado a desembarcar. Su aliento decaía y su respiración se mostraba cada vez más intermitente. Volví a cogerle la mano. Estaba helada. Mucho más fría que a mi llegada. Comprendiendo su cercano final busqué su mirada tratando de retenerla conmigo, angustiado por su segura marcha. No la encontré, pues andaba perdida en la cruz de mi abuelo Martín que descansaba sobre mi pecho.

Al final, Omar, Samuel, perseguía la fe.

Observándole detenidamente aprecié que la palidez de su cara se sonrojaba mínimamente, como si el alma se asomara conocedora de su inmediato viaje. Volviéndose y encarándome, ahora sí, cruzando la mirada, me dijo con aplomo y su vieja sonrisa mellada sus últimas palabras:

—Moro, llama a mis hijos y mi mujer. El viejo macho viene a cobrarse su venganza.

Punto y final

Cabalgaba desde Zamora hacia San Salvador. Descubrir su existencia me había zarandeado como al conocer la presencia de Dulcidio en Zamora. Había de ser allí.

El instinto, invisible pero de brutal intensidad, me guiaba como a Peri rastreando la pluma, asumiendo que en el caminar pasado encontraría la pista capaz de conducirme hasta mi adorada niña de Qumarix. El corazón galopaba mientras me acercaba al trote y escuchaba las campanas de la recia torre cuadrada que, con la sierra a la espalda, desde una loma y junto a un arroyo, dominaba el gran valle de Tábara. A la vera del camino, una espléndida y solitaria amapola reinando sobre un joven trigal me recordó la roja cúpula de Santa Sofía. Tres campanadas me devolvieron al presente.

A instancias de los obispos Froilán y Atilano, monjes en aquel entonces, el Magno había fundado el cenobio un cuarto de siglo antes. Hoy se había convertido en el principal de la zona, albergando a más de seis centenares de hombres y mujeres y alrededor suyo una comunidad mucho mayor. Pese a su juventud ya era tremendamente reconocido su *scriptorium* y se aseveraba que entre sus copistas figuraban manos aún mejores que en Liébana.

Un chico recogió la brida de mi caballo al acceder al patio para guiarme hacia el monje que ejercía de portero y que en ese momento trabajaba en una pequeña huerta.

—Gracias, Juan, puedes retirarte —le dijo al chico mientras partía—. Dios os guarde, caballero, cansado parecéis, tomad asiento si os place —me indicó mientras él mismo lo hacía, en un pequeño murete adosado al cenobio que servía como banco exterior y que aproveché cansado del viaje—. Mi nombre es Emeterio, ¿qué os trae de visita a San Salvador?

—Dios os guarde, padre Emeterio, mi nombre es Alfonso, el hijo de Gonzalo —le respondí humillando, tal y como sabía que apreciaban. El monje de una edad pareja a la mía, aunque con mucho mejor aspecto, me escrutaba con cara amable sentado a mi vera. Con un gesto me invitó a continuar—: La búsqueda de una persona es lo que me impele a visitaros. La de mi hermana tal y como juré a mi madre antes de su muerte. Partió de la Rayya hacia

Zamora en una caravana con su marido hace ya tres décadas y unos paisanos en aquella villa me informaron de que tras enviudar había ingresado cenobita. Varios meses ando ya en su rastreo con escaso rédito obtenido. —Tras innumerables pesquisas bien sabía yo qué exponer para evitar excesivas preguntas. Intentaba parecer franco, anudando la mirada, mintiendo con calma. Eché mano al pecho donde descansaba el regalo de Dulcidio—. Aquí os traigo una carta corroborando mis palabras y solicitando cuanta ayuda tengáis a bien dispensarme en mi tarea.

—Dulcidio de Salamanca —dijo pensativo mientras leía la misiva entregada—. Enormemente familiar me resulta su trazo, pues mucho trabajé en su *Conciliorum Albeldensis* mientras la juventud y el pulso me lo permitieron. Transmitidle mi saludo y sincera admiración si volvéis a verle. —Asentí condescendiente como respuesta—. Curioso es tamaño celo en la búsqueda de un pariente —continuó Emeterio, variando ligeramente el tono, mostrando cierto escepticismo natural en su función—, pero encantado estaré de socorreros. Aquí llevo desde nuestra fundación y me honra conocer a cada hermano, ¿de dónde decíais provenir?

—De la Rayya, padre, una región al sur de Corduba, aunque mi familia es natural de Qumarix.

—¿Qumarix? No reconozco tal lugar pero numerosos son los hermanos entre nosotros que del sur provienen, ¿cómo se llama la tuya, hijo? —me preguntó.

—Catalina —le respondí, advirtiendo en él un ligero respingo.

—¿Y qué os hace pensar que aquí se halle? —volvió a preguntar con tino y recuperando la calma.

—Hummm —titubeé, y él lo notó. Con anterioridad mi búsqueda respondía solo al azar, pero ahora existía una razón para estar allí a revelar. La pregunta era sencilla, obvia, pero no la esperaba y tras falsear el pasado no hallé respuesta adecuada hasta transcurrido un eterno instante que hedía a mentira. Lo intenté de cualquier forma—: San Salvador también se llamaba un cenobio al que acudíamos durante nuestra infancia pues allí moraba un tío nuestro, al norte de la capital cordobesa, cercano al de Tábanos, de los últimos que subsistieron. Sus recuerdos permanecen indelebles en mi memoria y espero que lo mismo le suceda a mi hermana —dije en el tono más convincente que pude.

—Por supuesto, bien conocía el mítico Peña Melaria —contestó Emeterio —. Lástima lo que hicieron esos infieles con cada uno de los cenobios del sur. Catalina de la Rayya —dijo pensativo, dudando patentemente antes de

continuar. Valorando mi figura y distinguido porte y credenciales, deteniéndose en mis múltiples cicatrices, mi rota nariz y entornado ojo mientras sopesaba mi credibilidad. En sus ojos marrones reparé en que, intuyendo mi farsa, intentaba ganar tiempo y, sobre todo, que perfectamente conocía a mi niña, pues imposible le había resultado disfrazar el destello en sus ojos al escuchar su nombre. Continuó esta vez mintiendo él—: Lo siento pero no conozco a ninguna Catalina. Permitidme en cualquier caso acudir un instante al cenobio y preguntar al abad ya que trascendente es vuestra causa, largo el camino recorrido y soberbia la referencia que portáis. No deseo errar. Regresaré en breve.

Le observé partir maldiciendo en silencio mi torpeza. Atormentado al vislumbrarme como el que en el desierto se derrumba sediento a la vista del oasis. Esbocé una sonrisa amarga al recordar el brillo de su mirada cuando había nombrado a Catalina, entreviendo que allí pudiera estar o que al menos el rastro seguido era el bueno. Durante el siglo que Emeterio tardó en regresar concebí mil tretas para ingresar en el cenobio o causar la salida de todo ser viviente que allí habitara. Por fin, cuando el sol ya era más débil, retornó junto a otro hombre de similar porte al que me presentó. Aún no habían tocado las seis.

—Alfonso, os presento al abad Favila.

—Encantado, hijo —me saludó con tono cortés el abad mientras se sentaba en el mismo murete en el que, hastiado, seguía descansando yo. Emeterio, prudente, se retiró a su huerta donde continuó laborioso. Señalándole con la cabeza el abad prosiguió—: Ya me ha relatado tu historia y desgraciadamente no hemos hallado rastro de Catalina alguna, pero, por favor, descríbeme cuantos detalles alcances para buscar posibles soluciones. Pese a no ser Dulcidio, muchos son mis conocidos y encantado estaré de asistirte en cuanto pueda.

—Padre —harto de ambages decidí olvidar las artimañas y apostar por el camino más recto—, perdonadme, pues no poco he pecado. Observadme. Muchas son mis canas y escaso mi futuro, como el del lobo que ha perdido los colmillos.

»Como sagazmente habréis podido intuir y os habrá contado vuestro hermano Emeterio la mentira hasta ahora me acompaña. No os preocupéis porque no lo hará más. Lo hizo antes pues prefería no extenderme en explicaciones sin conocer si este era el auténtico paradero de mi Catalina. Ahora mi intuición es convencimiento, y a vos relataré nuestra aciaga historia

como si de confesión se tratara para que juzgue con propiedad si merecemos reencontrarnos.

»Catalina no es mi hermana. Es mi esposa o al menos lo fue hace ya casi otra vida. Lo que seguro sigue siendo es mi amor, mi esperanza, mi vida y la razón de mi existencia. Nada antepondría a escuchar su dulce voz o a perderme en sus ojos esmeralda y dispuesto estoy a quemar el cenobio con tal de provocar su salida y forzar nuestro encuentro. Poco me costaría, pues por mucho menos cosas bastante peores he hecho.

Como antes con Máximo, Dulcidio, Teresa o Nikolás repetí mi relato, pero esta vez completo, sin censura, como si hablara contigo. Mi infancia en el otro San Salvador, la admiración por mi padre, mi amistad con Omar, el amor a primera vista con Catalina, nuestros atardeceres juntos, Malaka, la profecía de Tahart, las atrocidades de la guerra, el Magno, Dulcidio, Pancorbo, la esterilidad de nuestro matrimonio, Astigi, mi debilidad con Adassa, Sawwar, Epagro, el Rojillo, Bizancio, Amalfi, Máximo, Abd al-Rahmán y con profusión la traición de Catalina y Omar. Mis dudas de fe y mi enferma pasión por el combate y la sangre ajena. Ahondé en mi alma destripando mi corazón y sentimientos, transmitiéndole vehemente mi compromiso con el perdón y el reconocimiento de mis errores. Me confesé en plenitud, tal y como había amenazado previamente.

Al alcanzar la crónica las puertas de su cenobio el sol amenazaba con esconderse.

—Catalina —suspiró Favila, mirándome estremecido. Bebiéndose con deleite un alma que se abría en canal. Bondadoso, comprensivo. Esbozó una sonrisa trágica—: La de los tristes ojos que se bebe el horizonte. —Se detuvo un instante para mirarme—. Yo creo que son más grises que esmeralda, o quizás la soledad y la tristeza así los hayan teñido. —Mirando hacia la torre, continuó—: Así que eso era. —Mi cara resplandeció como el camino en el mar que dibuja la luna llena en la medianoche. El abad se percató devolviéndome la mirada y sonrió como lo hace el abuelo ante el juego de un nieto travieso—. Se trata de una mujer excepcional pues destaca como humilde, serena, trabajadora y en especial devota. —Me guiñó un ojo—. Y qué decir de su belleza que ni la edad es capaz de avinagrar. —De nuevo hizo un silencio prolongado que no pude respetar pues mi corazón cabalgaba ansioso.

—Razón tenéis, padre. —La recordaba niña, pícara, sonriéndome en la tienda de su padre—. Su belleza es escandalosa pero en mi caso el amor fue el que la produjo y no al contrario. Poco me hubiera importado que fuera

deslucida de haberme mirado así. Lo nuestro se debe a un hechizo. No me percaté de cuánto la amaba hasta perderla del mismo modo que nunca me planteé la fortuna de correr hasta sufrir esta maldita cojera. ¿Es eso el amor? ¿Estar incompleto sin el otro? ¿La sensación de asfixia al recordarla? ¿Que el mundo deje de tener sentido sin su presencia? ¿Que escuchar su nombre o recordar su sonrisa hiera como la daga más afilada? ¿Temer a la muerte solo por acabar con la esperanza de volver a verla? —Lágrimas de alegría y dulce sabor pese a ser saladas contestaban mis preguntas sin necesidad de respuesta mientras bañaban mi cara desde que Favila constatara su presencia—. Confirmar que aquí se halla es nacer de nuevo, padre. No me torturéis, reveladme cómo encontrarla.

—Sencillo te resultará, hijo —dijo con los ojos vidriosos, observando de nuevo la torre—. Catalina fue una de las fundadoras del cenobio y por todos es bien conocida por una extraña peculiaridad. Cada crepúsculo, misteriosa, asciende a su torre para escudriñar el camino. —Volvió a mirarme y sonrió—. Supongo que tú eres la respuesta al enigma.

Las lágrimas no me abandonaban ahora al vislumbrar a mi niña de Qumarixa aguardándome cada tarde en aquel campanario. Admirando en solitario el atardecer que tanto disfrutábamos enlazados. Anhelando mi llegada como la viña la primavera. Esperanzada ante cualquier nube de polvo en el camino.

—Allí debe encontrarse ahora —concluyó el abad—. Marcha en su busca, Alfonso, y que Dios os bendiga.

Nota del autor

El señor de Bobastro aspira a reflejar la ajetreada vida de Omar Ibn Hafsún, un rebelde hispano de la segunda mitad del siglo IX y comienzo del X, que amenazó seriamente el emirato omeya.

Mi ambición ha sido que la novela resulte históricamente verosímil, algo imposible sin tropezar con libros y estudios que sobre esta oscura época, Omar y su capital, Bobastro, han trabajado con anterioridad. Muchas han sido las fuentes consultadas y a todas algo les debe esta obra, pero es de justicia destacar dos nombres trascendentales: la erudición de Virgilio Martínez Enamorado y la enorme labor de Francisco Ortiz Lozano. Desde aquí mi gratitud y humilde y sincero reconocimiento.

El libro se divide en cuatro capítulos marcados temporalmente para ayudar a situar la acción. Los años utilizados siguen nuestro actual calendario, aunque en el libro haya alguna referencia a la cuenta musulmana. He empleado topónimos de la época, inclinándome por la condición de hispano o árabe para nombrarlos según el protagonista que lo hiciera. Para facilitar la comprensión podrá encontrarse su denominación actual al final del libro. También he recurrido a las unidades de medida y moneda de la época.

La inmensa mayoría de los personajes existieron, o así nos ha llegado, y en diversas ocasiones se trascriben citas textuales aportadas por historiadores relativamente contemporáneos en narraciones, diálogos o arengas. Cuando así sucede las destaco en cursiva. El propio título del libro responde al apodo por el que se conocía al protagonista.

Consta también la existencia histórica del narrador, Hafs al-Marra, Alfonso, principal lugarteniente de Omar. Me he permitido cierta licencia narrativa con su vida que, sin alterar acontecimientos históricos fundamentales, responde a la estructura del libro perseguida. Al final aclaro esta y algunas decisiones tomadas en la interpretación de hechos históricos que cuentan con diferentes versiones según las fuentes consultadas, así como los escasos personajes o situaciones inventadas.

Los fallos que pudieran encontrarse son solo a mí atribuibles, discúlpeme sinceramente el lector.

Aclaraciones

Capítulo I

La familia y situación familiar de Alfonso en su infancia son inventadas, aunque se enmarcan en un al-Ándalus de fuertes tensiones sociales bajo el emirato de Muhammad. También son ficticias muchas de las protagonistas femeninas como Catalina, Adassa, Teresa, Mencía, la madre, las hermanas y las hijas de Omar.

Es histórico el personaje de Máximo, pese a que para las fuentes árabes sea Yafar ibn Maqsim. He hispanizado su nombre al ser sacerdote mozárabe y contar con segura ascendencia hispana, el hijo de Máximo. Lo introduzco al inicio pese a carecer de información suya previa a su presencia en Bobastro como obispo en el bautizo de Omar. Salvo Toribio e Ibn Malikk, el resto de los personajes del *muyahd*, con alta participación en la obra, también existieron.

El primer dato cierto que tenemos de Omar, junto a su descripción física, es que con unos veinte años de edad asesinó a un vecino y que aquello provocó la discusión con su padre y su refugio en Bobastro y libertinaje. Aquí lo he resuelto con el duelo y asesinato de Abd al Hischm en el torcal.

Su escapada y elección de Tahart como destino es una de las grandes incógnitas sobre el personaje para los historiadores. Incluso, junto a otros datos y su estructura institucional y planteamiento político, lleva a Virgilio Martínez Enamorado a dudar seriamente de su ascendencia hispana. En una situación de máximo riesgo viajar al norte de África, a un territorio enemigo dominado por socios de los omeyas, no parece la ruta más natural para un rebelde hispano. Aquí no he querido apostar por tesis demasiado rupturistas y lo he resuelto con la inclusión de Orán como destino por la relación de Omar con los *bahriyyun* construida previamente mediante Ibn Malikk. Su llegada a Tahart en mi tesis sería circunstancial, provocada por la caza del león que además me sirve para bautizar el puerto que refundaron marineros de Pechina en esa época.

La espada ULFBERHT alude a una serie de espadas vikingas forjadas con un metal tan puro que los arqueólogos no encuentran explicación a su fabricación en esa época. Se han descubierto unas doscientas diez datadas entre los siglos VIII y XI e incluso imitaciones de peor calidad. ULFBERHT podría ser el nombre de la herrería o el herrero, aunque no se descarta que fuera un cenobio o monasterio, pues muchas de ellas aparecen con una cruz griega antes y después de la firma.

Sitúo la batalla romano-íbera de Munda en las ruinas del castillo de Ajonoz, junto al Genil, entre Écija y Puente Genil. Existe enorme controversia sobre el emplazamiento real de esta batalla. Este es uno de los posibles lugares esgrimidos por diferentes expertos como también lo son Montilla, Osuna o Santaella.

El tajo de Omar que escalan Omar y Alfonso en su juventud sería el actual tajo de Gómer, junto a Riogordo, Málaga. Como el de Omar y en honor a este se mencionaba en un repartimiento de tierras del siglo XV, según recoge Ortiz Lozano de Vallvé.

La cita latina de Abd al Mahras: «*Aetas parentum peior avis tulit nos nequiores, mox daturos progeniem vitiosiorem*», es de Horacio y se traduce como: «Nuestros padres, peores que nuestros abuelos, nos engendraron a nosotros aún más depravados, y nosotros daremos una progenie todavía más incapaz».

Capítulo II

La presencia de Alfonso en la aceifa árabe es figurada, aunque no la participación de Omar y sus hombres de Bobastro y como este destacó en la batalla de Pancorbo. Tampoco consta la entrevista entre Omar y la embajada asturiana en el campamento, pero la cita destacada en la conversación en la que se le insta a regresar a Bobastro sí la menciona Ibn al-Quttiyya como de una conversación de Omar con alguien de una comarca vecina.

No consta participación de Alfonso ni de hombres de Omar en el traslado y procesión de las reliquias de san Eulogio y santa Leocricia a Oviedo, aunque sí su existencia como contrapartida a la paz firmada tras la aceifa. Al no conocer ni ser capaz de encontrar el nombre del obispo de Córdoba en ese momento, lo he bautizado como Acisclo, patrón y primer mártir cordobés.

Tanto en el sermón de Dulcidio en San Zoilo como en el regalo de Alfonso III a Máximo se alude a una profecía de Ezequiel sobre Gog e

Ismael, interpretada según los asturianos como la expulsión de los árabes y el dominio cristiano por parte Alfonso III en toda Hispania. También es intencionado nombrar como *imperator* al rey asturiano, pues así se le llamaba al ser su objetivo la Reconquista hispana en época tan temprana según recoge Menéndez Pidal en *El imperio hispánico y los cinco reinos*.

Capítulo III

No consta embajada asturiana alguna a Bobastro ni tampoco esa primera visita del príncipe Muhammad para urdir la traición contra su tío al-Mundir. La norteña sería más factible, pues sí existe una importante actividad diplomática. En el caso de la cordobesa forma parte de la hipótesis escogida, junto a la relación epistolar entre Omar y Hassim, también inventada, para explicar la muerte de al-Mundir. Históricamente se asume la participación de Abd Allah en la muerte de su hermano sin inmiscuir a Omar, pese a que sucediese a las puertas de Bobastro. La tesis más habitual es un envenenamiento en la comida o bebida.

Como en el caso de la visita de Omar a Tahart también mucho se ha especulado sobre la visita del príncipe Muhammad a Bobastro, la segunda en el libro, tras escapar de la cárcel en Córdoba. Más allá de si su afán era huir o conspirar, demuestra el enorme poder e importancia de Omar en aquel momento. Por otro lado, no hay prueba de que esta visita guardara relación con el asesinato de Ibn Sakir por el Rojillo.

Ibn Hayyán narra la entrada y muerte del soldado poeta al-Rahisí en la batalla de Epagro, aunque es figurado que fuese de la mano de Alfonso. De esta batalla son también inventadas la treta previa de la inundación con el río, el asesinato del Rojillo y la muerte de Mudáhir.

La herida que narro de Alfonso en el asalto cordobés a la Mesa del cenobio en el verano del 893 fue en realidad mortal. Murió en aquella batalla de la Mesa del cenobio, junto a muchos otros como Ibn Magiara. A partir de aquí comienza la licencia narrativa de la que hablaba en mi primera nota, pues todo lo que a él le sucede es fruto de la ficción.

Capítulo IV

La historia de Farajchanit, la actual Saint-Tropez, proviene de la crónica de Liutprando de Cremona que describe el dominio sarraceno de la costa provenzal durante ochenta y cinco años. El niño mencionado, Nasr ibn Ahmed, será posteriormente uno de los líderes de la plaza combatiendo en diferentes batallas. Desde aquel puerto, que se convirtió en una importante base naval musulmana, los árabes bajo la protección de los omeyas andalusíes tenían acceso al centro de Europa, dominaban la costa e incluso los pasos de los Alpes que unían Italia y Francia con columnas ligeras y fuertes en lugares clave.

Los Pantaleoni eran, tal y como se describe, una de las más respetadas familias de Amalfi. Con negocios y tinglado propio en Bizancio. No consta que se dedicaran al corso ni comerciaran con esclavos, aunque no es descartable dados el Mediterráneo de esa época y la pujanza de la ciudad italiana. También son históricos los Martiniakoi, su relación con la corte y su enorme influencia en Bizancio.

La liturgia bautismal descrita con Omar y el resto de Bobastro sigue los pasos que marcaba san Ildefonso en su *De cognitione baptismi* que recogen diferente artículos y crónicas mozárabes. La lectura de la profecía de Ezequiel al inicio del rito es elección propia al entender que encaja bien como posible lectura eucarística con la personalidad de Máximo y el clima reinante en Bobastro.

Difícil es averiguar la muerte de Ayyub aunque según recoge Francisco Ortiz Lozano de Ibn Hazm, Omar le mandó matar. He escogido la hipótesis de un accidente pensando que la información de Ibn Hazm podía ser fruto de la intención de crear una reputación negativa del enemigo por parte del cronista, pero bien podría ser cierto conociendo la brutalidad y crueldad de la época. Al fin y al cabo, su coetáneo Abd Allah parece que acabó con su hermano y dos de sus hijos.

Las frases «*Quest'uòm è nu' soldatò… e spaventòs*» y «*Attacò*» son en napolitano actual y significan: «Este hombre es un soldado… y terrible», y «Ataque», respectivamente. He utilizado este idioma al ser probablemente lo más cercano al que se utilizaba en la Campania en los siglos IX y X.

Principales topónimos

Al-Yazira, *kora*: región del estrecho que ocuparía parte de las actuales Cádiz y Málaga.

Al Yazirat Tarif: Tarifa.

Alaba: Álava.

Alcozón / río del Oro: río Darro.

Ana, río: Guadiana.

Antikaria: Antequera.

Arxiduna: Archidona.

Asar: Iznájar.

Astapa: Estepa.

Astigi: Écija.

Awta: cortijo y molino de Auta, Riogordo (según Francisco Ortiz Lozano).

Balma: Palma del Río.

Barium: Bari, Italia.

Batalyaws: Badajoz.

Betis, río: Guadalquivir.

Burchia: Burgos.

Carmo: Carmona.

Castalia: Atarfe.

Complutum / Qal'at abd al-Salam: Alcalá de Henares.

Conimbriga: Coímbra, Portugal.

Corduba / Qurtuba: Córdoba.

Dar al-harb: la Casa de la Guerra. La zona del mundo no dominada por el islam. Europa.

Dar al-islam: la Casa del Islam. La zona del mundo dominada por él. Norte de África, Oriente Medio.

Dertosa: Tortosa.

Drépano: Trapani, Italia.

Dus Amantis: peña de Dos Amantes, en Málaga.

Epagro: Aguilar.

Fahs al-Ballut, *kora*: comarca de Los Pedroches, Córdoba.

Farajchanit / Jabal al-Quilal / Fraxinetum: Saint-Tropez, Francia.

Gadir: Cádiz.

Hispalis: Sevilla.

Ifriqiya: África.

Ilbira / Elvira, *kora*: gran región que ocupaba la provincia de Granada y regiones limítrofes.

Iliberri: ciudad de Granada.

Labla, *kora*: región muy similar a la actual provincia de Huelva.

Lusena: Lucena.

Madinat al-Faray: Guadalajara.

Malaka: Málaga.

Matrice: Madrid.

Mers el-Kebir / El Divino: Orán, Argelia.

Mesana: Mesina, Italia.

Mineus: Miño.

Mixas: Mijas.

Munt Mayur: Montemayor – Benahavis.

Pallantia: Palencia.

Pampilona: Pamplona.

Pechina: Almería.

Pisoraca, río: Pisuerga.

Portucale: Oporto, Portugal.

Qal’at Rabah: Calatrava.

Qámara: castillo en la zona de Málaga.

Qawra: Coria.

Qayrawan: Cairuán, Túnez.

Qumarix: Comares.

Rayya, *kora*: aproximadamente actual provincia de Málaga y sierras del sur de Córdoba.

Saraqusta: Zaragoza.

Semure: Zamora.

Singilis, río: Genil.

Solorio, montaña: Mulhacén.

Suel / Suhayl: Fuengirola.

Sujaira: Baños de la Sierra de Alhamilla.

Takoronna, *kora*: pequeña región vecina a la Rayya con capital en Ronda.

Tarik, estrecho de: estrecho de Gibraltar.

Thessaloníki / Selanik: Salónica, Grecia.

Toletum: Toledo.

Tucci: Martos.

Tudmir, *kora*: gran región que ocupaba la actual Murcia, Alicante y parte de Albacete.

Ubbada: Úbeda.

Valentia: Valencia.

Wadi l-jurs/el Silencioso, río: Guadalhorce.

Yayyán, *kora*: región que ocupaba Jaén, norte de Granada y Almería, y parte de Ciudad Real y Albacete.



BERNABÉ MOHEDANO CUADRADO (Madrid, 1979). Ha desarrollado su carrera profesional vinculado al mundo de la comunicación en distintos ámbitos empresariales. Desde hace más de diez años trabaja como directivo internacional en el Banco Santander.

Su pasión por la Historia le ha llevado a escribir *El señor de Bobastro*, su primera novela, para la que ha empleado más de cinco años realizando una exhaustiva investigación entre las escasas fuentes documentales sobre el personaje y su entorno en los siglos IX y X.

Índice